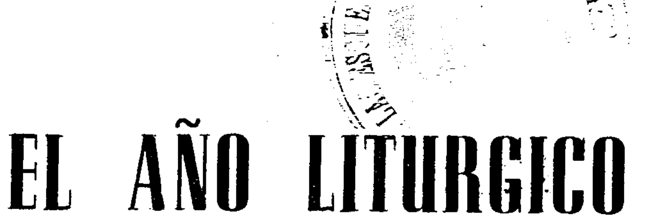
DOM PROSPERO GUERANGER
ABAD DE SOLESMES



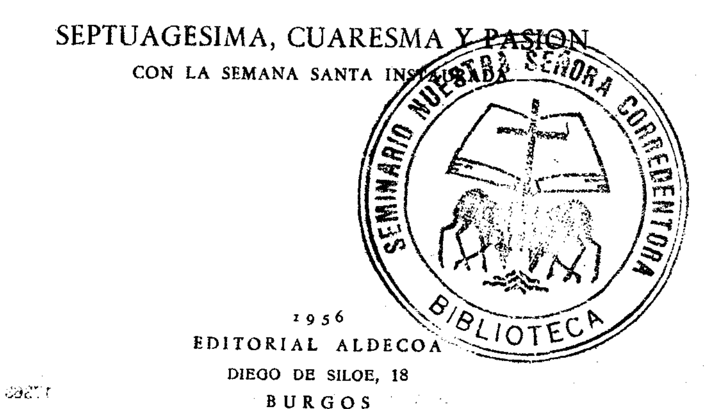
EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES
HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE
SANTO DOMINGO DE SILOS

II

SEPTUAGESIMA, CUARESMA Y PASION

CON LA SEMANA SANTA INSTAURADA



1956
EDITORIAL ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ, O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis
Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos, die 21 Martii 1956

1211

Nihil obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Can. - Secr.

Ediciones Aldecoa - Burgos 17363

TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

CAPITULO I

HISTORIA DEL TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

SU IMPORTANCIA. — El tiempo de Septuagésima abarca las tres semanas que preceden inmediatamente a la Cuaresma. Constituye una de las principales divisiones del Año Litúrgico, y se desarrolla en tres secciones semanales, de las que la primera se llama propiamente Septuagésima, la segunda Sexagésima y la tercera Quincuagésima.

Es evidente que estos nombres expresan mera relación numérica con la palabra Cuadragésima de la que se deriva la palabra española Cuaresma. Ahora bien, la palabra Cuadragésima señala la serie de cuarenta días que hay que recorrer para llegar a la solemnidad de la Pascua. Las palabras Quincuagésima, Sexagésima y Septuagésima nos anuncian la misma solemnidad en una lejanía más acentuada; mas no por eso la Pascua deja de ser el gran asunto que empieza a

considerar la Santa Madre Iglesia y que ésta propone a sus hijos como fin a que desde luego han de enderezar todos sus deseos y esfuerzos.

Exige, pues, la Pascua como preparación cuarenta días de recogimiento y penitencia; este tiempo es la palanca más potente de que echa mano la Iglesia para remover en el corazón y en el espíritu de los fieles el vivo sentimiento de su vocación. Asunto de capital importancia para ellos es no dejar que este período de gracias transcurra sin provecho en el mejoramiento, en la renovación de toda su vida. Era, por tanto, conveniente disponerlos a este *tiempo de salud*, ya de suyo una preparación, a fin de que, amortiguándose poco a poco en sus corazones las algazaras mundanales, escuchasen con atención el grave aviso que la misma Iglesia les dará al imponerles la ceniza en la cabeza.

ORIGEN. — La historia de la Septuagésima se halla íntimamente ligada con la de Cuaresma. En efecto, en pleno siglo v, la Cuaresma comenzaba el domingo VI antes de Pascua (actual domingo I de Cuaresma), y comprendía los cuarenta días finalizados el Jueves Santo, considerado en la antigüedad cristiana como el primer día del Misterio Pascual. No se ayunaba el domingo; y, por consiguiente, no había, hablando con exactitud, más que 34 días de ayuno efectivo (36 con el Viernes y Sábado Santo). El

deseo de imitar el ayuno del Señor, indujo a algunas almas más fervorosas a comenzarle algunos días antes.

QUINCUAGÉSIMA. — Vemos aparecer por primera vez esta observancia completa en el siglo v. San Máximo de Turín, en su Sermón 26 predicado hacia el año 451, la reprueba y advierte que la Cuaresma empieza el domingo de Cuadragésima; pero en el Sermón 36 del año 465 la autoriza, considerándola muy generalizada entre los fieles.

En el siglo VI escribe San Cesáreo de Arlés, en su Regla a las Vírgenes, que se ha de empezar el ayuno una semana antes de la Cuaresma. Desde entonces, pues, existe la Quincuagésima, al menos en los monasterios. El primer concilio de Orleans, celebrado el año 511, ordena que antes de Pascua observen los fieles la Cuadragésima y no la Quincuagésima, a fin de "mantener, dice el canon 26, la unidad de los usos". Los concilios de Orange, de 511 y 541 respectivamente, censuran el mismo abuso y prohiben ayunar antes de Cuadragésima. Hacia el año 520 señala el autor del *Liber Pontificalis* la costumbre de anticipar una semana la Cuaresma; mas parece que esta costumbre estaba aún poco extendida.

SEXAGÉSIMA. — Pronto se amplió el período consagrado al ayuno, y una nueva semana vino a sumarse a la Quincuagésima. Hallamos men-

cionada por primera vez la Sexagésima en la Regla de San Cesáreo para Monjes, antes de 542. El IV concilio de Orleans, en 541, la menciona en son de defensa del ayuno anticipado.

Septuagésima. — Viene finalmente en Roma la Septuagésima al terminar el siglo vi o al empezar el vii. La menciona San Gregorio Magno (594-604) en sus homilías. Poco a poco se extendieron los usos litúrgicos a la Italia septentrional con Milán a la cabeza, y después, merced a la acción de los carolingios, a toda Europa occidental. Inglaterra los aceptó al fin del siglo vii e Irlanda después del siglo ix. Aunque se observaba el ayuno en Quincuagésima y Sexagésima, parece ser que Septuagésima consistía en sus comienzos en la mera celebración litúrgica, sin ayuno, hasta que le impusieron en el siglo ix los concilios francos.

Supresión del Aleluya. — Vemos por Amalario que a principios del siglo ix se suspendía el *Alleluia* y el *Gloria in excelsis Deo* en Septuagésima. Se avinieron los monjes a esta costumbre aunque San Benito disponía lo contrario. Algunos son de parecer que San Gregorio VII (1073-1085) suprimió el oficio aleluyático, en uso hasta entonces en el domingo de Septuagésima. Se trata de las antífonas aleluyáticas de Laudes. San Gregorio VII, al parecer, las reemplazó por las del oficio de Sexagésima y

dotó a este último de nuevas antífonas. Da testimonio del hecho el *Ordo Ecclesiae Lateranensis* del siglo XII. Gregorio VII fué, quizás, quien anticipó la supresión del aleluya al sábado anterior a Septuagésima[1].

Así llegó a fijarse definitivamente, tras varios tanteos, este tiempo del Año Litúrgico. Dependiente de la fecha de Pascua, está sujeto, por tanto, al avance o retroceso consiguiente a la movilidad de dicha fiesta. Se suelen llamar el 18 de enero y el 22 de febrero *Llaves de Septuagésima* porque el domingo de este nombre no puede caer ni antes de la primera fecha ni después de la segunda.

[1] Mgr. Callewaert, *Sacris erudiri*, p. 650.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

El Tiempo que empezamos, encierra profundos misterios que no son exclusivos de las tres semanas que debemos recorrer hasta llegar a la santa Cuaresma, sino que se extienden al período entero que nos separa de la gran solemnidad pascual.

DOS ÉPOCAS. — El número septenario es el fundamento de estos misterios. "Hay dos tiempos, dice San Agustín en su Explicación del salmo CXLVIII: el uno se desarrolla ahora entre las tentaciones y tribulaciones de esta vida; el otro transcurrirá en seguridad y alegría eternas. Celebramos ambos; el primero *antes de Pascua,* el segundo *después de Pascua.* El tiempo *antes de Pascua* expresa los apuros de la vida presente, el tiempo *después de Pascua* significa la bienaventuranza que gozaremos un día. Esta es la razón de por qué pasamos el primer período de que hablamos en ayuno y oración, mientras el segundo está consagrado a cánticos de alegría y entre tanto se suspenden los ayunos."

DOS LUGARES. — La Iglesia, intérprete autorizada de las Sagradas Escrituras, nos muestra, en conexión directa con los dos tiempos de San Agustín, a las dos ciudades de Babilonia y Jerusalén. La primera es símbolo de este mundo pecador; el cristiano ha de vivir aquí el tiempo de prueba. La segunda es la patria celestial, donde descansará de sus luchas. El pueblo de Israel, cuya historia toda no es más que una figura grandiosa del género humano, se vió realmente desterrado de Jerusalén y cautivo en Babilonia.

La cautividad de Babilonia duró 70 años. Para expresar este misterio ha fijado la Iglesia, según Alcuino, Amalario, Ivo de Chartres y en general todos los liturgistas de la edad media, el número septuagenario para los días de expiación, tomando, conforme al uso de las Sagradas Escrituras, el número empezado por el completo y acabado.

LAS SIETE EDADES DEL MUNDO. — La duración misma del mundo, conforme a las antiguas tradiciones cristianas, se divide en siete períodos. El género humano ha de recorrer siete etapas antes de que surja el día de la vida eterna. La primera se extendió desde la creación de Adán hasta Noé; la segunda desde Noé y el diluvio hasta la vocación de Abrahán; la tercera comienza con este primer esbozo del pueblo de

Dios y va hasta Moisés, por cuya mano dió el Señor la ley; la cuarta abarca desde Moisés a David, por quien empieza a reinar la casa de Judá; la quinta comprende la serie de siglos desde el reino de David hasta el cautiverio del pueblo judío en Babilonia; la sexta se extiende desde la vuelta del cautiverio hasta el nacimiento de Jesucristo. Llega finalmente la edad séptima; se abre con la aparición del Sol de justicia y ha de perdurar hasta el advenimiento del Juez de vivos y muertos. Estas son las grandes divisiones de los tiempos, tras las cuales no habrá más que eternidad.

El septenario de alegría. — Para alentar nuestros corazones en medio de los combates que jalonan el sendero de la vida, la Iglesia nos muestra otro septenario que debe seguir al que vamos a recorrer. Después de una Septuagésima de tristeza llegará Pascua con sus siete semanas de alegría a traernos un anticipo de los consuelos y delicias del cielo. Después de haber ayunado con Cristo y de haberle compadecido en su pasión, resucitaremos con él y nuestros corazones le seguirán hasta el cielo empíreo. Poco después sentiremos descender hasta nosotros al Espíritu Santo con sus siete dones. Así la celebración de tales y tantas maravillas reclamará de nuestra parte nada menos que siete semanas completas, desde Pascua a Pentecostés.

Tiempo de tristeza. — Después de haber lanzado una mirada de esperanza a este futuro consolador, es menester volver a las realidades presentes. ¿Qué papel representamos en este mundo? El de desterrados, cautivos, al alcance de todos los peligros que Babilonia entraña. Si amamos la patria, si tenemos empeño en volverla a ver, debemos repudiar los falsos atractivos de esta pérfida extranjera y arrojar lejos de nuestros labios la copa que embriaga a muchísimos de nuestros compañeros de cautiverio. Nos convida seductora a juegos y placeres, pero debemos colgar nuestras arpas en los sauces de sus ríos, hasta que nos sea franqueada la entrada en Jerusalén. Pretende decidirnos a entonar al menos los cánticos de Sión en su recinto, como si nuestro corazón pudiese encontrar satisfacción lejos de la patria, cuando un destierro eterno sería la expiación de nuestra infidelidad; mas "¿cómo podríamos cantar los cánticos del Señor en tierra extranjera?" [1].

Ritos de penitencia. — Estos sentimientos quiere infundirnos la Santa Madre Iglesia durante estos días; llama nuestra atención sobre los peligros que nos rodean dentro de nosotros mismos y en las criaturas que nos circundan. En el trascurso del año nos espolea a repetir el canto del cielo, el alegre *alleluia,* y henos aquí

[1] *Ps.* CXXXVI.

que hoy su mano sella nuestros labios y nos reprime el grito de alegría que no ha de resonar en Babilonia: "Estamos en camino, lejos del Señor"[1]; reservemos nuestros cánticos de alegría hasta llegar a El. Somos pecadores y con excesiva frecuencia cómplices de los infieles; purifiquémonos por el arrepentimiento, porque está escrito: "las alabanzas del Señor pierden su hermosura en labios del pecador"[2].

La nota más característica del tiempo en que entramos es la supresión del *Alleluia;* no volverá a oírse en la tierra hasta que, habiendo muerto con Cristo, resucitemos con él para una vida nueva[3].

También se nos quita el cántico de los ángeles, el *Gloria in excelsis Deo,* que hemos cantado todos los domingos desde la Navidad del Redentor; sólo podremos cantarlo los días entre semana en que se celebre la fiesta de algún Santo. El Oficio de la noche del domingo perderá igualmente, hasta Pascua, el Himno Ambrosiano, *Te Deum laudamus.* Al fin del Sacrificio el diácono no despedirá ya a la asamblea con estas palabras: *Ite, Missa est;* se limitará a invitar al pueblo cristiano a continuar su oración en silencio, *bendiciendo* al Dios de la misericordia, que nos sufre a pesar de nuestras iniquidades.

---

1 *II Cor.*, V, 6.
2 *Eccli.*, XV, 9.
3 *Coloss.*, II, 12.

Después del *Gradual* de la Misa, en lugar del triple *Alleluia* que preparaba nuestros corazones a abrirse para escuchar la voz del mismo Señor con la lectura del Evangelio, oiremos la expresiva melodía del *Tracto*. Expresará sentimientos de arrepentimiento, de súplica angustiosa, de humilde confianza, sentimientos que debemos asimilarnos nosotros en estos días.

OTROS RITOS LITÚRGICOS. — Para que también nuestros ojos se den cuenta de que la etapa en que penetramos, es un tiempo de duelo, el color ordinario de los ornamentos será el morado, siempre que no se celebre una fiesta de Santo. Mas hasta el Miércoles de ceniza, el diácono y subdiácono continuarán usando dalmática y túnica; pero a partir de este día se despojarán de esos vestidos de alegría, esperando que la austera Cuaresma inspire a la Santa Iglesia la exteriorización, más y más acentuada cada día, de sus tristezas por la supresión de todo lo que podría recordar aún en parte el esplendor con que solía rodear los altares en otras épocas.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

Se han esfumado lejos de nosotros las alegrías navideñas. Apenas hemos podido disfrutar cuarenta días el gozo que nos trajo el nacimiento del Emmanuel. Ya se oscurece el cielo de la Iglesia y pronto aparecerá cubierto de celajes todavía más sombríos. ¿Se ha perdido, por ventura, para siempre el Mesías aguardado en la esperanza durante las semanas de Adviento? ¿ha desviado, acaso, el Sol de justicia su trayectoria lejos de la tierra culpable?

Comunión en la Pasión de Cristo. — Soseguémonos. El Hijo de Dios, el Hijo de María, no nos desampara. Si *el Verbo se hizo carne,* fué para *habitar entre nosotros*. Una gloria mayor que la del nacimiento entre los conciertos angélicos, le está reservada, y debemos participar con Cristo de ella. Pero ha de conquistarla con muchos padecimientos y no la logrará sin la más cruel y afrentosa muerte; si queremos participar del triunfo de su Resurrección, hemos de seguirle

en la vía dolorosa, regada con sus lágrimas y teñida con su sangre.

Pronto hará oír su voz la Iglesia invitándonos a la penitencia cuaresmal; pero antes quiere que, en la rápida carrera de tres semanas de preparación a ese bautismo trabajoso, nos detengamos a sondear las profundas heridas infligidas a nuestras almas por el pecado. No hay, sin duda, cosa alguna que pueda parangonarse con la lindeza y dulzura del Niño de Belén; pero sus lecciones de humildad y sencillez, no bastan ya a las necesidades de nuestras almas. Ya se levanta el altar en que será inmolada esta víctima de la más tremenda justicia. Por nosotros es por quien ha de expiar; urge el tiempo de exigirnos cuentas a nosotros mismos de las obligaciones contraídas con Aquel que se apresta a sacrificar al inocente por los culpables.

Obra de purificación. — El misterio de un Dios que se digna hacerse carne por los hombres nos franqueó la pista de la *vía iluminativa*. Pero todavía nuestros ojos están invitados a contemplar una luz más viva. No se altere, pues, nuestro corazón; las esplendideces de Navidad serán sobrepujadas el día de la victoria del Emmanuel. Mas deben purificarse nuestros ojos si quieren contemplarlas, escudriñando sin remilgos los abismos de nuestras miserias. No nos escatimará Dios su luz para llevar al cabo esta obra de justicia; y si llegamos a conocernos a

nosotros mismos, a conocer cabalmente cuán profunda es la caída original, a justipreciar la malicia de nuestras faltas personales, a comprender, en cierto grado al menos, la misericordia inmensa del Señor para con nosotros, estaremos entonces preparados a las expiaciones saludables que nos aguardan y a los goces inefables que han de seguirlas.

El tiempo en que entramos, está, pues, consagrado a los más serios pensamientos, y no acertaremos a expresar más adecuadamente los sentimientos que la Iglesia espera del cristiano en esta parte del año, que traduciendo aquí algunos pasos de la exhortación elocuente que en el siglo XI dirigía el gran Ivo de Chartres a su pueblo al empezar la Septuagésima: "Ha dicho "el Apóstol: *Toda criatura gime y está de parto "hasta ahora. También nosotros, que tenemos "las primicias del espíritu, gemimos esperan- "do la adopción de hijos de Dios y la reden- "ción de nuestro cuerpo*[1]. Esta criatura geme- "bunda es el alma secuestrada de la corrupción "del pecado; deplora verse aún sujeta a tantas "vanidades, padece dolores de parto mientras "está alejada de la patria. Es el lamento del sal- "mista: *¡Ay!, ¿por qué se prolonga mi des- "tierro?*[2]. El mismo Apóstol, que había recibido "el Espíritu Santo, siendo uno de los primeros "miembros de la Iglesia, en sus ansias de recibir

[1] *Rom.*, VIII, 22.
[2] *Ps.* CXIX.

"efectivamente la adopción de hijos que en espe-"ranza ya poseía, exclamaba: *Quisiera morir y "estar con Jesucristo*[1]. Debemos, por tanto, más "que en otros tiempos, dedicarnos a gemir y llo-"rar, para merecer, por la amargura y lamentos "de nuestro corazón, volver a la patria de donde "nos desterraron los goces que acarrean la muer-"te. Lloremos, pues, durante el viaje para rego-"cijarnos en el término; corramos el estadio de "la presente vida de modo que alcancemos al fin "el galardón del llamamiento celestial. No sea-"mos de esos insensatos viandantes que se olvi-"dan de su patria, se aficionan a la tierra del "destierro y se quedan en el camino. No seamos "de esos enfermos insensibles que no aciertan a "buscar el remedio de sus dolencias. No hay es-"peranza de vida para aquel que desconoce su "mal. Vayamos presurosos al médico de la salva-"ción eterna. Descubrámosle nuestras heridas. "Llegue hasta El este nuestro grito desgarrador: "*Tened piedad de mí, Señor, que estoy enfermo; "curadme, Señor, pues todos mis huesos están "conmovidos*[2]. Entonces sí que nuestro médico "nos perdonará nuestros desmanes, curará nues-"tras flaquezas y satisfará nuestros buenos de-"seos."

VIGILANCIA. — Es evidente que el cristiano en este tiempo de Septuagésima, si de veras quiere

[1] *Philip.*, I, 23.
[2] *Ps.* VI.

adentrarse en el espíritu de la Iglesia, ha de dar un "alto aquí" a esa falsa seguridad, a ese contentamiento de sí mismo que arraigan sobrado frecuentemente en el fondo de las almas muelles y tibias que cosechan la mera esterilidad. ¡Felices todavía si tales disposiciones no acarrean insensiblemente la extinción del verdadero sentido cristiano! Quien se cree dispensado de esa continua vigilancia tan recomendada por el Salvador [1], está ya dominado por el enemigo; quien no siente la necesidad de combate alguno, de lucha alguna para sostenerse, para seguir el sendero del bien, debe temer no se halle en la vía de ese reino de Dios que no se conquista sino a viva fuerza [2]; quien olvida los pecados perdonados por la misericordia de Dios, debe temblar de que sea juguete de peligrosa ilusión [3]. Demos gloria a Dios en estos días que vamos a dedicar a la animosa contemplación de nuestras miserias, y, saquemos, del propio conocimiento de nosotros mismos, nuevos motivos para esperar en Aquel a quien nuestras debilidades y pecados no estorbaron se abajara hasta nosotros, para sublimarnos hasta Sí.

---

[1] *S. Marc.*, XIII, 37.
[2] *S. Matth.*, XI, 12.
[3] *Eccli.*, V. 5.

PROPIO DE TIEMPO

EL SABADO ANTERIOR AL DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

SUSPENSIÓN DEL ALELUYA. — El calendario traerá pronto la conmemoración de los dolores de Cristo y las alegrías de su Resurrección; solas nueve semanas nos separan de estas grandes solemnidades. Ya es hora de que el cristiano disponga su alma a una nueva visita del Señor, más sagrada y decisiva aún que la que se dignó hacernos en su Navidad.

La Santa Madre Iglesia siente la necesidad de despertar nuestros corazones y espolearlos con energía a las cosas celestiales. Con ese fin nos sustrae el *Alleluia,* ese cántico del cielo, que nos asocia a los conciertos angelicales. Somos hombres frágiles, pecadores encorvados hacia el suelo; ¿cómo ese grito de una patria más feliz pudo salir de nuestros labios? Sin duda que el Emmanuel, reconciliador divino entre Dios y los hombres, nos le trajo del cielo entre las alegrías de su nacimiento, y nos hemos atrevido a repe-

tirle; volveremos aún a hacerlo, con nuevo entusiasmo, en el júbilo de su Resurrección; para cantar, empero, dignamente el *Alleluia*, hay que aspirar a la morada de donde nos vino. No se trata de una vana palabra, de una melodía profana o insignificante; es el recuerdo de la patria, de la que estamos desterrados, es la aspiración hacia la vuelta a ella.

SIGNIFICADO DE ESTA PALABRA. — El vocablo *Alleluia* significa: *Alabad a Dios;* pero su íntimo acento es peculiar. No suspenderá la Iglesia, durante nueve semanas, el ejercicio del deber que la fuerza a alabar a Dios. Sustituirá ese vocablo con otro grito de alabanza: *Laus tibi, Domine, Rex aeternae gloriae: Alabanza a ti, Señor, Rey de la gloria eterna*. Pero este grito sube de la tierra, mientras que el otro bajó del cielo.

"El *Alleluia*, dice el piadoso Ruperto, es como "una gota del supremo gozo con que vive alborozada la Jerusalén celeste. Patriarcas y Profetas "le llevaban estampado en el fondo de sus almas; el Espíritu Santo le hizo florecer con plenitud mayor en los labios de los Apóstoles; significa el banquete eterno de los ángeles y almas bienaventuradas, que estriba en alabar incesantemente a Dios, en contemplar sin tregua "de hito en hito la faz del Señor, en cantar sin "lasitud las maravillas siempre nuevas. La indigencia de nuestra vida actual no alcanza a saborear este festín; la perfección en nuestra vida

"presente se cifra en participar, mediante los "gozos de la esperanza, de sentir hambre y sed. "Por eso la misteriosa palabra *Alleluia* no ha sido "traducida, sino que ha quedado en hebreo, como "para significar que no es posible expresar me- "jor una alegría tan extraña a la vida pre- "sente"[1].

AUSTERIDAD DE SEPTUAGÉSIMA. — Durante estos días, en que es menester sintamos las penalidades de nuestro destierro, so pena de quedarnos como tránsfugas en medio de Babilonia, convenía precavernos contra las seducciones de la peligrosa estancia en que trascurre nuestro cautiverio. Por eso la Iglesia, apiadada de nuestras ilusiones y peligros, nos dirige tan solemne aviso. Nos dice, al privarnos del grito de alegría, que han menester nuestros labios de purificarse antes de volver a pronunciar la palabra de los ángeles y santos; que nuestros corazones, enlodados por el pecado y aficionados a los bienes terrenos, han de ser acrisolados por el arrepentimiento. Va a desarrollar a nuestra vista el triste espectáculo de la caída de nuestro primer padre, episodio del que se originaron todas nuestras desgracias y la necesidad consiguiente de una redención. Llora sobre nosotros y quiere nos aflijamos con ella.

Aceptemos la ley que se nos impone, y si las piadosas alegrías se suspenden ya para nosotros,

[1] De los oficios divinos. L. I, c. 35.

caigamos en la cuenta de que es hora de decir un "hasta aquí" a las frivolidades del mundo. Pero, ante todo, rechacemos el pecado; demasiado tiempo ha imperado en nosotros. Cristo se acerca con su Cruz; viene a restaurarlo todo con el fruto superabundante de su sacrificio. Por supuesto, que no queremos caiga inútilmente su sangre sobre nuestras almas como el rocío matutino sobre los arenales todavía calientes del desierto. Confesemos con humilde corazón nuestra condición de pecadores y asemejándonos al publicano del Evangelio, que no osaba levantar los ojos, reconozcamos es justo se nos prive, por lo menos durante unas semanas, de los cánticos con que nuestros labios pecadores se habían familiarizado demasiado, y se atajen los sentimientos de una confianza, sobrado presuntuosa, que contradecían al santo temor de Dios en nuestros corazones.

La despreocupación en lo que atañe a las fórmulas litúrgicas, es el síntoma más sensible de fe enclenque en una cristiandad. Reina por doquier en torno nuestro, y así vemos a muchos cristianos, hasta en los habituados a frecuentar la Iglesia y santos Sacramentos, a quienes no conmueve la supresión anual del *Alleluia* en estos días. Apenas unos cuantos de entre ellos prestan atención muy superficial y distraída, preocupados como están por la rutina de su piedad privada, ajena al pensamiento de la Iglesia.

Si por casualidad aciertan a leer estos renglones, los apremiamos a reflexionar sobre la autoridad soberana y profunda y cuerda sabiduría de nuestra Madre común; la Iglesia, efectivamente, considera la supresión del *Alleluia* como un suceso de los más graves y solemnes del año litúrgico.

Trascribimos las dos antífonas siguientes de origen romano, al parecer, del Antifonario de San Cornelio de Compiègne, publicado por don Dionisio de Sainte-Marthe.

Ant. El buen Angel del Señor te acompañe, *Alleluia,* haga próspero tu viaje, para que vuelvas a nosotros con alegría, *Alleluia, Alleluia.*

Ant. *Alleluia.* Quédate con nosotros hoy todavía; mañana te irás *Alleluia,* y al amanecer del día emprenderás el viaje, *Alleluia, Alleluia, Alleluia.*

La Iglesia de Francia en el siglo XIII y largos años después, cantaba en Vísperas del sábado de Septuagésima este tierno himno conservado en un manuscrito del siglo X.

HIMNO

¡Alleluia!, dulce cántico, voz de eterna alegría. *¡Alleluia!,* loa suave que los coros celestiales hacen resonar perennemente en la morada de Dios.

¡Alleluia!, Jerusalén celeste, Madre bienhadada donde tenemos derecho de ciudadanía; *¡Alleluia!,* grito jubiloso de tus afortunados habitantes; nosotros, empero, desterrados en las riberas de los ríos de Babilonia no tenemos más que lágrimas.

¡Alleluia! No merecemos cantarle siempre. *¡Alleluia!* Nuestros pecados nos obligan a suspenderle; urge el tiempo que debemos emplear en llorar nuestros crímenes.

Recibe, Trinidad beatísima, este cántico con que te suplicamos nos otorgues la dicha de asistir un día a tu Pascua celestial, donde alegres cantemos a gloria tuya el *Alleluia* sempiterno. Amén.

En la Liturgia actual el adiós del Alleluia es más sencillo. Conténtase la Iglesia con repetir cuatro veces esta misteriosa palabra al fin de las Vísperas del Sábado.

Bendigamos al Señor, Alleluia, Alleluia.
Demos gracias a Dios, Alleluia. Alleluia.

Desde ahora, comenzando por Completas, que siguen inmediatamente, ya no volveremos a oír este cántico del cielo hasta el instante en que el grito de la Resurrección resuene en la tierra.

DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

El pecado y sus consecuencias. — La Santa Madre Iglesia nos convoca hoy para recordar juntos con ella el relato de la caída de nuestro primer padre. Semejante desastre nos hace presentir el desenlace de la vida mortal del Hijo de Dios hecho hombre, que se dignó hacerse cargo de expiar personalmente la prevaricación del

principio y todos los desmanes que después se han ido acumulando. Para poder apreciar la grandeza del remedio, es menester sondear la llaga. Se empleará la presente semana en meditar la gravedad del primer pecado y la secuela toda de desventuras que acarreó al linaje humano.

En otros tiempos, hoy leía la Iglesia en el oficio de Maitines, el relato con que Moisés instruyó a todas las generaciones humanas sobre este catastrófico episodio. La actual disposición de la liturgia no nos da esta lectura hasta el miércoles de la semana, habiendo destinado los días precedentes al relato de los seis días de la creación. Mas nosotros daremos desde hoy lugar a esta importantísima lectura, como fundamento de las enseñanzas de la semana.

DEL LIBRO DEL GENESIS (III, 1-19)

La serpiente, el más astuto de cuantos animales del campo hizo Yavé Dios, dijo a la mujer: ¿Con que os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso? Y respondió la mujer a la serpiente: Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir. Y dijo la serpiente a la mujer: No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal. Vió, pues, la mujer que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría, y cogió de su

fruto y comió y dió también de él a su marido, que también comió. Y abriéronse los ojos de ambos.

Y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones. Oyeron a Yavé Dios, que se paseaba por el paraíso al fresco del día y se escondieron de Yavé Dios Adán y su mujer, en medio de la arboleda del jardín. Pero llamó Yavé Dios a Adán, diciendo: Adán, ¿dónde estás? Y éste contestó: te he oído en el jardín y temeroso porque estaba desnudo me escondí. ¿Y quién, le dijo, te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol que te prohibí comer? Y dijo Adán: la mujer que me diste por compañera, me dió de él y comí. Dijo, pues, Yavé Dios a la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Y contestó la mujer: la serpiente me engañó y comí. Dijo luego Yavé Dios a la serpiente:

"Por haber hecho esto,
Maldita serás entre todos los ganados
Y entre todas las bestias del campo.
Te arrastrarás sobre tu pecho
Y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida
Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer
Y entre tu linaje y el suyo:
Este te aplastará tu cabeza,
Y tú le morderás el calcañal."

A la mujer le dijo:

"Multiplicaré los trabajos de tus preñeces;
Parirás con dolor los hijos,
Y tu propensión te inclinará a tu marido,
El cual dominará sobre ti."

A Adán le dijo: "Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote: no comas de él:

"Por ti será maldita la tierra;
Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida;

Te dará espinas y abrojos,
Y comerás de las hierbas del campo.
Con el sudor de tu rostro comerás el pan,
Hasta que vuelvas a la tierra,
Pues de ella has sido tomado;
Ya que polvo eres y al polvo volverás" [1].

He aquí la página fatídica de los anales de la Humanidad. Ella basta para explicarnos la presente situación del hombre en la tierra; por ella, asimismo, nos damos cuenta de la actitud que mejor nos cuadra con respecto a Dios. Volveremos a tratar de este relato en días venideros; y desde ahora debe ser el objeto principal de nuestras reflexiones. Pero volvamos a la explicación de la liturgia del día.

MISA

Celébrase en Roma la estación en la Iglesia de San Lorenzo Extramuros. Los antiguos liturgistas hacen resaltar la relación que existe entre el justo Abel, cuya sangre derramada por su hermano es objeto de uno de los responsorios de Maitines de esta noche, y el mártir sobre cuyo sepulcro abre la Iglesia romana la Septuagésima.

El Introito de la Misa expresa al vivo los terrores de la muerte de que son víctima Adán y toda su descendencia después del pecado. Un grito, sin embargo, de esperanza sale de en me-

[1] Tomamos estos textos de la Sagrada Biblia de Nácar-Colunga, tercera edición, año 1949.

dio de esta desolación. El Señor hizo una promesa el día mismo de la maldición. Confiesen los hombres su miseria, y Dios mismo ofendido será su libertador.

INTROITO

Cercáronme gemidos de muerte, dolores de infierno me rodearon: y en mi tribulación invoqué al Señor, y El, desde su santo templo, escuchó mi voz. — *Salmo:* Amete yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta reconoce la Iglesia, que sus hijos merecieron los castigos, secuela del pecado, y pide a su favor misericordiosa libertad.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, escuches clemente las preces de tu pueblo: para que, los que nos afligimos justamente por nuestros pecados, seamos librados misericordiosamente por la gloria de tu Nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. San Pablo a los Corintios (IX, 24-27; X, 1-5).

Hermanos: ¿No sabéis que, los que corren en el estadio, corren todos, ciertamente, pero sólo uno recibe el premio? Corred de modo que lo ganéis. Y, todo el que lucha en la palestra, se abstiene de todo: y ellos, para alcanzar ciertamente una corona corruptible; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Yo también corro, pero no a la ventura; lucho, pero no como si azotara al aire; sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado

a los demás, sea yo mismo hallado réprobo. Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres caminaron todos bajo la nube; y pasaron todos el mar; y fueron bautizados todos por Moisés en la nube y en el mar; y todos comieron el mismo manjar espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual (porque bebían de la piedra espiritual que los seguía, y esta piedra era Cristo); pero muchos de ellos no agradaron a Dios.

VIGILANCIA Y GENEROSIDAD. — La enérgica palabra del Apóstol acrece aún nuestra emoción al recuerdo de los trascendentales sucesos vislumbrados en este día. El mundo es una palestra en la que es menester correr; el galardón le alcanzan los ágiles y desembarazados en la carrera. Abstengámonos de cuanto pueda estorbarla y hacernos perder la corona. No nos forjemos ilusiones; nada podemos prometernos mientras no lleguemos al final de la contienda. Nuestra conversión no ha sido, a buen seguro, más sincera que la de San Pablo y nuestras obras más abnegadas y meritorias que las suyas: y sin embargo, como él mismo lo confiesa, el recelo de verse reprobado no ha desaparecido del todo en su corazón. Castiga su cuerpo, y le esclaviza. El hombre, en el estado actual, no posee la recta voluntad de Adán antes de su pecado, de la que, no obstante, hizo tan mal uso. Nos arrastra fatal inclinación, y no podemos conservar el equilibrio sin sacrificar la carne al yugo del espíritu. Dura parece esta doctrina a la mayoría de los

hombres, y por lo mismo, muchos no llegarán al final de la carrera, ni, consecuentemente, les cabrá parte en la recompensa que les estaba destinada. Como los Israelitas de quienes nos habla hoy el Apóstol, merecerán ser sepultados en el desierto sin ver la tierra prometida. Con todo, las mismas maravillas de que fueron testigos Josué y Caleb se desarrollaron ante sus ojos; pero nada remedia la dureza de un corazón que se obstina en cifrar sus esperanzas en las cosas de la vida presente, cual si no fuera patente a cada instante la peligrosa inconsistencia.

Pero si el corazón confía en Dios, si se fortifica con el pensamiento de que nunca falta el socorro divino a aquel que lo implora, correrá sin fatiga los años de su destierro y llegará felizmente a su término. El Señor mira constantemente sobre quien trabaja y sufre. Tales son los sentimientos expresados en el Gradual.

GRADUAL

Tú eres ayudador en la oportunidad, en la tribulación: esperen en ti los que te conocen: porque no abandonas a los que te buscan, Señor. ℣. Porque el pobre no será olvidado para siempre: la esperanza de los pobres no perecerá eternamente: levántate, Señor, no prevalezca el hombre.

Lanza el Tracto un grito a Dios desde el fondo del abismo de nuestra caducidad. Profundamente humillado se ve el hombre por su caída,

pero sabe que Dios rebosa misericordia ya que su bondad le prohibe castigar, nuestras faltas como lo merecen; si así no fuera, ninguno de nosotros podría esperar perdón.

TRACTO

Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi voz. ℣. Estén, atentos tus oídos a la oración de tu siervo. ℣. Si examinaras nuestras iniquidades, Señor: Señor, ¿quién lo resistiría? ℣. Pero en ti está el perdón, y por tu ley he esperado en ti, Señor.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un padre de familias, que salió de madrugada a contratar obreros para su viña. Y, hecho el convenio con los obreros por un denario al día, les envió a su viña. Y, saliendo cerca de la hora tercia, vió a otros, que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos se fueron. Y salió de nuevo cerca de las horas sexta y nona: e hizo lo mismo. Salió aún cerca de la hora undécima, y encontró a otros parados, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día, ociosos? Dijéronle: Porque nadie nos ha ajustado. Díjoles: Id también vosotros a mi viña. Y, cuando llegó la tarde, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los obreros y dales la paga, comenzando desde los últimos hasta los primeros. Cuando se presentaron pues, los llegados a la undécima hora, recibieron cada uno un denario. Al llegar los primeros, creyeron que recibirían más; pero también ellos recibieron cada cual un denario. Y, al recibirlo, murmuraban contra el padre de familias, di-

ciendo: Estos postreros sólo han trabajado una hora, y los has igualado a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día. Mas él, respondiendo a uno de ellos, dijo: Amigo, no te hago agravio: ¿no conveniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar también a este último lo mismo que a ti. ¿O es que no puedo hacer lo que quiera? ¿Acaso es malo tu ojo, porque yo soy bueno? Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.

Llamamiento a las naciones. — Importa mucho comprender bien este paso del Evangelio y ponderar los motivos que decidieron a la Iglesia a colocarle en este día. Fijémonos, por de pronto, en las circunstancias en que el Salvador pronunció esta parábola y el fin instructivo que directamente se propone. Se trata de advertir a los judíos que se acerca el día en que desaparecerá la ley, para dar lugar a la ley cristiana, y disponerlos a aceptar de buen grado la idea de que los gentiles van a ser llamados a hacer alianza con Dios. La viña de que se trata es la Iglesia en sus diversos esbozos desde el principio del mundo hasta que Dios mismo vino a habitar entre los hombres, y crear en forma visible y permanente la sociedad de los que en El creen. La mañana del mundo duró desde Adán hasta Noé; la hora tercia se extendió desde Noé hasta Abrahán; la sexta empieza en Abrahán hasta Moisés; la nona fué la era de los profetas hasta la venida del Señor. Vino el Mesías a la hora undécima cuando

parecía llegar el mundo a su ocaso. Las más estupendas misericordias se reservaron a este período durante el cual la salvación había de extenderse a los gentiles por la predicación de los Apóstoles. En este postrer misterio Jesucristo se propone confundir el orgullo judaico. Nota las repugnancias que fariseos y doctores de la ley mostraban viendo se extendía la adopción a las naciones, por las querellas egoístas que dirigen al padre de familias los obreros convocados a primera hora. Esta obstinación será sancionada como merece. Israel que trabajaba antes que nosotros será rechazado por la dureza de su corazón; y nosotros, gentiles, éramos los últimos y llegamos a ser los primeros, siendo hechos miembros de la Iglesia católica, Esposa del Hijo de Dios.

LLAMAMIENTO DIRIGIDO A CADA UNO DE NOSOTROS. — Tal es la interpretación dada a esta parábola por los Santos Padres, señaladamente por S. Agustín y S. Gregorio Magno; pero esta instrucción del Salvador ofrece además otro sentido avalado también por la autoridad de estos dos santos Doctores. Se trata aquí del llamamiento que Dios dirige a cada hombre, invitándole a merecer el reino eterno por los trabajos de esta vida. La madrugada es nuestra infancia. La hora tercia, conforme al modo de contar de los antiguos es aquella en la que el sol empieza a remontarse en el cielo; es la edad de la juventud.

La hora sexta, mediodía, es la edad del hombre. La hora undécima precede muy poco a la puesta del sol; es la vejez. El padre de familias llama a sus obreros en estas diversas horas; a ellos les toca acudir en cuanto oyen su voz; y no es lícito a las primeras llamadas retrasar su salida a la viña so pretexto de acudir más tarde cuando vuelva a oírse la voz del Amo. ¿Quién les garantiza se prolongará su vida hasta la undécima hora? Y cuando llega la tercia, puede uno siquiera contar con la de sexta? No llamará el Señor al trabajo de las últimas horas más que a quienes en este mundo vivan cuando estas horas suenen; y no se ha comprometido a reiterar nueva invitación a los que desdeñaron la primera.

La Iglesia nos invita en el Ofertorio a celebrar las alabanzas de Dios. Quiere el Señor que los cánticos a gloria suya sean nuestro consuelo en este valle de lágrimas.

OFERTORIO

Es bueno alabar al Señor y salmear a tu nombre, oh Altísimo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, que aceptando nuestros dones y nuestras preces, nos purifiques con estos celestiales Misterios y nos escuches clemente. Por el Señor.

En la antífona de la Comunión la Iglesia pide que el hombre, regenerado por el alimento celestial, recobre la semejanza de Dios en que fué

creado al principio. Cuanto mayor es nuestra miseria tanto más debemos en Aquel que se abajó hasta nosotros para sublimarnos a El.

COMUNION

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, y sálvame por tu misericordia: Señor, no sea yo confundido, pues te he invocado.

POSCOMUNION

Haz, oh Dios, que tus fieles se fortalezcan con tus dones: para que, recibiéndolos, los deseen y, buscándolos, los reciban sin fin. Por el Señor.

LUNES DE SEPTUAGESIMA

Beneficios de Dios. — Dijo la serpiente a la mujer: "¿Por qué Dios os ha mandado que no comáis de todos los árboles del paraíso?" Tal es el comienzo de la conversación que nuestra primera madre consiente entablar con el enemigo de Dios; y ya la salvación del género humano peligra.

Recordemos cuanto ha sucedido hasta ese instante. Dios, en su poder y su amor, ha creado dos seres en los que derramó todas las riquezas de su bondad. Ha descorrido ante ellos un porvenir inmortal, acompañado de las condiciones que cifran bienandanza acabada. La naturaleza en-

tera les está sumisa; posteridad incontable nacerá de ellos y para siempre los rodeará de ternura filial. Más aún: Dios que los creó se digna bajar a ellos y familiarizarse con ellos, y, ellos en su inocencia, no se sorprenden de tan gran condescendencia. Pero todo esto es todavía casi nada. Después de la prueba que les ha de hacer dignos, el Señor a quien no conocen al presente más que por los beneficios de un orden inferior, les prepara una felicidad por encima de lo que pueden imaginar. Ha resuelto dárseles a conocer tal cual es y asociarles a su gloria, hacer infinita su dicha y a la vez eterna. He aquí lo que Dios ha hecho, lo que Dios ha preparado para aquellos que poco antes yacían en la nada.

Y a cambio de tantos dones gratuitos y tan magníficos, no les pide Dios más que una sola cosa: que reconozcan su soberanía sobre ellos. Nada debe serles más grato y nada más justo en verdad. Cuanto hay en ellos y fuera de ellos es mero efecto de la inexhausta munificencia de Aquel que les ha sacado, que les ha sustraído a la nada; toda su vida, en consecuencia, no debe ser más que fidelidad, amor y reconocimiento. Y como expresión de esa fidelidad, de ese amor, de ese rendido agradecimiento, les impone el Señor un solo precepto: abstenerse del fruto de un solo árbol. La guarda de este fácil precepto es la única paga exigida por todos los beneficios sobre ellos acumulados. Esta compensación basta a la

soberana equidad. Deben ellos, por tanto, aceptarla con santo orgullo como lazo que los une a Dios, como único medio de que disponen para pagar la deuda que han contraído con El.

La tentación. — ¿Pero, qué pasa? Una voz que no es la de Dios, resuena en los oídos de la mujer. "¿Por qué Dios os ha impuesto este precepto?" Y la mujer se para a escuchar esa voz y su corazón no se indigna al oír preguntar ¿por qué el bienhechor divino ha impuesto tal o cual precepto? No huye horrorizada de aquel que osa aquilatar el peso de las órdenes de Dios; no le declara que semejante pregunta le parece un sacrilegio. Se queda parada y va a responder. El honor de Dios no la impresiona. ¡Cuán caro pagaremos esa insensibilidad, esa imprudencia!

Eva responde: "Comemos del fruto de los ár-"boles que hay en el paraíso; en cuanto al fruto "del árbol que está en medio del paraíso, Dios "nos ha mandado no comamos ni le toquemos, "no sea que muramos." Así pues, la mujer no se contenta con escuchar la pregunta de la serpiente; responde y traba conversación con el espíritu perverso que la tienta. Se expone al peligro; su fidelidad está ya comprometida. Si las palabras que emplea en la respuesta dejan ver que no ha olvidado el precepto del Señor, insinúan también alguna duda nacida del orgullo e ingratitud.

El espíritu del mal observa que ha despertado en aquel corazón el amor de la independencia; si logra tranquilizar a su víctima de las consecuencias de su desobediencia, la tiene conquistada. Prosigue, pues, audaz y pérfido: "Seguramente no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal." Propone aquí la serpiente a la mujer la ruptura abierta con Dios. Acaba de encender en ella ese amor propio, mal soberano de la creatura, amor que no puede satisfacer, sino rompiendo los lazos que la unen al Creador. El recuerdo de los beneficios, la potente voz del reconocimiento, el interés personal... todo, todo es olvidado. Al igual del ángel rebelde, pretende el hombre ingrato querer ser Dios; pues como él será aplastado.

MARTES DE SEPTUAGESIMA

La caída. — Bastaron las promesas de la serpiente para ahogar en el corazón de la mujer todo sentimiento de amor hacia Aquel que la había creado y colmado de beneficios. Soñaba ya igualarse a El. La fe, asimismo se había oscurecido en ella. Insistía pensando que Dios podía haberla engañado amenazándola de muerte en el caso que tuviera la desgracia de quebrantar su

precepto. Vencida por orgullo, levanta los ojos al fruto vedado; parécele "bueno para comida, hermoso y agradable a la vista". Sus sentidos con su alma conspiran a desobedecer a Dios y a perderla. La prevaricación está ya cometida, en su corazón; sólo queda consumarla por acto formal. Embriagada de sí misma como si Dios ya no existiera, alarga la mano y arranca el fruto y le lleva a su boca.

Dios había predicho la muerte al infiel que violara su mandato. Eva ha pecado y sin embargo, siente que aun vive. Triunfa su orgullo, y creyéndose más fuerte que Dios, quiere asociar a Adán a su culpable victoria. Con gesto firme le presenta el fruto que cree haber comido impúnemente. Y, ora se sintió asegurado por la impunidad del crimen de su esposa, ora por un sentimiento de amor ciego, quiso compartir la suerte de aquella que era carne de su carne y hueso de sus huesos, nuestro primer padre olvida a su vez lo que debe a su Creador y sacrifica la amistad de Dios. Por cobarde complacencia con su mujer come el fruto y perdiéndose, pierde consigo a toda su descendencia.

Pero apenas uno y otro rompieron el lazo que les unía a Dios, caen en sí mismos. Habitando Dios en la creatura que ha elevado al estado sobrenatural le da un ser completo; si la creatura le arroja de sí por el pecado, se halla ésta en peor estado que la nada; se halla en el mal. Esa

alma antes tan hermosa, tan pura, no es más que ruina, y feo montón de escombros. Reducidos ya a sí mismos, nuestros primeros padres experimentan grandísima vergüenza. Quisieron ser dioses, elevarse hasta el ser Infinito, y vedlos enredados en el combate de la carne contra el espíritu. Su desnudez hasta entonces inocente los espanta. Buscan medios de encubrirla para no sonrojarse de sí mismos, los que poco antes se veían henchidos de nobilísima tranquilidad en medio de un mundo sometido a su imperio.

El amor seductor de sí mismos ha borrado en ellos el recuerdo de la grandeza y majestad, y el recuerdo de los beneficios de Dios, y han hollado su precepto; esa misma ceguera les arrebata hasta la idea de confesar su pecado e implorar la compasión de su dueño a quien han ofendido. Llenos de espanto, sólo aciertan a huir y esconderse.

MIERCOLES DE SEPTUAGESIMA

La sentencia condenatoria. — Comparecen los culpables delante del soberano Señor a quien han ultrajado y lejos de confesar su falta buscan cada cual achacarla a otro. La justicia divina vendrá a su tiempo y la sentencia resonará hasta la posteridad humana más lejana. El crimen ha sido cometido por dos seres henchidos de

todos los dones de la naturaleza y de la gracia. La inclinación al mal, la ignorancia, la distracción que ofuscan la inteligencia del hombre caído, no existían en ellos; atroz ingratitud, les ha precipitado al mal. Habían de buenas a primeras, titubeado, cuando debieran vencer huyendo; poco a poco el mal fué perdiendo fealdades a sus ojos, y comenzaron a entrever su propio interés. Reemplazando por fin el amor de sí mismos a el que a Dios debían, quisieron declarar su independencia. El Señor, sin embargo, tuvo compasión de ellos en atención a su descendencia.

Los ángeles, creados todos en un mismo instante, fueron sometidos individualmente a la prueba que debía ser la condición de su bienaventuranza eterna: cada uno de ellos tuvo proporción de escoger la fidelidad o la rebelión, y eternamente caerá la maldición sobre los que se declararon contra Dios. La misericordia divina, por el contrario, se digna resplandecer sobre el linaje humano contenido entero sobre nuestros primeros padres, y arrastrado por ellos y con ellos al abismo de la reprobación.

Triple sentencia sale de la boca del Señor; la más severa es para la serpiente. La maldición, que ya la oprime es recargada, y el perdón prometido a la humanidad será anunciado hoy en forma de anatema contra el malvado espíritu que se atrevió a perseguir a Dios mismo en su obra.

La promesa. — "Pondré enemistad entre ti y la mujer y ella te aplastará la cabeza." Tal es la venganza de Dios sobre su enemigo. El trofeo de que éste se ufanaba se trueca en vergüenza suya y proclama su derrota. Como era astuto, no la emprendió, por de pronto, contra el hombre; prefirió habérselas con un ser débil y crédulo, esperando, ¡ay!, con sobrado fundamento que una condescendencia demasiado tierna, decidiría al hombre a traicionar a Dios. Pero he aquí que el Señor mismo enciende en el corazón de la mujer odio implacable contra el enemigo suyo y nuestro. En vano levantará la serpiente su altanera cabeza hasta lograr la adoración de los hombres; llegará un día en que el pie de una mujer aplastará esa cabeza que se negó a doblegarse ante Dios. Esa hija de Eva a quien todas las generaciones proclamarán bienaventurada, será a través de los siglos figurada por otras mujeres: Débora, Judit, Ester, célebres por sus victorias contra la serpiente; será seguida hasta el fin de los tiempos por la secuela de vírgenes y esposas cristianas, que, en su misma debilidad, se mostrarán potentes cooperadoras de Dios, de manera que "el hombre infiel será santificado por la mujer fiel"[1].

Así Dios quebrantará el orgullo de la serpiente. Antes de pronunciar contra Adán y Eva la

[1] *I Cor.*, VII, 14.

merecida sentencia, declaró su clemencia hacia su posteridad, e hizo brillar dulce rayo de esperanza en sus corazones.

JUEVES DE SEPTUAGESIMA

La expiación de la mujer. — Ha sido proclamado el perdón. Pero es menester se satisfaga a la justicia divina y que todas las generaciones tengan bien entendido que no se juega con Dios impúnemente. Eva es la más culpable, y Eva es convocada a recibir su sentencia después de la serpiente. Creada para ayudar al hombre a henchir la tierra de felices y fieles habitantes, carne de su carne y hueso de sus huesos, debería ir a su vera en plano de igualdad; he aquí el cambio que se sigue a efectos de la divina sentencia. Pese a la humillación de la concupiscencia, la unión conyugal se mantiene santa y sagrada, pero sólo ocupa el segundo grado. La virginidad, que desconoce las concupiscencias de la carne, la supera ante Dios y ante los hombres.

La mujer llegará a ser madre como lo hubiera sido en el estado de la inocencia; pero los hijos que concebirá y llevará en su seno, serán para ella una carga abrumadora; su nacimiento tendrá lugar en medio de dolores terribles y más de

una vez llegarán a ver la luz a costa de la vida de la que les concibió. El recuerdo de Eva y de su prevaricación presidirá todo parto y la misma naturaleza se pasmará al ver que no llega a la vida sino por violencia el que debía reinar sobre ella.

Destinada, por de pronto, a los mismos honores que el hombre, la mujer perderá su independencia. El hombre será su Señor y a ella le corresponderá el deber de obedecerle. Durante largos siglos, no se diferenciará de la esclavitud la obediencia susodicha, hasta que la ha de aplastar la cabeza de la serpiente por su humildad, venga a elevar su sexo y crear en pro de la mujer cristiana el suave imperio de dulzura y persuasión que sobre ella ha acertado a conciliar con el deber de sumisión que la divina sentencia le impuso para siempre.

VIERNES DE SEPTUAGESIMA

EXPIACIÓN DEL HOMBRE. — La maldición que abrumará en adelante a todo hombre, ha sido significada a Eva; la que atañe a la tierra misma va enderezada contra Adán: "Porque escuchaste la voz de tu esposa y comiste la fruta prohibida, la tierra será maldita por lo que tú has hecho." No acepta el Señor la excusa de

nuestro primer padre; se digna, empero, tener en cuenta su flaqueza y considerar que el hombre ha pecado menos por amor de sí mismo que por ciega ternura para con la frágil creatura que había salido de él. No es la causa primera de su desobediencia. Dios ha decretado contra él especial castigo que estriba en la humillación personal y el trabajo. Fuera del jardín de delicias, se extiende el desierto inmenso de la tierra, el valle de lágrimas, triste destierro para aquel que durante largos años guardará en el fondo de su alma desolada el recuerdo de las horas tan veloces del paraíso. Este desierto es estéril, y es necesario que el hombre le fecundice y haga producir a fuerza de sudores su mísera subsistencia y la de su familia. Al correr de los siglos varios hijos de Adán parecerán sustraerse a la ley del trabajo; pero esa excepción vendrá a confirmar la verdad de la sentencia general por el Señor promulgada. Descansarán algunos días porque otros han trabajado mucho tiempo por ellos; su descanso no será legítimo sino en cuanto se impongan la obligación de alentar por ejemplos de virtud y beneficios a la inmensa muchedumbre de sus hermanos sobre quienes se cumple a la letra la sentencia susodicha. Si se interrumpe el trabajo en la tierra, zarzas y espinas la cubren; y tan importante es esta ley a que está sometido el hombre decaído que la ociosidad enerva las fuerzas de su cuerpo y deprava su corazón.

Antes los árboles del paraíso inclinaban sus tallos para que el hombre se sustentara de sus regalados frutos. Ahora tendrá que sacar con trabajo del seno de la tierra la planta cuyo grano le ha de alimentar. Nada podría representar más al vivo las relaciones que desde entonces existen entre el hombre y la tierra, su origen, su tumba, como la necesidad en que se halla de arrancar a viva fuerza de ella el sustento necesario para prolongar su vida. Y, sin embargo, aparecerá aquí la divina bondad a su tiempo, cuando apaciguado Dios, le será otorgado al hombre unirse a su Creador comiendo el *Pan de vida,* bajado del cielo. Su virtud será más eficaz para alimentar nuestras almas que lo fuera el fruto del árbol de la vida para sustentar nuestros cuerpos.

SABADO DE SEPTUAGESIMA

EL PECADO ORIGINAL Y LA INMACULADA CONCEPCIÓN. — La sentencia lanzada contra nuestros primeros padres debía alcanzar a toda su descendencia, pero por severas que fuesen las penas, la más dura y humillante era la trasmisión del pecado original a todas las generaciones del linaje humano hasta su postrer día. No hay duda que los merecimientos del Redentor prometido

podrán aplicarse a cada hombre conforme al modo que Dios estableció; mas esta regeneración espiritual, aunque limpie de raíz la costra de la lepra que nos cubre y nos restablezca en todos los derechos de hijos de Dios, no hará desaparecer todas las cicatrices de nuestra mortal herida. Libres de la muerte y vueltos a la vida quedamos enfermos. La ignorancia oscurece nuestro espíritu en lo que atañe a los intereses trascendentales que debieran absorver todos nuestros pensamientos y un señuelo necio nos lanza a amar nuestras ilusiones. La concupiscencia conspira sin tregua a cautivar el alma bajo el yugo del cuerpo; y para esquivar tan gran objección tendrá que ser la vida del hombre continua lucha. El amor a la independencia nos arrastra de continuo al deseo de libertad, como si no hubiéramos sido creados para servir. El mal nos brinda con encantos y la virtud no nos paga en este mundo sino en la persuasión del deber cumplido.

Por eso te saludamos con admiración y amor, oh tú la más pura de las creaturas salidas de las manos de Dios, y, con todo, hermana nuestra, hija de Eva, no fuiste concebida en pecado, y eres la gloria de la raza humana. La sangre de nuestra primera madre y nuestra sangre circula por tus venas; eres por eso la carne de nuestra carne y eres, no obstante, Inmaculada. El decreto que nos condenaba al vergonzoso borrón

no debía aplicarse a tu purísima Concepción; el día en que tu pie vencedor aplastó la cabeza de la serpiente, comprendió ésta que jamás había adquirido sobre ti derecho alguno. En ti, oh María, reverenciemos nuestra naturaleza tal cual salió de las manos de Dios; eres el *espejo de la justicia eterna.*

En el resplandor sin celaje de tu santidad dígnate acordarte de nosotros que gemimos bajo el peso de las secuelas de un crimen del que no has contraído la solidaridad pecaminosa. Eres la enemiga irreconciliable de la serpiente; guárdanos para que su venenosa mordedura no nos alcance. Concebidos en pecado, dados a luz en el dolor, esquive, por lo menos, la maldición nuestra vida. Condenados al trabajo, sufrimientos y muerte, séanos por ti, por tus merecimientos y socorro provechosa nuestra expiación. Traicionados a menudo por las inclinaciones y resabios de nuestro corazón, embriagados de lo presente, tan prontos al olvido, tan veloces a engañarnos a nosotros mismos, nos consumiría, nos devoraría el mal, si no se nos brindara sin cesar la gracia de tu divino Hijo para triunfar de nuestros enemigos interiores y exteriores. Eres, oh Inmaculada, la Madre de la divina gracia. Alcánzanosla en nuestro favor, siempre más abundante y derrámala sobre cuantos se ufanan soñando que no tienen otra sangre distinta de la tuya.

DOMINGO DE SEXAGESIMA

Noé y el diluvio. — En el trascurso de la semana que comienza ofrece la Santa Madre Iglesia a nuestra consideración, la historia de Noé y el diluvio universal. A pesar de la severidad de sus avisos, no logró recabar Dios la fidelidad y sumisión del linaje humano. Se ve forzado a echar mano de un castigo terrible contra este nuevo enemigo. Ha encontrado, sin embargo, un hombre justo, y trabará nuevamente en su persona alianza con nosotros. Antes, empero, quiere que nos persuadamos que es dueño soberano, y en el instante por El escogido, se anegará el hombre, tan ufano de su ser prestado, bajo las ruinas de su morada terrenal.

Daremos aquí, por de pronto, como base de las enseñanzas de esta semana, algunas líneas del Génesis, sacadas del oficio de maitines del día.

GENESIS (VI, 5-12)

Viendo Yavé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y cómo todos sus pensamientos y deseos sólo y siempre tendían al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón y dijo: "Voy a exterminar al hombre que hice de sobre la haz de la tierra; al hombre, a los animales, a los reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa de haberlos hecho". Pero Noé halló gracia a los ojos de Yavé.

Estas son las generaciones de Noé: Noé era varón justo y perfecto entre sus contemporáneos, y siempre anduvo con Dios. Engendró tres hijos, Sem, Cam y Jafet. La tierra estaba corrompida ante Dios, y llena de toda iniquidad. Viendo, pues, Dios que todo en la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra, dijo a Noé: "Veo venir el fin de todos, pues la tierra está llena de sus iniquidades y voy a exterminarlos a ellos con la tierra."

La catástrofe que entonces se abatió sobre el linaje humano fué también fruto del pecado; pero hallóse al menos un hombre justo, y él fué quien salvó el mundo de la ruina total, por él y su familia. Después de dignarse renovar su alianza, permitió Dios ser repoblada la tierra y los tres hijos de Noé fueron padres de las tres grandes razas que la pueblan.

Este es el misterio del oficio durante esta semana. El de la Misa, que está figurado por el precedente, es aún más importante. En el sentido moral, ¿no está sumergida la tierra en un diluvio de vicios y de errores? Menester es se pueble de hombres temerosos de Dios como Noé. La palabra de Dios, simiente de vida hace que nazca esta nueva generación. Y esa palabra de Dios produce estos hijos de que habla el discípulo amado, "que no son nacidos de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de Dios, sino de Dios mismo"[1]. Esforcémonos a entrar en esta familia, y, si por ventura somos ya miem-

[1] *S. Juan.* I, 13.

bros de ella, guardemos mimosamente nuestra dicha. Se trata estos días de esquivar las olas del diluvio, de buscar asilo en el arca de salvación; se trata de llegar a ser esa buena tierra en que la semilla da el ciento por uno. Procuremos huir de la cólera futura para no perecer con pecadores, y mostrémonos ávidos de la palabra de Dios que *ilumina y convierte las almas* [1].

MISA

Celébrase en Roma la estación en la basílica de S. Pablo Extramuros. En derredor de la tumba del Doctor de las naciones, del propagador de la semilla divina, del padre de tantos pueblos por su predicación, reúne a sus fieles hoy la Iglesia romana; quiere recordarles que el Señor libró a la tierra con la condición de que se pueble de verdaderos creyentes y adoradores de su nombre.

El introito, sacado del libro de los Salmos, implora el socorro del Señor. La raza humana se ve reducida a los últimos extremos, se va a acabar; pide a su autor que de nuevo la fecunde. La santa Madre Iglesia se asocia a este angustioso grito pidiendo al divino Salvador multiplique hoy los hijos de la palabra celestial como en los tiempos primitivos.

---

[1] *Ps.* XVIII.

INTROITO

Levántate: ¿por qué duermes, Señor? Levántate, y no te alejes para siempre. ¿Por qué apartas tu cara, y te olvidas de nuestra tribulación? Nuestro vientre se ha pegado a la tierra: levántate, Señor, ayúdanos, y líbranos. — *Salmo:* Oh Dios, lo oímos con nuestros oídos: nuestros padres nos lo anunciaron. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta expresa la Iglesia su confianza en la intercesión de S. Pablo, poderoso ministro de la divina semilla, que trabajó más que todos los otros en esparcirla entre los gentiles.

COLECTA

Oh Dios, que ves que no confiamos en ninguna acción nuestra: concédenos propicio la gracia de ser protegidos, con el patrocinio del Doctor de las gentes, contra toda adversidad. Por el Señor.

La Epístola es un paso de la carta del gran Apóstol, en que, forzado por el honor y eficacia de su ministerio a echar mano de la propia apología contra sus enemigos, nos muestra con cuántos trabajos han sembrado la palabra divina los varones apostólicos en los eriales de la gentilidad, y operado la regeneración cristiana.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Corintios.

Hermanos: Sufrís con gusto a los necios, siendo vosotros sabios. Porque lo toleráis, si alguien os reduce

a servidumbre, si alguien os devora, si alguien os roba, si alguien se engríe, si alguien os hiere en la cara. Lo digo con vergüenza, como si nosotros hubiésemos sido flacos en este punto. Pero en lo que otro tuviere osadía (lo digo con locura), también la tendré yo. ¿Son Hebreos? También yo. ¿Son Israelitas? También yo. ¿Son raza de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (hablo como menos sabio): más lo soy yo: he sufrido más trabajos, más cárceles, azotes sin medida, frecuentes peligros de muerte. He recibido de los Judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno. He sido azotado tres veces con varas, he sido apedreado una vez, he estado una noche y un día en lo profundo del mar, he sufrido tres naufragios, he vivido en continuos viajes y en peligros sin cuento: peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. Además de estos males, que son exteriores, hay lo que me preocupa cada día: el cuidado de todas las iglesias. ¿Quién enferma, y no enfermo yo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? Si es necesario gloriarse, yo me gloriaré de lo que es de mi flaqueza. El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el prefecto de la gente del rey Aretas custodiaba la ciudad de los Damascenos, para prenderme: y fuí descolgado en una cesta por una ventana del muro, y así escapé de sus manos. Si es preciso gloriarse (aunque ello no conviene), hablaré también de las visiones y revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años fué arrebatado (no sé si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe) hasta el tercer cielo. Y sé que dicho hombre fué arrebatado (no sé si en el

cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe) al paraíso, donde oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito decir. De este tal me gloriaré; de mí, en cambio, no me gloriaré nada, si no es de mis enfermedades. Aunque, si quisiera gloriarme, no sería insensato, pues diría la verdad. Pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve u oye de mí. Y, para que la magnitud de las revelaciones no me ensoberbezca, me ha sido dado el aguijón de mi carne, ángel de Satanás, para que me azote. Por lo cual he rogado tres veces a Dios que lo alejara de mí: y El me dijo: Bástate mi gracia: porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Por eso, me gloriaré gozoso de mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo.

Implora la Iglesia en el Gradual la ayuda del Señor contra los que se enfrentan a la misión que ha recibido de suscitar por doquier adoradores del verdadero Dios, esto es: un nuevo pueblo.

GRADUAL

Sepan las gentes que tu nombre es Dios: tú sólo el Altísimo sobre toda la tierra. ℣. Dios mío, ponlos, como una rueda o como una viruta, ante el soplo del viento.

En medio de las conmociones de la tierra, de esas violentas revoluciones, que, a veces, reproducen las espantosas escenas del diluvio en las naciones en que se desarrollan, pide la Iglesia sean exentos de tan grandes catástrofes sus queridos hijos, y que no perezca en ellos la esperanza del mundo. Este es el fin del Tracto que precede al Evangelio.

TRACTO

Agitaste, Señor, la tierra, y la conturbaste. ℣. Sana sus quebraduras, porque se ha movido. ℣. Para que huyan a la vista del arco: para que sean librados tus elegidos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, como se hubiera reunido una gran muchedumbre, y acudieran de las ciudades a Jesús, dijo por comparación: Salió, el que siembra, a sembrar su semilla: y, mientras sembraba, una (semilla) cayó junto al camino, y fué pisoteada, y los pájaros del cielo la comieron. Y otra cayó sobre piedra: y, nacida, se secó, porque no tenía jugo. Y otra cayó entre espinas, y nacieron con ella las espinas, que la sofocaron. Y otra cayó en buen terreno: y, nacida, dió el ciento por uno de fruto. Esto diciendo, clamaba: El que tenga oídos, que escuche. Y le preguntaron sus discípulos qué significaba esta parábola. A los cuales dijo El: A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los demás en parábolas: para que, viendo, no vean y, oyendo, no entiendan. Esta es, pues la parábola: La semilla es la palabra de Dios. La que (cayó) junto al camino, son aquellos que la oyen: después viene el diablo, y arranca la palabra de su corazón, para que no se salven creyendo. Pues la que (cayó) sobre la piedra, son los que, al escuchar, reciben con gozo la palabra: y éstos no tienen raíces: creen algún tiempo, pero en el momento de la tentación retroceden. Mas, la que cayó entre espinas, son los que escucharon y, yéndose, son ahogados por las preocupaciones, y riquezas, y placeres de la vida, y no dan fruto. Pero, la que (cayó) en buen terreno, son aquellos que, escuchando la palabra con bueno y óptimo corazón, la retienen, y dan fruto con paciencia.

VIGILANCIA Y FIDELIDAD. — Observa acertadamente S. Gregorio Magno que la parábola que acaba de leerse no ha menester explicación, puesto que la sabiduría eterna se encargó darnos por sí misma la clave de ella. Nos toca a nosotros aprovechar tan preciada enseñanza, y recibir en buena tierra la semilla celestial que nos cae encima. ¿Cuántas veces la hemos dejado hasta hoy pisotear por los viandantes o arrebatar por los pájaros del cielo? ¿Cuántas otras se ha secado encima de la losa de nuestro corazón o se ha sofocado en los matorrales de funestas espinas? Escuchábamos la palabra divina; tenía sus encantos para nosotros y eso nos tranquilizaba. A menudo la oíamos con gozo y solícito entusiasmo; pero si, por acaso, germinaba en nosotros, pronto se paralizaba su desarrollo. En adelante es menester produzcamos y fructifiquemos y la fuerza germinativa de la simiente, que se nos confía, es tal que el divino sembrador espera el ciento por uno. Si la tierra de nuestro corazón es buena, si nos preocupamos de prepararla poniendo a contribución las ayudas que nos brinda la Santa Madre Iglesia, abundante será la cosecha el día en que el Señor, saliendo vencedor de su sepulcro, venga a asociar a sus fieles creyentes a los esplendores de su Resurrección.

Alentados por esta esperanza y henchidos de confianza en Aquel que se digna sembrar de

nuevo una tierra tantos años rebelde a sus cuidados, cantemos el Ofertorio en que a favor nuestro pide la Iglesia firmeza y perseverancia.

OFERTORIO

Dirige mis pasos por tus caminos, para que no vacilen mis pies: inclina tu oído, y escucha mis palabras: glorifica tus misericordias, tú que salvas a los que esperan en ti, Señor.

SECRETA

Haz, Señor, que este Sacrificio, a ti ofrecido, nos vivifique siempre, y nos defienda. Por el Señor.

La visita del Señor en el Sacramento del amor es el gran medio que fertilizará nuestra alma y la hará fecunda. Por eso mismo la Iglesia nos invita en la antífona de la Comunión a acercarnos al altar de Dios; nuestro corazón recuperará su vigor nativo y florida juventud.

COMUNION

Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud.

POSCOMUNION

Rogámoste humildemente, oh Dios omnipotente, hagas que, los que tú alimentas con tus Sacramentos, te sirvan alegremente con sus buenas costumbres. Por el Señor.

LUNES DE SEXAGESIMA

Los pecados de los primeros padres. — "Toda carne habia corrompido su camino." Así, pues, el terrible escarmiento dado a los hombres al ser expulsados del paraíso de delicias en la persona de Adán y Eva, se había malogrado. Ni la certeza de la muerte más o menos próxima, ni las humillaciones de su entrada en la presente vida, ni los dolores o los quebrantos que la jalonan, nada les había podido reducir a someterse al dueño cuya mano pesaba sobre ellos. La esperanza de ser un día salvos y recobrar merced al mediador, hijo de la mujer, la felicidad y los honores perdidos, no esforzaba sus corazones ni los destetaba de sus aviesos instintos. El elocuente ejemplo de Adán encorvado tantos años bajo el yugo de la penitencia, testigo viviente de las bondades y justicias del Señor, de día en día iba perdiendo su imperio sobre los hijos que se multiplicaban en torno suyo, y al bajar a la tumba el viejo venerable, hízose su linaje más olvidadizo aún de los lazos de servicio y dependencia que le ligaban a Dios. Entablando alianza los hijos de Set con la familia de Caín, la raza humana entera pareció querer protestar contra su autor y convertirse en ególatra.

Dios, sin embargo, no los había abandonado sin defensa a la desarreglada inclinación de sus corazones. La ayuda de la gracia se les brindaba para vencer el orgullo y los ímpetus avasalladores de la sensualidad. Los méritos del Redentor, que había de nacer, estaban presentes ya ante la suprema justicia, y la sangre del *Cordero inmolado desde el principio del mundo* [1] aplicaba sus merecimientos a las generaciones que debían transcurrir antes del gran sacrificio. Podían, pues, ser todos los hombres justos como Noé, y merecer como él la complacencia del Eterno; los intentos empero de sus corazones se enderezaban al mal en vez del bien, y la tierra se poblaba de enemigos de Dios. Y entonces fué cuando, según la ingenua expresión de Moisés, *Dios se arrepintió de haberles creado*. Y se decidió a abolir toda esa raza perversa, excepción hecha de una sola familia, bajo las aguas del diluvio. Forzado el linaje humano a comenzar de nuevo sus destinos después de tamaña catástrofe, conocería por ventura mejor su dependencia para con su autor.

MARTES DE SEXAGESIMA

LOS PECADOS DEL MUNDO ACTUAL. — Cuando recapacitamos sobre los grandes sucesos que se

---

[1] *Apoc.*, XIII, 8.

destacan en la primera edad del mundo, nos parece incomprensible la malicia humana que osó desplegar velas ante los ojos de Dios. ¿Cómo pudo olvidarse tan pronto la voz del Señor en el paraíso? Cómo el espectáculo de la penitencia de Adán, ¿no movió a sus hijos a humillarse ante Dios y caminar tras sus huellas? Cómo la promesa de un Mediador que habría de abrirles las puertas del paraíso, ¿no despertó en sus corazones el deseo de ser sus abuelos y participar en la regeneración que traía a los hombres? Con todos los siglos que transcurrieron a la muerte de Adán fueron siglos de crimen y escándalo, y ya es sabido que él mismo presintió a ojos vistas cómo uno de sus primeros hijos fué fratricida del otro. ¿Habremos pues de maravillarnos tanto de la perversidad de los primeros hombres? Después que durante millones de años ha derramado Dios sobre la tierra, a manos llenas, sus beneficios, ¿son por ventura, los hombres de corazón menos duro, menos ingrato, menos rebelde? El duro escarmiento del paraíso, el castigo del diluvio, ¿qué son para los hombres, que se dignan dar fe a tales episodios? Un recuerdo que no llega a estampar en sus corazones el vivo sentimiento de la justicia de Dios. Más afortunados que sus abuelos, saben ya que no tiene el cielo Mesías que enviar, que Dios ha bajado, que se hizo hombre, que ha quebrado el cetro de Satanás, que el camino del cielo es

ya fácil, gracias a los auxilios depositados por el Mediador en los Sacramentos, y no obstante reina el pecado y triunfa en medio del cristianismo; es verdad que el número de los justos es hoy mayor que en los días de Noé, pero ¿qué tesoros de gracias ha derramado el Salvador sobre nuestra raza degenerada por ministerio de la Iglesia su esposa? Seguramente se encuentran cristianos fieles en la tierra, el número de los elegidos se va de día en día completando; la muchedumbre empero, vive en desgracia con Dios y observa una conducta en contradicción con su fe.

Así que, al recordarnos la Santa Madre Iglesia aquellos tiempos en que "toda carne había corrompido su camino" nos espolea a pensar seriamente en nuestra conversión, haciéndonos el recuento de las malvadas obras de los primeros hombres, nos advierte que nos preocupemos de nosotros mismos y nos juzguemos. Haciendo resonar a nuestros oídos el siniestro fragor de las cataratas del firmamento que se abren y anegan la tierra y sus habitantes, nos invita a no mofarnos de un Dios, cuya cólera pudo emplear medios tan terroríficos para vengarse de una rebelde creatura. La semana anterior pudimos aquilatar la gravedad de las consecuencias del pecado de Adán, pero que no siéndonos personal, nos alcanza sin embargo tan cruelmente su afecto. Esta semana debemos

reconocer y llorar amargamente nuestros propios, nuestros actuales pecados. Henchidos de favores divinos, alumbrados de luz divina, rescatados en la sangre de Dios nuestro Redentor, fortalecidos contra todos los obstáculos por su gracia, hemos, no obstante, corrompido también nuestros caminos, e inducido al Señor a arrepentirse de habernos creado. Confesemos nuestra maldad y humildes reconozcamos que exclusivamente debemos a su pura misericordia, no haber sido aniquilados [1].

MIERCOLES DE SEXAGESIMA

CASTIGO DEL PECADO. — Hemos pecado, hemos abusado de la vida, ¡oh justo Dios! y al leer los diversos castigos de tu cólera sobre los pecadores de los primitivos tiempos, comprendemos merecimos ser tratados como ellos. Tenemos el honor, la dicha de ser cristianos e hijos de tu Iglesia; la luz de la fe, el impulso de tu gracia nos atrajeron a ti, ¿pero debemos, por eso, olvidar nuestro antiguo estado? ¿Estamos tan afianzados en el bien que podamos prometernos fidelidad hasta el fin? ¡Oh, Señor, traspasad nuestras almas con los dardos de tu temor! Duro es nuestro corazón, menester es tiemble

[1] *Lament.*, de Jeremías, III, 22.

ante ti, porque de otro modo está todavía en peligro de traicionarte.

El espectáculo del mundo inundado, la extinción del linaje humano bajo las olas nos espantan y muestran que tu paciencia y longanimidad pueden agotarse y dar lugar a venganza despiadada. Eres justo, Señor, y nadie, ninguno de nosotros, tiene derecho de extrañarse ni quejarse.

Y a esa tu justicia desafiamos, esa tu venganza provocamos; porque si empeñaste tu palabra de no anegar en adelante en un diluvio la raza de los pecadores, sabemos que has encendido en tu cólera un fuego que eternamente devore a cuantos salgan de este mundo sin reconciliarse contigo. Oh dignidad de nuestra débil naturaleza. El que de la nada nos sacó, no quiere ver en nosotros más que amigos o enemigos. Y así convenía que fuese. Creados inteligentes y libres, el bien y el mal se nos ofrendan delante; menester es elijamos, no podemos permanecer indecisos. Si aceptamos el bien, Dios se vuelve amoroso hacia nosotros; si obramos el mal, rompemos con El que es el bien soberano. Mas, como su misericordia es infinita para con la débil creatura sacada por puro amor de la nada y quiere con sincera voluntad la salvación de todos, espera pacientemente la vuelta del pecador y le atrae a sí de mil maneras. Pero, ¡ay del que se resiste a la llamada divina cuando

es la última! Llega entonces la hora de la justicia, y el Apóstol nos advierte que *es cosa horrible caer entre las manos de Dios vivo* [1]. Sepamos, pues, huir *la cólera que se nos llega* [2], y apresurémonos a hacer las paces con el dueño irritado por nuestros pecados. Si ya estamos en gracia con El, vivamos en su temor, hasta que, habiendo arraigado su amor profundamente en nuestro corazón, merezcamos *correr en la vía de los mandamientos divinos* [3].

JUEVES DE SEXAGESIMA

Recientes castigos. — Prometió Dios a Noé no emplear contra la tierra el castigo del diluvio, pero su justicia le ha repetidas veces obligado para castigar a las naciones rebeldes a echar mano de severos medios que ofrecen más de una analogía con el diluvio; ha desatado contra los pueblos el azote de invasiones enemigas. Nos brinda la historia en el curso de los siglos una elocuente lista; y siempre se ha justificado la divina Providencia en sus obras. Las invasiones extranjeras han sido, con frecuencia, originadas por los pecados de los hombres y

1 *Heb.*, X, 31.
2 *S. Mat.*, III, 7.
3 *Ps.* CXVIII.

pregonan con soberana equidad el gobierno de Dios sobre el mundo.

No haremos aquí el recuento de las guerras sucesivas, su relato constituye en cierto modo los anales de la humanidad; conquistas, extinción de razas, pérdida de nacionalidades, violentas fusiones de pueblos en que naufraga un historial brillante. Recordemos aquí tan sólo dos grandes acontecimientos de este género que desolaron el mundo después de la era cristiana y prosternémonos ante la justicia de Dios.

Caída de Roma. — El imperio romano había almacenado crímenes; la adoración del hombre y la desenfrenada licencia de costumbres, habíanse trasmitido por su influencia hasta la última abyección en las naciones conquistadas. Podía el cristianismo salvar al hombre en el imperio, pero el imperio mismo no podía ser cristiano. Dios le entregó al diluvio de los bárbaros y desapareció bajo las olas de la invasión, hasta cubrir la cima del Capitolio. Los feroces ejecutores de la venganza divina poseían el instinto de su misión y se apellidaron a sí mismos: *el azote de Dios.*

El Islamismo. — Más tarde, cuando las naciones cristianas de Oriente llegaron a cansar por demás a la justicia divina por las herejías, desató contra ellas, del fondo de Arabia, el diluvio del Islamismo. Anegó las primeras cristianda-

des sin perdonar a Jerusalén, tinta en la sangre de Cristo y testigo de la Resurrección del Hombre-Dios. Antioquía y Alejandría con sus Patriarcados se abismaron en la ignominia de la esclavitud. Constantinopla a su vez habiendo cansado a la paciencia divina, llega a ser ella misma cabeza de la Media Luna.

La barbarie moderna. — Nos toca ahora a nosotros, naciones Occidentales, si no nos volvemos a Dios nuestro Señor. Ya se ven medio abiertas las cataratas del cielo, y la inundación amenaza precipitarse sobre nosotros. ¿Es que también en nuestra Europa no ha corrompido toda carne su camino, como en los días de Noé? ¿No hemos conspirado por doquier contra el Señor y contra su Cristo? No hemos vociferado como las naciones impías de que habla el salmista: "quebrantemos sus cadenas y sacudamos su yugo lejos de nosotros"[1]. Temblemos no sea llegado el momento en que, pese a nuestro orgullo y frágiles medios de defensa, Cristo irritado y a quien exclusivamente pertenecen los pueblos, "nos rija con vara de hierro y nos quiebre como a trozos de arcilla"[2]. El tiempo urge, aprovechemos el consejo del salmista: "Servid al Señor en el temor, abrazad su ley, no sea que el Señor se irrite y perezcáis porque se inflamará de pronto su ira"[3].

---

1 *Ps.* II.
2 *Ibid.*
3 *Ibid.*

VIERNES DE SEXAGESIMA

El Arca de salvación. — Al castigar el Señor la tierra con el diluvio, quiere sin embargo, ser fiel a sus promesas. Anunció la derrota de la serpiente; mas no han llegado todavía los tiempos; es por tanto menester se conserve el linaje humano hasta que la promesa se cumpla. El Arca da cabida al justo Noé y su familia, y si las aguas vengadoras se levantan por encima de las más altas montañas, el bajel frágil, pero seguro, al que son confiados, sobrenada tranquilamente encima de las olas. El día señalado, bajarán a la tierra purificada; oirán aun de boca de Dios la palabra dirigida antes a nuestros primeros padres: "Creced, multiplicáos y poblad la tierra."

La Iglesia. — El linaje humano debe al Arca de Noé su conservación; por el Arca nos salvó Dios a todos. Bendito sea el bajel hospitalario. El Señor mismo se dignó hacer su diseño y sobre él se escurrieron sin calarle todas las borrascas de la cólera divina. Mas si hemos de honrar respetuosamente *esa madera insensible y vil* [1], ¿cuál no debe ser nuestro amor a la nueva Arca, la Iglesia, de la que el arca de Noé no fué más que figura de esta que desde hace diecinueve siglos

[1] *Sab.*, X, 4.

nos salva y aun nos guía a Dios? Fuera de ella no hay salvación y en ella encontramos la verdad [1], la gracia y el sustento de las almas.

Sagrada Arca, eres habitación no ya de una sola familia, sino de miembros de todas las naciones que existen bajo el cielo. Sorteas las tempestades desde el día en que el Salvador te lanzó a la mar de este mundo y nunca naufragásteis. Sabemos que arribarás a la eternidad sin que naufragio alguno ponga en litigio la previsión del piloto divino. Por ti repuebla este mundo creado para sus elegidos [2]. Cuando está enojado contra los hombres, "se acuerda de su misericordia" [3] por ti; y en ti hizo alianza con nuestra raza.

Asilo seguro, guárdanos en medio del diluvio. Cuando el imperio profano *emborrachado con la sangre de los mártires* [4] desaparecía bajo la invasión de los bárbaros, la generación cristiana estaba segura a la sombra de tu maternal seno. El torrente se disipó poco a poco y la generación confiada a tus cuidados, vencida según la carne, llegó presto a ser victoriosa según el espíritu. Se humilló el bárbaro y nuevos pueblos que tenían por ley fundamental el Evangelio, empezaron su brillante destino en la tierra corrompida del imperio pagano.

---

1 *S. Juan,* VIII, 32.
2 *S. Mat.,* XXIV, 22.
3 *Habac.,* III, 2.
4 *Apoc.,* XVIII, 6.

La inundación sarracena llegó a su vez a sumergir a Oriente. Europa misma se sintió amenazada. Hubiera sido efectivamente invadida, si la fortaleza de los hijos que había salvado no rechazara esas bárbaras hordas. En tu seno, Arca tutelar, se refugiaron los cristianos que sobrevivieron. En medio de escándalos y embrutecimiento en que el cisma y la herejía han sumergido a la mayoría de sus hermanos, han conservado fielmente el fuego sagrado. Al abrigo que les preparastes, forman la ininterrumpida cadena de los testigos de la verdad. Pronto la vuelta de la divina misericordia nos acarreará tiempos mejores. Nuevos Sem se multiplicarán todavía en esa tierra antes tan fecunda en frutos de gloria y santidad.

Y nosotros, oh Santa Iglesia, con qué regocijo nos sentiremos por ti llevados y defendidos contra las olas del océano de la anarquía que desencadenaron nuestros pecados. Suplicamos al Señor diga a la mar embravecida: "hasta aquí llegarás y aquí estrellarás la furia de tus olas"[1]; pero si la justicia divina decidió que prevalezca una temporada, seguros estamos de esquivar el azote. En ti, oh Iglesia, hallamos los verdaderos bienes, bienes espirituales que *"los ladrones no pueden robar"*[2]; la vida que das es la sola verdadera; la patria que en ti reside, es la

[1] *Job*, XXXVIII, 11.
[2] *S. Mat.*, VI, 19.

única patria. ¡Oh!, ¡guardadnos Arca de Cristo! ¡que siempre estemos en ti con cuantos amamos, "hasta que se escurran las aguas de las maldades"![1] y cuando la tierra purificada haya de recibir nuevamente la semilla divina de la palabra, cuantos no hayas depositado todavía en las riberas eternas bajarán para dar a toda alma humana los principios sagrados de la autoridad y del derecho, de la familia y de la sociedad. A ti te toca el cuidado de conservarlos y enseñarlos hasta la consumación de los siglos.

SABADO DE SEXAGESIMA

La Virgen Inmaculada y Mediadora.—Al finalizar la semana precedente, saturada de recuerdo de la caída de nuestros primeros padres, después de reconocer en nosotros las duras e inevitables consecuencias, fijemos nuestra vista en esta hija de la raza humana que por singular misericordia, no participó en la desgracia de ser concebida en desgracia. En este último día de la semana consagrada al arrepentimiento de las faltas personales de que todo hombre, aun el más justo se ha hecho culpable, volvemos otra vez, oh María, a postrarnos ante ti y honrar en tu

[1] *Ps.* LVI, 2.

persona la creatura santísima que sola entre todas no cometió pecado.

Todos "hemos corrompido nuestras vías", hemos desobedecido a Dios, infringido su ley; nos hemos buscado a nosotros mismos a expensas de lo que a Dios era debido; y tú, *oh espejo de justicia* y de santidad, fuiste henchida de la divina caridad que jamás sufrió en ti el más ligero cambio. *Virgen fiel,* la gracia de tu Hijo ha triunfado siempre en tu corazón. *Rosa mística,* hasta El subieron tus perfumes, a cada instante, sin menoscabo alguno de su dulce suavidad. *Torre de marfil,* ningún lunar empañó tu blancura inmaculada. *Palacio cuyos muros son de oro,* emblema de amor, el don más excelente, has reflejado siempre los fuegos del espíritu divino. Ten, pues, compasión de nosotros, porque somos pecadores.

Hemos forzado al Señor al pesar de habernos creado. Mas en ti se satisfizo, oh María, tierra fértil entre todas; la gracia en ti sembrada fructificó abundantemente. Dígnate, pues, oh hermana nuestra, fecundizar la tierra de nuestros corazones, arrancando los abrojos que ahogan la planta celestial. Enlodados estamos por el pecado; lávanos por el mérito de las lágrimas maternales que derramastes al pie de la Cruz. Y si ya nos ha perdonado tu Hijo, cubre con tu manto las cicatrices de nuestras heridas. No tememos bastante el mal, nos exponemos a come-

terle, fortalece nuestros vacilantes corazones en los senderos del bien, despierta en ellos esta valiosa susceptibilidad para el honor de Dios, para su amor, y de este modo nos veremos finalmente apartados de esa peligrosísima complacencia en nosotros mismos que podría aun perdernos.

El diluvio de nuestros pecados desencadena sus olas contra nosotros, oh Madre bondadosa, nos damos prisa a entrar en el Arca protectora, seguros de hallar en ella firme asilo. Mas, oh poderosa mediadora, a ti tendemos aun la vista. ¿No tienes el poder de conjurar la cólera del Señor, y de hasta el último momento el desbordamiento de sus venganzas? Date prisa a socorrer al mundo que fenece. Acuérdate de tantísimos pecadores que sin remedio perecerían bajo las olas de la justicia divina que han desafiado. Logra que tantas almas lavadas en la sangre de tu Hijo no perezcan eternamente. Sé, oh María, antes de la inundación, la paloma de la paz que en otro tiempo trajo el ramo de olivo después de apaciguada la cólera divina. Sé el Arco iris pacífico en las nubes del cielo antes que se desaten contra la tierra. A ti nos dirigimos, Reina de misericordia, y pedimos perdón de nuestras culpas a quien por su pureza e inocencia no tiene encima de sí más que la santidad misma de Dios.

DOMINGO DE QUINCUAGESIMA

VOCACIÓN DE ABRAHÁN. —La vocación de Abrahán es el asunto que a nuestra consideración ofrece hoy la Iglesia. Cuando las aguas del diluvio se retiraron y el linaje humano cubrió de nuevo la haz de la tierra, volvió a reaparecer la corrupción de las costumbres entre los hombres y la idolatría vino a colmar tamaños desórdenes. Previendo el Señor en su divina sabiduría la defección de los pueblos resolvió formarse una nación que le sería especialmente consagrada; en ella se conservarían las verdades sagradas destinadas a desaparecer entre los gentiles. Ese nuevo pueblo había de comenzar por un solo hombre; padre y tipo de los creyentes. Abrahán lleno de fe y obediencia al Señor, estaba destinado a ser el padre de los hijos de Dios, cabeza de esa espiritual generación a que pertenecieron y continuaron perteneciendo hasta el fin de los siglos, todos los elegidos, tanto del pueblo antiguo, como de la Iglesia cristiana.

Debemos, pues, conocer a Abrahán, cabeza y modelo nuestro. Resúmese toda su vida en la fidelidad a Dios, sumisión a sus mandatos, abandono y sacrificio de todas las cosas para obedecer a la santa voluntad de Dios. Es el distintivo del cristiano. Apresurémonos a sacar en la vida

de este gran hombre todas las enseñanzas que en provecho nuestro encierran.

El texto del Génesis que a continuación damos servirá de base a cuanto hemos de decir sobre Abrahán. Lée hoy la Santa Madre Iglesia en el oficio de maitines.

GENESIS (XII, 1-9)

Dijo Yavé a Abrahán:

"Salte de tu tierra,
De tu parentela,
De la casa de tu padre,
Para la tierra que yo te indicaré;
Yo te haré un gran pueblo,
Te bendeciré y engrandeceré tu nombre,
Que será bendición.
Y bendeciré a los que te bendigan.
Y maldeciré a los que te maldigan.
Y serán bendecidas en ti todas las naciones de la tierra."

Fuese Abrahán conforme le había dicho Yavé, llevando consigo a Lot. Al salir de Jarán, era Abrahán de setenta y cinco años. Tomó, pues, Abrahán a Sarai, su mujer, y a Lot, su sobrino, y toda su familia y la hacienda y ganados que en Jarán habían adquirido. Salieron para dirigirse a la tierra de Canán, y llegaron a ella. Penetró en ella Abrahán, hasta el lugar de Siquén hasta el encinar de Moreh. Entonces estaban los cananeos en aquella tierra. Y se le apareció Yavé a Abrahán: "A tu descendencia daré yo esta tierra." Alzó allí un altar a Yavé que se le había aparecido, y saliendo hacia el monte que está frente a Betel, asentó allí sus tiendas, teniendo a Betel al Oc-

cidente y a Hai al Oriente, y alzó allí un altar a Yavé e invocó el nombre de Yavé.

SANTIDAD DE ABRAHÁN. — ¿Qué imagen más viva podría ofrecernos del discípulo de Cristo que la de este Patriarca tan dócil y generoso en seguir la voz de Dios? Con qué admiración hemos de exclamar repitiendo los elogios que le consagran los Santos Padres: "¡Oh varón verdaderamente cristiano antes de la venida de Cristo, hombre evangélico antes del Evangelio, hombre apostólico antes de los Apóstoles!" A la invitación del Señor lo deja todo, patria, familia, casa paterna, y se dirige a región desconocida. Bástale que Dios le guíe; se siente seguro y no echa mirada atrás. ¿Hicieron, por ventura, más los Apóstoles? Y parad mientes en el galardón: *En él serán benditas todas las familias de la tierra;* este caldeo lleva en sus venas la sangre que ha de salvar al mundo. Morirá, no obstante, antes de ver que llega el día en que uno de su descendencia rescate todas las generaciones pasadas, presentes y futuras. Un día se abrirá el cielo para dar paso al Redentor. Mientras tanto, nuestros primeros padres y Noé, Moisés, David, todos los justos irán a descansar al *seno de Abrahán* [1], preparación o antesala de la eterna bienaventuranza. Así recompensa Dios el amor y la fidelidad de su creatura.

---

[1] *S. Luc.,* XVI, 22.

Descendencia espiritual de Abrahán. — Cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios, hijo de Abrahán, anunció el poder de su Padre que se disponía a producir una nueva raza de hijos de Abrahán de las piedras mismas de la gentilidad. Nosotros cristianos somos esa nueva generación; pero ¿somos dignos de nuestro padre? Oigamos lo que nos dice el Apóstol de las gentes: "Lleno de fe, Abrahán, obedeció al Señor y salió sin tardanza para llegar al sitio que sería su herencia y se puso en camino sin saber a donde iba. Lleno de fe habita en la tierra que le había sido prometida, como si le fuera extraña, viviendo en tiendas como Isaac y Jacob, los coherederos de la promesa, porque aguardaba aquella ciudad cuyos cimientos tiene por autor a Dios mismo y por arquitecto"[1].

Si somos, pues, hijos de Abrahán, debemos considerarnos en este tiempo de Septuagésima como viandantes sobre la tierra, y vivir ya por la esperanza y el amor en esa única patria de la que estamos desterrados; a ella nos vamos acercando de día en día, sí, a ejemplo de Abrahán, somos fieles en ocupar las varias estaciones designadas por el Señor. Quiere Dios "usemos de este mundo como si no le usásemos"[2]. "No tenemos aquí ciudad permanente"[3], desgra-

---

1 *Heb.*, XI, 8.
2 *I Cor.*, VII, 31.
3 *Heb.*, XIII, 14.

cia suprema sería olvidar que la muerte ha de separarnos de todo lo transitorio.

Los placeres y la vida cristiana. — ¡Cuán lejos viven de ser verdaderos hijos de Abrahán esos cristianos que hoy y los días siguientes se entregan a la intemperancia y disipación culpable bajo pretexto de que la santa Cuaresma, se va a inaugurar presto! Naturalmente se explica, cómo las ingenuas costumbres de nuestros padres pudieron conciliar con la gravedad cristiana ese adiós a una vida más suave que la Cuaresma venía a interrumpir, lo propio que los goces alegres del convite en la solemnidad de Pascua, venían a comprobar la estricta observancia de las prescripciones de la Iglesia. Tal conciliación es siempre posible, es natural. Pero acontece con frecuencia que este pensamiento cristiano de los austeros deberes, se eclipsa ante las seducciones de la naturaleza depravada; la intención primordial de esos domésticos goces ¿no acabó por no ser más que un recuerdo? Nada tienen que ver con las alegrías toleradas por la Iglesia en sus hijos, tantos profanos para quienes los días de Cuaresma no se cierran con la recepción de los Sacramentos. Y los que se apresuran a solicitar dispensas para esquivar más o menos lealmente la obligación de las leyes de la Iglesia, ¿qué derecho tienen a festejar los días de Carnaval antes de emprender la ca-

rrera de la santa Cuaresma, los que lejos de alijerar en ella el peso de los pecados, se quedarán más que nunca atollados en su lodo?

Quiera Dios dejar de enmarañarse las almas en la tela vil de vanas ilusiones. De ansiar se recobren la santa libertad de los hijos de Dios, libertados de los funestos lazos de carne y sangre; es lo que acabadamente entroniza al hombre sobre el pedestal de su primera dignidad. No debiéramos olvidar que vivimos en días tristes, en que la Iglesia excluye los tradicionales cantos de alegría; días en que a todas luces pretende sintamos toda la miseria insoportable de la profana Babilonia que sobre nosotros pesa, quiere se vigorice en nosotros el espíritu cristiano que tiende malamente a amortiguarse.

Si, los deberes o imperiosas, por no decir tiránicas conveniencias, arrastran estos días a los discípulos de Cristo y los envuelven en el torbellino de los placeres mundanos, breguen a lo menos por conservar un corazón recto y empapado muy de veras en las máximas del Evangelio. Canten al Señor en su corazón, cuando halaguen sus oídos los acordes de la música profana; a imitación de la incomparable virgen Cecilia, en análoga circunstancia digan con fervor a Jesucristo: "Consérvanos puros, Señor, y nada empañe la santidad inmaculada y la dignidad que debe en todo tiempo autorizar nuestras personas." Deben evitar con sumo cuidado las danzas

libertinas, donde suele naufragar el pudor, pues serán materia de terribilísimo juicio contra los que las organizan y dan pábulo. Tengan finalmente presentes a su atenta consideración las graves reflexiones que trae a este propósito San Francisco de Sales, diciendo: "A tiempo que loca embriaguez de mundanos pasatiempos parecía haber suspendido todo otro sentimiento que el del fútil placer, frecuentemente peligroso, innumerables almas arden sin tregua en el fuego del infierno, por pecados cometidos en semejantes fiestas, o con ocasión de ellas; muchos religiosos de uno y otro sexo y demás gentes devotas, interrumpen el dulce sueño y se postran entonces mismo delante del Dios de la Majestad, cantando sus alabanzas e implorando sobre ti su misericordia sin medida; millares de almas se despedían de este suelo entre congojas de pavorosa agonía y espeluznante miseria en mísero lecho; Dios y sus Angeles te contemplan atentamente desde los altos cielos; en fin, se deslizaba, corría el tiempo y la muerte aceleraba hacia ti sus pasos que no pueden volver atrás"[1].

ADORACIÓN DE LAS XL HORAS. —Parece justo, que los tres últimos días precedentes a los rigores de la Cuaresma no trascurran sin aportar algún sustancioso alimento con que saciar el hambre de emociones que espolea a tantas al-

[1] *Introducción a la vida devota,* III parte, cap. XXXIII.

mas. La Iglesia en su maternal previsión ha pensado en remediar esta necesidad, no con frívolos pasatiempos y satisfacciones de nuestra vanidad. A los que todavía alienta el espíritu de fe, tiene aparejada una gran diversión a la par que medio poderosísimo para aplacar la cólera de Dios, exacerbada por los desatinos que estos días cometen los mundanos. Durante estos tres días se manifiesta solemnemente en el altar el Cordero inocente. De lo alto de ese su trono de misericordia recibe los honores y sumisión de cuantos quieren rendirle pleitesía; acepta las demostraciones de sincero arrepentimiento de cuantos se muestran a sus plantas pesarosos de haber seguido el señuelo del enemigo; y El se ofrece al Padre Eterno en pro de los pecadores que, no contentos con olvidar los pasados beneficios, se determinan, al parecer, a ultrajarle en estos días con más descaro que en el resto de todo el año.

La feliz idea de ofrecer un homenaje a la Majestad soberana en satisfacción de las ofensas que los pecadores multiplican estos días de Carnaval, y la piadosa industria de oponer a la vista del Señor irritado a su propio Hijo, mediador entre el cielo y la tierra, se le ocurrió por vez primera en el siglo XVI al cardenal Gabriel Paleotti, Arzobispo de Bolonia, contemporáneo de S. Carlos Borromeo y émulo de su celo pastoral. Este, a su vez, introdujo en su archidiócesis y provin-

cia tan saludable costumbre [1]. Próspero Lambertini en el siglo XVIII, puso empeño en hacer revivir la institución de su predecesor Paleotti, y estimuló la devoción al Santísimo Sacramento en su grey estos días de Carnaval; sublimado después a la cátedra de S. Pedro, con el nombre de Benedicto XIV, desparramó a manos llenas los tesoros de indulgencias a favor de los fieles que en los días susodichos, visiten a Nuestro Señor en el Sacramento de su amor e imploren el perdón en pro de los pecadores. Instituída la piadosa práctica comúnmente apellidada "*Las cuarenta Horas*" exclusivamente en las iglesias de los Estados Pontificios, extendióla al orbe entero en 1765 el Papa Clemente XIII, y desde aquel entonces llegó a ser una de las más espléndidas manifestaciones de la piedad católica. Asociémonos verdaderamente a tan edificantes homenajes. Hagamos por sustraernos, como Abrahán, a las profanas influencias que nos asedian y busquemos al Señor Dios nuestro; demos de mano siquiera por breves instantes, a las distracciones mundanas, y alleguémonos al Señor para merecer la gracia de presenciar, sin menoscabo de nuestra alma, los espectáculos inevitables.

---

[1] S. Felipe Neri instituyó en Roma procesiones, reemplazadas luego por las preces de las Cuarenta Horas que hoy tenemos.

Misterios de este día. — Consideremos ahora la serie de misterios del Domingo de Quincuagésima. El paso del Evangelio contiene la predicción hecha por el Salvador a sus Apóstoles de la pasión que bien pronto iba a sufrir en Jerusalén. Tan solemne anuncio es el preludio de las lúgubres escenas de Semana Santa; recibamos dicha nueva con viva emoción y agradecimiento sincero de nuestros corazones, y los decida a ponerse a la disposición de Dios como estuvo el corazón de Abrahán. Los liturgistas antiguos han señalado en la curación del ciego de Jericó, un símbolo de la ceguera de los pecadores; recobró la vista el ciego, porque reconoció su mal, y deseaba ver; idéntico deseo anhela la Iglesia de nosotros; manifestémoslo y seremos satisfechos.

MISA

La estación se celebra en la basílica de S. Pedro del Vaticano. Parece se escogió cuando todavía se leía en este domingo el relato de la ley dada por Moisés. Este Patriarca era considerado por los primeros cristianos de Roma como el tipo o figura de S. Pedro. Cuando la Iglesia estableció hoy la consideración del misterio de la vocación de Abrahán reservando hasta ya entrada la Cuaresma la lectura del Exodo, quedó no obstante fija la estación romana en la basílica del

Príncipe de los Apóstoles, figurado también por Abrahán en su cabida de Padre de *los creyentes*.

El Introito nos muestra los sentimientos del ciego abandonado que implora la compasión del Redentor quien se dignará ser su guía y su anfitrión.

INTROITO

Sé para mí un Dios protector y un lugar de refugio, para que me salves: porque tú eres mi sostén, y mi seguridad: y por tu nombre serás mi caudillo, y me nutrirás. — *Salmo:* En ti, Señor, he esperado, no sea confundido para siempre: líbrame en tu justicia, y sálvame. ℣. Gloria al Padre.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, escuches clemente nuestros ruegos: y, libres de los lazos de los pecados, defiéndenos de toda adversidad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Corintios.

Hermanos: Si hablara las lenguas de los hombres y de los Angeles, pero no tuviera caridad, sería como un bronce sonoro, o como una campana que retiñe. Y si tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y si tuviera tal fe, que trasladara los montes, pero no tuviera caridad, no sería nada. Y si distribuyera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo, para ser quemado, pero no tuviera caridad, de nada me serviría. La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra con malicia, no se infla, no es

ambiciosa, no busca sus cosas, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la iniquidad, sino que goza con la verdad: todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. La caridad no desaparece nunca, aunque pasen las profecías, aunque cesen las lenguas, aunque se destruya la ciencia. Porque ahora conocemos sólo en parte, y en parte profetizamos; mas, cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, pensaba como niño. Mas, cuando me hice hombre, abandoné las cosas de niño. Ahora vemos por espejo, en obscuridad; pero entonces (veremos) cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad: la mayor de ellas es la caridad.

Elogio de la caridad. — La Iglesia nos manda leamos hoy el estupendo panegírico de la caridad escrito por S. Pablo. Esta virtud, que en sí encierra el amor de Dios y del prójimo, es la luz de nuestras almas; si éstas carecen de ella, viven en tinieblas y cuanto hagan es estéril. El poder mismo de hacer milagros no es capaz de asegurar la salvación a quien no tiene Caridad; sin ella, las obras más heroicas en apariencia, no son más que un lazo más. Pidamos al Señor esta divina luz; por mucho que aquí nos lo conceda en su bondad, nos la guarda sin medida en la eternidad. El día más espléndido de que podemos gozar en este mundo, es tiniebla espesa comparado con los resplandores eternos. La fe se eclipsará ante la realidad contemplada para siempre; la esperanza no tendrá razón de ser en cuanto

entremos en posesión de lo esperado. Sólo el amor reinará y tal es el motivo de su preeminencia sobre las otras dos virtudes teologales. He aquí bien destacado el destino del hombre redimido y alumbrado por Cristo; ¿habrá, por tanto, motivo de asombrarse, deje todo el hombre para seguir a tal caudillo? Pero... cristianos bautizados en esta fe, en esta esperanza, y con primacías de este amor tan celebrado por S. Pablo, se precipitan estos días en desórdenes groseros, por refinados que pretendan mostrárnoslos a veces. Se diría que pretenden los tales extinguir en sí mismos hasta el último fulgor de la luz divina, en conjura manifiesta con las tinieblas. La Caridad, si en nosotros impera, debe hacernos sensibles al ultraje que a Dios hacen, y movernos a solicitar para esos ciegos, hermanos nuestros, la misericordia del Señor.

En el Gradual y el Tracto, celebra la Iglesia las bondades del Señor para con sus elegidos. Los libró del pesado yugo del mundo, ilustrándolos con su luz; son su pueblo y ovejas de su rebaño.

GRADUAL

Tú eres el único Dios que hace maravillas: hiciste notorio entre las gentes tu poder. ℣. Libraste con brazo fuerte a tu pueblo, a los hijos de Israel y de José.

TRACTO

Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría. ℣. Presentaos ante El con regocijo: sabed

que el Señor es el mismo Dios. ℣. El nos hizo, y no nosotros mismos: somos su pueblo, y las ovejas del su pasto.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo tomó Jesús a los Doce, y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que han sido escritas por los Profetas acerca del Hijo del hombre. Porque será entregado a los gentiles, y escarnecido, y flagelado, y escupido: y, después de flagelarle, le matarán, y al tercer día resucitará. Y ellos no entendieron nada de esto, y estas palabras fueron para ellos un enigma, y no comprendían lo que se les decía. Y sucedió que, al acercarse a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino, mendigando. Y, cuando oyó a la turba que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús el Nazareno. Y clamó, diciendo: Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí. Y los que iban delante, le increpaban para que callase. Pero él gritaba con más fuerza: Hijo de David, ten piedad de mí. Y, parándose Jesús, mandó que se lo trajesen. Y, habiéndose acercado, le interrogó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Vé; tu fe te ha salvado. Y al punto vió; y le siguió, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Ceguera y luz espirituales. — La voz de Cristo anunciando su Pasión acaba de resonar; recibieron los Apóstoles esta confidencia de su Maestro y no la entendieron. Están aún sobradamente imbuídos en los prejuicios de su pueblo en contra de los sufrimientos del Mesías, para darse cuenta cabal de la misión del Salvador; menos

mal que no le abandonaron sino que le están adictos y le siguen. Adoremos amorosos la misericordia divina; nos ha sacado como a Abrahán del medio de un pueblo abandonado. Sigamos el ejemplo del ciego de Jericó, clamemos al Señor se digne iluminarnos más y más: *"Señor, haz que yo vea"*; esta era su oración. Dios nos ha otorgado su luz; pero de poco nos serviría si no despertara en nosotros ansias de ser siempre más. Prometió a Abrahán enseñarle el lugar que le tenía preparado; dígnese así mismo hacernos ver esa tierra de los vivos. Antes, empero, roguémosle se nos muestre a nosotros, conforme al hermoso pensamiento de S. Agustín, para que le amemos y nos abra los ojos y nos conozcamos para que dejemos de amarnos.

Mientras se desarrolla el Ofertorio, pide la Iglesia a favor de sus hijos el conocimiento de la ley de Dios, verdadera luz de vida y quiere aprendan nuestros labios a pronunciar su doctrina y los divinos mandamientos.

OFERTORIO

Bendito eres, Señor: enséñame tus preceptos: con mis labios he contado todos los juicios de tu boca.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta Hostia purifique nuestros pecados y santifique los cuerpos y las almas de tus siervos, para poder celebrar este Sacrificio. Por el Señor.

La antífona de la Comunión nos trae a la memoria el maná dado en el desierto a la raza de Abrahán. Ese alimento, sin embargo, aunque caído de lo alto, no les libró de la muerte. El Pan de vida, en cambio, que bajó del cielo, asienta las almas en la luz eterna, y quien dignamente le come, no morirá.

COMUNION

Comieron, y se sacieron, y el Señor satisfizo sus deseos: no quedaron defraudados en sus anhelos.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que hemos recibido estos celestiales alimentos, seamos defendidos por ellos contra toda adversidad. Por el Señor.

LUNES DE QUINCUAGESIMA

El ejemplo de Abrahán. — La vida del fiel cristiano, a ejemplo de Abrahán, no es más que valiente carrera hacia la morada que Dios Nuestro Señor le ha destinado. Nos es, pues, menester dar de mano a cuanto embaraza la marcha y no volver la vista atrás. Severa en esta doctrina, pero a poco que reflexionemos sobre los peligros que aquí asedian al hombre caído, sobre la experiencia repetida por cada uno de nos-

otros, dejaremos de maravillarnos de que el Señor haga estribar como condición esencial de nuestra salvación en la renuncia de nosotros mismos. Por otra parte, ¿somos bastante cuerdos y valientes para dejar de convencernos, que nos conviene, que dejemos a Dios ordene nuestra vida en vez de disponerla a nuestro placer? Y, por fin, sean cualesquiera nuestras reclamaciones y resistencias, Dios es nuestro dueño, y si nos deja la libertad de resistir o de seguirle, no está dispuesto a abdicar, a renunciar sus derechos. Nuestra negativa a obedecerle compete a solos nosotros.

Libre era Abrahán al oír el divino llamamiento de quedarse en Caldea y no emprender la emigración que desarraigaba su existencia terrestre. Dios, entonces escogerá a otro hombre a quien devolverá el honor de ser el padre del pueblo elegido y abuelo del Mesías. Estas substituciones son frecuentes en el campo de la gracia. Por el hecho de que un alma rehusa la salvación no hay motivo de creer que por eso pierda el cielo ni uno solo de sus escogidos. Dios, menospreciado por aquel a quien se dignara llamar, se vuelve a otro que le será más dócil.

La vida cristiana se desarrolla enteramente en esta absoluta dependencia llevada a cabo hasta el fin. En primer lugar el espíritu de sumisión retrae al alma del pecado y de la muerte en que languidecía. De la neblina de Caldea la trans-

porta a la tierra prometida, y, después de encaminada el alma en el recto camino, temiendo su caída, la mantiene en continuo ejercicio por los sacrificios que la exige. Aquí vemos también como luz y guía el ejemplo de Abrahán. Este ilustre amigo de Dios recibe en recompensa la promesa más estupenda; un hijo es la prenda de ella, y sin mucho tardar, para sondear el corazón del santo Patriarca, Dios mismo le manda inmolar a ese hijo en que se cifraban todas sus esperanzas.

SALIR DEL MAL. — Tal es el destino del hombre en la tierra. Para salir del mal es menester hacer esfuerzos contra nosotros mismos, y la perseverancia en el bien supone reiteradas luchas. Levantemos, pues, los ojos a las colinas eternas, y a ejemplo de Abrahán, consideremos la morada de este mundo como tienda levantada para un día. El Salvador ha dicho: "*No he venido a traer la paz en la tierra, sino la espada; he venido a separar, a dividir*"[1]. Debemos, contar, por supuesto, con la prueba; y ya que nos la impone Aquel que nos amó hasta el extremo de hacerse nuestro semejante, reconozcamos que nos es saludable. También El dijo: "*Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*"[2]. ¿Podemos, oh cristianos, tener nuestro tesoro en esta tierra inferior a nosotros? No

---

1 *S. Mat.*, X, 34.
2 *S. Mat.*, VI, 21.

puede ser. Nuestro tesoro, por tanto, está más arriba. ¿Qué mano de hombre nos lo podrá arrebatar?

Tales pensamientos se nos brindan a nuestra consideración estos últimos días que preceden a la santa Cuaresma. Hay, pues, que purificar nuestro corazón y hacer que aspire a Dios. Pidamos llegue a nosotros *el reino de Dios,* y a los ciegos pecadores, *piedras,* que la poderosa misericordia del Señor, puede transformar en *hijos de Abrahán,* si le place. Lo realiza todos los días; por ventura lo hizo con nosotros que, "después de haber estado lejos, estamos ahora adheridos a Dios en la sangre de Jesucristo"[1].

MARTES DE QUINCUAGESIMA

SEPARACIÓN DEL MUNDO. — El principio fundamental de la vida cristiana, estriba, según el Evangelio, en vivir fuera del mundo, separarse de él, romper con él. El mundo, es esta tierra infiel de la que Abrahán, nuestro modelo, se alejó por orden de Dios; es esta Babilonia que nos ha aherrojado y cuya convivencia está henchida de peligros para nosotros. El discípulo amado nos da voces diciendo: "No améis al mundo y cuanto

[1] *Eph.*, II, 13.

hay en el mundo, el amor del Padre no está en él"[1]. El Salvador, abismo de misericordia, al ofrecer su Sacrificio por todos, dejó oír esta terrible palabra: "No ruego por el mundo"[2]. Nosotros mismos no fuimos señalados con el sello glorioso e imborrable del cristiano, sino después de haber renunciado a las obras y pompas del mundo, y más de una vez renovamos este solemne compromiso.

USO LEGÍTIMO DEL MUNDO. — ¿Qué significa lo antedicho? ¿Hemos, acaso, para ser cristianos de retirarnos a un desierto, y alejarnos del consorcio de nuestros semejantes? No puede ser tal la intención de Dios, por cuanto en el libro mismo donde nos ordena huyamos del mundo, que no amemos al mundo, nos impone deberes para con los hombres, sanciona y bendice los lazos que la disposición de su providencia ha sellado entre ellos y nosotros. Su Apóstol nos advierte: "*Usemos de este mundo como si no le usáramos*"[3]. No nos está vedado, el uso de este mundo. Una vez más, ¿qué significa todo esto? ¿Habrá contradición en la doctrina celestial y estamos, por ventura, condenados a palpar entre tinieblas?

No hay nada de eso, y resulta todo claro al resolvernos a considerar con atención lo que nos rodea. El mundo, entendiendo por mundo los ob-

---

1 *I S. Juan.*, II, 15.
2 *S. Juan*, XVII, 6.
3 *I Cor.*, VII, 31.

jetos que Dios ha creado en su poder y bondad, este mundo visible que hizo a gloria suya y provecho nuestro, no es indigno de su autor; y, si somos fieles, no es en verdad más que una serie de grados o escalones para remontarnos hasta Dios. Usemos de todo esto agradecidos; atravesemos por todo ello sin fijar nuestra esperanza, no le consagremos un amor a solo Dios debido, no olvidemos nuestros destinos inmortales, que no han de verse aquí cumplidos.

EL MUNDO PERVERSO. — Pero la mayoría de los hombres no tienen esa prudencia; su corazón se pega al suelo en vez de remontarse a lo alto, de manera que, dignándose el autor del mundo visitarle para hacerle salvo, *el mundo no quiso conocerle* [1]. Entonces el Señor afrentó a los hombres ingratos con el apelativo de *mundo*, aplicándoles el nombre del objeto de su codicia, porque cerraron sus ojos a la luz y se trocaron en tinieblas.

El *mundo* en este sentido malvado, es, por tanto, todo lo que se opone a Jesucristo, cuanto se niega a reconocerle y dejarse guiar por El. El mundo es el conjunto de máximas que pugnan por apagar o menguar el empuje de las almas a Dios, a recomendar como provechoso cuanto cautiva nuestro corazón, con lazos de esta vida de-

[1] *S. Juan.*, I, 10.

leznable, a censurar o repeler cuanto eleva al hombre por encima de un imperfecto o natural vicioso, a encontrar o seducir nuestra imprudencia con el señuelo de solaces peligrosos que, lejos de allegarnos a nuestro fin eterno, nos dejan extraviados y desorientados del sendero recto.

LUCHA NECESARIA. — Y este mundo maldito está en todo lugar y tiene sus conciertos sinuosos en nuestros corazones. Por el pecado, ha embebido totalmente este mundo exterior por Dios creado; menester nos es vencerle y sojuzgarle a nuestros pies, si no queremos perecer con él. Necesariamente hemos de ser sus enemigos o esclavos. En los días que atravesamos triunfa, y ve consolidado su imperio sobre aquellos que un día le anatematizaron, el día en que se alistaron en la milicia de Cristo. Lastimémonos de ellos, roguemos por ellos, temblemos por nosotros, y para que no se amilane nuestro corazón, meditemos en estos días las consoladoras palabras del Salvador tocante a sus discípulos, después de la última Cena: "Padre mío, les he dado tu palabra y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como yo mismo no soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal"[1].

---

[1] *S. Juan.*, XVII, 14.

CONCLUSION

DEL TIEMPO DE SEPTUAGÉSIMA

Ya están preparadas nuestras almas; puede la Iglesia dar principio a la Cuaresma. Durante las tres semanas trascurridas, aprendimos a conocer la miseria del hombre caído, la necesidad inmensa de ser salvado por su autor divino; la eterna justicia contra quien osó rebelarse el linaje humano, y el castigo terrible que fué el fruto de tan gran osadía; por fin, la alianza del Señor en la persona de Abrahán con los dóciles a su voz rehuyen las máximas de un mundo fementido y condenado.

Vamos a ver ahora cumplirse los misterios con que ha sido cicatrizada la herida de nuestra lamentable caída, desarmada la justicia divina, la gracia que nos redime del yugo de Satanás y del mundo, superabundantemente derramada sobre nosotros.

El Hombre-Dios, cuyas huellas dejamos de seguir por breve espacio, va a ofrendarse de nuevo a nuestra vista abrumado bajo el peso de su Cruz y luego inmolado por nuestra Redención. La Pasión dolorosa que nuestros pecados le han impuesto, va a renovarse a nuestros ojos en el aniversario más solemne.

Alerta, pues, y purifíquemonos. Corramos valientes por el sendero de la penitencia; y que

cada día aligere más y más la carga con que nuestros pecados nos abruman y, cuando hayamos participado del cáliz del Redentor por sentida compasión de sus dolores, nuestros labios, largo tiempo cerrados a los cantos de alegría, serán abiertos por la Iglesia, y nuestros corazones, súbitamente trasportados de júbilo inefable, para entonar el cántico pascual.

MIERCOLES DE CENIZA

INVITACIÓN DEL PROFETA. — Hervía ayer el mundo en los placeres, y los mismos cristianos se entregaban a expansiones permitidas; mas ya de madrugada ha resonado a nuestros oídos la trompeta sagrada de que nos habla el Profeta[1]. Anuncia la solemne apertura del ayuno cuaresmal, el tiempo de expiación, la proximidad más inminente de los grandes aniversarios de nuestra Redención. Arriba, pues, cristianos, preparémonos a combatir las batallas del Señor.

ARMADURA ESPIRITUAL. — En esta lucha, empero, del espíritu contra la carne, hemos de estar armados, y he aquí que la Iglesia nos convoca en sus templos para adiestrarnos en los ejercicios,

[1] Véanse las reflexiones que siguen a la Epístola.

en la esgrima de la milicia espiritual. S. Pablo nos ha dado ya a conocer al pormenor las partes de nuestra defensa: "Ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia, y calzados los pies prontos para anunciar el Evangelio de la paz. Embrazad en todo momento el escudo de la fe y la esperanza de salvaros por yelmo que proteja la cabeza"[1]. El Príncipe de los Apóstoles viene por su parte a decirnos: "Cristo padeció en la carne, armáos también vosotros del mismo pensamiento"[2]. La Iglesia nos recuerda hoy estas enseñanzas apostólicas, pero añade por su parte otra no menos elocuente, haciéndonos subir hasta el día de la prevaricación, que hizo necesarios los combates a que nos vamos a entregar, las expiaciones que hemos de pasar.

ENEMIGOS CON QUIENES HEMOS DE LUCHAR. — Dos clases de enemigos se nos enfrentan decididos: las pasiones en nuestro corazón y los demonios por de fuera. El orgullo ha acarreado este desorden. El hombre se negó a obedecer a Dios. Dios le ha perdonado, con la dura condición de que ha de morir. Le dijo, pues: "Polvo eres, hombre, y en polvo te volverás"[3]. ¡Ay! ¿cómo olvidamos este saludable aviso? Hubiera bastado sólo él para fortalecernos contra nosotros mismos persuadidos de nuestra nada, no nos hubiéramos

---

1 *Eph,* VI, 16.
2 *I S. Pedro,* IV, 1.
3 *Gen.,* III, 19.

atrevido a quebrantar la ley de Dios. Si ahora queremos perseverar en el bien, en que la gracia de Dios nos restableció, humillémonos, aceptemos la sentencia y consideremos la vida como sendero más o menos corto que acaba en la tumba. Con esta perspectiva, se renueva todo, todo se explica. La bondad inmensa de Dios que se dignó amar a seres condenados a la muerte se nos presenta todavía más admirable; nuestra insolencia y nuestra ingratitud contra quien desafiamos en los breves instantes de nuestra existencia nos parece cada vez más para sentida, y la reparación que podemos hacer y que Dios se digna aceptar, más puesta en razón y salutífera.

IMPOSICIÓN DE LA CENIZA. — Este es el motivo que decidió a la Iglesia, cuando juzgó oportuno anticipar de cuatro días el ayuno cuaresmal, a iniciar este santo tiempo, señalando con ceniza la frente culpable de sus hijos y repitiendo a cada uno las palabras del Señor que nos condenan a muerte. El uso, sin embargo, como signo de humillación y penitencia, es muy anterior a la presente institución y la vemos practicada en la antigua alianza. Job mismo, en el seno de la gentilidad, cubría de ceniza su carne herida por la mano de Dios, e imploraba de este modo su misericordia [1]. Más tarde el salmista en la contrición viva de su corazón, mezclaba ceniza con

[1] *Job*, XVI, 16.

el pan que comía [1], y análogos ejemplos abundan en los Libros históricos y en los Profetas del Antiguo Testamento. Y es que vivamente sentían entonces ya la relación que hay entre ese polvo de un ser materialmente quemado y el hombre pecador, cuyo cuerpo ha de ser reducido a polvo al fuego de la divina justicia. Para salvar por de pronto al alma, acudía el pecador a la ceniza y reconociendo su triste fraternidad con ella, se sentía más a resguardo de la cólera de Aquel que resiste a los soberbios y tiene a gala perdonar a los humildes.

PENITENTES PÚBLICOS. — El uso litúrgico de la ceniza el miércoles de Quincuagésima, no parece haberse dado en los comienzos a todos los fieles, sino tan sólo a los culpables de los pecados cometidos a la penitencia pública de la Iglesia. Antes de Misa se presentaban en el templo donde todo el pueblo se hallaba congregado. Los sacerdotes oían la confesión de sus pecados, y después los cubrían de cilicios y derramaban ceniza en sus cabezas. Después de esta ceremonia clero y pueblo se postraban en tierra y rezaban en voz alta los siete salmos penitenciales. Tenía lugar después la procesión en la que los penitentes iban descalzos; a la vuelta eran arrojados solemnemente de la Iglesia por el Obispo que les decía: "Os arrojamos del recinto de la Iglesia por

[1] *Ps.* CI, 10.

vuestros pecados y crímenes, como Adán, el primer hombre fué arrojado del paraíso por su desobediencia." Cantaba a continuación el clero algunos responsorios sacados del Génesis, en los que se recordaban las palabras del Señor, que condenaban al hombre al sudor y trabajo en esta tierra ya maldita. Cerraba en seguida las puertas de la Iglesia. Y los pecadores no debían pasar sus umbrales hasta volver Jueves Santo, a recibir con solemnidad la absolución.

EXTENSIÓN DEL RITO LITÚRGICO. — Después del siglo XI empezó a caer en desuso la penitencia pública; en cambio, la costumbre de imponer la ceniza a todos los fieles este día, llegó a generalizarse y se ha clasificado entre las ceremonias esenciales de la Liturgia romana [1]. Antiguamente se acercaban descalzos a recibir este aviso de la nada del hombre, y aun en pleno siglo XII el mismo Papa salía de Santa Anastasia a Santa Sabina donde se celebraba la Estación y hacía el recorrido descalzo, lo mismo que los Cardenales de su cortejo. La Iglesia ha cedido en esta severidad exterior, sin dejar de tener estima gran-

[1] No es fácil determinar la fecha exacta en que se llevó a cabo esta evolución. Sólo sabemos que en el Concilio de Benevento en 1091, Urbano II la hizo obligatoria para todos los fieles. La ceremonia actual va detallada en los *Ordines* del siglo XII; las antífonas, responsorios y oraciones de la bendición de la ceniza, estaban ya en uso entre el siglo VIII y X.

de de los sentimientos que tan imponente rito debe producir en nuestras almas.

Como acabamos de insinuar, la estación en Roma se celebra hoy en Santa Sabina, sobre el Monte Aventino. Bajo los auspicios de esta santa mártir se inicia la penitencia cuaresmal.

Empiezan las sagradas ceremonias por la bendición de la ceniza. Proceden de los ramos benditos el año anterior el domingo antes de Pascua. La bendición que reciben en este nuevo estado tiene por finalidad hacernos más dignos del misterio de contrición y humildad que ha de significar.

Canta el coro en primer lugar esta antífona que implora la misericordia divina.

ANTIFONA

Escúchanos, Señor, porque tu misericordia es benigna: míranos, Señor, según la muchedumbre de tus misericordias. — *Salmo:* Sálvame, oh Dios, porque las aguas han penetrado hasta mi alma. ℣. Gloria al Padre. Escúchanos...

El sacerdote teniendo en el altar la ceniza, pide a Dios las haga instrumento de santificación en favor nuestro.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, perdona a los penitentes, sé propicio con los suplicantes: y dígnate enviar desde el cielo a tu Angel, el cual ben † diga, y santi † fique estas cenizas, para que sean saludable remedio a todos los que imploren humildemente tu santo

nombre, a los que se confiesen de sus pecados y a los que lloren sus crímenes delante de tu majestad o invoquen rendida y porfiadamente tu serenísima piedad; y haz que, por la invocación de tu santísimo nombre, todos los que fueren signados con ellas, para redención de sus pecados, alcancen la salud del cuerpo y la tutela del alma. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

ORACION

Oh Dios, que no deseas la muerte, sino la penitencia de los pecadores: contempla begnísimo la fragilidad de la condición humana; y dígnate, por tu piedad, ben † decir estas cenizas, que vamos a imponer sobre nuestras cabezas, para profesar humildad y alcanzar el perdón: a fin de que, puesto que nos reconocemos ceniza y que, por causa de nuestra depravación, nos hemos de convertir en polvo, merezcamos alcanzar misericordiosamente el perdón de todos los pecados y los premios prometidos a los penitentes. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

ORACION

Oh Dios, que te doblegas con la humillación y te aplacas con la satisfacción: inclina a nuestras preces el oído de tu piedad; y derrama propicio la gracia de tu bendición sobre las cabezas de tus siervos, signadas con la unción de estas cenizas: para que los llenes del espíritu de compunción, y les concedas eficazmente lo que justamente te pidieren, y les conserves perpetuamente firme e intacto lo que les hubieres concedido. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, que concediste los remedios de tu perdón a los Ninivitas, que hicieron pe-

nitencia con ceniza y cilicio: haz que los imitemos de tal modo en el hábito, que consigamos también el perdón. Por el Señor.

Después de las oraciones, aspergea el sacerdote con agua bendita la ceniza y la inciensa. Acabada la incensación recibe él mismo la ceniza en la cabeza de manos del sacerdote más digno; este la recibe a su vez del celebrante, quien después de haberla impuesto a los ministros del altar y demás clero, la distribuye sucesivamente al pueblo.

Cuando se acerque el sacerdote a señalaros con el sello de la penitencia, acepta sumiso la sentencia de muerte que Dios mismo pronunciará sobre ti al decirte: "Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te volverás." Humíllate y recuerda que por haber querido *ser como dioses,* prefiriendo tu capricho al querer de tu Señor, has sido condenado a morir. Pensemos en la inacabable secuela de pecados que añadimos al de Adán, y admiremos la clemencia de Dios que se contentará con una sola muerte por tantas rebeldías.

Mientras se distribuye la ceniza canta el coro las dos antífonas y responsorios siguientes:

ANTIFONAS

Mudemos el vestido en ceniza y cilicio: ayunemos, y lloremos ante el Señor: porque nuestro Dios es muy misericordioso para perdonar nuestros pecados.

Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo: y no cierres, Señor, las bocas de los que te cantan.

RESPONSORIO

℟. Mejoremos lo que pecamos por ignorancia: no sea que, sorprendidos por el día de la muerte, busquemos espacio para la penitencia, y no podamos hallarlo. * Atiende, Señor, y ten compasión: porque hemos pecado contra ti.

℣. Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y, por el honor de tu nombre, líbranos, Señor. * Atiende, Señor. ℣. Gloria al Padre. Atiende, Señor.

Terminada la distribución de la ceniza canta el preste la oración siguiente:

ORACION

Concédenos, Señor, la gracia de comenzar con santos ayunos la carrera de la milicia cristiana: para que, al luchar contra los espíritus malignos, seamos protegidos con los auxilios de la continencia. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

MISA

Alentada por el acto de humildad que acaba de realizar, el alma cristiana se llena de ingenua confianza hacia Dios misericordioso; se atreve a recordarle su amor para con los hombres que ha creado, y la longanimidad con que se dignó esperar su vuelta a El. Estos sentimientos son tema

del Introito cuyas palabras están sacadas del libro de la Sabiduría.

INTROITO

Te compadeces, Señor, de todos, y no odias nada de lo que has hecho, disimulando los pecados de los hombres por su penitencia, y perdonándoles: porque tú eres el Señor, nuestro Dios. — *Salmo:* Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí: porque en ti confía mi alma. ℣. Gloria al Padre.

Pide en la colecta la Iglesia a favor de sus hijos, que la saludable práctica del ayuno sea acogida por ellos con sincera complacencia y que en ella perseveren para bien de sus almas.

COLECTA

Concede, Señor, a tus fieles la gracia de comenzar con sincera piedad la veneranda solemnidad de estos ayunos y de continuarla con segura devoción. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Joel.

Esto dice el Señor: Convertíos a mí de todo vuestro corazón, en ayuno, y en lloro, y en llanto. Y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor, vuestro Dios: porque es benigno y misericordioso, paciente y de mucha misericordia, y superior a toda malicia. ¿Quién sabe si se volverá, y perdonará, y dejará en pos de sí bendición, sacrificio y libación al Señor, Dios vuestro? Tocad la trompeta en Sión, santificad el ayuno, llamad a concilio, congregad el pueblo, santificad la asamblea, reunid a los ancianos,

juntad a los niños y a los que maman: salga el esposo de su lecho, y la esposa de su tálamo. Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo: y no des tu herencia al oprobio, para que les dominen las naciones. ¿Por qué dicen en los pueblos: Dónde está su Dios? El Señor amó su tierra, y perdonó a su pueblo. Y respondió el Señor y dijo a su pueblo: He aquí que yo os daré trigo, y vino, y aceite, y os llenaréis de ellos: y no os haré ya más el oprobio de las gentes: lo dice el Señor omnipotente.

EFICACIA DEL AYUNO. — Este magnífico paso del Profeta nos descubre la importancia que el Señor da a la expiación por el ayuno. Cuando el hombre contrito por sus pecados mortifica su carne, Dios se aplaca. El ejemplo de Nínive lo demuestra; perdona el Señor a una ciudad infiel por el solo hecho de que sus habitantes imploraban su compasión bajo la librea de la penitencia; pues, ¿qué no hará a favor de su pueblo, si acierta a juntar a la inmolación del cuerpo el sacrificio del corazón? Entremos, pues, animosos en el sendero de la penitencia; y si la mengua de los sentimientos de fe y temor de Dios amenazan, al parecer, acabar en derredor nuestro prácticas tan antiguas como el cristianismo, Dios nos libre de entrar por las veredas del relajamiento tan pernicioso al conjunto de las costumbres cristianas. Recapacitemos, sobre todo, en nuestros compromisos personales con la divina justicia; ella nos condonará los deslices y castigos que me-

recen en la medida que pongamos solícito empeño en ofrendarle la satisfacción a que tiene pleno derecho.

Continúa la Iglesia desahogando en el Gradual los vivos sentimientos de confianza en Dios bondadosísimo, y cuenta en la felicidad de sus hijos que sabrán aprovechar los medios con que los brinda para desarmar su enojo.

El Tracto es una hermosa plegaria de David; repítela la Iglesia tres veces por semana durante la Cuaresma, y de ella se sirve para apaciguar la cólera de Dios en tiempos calamitosos.

GRADUAL

Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí: porque en ti confía mi alma. ℣. Vino del cielo, y me libró: llenó de oprobio a los que me pisoteaban.

TRACTO

Señor, no nos pagues según los pecados que hemos cometido: ni según nuestras iniquidades. ℣. Señor, no te acuerdes de nuestras antiguas iniquidades, antes anticípense pronto tus misericordias: porque somos muy pobres. *(Aquí se arrodilla.)* ℣. Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y, por la gloria de tu nombre, líbranos, Señor: y sé propicio con nuestros pecados, por tu nombre.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando ayunéis, no os pongáis, como los hipócritas, tristes. Porque ellos maceran sus rostros, para hacer ver a los

hombres que ayunan. En verdad os digo: ya han recibido su galardón. Tú, en cambio, cuando ayunes, unge tu cabeza, y lava tu cara, para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está oculto: y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo premiará. No atesoréis tesoros en la tierra: donde el orín y la polilla los destruyen, y donde los ladrones los minan, y roban. Atesorad, en cambio, tesoros en el cielo, donde ni el orín ni la polilla los destruyen, y donde los ladrones no los minan, ni roban. Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

Alegría de Cuaresma. — No quiere Nuestro Señor recibamos el anuncio del ayuno expiatorio como triste y mortificante nueva. El cristiano entiende lo suficiente cuán arriesgado es para él el vivir en déficit con la divina justicia; ve, por consiguiente, llegarse el tiempo de Cuaresma con gozo y consuelo; de antemano sabe que, si es fiel a las prescripciones de la Iglesia, aliviará su carga. Estas satisfacciones, hoy tan suavizadas por la indulgencia de la Iglesia, ofrecidas a Dios con las del mismo Redentor y fecundadas por esta comunicación en haz común de propiación las obras santas de todos los miembros de la Iglesia militante, purificarán nuestras almas y las harán dignas de participar de las inefables alegrías de la Pascua. No estemos, por tanto, tristes porque ayunamos, ni lo estemos por haber hecho necesario nuestro ayuno por el pecado. Otro consejo nos da el Señor que la Iglesia recalcará a menudo en el decurso de la santa Cuaresma;

añadamos la limosna a las privaciones corporales. Nos exhorta atesoremos, pero sólo para el cielo. Tenemos necesidad de intercesores; busquémosles entre los pobres.

Canta la Iglesia en el Ofertorio nuestra libertad. Se regocija al ver curadas ya las heridas de nuestra alma porque cuenta con nuestra perseverancia.

OFERTORIO

Te exaltaré, Señor, porque me recibiste, y no alegraste a mis enemigos sobre mí: Señor, clamé a ti, y me sanaste.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nos adaptemos convenientemente a estos dones que te ofrecemos, y con los cuales celebramos el comienzo de este mismo venerable Sacramento. Por el Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Que, con el ayuno corporal, reprimes los vicios, elevas la mente, das la virtud y los premios: por Cristo, nuestro Señor. Por quien a tu Majestad alaban los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades. Los cielos, y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

Santo, Santo, Santo, etc.

Las palabras de la antífona de la Comunión encierran importantísimo consejo. Necesitamos mantenernos firmes durante la Cuaresma. Meditemos la ley del Señor y sus misterios. Si saboreamos la palabra de Dios que la Iglesia nos propone cada día, la luz y el amor se acrecentarán en nuestros corazones sin cesar, y cuando el Señor salga de las sombras del sepulcro, reverberarán sobre nosotros sus divinos resplandores.

COMUNION

El que meditare en la Ley del Señor día y noche, dará su fruto a su tiempo.

POSCOMUNION

Haz Señor, que los Sacramentos recibidos nos aprovechen: para que nuestros ayunos te sean gratos a ti, y a nosotros nos sirvan de alivio. Por el Señor.

Todos los días de Cuaresma, a excepción de los domingos, antes de despedir a la asamblea de los fieles, el Preste pronuncia sobre ellos una oración particular [1], precedida siempre de esta advertencia del diácono:

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Señor, contempla propicio a los que se inclinan ante tu majestad: para que, los que han sido alimentados con tu don divino, se sientan siempre alimentados por este socorro celestial.

---

[1] Es una fórmula de bendición pidiendo a Dios que los fieles puedan volver a sus ocupaciones ordinarias, llevando consigo prenda segura de la protección del cielo. (Callewaert, *Sacris erudiri*, 694).

JUEVES DESPUES DE CENIZA

La ley del ayuno nos obliga desde ayer; no entramos, sin embargo, todavía en la Cuaresma propiamente dicha. La solemnidad se iniciará el próximo sábado a Vísperas. Para distinguir precisamente estos cuatro días añadidos del resto de la santa Cuaresma, continúa la Iglesia cantando las Vísperas a la hora ordinaria y permite a sus ministros rompan el ayuno antes de haber cumplido con el rezo de este Oficio. Desde el sábado ya será otra cosa; cada día, a excepción del domingo que no admite ayuno, las Vísperas de feria y fiestas serán anticipadas de manera que, a la hora en que los fieles toman la refección ordinaria, se haya celebrado ya el Oficio vespertino. Es un recuerdo de la Iglesia primitiva. Entonces los fieles no interrumpían el ayuno antes de la puesta del sol, hora a que corresponde el Oficio de Vísperas.

La Santa Madre Iglesia ha distinguido estos tres días que siguen al miércoles de Ceniza, señalando para cada uno de ellos una lectura del Antiguo Testamento y otra del santo Evangelio, para que se lean en la misa; las daremos aquí acompañadas de algunas reflexiones y precedidas de la Colecta propia de cada día.

La Estación en Roma se celebra en S. Jorge in Velabro. Posee la cabeza de este mártir que el Papa Zacarías (741-752) llevó de Letrán.

COLECTA

Oh Dios, que te ofendes con la culpa y te aplacas con la penitencia: escucha propicio las preces de tu pueblo suplicante, y aleja de nosotros los castigos de tu ira, que merecemos por nuestros pecados. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

En aquellos días enfermó de muerte el rey Ezequías: y entró a él Isaías, hijo del Profeta Amós, y le dijo: Esto dice el Señor: Dispón de tu casa, porque morirás, y no vivirás. Y volvió Ezequías su rostro hacia la pared, y oró al Señor, y dijo: Suplícote, Señor, te acuerdes de cómo he caminado delante de ti en verdad, y con corazón perfecto, y de cómo he obrado el bien ante tus ojos. Y lloró Ezequías con grande llanto. Y habló el Señor a Isaías, diciendo: Vete, y di a Ezequías: Esto dice el Señor, Dios de tu padre David: He oído tu oración, y he visto tus lágrimas: he aquí que añadiré quince años a tus días: y te libraré de la mano del rey de los Asirios, y también a tu ciudad, y la protegeré dice el Señor omnipotente.

PREPARACIÓN A LA MUERTE. — Ayer nos ponía la Iglesia ante nuestros ojos la certeza de la muerte. Moriremos; está empeñada en ello la palabra de Dios y no puede figurarse ningún hombre razonable, que puede él sólo objeto de privilegiada excepción. Mas si el hecho de que hemos de morir es indudable, no estamos cierto

del día preciso en que dejaremos de existir. Juzga Dios oportuno ocultárnoslo, en los designios de su sabiduría; es nuestro asunto el vivir de modo que no nos sorprenda desprevenidos. Por ventura esta tarde vendrá a decirnos como a Ezequías: "Arregla los negocios de tu casa porque vas a morir." Hemos de vivir en espera de esta nueva, y si Dios nos otorgara prolongación de vida como al Rey de Judá, forzoso es llegar pronto o tarde al último trance; más allá ya no hay tiempo, sino eternidad. Al disponer la Iglesia que buceemos en la vanidad de nuestra existencia, quiere fortalecernos contra las seducciones del presente, a fin de que nos entreguemos de lleno a esa obra de regeneración para la que nos viene preparando casi desde hace tres semanas. ¡Cuántos cristianos, que ayer recibieron la ceniza, no presenciarán en la tierra las alegrías de la Pascua! ¿Seremos nosotros, por ventura, del número de víctimas destinadas a muerte tan cercana? ¿Quién de nosotros osará afirmar lo contrario? En tal certidumbre aceptemos con agradecimiento la sentencia del Señor: "Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca"[1].

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, se acercó a El un centurión, rogándole y di-

[1] *S. Mat.*, IV, 17.

ciendo: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y es muy atormentado. Y le dijo Jesús: Iré yo, y le curaré. Y, respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo: dilo sólo de palabra, y sanará mi siervo. Porque también yo soy un hombre, constituído bajo potestad, que tengo soldados a mis órdenes. Y le digo a éste: Vete, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírle Jesús, se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo: No he hallado una fe tan grande en Israel. Y también os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán, con Abrahán e Isaac y Jacob, en el reino de los cielos: mas los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Vete; y, como has creído, te suceda. Y sanó su siervo en aquel instante.

La oración.—Las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y los teólogos católicos distinguen tres clases de obras penitenciales: oración, limosna y ayuno. En las lecturas que nos proporciona la Iglesia los primeros días de la Cuaresma, pretende adoctrinarnos sobre el modo de cumplir estas tres obras; hoy, nos recomienda la oración. El centurión viene a implorar del Señor la curación del criado. Su oración es humilde: de lo íntimo de su corazón se considera indigno de recibir la visita de Jesús. Aparece henchida de fe; no duda un instante que el Señor podrá seguramente otorgarle lo que pide. ¡Con qué ingenioso ardor exhibe la demanda! La fe de este pagano sobrepasa la de los hijos de Israel y me-

rece la admiración del Hijo de Dios. Así debe de ser nuestra oración, cuando imploramos el remedio de nuestras almas. Reconozcamos que somos indignos de hablar a Dios; insistamos, sin embargo, con fe inquebrantable; su poder y su bondad exigen de nosotros la oración para galardonarla con la efusión a manos llenas de sus misericordias. El tiempo en que estamos es tiempo de oración. Reitera la Iglesia sus plegarias apremiantes; las ofrenda por nosotros; no consintamos dejarla rogar sola. Depongamos nuestra tibieza, y acordémonos que si todos los días pecamos, la oración repara nuestras faltas y nos preservará de cometer otras de nuevo.

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Perdona, Señor, perdona a tu pueblo: para que, castigado con justas flagelaciones, respire por tu misericordia. Por el Señor.

VIERNES DESPUES DE CENIZA

La Estación de hoy se celebra en la iglesia de los santos Mártires Juan y Pablo.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, prosigas con tu benigno favor los ayunos comenzados: para que la penitencia, que

practicamos corporalmente, podamos observarla también con corazones sinceros. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor, Dios: Clama, no ceses, levanta tu voz como una trompeta, y anuncia a mi pueblo sus crímenes, y sus pecados a la Casa de Jacob. Porque me buscan de día en día, y quieren saber mis caminos: como gente que hubiese obrado la justicia, y no hubiese abandonado la ley de su Dios: pídenme derechos de justicia: quieren acercarse a Dios. ¿Por qué hemos ayunado, y no nos has mirado? ¿Por qué humillamos nuestras almas, y lo ignoraste? Porque en el día de vuestro ayuno se encuentra vuestra voluntad, y porque demandáis a todos vuestros deudores. Porque ayunáis para seguir pleitos y contiendas, y para herir con el puño sin piedad. No ayunéis como hasta este día, para que vuestro clamor sea oído en lo alto. ¿Acaso consiste el ayuno, que yo he elegido, en que el hombre aflija su alma durante el día; en que encorve su cabeza como un junco y se cubra de saco y ceniza? ¿Llamáis a esto ayuno y día agradable a Dios? ¿Acaso el ayuno que yo he elegido no consiste más bien en desatar los lazos de la impiedad, en deshacer los haces de opresión, en dejar libres a los quebrantados y en que rompáis todo yugo? Parte tu pan con el hambriento, y mete en tu casa a todos los pobres y errantes. Cuando veas un desnudo, cúbrele, y no desprecies tu carne. Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud se verá muy presto, y tu justicia irá delante de tu cara, y la gloria del Señor te protegerá. Entonces invocarás, y el Señor te oirá: clamarás, y El dirá: Aquí estoy. Porque yo, el Señor, tu Dios, soy misericordioso.

AYUNO AGRADABLE A DIOS. — El objeto de la lectura precedente es señalar las disposiciones requeridas para llevar a cabo felizmente el ayuno. El Señor había prescrito el ayuno a su pueblo. Declara que el ayuno de alimentos materiales, no es nada si los que lo practican, no ponen límite a sus iniquidades. Dios exige el sacrificio del alma. Dios vivo no puede consentir le traten como a los dioses de madera y piedra que adoraban los Gentiles. Bastábales homenajes exteriores, pues eran dioses ciegos e insensibles. No venga el hereje, a echar en cara a la Iglesia, estas prácticas que osa censurar de materiales; es él quien, al pretender desligar al cuerpo de todo yugo, se precipitó en la materia. Los hijos de la Iglesia ayunan porque el antiguo y Nuevo Testamento recomiendan el ayuno a cada paso, porque el mismo Jesucristo ayunó cuarenta días. Pero no aprecian esta práctica que se les impera de tan arriba, más que en la medida que la ven autorizada y completada por el homenaje de un corazón resuelto a reformar sus aviesas inclinaciones. El cuerpo es el culpable de la perversidad del alma. Sería justo que se someta al sufrimiento mientras que ella continuara imperturbable el curso de sus malvadas obras. Además, los que por salud delicada se sienten impedidos en este santo tiempo a someterse a las satisfacciones exigidas del cuerpo, no están descartados de la obligación en que

están de imponer a su alma ese ayuno espiritual que estriba en la enmienda de la vida, huida de cuanto trascienda al mal y esmero en darse a todo género de buenas obras.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien: y orad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y los injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también eso los publicanos? Y, si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen también eso los paganos? Sed, pues, perfectos, como también es perfecto vuestro Padre celestial. Cuidad no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos: porque, si así fuere, no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos. Cuando des, pues, limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y en las plazas, para ser honrados por los hombres. En verdad os digo: Ya han recibido su recompensa. Mas, cuando tú des limosna, sea de modo que tu izquierda ignore lo que haga tu diestra: para que tu limosna sea oculta, y tu Padre, que ve en lo oculto, te lo recompensará.

LIMOSNA. — Hermana de la oración y del ayuno es la limosna, tercera de las obras fundamentales de penitencia cristiana. La Iglesia

nos propone hoy las enseñanzas del Salvador sobre el modo de llevar a cabo las obras de misericordia. Jesucristo nos manda amar a nuestros semejantes, sin distinción de amigos y enemigos. Dios les ha creado a todos, a todos ama; ser misericordioso para con todos nos obliga por tanto a nosotros. Si viven de continuo en el mal se digna soportarlos y aguarda su vuelta hasta el fin de sus días; ni uno solo se pierde si no es por su propia culpa. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con ellos? Somos pecadores y ellos nuestros hermanos, sacados, como nosotros, de la nada. Es pues honra para Dios le sirvamos, le asistamos, en los hombres de quien es Padre. La Caridad, reina de las virtudes, encierra en sí el amor al prójimo, como secuela necesaria del amor a Dios mismo. Es deber sagrado para los miembros de la gran familia humana; pero es, así-mismo, a los ojos de Dios, en los actos que la caridad inspira, una obra de penitencia, teniendo en cuenta las privaciones que impone y repugnancias que supera al llevarla a cabo. Notemos, también, cómo reitera el Señor respecto a la limosna, el consejo que nos da sobre el ayuno: Hemos de evitar todo aparato y ostentación. La penitencia es humilde y callada, no desea las miradas de los hombres; búscale como testigo, el ojo que escudriña en el secreto.

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Protege, Señor, a tu pueblo, y purifícalo clemente de todos sus pecados: porque no le dañará ninguna adversidad, si no le dominare ninguna iniquidad. Por el Señor.

SABADO DESPUES DE CENIZA

La Estación está señalada en S. Trifón mártir; mas esta Iglesia del siglo IX fué destruída en 1736, y motivó la traslación a la Iglesia de S. Agustín, construída en el siglo XV, y situada muy cerca del lugar que ocupaba antiguamente S. Trifón.

COLECTA

Escucha, Señor, nuestras súplicas, y haz que celebremos con sincero afecto este solemne ayuno, instituído saludablemente para curar las almas y los cuerpos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Si quitares de en medio de ti la cadena, y dejares de extender el dedo, y de hablar lo que no aprovecha; si derramares tu alma al hambriento, y saciares el alma afligida, nacerá en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía. Y el Señor te dará descanso para siempre, y llenará tu alma de resplandores, y librará tus huesos, y serás como huerto regado, y como fuente a la que nunca falta-

rán las aguas. Y edificarán los tuyos los desiertos antiguos: levantarás los cimientos de generaciones y generaciones: y serás llamado edificador de vallados, reparador de sendas de paz. Si apartares del sábado tu pie, si hicieres tu voluntad en mi santo día, y llamares al sábado día delicioso, santo y glorioso del Señor, y lo respetares, no haciendo tus caminos, no buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en el Señor, y yo te elevaré sobre las alturas de la tierra, y te alimentaré con la heredad de tu padre Jacob. Lo ha dicho la boca del Señor.

BUENAS OBRAS. — Es el sábado un día lleno de misterios; es el día del descanso del Señor; es símbolo de la paz eterna que saborearemos en el cielo después de los trabajos de la vida presente. Al leernos este paso de Isaías quiere enseñarnos la Iglesia bajo qué condiciones nos cabrá la suerte de tomar parte en el Sábado de la eternidad. Apenas empezamos la penitencia, ya se llega a nosotros la Iglesia, tierna Madre, con palabras llenas de consuelo. Si tachonamos de buenas obras esta santa Cuaresma durante la cual se suspenden las preocupaciones mundanas, la *luz* de la gracia relumbrará *en medio de las tinieblas* de nuestra alma. Esta alma sobrado tiempo oscurecida por el pecado, por el amor del mundo y de nosotros mismos, *llegará a resplandecer con resplandores meridianos,* la gloria de Cristo resucitado será nuestra propia gloria; y si somos constantes, la Pascua del tiempo nos llevará de la mano a la Pascua de la

eternidad. *Edifiquemos, pues, lo que en nosotros estaba por los suelos, levantemos los fundamentos, reparemos los portillos; tengamos a raya nuestros pasos, para no quebrantar las santas observancias; no sigamos más nuestros torcidos senderos, no vayamos más de boca en pos de nuestras veleidades* opuestas a los preceptos del Señor, *y nos otorgará descanso eterno y llenará nuestra alma de sus propios resplandores.*

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Marcos.

En aquel tiempo, como fuese tarde, estaba la nave en medio del mar, y Jesús estaba solo en tierra. Y, viendo que sus discípulos remaban con gran trabajo (porque les era el viento contrario), fué a ellos, hacia la cuarta vigilia de la noche, caminando sobre el mar: y quería sobrepasarles. Pero ellos, cuando le vieron caminar sobre el mar, creyeron que era un fantasma, y gritaron. Porque todos le vieron, y se asustaron. Y al punto habló con ellos, y les dijo: Confiad: soy yo; no temáis. Y subió a ellos en la nave, y cesó el viento. Y ellos se admiraban aún más en su interior: porque no habían entendido lo de los panes, pues estaba obcecado su corazón. Y, habiendo cruzado el lago, fueron a la tierra de Genesareth, y desembarcaron. Y, tan pronto como salieron de la nave, le conocieron: y, al recorrer toda aquella región, comenzaron a llevarle en sus camillas a los enfermos, donde oían que El se hallaba. Y, por donde quiera que pasaba—villas, aldeas o ciudades—, ponían en las plazas los enfermos, y le rogaban permitiera le tocasen al menos la orla de su vestido: y, todos cuantos le tocaban, sanaban.

LA CUARESMA CON JESÚS.—La barca de la Santa Madre Iglesia es botada a alta mar; la travesía durará cuarenta días. Los discípulos de Cristo reman contra el viento y se apodera ya de ellos la inquietud; temen no poder llegar al puerto. Pero Jesús se llega a ellos sobre las olas; sube con ellos a la barca; su travesía será feliz en adelante. Los intérpretes antiguos de la Liturgia nos explanan como sigue la intención de la Iglesia al escoger este paso del Evangelio. Cuarenta días de penitencia son poquísima cosa, coreada con una vida que demasiado frecuentemente se desentiende de Dios; y todavía serían muy pesados a nuestra debilidad si el mismo Salvador no acudiera a recorrerlos con nosotros. Tranquilicémonos: es Jesús. Durante este período salutífero, ruega El con nosotros, ayuna con nosotros y con nosotros ejerce las obras de misericordia. ¿No inauguró, por ventura, El la Cuaresma de las expiaciones? Fijemos nuestra mente en ello y cobremos ánimo. Y si todavía nos sentimos desfallecer, acerquémonos a El como esos enfermos de que nos acaba de hablar el Evangelio. El contacto de sus vestidos bastaba a dar la salud a los que la habían pedido; vayamos a El en el Sacramento de su amor; y la vida divina cuyo germen está asentada en nosotros, se desarrollará más y más, y la energía que comenzaba ya a lan-

guidecer en nuestros corazones; surgirá siempre en aumento.

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Haz, oh Dios, que tus fieles se fortalezcan con tus dones: para que, recibiéndolos, los busquen y, buscándolos, los reciban sin fin. Por el Señor.

TIEMPO DE CUARESMA

CAPITULO I

HISTORIA DE LA CUARESMA

Se da el nombre de Cuaresma al período de oración y penitencia durante el cual la Iglesia prepara las almas a celebrar el misterio de la Redención.

LA ORACIÓN. — A los fieles, aun los mejores, propone nuestra Madre la Iglesia este tiempo litúrgico como *retiro anual* que les brindará ocasión oportuna de separar todos los descuidos de otras temporadas, y encender la llama de su celo. A los catecúmenos ofrece, como en los primeros siglos una enseñanza, una preparación a la iluminación bautismal. A los penitentes, los llama la atención sobre la gravedad del pecado, e inclina su corazón al arrepentimiento y a las buenas resoluciones, y les promete el perdón del Corazón de Dios.

Recomienda S. Benito a sus monjes, en el capítulo XLIX de su Regla, se entreguen este

santo tiempo a la oración *acompañada de lágrimas* de arrepentimiento o de tierno fervor. Todos los fieles, de cualquier estado y condición, hallarán en las Misas de cada día de Cuaresma las fórmulas más admirables de oración con que se pueden dirigir a Dios. Con quince y más siglos de existencia, se adaptan a las aspiraciones, a las necesidades de todos.

La penitencia. — La penitencia se practica, mejor dicho, se practicaba con la observancia del ayuno. Las dispensas temporales otorgadas desde hace algunos años por el Sumo Pontífice no serán pretexto para silenciar práctica tan importante a que aluden constantemente las oraciones de las Misas cuaresmales y de la que todos deben, al menos, conservar el espíritu, si la dureza de los tiempos o la endeble salud no consienten se observe plenamente y con todo rigor.

La práctica del ayuno remonta a los primeros siglos del cristianismo y aún es anterior. Después de los Profetas Moisés y Elías cuyo ejemplo nos será propuesto el miércoles de la primera semana, el Señor le practicó permaneciendo sin alimento alguno durante cuarenta días y cuarenta noches, y si no quiso establecer mandato divino, que en ese caso no hubiera sido susceptible de discusión, ha declarado por lo menos que el ayuno tan frecuentemente pre-

ceptuado por Dios en la antigua ley, sería practicado también por los hijos de la nueva.

Llegáronse un día a Jesús los discípulos de Juan y le dijeron: "¿Por qué, ayunando nosotros y los fariseos con frecuencia, no ayunan tus discípulos?" Jesucristo les contestó: "¿Por ventura los compañeros del Esposo pueden estar tristes mientras el Esposo está con ellos? Mas vendrán días en que les será quitado el Esposo y entonces ayunarán" (San Mat., IX, 14-15).

Acordáronse los cristianos de esta sentencia y bien pronto pasaron en ayuno absoluto los tres días—que para ellos era uno solo—, el misterio de la Redención, es decir desde Jueves Santo hasta la mañana de Pascua.

Tenemos pruebas fehacientes ya de los siglos II y III que en muchas iglesias ayunaban Viernes y Sábado Santos, y San Ireneo en su carta al Papa San Víctor afirma que varias iglesias orientales hacían lo propio toda la Semana Santa. En el siglo IV se amplió este ayuno pascual y la preparación a la fiesta de Pascua durante un período de ascesis de cuarenta días—cuadragésima—Cuaresma.

La primera mención que hallamos en Oriente de "la cuarentena" se encuentra en el canon 5.º del Concilio de Nicea (325). El Obispo de Thmuis, Serapión, afirma en 331, que la "Cuaresma" es en su tiempo práctica universal en

Oriente y Occidente. Los Padres, como, por ejemplo, San Agustín (Sermón CCX), dicen que es práctica antiquísima, y San León (Sermón VI) piensa, aunque erróneamente, que se remonta a los tiempos apostólicos. Estos mismos Padres y con ellos San Ambrosio y San Jerónimo, son los primeros que nos hablan del ayuno.

Los sermones de San Agustín atestiguan que la Cuaresma comenzaba el domingo VI antes de Pascua. Como no se ayunaba el domingo, no había más que treinta y cuatro días de ayuno, treinta y seis con Viernes y Sábado Santos; con todo no dejaba de ser la Cuaresma una "cuarentena" de preparación a la Pascua. El ayuno, en efecto, no era, y no lo es hoy tampoco, el único medio de prepararse a celebrar la Pascua. Insiste San Agustín en que al ayuno acompañen el fervor de la oración, la humildad, la renuncia absoluta a los malos deseos, muchas limosnas, perdón de las injurias y la práctica de todas las obras de piedad y caridad.

La misma extensión del período cuaresmal vemos en España en el siglo VII y en las Galias y Milán. La magna solemnidad del mundo es para San Ambrosio Viernes Santo, y la fiesta de Pascua encierra el triduo de la muerte, sepultura y Resurrección de Cristo (Carta XXIII). Si el ayuno se interrumpía los domingos, guardaban, sin embargo, merced a la liturgia, su tonalidad penitencial.

Para San León es también un período de cuarenta días que finaliza el Jueves Santo por la tarde; y si, acorde con San Agustín, insiste en ponderar las ventajas del ayuno corporal, recomienda con más insistencia los demás ejercicios de mortificación y penitencia, el arrepentimiento, sobre todo, del pecado, y la práctica más fervorosa de las buenas obras y virtudes.

Necesidad de la penitencia. — No obstante eso, ya que en nuestros tiempos la mortificación corporal va cayendo en desuso, no juzguemos inútil demostrar a los cristianos la importancia y utilidad del ayuno; las sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento abogan en favor de esta santa práctica. Podemos también afirmar que la tradición de todos los pueblos la corrobora, porque la idea de que el hombre puede apaciguar la divinidad sometiendo su cuerpo a la expiación, se adueñó del mundo, pues se halla en todas las religiones, aun las más alejadas de la pureza de las tradiciones patriarcales.

Precepto de la abstinencia. — San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y San Gregorio Magno han declarado que el precepto a que fueron sometidos nuestros primeros padres, en el paraíso terrenal, era precepto de abstinencia y que por haber quebrantado esta virtud se precipitaron a sí mismos y a toda su descen-

dencia en un abismo de calamidades. La vida de privaciones a que después se vió sometido el rey de la creación, venido a menos, en la tierra que no debía producir ya para él sino zarzas y espinas, mostró bien a las claras esa ley de expiación que el Creador ha impuesto justamente a los miembros rebeldes del hombre pecador.

Hasta el diluvio conservaron nuestros abuelos su existencia con la exclusiva ayuda de los frutos de la tierra que arrancaban a fuerza de trabajo. Dignóse luego Dios permitirles se alimentasen de la carne de animales como para suplir a la mengua de fuerzas naturales. Entonces Noé, movido por el divino instinto, sacaba el jugo de la viña y se añadía un nuevo alivio a la fuerza del hombre.

Abstinencia de carne y vino. — La naturaleza del ayuno se ha asentado sobre los diversos elementos que sirven al sostén de las fuerzas humanas, y por de pronto, debió de consistir en la abstinencia de la carne de animales, porque esa ayuda, ofrecida por la condescendencia divina, es menos rigurosamente necesaria para la vida. Durante muchos siglos, como lo vemos hoy día en las iglesias de Oriente, huevos y lacticinios fueron prohibidos porque provienen de sustancias animales; y también en el siglo XIX no eran permitidos en las iglesias latinas sino en virtud de dispensa anual más o menos general.

Tal era aún el rigor de la abstinencia de carne, que no se suspendía el domingo en Cuaresma a pesar de la interrupción del ayuno, y los que habían alcanzado dispensa de los ayunos semanales quedaban sometidos a esta abstinencia, si no se sustraían a ella por otra dispensa especial.

En los primeros siglos del cristianismo, el ayuno llevaba consigo la abstinencia de vino; nos advierten de ello San Cirilo de Jerusalén [1], San Basilio [2], San Juan Crisóstomo [3], Teófilo de Alejandría, etc. Este rigor desapareció pronto entre los occidentales, pero se conservó por más tiempo en los orientales.

UNICA COMIDA. — En fin, el ayuno para ser completo, ha de extenderse, en cierta medida, hasta la privación de alimento ordinario: en el sentido de que no tolera más que una sola comida al día. Tal es la idea que debemos formarnos y que resulta de toda la práctica de la Iglesia, a pesar de los muchos cambios que se han realizado, de siglo en siglo, en la disciplina de la Cuaresma.

COMIDA DESPUÉS DE VÍSPERAS. — La costumbre judía en el Antiguo Testamento era de diferir

[1] Cuarta Catequesis.
[2] 1.ª Hom. sobre el ayuno.
[3] IV Hom. al pueblo de Antioquía.

hasta la puesta del sol la única refección permitida los días de ayuno. Pasó esta costumbre a la Iglesia cristiana y se estableció hasta en nuestras regiones occidentales, donde se observó muchísimo tiempo inviolablemente. Finalmente, ya desde el siglo IX se filtró poco a poco en la Iglesia latina una mitigación; y hallamos en este tiempo un Capitular de Teodulfo, Obispo de Orleans en que este prelado protesta contra los que se creían ya autorizados a hacer la comida a la hora de Nona, esto es: a las tres de la tarde; sin embargo, esta relajación se extendía insensiblemente; pues hallamos en el siglo siguiente el testimonio del célebre Rathiero, Obispo de Verona, quien en un sermón sobre la Cuaresma, reconoce en los fieles la libertad de hacer la comida a la hora de Nona. Hallamos, no obstante, indicios de reclamaciones en contra en el siglo XI, en un Concilio de Ruán, que prohibe a los fieles comer antes de que en la Iglesia hayan comenzado las Vísperas a continuación de Nona; pero ya se adivina aquí la tendencia a anticipar las Vísperas para dar a los fieles motivo plausible de adelantar la comida.

Hasta esa fecha en efecto, existió la costumbre de no celebrar la Misa los días de ayuno hasta después de haber cantado el Oficio de Nona, que comenzaba hacia las tres de la tarde y no cantar Vísperas hasta la puesta del

sol. Y como la disciplina del ayuno iba gradualmente suavizándose, la Iglesia no juzgó, empero, oportuno trastocar el orden de sus Oficios que databan de la más remota antigüedad; pero fué anticipando, sucesivamente en primer lugar, las Vísperas, después Misa y por fin, Nona, de manera que terminaran las Vísperas antes de mediodía, cuando la costumbre, finalmente, autorizó a los fieles comieran a mediodía.

COMIDA DESPUÉS DE NONA. — Encontramos en el siglo XII una nota de Hugo de San Víctor, que atestigua que la costumbre de interrumpir el ayuno a la hora de Nona, era ya general[1]; y esta práctica fué preconizada, en el siglo XIII, por la enseñanza de los doctores eclesiásticos. Alejandro de Halés, la autoriza formalmente en la Suma que compuso[2], y Santo Tomás de Aquino no es menos explícito[3].

COMIDA A MEDIODÍA. — La mitigación debía progresar todavía; y así vemos que hacia el fin del siglo XIII, el doctor Ricardo de Middleton, célebre franciscano, enseña que no se debe juzgar trasgresores del ayuno a los que comen a la hora de Sexta, esto es a mediodía, porque, dice, prevalece ya en varios lugares esta costumbre, y la

---

[1] Sobre la Regla de S. Agustín, cap. III.
[2] Parte IV. *Quaest.* 28, art. 2.
[3] 2-2, *Quaest.* 147, art. 7.

hora en que se come no es tan necesaria a la esencia del ayuno como el que sea una sola comida [1].

El siglo XIV consagró prácticamente y por formal enseñanza el parecer de Ricardo de Middleton. Traemos a cuento en confirmación de lo dicho el testimonio del célebre doctor Durando de Saint-Pourçain, dominico y Obispo de Meaux. No halla inconveniente en señalar la hora del mediodía para la comida en los días de ayuno; tal es, dice, la práctica del Papa, de los Cardenales y hasta de los religiosos [2]. No ha, pues, de extrañarnos ver que sostienen esta enseñanza, en el siglo XV, los más graves autores, como San Antonino, Esteban Poncher, Obispo de París, el Cardenal Cayetano, etc. En vano Alejandro de Halés y Sto. Tomás habían procurado detener la decadencia del ayuno fijando la comida a la hora de Nona; muy pronto se traspasó esta ley, y se puede decir que la actual disciplina se asentó desde entonces.

La colación. — Ahora bien, adelantándose la hora de la comida, el ayuno que estriba esencialmente en no hacer más que esa sola refección, llegó a ser difícil en la práctica, por el largo intervalo que media entre uno y otro mediodía. Menester fué sostener la flaqueza huma-

[1] *In IV Dist. XV*, art. 3, *quaest.* 8.
[2] *In IV Dist. XV*, *quaest.* 9, art. 7.

na autorizando lo que se apellidó: Colación. El origen de este uso es muy antiguo, y proviene de los usos monásticos. La Regla de San Benito preceptuaba, fuera de la Cuaresma eclesiástica, gran número de ayunos, pero mitigaba el rigor, permitiendo la comida a la hora de Nona; de este modo hacía menos penoso el ayuno que el de Cuaresma, al que, todos los fieles seglares y religiosos, estaban obligados hasta la puesta del sol. Y como los monjes tenían que realizar los trabajos más duros del campo en verano y otoño, época en que los ayunos hasta Nona eran muy frecuentes y aun diarios, desde el 14 de setiembre, los abades, usando de poder autorizado por la misma Santa Regla, concedían a los religiosos la libertad de beber por la tarde antes de Completas un vaso de vino para recuperar las fuerzas agotadas por el trabajo del día. Este alivio se tomaba en común, y a tiempo en que se hacía la lectura de la tarde, apellidada *Conferencia*, en latín: *Collatio*, porque consistía en leer principalmente las célebres conferencias—*Collationes*—, de Casiano; y de ahi vino el nombre de *Colación* dado a ese alivio del ayuno monástico.

En el siglo IX vemos que la Asamblea de Aquisgrán del año 817 [1], extiende esta libertad a los ayunos de Cuaresma, teniendo cuenta del cansancio grande que experimentaban los mon-

[1] Labbe, Concilios, t. VII.

jes en los oficios divinos de este santo tiempo. Se notó, empero, después que el uso de esta bebida podía ocasionar algunos inconvenientes para la salud, si no se le añadía algo sólido. Y ya en los siglos XIV y XV se introdujo la costumbre de dar a los religiosos un pedacito de pan que comían al beber el vaso de vino que les daban, en la Colación.

Estas mitigaciones al primitivo ayuno introducidas en los claustros, naturalmente parecía que pronto se extenderían a los seglares. Establecióse poco a poco la libertad de beber fuera de la única comida; y en el siglo XIII examinó Santo Tomás la cuestión de si la bebida rompe el ayuno; se decide por la negativa[1]; sin embargo no admite todavía que a esa bebida pueda añadirse alimento sólido. Pero cuando desde fines del siglo XIII y en el trascurso del XIV, se adelantó definitivamente la refección a mediodía, no podía bastar una simple bebida en la tarde, para sostener las fuerzas del cuerpo; y entonces se introdujo en los monasterios y en el mundo el uso de tomar pan, verduras, fruta, etc., además de la bebida, con la condición de hacerlo tan discretamente que la Colación no llegara a trasformarse en segunda comida.

ABSTINENCIA DE LACTICINIOS. — Estas fueron las conquistas que el relajamiento del fervor y

---

[1] *In IV Quaest.* 147, art. 6.

asimismo la debilidad general de las fuerzas en los pueblos occidentales alcanzaron de la antigua observancia del ayuno. No son, con todo, estos asaltos, los únicos que hemos de comprobar. Durante muchos siglos la abstinencia de carne, llevaba tras sí cuanto procedía del reino animal, fuera de la pesca, por varias razones fundadas en las Sagradas Escrituras. Los lacticinios de todo género fueron prohibidos durante mucho tiempo y hasta casi nuestros días; la mantequilla y queso se prohibían en Roma todos los días en que no se había dado permiso de comer carne.

Desde el siglo IX se estableció en Europa occidental, especialmente en Alemania y países septentrionales, el uso de lacticinios en Cuaresma; en vano se esforzó por desarraigarle en el siglo XI el concilio de Kedlimbourg [1]. Después de haber intentado legitimar esta costumbre por dispensas temporales, alcanzadas de los sumos Pontífices, acabaron dichas iglesias por disfrutar tranquilamente de su costumbre. Las iglesias de Francia conservaron el rigor antiguo hasta el siglo XVI, y parece no cedió del todo hasta el XVII. En reparación de ese portillo, abierto en la disciplina antigua, y como para resarcir por un acto piadoso y solemne la relajación introducida por el uso de lacticinios, todas las parroquias de París, a las que se unían Dominicos,

[1] Labbe, Conciles, t. IX.

Franciscanos, Carmelitas y Agustinos iban en procesión a la Iglesia de Nuestra Señora el Domingo de Quincuagésima; y ese mismo día el Capítulo metropolitano, con el clero de las cuatro parroquias de su dependencia, iban a hacer una estación en la plaza del Palacio y cantar una antífona ante la reliquia de la vera Cruz expuesta en la Santa Capilla. Tales prácticas, que tenían por objeto recordar la antigua disciplina, perseveraron hasta la revolución.

Abstinencia de huevos. — La concesión de lacticinios, no acarreaba consigo la libertad de tomar huevos en Cuaresma; en este punto permaneció largo tiempo en vigor la regla antigua, y este manjar no era permitido sino a tenor de la dispensa que podía darse anualmente. En Roma, hasta en el siglo XIX no se permitían los huevos los días en que no existía dispensa de carne; en otras partes los huevos permitidos unos días, se negaban en otros, particularmente en Semana Santa. La actual disciplina de la Iglesia desconoce esas restricciones. Adviértase, empero, que la Iglesia, preocupada siempre del bien espiritual de sus hijos, ha procurado conservar para su bien cuanto ha podido las observancias saludables que les ayuden a satisfacer a la justicia de Dios. Afianzado en este loable principio, Benedicto XIV, muy alarmado de la extrema facilidad con que se multiplicaban por

doquiera las dispensas de la abstinencia, renovó por una solemne Constitución, datada el 10 de junio de 1745, la prohibición, hoy suprimida, de servir en la misma mesa pescado y carne en días de ayuno.

ENCÍCLICA DE BENEDICTO XIV. — Este mismo Papa dirigió el primer año de su pontificado, el 30 de mayo de 1741, una Carta Encíclica a todos los obispos del mundo cristiano, en la que manifiesta enérgicamente el dolor que le acucia a la vista de la relajación que se introducía ya por doquier con dispensas indiscretas y no justificadas. "La observancia de la Cuaresma, decía el Pontífice, es el lazo de nuestra milicia; por ella nos diferenciamos de los enemigos de la Cruz de Jesucristo; por ella esquivamos los azotes de la cólera divina; por ella, amparados con la ayuda celestial durante el día, nos fortalecemos contra los príncipes de las tinieblas. Si esta observancia se relaja, cede en desdoro de la gloria de Dios, deshonra de la religión católica y peligro de las almas cristianas; y no hay duda que este descuido sea fuente de desgracias para los pueblos, desastres en los negocios públicos e infortunios para los individuos" [1].

Dos siglos han transcurrido desde tan solemne aviso del Pontífice supremo, y la relajación que quiso detener, fué sin embargo en auge.

[1] Constitución; Non ambigimus.

¿Cuántos cristianos hallamos en nuestras poblaciones fieles a la observancia de la Cuaresma? ¿A dónde nos llevará esta molicie, siempre en aumento, sino a la mengua universal de caracteres y como consecuencia, al trastorno de la sociedad? Los tristes vaticinios de Benedicto XIV, se ven ya realizados de manera sobradamente visible. Las naciones en que la idea de la expiación se apaga, desafían a la cólera de Dios, y ya no les queda más remedio que la disolución o la conquista. Esfuerzos heroicos se han llevado a cabo para restaurar la observancia del domingo en medio de nuestras poblaciones esclavizadas bajo la férula del amor a ganancias y especulación. Exitos inesperados han coronado estos esfuerzos: ¿Quién sabe si el brazo del Señor, en actitud de descargar el golpe, no se pare a la vista de un pueblo que empieza a acordarse de la casa del Señor y de su culto? Debemos esperarlo y esa esperanza será, a buen seguro, más firme y confiada, cuando veamos a los cristianos de nuestras sociedades muelles y degeneradas, entrar, a ejemplo de los ninivitas, por el sendero, sobrado tiempo abandonado, de la expiación y penitencia.

Primeras dispensas. — Tomemos de nuevo el hilo de la historia, y notemos algunos rastros de la antigua fidelidad cristiana a las observancias santas de la Cuaresma. No creemos sea impropio recordar ahora la forma de las primeras dis-

pensas de que hacen memoria los anales eclesiásticos; sacaremos saludable enseñanza.

A LOS FIELES DE BRAGA. — En el siglo XIII, el arzobispo de Braga acudía al romano Pontífice, Inocencio III en aquel entonces, para notificarle que la mayoría de su grey se veía obligada a comer carne en Cuaresma, de resultas de una carestía que había agotado todas las provisiones ordinarias en la provincia; consultaba además el prelado al Papa qué compensación debía imponer a los fieles por esa violación forzada de la abstinencia cuaresmal. Preguntaba también al Pontífice sobre el modo de proceder con los enfermos que pedían dispensa para usar alimentos grasos. La respuesta del Papa, que va inserta en el cuerpo del derecho [1], respira moderación y caridad, como era de esperar; pero deducimos de este episodio que tal era el respeto a la ley general de la Cuaresma, que sola la autoridad del soberano pontífice podía dispensar a los fieles. Los tiempos posteriores no conocieron otro medio de interpretar la cuestión de las dispensas.

AL REY WENCESLAO. — Wenceslao, rey de Bohemia, hallándose enfermo de una dolencia que le hacía le fueran nocivos los alimentos cuaresmales, se dirigió en 1297 a Bonifacio VIII pidiéndole permiso para comer carne. El soberano Pon-

[1] Decretales, 1. III; sobre el ayuno. Tit. XLVI.

tífice comisionó a dos abades cistercienses a fin de que se informaran del estado real de salud del príncipe; y después de un informe favorable concedió la solicitada dispensa con las condiciones siguientes: que se enteraran a ciencia cierta si el rey no se había ligado con voto a ayunar toda la vida en la Cuaresma; que los viernes, sábados y la vigilia de San Matías quedaban excluídos de la dispensa; y por fin que el rey comería en privado y sobriamente.

A los Reyes de Francia. — Hallamos en el siglo xiv dos Breves de dispensa dirigidos por Clemente VI en 1351 a Juan rey de Francia y a la reina su esposa. En el primero, teniendo en cuenta el Papa que el rey, durante las guerras en que se hallaba comprometido se encontraba en parajes donde escasea la pesca, da al confesor del Rey la facultad de permitirle a él y a su séquito el uso de carne, excepto *la Cuaresma entera,* los viernes del año y señaladas Vigilias y con tal de que el rey y los suyos no se hubiesen comprometido con voto a la abstinencia por toda la vida [1]. Por el segundo Breve, Clemente VI, contestando a la petición que el Rey Juan le hizo para dispensa del ayuno, comisiona al confesor del monarca y a cuantos le sucedan en el cargo, dispensen al rey y a la reina de la obligación,

[1] *D'Achery,* Spicilegium, t. IV.

tras consulta del médico[1]. Algunos años más tarde, en 1370, Gregorio XI enviaba nuevo Breve al Rey de Francia Carlos V, y a la reina Juana su esposa, en el que delegaba a su confesor el poder de concederle el uso de huevos y lacticinios en la Cuaresma, a juicio de los médicos, quienes, a la vez que el confesor, eran responsables ante Dios en sus conciencias. Extendíase el permiso al cocinero y servidores, pero sólo para probar los manjares[2].

A Jacobo III de Escocia.—Continua el siglo XV brindándonos ejemplos del recurso a la Sede Apostólica en demanda de dispensa de observancias cuaresmales. Recordemos en particular el Breve que Sixto IV envió en 1483 a Jacobo III, rey de Escocia, en que permite a ese príncipe el uso de carne en días de abstinencia, contando siempre con el parecer del confesor. Finalmente, en el siglo XVI, vemos que Julio II concede semejante facultad a Juan, rey de Dinamarca y a su esposa la reina Cristina, y algunos años más tarde Clemente VII lo hace al emperador Carlos V, y después a Enrique II de Navarra y a la reina Margarita, su esposa.

Tal era la seriedad con que se procedía aún hace algunos siglos, cuando se trataba de dispensar a los mismos príncipes de una obligación que radica en lo que el cristianismo considera

[1] *D'Achery*, Spicilegium, t. IV.
[2] *Ibid.*

más universal y sagrado. Júzguese, por esos datos, del proceder de las modernas sociedades en el camino de la relajación e indiferencia. Compárense esos pueblos a quienes el temor de Dios y la idea noble de la expiación hacía abrazar cada año tan largas y rigurosas privaciones, con nuestras muelles razas, flojas y tibias en que el sensualismo de la vida apaga de día en día el sentimiento del mal tan fácilmente cometido, tan prontamente perdonado y tan débilmente reparado. ¿Qué se hicieron de aquellas alegrías de nuestros padres en la fiesta de la Pascua, cuando, tras la abstinencia de cuarenta días, volvían a disfrutar manjares más alimenticios y sabrosos, cercenados durante tan prolongado período?; ¡con qué encanto, con qué serenidad de conciencia reanudaban las costumbres de vida más asequibles, suspendidas para mortificar sus almas en el recogimiento, separación del mundo y penitencia! Esta consideración nos mueve a añadir unas palabras para facilitar al católico lector a conocer bien el cariz verdadero de los siglos de fe en tiempo cuaresmal.

Suspensión de tribunales. — Paremos mientes en la temporada durante la cual no sólo las diversiones y espectáculos eran prohibidos por la autoridad pública [1], sino que hasta los tribuna-

[1] Justiniano dió esta ley, como dice Focio, Nomocanon, tit., VII, c. 1.

les estaban cerrados para no alterar la paz y silencio de las pasiones, tan favorables al pecador, para que reparase en las heridas de su alma y dispusiera su reconciliación con Dios. Ya en 380 Graciano y Teodosio publicaron una ley que ordenaba a los jueces suspendieran todo procedimiento y demanda durante los cuarenta días antes de Pascua [1]. El Código teodosiano contiene bastantes disposiciones análogas; y vemos que los concilios de Francia, aun en el siglo IX, se dirigen a los reyes carlovingios, reclamando apliquen esa legislación sancionada por los cánones y recomendada por los Padres de la Iglesia [2], pero, confesémoslo con vergüenza, no se observan sino entre los turcos que hoy todavía suspenden todo procedimiento judicial durante los treinta días del Ramadán.

PROHIBICIÓN DE LA CAZA. — Fué considerada por largos años la Cuaresma incompatible con el ejercicio de la caza, por motivo de la disipación y tumulto que la acompaña. En el siglo IX la prohibió el Papa San Nicolás I, durante este santo tiempo, a los búlgaros, recientemente convertidos al cristianismo [3]. Y hasta en el siglo XIII San Raimundo de Peñafort, en su *Suma de casos penitenciales*, enseña que no se puede sin

[1] Cod. Teodos., l. IX, tit., XXXV, l. 4.
[2] Conc. de Meaux, en 845. Labbe, Conciles, t. VII. Conc. de Tributo en 895. *Ibid.* X-IX.
[3] Ad consultat. Bulgarorum. *Ibid.*, t. VIII.

pecado entregarse a ese deporte durante la Cuaresma, si la caza es clamorosa y si se realiza con perros y alcones[1]. Esta obligación es una de tantas ya en desuso, pero San Carlos la renovó en la provincia de Milán, en uno de sus concilios.

No hay lugar, seguramente, para extrañar el ver prohibida la caza durante la Cuaresma, cuando se para mientes que, en los siglos de fe cristiana vigorosa, la guerra misma tan necesaria a veces para la quietud y legítimo interés de las naciones, debía suspender las hostilidades durante la santa Cuaresma. Ya en el siglo IV había ordenado Constantino cesaran los ejercicios militares, domingos y viernes, para honrar a Cristo que sufrió y resucitó en los días susodichos, y no menoscabar a los cristianos el recogimiento con que estos misterios reclaman han de celebrarse. En el siglo IX la disciplina de la Iglesia de occidente universalmente exigirá suspensión de hostilidades durante toda la Cuaresma, fuera del caso de necesidad, como se ve en las actas de la Asamblea de Compiègne, en 833, y por los concilios de Meaux y Aquisgrán en la misma época. Las instrucciones del Papa San Nicolás I a los búlgaros manifiestan la misma intención; y vemos por carta de San Gregorio VII a Desiderio, abad de Montecasino, que esta regla era todavía observada en el siglo XI. Tam-

[1] *Summ.*, *cas.* Paenit., l. III, tit. XXIX. De laps, et disp., § 1.

bién la vemos observada hasta el siglo XII en Inglaterra, según dice Guillermo de Malmesbury, por los ejércitos enfrentados: el de la emperatriz Matilde, condesa de Anjou, hija del rey Enrique y el del rey Esteban, conde de Boulogne, que, el año 1143, iban a trabar la lucha por la sucesión al trono [1].

TREGUA DE DIOS. — Todos los lectores conocen la admirable institución de la *Tregua de Dios*, con que la Iglesia en el siglo XI logró en toda Europa poner coto a la efusión de sangre, suspendiendo llevar armas cuatro días de la semana, desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes durante todo el año. Esta ordenanza, sancionada por la autoridad de los Papas y concilios, con el concurso de todos los príncipes cristianos, era una mera extensión, cada semana del año, de la disciplina, en virtud de la cual toda actividad militar estaba prohibida en Cuaresma. El santo rey de Inglaterra Eduardo, el Confesor, desarrolló aún más tan preciada institución promulgando una ley confirmada por su sucesor Guillermo el Conquistador, y en su virtud la Tregua de Dios debía guardarse inviolablemente desde principio de Adviento hasta la octava de Epifanía, desde la Septuagésima hasta la octava de Pascua, y, desde la Ascensión hasta la octava de Pentecostés, añadiendo además los días de Témporas, las vigilias de todas las fiestas, y, por

[1] Labbe, Conciles, t. VII, VIII y X.

fin, cada semana el intervalo del sábado, desde nona, hasta la mañana del lunes [1]. Urbano II en el concilio de Clermont, año 1095, después de reglamentar cuanto atañía a la cruzada, echó mano de su autoridad apostólica para extender la Tregua de Dios, tomando como punto de partida la suspensión de las armas guardada en Cuaresma; preceptuó por un decreto, renovado en el concilio celebrado en Roma el año siguiente, que toda actividad guerrera estaba vedada desde el miércoles de Ceniza hasta el lunes que sigue a la octava de Pentecostés, y en todas las vigilias y fiestas de la Santísima Virgen y Santos Apóstoles; todo eso sin menoscabo de lo antes legislado para cada semana; conviene a saber, desde la tarde del miércoles hasta la madrugada del lunes [2].

PRECEPTO DE LA CONTINENCIA. — La sociedad cristiana testimoniaba tan plausiblemente su respeto a las observancias santas de la Cuaresma y tomaba del Año litúrgico sus estaciones y fiestas para asentar sobre ellas las más preciadas instituciones. La vida privada misma no experimentaba menos el saludable influjo de la Cuaresma; y el hombre recobraba cada año nuevos bríos para combatir los instintos sensuales y sobreestimar la dignidad de su alma, enfrenando la seducción del placer. Durante muchos siglos

[1] Labbe, Conciles, t. IX.
[2] Orderico Vital, Hist. de la Igles., lib. IX.

se exigió a los esposos la continencia durante la Cuaresma, y la Iglesia ha conservado en el Misal la recomendación de práctica tan saludable[1].

USOS DE LAS IGLESIAS ORIENTALES. — Interrumpimos aquí la exposición histórica de la disciplina cuaresmal, sintiendo haber apenas tocado materia tan interesante[2]. Hubiéramos querido hablar extensamente de los usos de las Iglesias orientales que han conservado mejor que nosotros el rigor de los primeros siglos del cristianismo. Nos ceñiremos a dar algunos breves detalles.

En el volumen precedente, el lector pudo ver que al domingo que nosotros llamamos de Septuagésima, llámanle los griegos *Prosphonesima*, porque anuncia el ayuno cuaresmal que pronto va a empezar. El lunes siguiente cuenta como el primer día de la semana siguiente, llamada *Apocreos*, del nombre del domingo con que termina y que corresponde a nuestro domingo de Sexagésima; el nombre de *Apocreos* es una advertencia a la Iglesia griega de que pronto se ha de suspender el uso de la carne. El lunes siguiente abre la semana llamada *Tyrophagia*, que se termina con el domingo de ese nombre, que es

[1] Misa *pro sponso et sponsa*.

[2] Para la historia, duración y carácter de la Cuaresma antigua pueden consultarse los trabajos de Mgr. Callewaert: *Sacris erudiri*, p. 449-633. — Sobre *el sentido de la Cuaresma*, el opusculito de Dom Flicoteaux (Bloud et Gay, 1946).

el nuestro de Quincuagésima; los lacticinios son permitidos durante toda esta semana. En fin, el lunes que sigue es el primer día de la primera semana de Cuaresma, y empieza el ayuno en todo su rigor en ese lunes, mientras que los latinos lo comienzan el miércoles.

Durante toda la cuaresma propiamente dicha, lacticinos, huevos y también el pescado están prohibidos; el único alimento permitido consiste en pan con legumbres y miel, y a los que están cerca del mar las diversas clases de almejas que éste les procura. El uso del vino, prohibido durante muchísimo tiempo en días de ayuno, acabó por introducirse en oriente, lo mismo que el permiso de comer pescados los días de la Anunciación y Ramos.

Además de la Cuaresma de preparación a la fiesta de Pascua, celebran los griegos otras tres en el curso del año: la que llaman *de los Apóstoles*, que se extiende desde la octava de Pentecostés hasta la fiesta de San Pedro y San Pablo; la que denominan *de la Virgen María*, que empieza el primero de agosto y termina en la vigilia de la Asunción; y, finalmente, la Cuaresma de preparación a Navidad que dura cuarenta días completos. Las privaciones que se imponen durante estas tres Cuaresmas, son análogas a las de la gran Cuaresma, sin llegar a ser tan austeras. Las demás naciones cristianas del oriente celebran igualmente varias Cuaresmas, y con

una austeridad mayor que la de los griegos; mas estos detalles nos llevarían muy lejos. Terminamos aquí lo que nos propusimos decir de la Cuaresma en su aspecto histórico; ahora trataremos de los misterios de este santo tiempo.

CAPITULO II

MISTICA DE LA CUARESMA

No debemos maravillarnos de que un tiempo tan sagrado como el de la Cuaresma, esté repleto de misterios. La Iglesia, que ha dispuesto la preparación a la fiesta más gloriosa, ha querido que este período de recogimiento y penitencia estuviera aureolado de señalados detalles, propios para despertar la fe de los fieles y sostener su perseverancia en la obra de expiación anual.

En el período de Septuagésima hallamos el número septuagenario que rememora los setenta años de la cautividad de Babilonia, tras los que el pueblo de Dios, purificado de su grosera idolatría, debía ver de nuevo a Jerusalén, y allí celebrar la Pascua. Ahora la Iglesia propone a nuestra religiosa atención el número cuarenta, que al decir de San Jerónimo es propio siempre de pena y aflicción [1].

EL NÚMERO CUARENTA Y SU SIGNIFICACIÓN. — Recordemos la lluvia de cuarenta días y cuaren-

---

[1] *Comm. Ezechiel*, c. XXIX.

ta noches salida de los tesoros de la cólera de Dios, cuando se arrepintió de haber creado al hombre [1], y que anegó bajo las olas al género humano, a excepción de una familia. Consideremos al pueblo hebreo errante cuarenta años en el desierto, en castigo de su ingratitud, antes de entrar en la tierra prometida [2]. Oigamos al Señor, que manda a Ezequiel, su profeta, permanezca recostado cuarenta días sobre el lado derecho, símbolo de lo que había de durar el sitio tras el que sería Jerusalén arrasada.

Dos hombres tienen misión de representar en sus personas en el Antiguo Testamento las dos manifestaciones de Dios: Moisés que representa la Ley y Elías que simboliza la Profecía. Ambos se llegan a Dios, el primero en el Sinaí [3], el segundo en Horeb, pero uno y otro no logran acceso a la divinidad, sino después de haberse purificado por la expiación del ayuno de cuarenta días.

Refiriéndonos a estos hechos memorables comprendemos por qué el hijo de Dios encarnado para salvación del hombre, queriendo someter su carne divina a los rigores del ayuno, hubo de escoger el número de cuarenta días para este solemne acto. Preséntasenos, pues, la institución de la Cuaresma en toda su majestuosa severidad,

---

[1] *Gen.*, VII, 12.
[2] *Núm.*, XIV, 33.
[3] *Ex.*, XXIV, 18.

como medio eficaz de aplacar la cólera de Dios y purificar nuestras almas. Levantemos en consecuencia nuestros pensamientos por encima de los estrechos horizontes que nos circundan; veamos el conjunto de las naciones cristianas en estos días en que vivimos ofreciendo al Señor irritado este amplio cuadragenario de expiación, y esperemos que, como en tiempo de Jonás, se digne también este año ser misericordioso con su pueblo.

El ejército de Dios. — Tras estas consideraciones relativas a la duración del tiempo que vamos a recorrer, es necesario aprender de nuestra madre la Iglesia, bajo qué emblema o símbolo considera a sus hijos en la santa Cuarentena. Ve en ellos un ejército inmenso armado que día y noche guerrea contra el enemigo de Dios. Por esto mismo apellida el miércoles de Ceniza a la Cuaresma: *Carrera de la familia cristiana*. Para lograr, en efecto, la regeneración que nos hará dignos de recobrar las alegrías santas del *alleluia*, es menester triunfar sobre nuestros tres enemigos: demonio, carne y mundo. Unidos al Redentor que, en la montaña, lucha contra la triple tentación y contra el mismo Satanás, es necesario estar armados y velar sin tregua. Para sostenernos con la esperanza de la victoria y alentar nuestra confianza en el divino amparo, nos propone la Iglesia el Salmo XC, que incluye,

entre las oraciones de la Misa, en el primer domingo de Cuaresma y del que toma cada día varios versos en las diversas horas del Oficio.

Quiere, pues, contemos con la protección que Dios extiende sobre nosotros *como escudo;* que esperemos a *la sombra de sus alas;* que en El confiemos, porque nos apartará de los *lazos del cazador infernal,* que nos roba la santa libertad de los hijos; que estemos seguros del valimiento de los santos ángeles, nuestros hermanos a quienes el Señor *ha ordenado nos guarde en estos nuestros caminos;* ellos, testigos respetuosos del combate que el Salvador soportó contra Satanás, se le acercaron después de la victoria para servirle y para honrarle. Adentrémonos en los sentimientos que pretende inspirarnos la Santa Madre Iglesia y durante estos días de lucha, echemos manos a menudo de este hermoso cántico con que ella nos brinda, como la más acabada expresión de los sentimientos que deben embargar durante esta santa campaña a los soldados de la milicia cristiana.

PEDAGOGÍA DE LA IGLESIA. — Mas la Iglesia no se limita a darnos así, como se quiera, una consigna contra la sorpresa del enemigo; para entretener nuestros pensamientos, ofrece a nuestros ojos tres grandes espectáculos que van a desarrollarse día tras día hasta la fiesta de Pascua, y cada uno de ellos nos produce emociones piadosas unidas a una instrucción solidísima.

CRISTO PERSEGUIDO Y CONDENADO A MUERTE. — Por de pronto, vamos a presenciar el desenlace de la conspiración de los judíos contra el Redentor; conspiración que empieza a urdirse y estallará el Viernes Santo, cuando veamos al Hijo de Dios alzado en el árbol de la Cruz. Las pasiones que bullen en el seno de la Sinagoga, irán manifestándose semana tras semana, y podremos seguirlas en su desarrollo. La dignidad, sabiduría y mansedumbre de la augusta Víctima, se nos mostrarán siempre más sublimes, más dignas de un Dios. El divino drama que vimos empezar en el portal de Belén, va desenvolviéndose hasta el Calvario; para seguirle nos bastará meditar las lecturas del Evangelio que la Iglesia día tras día nos propone.

PREPARACIÓN AL BAUTISMO. — En segundo lugar, recordándonos que la fiesta de Pascua es para los Catecúmenos el día del nuevo nacimiento, volará nuestro pensamiento a aquellos primeros siglos del cristianismo en que la Cuaresma era para los aspirantes al Bautismo, la última preparación. La sagrada Liturgia nos ha conservado el rastro de la antigua disciplina; oyendo las estupendas lecturas de ambos Testamentos con que se acababa el último retoque de la iniciación postrera, daremos gracias a Dios que se dignó hacernos nacer en tiempos en que el niño no ha menester aguardar a la edad ma-

dura para experimentar las divinas misericordias. Pensaremos asimismo en esos nuevos catecúmenos que, aun en nuestros días, aguardan en las regiones evangelizadas por nuestros modernos apóstoles, la gran solemnidad del Salvador vencedor de la muerte, para bajar, como en tiempos antiguos, a la sagrada piscina y surgir con nuevo ser.

PENITENCIA PÚBLICA.—Debemos, por fin, mientras Cuaresma parar mientes en aquellos penitentes públicos, que solemnemente expulsados de la asamblea de los fieles el miércoles de Ceniza, eran, en el trascurso de la Cuaresma, objeto de la preocupación maternal de la Iglesia, que debía, si lo merecían, admitirlos a la reconciliación el Jueves Santo. Admirable conjunto de lecturas, enderezadas a su instrucción y a interesar a los fieles en su favor, desfilará ante nuestros ojos; porque la Liturgia no ha perdido aún nada, en este punto, de sus enérgicas tradiciones. Nos acordaremos entonces con qué facilidad nos han sido perdonadas maldades que, en siglos pasados, no lo fueran acaso sino tras duras y solemnes expiaciones; pensando, pues, en la justicia del Señor que permanece inmutable, cualesquiera que sean los cambios que la condescendencia de la Iglesia introduce en la disciplina, sentiremos de rechazo más vivamente la necesidad perentoria de ofrecer a Dios el sacrificio de un corazón contrito de verdad, y de ani-

mar de sincero espíritu penitente las menguadas satisfacciones que ofrendamos a la Majestad divina.

Ritos y usos litúrgicos. — Para conservar en el santo tiempo de Cuaresma el carácter austero que le cuadra, se ha mostrado la Iglesia durante muchos siglos muy reservada en la admisión de fiestas, en esta temporada del año, porque llevan consigo explosión de alegría. En el siglo IV, el Concilio de Laodicea señalaba esta disposición en su canon 51, no autorizando fiestas de Santos sino los sábados o domingos. La Iglesia griega persevera en este rigor y sólo varios siglos después del concilio de Laodicea aflojó, por fin, un poco la mano, admitiendo el 25 de marzo la fiesta de la Anunciación.

La Iglesia romana guardó mucho tiempo esta disciplina, en principio al menos, pero admitió pronto la fiesta de la Anunciación y después, la del Apóstol San Matías, el 24 de febrero. Se la ve en estos últimos siglos abrir su calendario a otras fiestas, aun en el tiempo que corresponde a Cuaresma, con gran moderación, sin embargo, por reverencia al espíritu de la antigüedad.

El motivo que ha inducido a la Iglesia romana a abrir más fácilmente la mano en la admisión de fiestas de Santos en Cuaresma es que los occidentales no consideran la celebración de fiestas como incompatible con el ayuno, mien-

tras los griegos piensan lo contrario. Por eso el sábado que para los orientales es siempre día solemne nunca es día de ayuno excepto el Sábado Santo. Tampoco ayunan el día de la Anunciación por ser fiesta.

Esta idea de los orientales ha dado origen el siglo VII a una institución que les es peculiar. La apellidan *Misa de Presantificados,* conviene a saber: de cosas consagradas en un antecedente sacrificio. Cada domingo de Cuaresma un sacerdote consagra seis hostias de las que consume una en el sacrificio; las otras cinco se guardan para una simple comunión que tiene lugar cada día de los cinco siguientes sin sacrificio. La Iglesia latina no practica este rito sino una vez al año: Viernes Santo, por motivo misterioso que en su lugar explicaremos.

El comienzo de este rito entre los griegos proviene, a buen seguro, del canon cuarenta y nueve del concilio de Laodicea, que prescribe no ofrecer el pan del Sacrificio en Cuaresma, fuera del sábado y domingo. En los siglos siguientes los griegos se persuadieron, por ese canon, que la celebración del Sacrificio era incompatible con el ayuno; y vemos por su controversia en el siglo XI con el legado Humberto[1] que la *Misa de los (dones) Presantificados* que no ha tenido en favor suyo más que un canon del tan célebre concilio conocido con el nombre de *in Trullo,* del

[1] *Contra Nicetas,* t. IV

año 692; y la justificaban los griegos con la especie de que la comunión de cuerpo y sangre del Señor quebrantaba el ayuno cuaresmal.

Por la tarde, después del oficio de Vísperas, celebran los griegos esa ceremonia, en que el sacerdote comulga sólo, como entre nosotros el Viernes Santo. Hay, repetimos, desde hace varios siglos una excepción el día de la Anunciación de la Virgen María; interrumpiéndose el ayuno en dicha festividad, se celebra el Santo Sacrificio y pueden comulgar los fieles. Parece que en las Iglesias de occidente no fué nunca aceptado el canon disciplinario del concilio de Laodicea; y no vemos en Roma señal alguna de la suspensión del Santo Sacrificio en Cuaresma.

La falta de espacio nos fuerza a pasar ligeramente sobre detalles que se refieren a este capítulo; nos queda, sin embargo, algo todavía que decir sobre los usos cuaresmales en occidente. Hemos dado a conocer y explicado algunas particularidades en el Tiempo de Septuagésima: la suspensión del Alleluia, el empleo del color morado en los ornamentos sagrados, la supresión de la dalmática en el diácono y de la túnica en el subdiácono y de los cánticos de alegría: *Gloria in excelsis Deo* y *Te Deum laudamus,* ambos suspendidos; el *Tracto* que reemplaza en la Misa al *Alleluia* con su verso, el *Ite Missa est* sustituído por otra fórmula, la oración penitencial que se reza sobre el pueblo al fin de la Misa en los

días de entre semana no ocupados por la fiesta de algún santo, las Vísperas anticipadas antes del mediodía todos los días a excepción del domingo, ritos todos conocidos ya de los lectores. Por lo que se refiere a las ceremonias actualmente conservadas, nos queda solamente anotar las oraciones del fin de las Horas que se dicen de rodillas, y el uso general de que el coro permanezca arrodillado esos mismos días durante el Canon de la Misa.

Las Iglesias de occidente practicaban a su vez en Cuaresma varios ritos que hace ya bastantes siglos cayeron en desuso, aunque algunos se conservan hasta la fecha en algunos lugares. El más imponente de todos consistía en correr una cortina inmensa, generalmente morada, entre el coro y el altar, de modo que ni el clero ni el pueblo veían ya los santos Misterios que se celebraban detrás del velo. Ese velo era símbolo del duelo penitencial a que el pecador debe someterse para merecer contemplar de nuevo la majestad de Dios de quien ha ofendido las divinas miradas por sus maldades [1]. Significaba

[1] Sabemos que en conformidad con la antigua disciplina de la Iglesia los penitentes públicos estaban sometidos a un régimen especial de penitencia durante la santa Cuaresma y comenzaba con ella imponiéndoles la ceniza y expulsándoles de la Iglesia, terminado el Jueves Santo por la reconciliación pública. Ahora bien, a medida que el régimen estricto de penitencia se iba amenguando, la idea de penitencia pública iba tomando cuerpo entre la generalidad de los fieles. Vemos efectivamente a clérigos y fieles bien pronto pedir espontánea-

también las humillaciones de Cristo que fueron escándalo del orgullo de la Sinagoga, y que súbitamente desaparecerán, como velo que un instante se corre para dar lugar a los resplandores de la Resurrección [1]. Este uso perdura en varios lugares, señaladamente en la metropolitana de París (y la primada de Toledo).

Había también costumbre en muchas Iglesias de velar la Cruz y las imágenes de los Santos desde el comienzo de la Cuaresma, a fin de inspirar más viva compunción a los fieles que se veían privados del consuelo de fijar sus miradas en esos objetos caros a su piedad. Esta práctica que también se ha conservado en algunos lugares es, sin embargo, menos sólida que la de la Iglesia romana que no cubre las cruces e imágenes sino en tiempo de Pasión, como en su lugar veremos.

---

mente la imposición de la ceniza y reconocerse, en cierto modo, penitentes públicos; lo que equivale a suponer que toda la comunidad de los fieles estaba durante la Cuaresma en pública penitencia.

Mas aunque considerados como públicos penitentes no podían, evidentemente, ser arrojados de la iglesia todos los fieles. ¿Se debía, eso no obstante, renunciar por completo a recordarles algunas verdades capitales que la Liturgia inculcaba a los penitentes públicos? Los pecadores merecían ser echados fuera de la iglesia como Adán fué lanzado del Paraíso por su pecado; sin penitencia les era imposible llegar al reino de Dios y visión de su Majestad. Pero ¿es que la Liturgia no ha ensayado inculcarles estas verdades de un modo gráfico, ocultando a sus miradas el altar, el santuario, la imagen de Dios y de los santos, unidos a Dios en la gloria celestial? (Cfr. Callewaert, *Sacris erudiri*, p. 699.)

[1] Honorio de Autun, Gemma animae, l. III, c. LXVI.

Antiguos ceremoniales de la edad media nos informan que acostumbraban, durante la Cuaresma, hacer muchas procesiones de una a otra iglesia, los miércoles y viernes en especial. En los monasterios se realizaban en los claustros y descalzos [1]. Imitaban las Estaciones de Roma, diarias en Cuaresma y que durante muchos siglos empezaban por una solemne procesión a la iglesia estacional.

La Iglesia, finalmente, ha multiplicado siempre las oraciones en Cuaresma. Hasta estos últimos tiempos señalaba la disciplina que las catedrales y colegiatas, no exentas por costumbre contraria, debían añadir a las Horas Canónicas, el lunes el Oficio de Difuntos; miércoles los Salmos Graduales y los Viernes los Salmos Penitenciales.

En las iglesias de Francia, añadían el Salterio entero cada semana al Oficio ordinario [2].

---

[1] Martène, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, t. III, c. XVIII.
[2] *Ibid.*

CAPITULO III

PRACTICA DE LA CUARESMA

TEMOR SALUDABLE. — Después de emplear tres semanas enteras en reconocer las dolencias de nuestra alma y sondear las heridas que el pecado nos ha causado, debemos, al presente, sentirnos preparados a hacer penitencia. Conocemos mejor la justicia y santidad de Dios, los peligros que corre el alma impenitente; y para obrar en la nuestra retorno sincero y duradero, hemos roto con las vanas alegrías y futilidades del mundo. La ceniza se ha derramado en nuestras cabezas y se ha humillado nuestro orgullo ante la sentencia de muerte que ha de cumplirse en nosotros.

En el curso de esta prueba de cuarenta días, tan largo para nuestra flaqueza, no nos abandonará la presencia de Nuestro Salvador. Parecía haberse sustraído a nuestras miradas durante estas semanas pasadas en que no resonaban más que maldiciones lanzadas contra el hombre pecador; pero esa sustracción nos era beneficiosa; era propia para hacernos temblar al ruido de

las venganzas divinas. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría"[1]; y por habernos visto sobrecogidos de miedo, se despertó en nosotros el sentimiento de la penitencia.

EJEMPLO SEDUCTOR DE CRISTO. — Abramos, por fin, los ojos y paremos mientes. Emmanuel mismo, llegado a la edad viril, se ostenta de nuevo a nuestros ojos, no ya en apariencia de aquel tierno niño que adoramos en el pesebre, sino semejante al pecador temblando y humillándose ante la soberana majestad por nosotros ofendida, y ante la cual se declara fiador nuestro. A efectos del amor que nos profesa vino a alentarnos con su presencia y sus ejemplos. Vamos a dedicarnos durante cuarenta días al ayuno y abstinencia; El, la inocencia personificada, va a consagrar el mismo tiempo a mortificar su cuerpo. Nos abstraemos durante un período lejos de placeres bullangueros y sociedades mundanales: El se retira de la compañía y vista de los hombres. Queremos nosotros acudir frecuentemente, asiduamente a la casa de Dios, y darnos con mayor ahinco a la oración: El pasará cuarenta días con sus noches conversando con su Padre en actitud suplicante. Nosotros repasaremos nuestros años en la amargura de nuestro corazón gimiendo y lamentando nuestros pecados: El los va a expiar por el sufrimiento y llorarlos en el silen-

[1] *Ps.*, CX.

cio del desierto, como si El mismo los hubiera cometido.

Apenas sale de las aguas del Jordán santificándolas y fecundándolas y el Espíritu Santo le lanza al desierto. Ha llegado, empero, para El la hora de manifestarse al mundo; pero antes quiere darnos un ejemplo magnífico; y sustrayéndose a las miradas del Precursor y de la muchedumbre que vió descender la paloma divina sobre El y oyó la voz del Padre celestial dirige sus pasos al desierto.

A corta distancia del río se levanta una agreste y escarpada montaña que las generaciones cristianas llamará después: Monte de la Cuarentena. De su abrupta cresta se domina la llanura de Jericó, el curso del Jordán y el Mar Muerto que recuerda la cólera de Dios. Allí, al fondo de una gruta natural cavada en la roca va a cobijarse el Hijo del Eterno, sin más compañía que las alimañas que buscaron sus cuevas en sus contornos. Jesús penetra sin alimento alguno para el sostén de sus humanas fuerzas; el agua misma que pudiera refrescarle no se halla en aquel escarpado desierto. Sólo se ve la desnuda piedra donde reposar sus cansados miembros. A los cuarenta días se acercaron los ángeles y le ofrecieron un refrigerio.

A sí, pues, se nos adelanta el Salvador y nos sobrepuja en la santa carrera de la Cuaresma; la ensaya, la lleva a cabo delante de nosotros pa-

ra que con su ejemplo parar en seco todos nuestros pretextos, angustias, repugnancias de nuestra debilidad y orgullo. Aceptemos la lección en toda su amplitud y comprendamos finalmente la ley de la expiación. Bajando de esa austera montaña el Hijo de Dios inicia su predicación por esta sentencia que dirige a todos los hombres: "Haced penitencia porque el reino de Dios se acerca"[1]. Abramos nuestros corazones a esta invitación para que no se vea forzado el Redentor a sacudir nuestra pereza por la amenaza escalofriante que deja oír en otras circunstancias: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis"[2].

La verdadera penitencia. — Ahora bien, la penitencia estriba en la contrición del corazón y mortificación del cuerpo; estos dos elementos le son esenciales. El corazón del hombre ha escogido el mal, y el cuerpo ha prestado ayuda a perpetrarle. Estando, por otra parte, compuesto el hombre de uno y otro, ha de unirlos en el pleito homenaje que a Dios tributa. El cuerpo ha de participar necesariamente de las delicias eternas o de los tormentos del infierno. No hay, por tanto, vida cristiana completa ni tampoco expiación acabada, si el alma en una y otra no toma parte.

---

1 *S. Mat.*, IV, 17.
2 *S. Luc.*, XIII, 3.

Conversión del corazón. — El principio de la verdadera penitencia radica en el corazón; nos lo enseña el Evangelio en los ejemplos del hijo pródigo, del publicano Zaqueo y de S. Pedro. Es necesario que el corazón rompa en absoluto con el pecado, que amargamente le deplore, que conciba horror hacia él, y que evite las ocasiones. Para expresar esta disposición se sirve la Escritura de una expresión que usada en estilo cristiano corriente, refleja admirablemente el estado del alma sinceramente segregada del pecado; la llama: *conversión*. Debe, por tanto, el cristiano, ejercitarse durante la cuaresma en la penitencia del corazón y considerarla como el fundamento esencial de todas las prácticas propias de este santo tiempo. Sería, sin embargo, ilusoria esta penitencia si no se asocia la ofrenda del cuerpo a los sentimientos interiores que la penitencia inspira. No se contenta el Salvador en la montaña con suspirar y llorar nuestros pecados, los expía por el sufrimiento de su cuerpo; y la Iglesia, intérprete infalible suyo nos advierte que no será aceptada la penitencia de nuestro corazón si no la unimos a la práctica exacta de la abstinencia y del ayuno.

Necesidad de la expiación. — ¡Cuán disparatada es, pues, la ilusión de tantos cristianos honrados que piensan ser irreprensibles, sobre todo al olvidar su vida pasada, o compararse con otros

y que satisfechos de sí mismos, jamás piensan en los peligros de una vida muelle que están resueltos a llevar hasta el fin de sus días! No piensan ya en los pecados de otros tiempos. ¿No los han, por ventura, confesado sinceramente? La regularidad con que después se desenvuelve su vida, ¿no es acaso prueba de su virtud sólida? ¿Qué tienen, pues que altercar con la justicia de Dios? En consecuencia, les vemos solicitar regularmente todas las dispensas posibles en Cuaresma. La abstinencia les embaraza, el ayuno es incompatible con la salud, los quehaceres y costumbres del día. No tienen la pretensión de ser mejores que fulano o de tal o de cual que no ayuna ni guarda abstinencia; y, como son incapaces de tener siquiera la idea de suplir por otras prácticas de penitencia a las prescritas por la Iglesia, sucede que sin darse cuenta e insensiblemente, se llega a no ser ya cristianos.

Testigo la Iglesia de esta decadencia espantosa del sentido sobrenatural y temiendo una oposición que precipitaría más las últimas pulsaciones de una vida que se va extinguiendo, ensancha más y más el margen de las dispensas. Esperando conservar siquiera una chispa del cristianismo para un mejor porvenir, prefiere abandonar a la justicia del mismo Dios los hijos que ya no la escuchan cuando les enseña los medios de captarse el favor de esa justicia en este mundo; y esos cristianos se dan grandemente por

seguros sin ninguna preocupación; sin cuidarse de comparar su vida con los ejemplos de Cristo y de sus santos, con las reglas multiseculares de la penitencia cristiana.

DISPENSAS. — Hay, sin duda algunas excepciones a esa molicie peligrosa; pero cuán raras son sobre todo en las ciudades. ¡Cuántos prejuicios, qué de pretextos fútiles, cuántos malhadados ejemplos contribuyen a falsear las almas! ¡Cuántas veces se oye de boca de quienes se precian de católicos, la escusa que no guardan abstinencia, que no ayunan, porque la abstinencia y el ayuno les molestaría, les cansaría! Como si la penitencia y el ayuno tuviera otro fin que el de imponer un yugo trabajoso a *este cuerpo de pecado* [1]. Parece, en verdad, que los tales han perdido la razón; y grande será su extrañeza el día del juicio cuando les confronte el Señor con tantos pobres musulmanes que en el seno de su religión depravada y sensual, tienen cada año la entereza de cumplir las duras privaciones de su Ramadán, durante treinta días.

¿Será, empero, necesario, compararles con otros más que consigo mismos tan incapaces, según piensan, de guardar abstinencias y ayunos tan mitigados de una Cuaresma cuando Dios los ve imponerse tantas fatigas inmensamente más trabajosas en la búsqueda de intereses y goces

---

[1] *Rom.*, VI, 6.

mundanales? Cuánta salud ajada en placeres frívolos por lo menos, y siempre peligrosos, salud que se hubiera conservado lozana si la ley cristiana y no el afán de agradar al mundo hubiera regido y dominado la vida. Pero a tal extremo llega la relajación que no se experimenta inquietud y remordimiento alguno; se relega la Cuaresma a la edad media, sin parar mientes siquiera que la Iglesia ha dosificado la observancia a nuestra debilidad física y moral. Se ha reconquistado o conservado por la misericordia de Dios la fe de los padres; no se han dado cuenta todavía ni recordado nuestros fieles que la práctica de la Cuaresma es señal esencialísima del catolicismo, y que la reforma protestante del siglo XVI tiene como distintivo suyo muy señalado, estampado en bandera, la abolición de la abstinencia y ayuno.

LEGÍTIMA DISPENSA Y NECESIDAD DE ARREPENTIMIENTO. — Se nos dirá, por ventura, ¿no hay, pues, dispensas legítimas? Seguramente que las hay, y en este tiempo de agotamiento general muchas más que en épocas anteriores; pero hay que tener cuidado con las ilusiones. Si tenéis fuerzas para sobrellevar otras fatigas ¿no las tendréis para cumplir el deber de la abstinencia? Si el miedo o una incomodidad menuda os asusta, habéis por lo mismo olvidado que el pecado no se perdona sin la expiación. El parecer de los cien-

tíficos que auguraron mengua de vuestras fuerzas como consecuencia del ayuno, puede estar basado en razón; se trata ahora de saber si no es cabalmente esa mortificación de la carne lo que la Iglesia os prescribe en interés de vuestras almas. Demos, sin embargo, por legítima la dispensa, y que vuestra salud corre en verdad serio riesgo, que vuestros deberes esenciales sufrirán quiebra si guardáreis a la letra las prescripciones de la Iglesia; en este caso ¿no pensáis en sustituir por otra obra de penitencia, las que vuestras fuerzas no os permiten ejecutar? ¿Sentís vivo pesar, confusión sincera de no poder llevar con los verdaderos fieles el yugo de la disciplina cuaresmal? ¿Pedís a Dios la gracia de poder otro año participar en los méritos de vuestros hermanos, y llevar a cabo con ellos estas santas prácticas que han de ser motivo de la misericordia y del perdón? Si así es, la dispensa no os habrá dañado, y cuando la fiesta de Pascua convide a los hijos de la Iglesia a sus goces inefables, os podréis asociar confiados a los que han ayunado, porque si la debilidad de vuestros cuerpos os estorbó seguir sus pasos, vuestro espíritu, no obstante ello, permaneció fiel al espíritu de la Cuaresma.

PROVECHOSA INSTITUCIÓN DEL AYUNO. — Pensamos, al escribir estas páginas, en los lectores cristianos, que, hasta el presente, nos siguen,

pero ¿qué sucedería si recapacitamos en el resultado de la suspensión de las leyes santas cuaresmales, en la masa de los pueblos, sobre todo en las ciudades? Y ¿cómo los publicistas católicos, que tantas cuestiones han ventilado, no han insistido tenazmente sobre los efectos lamentables que acarrea a la sociedad el cese de una práctica que recordando cada año la necesidad de expiación, sostenía, más que cualquier otra institución, el vivo sentimiento del bien y del mal? No es necesario cabilar mucho para persuadirse de la superioridad de un pueblo que se impone, duramente cuarenta días cada año, una serie de privaciones con el fin de reparar las trasgresiones cometidas en el orden moral, sobre tal otro pueblo que en ningún tiempo sueña con la idea de reparación y enmienda.

ANIMO Y CONFIANZA. — Cobren pues, aliento los hijos de la Iglesia y aspiren a esa paz de conciencia que es patrimonio exclusivo del alma penitente de verdad. La inocencia perdida se recobra por la confesión humilde del pecado cuando va acompañada de la absolución del sacerdote; pero ha de esquivar el fiel el prejuicio peligroso, de que nada queda ya por hacer después de el perdón. Recordemos esta grave sentencia del Espíritu Santo en la Escritura: "Del pecado perdonado no quieras nunca estar sin miedo"[1]. La cer-

[1] *Eccle.*, V, 5.

teza del perdón corre parejas con el cambio del corazón; y puede uno dar rienda a la confianza en cuanto constantemente siente el pesar de haber pecado y la solicitud constante asimismo, de expiar en vida los pecados. "Nadie sabe de cierto si es digno de amor o de aversión"[1], dice también la Escritura. Puede esperar ser digno de amor el que siente dentro de sí mismo que no le ha desamparado el espíritu de penitencia.

La oración. — Entremos, pues, resueltos a la vida santa que abre a nuestros ojos la Iglesia y hagamos fecundo nuestro ayuno por los otros dos medios que Dios nos propone en los Libros de la sagrada Escritura: Oración y limosna. A la par que por la palabra ayuno, la Iglesia entiende recomendarnos todas las obras de mortificación cristiana; en la palabra oración, encierra todos los ejercicios piadosos con que el alma se dirige a Dios. Visitas más asiduas a la Iglesia, asistencia diaria a la santa Misa, lecturas piadosas, meditación de las verdades saludables y de los sufrimientos del Redentor, examen de conciencia, rezo de los Salmos, asistencia a sermones y pláticas de este santo tiempo, y sobre todo recepción de los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, son los medios principales con los que pueden los fieles ofrecer a Dios el homenaje de la Oración.

[1] *Eccle.*, IX, 1.

LA LIMOSNA. — Contiene la limosna todas las obras de misericordia para con el prójimo; por eso los santos doctores de la Iglesia la han recomendado unánimemente como necesario complemento del ayuno y oración durante la Cuaresma. Es ley establecida por Dios y a la que se dignó someterse El mismo, que la caridad practicada con nuestros hermanos con el fin de complacerle, alcanza de su paternal corazón los mismos resultados que si para con El mismo se llevara a cabo. Tal es la fuerza y santidad del lazo con que quiso trabar entre sí a los hombres. Y así como no le place el amor de un corazón cerrado a la misericordia, pregona verdadera y como hecha a Sí, la caridad del cristiano que aliviando a su hermano, testimonia gran estima al sublime lazo con que se unen todos los hombres en una familia de la que Dios es Padre. Merced a este sentimiento, la limosna es algo más que un acto de humanidad, sino que se sublima a ejercicio de religión y se remonta rectamente a Dios y satisface su justicia.

Recordemos la última recomendación del Arcángel Rafael a la familia de Tobías al volverse al cielo: "La oración acompañada del ayuno y la limosna supera a todos los tesoros; la limosna libra de la muerte, borra los pecados y hace hallar misericordia y vida eterna"[1]. Y no es me-

[1] *Tobías,* XII, 8-9.

nos explícita la doctrina de los Libros Sapienciales: "Como el agua apaga el fuego ardentísimo, así la limosna destruye el pecado"[1]. "Encierra la limosna en el corazón del pobre y ella rogará por ti para librarte de todo mal"[2]. Estén siempre estas consoladoras promesas en el pensamiento del fiel, mayormente en tiempo de Cuaresma; y que el pobre que ayuna todo el año, note que también hay una temporada en que el rico se impone privaciones. Una vida más frugal, da por lo común lugar a un remate superfluo, con relación a otras temporadas del año; que ese superfluo sea refrigerio de Lázaro. No habría cosa más opuesta al espíritu de Cuaresma que rivalizar el lujo y derroche de comida con las temporadas en que Dios permite vivamos conforme a las posibles que El nos ha otorgado. Espectáculo hermoso es ver que en estos días de misericordia y penitencia, la vida del pobre aparece más suave en proporción que la del rico, participa más de cerca de la frugalidad y abstinencia patrimonio de la mayoría de los hombres. Entonces sí que pobres y ricos se presentarán con sentimiento fraternal seguramente al sublime banquete de la Pascua con que Cristo resucitado nos convidará de aquí a cuarenta días.

---

1 *Eccli.*, III, 33.
2 *Ibid.*, XXIX, 15.

Espíritu de recogimiento. — Hay, finalmente un último medio de asegurar en nosotros los frutos de Cuaresma. Es el espíritu de retiro y separación del mundo. Las costumbres de este santo tiempo deben destacarse en todo de las del resto del año; de otro modo, bien pronto se disiparía la saludable impresión recibida al imponernos la Santa Madre Iglesia la ceniza en nuestras frentes. Debe, pues, el cristiano, dar de mano en estos santos días a vanas diversiones del siglo, a fiestas mundanas, reuniones profanas. Por lo que se refiere a espectáculos malos o enervantes a esas tardes de placeres que son escollo de la virtud, y el triunfo del espíritu profano, si en algún tiempo están vedados de participar de cualquier modo en ellas al discípulo de Cristo, fuera del caso de necesidad o situación oficial, ¿cómo podrán aparecer en ellas estos días de penitencia y recogimiento, sin abjurar en cierto modo su título de cristiano, sin chocar y romper con todos los sentimientos de un alma empapada en el pensamiento de sus pecados, en el temblor de los juicios del Señor? Ya no tiene la sociedad cristiana hoy durante la Cuaresma la tonalidad exterior tan importante de duelo y seriedad que admiramos en los siglos de fe; pero de Dios al hombre y del hombre a Dios nada ha cambiado. Siempre campea la gran sentencia: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis." Pero hay pocos hoy que prestan aten-

ción a esta grave palabra y por eso muchos se condenan. Mas aquellos a quienes toca esta palabra deben acordarse de los avisos que el mismo Salvador nos dirigía el domingo de Sexagésima. Nos decía que una parte de la semilla es pisoteada por los viandantes o devorada por los pájaros del cielo; otra, seca por la aridez de la piedra en que cae; otra, por fin, ahogada entre cardos y espinas. No escatimemos por tanto, cuidado alguno para llegar a ser esa buena tierra en que no sólo es recibida la simiente, sino que fructifica el ciento por uno para la cosecha del Señor que ya se acerca.

Atrayente austeridad de la Cuaresma. — Al leer estas páginas en que hemos procurado reflejar el pensamiento de la Iglesia tal cual se nos muestra no tan sólo en la Liturgia, sino en los cánones conciliares descritos de los santos Padres, más de un lector nuestro se entregue, por ventura, a añorarnos de día en día la dulce y graciosa poesía en que rebosaba el año litúrgico durante los cuarenta días en que celebramos el nacimiento del Emmanuel. Ya se ha encargado el tiempo de Septuagésima de correr un velo sombrío sobre todas aquellas placenteras imágenes; y hénos aquí adentrados en el árido desierto sembrado de espinas, sin agua refrigerante. No nos descorazonemos sin embargo; conoce la Santa Iglesia nuestras verdaderas

necesidades y quiere satisfacerlas. Para llegarnos a Cristo niño nos exigió tan sólo la suave preparación de Adviento, porque los misterios del Hombre-Dios estaban en sus comienzos.

Muchos se llegarán al pesebre con la simplicidad de los pastores de Belén, sin conocer todavía suficientemente la santidad de Dios encarnado, ni el estado peligroso y culpable de sus almas; pero hoy que el Hijo de Dios ha entrado en la vía de la penitencia, cuando, bien pronto le veremos víctima de todas las humillaciones y dolores en el árbol de la Cruz, la Iglesia nos despierta y saca de nuestra equivocada seguridad. Nos dice golpeemos nuestros pechos; afligamos nuestras almas, mortifiquemos el cuerpo porque somos pecadores. La penitencia debiera ser nuestra heredad de toda la vida; las almas fervorosas nunca la interrumpen; es justo y saludable, por lo menos nos decidamos a hacer un ensayo en estos días, en que el Salvador sufre en el desierto, en espera de la muerte en el Calvario. No pasemos por alto la sentencia que dirigió a las mujeres de Jerusalén que lloraban a su paso el día de su Pasión: "Si así tratan al árbol verde, ¿qué harán del seco?" [1] Por la misericordia del Redentor, empero, el leño seco puede recobrar la savia y librarse del fuego.

Tal es la esperanza, tal es el deseo de la Santa Madre Iglesia, y por esto nos impone el

---

[1] *S. Lucas*, XXIII, 31.

yugo de la Cuaresma. Recorriendo constantes esta vía trabajosa, veremos resplandecer poco a poco la luz a nuestras miradas anhelantes. Si nos halláremos lejos de Dios por el pecado, este santo tiempo será para nosotros la *vía purgativa* de que hablan los doctores místicos; y nuestros ojos se purificarán para que podamos contemplar a Dios vencedor de la muerte. Y si ya caminamos por los senderos de la vía iluminativa, después de haber buceado tan provechosamente en las profundidades de nuestras miserias en tiempo de Septuagésima; hallaremos ahora a Aquel que es nuestra Luz; y si acertamos a verle en los rasgos del Niño de Belén sin dificultad le reconoceremos en el divino Penitente del desierto y pronto, muy pronto en la víctima sangrienta del Calvario.

PROPIO DE TIEMPO

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

SOLEMNIDAD DE ESTE DÍA. — Este domingo primero de la Santa Cuaresma, es así mismo, uno de los más solemnes del año. Su privilegio aplicado, por las últimas decisiones romanas, a los demás domingos de Cuaresma [1], pero que durante muchísimo tiempo fué exclusivo de Pasión y Ramos, consiste en no ceder el puesto a ninguna fiesta cualquiera, ni la del Patrono, titular de la iglesia o Predicación de la misma. En los antiguos calendarios es llamado el primer domingo de Cuaresma: *Invocabit,* Primera palabra del introito de la Misa. En la Edad Media se le llamaba: "Domingo de los Hachones" del uso de llevar hachones en la Misa del día, por motivos diversos no idénticos ni en tiempo ni en lugar. En algunos lugares, los jóvenes que se habían propasado en diversiones carnavalescas, debían presentarse hoy en la Iglesia, con un blandón

[1] Constitución "*Divino afflatu.*"

en las manos para dar pública satisfacción de sus excesos.

Aparece hoy la Cuaresma con todo su solemne atuendo. Los cuatro días precedentes se añadieron bastante tarde para completar los cuarenta días de ayuno, y, el miércoles de Ceniza no tienen obligación los fieles de oír misa. Viendo la Santa Madre Iglesia reunidos a sus hijos les dirige las palabras del oficio de maitines, sirviéndose del elocuente estilo de San León Magno. "Carísimos hijos, les dice, debiendo anunciaros el ayuno sacrosanto y solemne de Cuaresma, ¿por ventura podré empezar más oportunamente mi plática que usando las palabras del Apóstol a quien Jesucristo habla y repitiendo lo que acaban de leeros: *He aquí el tiempo favorable, he aquí los días de salvación?* Por que, aún cuando no haya tiempo alguno durante el año, que no sea rico en dones celestiales y en que, por la gracia de Dios, no hallemos siempre abiertas las puertas de la misericordia divina, debemos, sin embargo, trabajar en este santo tiempo con mayor celo y excitarnos al progreso espiritual y animarnos de grande confianza. La Cuaresma en efecto, al ponernos a la vista el día sacro en que fuimos redimidos, nos invita a practicar todos los deberes de piedad cristiana a fin de disponernos para la purificación del cuerpo y alma a celebrar los misterios de la Pasión del Señor.

TIEMPO FAVORABLE. — Tan gran misterio merecería de parte nuestra, respeto y devoción sin tasa y debiéramos estar siempre delante de Dios tales cuales quisiéramos el día de Pascua. Pero esta constancia no es caudal de muchos; la flaqueza de la carne nos fuerza a mitigar la austeridad del ayuno y los varios quehaceres de esta vida dividen y reclaman nuestras preocupaciones. Y sucede en consecuencia que los corazones religiosos están dispuestos a contaminarse en algo con el polvillo de este mundo. Con aventajado provecho nuestro se ha introducido esta divina institución que nos da cuarenta días para recobrar las fuerzas de nuestras almas expiando por la santidad de nuestras obras y el merecimiento de nuestros ayunos los deslices de todo el año.

CONSEJOS APOSTÓLICOS. — "Al comenzar queridos hijos, estos misteriosos días santamente establecidos para purificar nuestras almas y cuerpos, tengamos a gala obedecer la prescripción del Apóstol, despidiéndonos de todo cuanto pueda enlodar la carne y el espíritu con el fin de refrenando el ayuno la enemiga existente entre las dos partes de nuestro ser recobre el alma la dignidad de su imperio, sometida ella misma a Dios y dejándose guiar por El.

A nadie demos ocasión de querellarse de nosotros; no nos expongamos al justificado vitupe-

rio de los que buscan contrariarnos. Los infieles, pues, tendrían motivo de condenarnos, y azuzaríamos nosotros mismos, por nuestra culpa, sus impías lenguas contra la religión, si la pureza de nuestra vida no corre pareja con la santidad, del ayuno que hemos abrazado. No nos figuremos que la perfección toda de nuestro ayuno estriba en sola la abstinencia de viandas; porque en balde negaríamos al cuerpo parte del alimento si, a la vez no alejásemos del alma la maldad."

El ejemplo de Jesucristo tentado por Satanás — Cada domingo de Cuaresma ofrece como objeto principal una lectura de los santos Evangelios, destinada a iniciar a los fieles en los sentimientos que la Iglesia quiere inspirarnos durante el día. *Hoy nos da a meditar la tentación de Cristo en el desierto.* No hay asunto más adecuado para esclarecernos y fortalecernos que ese capital relato.

Somos pecadores, nos reconocemos y deseamos expiar nuestros pecados. Pero ¿cómo caímos en el mal? Nos tentó el Demonio, y no rechazamos la tentación. Pronto cedimos a la sugestión del adversario y se perpetró el mal. Tal es nuestra historia en el pasado y tal sería en el porvenir si no aprovechamos el ejemplo con que nos brinda hoy el Redentor.

Declarándonos el Apóstol la misericordia del consolador divino de los hombres, insiste sobre

las tentaciones que se dignó tolerar nuestro Señor [1]. Esa muestra de abnegación sin límites no se nos ha negado y así contemplamos hoy la paciencia adorable del Santo de los Santos; no tiene recelo ni asco en dejarse se le acerque ese repulsivo enemigo de todo bien, para enseñarnos como debemos triunfar de él.

Satanás ha vislumbrado con sobresalto la santidad incomparable de Jesús. Las maravillas de su nacimiento, los pastores convocados por los Angeles ante el pesebre, los Magos llegados de Oriente, al señuelo de una estrella; la protección que ha sustraído al Niño del furor de Herodes; el testimonio de Juan Bautista dado a favor del nuevo Profeta; todo este conjunto de hechos contrasta y choca de modo tan extraño con la humildad, la oscuridad de los treinta primeros años del Nazareno, que despierta los recelos de la serpiente infernal. El misterio de la Encarnación se llevó a cabo lejos de sus miradas sacrílegas; ignora que María es la Virgen anunciada por Isaías como madre del Emmanuel [2]. Pero se han cumplido los tiempos y la última semana de Daniel ha iniciado su carrera, el mismo mundo pagano aguarda de la Judea un libertador y sabe todo esto el demonio. En su perplejidad osa acercarse a Jesús, esperando poder en el curso de la conversación sacar de él

---

[1] *Hebr.*, IV, 15.

[2] *Isaías*, VII, 14.

alguna nueva. ¿Es o no es el Hijo de Dios? Ahí está el problema. Acaso, acaso, podrá hacerle caer en alguna flaqueza; el hecho de saber si es un hombre como los demás, le tranquiliza.

Proceder de Cristo.—El enemigo de Dios o de los hombres había de quedar burlado de sus esperanzas. Se allega al Redentor, pero todos sus astutos esfuerzos se truecan en propia confusión con la sencillez candorosa y la majestad del justo, Jesús rechaza todas las embestidas de Satanás pero nos da a conocer su origen celestial. Aléjase el Angel perverso sin haber sacado en limpio de Jesús, que era un Profeta fiel al Señor. Bien pronto cuando sea testigo de los desprecios, calumnias y persecuciones que lleven sobre la cabeza del Hijo del Hombre, cuando sus esfuerzos para perderle parezcan salirle sorprendentemente bien, se cegará más y más en su orgullo. Cuando Jesús saturado de oprobios y tormentos expire en la Cruz, sentirá, por fin, que su víctima no es mero hombre, sino Dios, y que todos los furores que ha conjurado contra el Justo sólo ha servido para manifestar el último esfuerzo de la misericordia que salva al humano linaje y la justicia que para siempre quebranta y desbarata los poderes del Averno.

Este es el plan de la divina Providencia al permitir que el espíritu del mal empañe con el vaho de su inmunda presencia el retiro del Hombre-Dios, le dirija la palabra y eche en El

sus sacrílegas manos, examinaremos, pues las circunstancias de esta triple tentación soportada por Jesús con el fin de aleccionarnos y esforzarnos.

NUESTROS TRES ENEMIGOS. — *Tenemos tres géneros de enemigos con quienes hemos de pelear y nuestra alma ofrece tres puntos flacos,* porque: "cuanto hay en este mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida"[1]. Por *concupiscencia de la carne,* hemos de entender el amor de los sentidos, codiciosos de los goces de la carne, arrastra el alma, si no se tiene a raya a deleites ilícitos. La *concupiscencia* de los ojos significa el amor de los bienes de este mundo, de sus riquezas, de la fortuna, que brillan a nuestra vista antes de seducir nuestro corazón. Por fin, *el orgullo de la vida* es la confianza en nosotros mismos; nos hace vanos y presuntuosos, nos hace olvidar que de Dios nos viene la vida y demás dones que se dignó derramar sobre nosotros.

Todos nuestros pecados manan de una de estas tres fuentes, y las tres tentaciones que nos asaltan se proponen hacernos aceptar la concupiscencia de la carne o la concupiscencia de los ojos o el orgullo de la vida. El Salvador modelo nuestro en todas las cosas, había, pues, de sujetarse a tres pruebas.

---

[1] *Joa.,* II, 16.

Las tres tentaciones. — Tienta Satanás a Cristo primeramente en la carne, sugeriéndole el pensamiento de emplear su poder sobrenatural en remediar el hambre que le acucia. *Di que estas piedras se conviertan en pan:* Este consejo dá el Demonio al Hijo de Dios. Quiere ver si el apresuramiento de Jesús a dar satisfacción a su cuerpo denota por ventura ser un hombre flaco y sujeto a la concupiscencia. Cuando se dirige a nosotros, tristes herederos de la concupiscencia de Adán, lanza más atrevidamente adelante sus sugestiones; aspira a contaminar el alma por el cuerpo, pero la santidad soberana del Verbo no consentía osara Satanás hacer tal ensayo de su poder tentando al hombre en sus sentidos. Es por tanto una lección de templanza la que nos da el Hijo de Dios; y sabemos que para nosotros la templanza es madre de la pureza, y que la intemperancia atiza la rebelión de los sentidos.

La segunda tentación es de orgullo. *Echate abajo; los Angeles te recibirán en sus manos.* Quiere saber el enemigo si los favores del cielo han ocasionado en el alma de Jesús esa hinchazón, esa confianza ingrata que hace que la criatura se atribuya a sí misma los dones de Dios, olvide a su bienhechor para dominar en lugar suyo. Queda burlado otra vez y la humildad del Redentor espanta el orgullo del ángel rebelde.

Ensaya entonces el último esfuerzo. Acaso, se dice, la ambición de la riqueza seduzca al que se muestra tan templado y humilde. *He aquí todos los reinos del mundo en su esplendor y gloria; puedo entregártelos a condición de que me adores.* Jesús rechaza con desdén esa despreciable oferta y lanza de su presencia al seductor maldito, *príncipe del mundo,* enseñándonos con este ejemplo a desdeñar las riquezas de la tierra, cuando para conservarlas o adquirirlas sería necesario quebrantar la ley de Dios y honrar a Satanás.

VICTORIA Y EJEMPLO DE CRISTO. — Ahora bien, ¿cómo el Redentor, nuestro divino adalid, rechaza la tentación? ¿Escucha los razonamientos de su enemigo? ¿Le deja tiempo para descorrer ante sus ojos todas las fantasías diabólicas? Así hemos procedido a menudo nosotros y fuimos derrotados. Conténtase Jesús con oponer al enemigo el escudo de la inflexible ley de Dios. *Escrito está,* le dice: *No de sólo pan vive el hombre. Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás.* Sigamos en adelante esta gran lección. Perdióse Eva y con ella el linaje humano, por haber trabado conversación con la sierpe infernal. Quien coquetea con la tentación sucumbirá. En estos días santos está el corazón más atento, las ocasiones alejadas, los hábitos viciosos interrumpi-

dos; y depuradas nuestras almas con los ayunos, la oración y la limosna, resucitarán con Jesucristo; ¿conservarán empero esta nueva vida? Todo depende de nuestra actitud en las tentaciones. Desde el principio de Cuaresma la Iglesia asocia al precepto el ejemplo abriendo nuestros ojos el relato del santo Evangelio. Si vivimos atentos y fieles; fructificará en nosotros la lección; y llegados a la solemnidad pascual, la vigilancia, la desconfianza en nosotros mismos, la oración, con el auxilio divino que jamás falta, asegurarán nuestra perseverancia.

Celebra hoy la Iglesia Griega una de sus más grandes solemnidades. Esta fiesta es la llamada *Ortodoxia,* y tiene por objeto honrar el restablecimiento de las Imágenes sagradas en Constantinopla e imperio de Oriente en 842, cuando la emperatriz Teodora, con la ayuda del santo Patriarca Metodio, puso fin a la persecución de los iconoclastas, e hizo figurar en todas las Iglesias las Imágenes santas, que el furor de los herejes había hecho desaparecer.

MISA

La estación en Roma se celebra en la Basílica de San Juan de Letrán. Puesto en razón parece que un domingo tan solemne se celebre en la Iglesia Madre y Maestra de todas las Iglesias, no ya tan sólo de la ciudad eterna, sino del

mundo entero. En ella eran reconciliados el Jueves Santo los pecadores públicos, allí, en el Bautisterio de Constantino, recibían el Bautismo la noche de Pascua los Catecúmenos; ninguna otra Basílica cuadraba mejor para reunir a los fieles en el día en el que el ayuno cuaresmal fué proclamado tantas veces por la voz de los Papas.

El Introito está sacado del Salmo XC, que da él sólo el texto de todos los cantos de esta Misa. Ya hablamos de cómo ha apropiado la Iglesia este hermoso cántico a la situación del cristiano durante la Cuaresma. Todo él trata de la esperanza que el alma cristiana ha de concebir en el auxilio divino en estos días en que se ha decidido a darse por completo a la oración y a la lucha contra los enemigos de Dios y de sí misma. Prométele el Señor en el Introito que no será vana su confianza.

INTROITO

Me invocará, y yo le oiré: le libraré, y le glorificaré: le saciaré de una larga vida. — *Salmo:* El que habita al abrigo del Altísimo: morará en la protección del Dios del cielo. ℣. Gloria al Padre.

Recomienda la Iglesia a Dios en la Colecta a todos sus hijos y pide que su ayuno no sólo los purifique, si no que les alcance de lo alto la potente ayuda para hacerles fecundos en buenas obras que les salven.

COLECTA

Oh Dios, que purificas tu Iglesia todos los años con la observancia cuaresmal: haz que tu familia manifieste con buenas obras lo que se esfuerza en alcanzar de ti por la abstinencia. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Corintios.

Hermanos: Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque dice: En el tiempo propicio te escuché, y te ayudé en el día de la salud. He aquí el tiempo propicio, he aquí el día de la salud. No ofendamos a nadie, para que no sea vituperado nuestro ministerio; antes portémonos en todo como ministros de Dios: en mucha paciencia, en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los azotes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, en la castidad, en la ciencia, en la longanimidad, en la suavidad, en el Espíritu Santo, en la caridad no fingida, en la palabra de verdad, en la virtud de Dios, con las armas de la justicia en la diestra y en la siniestra, en la gloria y en la ignominia, en la fama y en la infamia; como seductores, pero (siendo) veraces; como ignorados, pero conocidos; como muriendo, pero he aquí que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes, pero siempre alegres; como necesitados, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo.

La vida del hombre es una milicia. — Este paso del Apóstol nos muestra la vida cristiana en otro aspecto muy diverso del que de ordinario se figura nuestra molicie. Para esquivar su alcance, fácilmente juzgaríamos que semejan-

tes consejos apostólicos cuadrarían bien en los primeros tiempos de la Iglesia en que los fieles enfrentados sin cesar con las persecuciones y con la muerte, necesitaban algunos grados más de abnegación y de heroísmo. Ilusión grande sería sin embargo creer que todas las luchas del cristianismo han terminado. Queda siempre en pie la lucha con los demonios, con el mundo, con la carne y sangre, y por eso nos remite la Iglesia al desierto con Jesucristo para que aprendamos a pelear; allí comprenderemos ser la vida del hombre en la tierra una milicia [1] y que si no luchamos siempre y con denuedo, esta vida que quisiéramos pasar en el sosiego acabará con nuestra derrota. Para ahorrarnos precisamente esta catástrofe, nos dice la Iglesia por boca del Apóstol: "He aquí llegado el tiempo aceptable; he aquí los días de salud." Obremos en todo "como servidores de Dios"; y mantengámonos firmes hasta el fin de esta santa temporada. Dios vigila sobre nosotros como vigiló sobre su Hijo en el desierto.

El Gradual nos asegura la protección de los santos Angeles, cuya solicitud no nos pierde de vista ni de día ni de noche. Durante la Cuaresma redoblan sus esfuerzos contra nuestros enemigos y se alegran al ver que el pecador acepta *por fin la penitencia que le ha de acarrear la salvación.*

---

[1] *Job.*, VII, 1.

El Tracto está formado del Salmo XC y del mismo están sacados el Gradual, el Introito, y demás cánticos de esta Misa. Cobre, pues, aliento nuestro corazón; todo nos habla de la bondad de Dios y de su vigilancia paternal sobre hijos ingratos que quiere trocar en amigos fieles y cohorederos de su reino.

GRADUAL

Mandará Dios sus Angeles a ti, para que te custodien en todos tus caminos. ℣. Te llevarán en las manos, para que tu pie no choque con piedra alguna.

TRACTO

℣. El que habita al abrigo del Altísimo, morará en la protección del Dios del cielo. ℣. Dirá al Señor: Esperanza mía y refugio mío eres tú: Dios mío, confiaré en ti. ℣. Porque El me libró del lazo de los cazadores, y de la peste destructora. ℣. Te cubrirá con sus espaldas, y te cobijará bajo sus alas. ℣. Te rodeará con el escudo de su verdad: y no temerás los sobresaltos nocturnos. ℣. Desafiarás las flechas que vuelven de día, las emboscadas de la noche, las incursiones y razias del mediodía. ℣. Caerán mil a tu siniestra, y a tu derecha diez mil: mas a ti no te tocarán. ℣. Porque mandará Dios sus Angeles a ti, para que te custodien en todos tus caminos. ℣. Te llevarán en las manos, para que tu pie no choque con piedra alguna. ℣. Caminarás sobre el áspid y el basilisco, pisarás al león y al dragón. ℣. Puesto que confió en mí, yo le libraré: le protegeré, por haber invocado mi nombre. ℣. Me llamará, y yo le oiré: le acompañaré en la tribulación. ℣. Le libraré, y le glorificaré: le saciaré de larga vida, y le mostraré mi salud.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo Jesús fué llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y, habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y, acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se tornen panes. Y El, respondiendo, dijo: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le llevó el diablo a la ciudad santa, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. Porque escrito está: Mandará sus Angeles a ti, y te tomarán en las manos, para que tu pie no tropiece en piedra alguna. Díjole Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios. El diablo le transportó de nuevo a un monte muy elevado: y le mostró todos los reinos del mundo, y su gloria, y le dijo: Te daré todo esto, si, postrándote, me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás. Porque escrito está: Adorarás al Señor, tu Dios, y a El solo servirás. Entonces le dejó el diablo: y he aquí que se acercaron los Angeles, y le sirvieron.

Compasión a Jesús. — Admiremos la bondad inefable del Hijo de Dios, que no contentándose con expiar por la Cruz todos nuestros pecados, se dignó, para alentarnos a hacer penitencia, imponerse un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches. No consintió que la justicia de su Padre pudiera exigir de nosotros un sacrificio sin haberle ofrecido El antes en persona en circunstancias mil veces más austeras que cuantas puedan darse en nosotros. ¿Qué son nuestras obras de penitencia, tan a menudo regateadas a la

justicia de Dios por nuestra supina cobardía, si las careamos con el rigor de este ayuno del Señor en la montaña? ¿Tendríamos cara todavía, para pretender dispensarnos esas leves satisfacciones con que el Señor se dá por satisfecho, y que tan lejos están del castigo que merecen nuestras culpas? En lugar de lamentarnos de una ligera incomodidad, un trabajillo de algunos días, compadezcamos mas bien la cruel hambre que padece nuestro inocente Redentor durante esos interminables días y noches del desierto.

Confianza en la tentación. — La oración, la abnegación en favor nuestro, el pensamiento de las justicias de su Padre sostenían a Jesús en sus desalientos; pero al finalizar la expiación de la cuarentena, la naturaleza humana estaba agotada. Entonces vino la tentación a darle el asalto, pero triunfa con tal sosiego y firmeza que nos deben servir de ejemplo. ¡Qué desvergonzada audacia de Satanás en el atrevimiento aquel de llegarse al Justo por excelencia! Y ¡qué paciencia la de Jesús! Se digna tolerar que el monstruo del abismo eche mano en él y le transporte por los aires de un lugar a otro. El alma cristiana está a menudo expuesta a crueles insultos de su enemigo, y hasta algunas veces estará tentada de quejarse a Dios de la humillación que sufre. Piense entonces en Jesús, el Santo de los Santos, entregado, si es lícito decirlo, a merced

del espíritu del mal. No deja de ser por eso el Hijo de Dios, vencedor del infierno; y Satanás no ha sacado en limpio sino una vergonzosa derrota. De igual modo el alma cristiana, en ruda tentación, si aguanta con enérgico corage, será objeto de las más tiernas complacencias de Dios, para vergüenza y castigo eterno de Satanás. Unámonos a los Angeles leales que tras la retirada del príncipe de las tinieblas, se apresuraron a reparar las agotadas fuerzas del Redentor, ofreciéndole comida. ¡Qué tierna y finamente se conduelen de sus divinos trabajos! ¡Cómo reparan en sus adoraciones el ultraje horrible de que Satanás se hace reo contra el soberano Señor de todo lo creado! ¡Cómo se quedan pasmados de admiración de tamaña caridad de un Dios que en su amor al Hombre parece olvidarse de su augusta dignidad, para no pensar más que en las desgracias y necesidades de los hijos de Adán!

Usurpando la Iglesia de nuevo las palabras de David, nos muestra al Señor amparando con delicada protección al leal rebaño y armándole contra toda embestida con el invencible escudo que nos brinda la fe [1].

OFERTORIO

El Señor te cubrirá con sus espaldas, y te cobijará bajo sus alas: te rodeará con el escudo de su verdad.

---

[1] *Eph.*, VI, 16.

No estriba la Cuaresma solamente en el ayuno, y no será eficaz para lograr la reforma de nuestra alma si no esquivamos las ocasiones peligrosas que en un instante destruirán la obra de la gracia divina. Por eso pide la Iglesia en la Secreta un especial auxilio a nuestro favor.

SECRETA

Te inmolamos, Señor, solemnemente el sacrificio del comienzo cuaresmal, suplicándote hagas que, con la restricción de carnes, nos moderemos también en los placeres malsanos. Por el Señor.

Para más sólidamente afianzar la confianza en nuestras almas, repite la Iglesia en la antífona de la Comunión las palabras de esperanza ya propuestas en el ofertorio. El sacrificio que acaba de ser ofrecido es para nosotros nueva prenda de la bondad divina.

COMUNION

El Señor te cubrirá con sus espaldas, y te cobijará bajo sus alas: te rodeará con el escudo de su verdad.

Enséñanos la Iglesia en la Poscomunión a considerar la Sagrada Eucaristía como medio más eficaz de acrecentar nuestras fuerzas, purificando nuestras lacras. Apresúrese, pues el pecador a sellar la paz con Dios, y no aguarde al festín pascual para probar la eficacia del divino manjar que nos salva de la divina justicia, incorporándonos al autor mismo de la salvación.

POSCOMUNION

Restáurenos, Señor la santa libación de tu Sacramento: y, purificándonos de nuestra vejez, háganos partícipes de tu salvador Misterio. Por el Señor.

LUNES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

Todas las ferias de Cuaresma tienen misa propia, mientras que en las ferias de Adviento se repite sencillamente la misa del Domingo anterior. La riqueza de la Liturgia en la santa Cuaresma nos ayuda poderosamente a adentrarnos en el pensamiento de la Iglesia al multiplicar la expresión de sentimientos que pretende inspirarnos. Extractamos en la misa ferial la colecta que es siempre la oración más solemne la Epístola, el Evangelio y la oración que se canta sobre el pueblo al fin de la Misa. El conjunto constituye solidísima instrucción y desfila a nuestra vista todo lo que las Sagradas Escrituras contienen de más sustancial y acomodado al tiempo en que vivimos.

La Estación en Roma se celebra en San Pedro "*ad vincula*"; construída esta Iglesia en el siglo v, guarda y honra las cadenas del Príncipe de los Apóstoles.

COLECTA

Conviértenos, oh Dios, Salvador nuestro: y, para que nos aproveche el ayuno cuaresmal, instruye nuestras mentes con enseñanzas celestiales. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor: He aquí que yo mismo buscaré mis ovejas, y las visitaré. Como el pastor pasa revista a su rebaño, cuando se halla en medio de sus ovejas recobradas: así visitaré yo mis ovejas, y las libraré de todos los lugares donde fueron dispersadas el día de la nube y de la tempestad. Y las sacaré de los pueblos, y las reuniré de las tierras, y las tornaré a su tierra: y las pastaré en los montes de Israel, en los ríos, y en todos los lugares de la tierra. Las apacentaré en pastos ubérrimos, y sus pastos estarán en los altos montes de Israel: allí descansarán entre las crecidas hierbas, y serán apacentadas en los abundantes pastos de los montes de Israel. Yo pastaré mis ovejas, y las haré sestear, dice el Señor. Lo que había perecido, lo buscaré; y lo que se había extraviado, lo reduciré; y lo que se había quebrado, lo ligaré; y lo que se había debilitado, lo robusteceré; y lo gordo y fuerte, lo guardaré: y las apacentaré con juicio, dice el Señor omnipotente.

El buen Pastor. — Se nos muestra aquí el Señor como un pastor lleno de ternura para con sus ovejas; y eso es en realidad de verdad para los hombres en estos días de misericordia y perdón. Parte de su rebaño se había extraviado y dispersado en medio de las tinieblas de este mundo, pero Jesús no ha olvidado sus ovejas. Se pone

en camino para ir a buscarlas y reunirlas. No hay desierto por apartado que se halle, ni abrupta montaña, ni matorral por espinoso que sea, que no inspeccione en su busca. A todas hace oír su voz en la de la Santa Iglesia que las convida al redil; y recelando se atolondren en sus extravíos y tiemblen aparecer delante de él se digna inspirarlas confianza. No tienen más que llegarse, que se dejen encontrar y los más regalados pastos las esperan, cabe los regatos, en yerba fresca y frondosa, en montañas enchidas de encantos. Están heridas, pero el Pastor divino vendará sus llagas; estarán maltrechas y endebles pero, El las robustecerá. Las juntará a las ovejas fieles y con ellas se quedará siempre. Decídase por fin el pecador a darse por vencido a vista de tanta bondad, y no tema los esfuerzos que ha de hacer para llegarse al Señor su Dios. Penosa le parece la vuelta, la expiación asusta a su cobardía, pero acuérdese de los días en que vivió en la seguridad del rebaño, en su redil a vista del Pastor más tierno; puede recobrar esos días. La puerta del redil está abierta; muchas ovejas antes descarriadas se apresuran a entrar enchidas de gozo y confianza; sígalas y acuérdese "que hay mayor alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no han menester de ella"[1].

---

[1] *Luc.*, XV, 7.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad, y todos sus Angeles con El, entonces se sentará sobre el trono de su majestad: y serán congregadas ante El todas las gentes, y las separará entre sí, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y pondrá las ovejas a su diestra, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estarán a su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me distéis de comer; tuve sed, y me distéis de beber; fuí peregrino, y me hospedasteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y venisteis a mí. Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; o desnudo, y te cubrimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te visitamos? Y, respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo: Cuando lo hicisteis con uno de estos hermanos míos pequeñitos, conmigo lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estarán a su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo, y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fuí peregrino, y no me hospedasteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces le responderán también ellos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcer, y no te servimos? Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo: Cuando no lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, tampoco lo hicisteis conmigo. E irán éstos al suplicio eterno: mas los justos a la vida eterna.

El juicio final. — Hace unos instantes nos invitaba un Profeta del Antiguo Testamento de parte de Dios a responder a la tierna invitación del Pastor de nuestras almas; el Señor agotaba todos los medios de que echaba mano su cariño para despertar en las ovejas descarriadas el deseo de adherirse a él, he aquí que la Iglesia, el mismo día en que nos ofrece a ese dueño soberano con atuendos de pastor en extremo compasivo, nos le muestra a vuelta de hoja como juez inexorable; ¿cómo, pues, el carácter bondadoso de nuestro Salvador y médico abnegado de nuestras almas, se ha tan radicalmente transformado? "¡Retiraos de mí, malditos, al fuego eterno!" Y la Iglesia ha echado mano de este texto en el Evangelio mismo, código de la ley del amor. Con todo, pecador, no te llames a engaño, lee con atención y reconocerás en quien lanza ese anatema al mismo Dios de quien el Profeta nos detalla la misericordia, la paciencia, el celo por el bien de todas sus ovejas. En su tribunal ostenta asimismo los rasgos distintivos del Pastor: Ved, si no, cómo las coloca unas a su diestra y otras a su siniestra; se trata pues de un rebaño. Quiere desempeñar hasta el día postrero el Hijo de Dios el oficio de pastor. Pero se han trocado las condiciones; ya no hay tiempo porque la eternidad abre sus profundos senos misteriosos; comienza el reinado de la justicia: justicia que otorga a los amigos de Dios la recompensa pro-

metida; justicia que precipita al pecador impenitente en el abismo sin suelo. Sería entonces demasiado tarde pensar en hacer penitencia que no tiene lugar sino en el tiempo, y el tiempo ya no existe. Y ¿cómo el cristiano que sabe que nos hemos de hallar reunidos todos al pie de su tribunal terrible, titubea rendirse a las invitaciones de la Iglesia que le insta eficazmente satisfaga por sus pecados? ¿Cómo regatea a Dios la insignificante expiación con que su misericordia tiene a bien darse hoy por satisfecha? Evidentemente es el hombre, para consigo mismo, el enemigo más despiadado, al escuchar sin inmutarse la palabra de su Salvador ahora y su Juez futuro: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis."

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, rompas los vínculos de nuestros pecados y apartes propicio de nosotros lo que por ellos merecemos. Por el Señor.

MARTES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación en Roma se celebra en Santa Anastasia, Iglesia en que antiguamente se celebraba la misa de la Aurora el día de Navidad. Bajo la protección de esa santa Mártir se ofre-

cen hoy al Padre de las misericordias nuestros anhelos.

COLECTA

Contempla, Señor, a tu Familia, y haz que nuestro espíritu, que se mortifica con la maceración de la carne, resplandezca ante ti con tu deseo. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

En aquellos días habló el Profeta Isaías, diciendo: Buscad al Señor, mientras puede ser hallado: invocadle, mientras está cerca. Abandone el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, y a nuestro Dios, y se compadecerá de él: porque es muy grande para perdonar. Porque mis pensamientos, no son como vuestros pensamientos, ni vuestros caminos como mis caminos, dice el Señor. Porque, como se elevan los cielos sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos. Y, como la escarcha y la nieve descienden del cielo, y no tornan más allá, sino que embriagan la tierra, y la penetran, y la fecundan, para que dé simiente al que siembra, y pan al que come: así será mi palabra, la que saldrá de mi boca: no tornará a mí estéril, sino que hará cuanto quise, y prosperará en aquello para lo que la envié: lo dice el Señor omnipotente.

CONFIANZA Y VIGILANCIA. — Nos anuncia el Profeta de parte de Dios que, si nuestra conversión es sincera, descenderá sobre nosotros la misericordia. En valde buscará el hombre medir la infinita distancia que separa la santidad sobe-

rana de Dios del estado sórdido en que se halla el alma del pecador; porque nada de eso estorbará la reconciliación de la creatura con su Creador. La omnipotente bondad de Dios creará un *corazón puro*[1] en el hombre arrepentido y "la gracia sobreabundará donde abundó el pecado"[2]. La palabra del perdón bajará del cielo como benéfica lluvia, sobre tierra estéril y árida, y esa tierra dará fruto abundoso. Escuche empero el pecador la profecía por entero: ¿Es acaso dueño el hombre de aceptar o rechazar la palabra que viene de lo alto? Puede hoy descuidarla en la idea de que acaso la acatará más tarde, al fin de su vida? No; porque nos dice Dios por su Profeta: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cerca." No podemos, pues, hallar siempre a nuestro antojo al Señor, no siempre está tan cerca de nosotros. ¡Cuidado! tiene sus tiempos; ha sonado la hora de sus misericordias, la de sus justicias sonará después. "De aquí a cuarenta días Nínive será arrasada", decía a voz en grito Jonás en las calles de aquella soberbia ciudad[3]. No dejó Nínive transcurrieran los cuarenta días sin convertirse al Señor sin aplacarle en ayuno, ceniza y cilicio, y Dios perdonó a Nínive. Hagamos nuestros los sentimientos de esa ciudad culpable y arrepentida, no de-

---

[1] *Psl. L.* 12.
[2] *Rom.*, V, 20.
[3] *Jon.*, III, 4.

sañemos a la divina justicia rehuyendo la penitencia o cumpliéndola de modo imperfecto. La Cuaresma que celebramos es acaso la última que la bondad divina nos prepara; si no nos convirtiéramos ¿quién sabe si el Señor volvería piadoso a nosotros? Consideremos despacio estas palabras del Apóstol que se relacionan con las de Isaías: "Porque la tierra que a menudo absorve la lluvia caída sobre ella y produce frutos de bendición para el que la cultiva, recibirá las bendiciones de Dios; pero la que produce espinas y abrojos, es estéril y está próxima a ser maldita, y su fin será el fuego" (*Hebre,* VI, 7, 8.)

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? Y los pueblos decían: Jesús, el Profeta de Nazareth de Galilea. Y entró Jesús en el templo de Dios, y expulsó a todos los que vendían y compraban en él y derribó las mesas de los cambistas, y los asientos de los vendedores de palomas: y les dijo: Escrito está: Mi casa se llamará casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y se acercaron a El los ciegos y tullidos que había en el templo; y los sanó. Mas, viendo los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, las maravillas que hacía, y a los niños clamando en el templo, y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron, y dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca leisteis: De la boca de los niños y lactantes sacaste alabanza? Y, dejados ellos, salió fuera de la ciudad, yéndose a Betania: y allí se quedó.

Obediencia. — La Santa Cuaresma acaba apenas de iniciarse, y, antes de que se acabe, habremos presenciado el suplicio del Justo. Ved aquí ya a sus implacables enemigos enfrentados contra El. En vano presencian sus ojos los estupendos prodigios; la envidia y el orgullo que endurecen su corazón no quisieron comprender ni verlo claro. Esos desleales custodios de la casa de Dios permanecieron mudos cuando vieron a Jesús mostrar su autoridad en el templo; extrañeza terrorífica les ha sobrecogido. Ni siquiera retrucan cuando llama al templo *su casa:* a tal grado se les imponía la virtud, tanto temían su poder sobrehumano. Ahora renace su audacia; la voz de los niños que aclaman a Jesús: *¡Hosanna!*, lastima sus oídos y se indignan. Se atreven a censurar amargamente ese inocente agasajo tributado al hijo de David que pasa haciendo bien. Esos doctores de la Ley, cegados por envidia abominable no aciertan ya a conocer las profecías ni a descubrir su cumplimiento. Se confirma el oráculo de Isaías que acabamos de leer: Por no haber buscado al Señor cuando se hallaba cerca de ellos, no pueden ya reconocerle cuando El mismo les habla. Los niños le adivinan y bendicen; los sabios de Israel no ven en él más que un enemigo de Dios, un blasfemo. Aprovechemos nosotros, al menos, la visita de Jesús para que no nos abandone como abandonó a esos falsos sabios. Se retiró de su lado y saliendo de la ciu-

dad volvió a Betania que estaba cerca de Jerusalén. Allí vivía Lázaro con las dos hermanas Marta y María Magdalena; allí también se había retirado María madre de Jesús, en espera del terrible drama que bien pronto se iba a desarrollar. San Jerónimo en su comentario sobre San Mateo nota que la palabra Betania significa *Casa de obediencia,* lo que nos da a entender que el Salvador se aleja de los corazones rebeldes a su gracia y le place descansar en los corazones obedientes. Aceptemos por entero la lección que nos da Jesús, y en estos días de salud mostremos por nuestra obediencia a la Iglesia y la sumisión al guía de nuestra conciencia, que hemos, por fin, caído en la cuenta de que no hay salvación para nosotros, sino en el abatimiento del orgullo y sencillez de corazón.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Asciendan a ti, Señor, nuestras preces: y aleja de tu Iglesia todo mal. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LAS TEMPORAS DE CUARESMA

El ayuno cuaresmal viene a asociarse hoy el de las Témporas. Con el Viernes y Sábado próximo tendremos, asimismo, doble motivo de ha-

cer penitencia. Es la temporada de primavera, y se trata de consagrarla a Dios ofreciéndole las primicias con el ayuno y la oración; tenemos también en vista la ordenación de Sacerdotes y Ministros sagrados sobre la que es menester recabemos las bendiciones de lo alto. Tengamos, pues, respeto soberano a estos tres días.

Hasta el siglo XI el ayuno de las Témporas primaverales estuvo fijo a la primera semana de Marzo y el de verano a la segunda de Junio. Un decreto de San Gregorio VII las fijó en las fechas que hoy conservamos; las Témporas de primavera en la Primera semana de Cuaresma y las de verano en la semana de Pentecostés.

La Estación se celebra hoy en Santa María la Mayor. Honremos a la Madre de Dios, refugio de pecadores y la supliquemos ofrezca ella misma a nuestro Juez el humilde tributo de nuestras satisfacciones.

COLECTA

Doblemos las rodillas. ℟. Levantaos. — Suplicámoste, Señor, escuches clemente nuestras preces, y extiendas la diestra de tu majestad contra todo lo que nos sea adverso. Por el Señor.

La Iglesia, que en los miércoles de las Témporas, nos presenta siempre dos lecciones de la Sda. Escritura en lugar de la Epístola de la Misa, ha juntado hoy los dos grandes tipos de la Cuaresma en el Antiguo Testamento, Moisés y Elías,

con el propósito de revalorizar ante nuestros ojos la dignidad del ayuno cuaresmal al que Cristo mismo confirió un carácter más sagrado aún, realizando en su propia persona lo que la Ley y los Profetas no habían ejecutado más que en figura.

PRIMERA LECCION

Lección del libro del Exodo.

En aquellos días dijo el Señor a Moisés: Sube a mí en el monte, y estáte allí: y te daré las tablas de piedra, la Ley y los preceptos que he escrito: para que los enseñes a los hijos de Israel. Se levantaron Moisés y su ministro Josué: y, al subir Moisés al monte de Dios, dijo a los ancianos: Esperad aquí hasta que tornemos a vosotros. Tenéis con vosotros a Aarón y a Hur: si hubiere alguna cuestión, recurriréis a ellos. Y, habiendo subido Moisés, una nube cubrió el monte, y la gloria del Señor habitó en el Sinaí, cubriéndolo con la nube durante seis días: mas, al séptimo día, le llamó de en medio de la nube. Y era la figura de la gloria de Dios como un fuego que ardía sobre la cima del monte, a la vista de los hijos de Israel. Y, penetrando Moisés en medio de la nube, subió al monte: y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días vino Elías a Bersabée de Judea, y dejó allí a su siervo, y siguió por el desierto durante un día de camino. Y habiendo llegado, y sentádose bajo un enebro, pidió a su alma que se muriera, y dijo: Ya me basta, Señor, llévate mi alma: porque no soy mejor que mis padres. Y se echó, y se durmió bajo la

sombra del enebro: y he aquí que el Angel del Señor le tocó, y le dijo: Levántate y come. Miró, y he aquí que había junto a su cabeza un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua: comió, pues, y bebió, y se durmió de nuevo. Y tornó segunda vez el Angel del Señor, y le tocó, y le dijo: Levántate, come: porque te resta un largo camino. Habiéndose levantado, comió, y bebió, y, fortalecido con aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta que llegó a Horeb, el monte de Dios.

EUCARISTÍA. — Moisés y Elías ayunan cuarenta días y cuarenta noches porque van a acercarse a Dios. Es menester se purifique el hombre, se desprenda del peso del cuerpo, si quiere ponerse al habla con el que es espíritu. Con todo, la visión de Dios con que fueron distinguidos estos dos santos personajes fué muy imperfecta; sintieron que el Señor estaba cabe ellos, pero no vieron su gloria. Manifestóse después el Señor en la carne y el hombre le vió, le oyó y le tocó con las manos [1]. No somos nosotros del número de aquellos felices mortales que conversaron con el Verbo de vida; pero en la divina Eucaristía hace algo más que dejarse ver; entra en nosotros y se hace sustancia nuestra. El más humilde fiel en la Iglesia, posee a Dios más plenamente que Moisés en el Sinaí y que Elías en Horeb. No nos extrañe, pues, si la Iglesia, para prepararnos a tamaño favor en la fiesta de Pascua, quiere pasemos antes la prueba de cuarenta días, prueba

[1] *Joa.*, I, 1.

mucho menos rigurosa que la que exigió de Moisés y Elías la concesión de la gracia que Dios se dignó otorgarlos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo respondieron a Jesús algunos de los escribas y fariseos, diciendo: Maestro, queremos ver un milagro tuyo. El, respondiendo, les dijo: Esta raza mala y adúltera busca un milagro: y no se le dará, sino es el signo del Profeta Jonás. Porque, así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Los habitantes de Nínive surgirán el día del juicio con esta raza, y la condenarán: porque ellos hicieron penitencia, al predicársela Jonás. Y he aquí al que es más que Jonás. La Reina del Mediodía surgirá el día del juicio con esta raza, y la condenará: porque ella vino desde el extremo de la tierra, para oír la sabiduría de Salomón: y aquí está el que es mayor que Salomón. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda por lugares áridos, buscando descanso, y no lo encuentra. Entonces dice: Volveré a mi casa, de donde salí. Y, tornando, la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, habitan allí; y la nueva situación de aquel hombre viene a ser peor que la primera. Así sucederá también con esta raza pésima. Estando todavía hablando a las turbas, he aquí que su madre y hermanos esperaban fuera, queriendo hablarle. Y le dijo uno: He aquí que tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote. Pero El, respondiendo al que le hablaba, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí a mi Madre y a mis hermanos. Porque, el que hiciere la voluntad de

mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.

CASTIGO DE LA INCREDULIDAD. — Denuncia el Salvador a Israel los castigos que le esperan por su voluntaria ceguera y dureza de corazón. Exige Israel prodigios para creer; le rodean por doquier y no los ve; así son los hombres de nuestros días. Para reconocer como divino el cristianismo habrán menester pruebas. Patente está la historia sin embargo, abierta ante sus ojos. Los acontecimientos del día dan su testimonio; pero nada los sacude y saca de su modorra. Se aferran desilusionados a sus propios sistemas y no llegarán a comprender que es la Iglesia católica el fundamento de la sociedad hasta el día en que la sociedad por ellos aislada de la Iglesia se hunda en el abismo abierto por sus manos. "Generación perversa y adúltera", dice el Señor, contra la que se levantarán los pueblos infieles, desconocedores de las instituciones cristianas y que hubieran llegado por ventura a amarlas y guardarlas. Temamos la espantable suerte de los judíos a quienes el sitio de Jerusalén y su misma ruina no logró abrir los ojos y permanecen fieles todavía a las ilusiones de su orgullo, tras una esclavitud de diecinueve siglos.

EL BUEN EJEMPLO. — En medio de los peligros de la sociedad han de darse cuenta los hijos de la Iglesia de su responsabilidad. Indaguen por

qué los sabios del mundo, los políticos del mundo, dejan de contar con ellos. Por qué todavía hoy esos hombres hallan tan dificultoso dar siquiera en algún sitio con el elemento católico. Es que los católicos han desertado de la Iglesia y de sus prácticas santas. Por días se va notando que el vacío se adueña más y más de nuestras iglesias, no se frecuentan ya los sacramentos, la Cuaresma no es más que mera palabra en el calendario. Volvamos, no ya tan sólo a la fe de nuestros padres, sino a la observancia de las leyes cristianas; entonces sí que el Señor se apiadará de su pueblo infiel en atención a los justos que cobije en su seno. El apostolado del ejemplo producirá sus frutos; con grupito de fieles fué para los pueblos del imperio romano la levadura de que nos habla el Salvador que fermentó toda la masa [1]; en medio de una sociedad que todavía conserva más elementos católicos que ella misma sospecha, nuestro celo por confesar y practicar los deberes de la milicia cristiana no quedará sin resultado feliz.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, ilustres nuestras mentes con la luz de tu claridad: para que podamos ver lo que hay que hacer, y podamos hacer lo que es recto. Por el Señor.

---

[1] Evangelio del VI Domingo después de Epifanía.

JUEVES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra hoy en la Iglesia de San Lorenzo *in Paneperna,* una de las que la piedad romana erigió en honor del más célebre mártir de la Ciudad Eterna.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, mires benigno la devoción de tu pueblo: para que, los que maceran el cuerpo con la abstinencia, alimenten el espíritu con el fruto de las buenas obras. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Ezequiel.

En aquellos días me habló el Señor, diciendo: ¿Por qué entre vosotros, en la tierra de Israel, habéis convertido en proverbio aquel dicho: "Los padres comieron las uvas agraces, y sus hijos sufren la dentera?" Vivo yo, dice el Señor, que nunca más será para vosotros ese dicho un proverbio en Israel. He aquí que todas las almas son mías: como el alma del padre, así el alma del hijo es mía: el alma que pecare, ésa morirá. Y el hombre que fuere justo, e hiciere juicio y justicia, y no comiere en los montes, y no alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel; y no violare la mujer de su prójimo, y no se acercare a la mujer menstruosa; y no contristare a nadie; y devolviere al deudor su fianza; y no arrebatare nada por fuerza; y diere su pan al hambriento, y vistiere al desnudo; y no fuere usurero, y no recibiere más de lo justo: y apartare su mano de la iniquidad, e hiciere verdadero juicio entre hombre y

hombre; y caminare en mis preceptos, y guardare mis mandamientos, para obrar la verdad: éste es justo, y vivirá, dice el Señor omnipotente.

CONVERSIÓN DE LOS PUEBLOS. — El paso del profeta que acabamos de leer nos hace apreciar la misericordia de Dios para con los gentiles que pronto van a pasar de las tinieblas a la luz, por la gracia del santo bautismo. En vano pretende el proverbio judío afirmar que "los dientes de los hijos sufren dentera porque los padres comieron uvas agraces". Dios ya en el Antiguo Testamento declara que los pecados son personales, y que el hijo del impío, si quiere vivir justamente, hallará misericordia y vida. La predicación del Evangelio por los Apóstoles y varones apostólicos fué un pregón que resonó en toda la gentilidad; presto se vieron los hijos de razas idólatras acudir presurosos cabe la piscina de salvación, abjurar las malas obras de sus padres y atraerse las complacencias del Señor. Idéntica maravilla aconteció en la conversión de los bárbaros de occidente; la misma se perpetúa hoy en el seno de pueblos infieles y numerosos catecúmenos recibirán este mismo año la regeneración espiritual en el día de Pascua.

LA JUSTICIA DE DIOS. — Castiga a menudo Dios en el orden temporal la maldad de los padres en los hijos; esta disposición de su Providencia es útil para aleccionar a los hombres que reciben

por esa vía saludables instrucciones; en el orden moral, empero, cada quien es tratado conforme a sus méritos; y así como no imputa Dios al hijo virtuoso la maldad del padre, tampoco la virtud del padre resarcirá la maldad del hijo. San Luis fué abuelo de Felipe el Hermoso y Luis XVI era nieto de Luis XV; tales contrastes se hallan en muchas familias. "Dios ha dejado al hombre a disposición de su albedrío y el hombre tiene ante sí la vida y la muerte, el bien y el mal; se le dará lo que prefiera"[1]. Pero tal es la misericordia del Señor, Dios nuestro, que tras haber hecho el hombre fatal elección si llega a rechazar el mal que por de pronto escogió y se vuelve hacia el bien, también él *vivirá la vida* y la penitencia le restituirá lo que había perdido.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, saliendo Jesús, se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. Y he aquí que una mujer cananea, venida de aquellas tierras, clamó, diciéndole: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David: mi hija es muy atormentada por el demonio. Pero El no le respondió palabra. Y, acercándose sus discípulos, le rogaban, diciendo: Despídela: porque grita detrás de nosotros. Y El, respondiendo, dijo: No he sido enviado más que a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Pero ella se acercó, y le adoró, diciendo: Señor, ayúdame. El, respondiendo, dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos, y darlo a los perros. Y ella dijo: Cierto Señor;

---

[1] *Eccli.*, XV, 14-18.

pero también los perritos comen las migas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús, respondiendo, le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como lo quieres. Y sanó su hija en aquel instante.

La oración intensa y perseverante. — Jesús admira la fe de esta mujer, la alaba y recomienda la imitemos. Con todo era de raza pagana y acaso hasta entonces había adorado a los ídolos; pero se llegó al Señor; el amor maternal le guía a los pies de Jesús; alcanza la curación de su hija y sin duda también la de su alma. Es la aplicación de la verdad consoladora que hallamos antes en el profeta: los elegidos salen de toda raza, aún de la maldita de Canaán. Trata el Señor a esta mujer con aparente dureza, aunque tiene resuelto favorecerla; quiere se eleve su fe y sea digna de ser atendida, recompensada. Roguemos, pues, instantemente en estos días de misericordia. La hija de la cananea era atormentada por el demonio en su cuerpo; ¡Cuántas almas en la Iglesia entera son presa de ese infernal espíritu por el pecado mortal que en ellos mora! ¿Sienten ellas por ventura su mal? ¿Piensan clamar a su libertador? Y si de intento se hace esperar la gracia del perdón, ¿saben humillarse, como la mujer del evangelio, que con tanta sencillez acepta el menosprecio que el Salvador aparenta tener de ella? Ovejas descarriadas de la casa de Israel, aprovechad el tiempo en que con vosotras está todavía el Pastor.

Antes de cuarenta días le darán muerte y "el pueblo que le habrá negado no será ya su pueblo"[1]. También antes de cuarenta días celebraremos el aniversario de ese gran sacrificio; y todo pecador que no se haya llegado a Jesús con la humildad de la Cananea, habrá merecido ser desechado sin remedio. Apresurémonos, pues, a hacernos dignos de la reconciliación. *La mesa de los hijos* de Dios está ya puesta; y tal y tan grande es la generosidad del padre de familia, que si queremos volver a El desde el fondo de nuestro corazón, nos permitirá recoger, no ya tan sólo las migajas caídas de la mesa, sino que nos dará a Jesús, Pan de vida, en prenda de reconciliación eterna.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, concedas a los pueblos cristianos la gracia de conocer lo que profesan y de amar el celeste don que frecuentan. Por el Señor.

VIERNES

DE LAS TEMPORAS DE CUARESMA

La Estación se celebra en la basílica de los Doce Apóstoles, una de las más augustas de Roma, enriquecida con las reliquias de los dos apóstoles San Felipe y Santiago el Menor.

---

[1] *Dan.*, IX, 26.

COLECTA

Sé propicio, Señor, con tu pueblo: y, pues le consagras a tu servicio, favorécele benigno con tu auxilio. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor Dios. El alma que pecare, ésa morirá: el hijo no pagará la iniquidad del padre, y el padre no pagará la iniquidad del hijo: la justicia del justo a él se le imputará, y la impiedad del impío sobre éste recaerá. Mas, si el impío hiciere penitencia de todos los pecados que cometió, y guardare todos mis preceptos, e hiciere juicio y justicia, vivirá de veras, y no morirá. Me olvidaré de todas las iniquidades que cometió: vivirá en la justicia que obró. ¿Acaso es mi voluntad la muerte del impío, dice el Señor Dios y no el que se convierta de sus caminos, y viva? Mas, si el justo se apartare de su justicia, y obrare la iniquidad, conforme a todas las abominaciones que suele cometer el impío, ¿vivirá por ventura? Todas las justicias, que él realizó, serán olvidadas: morirá en la prevaricación, con que hubiere prevaricado, y en el pecado en que hubiere incurrido. Y dijisteis: No es justo el camino del Señor. Oíd, pues, casa de Israel: ¿Acaso no es justo mi camino o, más bien, no son vuestros caminos los que son depravados? Porque, si el justo se apartare de su justicia, y obrare la iniquidad, morirá en ella: morirá en la injusticia que hubiere cometido. Y, si el impío se convirtiere de la impiedad que cometió, y obrare juicio y justicia, vivificará su alma. Porque si entrare dentro de sí, y se apartare de todas las iniquidades que obró, vivirá de veras, y no morirá, dice el Señor omnipotente.

RECONCILIACIÓN DE LOS PECADORES. — Echemos una mirada a los penitentes públicos que la Igle-

sia se dispone a admitir pronto de nuevo a la participación de los Misterios. Pero han menester ser reconciliados con Dios a quien han ofendido. Su alma está muerta por el pecado; ¿podrá por ventura revivir? Sí, el Señor lo asegura; y la lectura del profeta Ezequiel que ayer empezó para los catecúmenos, la prosigue hoy a favor de los penitentes públicos. "Que el impío, dice el Señor, haga penitencia de todos los pecados que ha cometido; que guarde en adelante mis mandamientos; vivirá seguramente y no morirá." No obstante, eso, sus iniquidades saltan a la vista y vocean contra él, su voz se eleva al cielo y provoca venganza eterna. Así es, en verdad; pero el Señor que todo lo sabe y que nada olvida nos declara que *no se acordará más* de la maldad satisfecha por la penitencia. Y tal es la ternura de su corazón paternal que quiere olvidar la afrenta recibida de un hijo, si ese hijo vuelve sinceramente al sendero de su deber. Así pues, nuestros penitentes serán reconciliados y el día de la Resurrección del Salvador se mezclarán con los justos, porque el Señor no guardará memoria de sus desmanes; serán ellos también hechos justos. Remontándonos con el pensamiento al curso de los siglos nos hallamos de manos a boca con el espléndido espectáculo de la penitencia pública de que la Liturgia, que no cambia, ha conservado hoy los rasgos. En nuestros días no son ya separados los pecadores de los demás fieles,

no se les cierra tampoco la puerta de la iglesia, asisten a menudo cabe los santos altares entreverados con los justos y cuando sobre ellos desciende el perdón no lo nota la asamblea de los fieles por ritos especiales y solemnes. Admiremos la divina misericordia y aprovechemos la indulgencia de nuestra madre la Santa Iglesia. A cualquier hora y sin aparato la oveja descarriada puede volver al redil; aproveche, pues, la condescendencia que es objeto y en adelante no abandone al Pastor que tuvo a bien recogerla de nuevo. Por lo que al justo atañe no se engría en vana complacencia comparándose con la pobre oveja perdida; medite estas palabras: "Si el justo se apartare de la justicia, si obrare la iniquidad, todas las obras de justicia que había realizado serán olvidadas." Temblemos, pues, por nosotros y compadezcamos a los pecadores. La oración de los fieles por los pecadores durante la cuaresma es uno de los grandes medios con que la Iglesia cuenta para lograr su reconciliación.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo era la fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y está en Jerusalén la piscina probática (de las ovejas), que se llama en hebreo Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. En éstos se hacinaba una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos y tullidos, que esperaban el movimiento del agua. Porque el Angel del Señor descendía de cuando en cuando a la piscina: y se

movía el agua. Y, el que primero bajaba a la piscina, después del movimiento del agua, sanaba de cualquier enfermedad que tuviera. Y estaba allí un hombre, que hacía treinta y ocho años que se hallaba enfermo. Cuando Jesús vió a este postrado, y supo el tiempo que llevaba enfermo, le dijo: ¿Quieres sanar? Respondió el enfermo: Señor, no tengo quien me meta en la piscina después del movimiento del agua: cuando llego yo, ya ha descendido otro antes de mí. Dícele Jesús: Levántate, toma tu camilla, y anda. Y al punto sanó aquel hombre: y tomó su camilla, y anduvo. Y era sábado aquel día. Por eso decían los judíos al que había sido curado: Es sábado, y no puedes tomar tu camilla. Les respondió él: El que me sanó me dijo: Toma tu camilla, y anda. Le preguntaron entonces: ¿Quién es ese hombre que te dijo: Toma tu camilla, y anda? Pero el que había sido curado ignoraba quién fuese. Porque Jesús se había retirado del tropel agrupado en aquel sitio. Después le encontró Jesús en el templo, y le dijo: Mira, ya estás sano: no vuelvas a pecar, para que no te suceda algo peor. Marchó aquel hombre, y dijo a los judíos que, quien le había sanado, era Jesús.

El sacramento de la penitencia. — Volvamos a tratar de los penitentes en la antigüedad; el asunto será fácil a los penitentes de ahora y a nosotros mismos. Acabamos de ver por el profeta la predisposición del Señor a perdonar al pecador arrepentido. Pero ¿cómo será aplicado este perdón? ¿quién pronunciará la sentencia de absolución? El Evangelio de hoy nos lo indica. Ese desventurado paralítico de treinta y ocho años es figura del pecador empedernido; es, no obstante, curado y hele aquí que anda. ¿Qué ha

ocurrido? Por de pronto escuchémosle: "Señor, dice, no tengo hombre que me sumerja en la piscina." El agua de esta piscina le hubiera sanado pero había menester un hombre que le introdujera en ella. El Hijo de Dios será ese hombre, y cabalmente, porque se hizo hombre, somos salvos. Como hombre ha recibido el poder de perdonar los pecados y antes de subir al cielo dice a otros hombres: "A quienes perdonareis los pecados, perdonados les serán." Serán, pues, reconciliados con Dios nuestros penitentes en virtud de ese perdón sobrenatural; y el paralítico que levantó fácilmente su camilla y la llevó a la espalda como trofeo de su curación es figura del pecador a quien la Iglesia de Jesucristo en virtud del poder divino de las llaves ha perdonado sus pecados.

En el siglo III del cristianismo Novaciano hereje osó enseñar que la Iglesia no tenía poder para perdonar los pecados cometidos después del bautismo. Este error fué proscrito por los concilios y santos doctores; y para mostrar a los ojos de los fieles el poder que el Hijo del hombre ha recibido para purificar toda el alma penitente pintaron en los sitios en que se congregaban los cristianos al paralítico de nuestro Evangelio yendo libre y desembarazado con la camilla a cuestas. Se halla con frecuencia esta imagen en las Catacumbas de Roma contemporáneas de la época de los mártires. Vemos clara en estos monu-

mentos la intención que ha tenido la Iglesia con la lectura de este Evangelio, señalado desde hace tantos siglos para el presente día.

El agua del Bautismo. — El agua de la piscina Probática, es también un símbolo; destinado por el contrario a la instrucción de los catecúmenos: Por el agua habían de ser curados, y por agua divinamente fecundada de lo alto. Este milagro con que Dios favorecía aún a la Sinagoga, curaba entre los judíos solamente el cuerpo y a un solo hombre y a raros intervalos. Pero después que el Angel del gran Consejo bajó del cielo y santificó el agua del Jordán, la piscina se halla por doquier y a cada instante su agua sana las almas desde el niño recién nacido hasta el viejo decrépito. El hombre es el ministro de esta gracia, pero es el Hijo de Dios hecho hijo del hombre quien la opera. Digamos algo también de los enfermos que el Evangelio nos representa juntos en espera de curación. Es imagen de la sociedad cristiana de nuestros días. Hay *lánguidos*, hombres tibios que jamás rompen francamente las amarras del mal; *ciegos* en que el ojo del alma está muerto; *cojos* cuyo andar por la senda de la salvación es vacilante; hay enfermos *cuyos miembros están atrofiados*, impotentes para todo género de bien; aguardan el instante propicio: Jesús se va a acercar a ellos; les va a preguntar como al paralítico: "¿queréis

ser sanos"? ¡Pregunta enchida de caridad divina! Contesten, pues, con amor y confianza y serán curados.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Oyenos, oh Dios misericordioso, y muestra a nuestras mentes la luz de tu divina gracia. Por el Señor.

SABADO

DE LAS TEMPORAS DE CUARESMA

Se celebra la Estación en la Basílica de San Pedro del Vaticano, donde el pueblo se congregaba por la tarde para asistir a la ordenación de los sacerdotes y ministros sagrados. Apellidábase este día *Sábado de las doce lecciones* porque se leían doce pasos de las Sagradas Escrituras como el Sábado Santo [1]. La Misa en que tenía lugar la ordenación se celebraba en la noche, ya empezado el domingo. Posteriormente se anticipó al Sábado esta misa de la ordenación; mas en recuerdo del uso antiguo no se señaló al Domingo otro Evangelio que el que hoy se lee el sábado, de donde resulta la repetición del mismo en ambos días seguidos. Ya hemos observado la misma particularidad el Sábado de las

---

[1] El Papa Gelasio (492-496) organizó la liturgia del sábado de las Témporas y fijó en este día las ordenaciones.

Témporas de Adviento, porque la Misa de la ordenación se adelantó asimismo ese día.

COLECTA

Doblemos las rodillas. ℟. Levantaos.

Suplicámoste, Señor, mires propicio a tu pueblo y apartes clemente de él los castigos de tu ira. Por el Señor.

LECCION

Lección del libro Deuteronomio.

En aquellos días habló Moisés al pueblo, diciendo: Cuando hubiéres dado el diezmo de todos tus frutos, dirás en presencia del Señor, tu Dios: He tomado de mi casa lo que fué santificado, y lo he dado al levita, y al peregrino, y al huérfano, y a la viuda, como me lo has ordenado: no he despreciado tus mandatos, ni me he olvidado de tu imperio. He obedecido la voz del Señor, mi Dios, y lo he ejecutado todo según me lo mandaste. Mira desde tu santuario, y desde la excelsa morada de los cielos, y bendice a Israel, tu pueblo, y la tierra que nos has dado, como se lo juraste a nuestros padres, la tierra que mana leche y miel. Hoy te ordenó el Señor, tu Dios, que ejecutases estos mandatos y juicios, y que los guardases y cumplieses con todo tu corazón, y con toda tu alma. Hoy elegiste al Señor, para que fuese tu Dios y para seguir sus caminos, y para guardar sus ceremonias y sus mandatos y juicios, y para obedecer su imperio. Y el Señor te eligió hoy, para que fueses su pueblo escogido, como te lo dijo, y para que observases todos sus preceptos y para hacerte más excelso que todas las gentes que creó, para alabanza, y renombre, y gloria suya: para que fueses el pueblo santo del Señor, tu Dios, como El lo dijo.

OBEDIENCIA A LAS LEYES DE LA IGLESIA. — Nos enseña el Señor en este paso de Moisés que una nación fiel en guardar todas las proposiciones del servicio divino, será bendita entre todas las demás. Testigo abonado es la historia para confirmar la verdad de este oráculo. De cuantas naciones han perecido no hay una sola que no lo haya merecido por haber olvidado la ley de Dios; y así debe suceder. Aguarda a veces el Señor antes de descargar el golpe, pero es para que el castigo sea más solemne y ejemplar. ¿Queremos darnos cuenta de la firmeza de los destinos de un pueblo? Paremos mientes en su grado de fidelidad a las leyes de la Iglesia. Si su derecho público se asienta en los principios e instituciones del cristianismo, esa nación podrá abrigar algunos gérmenes de enfermedad, pero su temperamento es robusto; la agitarán las revoluciones pero sin disolverla. Si la masa de los ciudadanos es fiel en la observancia de los preceptos exteriores, si guarda por ejemplo el día del Señor, las prescripciones de la Cuaresma, hay en esto un fondo de moralidad que preservará a dicho pueblo de los peligros de la ruina. Tal vez los economistas vean en esto una superstición pueril y tradicional, útil sólo para mantenerla al margen de todo progreso; no importa. Dejad que esa nación hasta la fecha dócil y fiel a los mandatos divinos, tenga la desgracia de dar oídos a esas soberbias y necias teorías; no pasará un si-

glo sin tener que deplorar que, emancipándose de la ley de Cristo, baje el nivel de la moral pública y privada y sus destinos comiencen a bambolearse. Puede el hombre decir, puede escribir lo que quiera; Dios quiere ser servido y honrado por su pueblo y quiere El mismo dar sus normas de servicio y adoración. Todo atentado contra el culto exterior, que es el verdadero nexo social, recaerá con la mole de su peso sobre el edificio de los intereses humanos. Y aunque la palabra del Señor no estuviera en ello empeñada es de extricta justicia que así sea.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo tomó Jesús a Pedro, y a Santiago, y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un elevado monte: y se transfiguró ante ellos. Y resplandeció su cara como el sol: y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con El. Y, respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, es bueno estarnos aquí. Si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías. Aun hablaba él, cuando una nube lúcida les envolvió. Y he aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi amado Hijo, en el que me he complacido bien: oídle a El. Y, al oírlo los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y temieron mucho. Y se acercó Jesús, y les tocó, y les dijo: Levantaos, y no temáis. Y, alzando sus ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús. Y, al descender ellos del monte, les ordenó Jesús, diciendo: A nadie diréis esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

DIGNIDAD DEL SACERDOCIO. — Esta lectura del Evangelio que mañana oiremos también, va hoy destinada a autorizar la ordenación; los antiguos liturgistas, tras el sabio abad Ruperto, nos dan la clave. Quiere la Iglesia llamarnos la atención sobre la dignidad con que acaban de ser agraciados los sacerdotes que hoy han recibido la unción sagrada. Están representados en los tres apóstoles que Jesús lleva consigo al monte para contemplar su gloria. Pedro, Santiago y Juan solos suben al Tabor. Contarán a los demás discípulos y al mundo, cuando llegue la hora oportuna, el espectáculo de que han sido testigos y cómo el Padre ha proclamado la grandeza y divinidad del Hijo del hombre. "Oímos nosotros esta voz del cielo, dice San Pedro, cuando estábamos con él en la montaña santa. Decía: Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias, escuchadle"[1]. Del mismo modo estos nuevos sacerdotes que acaban de ser consagrados a vuestra vista y por los cuales habéis ofrecido vuestros ayunos y plegarias entrarán en la nube donde reside el Señor. Sacrificarán la víctima de vuestra salvación en el silencio del Canon de la Misa. Dios bajará por vosotros entre sus manos; y sin dejar de ser mortales y pecadores como vosotros estarán cada día en comunicación con la divinidad. El perdón

---

[1] *II Ped.*, I, 17-18.

que esperáis de Dios en este tiempo de reconciliación pasará por sus manos, su sobrehumano poder irá a buscarle a favor vuestro hasta el cielo. De este modo acarreó Dios el remedio a nuestro orgullo. La serpiente nos dijo al principio de los tiempos: "Comed esta fruta y seréis como dioses." Tuvimos la desdicha de asentir a tan pérfida sugestión y el fruto de nuestra prevaricación fué la muerte. Dios, empero, quería salvarnos; pero para humillar nuestras pretensiones nos hace efectiva la salvación por intermedio de hombres. Su Hijo eterno se hizo hombre y ha dejado tras sí otros hombres a quienes dijo: "Como mi Padre me envió así os envío"[1]. Honremos, pues, a Dios en esos hombres que hoy han sido objeto de tal distinción y entendamos bien que el respeto al sacerdocio es parte integrante de la religión de Jesucristo.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Confirme, oh Dios, a tus fieles la anhelada bendición, la cual haga que nunca discrepen de tu voluntad y siempre se feliciten de tus beneficios. Por el Señor.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

La transfiguración. — Propone hoy la Santa Madre Iglesia a nuestra consideración un asunto

[1] *Joa.*, XX, 21.

de capital importancia para el tiempo en que estamos. La lección que el Salvador dió un día a tres de sus Apóstoles, nos la aplica a nosotros en este segundo Domingo de la Santa Cuaresma. Esforcémonos por estar más atentos que estuvieron los tres discípulos del Evangelio de hoy cuando su maestro se dignó preferirles a los demás para honrarlos con favor tan señalado.

LA CONDESCENDENCIA DE JESÚS. —Preparábase Jesús a pasar de Galilea a Judea para ir a Jerusalén donde debía hallarse en la fiesta de la Pascua. Era esta la última Pascua que iba a comenzar con la inmolación del cordero figurativo y acabarse con el sacrificio del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Jesús no debía ser ya desconocido a sus discípulos. Sus obras habían dado testimonio de él a los ojos de los mismos extraños; su palabra de tan calificada autoridad, su bondad tan atractiva, su paciencia en sufrir la grosería de los hombres que se había escogido por compañeros; todo debió contribuir a unírseles a él hasta la muerte. Habían oído a Pedro, uno de ellos, declarar por inspiración divina que era Jesús el Cristo, el Hijo de Dios vivo [1]; la prueba, sin embargo, que se les venía encima iba a ser tan espantosa, dada su flaqueza, que Jesús quiso antes de someterles a ella pro-

[1] *Mat.*, XVI, 16.

curarles un último socorro para armarles contra la tentación.

El escándalo de la Cruz. — No sólo para la Sinagoga, desgraciadamente, iba a ser la Cruz motivo de escándalo[1]; Jesús en la última Cena decía delante de sus apóstoles reunidos en torno suyo: "Todos os escandalizaréis esta noche por mi causa"[2]. ¡Qué prueba cruel para hombres carnales como ellos el verle arrastrado y cargado de cadenas por mano de soldados, conducido de un tribunal a otro, sin pensar en defenderse; el ver salir adelante aquella conspiración de pontífices y fariseos tan frecuentemente confundidos por la cordura de Jesús y el brillo de sus milagros; ver al pueblo que poco antes gritaba *Hosanna,* reclamar apasionadamente su muerte; verle finalmente expirar en patíbulo infame entre dos ladrones y servir de trofeo a los odios reconcentrados de sus enemigos!

¿No se desalentarán a la vista de tantas humillaciones y sufrimientos esos hombres que desde hace tres años siguen sus pasos? ¿Se acordarán de cuanto han visto y oído? ¿El pavor y cobardía no paralizarán sus almas el día en que se cumplan las profecías que les hizo sobre su persona? Jesús, no obstante quiere ensayar un último esfuerzo en tres de ellos que le son espe-

[1] *I Cor.,* I, 23.
[2] *Mat.,* XXVI, 31.

cialmente queridos: Pedro, a quien ha hecho fundamento de su futura Iglesia, Santiago, *el hijo del trueno,* que será el primer mártir en el colegio apostólico, y Juan su hermano, que es llamado el discípulo amado. Jesús quiere tomarlos aparte y mostrarles por unos instantes el esplendor de la gloria que oculta a los ojos de los mortales hasta el día de la manifestación.

LA TRANSFIGURACIÓN. — Deja, pues, a los otros discípulos en la llanura cerca de Nazareth, y se dirige con los tres escogidos hacia una alta montaña llamada Tabor, que se encadena a las estribaciones del Líbano de que el salmista nos dice que debía *exultar al nombre del Señor* [1]. Apenas llega Jesús a la cima de esta montaña, de repente desaparece su mortal aspecto a los ojos maravillados de los tres Apóstoles; su cara resplandece como el sol, sus vestidos brillan con la blancura deslumbrante de la nieve. Dos personajes inesperados están allí ante los Apóstoles y platican con su Maestro sobre los sufrimientos que le esperan en Jerusalén. Son Moisés, el legislador, coronado de rayos y Elías el profeta arrebatado en un carro de fuego, sin pasar por la muerte. Estos dos grandes potentados de la religión mosaica—la Ley y la Profecía—se inclinan humildemente delante de Jesús de Nazareth.

---

[1] *Ps.*, LXXXVIII, 13.

Y no sólo los ojos de los tres apóstoles son iluminados del resplandor que rodea a su Maestro y sale de El, sino que sus corazones se ven sobrecogidos de vivo sentimiento de felicidad que les encadena a la tierra. Pedro no quiere ya bajar de la montaña; con Jesús, con Moisés y Elías quiere sentar allí sus reales. Y para que nada faltara a esta escena en que las grandezas de la humanidad de Jesús se manifiestan a los apóstoles, el testimonio del Padre celestial sale de una nube luminosa que acaba de cubrir la cima del Tabor, y oyen proclamar a Dios que Jesús es su hijo eterno.

Este instante de gloria para el Hijo del hombre duró poco; su misión de sufrimientos y humillaciones le llamaba a Jerusalén. Retiró, pues, dentro de sí ese resplandor sobrenatural; y cuando volvió en sí a los apóstoles a quienes la voz del Padre había dejado como anonadados, ya no vieron más que a su Maestro. La nube luminosa desde la que había resonado la palabra de Dios se había desvanecido. Moisés y Elías habían desaparecido. ¿Recordarán siquiera lo que vieron y oyeron esos hombres honrados con tan insigne favor? ¿Quedará en adelante impresa en su memoria la divinidad de Jesús? Cuando llegue la hora de la prueba, ¿no desconfiarán, por ventura, de su divina misión? ¿No se escandalizarán de su humillación voluntaria? Los relatos evangélicos que siguen nos contestarán.

La agonía de Getsemaní. — Poco tiempo después, habiendo celebrado con ellos su última Cena, guía Jesús a sus discípulos a otra montaña, la de los Olivos al este de Jerusalén; deja a la entrada de un jardín a la mayoría de ellos, y tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan se adentra en aquel lugar solitario; "triste está mi alma hasta la muerte, les dice, quedaos aquí, velad conmigo un poco"[1]. Y se aleja a cierta distancia para rogar a su Padre. Sabemos qué inmenso dolor oprimía entonces el corazón del Redentor. Cuando vuelve hacia sus tres discípulos la agonía ha pasado por él; un sudor de sangre ha empapado sus vestiduras. En medio de crisis tan atroz ¿velan al menos entonces ardorosos en espera del instante en que han de sacrificarse por él? No; se han dormido; sus ojos se han vuelto abrumados de sueño. Dentro de poco todos huirán, y Pedro el más animoso jurará que no le conoce.

Lección de fe. — Más tarde los tres apóstoles testigos de la Resurrección de su Maestro retractaron su conducta con sincero arrepentimiento y reconocieron la previsora bondad con que el Salvador quiso armarles contra la tentación, haciéndose ver de ellos en su gloria tan poco tiempo antes de su Pasión. Por lo que a nosotros cristianos atañe, no aguardemos a abandonarle y traicionarle para reconocer su grande-

[1] *Mat.*, XXVI, 38.

za y divinidad. Estamos en puertas del aniversario de su sacrificio; nosotros también le vamos a ver humillado por sus enemigos y aplastado bajo el brazo de Dios. No desfallezca nuestra fe ante ese espectáculo; el oráculo de David que nos le representa semejante a *un gusano* al que se pisotea [1]; la profecía de Isaías que nos le describe como un *leproso,* como *el último de los hombres, el varón de dolores* [2], todo esto se va a cumplir a la letra. Acordémonos entonces de los resplandores del Tabor, de los homenajes de Moisés y Elías, de la nube luminosa, de la voz del Padre. Cuanto más Jesús va a anonadarse a nuestra vista más debemos ensalzarle con nuestras aclamaciones, diciendo con las milicias angélicas, con los veinte y cuatro ancianos que San Juan, uno de los testigos del Tabor, oyó en el cielo: "Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder y la divinidad, la sabiduría y la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición"[3].

El segundo domingo de Cuaresma se apellida *Reminiscere,* primera palabra del Introito de la Misa, y también se le llama domingo de la Transfiguración con ocasión del Evangelio que acabamos de explanar.

La Estación en Roma se celebra en la Iglesia de Santa María *in Dominica* en el monte Celio.

---

1 *Sal.,* XXI, 7.
2 *Isaías,* LIII, 4.
3 *Apoc.,* V, 12.

Una leyenda nos cuenta que esta basílica es la antigua Diaconía habitada por San Ciriaco donde San Lorenzo distribuía las limosnas de la Iglesia.

MISA

La Iglesia nos espolea en el Introito a la confianza en la misericordia de Dios que nos librará de nuestros enemigos, si le invocamos de corazón. Ansiamos alcanzar dos beneficios de él en la Cuaresma: El perdón de nuestros pecados y su protección para no volver a caer en ellos.

INTROITO

Acuérdate, Señor, de tus piedades y de tu misericordia, que son eternas: para que nunca nos dominen nuestros enemigos: líbranos, oh Dios de Israel, de todas nuestras angustias. — *Salmo:* A ti, Señor, elevo mi alma: en ti confío, Dios mío; no sea yo avergonzado. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta pedimos por nuestras necesidades interiores y exteriores; Dios nos dará el correspondiente remedio si nuestra plegaria es humilde y sincera; estará al tanto de nuestros menesteres corporales y defenderá nuestras almas contra las sugestiones del enemigo que pretende profanar hasta nuestros pensamientos.

COLECTA

Oh Dios, que nos ves destituídos de toda fuerza: guárdanos interior y exteriormente; para que seamos

protegidos contra toda adversidad en el cuerpo, y seamos purificados de los malos pensamientos en la mente. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Tesalonicenses.

Hermanos: Os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús a que, habiendo aprendido de nosotros la manera cómo debéis caminar y agradar a Dios, caminéis de modo que siempre progreséis más y más. Porque ya sabéis qué mandamientos os dimos de parte del Señor Jesús. Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación: que cada uno de vosotros sepa conservar su vaso con santificación y honor, y no con afecto de concupiscencia, como los gentiles que ignoran a Dios: que ninguno oprima, ni engañe a su hermano porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os lo hemos dicho y atestiguado. Porque no nos ha llamado Dios a la inmundicia, sino a la santificación, en Jesucristo, Nuestro Señor.

LA SANTIDAD DEL CRISTIANO. — Insiste el Apóstol en este paso sobre la santidad de costumbres que debe brillar en el cristiano; y la Iglesia que nos propone estas palabras exhorta a los fieles a aprovechar el tiempo en que estamos para restaurar en ellos la imagen de Dios en la que fueron renovados por la gracia bautismal. El cristiano es un vaso de honor, preparado y embellecido por la mano de Dios; guárdese, pues, de la ignominia que le degradaría y haría digno de ser quebrado y arrojado al muladar con las inmundicias. Gloria es del cristianismo el haber

hecho partícipe al cuerpo de la santidad del alma; no obstante nos advierte su doctrina celestial, que esta santidad del alma se empaña y pierde por la sordidez del cuerpo. Restauremos, pues, en nosotros al hombre entero con la ayuda de la práctica de esta santa Cuaresma. Purifiquemos nuestras almas por la confesión de los pecados, por la compunción del corazón, el amor al Señor misericordioso, y rehabilitemos nuestro cuerpo haciéndole llevar el yugo de la expiación a fin de que en adelante sea servidor del alma y su dócil instrumento, hasta que, posesionándose esta de la felicidad sin fin y sin medida, vierta sobre aquel la sobreabundancia de delicias en que se verá felizmente anegada.

En el Gradual, el hombre, a la vista de los peligros que le asedian, clama al Señor su sólo amparo, que puede hacerle triunfar del enemigo casero cuyos insultos frecuentemente soporta.

El Tracto es un cántico inspirado por la confianza en la divina misericordia, y al propio tiempo una petición que dirige la Iglesia a su Esposo en favor del pueblo fiel a quien se dignará visitar y salvar con la gran festividad todavía lejana pero a la que nos acercamos, sin embargo, cada día.

GRADUAL

Se han multiplicado las tribulaciones de mi corazón: líbrame, Señor, de mis necesidades. ℣. Mira mi humildad y mi trabajo: y perdona todos mis pecados.

TRACTO

Alabad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es eterna. ℣. ¿Quién expresará las maravillas del Señor, y quién contará sus alabanzas? ℣. Bienaventurados los que guardan la ley, y practican la justicia en todo tiempo. ℣. Acuérdate de nosotros, Señor, según tu benevolencia para con tu pueblo: visítanos con tu salud.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo tomó Jesús a Pedro, y a Santiago, y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un elevado monte: y se transfiguró ante ellos. Y resplandeció su cara como el sol: y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con El. Y, respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, es bueno estarnos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías. Aun hablaba él, cuando una nube lúcida les envolvió. Y he aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi amado Hijo, en el que me he complacido bien: oídle a El. Y, al oírlo los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y temieron mucho. Y se acercó Jesús, y les tocó, y les dijo: Levantaos, y no temáis. Y, alzando sus ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús. Y, al descender ellos del monte, les ordenó Jesús, diciendo: A nadie diréis esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. — *Credo.*

BONDAD DE JESÚS Y FLAQUEZA DE LOS APÓSTOLES. — De este modo acudía Jesús en ayuda de sus Apóstoles en vísperas de la prueba, y quería estampar profundamente su imagen gloriosa en sus almas, previendo el día en que el ojo carnal

no vería en él más que flaqueza e ignominia. ¡Oh previsión de la gracia divina, que jamás falta al hombre y que justifica siempre la bondad y justicia de Dios! Hemos pecado como los Apóstoles, y como ellos hemos desaprovechado la ayuda que el cielo nos deparaba, hemos cerrado voluntariamente los ojos a la luz y olvidado el resplandor que nos había antes extasiado, y hemos caído de bruces. No hemos, pues, sido atentados por encima de nuestras fuerzas y nuestros pecados nos son en verdad cosa propia. Los tres apóstoles se vieron expuestos a tentación violenta el día en que su Maestro pareció haber perdido toda su grandeza, les era, no obstante, fácil fortalecerse con un recuerdo glorioso y reciente. Olvidados de esto se entregaron al desaliento, y no pensaron en reanimar su fortaleza con la oración; y los testigos afortunados del Tabor se mostraron cobardes y desleales en el Huerto de los Olivos. No les quedó más remedio que echar mano a la clemencia cuando triunfó de sus despreciables enemigos; y lograron el perdón del corazón generoso de su Maestro.

CONFIANZA EN LA MISERICORDIA DIVINA. — Nosotros también acudimos a implorar esa misericordia sin tasa. Hemos abusado de la divina gracia; la hicimos estéril por nuestra deslealtad. La fuente de esa gracia, fruto de la sangre y de la muerte del Redentor, no se ha agotado para nosotros, mientras vivimos en este suelo; estemos

dispuestos cada día a acudir a su refrigerio. Nos solicita a la enmienda de nuestra vida, y desciende abundosa a nuestras almas en el tiempo en que nos hallamos; mana abundantemente de los santos ejercicios de Cuaresma. Subamos al monte con Jesús; en esas alturas no se oye ya la baraunda de la tierra. Fijemos allí nuestra tienda durante cuarenta días en compañía de Moisés y Elías, quienes como nosotros y antes que nosotros santificaron ese número con sus ayunos; y cuando el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos, publicaremos los favores con que se dignó agraciarnos en el Tabor.

Exhórtanos la Iglesia en el ofertorio a meditar los divinos mandamientos. ¡Ojalá nos sea dado amarlos como los amó el profeta rey cuyas palabras relatamos!

OFERTORIO

Meditaré en tus mandamientos que mucho amo: y elevaré mis manos a tus preceptos, que mucho estimo.

Saquemos de la asistencia a la Misa, al soberano Sacrificio, la entrañable devoción cuya fuente inagotable es, conforme lo pide a favor nuestro la Iglesia en la Secreta. Esta hostia que pronto va a ofrecerse es la prenda y pago de nuestra salvación; merced a ella nuestros corazones fielmente preparados alcanzarán lo que puede aún faltarles para reconciliarse con el Señor.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires aplacado los presentes sacrificios: para que aprovechen a nuestra devoción y salud. Por el Señor.

A la vista de aquel que es su Salvador y su Juez, presente en este inefable misterio, el alma penitente exclama quejumbrosa con ardor y confianza. Eso intentan las palabras del salmista que constituyen la antífona de la Comunión.

COMUNION

Escucha mi clamor: atiende a la voz de mi oración, oh Rey mío y Dios mío: porque a ti oraré, Señor.

Recomienda especialmente a Dios la Iglesia en la Poscomunión a sus hijos que acaban de participar de la víctima que se ha inmolado. Jesús les ha sustentado con su propia carne; justo es le honre con la renovación de su vida.

POSCOMUNION

Suplicámoste humildemente, oh Dios omnipotente, hagas que, los que tú alimentas con tus sacramentos, te sirvan también con buenas costumbres. Por el Señor.

LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de San Clemente Papa. Es el templo que entre todas las

Iglesias de Roma ha conservado mejor la antigua disposición de las primeras basílicas cristianas. Bajo su altar descansa el cuerpo del santo Patrono con los restos de San Ignacio de Antioquía y del cónsul San Flavio Clemente.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que tu familia, que, afligiendo su carne, se abstiene de alimentos, siguiendo la justicia, ayune también de pecado. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días oró Daniel al Señor, diciendo: Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto con mano fuerte, y adquiriste el renombre que ahora tienes: hemos pecado, hemos cometido iniquidad contra toda tu justicia, Señor: apártese, te lo suplico, tu ira, y tu furor, de Jerusalén, tu ciudad, y de tu santo monte. Porque, por nuestros pecados, y por las iniquidades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo se han convertido en oprobio de todos los que viven en torno nuestro. Ahora, pues, escucha, oh Dios nuestro, la oración de tu siervo, y sus ruegos: y, por ti mismo, muestra tu rostro sobre tu santuario, que está desierto. Inclina, Dios mío tu oído, y oye: abre tus ojos, y mira nuestra desolación, y la ciudad sobre la cual ha sido invocado tu nombre: porque no derramamos nuestros ruegos ante tu acatamiento fiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; aplácate, Señor: atiende y haz; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío: porque tu nombre ha sido invocado sobre la ciudad, y sobre tu pueblo, Señor, Dios nuestro.

CASTIGO DEL PUEBLO JUDÍO. — Esta súplica que Daniel dirigía a Dios desde su cautiverio de Babilonia, fué atendida, y después de setenta años de destierro volvió a ver Israel su patria, reconstruyó el templo del Señor y reanudó el curso de sus destinos. Mas he aquí que todavía hoy después de diez y nueve siglos, estas palabras del profeta no son más que una descripción vaga de la nueva desolación que abruma a Israel. El furor de Dios planea sobre Jerusalén; hasta las mismas ruinas del templo han desaparecido, el pueblo sigue viviendo dispersado sobre la haz de la tierra y hecho espectáculo de las naciones. Una maldición pesa sobre él; anda errante como Caín; mas Dios vela para que jamás sea aniquilado. Problema terrible de la ciencia racionalista, pero a los ojos del cristiano castigo visible y continuo del más grande de los crímenes. Tal es la explicación de este fenómeno: "la luz ha brillado en medio de las tinieblas y las tinieblas no la entendieron"[1]. Si las tinieblas la hubieran aceptado, hoy no serían ya tinieblas; pero no fué así; Israel mereció su abandono. Algunos de sus hijos han reconocido al Justo, y han llegado a ser hijos de la luz, y precisamente ellos son el más claro testigo de la luz en el mundo entero. ¿Cuándo abrirá los ojos el resto de Israel? ¿Cuándo consentirá ese pueblo dirigir al Señor la ora-

---

[1] *Joa.*, I, 5.

ción de Daniel? La posee, la lee a menudo, pero no penetra en su corazón cerrado por el orgullo. Nosotros, los últimos vástagos de la familia roguemos por nuestros hermanos mayores. Algunos de entre ellos se separan cada año de la masa maldita; se llegan a pedir a Jesús les admita en la nueva Jerusalén: ¡Bendita sea su llegada! Y, dígnese el Señor en su bondad hacer que su número se acreciente más y más a fin de que toda criatura humana adore en todo lugar al Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob con su Hijo Jesucristo a quien El envió.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Donde yo voy, vosotros no podéis ir. Dijeron entonces los judíos: ¿Acaso se suicidará? Porque ha dicho: Donde yo voy, vosotros no podéis ir. Y díjoles: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados: porque, si no creyereis lo que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Díjeronle ellos: ¿Tú quién eres? Díjoles Jesús: El Principio, y el mismo que os estoy hablando. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros. Pero, el que me envió, es veraz: y yo, lo que oí de El, eso hablo en el mundo. Y no conocieron que llamaba Padre suyo a Dios: Díjoles, pues, Jesús: Cuando levantéis al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo, y que nada hago por mí mismo, sino que, lo que me enseñó mi Padre, eso hablo: y,

el que me envió, está conmigo, y no me dejó solo: porque yo hago siempre lo que a El le place.

CRISTO SE ALEJA DE LOS JUDÍOS. — *Me voy;* terrible palabra; Jesús vino a salvar a ese pueblo y no reparó en medios para probarle que le amaba. Días atrás vimos que rechazaba a la Cananea y decía no había venido más que para las ovejas extraviadas de la casa de Israel; y estas ovejas perdidas desconocen su pastor. Advierte a los judíos que pronto se va a retirar y no podrán seguirle adonde va; y esta palabra no les dice nada. Sus obras atestiguan que ha bajado del cielo, pero ellos sólo sueñan en la tierra; cifran todas sus esperanzas en un Mesías terrestre y glorioso como un Conquistador. En valde pasa Jesús por entre ellos obrando el bien [1]; en vano se somete la naturaleza a sus leyes, en vano su sabiduría y doctrina sobrepujan a cuanto los hombres han oído de sublime y bello; Israel está sordo y ciego. Las pasiones más feroces penetran en sus corazones; no se saciarán sino el día en que la Sinagoga pueda lavar sus manos en la sangre del Justo. Pero en ese día se colmará la medida y la cólera divina ejercerá ejemplar venganza, cuyo eco resonará a través de todos los siglos. Tiembla uno de espanto pensando en los horrores del sitio de Jerusalén, en el esterminio de la ciudad y del pueblo que pidió a gritos la muerte de Jesús. El Salvador mismo nos advierte que desde el prin-

[1] *Act.*, X, 38.

cipio del mundo no se ha visto ni el correr de los siglos venideros hará ver tan espeluznante desastre. Paciente es Dios, aguarda longánimo, pero cuando estalla su furor largo tiempo contenido, arrastra todo por delante y los monumentos de sus venganzas son el espanto de las generaciones sucesivas.

...Y DE LOS PECADORES: — Oh pecadores que hasta la fecha no habéis parado mientes en las admoniciones de la Iglesia, que no habéis pensado todavía en convertir vuestro corazón al Señor vuestro Dios, temblad ante esta palabra: *Me voy*. Si esta Cuaresma se desliza como las otras, sin haberos convertido tened por cierto que os atañe esta amenaza: *moriréis en vuestro pecado*. ¿Querréis pedir también vosotros dentro de unos días la muerte del Justo? ¿Gritaréis también: *Sea crucificado?* ¡Cuidado! Aplastó a todo un pueblo, pueblo al que colmara de favores, pueblo al que mil veces había protegido y salvado; no os ilusionéis que os dará a vosotros largas. Es menester que Cristo triunfe, si no por la misericordia triunfará por la justicia.

¡Humillad vuestras cabezas a Dios!

ORACION

Escucha nuestras súplicas, oh Dios omnipotente: y, a los que haces confiar en tu prometida piedad, dales benigno el premio de tu acostumbrada misericordia. Por el Señor.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

Se celebra la Estación en la Iglesia de Santa Balbina.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, completes benigno en nosotros el auxilio de la santa observancia: para que, lo que, con tu gracia, hemos visto que debíamos obrar, lo hagamos con tu ayuda. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días habló el Señor a Elías Tesbita, diciendo: Levántate, y vete a Sarepta, la de los sidonios, y allí permanecerás: porque he mandado allí a una mujer viuda que te alimente. Se levantó, y se fué a Sarepta. Y, cuando llegó a la puerta de la ciudad, se encontró con una mujer viuda, que recogía leña, y la llamó y le dijo: Dame en un vaso un poco de agua, para que beba. Y, cuando ella iba a traérsela, gritó detrás de ella, diciendo: tráeme también, te lo suplico, un bocadillo de pan en tu mano. Ella respondió: Vive el Señor, tu Dios, que no tengo más pan que un puñado de harina en la orza, y un poco de aceite en la alcuza: heme aquí recogiendo dos palos, para entrar y aderezarlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos muramos. A lo cual dijo Elías: No temas, sino vete, y haz como has dicho: pero hazme primero a mí un panecillo, cocido al rescoldo, y tráemelo: y después harás (otro) para ti y para tu hijo. Porque esto dice el Señor, Dios de Israel: La orza de harina no escaseará, ni la alcuza del aceite se disminuirá hasta el día en que el

Señor diere lluvia sobre la faz de la tierra. Ella se fué, e hizo como le dijo Elías: y comió él, y ella, y su casa: y desde aquel día, la orza de harina no escaseó, ni menguó la alcuza del aceite, según la palabra que el Señor había dicho por boca de Elías.

El profeta Elías. — Prosigue la instrucción de los catecúmenos con el relato de los episodios evangélicos que se van desarrollando de día en día; y continúa la Iglesia tomando del Antiguo Testamento los relatos proféticos que se realizarán en la maldición de los judíos y vocación de los gentiles. Hoy nos sale al paso Elías, el misterioso personaje que fielmente nos acompaña en la carrera cuaresmal; él pone en práctica los juicios que Dios ejercerá un día sobre su ingrato pueblo. Una sequía de tres años hizo agonizar el reino de Israel sin que añorara éste convertirse al Señor. El mismo Elías se ve obligado a buscar a alguien que quiera alimentarle. Alimentar al profeta de Dios es gran privilegio, porque Dios está con él. Este varón milagroso ¿se dirigirá por ventura a una casa cualquiera del reino de Israel? ¿Pasará a la tierra de Judá? No; se vuelve hacia la región de los gentiles y va al país de Sidón, a Sarepta, a casa de una pobre viuda y hacia esa humilde mujer desvía la bendición de Israel. El Señor mismo hace notar esta circunstancia en que tan visiblemente se significa la justicia de Dios contra los judíos y su misericordia para con nosotros. "En verdad os digo que

había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías y con todo, a ninguna de ellas fué enviado (Elías) sino a la viuda de Sarepta, en tierra de Sidón"[1].

Desolación del mundo pagano. — Esta mujer es tipo de la gentilidad llamada a la fe. Veamos, pues, las lecciones tan notables que nos ofrece esta simbólica historia. Se trata de una viuda sin apoyo, sin protección; es la gentilidad abandonada y sin que nadie la defienda contra el enemigo del linaje humano. Para el sustento de la madre y del niño no hay más que un puñado de harina y un poco de aceite; después tendrán que morir; figura de la espantable carestía de verdades que sufría el mundo pagano, cuya vida estaba a punto de extinguirse cuando fué anunciado el Evangelio. En este supremo apuro, la viuda de Sarepta recibe al Profeta con toda humildad y confianza; no duda de su palabra y ella y su hijo son salvos. Así acogió la gentilidad a los apóstoles, cuando sacudiendo ellos el polvo de sus sandalias, se vieron forzados a volver la espalda a la infiel Jerusalén.

El pan de vida. — Vemos a la viuda con dos palos de leña en las manos; esos dos trozos de leña, según el parecer de San Agustín, San Cesáreo de Arlés y San Isidoro de Sevilla, eco de la tradición primitiva cristiana son figura de la

[1] *Luc.*, IV, 25.

Cruz. Con esa leña cuece la mujer el pan que ha
de sustentarla porque de la Cruz les viene a los
gentiles el alimento y la vida por Jesucristo que
es el pan vivo. Mientras Israel sufre carestía y
sequía, la Iglesia de los gentiles no ve agotarse
en su seno ni la harina del trigo celestial ni el
aceite, símbolo de fuerza y dulzura. ¡Gloria sea
dada a Aquel *que nos ha llamado del seno de las
tinieblas a la admirable luz de la fe!*[1]. Temblemos, no obstante, a vista de las calamidades que el abuso de las gracias acarreó a todo un pueblo. Si la justicia de Dios no echó pies atrás ante la reprobación de un pueblo ¿se detendrá acaso ante nuestro endurecimiento voluntario?

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo habló Jesús a las turbas, y a sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Observad, pues, y haced todo cuanto ellos os dijeren; pero no hagáis según sus obras: porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre las espaldas de los hombres; pero ellos no quieren moverlas con su dedo. Ellos hacen todas sus obras, para ser vistos de los hombres: ensanchan sus filacterias y alargan las orlas (de su vestido). Y gustan los primeros puestos en las cenas, y las primeras cátedras en las sinagogas, y los saludos en la plaza, y el que los hombres les llamen Rabbí. Vosotros, en cambio, no queráis ser llamados Rabbí: porque uno solo es vuestro Maestro, y todos

[1] *I Pet.*, II, 9.

vosotros sois hermanos. Y no llaméis a nadie padre vuestro sobre la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el que está en los cielos. Ni os llaméis maestros; porque uno solo es vuestro Maestro: Cristo. El que sea mayor entre vosotros, será vuestro ministro. Porque, el que se ensalzare será humillado: y, el que se humillare, será ensalzado.

La Iglesia Maestra de verdad. — Los doctores de la ley están todavía sentados en la cátedra de Moisés; Jesús quiere que se escuche su enseñanza. Pero esa cátedra que es cátedra de verdad, a pesar de los que en ella están sentados, no será pronto patrimonio de Israel. Caifás profetizará aún, porque es el pontífice reinante ese año; pero la cátedra que ha vilipendiado, que ha enlodado con sus indignas pasiones, va a ser muy pronto levantada y trasladada al centro de la gentilidad. Jerusalén que negará a su divino libertador perderá sus honores y pronto Roma, centro del poderío pagano, verá levantarse dentro de sus muros esa cátedra, que cifraba la gloria de Israel desde la que se pregonaban las profecías tan visiblemente cumplidas en Jesús. Y esa cátedra no será derrocada, en adelante, a pesar de todas las furias del infierno; será siempre la esperanza segura y fiel de las naciones que de él la recibirán el testimonio indefectible de la verdad. Así, pues, la antorcha de la fe que brillaba en Jacob, ha sido transportada, pero no apagada. Gocemos de su luz y merezcamos por nuestra humildad que sus rayos lleguen siempre a nosotros.

CRISTO VERDAD. — ¿Cuál fué la causa de la perdición de Israel? Su orgullo. Se ufanó de los dones que Dios había acumulado en él; no quiso reconocer un Mesías desprovisto de toda gloria humana, se indignó al oír a Jesús afirmar que los gentiles participarían de la salvación y quiso con el más horrendo crimen ahogar la voz que le echaba en cara la dureza de su corazón. Esos individuos, en vísperas de las divinas venganzas, que por doquier se anuncian próximas, no han perdido un átomo de su arrogancia. Siempre el mismo fausto, siempre el implacable menosprecio de los pecadores. Hízose el Hijo de Dios, hijo del hombre; es nuestro maestro, y sin embargo, nos sirve él mismo; aprendamos con tal ejemplo lo que vale la humildad. Si nos dicen *Maestro,* si nos llaman *Padre,* no olvidemos que nadie es maestro, que nadie es padre sino por el Señor, nuestro Dios. El maestro digno de este nombre es aquel por cuya boca Cristo enseña; y sólo es verdaderamente padre aquel que reconoce que su autoridad paternal le viene de solo Dios; porque, como dice el Apóstol; "del Padre de nuestro Señor Jesucristo dimana toda paternidad en el cielo y en la tierra"[1].

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Acepta, Señor, nuestras súplicas, y sana la langui-

---

[1] *Eph.,* III. 14.

dez de nuestras almas: para que, obtenido el perdón, nos alegremos siempre de tu bendición. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la basílica de Santa Cecilia. Este templo fué anteriormente la casa de la ilustre Virgen y Mártir cuyo nombre conserva. El cuerpo de Santa Cecilia descansa debajo del altar mayor con los de los santos mártires Valeriano, Tiburcio, Máximo, Urbano y Lucio.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, mires propicio a tu pueblo: y, a los que mandas abstenerse de alimentos carnales. hazles cesar también en sus perniciosos vicios. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de Ester.

En aquellos días oró Mardoqueo al Señor, diciendo: Señor, Señor, Rey omnipotente, en tu poder están puestas todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad, si decretares salvar a Israel. Tú hiciste el cielo y la tierra, y todo cuanto se contiene en el ámbito del cielo. Eres el Señor de todos, y no hay quien resista a tu majestad. Y ahora, Señor, Rey, Dios de Abraham, ten piedad de tu pueblo, porque quieren perdernos nuestros enemigos, y borrar tu heredad. No desprecies tu porción, la que redimiste de Egipto. Escucha mi súplica, y sé propicio con tu suerte y tu herencia, y convierte en gozo nuestro llanto, para que, viviendo,

alabemos, Señor, tu nombre: y no cierres las bocas de los que te cantan, Señor, Dios nuestro.

La Iglesia nueva Ester. — Ese grito lanzado al cielo en favor de un pueblo condenado a perecer, representa las súplicas de los santos del Antiguo Testamento por la salvación del mundo. El género humano estaba a merced de la furia del enemigo infernal figurado en Amán. El rey de los siglos había lanzado la fatal sentencia: *Moriréis de muerte*. ¿Quién podría después revocar la sentencia? Ester se atrevió a intentarlo de Asuero y fué escuchada. María se presentó ante el trono del Altísimo; y ella por su Hijo divino aplasta la cabeza de la serpiente a la que debíamos ser entregados. La sentencia será, pues, anulada y nadie morirá sino los que quieran morir. Hoy la Iglesia, alarmada ante los peligros que corre un tan crecido número de sus hijos, que han vivido tanto tiempo en el pecado, intercede por ellos, echando mano de la oración de Mardoqueo. Suplica a su Esposo se acuerde que, en otro tiempo, los sacó de la tierra de Egipto; que han llegado a ser, por el bautismo, miembros de Jesucristo, herencia del Señor. Le conjura trueque su duelo en los goces pascuales y que no cierre por la muerte esas bocas, con frecuencia culpables, pero que sólo se abren hoy para pedir perdón y que, cuando éste se les otorgue, estallarán en cánticos de agradecimiento al divino libertador.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, al subir Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos, y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, para que le escarnezcan, y le azoten, y le crucifiquen, y al tercer día resucitará. Entonces se acercó a El la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorándole y pidiéndole algo. El le dijo: ¿Qué quieres? Díjole: Di que se sienten estos dos hijos míos, uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino. Y, respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz, que he de beber yo? Dijéronle: Podemos. Díjoles: Mi cáliz sí lo beberéis; pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío el dároslo, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre. Y, oyendo esto los diez, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús les llamó a sí, y dijo: Sabéis que los príncipes de las naciones dominan sobre sus súbditos: y, los que son mayores, ejercen sobre ellos su potestad. No ha de ser así entre vosotros: sino que, quien aspirare a ser el mayor entre vosotros, debe ser vuestro servidor. Como tampoco el Hijo del hombre vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida por la redención de muchos.

ANUNCIO DE LA PASIÓN. — Ante nosotros se presenta hoy Aquel que se ofrece generoso a apaciguar la cólera del Rey de reyes y a salvar a su pueblo de la muerte. Es el hijo de la verdadera Ester y a la vez Hijo de Dios que viene a quebrantar el orgullo de Amán en el instante

mismo en que ese pérfido cree triunfar y salirse con la suya. Se dirige a Jerusalén, porque allí ha de entablarse el gran combate. Anuncia a sus discípulos todo lo que va a suceder. Será entregado a los príncipes de los sacerdotes que le juzgarán digno de muerte; éstos le pondrán a disposición del gobernador y de los soldados romanos. Será colmado de oprobios, azotado y crucificado, pero al tercer día resucitará glorioso. Oyeron todos los Apóstoles esta profecía que Jesús les manifestó llamándoles aparte; porque el Evangelio nos atestigua que habló a los doce. Judas estaba presente y también Pedro, Santiago y Juan a quienes la Transfiguración de su Maestro en el Tabor había aleccionado mejor que a los otros acerca de la dignidad que campeaba en él. Y, sin embargo, todos le abandonaron. Judas le vendió, Pedro le negó y el terror dispersó todo el rebaño cuando el Pastor se vió a merced de la brutalidad de sus enemigos. Ninguno recordó que había anunciado su resurrección al tercer día, a no ser Judas a quien esa idea calmó cuando su innoble codicia le indujo a perpetrar la traición. Los demás sólo vieron el escándalo de la Cruz y eso bastó para que abandonasen a su Maestro. ¡Qué ejemplo para los cristianos de todos los siglos! ¡Cuán rara es la estima de la Cruz que hace la consideremos para nosotros y para los demás como el sello de la predilección divina!

Nosotros, hombres de poca fe, nos escandalizamos de las pruebas de nuestros hermanos, y nos inclinamos a creer que Dios les ha abandonado porque los aflije; hombres de menguado amor, la tribulación de este mundo nos parece un mal y miramos como rigidez de Dios lo que es para nosotros generosidad de su misericordia. Nos parecemos a la madre de los hijos de Zebedeo: necesitamos un lugar glorioso, llamativo junto al trono del Hijo de Dios y nos olvidamos de que para merecerle tenemos que beber el cáliz que El mismo bebió, el cáliz de la Pasión. Tampoco olvidemos la palabra del Apóstol: "Para gozar de la gloria de Jesús debemos participar antes en sus sufrimientos"[1]. El Justo no logró su descanso por medio de honores y placeres, el pecador no seguirá sus huellas sino por el camino de la expiación.

ORACION

Mira, Señor, propicio estas hostias que te ofrecemos: y, por estos santos comercios, rompe los vínculos de nuestros pecados. Por el Señor.

JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación tiene lugar hoy en la célebre y antigua basílica de Santa María Trans Tiberim,

---

[1] *Rom.*, VIII, 17.

la más hermosa de las iglesias marianas de Roma, después de Santa María la Mayor.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos auxilies con tu gracia: para que, entregados de lleno a los ayunos y oraciones, nos libremos de los enemigos del alma y del cuerpo. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías.

Esto dice el Señor Dios: Maldito el hombre que confía en el hombre y se apoya en brazo de carne, y aparta su corazón del Señor. Porque será como el tamarisco en el desierto, y no gozará cuando viniere el bien: sino que habitará en la aridez del desierto, en una tierra salobre e inhóspita. Bendito el varón que confía en el Señor, y cuya confianza es el Señor. Porque será como árbol plantado junto a las aguas, que hunde sus raíces en la humedad: y no temerá cuando llegue el estío. Y su hoja estará siempre verde, y en tiempo de sequía no sufrirá nada, ni nunca dejará de dar fruto. Malo e inescrutable es el corazón de todos: ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, escruto los corazones, y pruebo los riñones: yo soy el que da a cada cual según su camino, y según el fruto de sus inventos: lo dice el Señor omnipotente.

CONFIANZA EN EL HOMBRE. — Las lecturas de este día tienden a fortalecer en nuestros corazones los principios de la moral cristiana. Apartemos un momento los ojos del triste espectáculo que nos presenta la malicia de los enemigos del Salvador; fijémonos en nosotros mis-

mos a fin de conocer las heridas de nuestras almas y procuremos poner remedio. El profeta Jeremías pone ante nuestra vista el cuadro de dos estados morales del hombre ¿cuál de los dos es el nuestro? Hay hombres que ponen toda su confianza en la carne, que sólo consideran su vida en su estado actual, que lo encuentran todo en las criaturas y que por eso mismo se ven arrastrados a conculcar la ley del Creador. Todos nuestros pecados nacen de esa fuente; hemos perdido de vista nuestro fin eterno y nos ha seducido la triple concupiscencia. Recurramos cuanto antes a Dios Nuestro Señor; de lo contrario debemos de temer la suerte con que el profeta amenaza al pecador: *cuando se acerque el bien no lo gozará.* La Santa Cuaresma sigue su camino; gracias especialísimas se multiplican continuamente; desgraciado el hombre que, distraído por *la vana apariencia de este mundo que pasa* [1], no se da cuenta y transcurre estos días santos, sin provecho para el cielo, como el tamarisco del desierto lo es para la tierra. ¡Qué elevado es el número de estos ciegos voluntarios y qué escalofriante su insensibilidad! Hijos fieles de la Iglesia, rogad por ellos, orad sin cesar; ofreced al Señor por ellos las obras de vuestra penitencia y la generosidad de vuestra caridad. Todos los años, muchos de ellos vuelven al gremio de la Iglesia, cuyas

---

[1] *I Cor.*, VII, 31.

puertas les han franqueado las oraciones de sus hermanos; hagamos violencia a la misericordia divina.

CONFIANZA EN DIOS. — El profeta nos pinta a continuación al hombre que pone toda su confianza en el Señor y que, no teniendo otra esperanza que ese mismo Señor, pone todo su interés en serle fiel. Es árbol frondoso, plantado al borde de las aguas, de follaje siempre verde y siempre cargado de frutos. "Os he destinado, dice el Señor, para que produzcáis frutos y que vuestros frutos permanezcan." Seamos nosotros ese árbol bendito y siempre fructífero. La Iglesia, en este santo tiempo, riega sus raíces con el agua de la compunción; no pongamos obstáculo a esta agua fertilizante. El Señor penetra nuestros corazones; sondea nuestros deseos de conversión y cuando llegue la Pascua "dará a cada uno según sus disposiciones."

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino: y comía todos los días espléndidamente. Y había también un mendigo, llamado Lázaro, que yacía a su puerta, lleno de úlceras, deseoso de comer las migas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba: pero venían los perros, y lamían sus úlceras. Y sucedió que murió el mendigo, y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y, alzando sus ojos, cuando estaba en los

tormentos, vió de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno: y, gritando, dijo: Padre Abraham, ten piedad de mí, y envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua, y refrigere mi lengua, porque sufro en esta llama. Y le dijo Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males: pero ahora, éste es consolado aquí, tú, en cambio, eres atormentado. Y, a todo esto, entre nosotros y vosotros hay un gran vacío: de modo que, los que quieren pasar de aquí a vosotros, no pueden hacerlo, ni los de ahí pueden venir aquí. Y dijo: Ruégote, oh Padre, que le envíes a la casa de mi padre. Porque tengo cinco hermanos, para que les avise, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos. Y le dijo Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas: óiganlos. Pero él dijo: No, Padre Abraham: pero si un muerto fuere a ellos, harán penitencia. Y díjole: Si no oyen a Moisés, ni a los Profetas, tampoco creerán aunque resucite un muerto.

El infierno castigo del pecado. — Vemos en este relato la sanción de las leyes divinas, el castigo del pecado; ¡cuán temible se nos muestra aquí el Señor! "¡Y qué terrible es caer en las manos de Dios vivo!" Hoy vive un hombre con holgura, entregado a los placeres, despreocupado; le sobreviene la muerte inevitable, y miradle sepultado vivo en el infierno. Jadeante en medio de llamas eternas, pide una gota de agua que le es rehusada. Otros hombres sus semejantes, a quiénes ha visto hace poco con sus propios ojos, se encuentran en otra morada, en la morada de una felicidad eterna y un profundo abismo les separa para siempre de ellos. ¡Destino horroroso! ¡Desesperación sin fin! ¡Y

hay hombres en la tierra que viven y mueren sin haber meditado un solo día sobre este abismo, ni han tenido siquiera un sencillo pensamiento!

Temor del infierno. — ¡Bienaventurados los que temen! por que este temor les puede ayudar a sobrellevar el peso que les arrastraría al abismo sin fondo! ¡Qué densas tinieblas ha extendido el pecado en el alma del hombre! Personas sabias, prudentes que jamás cometerán una falta en la administración de sus negocios en este mundo, son insensatos y necios cuando se trata de la eternidad. ¡Qué horroroso despertar! ¡y la desgracia no tiene remedio! Para hacernos la lección más eficaz, el Salvador nos ha recordado la reprobación de uno de estos malvados cuyos crímenes horroriza el oírlos y que los mismos mundanos consideran como la presa del infierno. Nos presenta a uno de estos hombres despreocupados, de buen trato sociable, gozando fastuosamente de su posición. No se trata aquí de un hombre criminal o cruel. El Salvador nos dice sencillamente que vestía con lujo y celebraba todos los días un gran banquete. Mas a su puerta había también un pobre; no le maltrataba, si bien en su poder estaba el haberle arrojado; le toleraba sin insultar su miseria. ¿Por qué, pues, este rico será devorado eternamente por los ardores de este fuego que Dios encendió airado?

NECESIDAD DE LA MORTIFICACIÓN. — El hombre que dispone de bienes terrenos, si no reflexiona al pensar en la eternidad, si no comprende que debe "disfrutar de este mundo como si no disfrutase"[1], si huye de la cruz de Jesucristo, está ya vencido por la triple concupiscencia. El orgullo, la avaricia, la lujuria se disputan su corazón, y acaban finalmente por dominarle, tanto más que ni él piensa hacer nada por combatirlos. Este hombre no lucha, pero más tarde se acordará que el pobre es más que él y que debía honrarle y aliviarle. Sus perros fueron más humanos que él; ved ahí la razón del porqué Dios le dejó dormir hasta el borde del abismo en que debía precipitarse. ¿Dirá tal vez que nadie se lo advirtió? Tenían a Moisés y a los Profetas; aún más, tenía a Jesús y a su Iglesia. Actualmente existe el tiempo de la Sagrada Cuaresma que él mismo anunció; más, ¿se toma la molestia de conocer lo que significa este tiempo de gracia y de perdón? Pasará sin haber dudado siquiera; pero a su vez habría dado un paso más hacia su eterna dicha.

ORACIÓN

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Asiste, Señor, a tus siervos: y concede tu perpetua benignidad a los que la piden: para que, en los que se glorían de ti, su Criador y Gobernador, renueves lo adquirido y conserves lo renovado. Por el Señor.

---

[1] *I Cor.*, VII, 31.

VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra hoy en la iglesia de San Vidal Mártir, consagrada por Inocencio I (401-471).

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, purificados con el santo ayuno, lleguemos a las futuras fiestas con corazones sinceros. Por el Señor.

LECCION

Lección del libro del Génesis.

En aquellos días dijo José a sus hermanos: Oíd el sueño que yo vi: Parecíame que atábamos gavillas en el campo: y que mi gavilla se levantaba, y se tenía derecha, y vuestras gavillas estaban en torno de ella, como adorándola. Respondieron sus hermanos: ¿Serás acaso nuestro rey? ¿O nos someteremos a tu dominio? Esta cuestión de los sueños y de las conversaciones fomentó entre ellos la envidia y el odio. Vió también otro sueño, que contó a sus hermanos, diciendo: Vi en sueños al sol, y a la luna, y a once estrellas como adorándome. Habiendo referido esto a su padre y a sus hermanos, le reprendió su padre, y dijo: ¿Qué significa ese sueño que has visto? ¿Acaso yo y tu madre y tus hermanos te hemos de adorar sobre la tierra? Le envidiaban, pues, sus hermanos: pero el padre meditaba el asunto en silencio. Y, estando sus hermanos en Siquén, apacentando los ganados de su padre, le dijo Israel: Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquén:

ven, te enviaré a ellos. Respondiendo él: Presto estoy, le dijo: Vete, y ve si están bien tus hermanos y los ganados: y dime, lo que hacen. Enviado desde el valle Hebrón, vino a Siquén: y le encontró un hombre vagando por el campo, y le preguntó qué buscaba. Y él respondió: Busco a mis hermanos: dime dónde apacientan el ganado. Y le dijo el hombre: Marcharon de este lugar: pero les oí decir: Vayamos a Dothaín. Continuó, pues, José en busca de sus hermanos, y los encontró en Dothaín. Ellos, cuando le vieron a lo lejos, antes que se acercase a ellos, pensaron matarle, y decían entre sí: allí viene el soñador: venid, matémosle, y arrojémosle en una cisterna vieja, y diremos: Le devoró una fiera salvaje: y entonces se verá de qué le aprovecharon sus sueños. Pero al oír esto Rubén, procuraba librarle de sus manos, y decía: No matéis su alma, ni derraméis su sangre: sino arrojadle en esta cisterna, que hay en el desierto, y conservad limpias vuestras manos: pero esto lo decía, queriendo arrancarlo de sus manos y devolverlo a su padre.

JOSÉ, FIGURA DEL MESÍAS. — La Santa Iglesia nos trae a la memoria el recuerdo de la prevaricación de los Judíos y de sus consecuencias para la vocación de los Gentiles; edifiquemos también nosotros con esta instrucción dirigida a los Catecúmenos. Primero tomemos una figura del Antiguo Testamento, que nos da una idea de la que vamos a ver cumplida en nuestro evangelio. José es el mimado de su padre Jacob, que ve en él al Hijo de Raquel, su esposa predilecta a quien ama por su sencillez. Sueños proféticos han anunciado la futura grandeza de este niño; mas tiene hermanos, y estos hermanos, impul-

sados por la envidia han resuelto perderle. No han ejecutado totalmente su intención, sólo la han cumplido en parte; José ya no verá más la tierra que le vió nacer. Lo han vendido a unos mercaderes extranjeros y pronto su morada será un calabozo. Sale para legislar; mas no en la tierra de Canaán, que le ha expulsado, sino en el corazón del pagano Egipto. Esta región gentil, entregada al hambre más espantosa recobra la abundancia y paz mediante su persona; y para no perecer también ellos mismos en el país de donde le desterraron, los hermanos de José se ven obligados a bajar a Egipto a implorar la misericordia de aquel que un día fué su víctima. ¿Quién no ve en esta maravillosa historia la figura de nuestro Redentor, blanco de la envidia de su propia nación a pesar de las señales proféticas que en él se realizan, incluso las más insignificantes? Su muerte se desarrolló como la de José; también fué vendido como él. Traspasa las sombras de la muerte para reaparecer después lleno de gloria y de poder. No sólo es a Israel con quien tiene estas deferencias de predilección; vino a los gentiles y, en adelante, se queda con ellos. Al final Israel vendrá a buscarle, cuando ansiosos de saciar el hambre que le devora, le reconozca por el verdadero Mesías a este Jesús de Nazaret, su Rey, a quien ellos crucificaron.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos, y a los príncipes de los sacerdotes, esta parábola: Hubo un hombre, padre de familias, que plantó una viña, y la cercó, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos obreros, y se marchó lejos. Mas, cuando se acercó el tiempo de la vendimia, envió sus siervos a los obreros, para recoger los frutos. Y los trabajadores, prendiendo a los siervos, a uno le hirieron, a otro lo mataron, y a otro lo apedrearon. Otra vez envió nuevos siervos, más numerosos que los primeros, e hicieron lo mismo con ellos. Finalmente les envió a su hijo, diciendo: Respetarán a mi hijo. Mas los trabajadores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y tendremos su herencia. Y, habiéndole prendido, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos trabajadores? Dijéronle: A los malos los hará matar miserablemente: y arrendará su viña a otros obreros, que le paguen la renta a su debido tiempo. Díjoles Jesús: ¿No leísteis nunca en las Escrituras: La piedra, que desecharon los constructores, se convirtió en clave del ángulo? Por el Señor fué hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos. Por eso os digo, que se os quitará a vosotros el reino de Dios, y será dado a la gente que rinda sus frutos. Y, el que cayere sobre esta piedra, se estrellará: y ella hará añicos a aquel sobre quien cayere. Y, cuando oyeron sus parábolas los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, conocieron que lo decía por ellos. Y, queriendo prenderle, temieron a las turbas: porque le tenían por un profeta.

La Sinagoga reprobada. — Ya no son los hombres y figuras de la antigua alianza, que nos

mostraban a nuestro Redentor de lejos y con rasgos indefinidos; estamos frente a la misma realidad. Un poco más de tiempo y la víctima tres veces santa sucumbirá bajo los golpes de sus émulos. ¡Qué terrible y solemne es la palabra de Jesús en estos últimos momentos! Sus enemigos sienten toda la gravedad de su peso; más, obcecados por el orgullo, quieren luchar hasta el fin con aquel que es la sabiduría del Padre, obstinándose en no reconocer en él esta Piedra terrible que hace añicos a aquel que la resiste y aplasta a aquel sobre quien cae. Esta Viña es la Verdad revelada, la norma de fe y costumbres, la esperanza del Mesías Redentor, el compendio de los medios de salvación; es también la familia de los hijos de Dios, su herencia, su Iglesia. Dios había escogido a la Sinagoga para que fuera la depositaria de tal tesoro; quería que su Viña fuese guardada fielmente, que fructificase en las manos de los viñadores, que la reconociesen siempre como su bien, fin de sus complacencias. Mas la Sinagoga de corazón sediento y avaro quiso apropiarse la Viña del Señor. Inútilmente envió en diversas ocasiones a sus Profetas para reivindicar sus derechos: los viñadores infieles los mataron. El mismo Hijo de Dios, el heredero viene en persona. ¿Le recibirán al menos con honor y deferencia? ¿Honrarán siquiera su carácter divino? No; han pensado matarle y después de haberle

arrojado como un extranjero sacrílego, lo matarán.

El nuevo pueblo elegido. — ¡Daos prisa, Gentiles!, venid a cumplir el castigo del Padre; no dejéis piedra sobre piedra en esta ciudad deicida que un día gritó: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos"! Pero no sólo seréis ministros de la justicia celestial sino los predilectos del Señor. La reprobación de este pueblo ingrato os abre las puertas de la salvación. Sed en adelante los custodios de la Viña hasta el fin de los siglos; alimentaos de sus frutos pues son vuestros. Gentes de Oriente al Occidente, del Mediodía al Aquilón venid a la Pascua, para todos hay lugar. Arrójate a la piscina salvífica, pueblo nuevo formado de todos los pueblos que existen bajo el cielo. Sé la alegría de la Iglesia tu Madre, que no cesa de alimentar hasta que se complete el número de los elegidos; su esposo viene como un juez para condenar "a los que no conocieron el ¡tiempo de la visita!"[1].

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, des a tu pueblo la salud del alma y del cuerpo: para que, practicando las buenas obras, merezca ser protegido siempre con el amparo de tu poder. Por el Señor.

---

[1] *Luc.*, XIX, 44.

SABADO

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la iglesia de los Santos Pedro y Marcelino célebres mártires de Roma, de la persecución de Diocleciano cuyos nombres se hallan inscritos en el Canon de la Misa.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, des a nuestros ayunos efecto saludable: para que el castigo de nuestra carne acreciente el vigor vital de nuestras almas. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Génesis.

En aquellos días dijo Rebeca a su hijo Jacob: Oí a tu padre hablando con tu hermano Esaú, y diciéndole: Tráeme de tu caza, y hazme alimentos, para que coma, y te bendiga delante del Señor antes que muera. Ahora bien, hijo mío, acepta mis consejos: y, yendo al rebaño, tráeme los dos mejores cabritos, para que haga con ellos alimentos a tu padre, que gusta mucho de ellos: para que, después que se los presentes y los coma te bendiga antes que muera. A lo cual respondió él: Sabes que mi hermano Esaú es un hombre velludo, y yo soy lampiño: si me palpare mi padre, y lo advirtiere, temo crea que quise burlarle, y acarree sobre mí su maldición en vez de su bendición. A lo que dijo la madre: Caiga sobre mí esa maldición, hijo mío: escucha solamente mi voz; y, yendo, tráeme lo que te he dicho. Fué y lo trajo, y se lo dió a la madre. Ella preparó los alimentos, conforme sabía los quería su padre. Y le vistió con los mejores vestidos de

Esaú que había en casa: y envolvió las manos en las pieles de los cabritos, y cubrió el desnudo del cuello. Y le dió el plato, y le entregó los panes que había cocido. Presentados los cuales, dijo: ¡Padre mío! Y él respondió: ¿Quién eres tú, hijo mío? Y dijo Jacob: Yo soy tu primogénito Esaú: he hecho como me mandaste: levántate, siéntate, y come de mi caza, para que me bendiga tu alma. Y de nuevo Isaac a su hijo: ¿Cómo, dijo, pudiste encontrar tan pronto, hijo mío? El respondió: Ha querido Dios que me saliera pronto al paso lo que buscaba. Y dijo Isaac: Acércate aquí, para que te toque, hijo mío, y pruebe a ver si eres tú mi hijo Esaú, o no. Se acercó él al padre, y, habiéndole palpado, dijo Isaac: La voz, ciertamente, es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú. Y no le conoció, porque las manos vellosas le asemejaban al mayor. Bendiciéndole, pues, dijo: ¿Eres tú mi hijo Esaú? Respondió: yo soy. Y él: Dame, dijo, el alimento de tu caza, hijo mío, para que te bendiga mi alma. Y, habiéndoselo presentado, después que comió de él, le ofreció también vino. Bebido el cual, le dijo: Acércate a mí, y dame un beso, hijo mío. Se acercó, y le besó. Y, tan pronto como sintió la fragancia de sus vestidos, bendiciéndole, dijo: He aquí el olor de mi hijo, olor como el del campo maduro, bendecido por el Señor. Déte Dios el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, abundancia de pan y vino. Y sírvante los pueblos, y adórente las tribus: sé el señor de tus hermanos, y cúrvense ante ti los hijos de tu madre. El que te maldijere, maldito sea: y, el que te bendijere, sea colmado de bendiciones. Apenas había concluído de hablar Isaac y de salir fuera Jacob, vino Esaú, y presentó al padre el plato de la caza cocida, diciendo: Levántate, padre mío, y come de la caza de tu hijo, para que me bendiga tu alma. Y díjole Isaac: Pues, ¿quién eres tú? El respondió: Soy tu hijo primogénito Esaú. Espantóse Isaac con

gran estupor, y maravillado más de lo que se puede creer, dijo: ¿Quién fué, pues, el que me trajo hace poco la caza cogida, y comí de todo, antes que tú vinieses? Y le bendije, y será bendito. Cuando oyó Esaú las palabras del padre, rugió con gran clamor, y dijo consternado: Bendíceme también a mí, padre mío. El cual dijo: Vino tu hermano fraudulentamente, y recibió tu bendición. Y él añadió: Con razón le llamaron Jacob: pues me suplantó ya dos veces: primero me quitó mi primogenitura, y ahora, por vez segunda, me ha arrebatado mi bendición. Y de nuevo al padre: ¿Por ventura, dijo, no has reservado también para mí una bendición? Respondió Isaac: Le he constituído a él señor tuyo, y he sometido bajo su servidumbre a todos sus hermanos: le he proveído de pan y de vino; y, después de esto, ¿qué podré hacer por ti, hijo mío? A lo cual Esaú: ¿No tienes, dijo, más que una sola bendición, padre mío? Suplícote me bendigas también a mí. Y, como llorase con grandes gritos, conmovido Isaac, le dijo: En la fertilidad de la tierra, y en el rocío del cielo estará tu bendición.

ESAÚ Y JACOB. —Los dos hijos de Isaac. Nos manifiestan indistintamente la serie de juicios de Dios sobre Israel y la Gentilidad; y la iniciación de los catecúmenos sigue su curso. Se trata de dos hermanos, el mayor y el más joven. Esaú es figura del pueblo judío: posee el derecho de primogenitura y le aguarda el destino principal; Jacob, nacido después, aunque en un mismo alumbramiento, no tiene derecho a contar con la bendición reservada al mayor; éste representa a la gentilidad. Sin embargo se cambian los papeles; Jacob recibe esta bendición y

su hermano queda defraudado. ¿Qué ha pasado? Nos lo dice el relato de Moisés. Esaú es un hombre carnal; le dominan sus apetitos. El placer que espera de un plato vulgar le hace perder de vista los bienes espirituales que encierra la bendición de su padre. Por saciar su voracidad cede a Jacob por un plato de lentejas los derechos que le confiere su primogenitura. Acabamos de ver cómo el arte de una madre favoreció los deseos de Jacob y como el anciano padre, instrumento de Dios sin querer lo confirmó y bendijo esta sustitución cuya existencia ignoraba.

FIGURAS DE LOS JUDÍOS Y DE LOS GENTILES. — De este modo el pueblo Judío dominado por sus bajas ideas perdió su última primogenitura ante los Gentiles. No quiso seguir un Mesías pobre y perseguido; soñaba con triunfos y grandezas humanas y Jesús sólo prometía un reino espiritual. Israel desechó pues a este Mesías; y los gentiles le recibieron y se han hecho con la primogenitura. Y como el pueblo Judío no quiso reconocer este cambio que sin embargo admitió el día en que gritaba: "No queremos que este reine sobre nosotros"[1]; ahora ve con despecho como todos los favores del Padre celestial son para el pueblo cristiano. Los hijos de Abrahán según la carne han sido des-

[1] *Luc.*, XIX, 14.

heredados a la vista de todas las naciones mientras que los hijos de Abrahán por la fe, son manifiestamente los hijos de la promesa como lo prometió el Señor a este gran Patriarca: "Multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del firmamento y como las arenas de las orillas del mar y serán benditas todas las naciones que de ti nacieren"[1].

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos y a los escribas esta parábola: Cierto hombre tuvo dos hijos, y dijo al padre el más joven de ellos: Padre, dame la parte de la herencia que me pertenece. Y les repartió la herencia. Y, pocos días después, habiéndolo reunido todo, el hijo más joven partió lejos, a un país muy distante, y allí disipó su herencia, viviendo lujuriosamente. Y, después de malgastarlo todo, sobrevino una gran hambre en aquella región, y él empezó a verse necesitado. Y fué, y se arrimó a uno de los habitantes de aquella región. Y le envió a su granja, para que pastase los puercos. Y deseaba llenar su vientre de las bellotas que comían los puercos: y nadie se las daba. Y, vuelto en sí, dijo: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo perezco aquí de hambre! Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como uno de tus criados. Y, levantándose, se fué a su padre. Y, cuando estaba todavía lejos, le vió su padre, y, movido a compasión, le salió al encuentro, se abrazó a su cuello, y le besó. Y díjole el hijo: Padre, pequé contra el

[1] *Gén.*, XXII, 17.

cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus siervos: Traed pronto el primer vestido, y ponédselo, y dadle un anillo para su mano, y calzado para sus pies: y traed un becerro cebado, y matadlo, y comamos y bebamos, porque este hijo mío había muerto, y ha revivido; había perecido, y ha sido encontrado. Y comenzaron a banquetear. Pero el hijo mayor estaba en el campo: y, cuando vino, y se acercó a casa, oyó la sinfonía y el coro: y llamó a uno de los siervos, y le preguntó qué eran aquellas cosas. Y él le dijo: Ha venido tu hermano, y tu padre ha matado un becerro cebado, porque lo ha encontrado sano. Y él se indignó, y no quería entrar. Pero, saliendo su padre, comenzó a rogarle. Mas él, respondiendo, dijo a su padre: Mira, te he servido tantos años, y nunca he quebrantado tus mandatos, y nunca me has dado un cabrito, para comerlo con mis amigos: en cambio, después que este tu hijo, que devoró su hacienda con las meretrices, ha vuelto, has matado un ternero cebado. Y él le dijo: Hijo, tu siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: pero convenía comer y alegrarse, porque este tu hermano había muerto, y ha revivido; había perecido, y ha sido encontrado.

Regreso del hijo pródigo. — Aquí también se encierra el misterio que hace poco acabamos de ver en el relato del Génesis. Se hallan presentes dos hermanos y el mayor se queja de la gran misericordia que el padre ha tenido con el hijo menor. Este se fué a una región lejana; huyó de la casa paterna, con el fin de entregarse más libremente a sus placeres; mas cuando se vió reducido a la más extrema indulgencia, se acordó de su padre y vino a pedir humilde-

mente el último lugar en esta casa que un día debía haber sido la suya. El padre recibió al pródigo con la más viva ternura; no sólo le perdonó, sino que le restituyó todos sus derechos de hijo: Hizo aún mucho más dió un banquete para celebrar este regreso feliz; y esta buena conducta del padre, suscita la envidia del hijo mayor. También es inútil que Israel se indigne contra la conducta del Señor; ha llegado la hora de convocar a todas las naciones y formar el gremio de la Iglesia. Si es verdad que sus errores y pasiones han alejado a los Gentiles, también es verdad que escucharán la voz de los apóstoles. Griegos y Romanos, Escitas y Bárbaros, todos, arrepentidos de sus extravíos, acudirán a pedir se les admita a participar de los favores de Israel. Y no se les dará sólo las migajas que cayeren de la mesa, como las pedía la Cananea; se les admitirá como hijos legítimos y honrados. No se tendrán en cuenta las quejas envidiosas de Israel. Si rehusa tomar parte en el banquete, no por eso se dejará de celebrar la fiesta. Ahora bien, esta fiesta es la Pascua; estos hijos admitidos pobres y estenuados en la casa paterna, son los Catecúmenos, sobre quienes se apresura el Señor a derramar la gracia adoptiva.

La infinita misericordia del Padre. — Estos hijos pródigos que vienen a ponerse bajo el amparo de su padre ofendido, son también los pe-

nitentes públicos a quienes en estos días preparaba la Iglesia la reconciliación. La Iglesia, que ha mitigado su severa disciplina, propone hoy esta parábola a todos los pecadores que se disponen a reconciliarse con Dios. No conocen aún la infinita misericordia del Señor que han abandonado; que aprendan hoy cómo la misericordia prevalece sobre la justicia en el corazón de Aquel "que ha amado al mundo hasta darle su propio "El hijo único"[1]. Por más distanciado que pueda haber sido su huída, y profunda que haya sido su ingratitud, en la casa paterna, todo está dispuesto para celebrar su retorno. En la puerta les aguarda el padre que han abandonado, dispuesto a adelantarse a su encuentro para abrazarles; les va a devolver su primer vestido, el vestido de la inocencia; el anillo que llevan sólo los hijos de la casa adornará de nuevo la casa purificada. Se les ha preparado la mesa del festín y los Angeles pronto dejarán oir sus celestes melodías. Cantan desde lo más íntimo de su corazón: "Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti; no merezco ya me llamen hijo tuyo; trátame como a uno de tus criados." La vuelta sincera de sus extravíos pasados, la confesión sencilla, firme propósito de ser en adelante fieles, son las únicas y fáciles condiciones que exige el Padre de sus pródigos para hacerlos hijos de su predilección.

---

[1] *S. Juan*, III, 16.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, guardes a tu Familia con tu continua piedad: para que, pues que sólo se apoya en la esperanza de la gracia celestial, sea defendida también con tu celeste protección. Por el Señor.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

La Cuaresma tiempo de reflexión. — La Santa Iglesia, que, en el primer domingo de Cuaresma nos ha propuesto la tentación de Jesucristo en el desierto para tema de nuestra meditación, con el fin de instruirnos a cerca de la naturaleza de nuestras propias tentaciones y del modo como debemos vencerlas, nos manda leer hoy un pasaje del evangelio de San Lucas, con cuya doctrina se propone completar nuestra instrucción, sobre el poder y artificios de nuestros enemigos invisibles. En el tiempo de Cuaresma el cristiano debe reparar el pasado y asegurar el porvenir; no podrá dar cuenta de lo primero, ni defender eficazmente lo segundo, si no tiene ideas claras sobre la naturaleza de los peligros en los que ha sucumbido y los que aún le amenazan. Los antiguos liturgistas han visto un rasgo de maternal sabiduría de la Iglesia, en la distinción con que propone hoy a sus

hijos esta lectura, que centraliza las enseñanzas del día.

La existencia del Demonio. — Ciertamente seríamos los más ciegos y desgraciados de los hombres, si, rodeados como estamos de enemigos que trabajan furiosamente por perdernos y muy superiores a nosotros en fuerza y destreza, no hubiéramos pensado a menudo en su existencia, e incluso habérnoslo jamás imaginado. Sin embargo numerosos cristianos de nuestros días viven en este estado. "¡Cómo han disminuído las verdades entre los hijos de los hombres!"[1] Este estado de indiferencia y olvido de un punto que las Sagradas Escrituras nos recuerdan en cada una de sus páginas es tan general que no es raro encontrar personas, para quienes la acción continua del demonio a nuestro rededor no es otra cosa sino una creencia gótica y popular que no tiene que ver nada con los dogmas de la religión. Todo lo que se cuenta en la historia de la Iglesia y vida de los Santos, para ellos es como si no existiera. Para ellos Satanás es una pura abstracción, en la que se ha personificado el mal.

¿Se trata de explicar el pecado en ellos o en los demás? Os hablan de la inclinación que tenemos al mal, del mal uso de nuestra libertad; y no quieren ver que la doctrina de la Iglesia nos

[1] *Ps.*, XI, 2.

revela que en nuestras prevaricaciones interviene un agente malvado, cuyo poder es igual al odio que nos tiene. No obstante eso saben que Satanás condujo a nuestros primeros padres al mal. Creen tuvo la osadía de tentar al Hijo de Dios encarnado, que le llevó por los aires hasta el pináculo del templo y desde allí a una encumbrada montaña. Leen también el Evangelio y creen que uno de los infelices posesos que libró el Señor estaba asediado por una legión entera de espíritus infernales como se vió al cumplir el permiso obtenido de posesionarse de una piara de puercos y la precipitaron al lago de Genesareth. Estos y otros mil hechos constituyen el objeto de su fe; y con todo lo que oyen decir a cerca de su existencia, de sus artificios, su destreza en reducir las almas les parece cuento. ¿Son cristianos o han perdido el juicio? No es fácil responder, sobre todo porque se les ve entregarse hoy día a consultas sacrílegas del demonio, con la ayuda de los medios tomados de los siglos del paganismo, sin recapacitar, ni mucho menos saber que cometen un crimen que Dios, en la antigua ley, castigaba con la muerte y que la legislación de todos los pueblos cristianos durante muchos siglos castigó también con pena de muerte.

La posesión diabólica. — Mas si hay algún tiempo del año en que los fieles deben meditar

lo que la fe y experiencia nos enseñan a cerca de la existencia y artificios de los espíritus infernales, es ciertamente este tiempo en que estamos, durante el cual debemos reflexionar tanto sobre las causas de vuestros pecados, los peligros de nuestra alma, los medios para prevenirnos contra nuevas caídas y nuevos ataques. Escuchemos pues el Santo Evangelio. Primero nos enseña que el demonio se había apoderado de un hombre, y, a consecuencias de esta posesión, había quedado mudo. Jesús libra a este desgraciado y el haber recobrado el uso de la palabra demuestra que el enemigo ha sido arrojado. Así la posesión del demonio no sólo es un monumento de la misteriosa justicia de Dios; mas también puede producir efectos físicos en aquellos que son sus víctimas. La espulsión del espíritu maligno devuelve el uso de la lengua a aquel que gemía bajo sus garras. No insistimos ya más en la malicia de los enemigos del Salvador que quieren atribuir su poder en los demonios a la intervención de cualquier príncipe de la malicia infernal; sólo queremos probar el poder de los espíritus de las tinieblas sobre los cuerpos y combatir con el sagrado texto el racionalismo de algunos cristianos. Que aprendan a conocer el poder de nuestros adversarios y eviten no sean su presa, cegados por el orgullo de la razón.

Desde la promulgación del Evangelio, el poder de Satanás sobre los cuerpos ha sido, limita-

do mediante la virtud de la Cruz, en los países cristianos; pero recobra nueva extensión si la fe y las obras de piedad cristiana disminuyen. De ahí nacen todos esos odios diabólicos, que con diversos nombres más o menos científicos, se cometen primero a ocultas, después pasan en cierta medida a las personas honradas y llegan a trastornar a la sociedad si Dios y la Iglesia no interpusieran un dique. Cristianos de nuestros días, acordaos que habéis renunciado a Satanás y guardaos de que una ignorancia culpable os arrastre a la apostasía. No es a un ser de razón a quien habéis renunciado en las fuentes bautismales sino a un ser real, temible y de quien el mismo Jesucristo nos dice que fué homicida desde el principio [1].

La lucha contra Satanás. — Pero si debemos temer mucho el poder terrible que puede ejercer en nuestros cuerpos y evitar todo contacto con él en las prácticas que preside, y que son el culto a que aspira, también debemos temer su influencia en nuestras almas. Considerad cuánto le ha costado a la gracia divina arrojarle de vuestra alma. En estos días la Iglesia nos ofrece todos los medios para salir vencedores: el ayuno acompañado de la oración y la limosna. Tendréis paz y vuestro corazón, vuestros sentidos purificados, se transformarán en templos

[1] *S. Juan,* VIII, 44.

de Dios: Pero nó vayáis a creer que ya habéis aniquilado a vuestro enemigo. Está irritado, la penitencia le ha expulsado de su dominio y ha jurado tantear todos los medios para apoderarse. Temed, pues, en la recaída en el pecado mortal y para fortificar en vosotros este temor saludable, meditad el contenido de las palabras de nuestro Evangelio.

El Salvador nos enseña que este espíritu inmundo, arrojado de un alma, anda vagando por los lugares áridos y desiertos. Le devora el verse humillado y siente de antemano las torturas de este infierno que lleva con él por todas partes del que quisiera distraerse si pudiera, perdiendo a las almas que Jesucristo rescató. El Antiguo Testamento nos habla de los demonios reunidos y que andan vagando por lugares desiertos. Así el Arcángel San Rafael relegó a los desiertos del alto Egipto al espíritu infernal que había hecho perecer a los siete maridos de Sara [1]. Mas no siempre el enemigo del hombre se resigna a vivir alejado de la presa que ambiciona. Le impulsa el odio como al principio del mundo y se dice: "ya es hora que vuelva a la casa de donde salí". Pero no vendrá solo; quiere salir victorioso y para conseguirlo traerá, si es necesario, con él otros siete demonios peores aun que él. ¡Qué ataque prepara al alma si no está

[1] *Tob.*, VIII, 3.

de sobreaviso y fortificada, si la paz que Dios le ha vuelto no es una paz firme! El enemigo explora la situación del lugar; con su habitual perspicacia examina los cambios que se han obrado en su ausencia.

¿Qué observa en esta alma con quien ha poco tenía amistad y su morada? Nuestro Señor nos lo dice: el demonio la encuentra indefensa, pronto a recibirle de nuevo; nada de resistencia. Parece que el alma ansiaba esta nueva visita. Entonces el enemigo, para asegurar más su conquista va a buscar refuerzos. El asalto está dado nada, se opone; y pronto en lugar de un huesped infernal, el alma recibe un tropel; "y añade el Salvador, el último estado de ese hombre es peor que el primero". Comprendamos el consejo que nos da la Santa Madre Iglesia al darnos a leer este pasaje del Evangelio.

Por todas partes hay conversiones a Dios; muchas conciencias se van a reconciliar y el Señor los va a perdonar sin medida; pero, ¿perseverarán todos? Cuando el año próximo llegue de nuevo la Cuaresma y convoque a los cristianos a la penitencia, todos estos que en estos días se van a sentir arrancados del poder de Satanás mantendrán sus almas limpias y libres de su yugo? Una triste experiencia no permite a la Iglesia esperar tal consuelo. Muchos recaerán poco después de su rescate en los lazos del pecado. ¡Oh, si se apoderase de ellos la justicia de

Dios en este estado! Sin embargo esta será la suerte de muchos, tal vez de un gran número. Temamos, pues las recaídas; y para asegurar nuestra perseverancia, sin la cual de nada nos sirvió el recuperar algunos días la gracia de Dios, vigilemos en adelante, oremos, defendamos la situación de nuestra alma, luchemos; y el enemigo desconcertado por la tenacidad irá a otra parte avergonzado y furioso.

EL DOMINGO DE LOS ESCRUTINIOS. — Al tercer Domingo de Cuaresma se le llama *Oculi* por comenzar con esta palabra el Introito de la Misa. En la primitiva Iglesia se le denominaba *Domingo de los Escrutinios,* porque en este día se comenzaba el examen de los catecúmenos que debían admitirse al bautismo la noche de Pascua. Todos los fieles estaban invitados a presentarse en la Iglesia para informar de la vida y costumbres de estos aspirantes a la milicia cristiana. En Roma estos exámenes, a los que se daba el nombre de *Escrutinios,* se celebraban en siete sesiones a causa del gran número de aspirantes al bautismo; pero el escrutinio principal se celebraba el miércoles de la cuarta semana. Hablaremos de él más tarde.

El Sacramentario romano de S. Gelasio trae la fórmula de la convocación de los fieles a esta asamblea; está redactada en estos términos: "Carísimos hermanos, ya sabéis que se acerca el

día del *Escrutinio* en que nuestros elegidos deben ser instruídos; debéis acudir pronto y con alegría *tal día* de esta semana, a la hora de sexta, con el fin de que estemos dispuestos con la gracia de Dios, a explicar, conforme a verdad, el misterio que franquea la puerta del reino de los cielos y arroja al demonio con todas sus pompas." Esta invitación se repetía si era necesario, en los domingos siguientes. En el que hoy celebramos se procuraba admitir cierto número de candidatos, cuyos nombres se escribían en los Dípticos del altar, junto con los de sus padrinos y madrinas y se les recitaba en el Canon de la Misa.

La Estación tenía lugar y también hoy se celebra, en la basílica de San Lorenzo Extramuros. Con esto se pretendía actualizando el recuerdo del más célebre de los mártires de Roma, recordar a los catecúmenos los sacrificios que la fe que iban a abrazar podría tal vez exigirles.

Este domingo es célebre en la iglesia griega, por la solemne adoración de la cruz que precede a la semana llamada Mesomestime, es decir *centro de los ayunos*.

MISA

El catecúmeno admitido a la gracia del bautismo, el penitente que espera su próxima reconciliación manifiesta en el introito el ardor de sus

deseos. Confiesan su desdicha con humildad, mas confían en Aquel que pronto desataría sus ligaduras.

INTROITO

Mis ojos miran siempre al Señor, porque El arrancará del lazo mis pies: mírame, y ten piedad de mí, porque estoy solo y soy pobre.— *Salmo:* A ti, Señor, elevo mi alma: en ti confío, Dios mío, no sea yo avergonzado. ℣. Gloria al Padre.

En el momento de presentar una batalla tan terrible al enemigo de los hombres, la Iglesia en la colecta, pide la asistencia del poder de Dios.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, contemples los votos de los humildes, y extiendas la diestra de tu majestad para defensa nuestra. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Efesios.

Hermanos: Sed imitadores de Dios, como hijos carísimos: y caminad en el amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo a Dios por nosotros, como una oblación y una hostia suave y olorosa. Que no se nombre siquiera entre vosotros la fornificación, ni ninguna inmundicia, ni la avaricia, como conviene a los santos: ni la torpeza, o las palabras estúpidas, o la chocarrería, que no venga al caso: antes reine siempre la acción de gracias. Sabed y comprended que ningún fornicador, o inmundo, o avaro, ni todo lo que sea servicio de los ídolos, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os seduzca con vanas palabras: porque por ellas vino la ira de Dios sobre los hijos de

la incredulidad. No os hagáis, pues, partícipes de su castigo. Porque en otro tiempo erais tinieblas; pero ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz. El fruto de la luz consiste en una bondad, en una justicia y en una verdad absolutas.

IMITAR A DIOS. — El Apóstol al dirigirse a los fieles de Efeso, les recuerda que no ha mucho fueron tinieblas y ahora son luz del Señor. ¡Qué alegría para nuestros catecúmenos saber que les está reservada la misma suerte! Hasta ahora han vivido como paganos, mas ahora poseen las arras de la santidad mediante su admisión al Bautismo. Sometidos hasta el presente a los falsos dioses cuyo culto consistía en alimentar el vicio, oyen hoy que la Iglesia exhorta a sus hijos a *imitar* la santidad del Dios de los cristianos; y la gracia que les hará capaces de aspirar a reproducir en ellos las perfecciones divinas, está a punto de serles comunicada. Pero tendrán que luchar para mantenerse en este estado; contra dos enemigos tendrán que enfrentarse sobre todo: la impureza y la avaricia. Al primero de estos vicios no quiere el apóstol ni que se le nombre en adelante; y al segundo le desprecia comparándole al culto de los ídolos a quienes van a renunciar los elegidos. Tales son las enseñanzas que la Iglesia prodiga a sus futuros hijos; mas los que hemos sido santificados en los comienzos de nuestra vida, ¿hemos permanecido fieles a nuestro Bautismo? Fuimos luz; ¿por qué hoy so-

mos tinieblas? ¿qué ha sucedido de las notas de la semejanza divina que se nos imprimieron en nuestra alma? Apresurémonos a hacerlas revivir, renunciando a Satanás y a sus ídolos y obremos de tal modo que la penitencia nos restablezca en este estado de luz, cuyo fruto consiste en toda clase de bondad, justicia y verdad.

El Gradual expresa los sentimientos del alma cercada de enemigos e implorando la ayuda del Señor que se apresura a socorrerla.

El Tracto está tomado del Salmo CXXII, canto de confianza y de humildad. La confesión sincera de nuestras culpas atrae siempre sobre nosotros la misericordia de Dios.

GRADUAL

Levántate, Señor, no prevalezca el hombre: sean juzgadas las gentes en tu presencia. ℣. Cuando el Señor ponga en fuga a mi enemigo, desfallecerán y perecerán ante tu vista.

TRACTO

A ti alzo mis ojos; a ti, que habitas en los cielos. ℣. Como los ojos de los siervos miran las manos de sus amos. ℣. Y como los ojos de la esclava miran las manos de su señora: así nuestros ojos miran al Señor, nuestro Dios, hasta que se compadezca de nosotros. ℣. Ten piedad de nosotros. Señor, ten piedad de nosotros.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo estaba Jesús arrojando un demonio, y éste era mudo. Y, habiendo arrojado al demo-

nio, habló el mudo, y se admiraron las turbas. Pero algunos de ellos dijeron: Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa El los demonios. Y otros, tentándole, le pedían un milagro del cielo. Pero El, cuando vió sus pensamientos, les dijo: todo reino, que esté dividido entre sí, será desolado, y una casa caerá sobre otra casa. Pues, si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? Porque vosotros decís que yo arrojo los demonios por virtud de Beelzebub. Mas, si yo arrojo los demonios en virtud de Beelzebub: ¿vuestros hijos por virtud de quién los expulsan? Por lo tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Ahora bien, si yo lanzo los demonios con el dedo de Dios, es que ha llegado ya a vosotros el reino de Dios. Cuando un fuerte armado guarda la puerta de su casa, está seguro todo cuanto posee. Pero, si viniere otro más fuerte que él, y le venciere, le quitará todas sus armas, en quienes confiaba, y repartirá sus despojos. El que no está conmigo, está contra mí: y, el que no recoge conmigo, dispersa. Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares sin agua, buscando descanso: y, no encontrándolo, dice: Volveré a mi casa, de donde salí. Y, cuando torna, la encuentra barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, habitan allí. Y el fin de aquel hombre es peor que su principio. Y sucedió que, cuando decía estas cosas, alzando la voz una mujer de la turba, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero El dijo: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios, y la practican.

Demonios mudos. — El demonio del que libró Jesús al poseso de nuestro Evangelio dejó mudo a este hombre, y la salida fulminante, del espíritu de las tinieblas desató la lengua del paciente

que maltrataba. Este hecho es imagen del pecador cautivo de su temible vencedor y reducido por él al mutismo. Si habla este pecador para confesar sus culpas, para pedir gracia, se verá libre. ¡Cuántos demonios mudos, diseminados por todas partes, impiden a los hombres hacer esta confesión salutífera que los salvaría! A pesar de eso, la Cuaresma pasa; transcurren los días de gracia; aprovechémonos de este tiempo favorable; si somos amigos de Dios, oremos insistentemente por los pecadores, para que hablen, se acusen de sus faltas y sean perdonados.

PODER DE LOS DEMONIOS. — Escuchemos también lo que nos enseña el Salvador de nuestros enemigos invisibles. ¿Quién podría hacer frente a su poder, a su astucia, a sus medios nocivos, si Dios no nos ayudase, si no hubiese ángeles encargados de velar por nosotros y combatir también con nosotros? Sin embargo, por el pecado nos habíamos entregado al poder de esos espíritus inmundos y odiosos; habíamos preferido su imperio tiránico al yugo suave y ligero de nuestro compasivo Redentor. Ahora somos libres o lo vamos a ser pronto; agradezcámoselo a nuestro libertador; pero vigilemos para no recaer en las garras del poder de esos huéspedes infernales. Volverán y tratarán de violar la morada de nuestra alma santificada por el Cordero Pascual. Si estamos vigilantes y somos fieles, se retirarán

avergonzados; mas si somos tibios y relajados, si perdemos de vista el valor de la gracia y las obligaciones que nos unen con el que nos salvó, nuestra pérdida será cierta y según la terrible palabra de Jesucristo: "la segunda situación será peor que la primera".

Estar con Cristo. — ¿Queremos evitar tan gran mal? Meditemos estas otras palabras del Evangelio: "quien no está conmigo está contra mí". Esta es la situación del que recae en las garras del demonio, que olvida todo lo que debe a su divino libertador, que no acude con sinceridad a Jesucristo cuando se le presentan ocasiones en que el deber exige al cristiano portarse con entereza. Se lisonjea, se disimula, se contemporiza y poco a poco se va debilitando la energía del alma; Dios da ya las gracias medidas, en un principio tan abundantes y acaba en una caída inminente: Caminemos con paso firme y seguro y acordémonos que el soldado de Jesucristo debe sentirse orgulloso de su Caudillo divino.

El Ofertorio celebra la dulzura de los consuelos que el alma rescatada del poder de Satanás gusta siguiendo los caminos del Pastor divino.

OFERTORIO

Las justicias del Señor son rectas, y alegran los corazones, y sus juicios son más dulces que la miel y el panal: por eso tu siervo los practica.

En la Secreta, la Iglesia manifiesta la confianza que le inspira el sacrificio que se va a ofrecer, cuyo poder purificante en el Calvario borró los pecados de los hombres.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta hostia purifique nuestros pecados y, para poder celebrar este Sacrificio, santifique los cuerpos y las almas de tus súbditos. Por el Señor.

La Iglesia, sirviéndose también de las palabras de David, expresa en la antífona de la comunión la felicidad del alma unida a Dios por el sacramento del Amor. De esta suerte serán llamados pronto a participar los Catecúmenos cuya admisión al Bautismo acaba de determinarse; también será la de los penitentes que hayan lavado con lágrimas los borrones de la vida pasada.

COMUNION

El pájaro encontró casa y la tórtola nido, donde colocar sus polluelos: eso son tus altares, Señor de los ejércitos. Rey mío, y Dios mío: dichosos los que habitan en tu casa, pues te alabarán por los siglos de los siglos.

En la Poscomunión la Iglesia pide al Señor, en nombre de los misterios de que han participado, absuelva benignamente a los pecadores y los libre de los peligros eternos en que han tenido la desgracia de caer.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, libres benigno de todos los pecados y peligros a los que nos has hecho partícipes de tan gran Misterio. Por el Señor.

LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de San Marcos, construída en el siglo IV en honor del evangelista de este nombre, por el Papa San Marcos cuyo cuerpo reposa en ella aun hoy día.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, infundas benigno tu gracia en nuestros corazones: para que, así como nos abstenemos de comer carnes, así también retraigamos nuestros sentidos de todo exceso perjudicial. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días, Naamán, caudillo del ejército del rey de Siria, era varón grande delante de su señor, y honrado, pues por él había salvado el Señor a Siria: era varón fuerte y rico, pero leproso. Ahora bien, habían salido de Siria unos ladronzuelos, y habían traído cautiva de la tierra de Israel una muchacha, que servía a la esposa de Naamán, la cual dijo a su ama: Ojalá fuera mi señor al Profeta que hay en Samaria: porque le curaría la lepra que tiene. Entró, pues, Naamán a su rey, y se lo anunció, diciendo: Esto

y esto ha dicho la muchacha de la tierra de Israel. Y díjole el rey de Siria: Vete, y te daré unas letras para el rey de Israel. Habiendo, pues, partido, y llevado consigo diez talentos de plata, y seis mil monedas de oro, y diez mudas de vestidos, presentó las letras al rey de Israel, las cuales decían: Cuando recibas esta carta, sabe que te envío a mi servidor Naamán, para que le cures de su lepra. Y, cuando leyó el rey de Israel las letras, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo por ventura Dios, para que pueda matar y dar vida, pues éste me ha mandado un hombre, para que le cure de su lepra? Advertid, y ved cómo busca un pretexto contra mí. Cuando supo esto el varón de Dios Eliseo, a saber, que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, le envió recado, diciendo: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga a mí, y sepa que hay profeta en Israel. Fué, pues, Naamán con caballos, y carros, y paróse junto a la puerta de la casa de Eliseo: y le envió Eliseo un mensaje diciendo: Vete, y lávate siete veces en el Jordán, y recibirá tu carne la salud, y quedarás limpio. Airado Naamán, se retiraba, diciendo: Creía que me saldría al encuentro y, estando delante de mí, invocaría el nombre del Señor, su Dios, y tocaría con su mano el lugar de la lepra, y me curaría. ¿Acaso no son mejores Abana y Farfar, los ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel, para que me lave en ellas, y quede limpio? Y, como se volviera, y marchara indignado, se acercaron a él sus esclavos, y le dijeron: Padre, aunque el profeta te hubiera mandado una cosa difícil, debieras hacerla: ¿cuánto más habiéndote dicho: Lávate, y quedarás limpio? Bajó, pues, y se lavó siete veces según la orden del Profeta, y volvióse su carne como la carne de un niño, y quedó limpio. Y, vuelto al varón de Dios con toda su comitiva, fué, y paróse delante de él, y dijo: Sé verdaderamente que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel.

El bautismo. — Ayer la Santa Iglesia anunciaba cómo ya se acercaba pronto el bautismo para los catecúmenos; hoy les presenta una historia del Antiguo Testamento, que encierra un símbolo de este baño saludable que les ha preparado la misericordia divina. La lepra de Naamán es figura del pecado; esta enfermedad horripilante sólo tiene para el oficial sirio un remedio; tiene que bañarse siete veces en las aguas del Jordán y quedará curado. El gentil, el infiel, el niño que nace con la mancha original pueden hacerse justos y santos por medio del agua acompañada de la invocación de la excelsa Trinidad. Naamán encuentra este remedio demasiado vulgar: duda, desconfía; siguiendo el dictamen de su saber humano, quisiera un remedio más digno de su persona, un prodigio aparatoso que pudiera honrar a él y también al profeta. Cuando predicaban los Apóstoles más de uno pensó lo mismo; mas los que creyeron con sencillez en la virtud del agua santificada por Jesucristo recibieron la regeneración; y de la fuente bautismal nació un nuevo pueblo formado de todos los pueblos que viven bajo el sol. Naamán, figura de la gentilidad, se determinó por fin a creer y su fe se vió recompensada con una curación completa. Sus carnes putrefactas se hicieron semejantes a las de un niño en quien los principios de la vida aun no se han visto alterados. Demos gloria a Dios que ha dotado de esta

virtud a las aguas y que, mediante su gracia, produce en las almas dóciles esta fe a la que está reservada una gran recompensa.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Seguramente me diréis aquel proverbio: Médico, cúrate a ti mismo: haz aquí, en tu patria, cuantas cosas hemos oído decir que has hecho en Cafarnaum. Pero El dijo: En verdad os digo: Ningún profeta es bien recibido en su patria. En verdad os digo, muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo tres años, y seis meses, reinando gran hambre en toda la tierra: y a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a la viuda de Sarepta, la de Sidonia. Y muchos eran los leprosos que había en Israel en tiempo del Profeta Eliseo: y ninguno de ellos fué limpiado, sino el sirio Naamán, y al oír esto, se llenaron de ira todos los de la sinagoga. Y se levantaron, y le sacaron fuera de la ciudad: y le llevaron hasta la cima del monte en que estaba su ciudad, para precipitarle. Pero El pasando por medio de ellos, se fué.

JESÚS ESCAPA DE LA MUERTE. — Acabamos de oír al Salvador proclamar el misterio de la vocación de los gentiles en lugar de los incrédulos judíos; y Naamán es citado aquí como un ejemplo de esta misericordiosa sustitución. Jesús recuerda también a la viuda de Sarepta, la patrona de Elías cuya historia hemos leído hace pocos días. Esta determinación del Señor de llevar su luz de un pueblo a otro, irrita a los fariseos de Nazareth contra el Mesías. Saben que Jesús que

está en este momento comenzando su predicación, acaba de obrar grandes maravillas en Cafarnaum; desearían diera celebridad a su pequeña ciudad obrando también en ella algunos milagros semejantes; mas Jesús sabe que no se van a convertir. ¿Le conocen solamente? Ha vivido con ellos durante treinta años, "creciendo siempre en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres"[1]. Mas estos potentados del mundo apenas si prestan atención a un pobre obrero, al hijo del carpintero. ¿Saben tal vez que, aunque Jesús habitó por mucho tiempo en Nazareth, sin embargo de eso, no nació en esta ciudad, sino en Belén? Ante ellos, en la Sinagoga de Nazareth [2] acaba de explicar al profeta Isaías con una elocuencia y gracia prodigiosas; anunciaba cómo ha llegado el tiempo del perdón: Su discurso, que llamó la atención y hechizó a los asistentes, a los sabios de la ciudad les ha sorprendido menos que el ruido de los prodigios que obraba en países vecinos. Quieren también ellos verle hacer algún milagro en su presencia, que sea algo espectacular; no lo conseguirán. Que recuerden el discurso que Jesús les ha predicado en la Sinagoga y sobre todo que tiemblen al oír anunciar la vuelta de los gentiles. Mas el divino profeta no es escuchado en su ciudad natal; y si su poder no lo hubiese defendido de la ferocidad de sus

[1] *Luc.*, II, 52.
[2] *Luc.*, IV, 16-22.

indignos compatriotas, la sangre del Justo habría comenzado a correr desde ese día. Está reservada esta triste gloria para la ingrata Jerusalén "ya que ningún profeta debe perecer, si no es dentro de sus muros"[1].

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Ayúdenos, Señor, tu misericordia: para que, con tu protección, merezcamos vernos libres y, con tu ayuda, nos salvemos de los inminentes peligros de nuestros pecados. Por el Señor.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de Santa Pudenciana construída entre los años trescientos ochenta y cuatro y cuatrocientos dos y restaurada por Adriano I y más tarde por San Gregorio VII e Inocencio III. Esta Iglesia está construída en el solar de una casa del siglo II.

COLECTA

Oyenos, oh Dios omnipotente y misericordioso, y concédenos propicio la gracia de una saludable continencia. Por el Señor.

---

[1] *Luc.*, XIII, 38.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días, una mujer clamaba al Profeta Eliseo, diciendo: Tu siervo, mi marido, ha muerto, y tú sabes que tu siervo fué temeroso del Señor: y he aquí que viene el acreedor, para llevar mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos. A lo cual dijo Eliseo: ¿Qué quieres que te haga? Dime, ¿qué tienes en casa? Y ella respondió: Tu sierva no tiene en casa otra cosa que un poco de aceite, para ungirme. A lo cual dijo: Vete, pide prestados a todas tus vecinas muchos vasos vacíos. Y entra, y cierra tu puerta, cuando estuviereis dentro tú y tus hijos: y echa después el aceite en todos esos vasos; y, cuando estuvieren llenos, para. Fuése, pues, la mujer, y cerró la puerta detrás de sí y de sus hijos: éstos le alargaban los vasos, y ella echaba el aceite. Y, cuando estuvieron llenos los vasos, dijo a su hijo: Tráeme todavía otro vaso. Y él respondió: No tengo. Y cesó el aceite. Fué, pues, ella, y se lo indicó al varón de Dios. Y él: Vete, le dijo, vende el aceite, y paga a tu acreedor: tú, y tus hijos, vivid de lo restante.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.—El misterio de esta lectura es fácil de comprender. El acreedor del hombre es Satanás, a quien nuestros pecados le han dado sobre nosotros grandes derechos. El único modo de desempeñarnos es con el óleo, es decir, con la misericordia, de la que el óleo es símbolo por la suavidad: "bienaventurados los misericordiosos, porque ellos mismos alcanzarán misericordia"[1]. En estos días de salud preparemos nuestra reconciliación aliviando a nuestros her-

[1] *Mat.*, V, 7.

manos, añadiendo a la limosna el ayuno y practicando las obras de misericordia. Con estos medios enterneceremos el corazón de Dios y a la vez que nos libra de nuestra deuda arrebatará a Satanás el título que pretendía conservar en desfavor nuestro. Aprovechémonos del ejemplo de esta mujer de quien nos habla hoy la Escritura; ningún hombre la veía en el momento de llenar sus tinajas del aceite misterioso; cerremos también nosotros nuestra puerta cuando hagamos el bien; y, que "nuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha"[1]. Consideremos también este detalle: el aceite cesa de correr cuando ya no hay más vasijas que llenar. Así también nuestra misericordia con el prójimo debe ser proporcionada con nuestros medios de acción. Dios les conoce y no quiere que hagamos menos de lo que podemos hacer. Mostrémonos generosos en este santo tiempo y hagamos, propósitos de serlo siempre. Si nos faltan los recursos materiales, seamos misericordiosos en nuestros deseos, en nuestras súplicas para con los hombres y en nuestras oraciones para con Dios.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si pecare contra ti tu hermano, vete y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, habrás ganado a tu hermano. Pero,

---

[1] *Mat.*, VI, 3.

si no te oyere, toma contigo uno o dos testigos, para que, por boca de uno o dos testigos, conste toda tu corrección. Y, si tampoco les oyere, dilo a la asamblea. Y, si tampoco oyere a la asamblea, sea para ti como un gentil y un publicano. En verdad os digo: Todo lo que atareis sobre la tierra, será atado también en el cielo: y, todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado también en el cielo. Os digo también que, si dos de vosotros se concertaren sobre la tierra, todo cuanto pidieren, les será otorgado por mi Padre, que está en los cielos. Porque, donde hay dos o tres, congregados en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos. Entonces, acercándose Pedro a El, dijo: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, cuando me ofendiere? ¿Hasta siete? Díjole Jesús: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete.

El perdón de las injurias. —La misericordia que el Señor quiere ver en nosotros no sólo consiste en poner la limosna corporal y espiritual en el seno del desgraciado, abarca también el perdón y olvido de las injurias. En esto precisamente es donde Dios nos espera para probar la sinceridad de nuestra conversión. "La medida que para otros usaréis, dice, se usará para vosotros"[1]. Si perdonamos de corazón a nuestros enemigos, el Padre celestial nos perdonará a nosotros generosamente. En estos días de reconciliación, procuremos *ganar a nuestros hermanos;* y para conseguirlo perdonémosles, aunque sea necesario hacerlo *setenta veces siete.* Nuestras disputas de un día en el camino de la eternidad

[1] *Luc.*, VI, 38.

no nos deben desanimar en la consecución del fin del viaje. Perdonemos los agravios e injurias e imitemos la conducta que Dios ha seguido con nosotros.

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA. — Consideremos también estas palabras del Evangelio que son el fundamento de la esperanza y que deben oírse hasta en lo más íntimo de nuestros corazones agradecidos: "*todo lo que hubiereis desatado en la tierra será desatado en el cielo*" ¡Muchísimos pecadores podrán dar pruebas por experiencia de esta consoladora promesa! Confesarán sus pecados, ofrecerán a Dios su corazón contrito y humillado y en el momento en que el sacerdote les absuelva en la tierra, la mano de Dios desde el cielo les romperá los lazos que les tenían encadenados para ser precipitados a los suplicios eternos.

Por fin, no olvidemos tampoco esta otra palabra que tiene ilación con la precedente: *si alguno no escucha las enseñanzas de la Iglesia, consideradle como un pagano y un publicano.* ¿Quién esa Iglesia de que aquí se habla? Son los hombres a quienes ha dicho Jesucristo: *Quien a vosotros os escucha a mí me escucha; y quien os desprecia a mí me desprecia;* los hombres por cuya boca llega la verdad, la única que puede salvar, a oídos del cristiano; hombres que son los únicos en la tierra que pueden reconciliar al

pecador con Dios, cerrarle el infierno y abrirle el cielo. ¿Después de conocer todo esto acaso debemos extrañarnos que el Salvador, que los ha querido por intermediarios entre él y los hombres amenace mirar como un pagano, como un hombre sin bautismo a quien no reconozca su autoridad? Fuera de su doctrina, no hay revelada ninguna otra verdad, fuera de los sacramentos que ellos administran, no hay otra salvación, viviendo apartado de las leyes espirituales que ellos imponen, no hay esperanza en Jesucristo.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Defiéndenos, Señor, con tu protección: y guárdanos siempre de toda iniquidad. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación, en Roma, se celebra en la Iglesia de San Sixto, en la Vía Apia. Hoy se la llama San Sixto el antiguo, para distinguirle de otra iglesia consagrada a la memoria del mismo santo Papa y mártir.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que, educados con saludables ayunos, y absteniéndonos además de los vicios

perjudiciales, alcancemos más fácilmente tu misericordia. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Exodo.

Esto dice el Señor, Dios: Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra, que te dará el Señor, tu Dios. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No levantarás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás la casa de tu prójimo: ni desearás su mujer, ni su siervo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que es suyo. Y todo el pueblo veía las voces, y los relámpagos, y el sonido de la trompeta, y el monte humeante: y, atemorizados, y poseídos de pavor, se quedaron lejos, diciendo a Moisés: Háblanos tú, y te oiremos: que no nos hable el Señor, no sea que muramos. Y dijo Moisés al pueblo: No temáis, pues ha venido Dios para probaros, y para que su temor more en vosotros y no pequéis. Y el pueblo se quedó lejos. Moisés, en cambio, se acercó a la nube en que estaba el Señor. Dijo además el Señor a Moisés: Esto dirás a los hijos de Israel: Habéis visto que os he hablado desde el cielo. No os fabricaréis dioses de oro. Me levantaréis un altar de tierra, y me ofreceréis sobre él vuestros holocaustos y hostias pacíficas, vuestras ovejas y bueyes, en todo lugar donde hubiere memoria de mi nombre.

OBLIGACIONES PARA CON DIOS Y CON EL PRÓJIMO. — Hoy la Iglesia nos recuerda los preceptos del Señor referentes al prójimo, comenzando por el que manda respetar a los padres. En este santo tiempo de reforma y conversión es útil a los fieles recordar que nuestros deberes para con el prójimo descansan en la autoridad de Dios; de donde se sigue que a quien hemos ofendido es al

mismo Dios cuando hemos pecado contra nuestros semejantes. Dios reclama primero sus propios derechos; quiere que se le adore y sirva; prohibe el culto grosero de los ídolos; prescribe se guarden el sábado, los sacrificios, las ceremonias; pero al mismo tiempo quiere que el hombre ame a su prójimo como a sí mismo; se declara vengador de nuestros hermanos cuando les hemos ofendido, si nosotros no reparamos el agravio o injuria. Su voz es la misma en el Sinaí cuando reclama los derechos de nuestro prójimo que cuando enseña al hombre sus obligaciones para con su Creador. Sabiendo el origen de nuestros deberes, comprenderemos mejor el estado de nuestras conciencias y cuán deudores somos a la justicia de Dios. Mas si la ley antigua, grabada en tablas de piedra, se sanciona con tanta autoridad el precepto del amor del prójimo, ¡cuánto más la nueva, sellada con la sangre de Jesucristo muriendo en la Cruz por sus hermanos ingratos, nos revelará el alcance del precepto de la caridad fraterna! Ante nuestros ojos tenemos estas dos leyes; conforme a este doble texto debemos ser juzgados; démonos prisa por conformarnos a sus prescripciones a fin de que se cumpla en nosotros esta palabra del Señor: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros"[1].

---

[1] *S. Juan*, XIII, 35.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de los ancianos? Pues no lavan sus manos, cuando comen pan. Y El, respondiendo, les dijo: ¿Y por qué quebrantáis vosotros el mandato de Dios por seguir vuestra tradición? Pues Dios ha dicho: Honra a tu padre, y a tu madre. Y: El que maldijere al padre, o a la madre, muera de muerte. Pero vosotros decís: El que dijere al padre, o a la madre: Aprovéchete todo cuanto yo ofrezca, no necesita honrar a su padre, o a su madre. Así habéis invalidado el mandato de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Mas en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y, llamando así a las turbas, les dijo: Oíd, y entended. No mancha al hombre lo que entra por la boca: lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre. Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al oír esas palabras, se han escandalizado? Pero El, respondiendo, dijo: Toda planta, que no ha plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejadlos: son ciegos, y guías de ciegos. Pero, si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Y, respondiendo Pedro, le dijo: Explícanos esa parábola. Y El dijo: ¿Tampoco vosotros la entendéis aún? No comprendéis que todo lo que entra por la boca, va al vientre, y es echado en el reservado? Mas, lo que procede de la boca, sale del corazón, y esto es lo que mancha al hombre: porque del corazón brotan los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos

testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre. El comer con las manos sin lavar no mancha al hombre.

Las prácticas externas. — La ley que dió Dios a Moisés prescribía un gran número de prácticas y ceremonias externas; y los fieles judíos las observaban con celo y exactitud. Jesús mismo, aunque era el supremo legislador se sometió humildemente. Pero los fariseos habían añadido tradiciones humanas y supersticiones a las leyes y mandatos divinos y hacían consistir la religión en estas invenciones propias de su orgullo. El Salvador sale en favor de los débiles y humildes a quienes estas falsas enseñanzas podían descarriar y restableció el verdadero sentido de esas prescripciones exteriores. Los fariseos se lavaban las manos gran número de veces al día creyendo que si no se habían lavado las manos, e incluso el cuerpo entero una vez al día, su comida habría sido impura, a consecuencia de las manchas que habían contraído con el trato y contacto de miles de cosas que no estaban señaladas en la ley. Jesús quiere arrancar de raíz este yugo humillante y arbitrario y reprocha a los fariseos el haber pervertido la ley de Moisés.

Lo que mancha el alma. — Pasa a continuación a juzgar el fondo de estas prácticas y enseña que no hay criaturas impuras por sí mismas y que la conciencia de un hombre no se mancha

por el mero hecho de comer. "Lo que hace culpable al hombre, dice el Salvador, son los pensamientos y obras malas que brotan del corazón." Los herejes han pretendido encontrar en estas palabras la reprobación de las prácticas externas que impone la Iglesia y en especial condenan las abstinencias que prescribe; en esto merecen que se les aplique a ellos lo que decía Jesús de los fariseos: "Son ciegos que guían a otros ciegos." En efecto, del hecho de que los pecados que el hombre comete con respecto a las cosas materiales son tales pecados en cuanto interviene la voluntad que es espiritual, no se sigue que esta voluntad pueda usar inocentemente de las cosas materiales cuando Dios o su Iglesia, que legisla en su nombre, lo prohiben. Dios prohibió a nuestros primeros padres, bajo pena de muerte, comer del fruto de cierto árbol; comieron y se hicieron reos de culpa ¿sucedió acaso esto porque el fruto era malo en sí mismo? No; este fruto era una criatura de Dios como los demás frutos del jardín; más el corazón de nuestros primeros padres aceptó el pensamiento de desobediencia y se adhirió a él; en este caso se cometió el pecado con ocasión de un fruto. En la ley que Dios dió en el monte Sinaí prohibió a los hebreos comer carne de ciertas especies de animales. Si las comían se hacían culpables, porque habían desobedecido al Señor y no por que en sí fuesen malditas estas carnes. Los preceptos de

la Iglesia referentes al ayuno y a la abstinencia son de la misma naturaleza que los que acabamos de recordar. A fin de que podamos aplicarnos y exclusivamente para nuestro interés el principio de la penitencia cristiana, la Iglesia nos prescribe la abstinencia con cierta medida; si violamos su ley no serán los platos los que manchen nuestra alma, será el revelarnos contra el poder sagrado que Jesucristo nos recomendaba ayer enérgicamente, quien se atrevió a decir sin miramiento que todo aquel que no escucha a la Iglesia se le debe considerar como un pagano.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que buscamos la gracia de tu protección, libres de todos los males, te sirvamos con tranquilo corazón. Por el Señor.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La mitad de la Cuaresma. — Este día señala la mitad de la santa Cuaresma y por eso se le ha llamado el jueves de la mitad de la Cuaresma. En efecto cumplimos hoy el vigésimo ayuno de los cuarenta que nos impone la Iglesia en este santo tiempo. Entre los griegos se cuenta el día

de ayer como la *Mesonestime* o la *mitad de los ayunos;* por lo demás, dan a este nombre toda la semana que en su liturgia es la cuarta de las siete que forman su cuaresma. Pero el miércoles de esta semana es, entre ellos, objeto de una fiesta solemne, un día de alegría, en que se reanima su entusiasmo para acabar la carrera. Las naciones católicas de occidente, sin considerar el día a que hemos llegado como día de fiesta, han tenido siempre la costumbre de pasarle con cierta alegría. No va en contra del espíritu del cristianismo el festejar el día céntrico de Cuaresma reuniéndose, imitando a nuestros padres, mayor número de convidados y sirviendo a la mesa algo más apetitoso y abundante, guardando siempre el ayuno. ¡Mas hay! la relajación reina en nuestros desgraciados países. ¡Cuántas gentes que se llaman católicas, casi no han hecho otra cosa, después de veinte días sino violar las leyes del ayuno y abstinencia, con la disculpa de dispensas legítimas o arrancadas! ¿Qué sentido pueden sacar ellos a estas alegrías gustadas por los cristianos todavía fieles a las tradiciones santas? Para probar estas alegrías se debe haberlas merecido antes con algunas privaciones, con alguna penitencia corporal; lo cual no saben hacer nuestros católicos de hoy día. Roguemos por ellos con el fin de que Dios les dé a comprender a qué les obliga la fe que profesan.

En Roma, la Estación se celebra en la iglesia de San Cosme y San Damián, en el Foro. La edad media, como lo vemos en Durando, en su *Rationale divinorum officiorum,* buscó la razón del porqué se escogió esta estación, en la profesión de médicos que ejercieron estos dos santos mártires. Se creyó que la Iglesia quería implorar, no sólo para las almas sino también para los cuerpos de sus hijos ya extenuados, la protección de estos poderosos amigos de Dios, que en la tierra consagraron su arte médica para aliviar las enfermedades corporales de sus hermanos. El sabio liturgista Gavantus comenta extensamente esta idea; si no fué de que se escogiera esta iglesia para Estación, es ella muy propia para edificar a los fieles, para inducirles a recurrir a estos dos hermanos médicos y pedir por su intercesión la constancia y las fuerzas merecidas para acabar digna y fielmente la Cuaresma.

COLECTA

Glorifíquete, Señor, la bendita solemnidad de tus Santos Cosme y Damián: en la cual les diste a ellos, con tu inefable Providencia, la gloria eterna, y a nosotros tu protección. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías.

En aquellos días me habló el Señor, diciendo: Estáte en la puerta de la casa del Señor: y predica allí esta palabra, y di: Oíd la palabra del Señor, Judá todo, los que entráis por estas puertas, para adorar al Se-

ñor. Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos, y vuestras obras: y habitaré con vosotros en este lugar. No confiéis en palabras mentirosas, diciendo: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es éste. Más, si dirigiereis bien vuestros caminos, y vuestras obras; si hiciereis justicia entre el hombre y su prójimo, y no causareis perjuicio al peregrino, y al huérfano, y a la viuda; ni derramareis en este lugar la sangre, inocente: ni caminaréis detrás de dioses ajenos, para mal vuestro: habitaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres por los siglos de los siglos: lo dice el Señor omnipotente.

El culto interno y externo. — La Santa Iglesia es fiel en cumplir todas sus promesas para con sus hijos. Si les insiste para obtener el cumplimiento de las obligaciones externas de la religión aunque sean penosas para su cobardía, les advierte también que no piensen que las obligaciones corporales por muy bien que se ternas, encomendadas al hombre y al cristiano. cumplan, podrán preferirse a las virtudes in-Dios no acepta la ofrenda del espíritu y del corazón si el hombre, por orgullo y molicie, descuida ofrecer al mismo tiempo el servicio del cuerpo; pero limitar la religión a las obras púramente naturales no es honrar a Dios, que quiere se adore *en espíritu y en verdad* [1]. Los judíos estaban orgullosos de poseer el templo de Jerusalén, donde habitaba la majestad de Dios; mas esta ventaja que les ponía por encima de todas

[1] *Joa.*, IV, 24.

las demás naciones, pronto fué su ruina, porque contentándose con este vano respeto para con esta santa casa, no miraban más allá, ni pensaban admitir un gran bien practicando la ley de Dios. Así harían entre nosotros los cristianos, que llenos de una fidelidad puramente externa al ayuno y a la abstinencia, no trabajaran nada por corregir su vida, introduciendo el espíritu de justicia, caridad y humildad. Merecían que el Señor les afrentase con las palabras que pronunció en otro tiempo contra Israel: "Este pueblo me honra con sus labios; pero su corazón está lejos de mí"[1]. Este fariseísmo cristiano es muy raro en nuestros días. El relajamiento casi universal respecto a las prácticas externas es más bien la plaga de hoy día; y las personas fieles a las observancias de la Iglesia son ordinariamente negligentes en observar las demás virtudes cristianas. Sin embargo, algunas veces se encuentra esta falsa conciencia y produce un escándalo que retarda en nosotros su acercamiento al reino de Dios. Sometámonos a ley sin restricciones. Ofrezcamos a Dios un servicio espiritual que consiste en la obediencia hecha de corazón a todos los preceptos y añadamos como complemento necesario el homenaje de nuestro cuerpo, practicando todo lo que la Iglesia nos prescribe para elevarle a la altura del alma, con quien tiene que participar su destino.

[1] *Isaías,* XXXIX, 13.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, saliendo Jesús de la sinagoga, entró en la casa de Simón. Y la suegra de Simón estaba con grandes calenturas: y le rogaron por ella. E, inclinándose sobre ella, imperó a la fiebre: y la dejó. Y a continuación, levantándose les sirvió. Y, cuando se puso el sol, todos los que tenían enfermos de varias dolencias, los llevaron a El. Y de muchos salían los demonios, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. E, increpándoles, no les dejaba hablar, porque sabían que El era el Cristo. Y, hecho ya de día, se fué al desierto, y las turbas le buscaron, y fueron hasta El: y le retenían, para que no se apartase de ellos. A las cuales dijo El: También me conviene evangelizar el reino de Dios a otras ciudades, pues para eso he sido enviado. E iba predicando por las sinagogas de Galilea.

El médico de las almas. — Admiremos la misericordia del Salvador que se digna emplear su poder en curar los cuerpos y sepamos que aun es mucho más solícito en curar las enfermedades del alma. Estamos dominados por la fiebre de las pasiones; él sólo puede calmarla. Imitemos por nuestra parte el celo de los habitantes de Galilea que ponen sus enfermos a los pies de Jesús; pidámosle que nos cure también a nosotros. Vemos qué afablemente recibe a todos estos desgraciados, salgamos a su encuentro. Instémosle que no se aleje y se quede para siempre con nosotros y se dignará quedarse. Oremos por los pecadores; pasan los días de ayuno, ya entramos en la segunda mitad de Cuaresma y la

Pascua de nuestra redención se acerca. Ved estas multitudes que no se conmueven, a estas almas cerradas a la luz que son impenetrables, estos corazones endurecidos, que nada les emociona, tantos cristianos que van a amontonar una desgracia más a su eterna reprobación. Ofrezcamos por ellos nuestras penitencias y pidamos a Jesús, por los méritos de su Pasión, que pronto se realizará, se digne hacer un último esfuerzo de misericordia y arranque al demonio estas almas por quienes va a derramar su sangre.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, que tu celestial propiciación aumente el pueblo a ti sujeto, y le haga siempre obediente a tus mandamientos. Por el Señor.

VIERNES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la iglesia de San Lorenzo *in Lucina*, antiguo y célebre santuario donde se conserva la parrilla en la cual el santo Arcediano de la Iglesia romana consumó su martirio.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, prosigas nuestros ayunos con tu benigno favor: para que, así como nos abstene-

mos de alimentos en el cuerpo, así ayunemos también de vicios en el alma. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los números.

En aquellos días se juntaron los hijos de Israel contra Moisés y Aarón: y, amotinándose, dijeron: Dadnos agua, para que bebamos. Y, despidiendo a la multitud, entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de la alianza, se prosternaron en tierra, y clamaron al Señor, y dijeron: Señor, Dios, oye el clamor de este pueblo, y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración. Y apareció la gloria del Señor sobre ellos. Y habló el Señor a Moisés, diciendo: Toma la vara, y congrega al pueblo, tú y tu hermano Aarón, y hablad a la roca delante de ellos, y ella dará aguas. Y, cuando sacares agua de la roca, beba toda la multitud, y sus animales. Tomó, pues, Moisés la vara, que estaba delante del Señor, como se lo había mandado, y, reunida la multitud delante de la roca, les dijo: Oíd, rebeldes e incrédulos: ¿Acaso podremos sacar agua de esta roca para vosotros? Y, habiendo alzado la mano Moisés, golpeando dos veces la piedra con la vara, brotaron copiosísimas aguas, de tal modo que pudieron beber el pueblo y los animales. Y dijo el Señor a Moisés y Aarón: Porque no me habéis creído, para que me santificarais delante de los hijos de Israel, no introduciréis a estos pueblos en la tierra que les daré. Esta es el agua de la contradicción, donde los hijos de Israel murmuraron contra el Señor, y fué santificado en ellos.

LA ROCA ESPIRITUAL. — Este es uno de los símbolos más venerables del Antiguo Testamento y figura del bautismo a que aspiran los catecúmenos. En él aparece el agua como el blanco de

los deseos de todo un pueblo que sin ella perecería. San Pablo que nos descubre los misterios de la antigua alianza, nos enseña que la roca, la piedra figura a Jesucristo [1], de quien brota la fuente de agua viva que apaga la sed y purifica las almas. Los Santos Padres han sido los que después nos han hecho notar que de la piedra, no brotó el agua vivificante que encerraba, hasta después de haber sido golpeada con la vara, cuyos golpes dados a la roca significan la Pasión del Redentor. La madera de esta vara, nos dicen los intérpretes antiguos es símbolo de la Cruz, y el doble golpe representa los dos maderos de que está formada.

El nuevo Moisés. — Las pinturas que la Iglesia primitiva ha dejado en las Catacumbas de Roma, nos ofrecen contínuamente esta imagen de Moisés hiriendo la roca de donde corren las aguas; y en un vaso pintado, encontrado en esos subterráneos, cuna de nuestra fe, se nos enseña, por la inscripción que allí se lee todavía, que los primeros cristianos consideraban la persona de Moisés, que sólo se trae como figura, al mismo San Pedro, que, en la nueva alianza, ha abierto al verdadero pueblo de Dios la fuente de toda la gracia con su predicación el día de Pentecostés y más tarde en la que dirigió a los gentiles en la persona del centurión Cornelio. Este símbolo de

[1] *I Cor.*, X, 4.

Moisés hiriendo la roca y la mayoría de los que hemos encontrado y encontraremos aún en las lecturas que la Iglesia destinaba a la instrucción de los catecúmenos, no están consignados únicamente, durante los primeros siglos, en los frescos de las Catacumbas romanas; numerosos monumentos nos dicen que también se les representaba en todas las iglesias de oriente y occidente. Muchos de estos símbolos se han conservado hasta el siglo XIII y hasta más tarde en las vidrieras de nuestras catedrales, conservandose aun la forma hierática que habían recibido al principio. Es triste ver que temas que excitaban vivo entusiasmo en nuestros padres, a nosotros nos sean tan poco familiares. Salgamos de esta indiferencia que no tiene nada de cristiana y volvamos, por la meditación de la sagrada liturgia, a estas tradiciones de las que nuestros antepasados formaron su fe enérgica y su admirable entrega a Dios y a la posteridad.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo fué Jesús a una ciudad de Samaria, que se llama Siquén, junto al campo que dió Jacob a su hijo José. Y estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, pues, fatigado del camino, se sentó sobre la fuente. Era casi la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar víveres.) Díjole, pues, aquella mujer Samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una

mujer Samaritana? Porque los judíos no tratan con los samaritanos. Respondió Jesús, y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber: quizás le pidieras tú a El, y El te diera agua viva. Díjole la mujer: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿dónde tienes, pues, el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, y él mismo bebió de él, y sus hijos, y sus ganados? Respondió Jesús, y le dijo: Todo, el que bebe de esta agua, sentirá sed otra vez: mas, el que bebiere del agua que yo le daré, no sentirá sed eternamente: sino que el agua, que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna. Díjole la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed, ni vuelva más a sacar de aquí. Díjole Jesús: Vete, llama a tu marido, y vuelve aquí. Respondió la mujer, y dijo: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien has dicho que no tienes marido, pues has tenido cinco, y el que tienes ahora no es tuyo: has dicho la verdad. Díjole la mujer: Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que es en Jerusalén donde hay que adorarle. Díjole Jesús: Mujer, créeme, ya viene la hora, cuando no adoraréis al Padre ni en este monte, ni en Jerusalén. Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. Pero ya ha llegado la hora, y es ésta, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre desea adoradores de esta clase, para que le adoren. Dios es espíritu: y, los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad. Díjole la mujer: Sé que el Mesías (que se llama Cristo) está para venir. Y, cuando él venga, nos anunciará todas las cosas. Díjole Jesús: Yo soy, que hablo contigo. Y en aquel momento llegaron sus discípulos: y se admiraron de que hablara con una mujer. Sin embargo,

nadie le dijo: ¿Qué buscas, o qué hablas con ella? Dejó, pues, su cántaro la mujer, y se fué a la ciudad, y dijo a aquellos hombres: Venid, y ved al hombre que me ha dicho cuanto he hecho: ¿será El el Cristo? Salieron, pues, de la ciudad, y fueron a El. Entretanto, le rogaban los discípulos, diciendo: Rabbí, come. Pero El les dijo: Yo tengo para comer un manjar que vosotros no conocéis. Se decían, pues, los discípulos entre sí: ¿Acaso le ha traído alguien de comer? Díjoles Jesús: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y cumplir su obra. ¿No decís vosotros que todavía faltan cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: Alzad los ojos, y ved los campos: ya están blancos para la siega. Y, el que siega, recibe jornal, y recoge el fruto para la vida eterna: para que se alegren el que siembra y el que siega. Aquí es verdad aquel dicho: Uno es el que siembra, y otro el que siega. Porque yo os he enviado a segar lo que vosotros no trabajásteis: otros lo trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus labores. Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en El, por lo que les había contado la mujer, al decirles: Me ha dicho cuanto he hecho. Viniendo, pues, los samaritanos a El, le rogaron que quedase allí. Y quedó allí dos días. Y muchos otros creyeron en El por su misma palabra. Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho: pues nosotros mismos hemos oído, y sabemos que éste es ciertamente el Salvador del mundo.

JESÚS EN EL POZO DE JACOB. — El relato evangélico cuenta que el hijo de Dios viene personalmente a continuar el misterio de Moisés, como lo demuestra la revelación que hizo a la Samaritana, representante de la gentilidad, del misterio del agua que da la vida eterna; también hoy encontramos este tema plasmado en las

pinturas murales de las catacumbas y los bajorrelieves de los sarcófagos cristianos de los siglos IV y V. Meditemos pues esta historia, donde todo nos habla de la misericordia del Redentor. Jesús se siente cansado del camino que acaba de recorrer; El, el Hijo de Dios, quien creó el mundo con una sola palabra, se ha fatigado buscando a sus ovejas. Consideradle obligado a sentarse para aliviar sus fatigados miembros; y lo hace junto al brocal de un pozo, próximo a una fuente. Encuentra a una mujer que sólo conoce el agua material. Jesús quiere darla a conocer un agua mucho más preciosa. Comienza por comunicarla la fatiga que le abruma, la sed que le devora. *Dame de beber,* le dice; pocos días después dirá en Cruz; *tengo sed*. Para llegar a comprender bien la gracia del Redentor hay que haberle conocido primero en sus enfermedades y sufrimientos.

EL AGUA VIVA. — Poco después ya no es Jesús quien pide agua; él mismo la ofrece y un agua que quita sed para siempre, un agua con que apagaremos nuestra sed, incluso en la otra vida. La mujer desea beber esta agua; desconoce todavía quien es el que le habla y ya da crédito a sus palabras. Esta idólatra demuestra más fe que los mismos judíos; no obstante sabe que quien la dirige la palabra pertenece a una nación que la desprecia. La acogida que hace al

Salvador la merece nuevas gracias. Comienza por experimentarlo. *Vete,* le dice, *llama a tu marido y vuelve aquí.* Esta infeliz no tenía un marido legítimo; Jesús quiere que lo diga ella misma. No anda con rodeos; y el haberle revelado su falta vergonzosa es motivo de que le reconozca por un profeta. Su humildad será recompensada y saciará su sed de las fuentes de agua viva. De igual modo se sometió el pueblo gentil a la predicación de los apóstoles que venían a revelar a estos hombres despreciados, la gravedad del mal y la santidad de Dios; y lejos de rechazarlos les encontraban dóciles, dispuestos para todo. La fe de Jesucristo necesitaba mártires; los hubo en masa en las primeras generaciones arrebatadas al paganismo y a todos sus desórdenes. Jesús, viendo esta sencillez en la Samaritana, piensa compadecido que ha llegado el tiempo de revelársele. Notifica a esta pobre pecadora que ha llegado el momento en que los hombres adorarán a Dios en toda la tierra; que ha venido el Mesías y que él mismo es el Mesías. Así es de delicada la divina condescendencia del Salvador con un alma dócil; se le manifiesta totalmente. Entre tanto llegan los Apóstoles; pero tienen muy metido todavía el nacionalismo israelita para comprender la misericordia que ha tenido su Maestro con esta samaritana; no obstante está muy próxima la hora en que ellos mismos dirán con San Pablo: "No hay ya judío o griego, no hay

siervo o libre, no hay varón o mujer porque todos sois uno solo en Cristo Jesús"[1].

Apóstol y Mártir. — Entre tanto la mujer de Samaria impulsada por un fuego celestial se convierte ella misma en apóstol. Deja su cántaro junto al brocal del pozo; a sus ojos el agua material no tiene ningún valor, una vez que el Salvador la ha dado a beber su agua viva; vuelve a la ciudad y ahora es para predicar a Jesucristo, para llevar a sus pies, si pudiera, a todos los habitantes de Samaria. Humildemente, prueba la grandeza de su profeta con la revelación que la acaba de hacer de los desórdenes en que ha vivido hasta hoy. Estos paganos despreciados, que causaban horror a los judíos, corren al pozo en donde se halla Jesús conversando con sus discípulos de la mies próxima; honran en él al Mesías, *al Salvador del mundo;* y Jesús se complace en quedarse dos días en esta ciudad, en que reinaba la idolatría mezclada con algunos restos de las observancias judaicas. La tradición cristiana ha conservado el nombre de esta mujer, que después de los reyes magos es una de las primicias del nuevo pueblo; se llamaba Fotina y dió su sangre por aquel que se le había dado a conocer junto al brocal del pozo de Jacob. La Iglesia honra cada año su memoria en el Martirologio romano el 20 de marzo.

[1] *Gal.*, III, 28.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que confiamos en tu protección, venzamos, con tu ayuda, todas nuestras adversidades. Por el Señor.

SABADO

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la iglesia de Santa Susana, virgen romana y mártir. La razón que motivó el escoger esta iglesia es la lectura que se hace hoy de la historia de la casta Susana, hija de Helcias, que la Iglesia pone para que sirva de imitación a los cristianos.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que, afligiendo su carne, se abstienen de alimento, siguiendo la justicia, ayunen también de pecado. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días había un varón, que habitaba en Babilonia, y se llamaba Joaquín: y tomó por esposa a una mujer, llamada Susana, hija de Helcías, hermosa en extremo, y temerosa de Dios: pues sus padres, que eran justos, educaron a su hija según la Ley de Moisés. Y era Joaquín hombre muy rico, y poseía un jardín cerca de su casa: y se reunían con él

los judíos, porque era el más respetable de todos. Y en aquel año fueron nombrados jueces del pueblo dos ancianos: de los cuales dijo el Señor: Que la iniquidad salió de Babilonia de los ancianos jueces, que parecían regir al pueblo. Estos frecuentaban la casa de Joaquín, y acudían a ellos todos cuantos tenían pleitos. Y, cuando se iba el pueblo, a mediodía, entraba Susana, se paseaba por el jardín de su marido. Y los viejos la veían todos los días entrar y pasearse: y se encendieron en concupiscencia de ella: y perdieron el juicio, y apartaron sus ojos, para no ver el cielo, ni acordarse de los justos juicios. Y aconteció que, espiando la ocasión oportuna, entró ella, como los días anteriores, con dos doncellas suyas, y quiso lavarse en el jardín: porque hacía calor, y no había allí nadie, fuera de los dos viejos escondidos, que la contemplaban. Dijo, pues, a las doncellas: Traedme aceite y ungüentos, y cerrad las puertas del jardín, para que me lave. Y, cuando salieron las doncellas, se levantaron los dos viejos, y corrieron hacia ella, y dijeron: Mira, las puertas del jardín están cerradas, y nadie nos ve, y nosotros te deseamos: por lo tanto, condesciende con nosotros, y cede a nuestros deseos, porque, si no quisieres, testificaremos contra ti, diciendo que estuvo contigo un joven y que, por esa causa, despediste a tus doncellas. Gimió Susana, y dijo: ¡Angustias me cercan por todas partes! Porque, si hiciere esto, será mi muerte; y, si no lo hiciere, no escaparé de vuestras manos. Pero es mejor para mí caer en vuestras manos, sin hacerlo que pecar en presencia del Señor. Y dió Susana un fuerte grito: y gritaron también los viejos contra ella. Y corrió uno a las puertas del jardín, y abrió. Y, cuando los criados oyeron el grito en el jardín, irrumpieron por el postigo, para ver qué era. Mas, cuando hablaron los viejos, se avergonzaron muchísimo los siervos, porque nunca se había dicho cosa semejante de Susana. Y

llegó el día siguiente. Y, habiendo ido el pueblo a Joaquín, su marido, fueron también los dos viejos, llenos de perversa intención contra Susana, para matarla. Y dijeron delante del pueblo: Enviad por Susana, hija de Helcías, mujer de Joaquín. Y al punto enviaron por ella. Y vino con sus padres, e hijos, y todos los parientes. Y lloraban los suyos, y todos los que la conocían. Y, levantándose los dos viejos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre su cabeza. Ella, llorando, miró al cielo: pues su corazón tenía confianza en el Señor. Y dijeron los viejos: Cuando nos paseábamos en el jardín solos entró ésta con dos doncellas: y cerró las puertas del jardín, y despidió a a las doncellas. Y vino a ella un joven, que estaba escondido, y pecó con ella. Y nosotros, que nos hallábamos escondidos en un rincón del jardín, al ver la iniquidad, corrimos a ellos, y les vimos pecando a los dos. Y a él no pudimos prenderle, porque era más fuerte que nosotros, y, abriendo las puertas, escapó. Pero, habiendo prendido a ésta, le preguntamos quién era el mancebo, y no quiso decírnoslo: somos testigos de esto. Creyóles la multitud, como a ancianos, y como a jueces del pueblo, y la condenaron a muerte. Mas Susana exclamó con gran voz, y dijo: Eterno Dios, que conoces las cosas escondidas, que lo sabes todo antes de que suceda, tú sabes que han levantado contra mí falso testimonio: y he aquí que muero, sin haber hecho nada de lo que éstos han inventado maliciosamente contra mí. Y oyó el Señor su voz. Y, cuando era llevada a la muerte, suscitó el Señor el espíritu santo de un joven, llamado Daniel. Y exclamó con gran voz: Limpio estoy yo de la sangre de ésta. Y, vuelto a él todo el pueblo, dijo: ¿Qué significa eso que has dicho? Y él, poniéndose en medio de ellos, dijo: ¿Sois tan fatuos, oh hijos de Israel, que, sin juzgar ni conocer la verdad, habéis condenado a una hija de Israel? Volved a juzgar, porque han le-

vantado contra ella falso testimonio. Volvióse, pues, el pueblo con presteza. Y díjoles Daniel: Separadlos lejos al uno del otro, y yo les juzgaré. Y, cuando estuvieron separados el uno del otro, llamó a uno de ellos, y le dijo: Inveterado de días malos, ahora se descubrirán los pecados que has obrado hasta aquí, pronunciando sentencias injustas, oprimiendo a los inocentes y absolviendo a los culpables, a pesar de decir el Señor: No matarás al inocente y al justo. Ahora, pues, si la viste, di bajo qué árbol les viste hablar entre sí. El dijo: Bajo un lentisco. Y dijo Daniel: Bien has mentido contra tu cabeza. Porque he aquí que el Angel de Dios, por sentencia de El recibida, te rajará por medio. Y, retirado él, mandó venir al otro, y le dijo: Raza de Canaán, y no de Judá, la belleza te engañó, y la concupiscencia pervirtió tu corazón: así hacíais con las hijas de Israel, y ellas os hablaban con temor: pero la hija de Judá no sufrió vuestra iniquidad. Ahora, pues, dime bajo que árbol les sorprendiste hablando entre sí. El dijo: Bajo una encina. Y díjole Daniel: Bien has mentido tú también contra tu cabeza: porque el Angel del Señor permanece con la espada desenvainada, para que te parta por medio, y os mate. Exclamó, pues, toda la muchedumbre con gran voz, y bendijeron a Dios, el cual salva a los que esperan en El. Y se levantaron contra los dos viejos (porque los había convencido Daniel, por su propia boca, de haber dicho falso testimonio), e hicieron con ellos el mal que ellos habían tramado contra el prójimo: y los mataron, y se salvó aquel día la sangre inocente.

La virtud recompensada. — Ayer, participamos de la alegría de los catecúmenos, a quienes la Iglesia reveló claramente esta fuente pura y vivificadora que mana del Salvador y en cuyas

aguas van muy pronto a beber una nueva vida. Hoy la enseñanza es para los Penitentes cuya reconciliación está muy próxima. Pero ¿cómo pueden esperar aun el perdón aquellos que han manchado la vestidura blanca de su bautismo y despreciado la sangre divina que les había rescatado? No importa, obtendrán el perdón y se salvarán. Si queréis comprender este misterio, tenéis que leer y meditar antes las Sagradas Escrituras. En ellas aprenderéis cómo para el hombre hay una salvación que tiene su origen en la justicia y otra en la misericordia. Hoy tenemos ante nuestra presencia ejemplos de ambas clases. Susana acusada injustamente de adulterio, recibe de Dios, que la hace justicia y la libra, la recompensa de su virtud; en cambio otra mujer verdaderamente culpable de este crimen, Jesucristo mismo la libra de la muerte. Los justos esperen con confianza y humildad la recompensa que han merecido; y los pecadores esperen también en la bondad del Redentor que vino al mundo para ellos más bien que para los justos. Por eso la Iglesia reanima a sus penitentes y los llama para que se conviertan, mostrándoles las riquezas del Corazón de Jesús y la misericordia de la nueva ley que este divino Redentor vino a sellar con su sangre.

LA IGLESIA, FIEL A CRISTO. — En esta admirable historia de Susana veían también los pri-

meros cristianos la figura de la Iglesia de su tiempo solicitada al mal por los paganos y permaneciendo fiel a su Divino Esposo hasta poner en peligro su vida. Un Obispo mártir del siglo tercero, S. Hipólito, nos da la clave de este símbolo[1] y las esculturas de los antiguos sarcófagos cristianos así como las pinturas de las catacumbas romanas están de acuerdo en representarnos la fidelidad de Susana a la ley de Dios, a pesar de su inminente muerte, como el modelo de los mártires prefiriendo la muerte a la apostasía, que en el sentir de la Sagrada Escritura es verdadero adulterio del alma con Dios, de quien era esposa mediante el bautismo.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo fué Jesús al Monte de los Olivos y luego, por la mañana, fué al templo, y todo el pueblo acudió a El, y, sentándose, les enseñaba. Y los escribas y fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio; y la colocaron en medio, y le dijeron: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Ahora bien, Moisés nos ordenó en su Ley que apedreáramos a estas tales. Pero tú, ¿qué dices? Y esto lo decían tentándole, para poder acusarle. Mas Jesús, inclinándose hacia abajo, con el dedo escribía en la tierra. Pero como ellos continuasen preguntándole, se incorporó, y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, que lance contra ella la primera piedra. E, inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Al oírlo, salieron uno en pos de otro, comenzando por los más ancianos: y se quedó

[1] In Danielem, p. 27, Edit. Fabricii.

solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Y, levantándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Y dijo Jesús: Tampoco yo te condenaré: vete, y no vuelvas a pecar más.

El pecado perdonado. — Ahora vamos a ver la salvación mediante la misericordia. El crimen de esta mujer es real; la ley la condena a muerte; sus acusadores, al exigir el castigo, están en sus justos derechos; y a pesar de eso la culpable no perecerá. Jesús la pone en libertad, y por este beneficio la impone una sola condición: que no peque más. ¡Cuán agradecida debió ser con su libertador! ¡Qué cuidado debió poner en adelante para seguir los mandatos de Aquel que no la había querido condenar y a quien debía la vida! Ya que también nosotros somos pecadores penetrémonos bien de estos sentimientos, contemplando a nuestro Redentor. ¿Acaso no fué El quien contuvo el brazo de la divina justicia, dispuesto a herirnos? ¿No fué El quien recibió en su mismo cuerpo los golpes? Salvados por su misericordia, unámonos a los Penitentes de la primitiva Iglesia, y durante estos días que todavía nos quedan pongamos fundamentos fuertes a nuestra nueva vida.

Los pecados de la lengua.— Jesús sólo responde una palabra a los Fariseos que han venido a tentarle con el pretexto de esta mujer; pero

esta palabra lacónica nosotros la debemos tener en sumo respeto y veneración, porque manifiesta la conmiseración del divino Salvador con esta pecadora que se halla avergonzada ante su presencia y tiene también una lección práctica para nosotros: *quien entre vosotros esté sin pecado que arroje contra ella la primera piedra.* Durante este tiempo de reparación y penitencia examinémonos de las murmuraciones de que nos hemos hecho reos para con el prójimo, estos pecados de la lengua de que tan poco caso se hace, se olvidan tan pronto, porque manan, por decirlo así, de la fuente. Si se guardara la palabra del Salvador como se debe, en lo íntimo de nuestro corazón; si antes de hablar hubiéramos visto nuestras flaquezas, ¿no es cierto que jamás hubiéramos tenido valor para atacar la conducta del prójimo, revelar sus faltas, juzgar hasta sus pensamientos e intenciones? Pongamos cuidado en adelante: Jesús conocía la vida de los acusadores de esta mujer; la nuestra la conoce hasta en sus más mínimos detalles. Pobres de nosotros si no somos indulgentes con nuestros hermanos. Consideremos finalmente la malicia de los enemigos del Salvador y la deslealtad con que le arman un lazo. Si habla en favor de la vida de esta mujer, le acusarán de que desprecia la ley de Moisés, que manda lapidarla; si responde conforme está mandado en la ley, le entregarán al pueblo como un hombre cruel y sanguinario.

Jesús con su celestial prudencia, sale vencedor de sus ardides; nosotros debemos aprender de aquí qué suerte le está reservada el día en que, viéndose cogido entre sus manos, ya no opondrá a sus calumnias y ultrajes sino que guardará silencio y la paciencia de una víctima condenada a muerte.

ORACION

Oremos: Alarga, Señor, a tus fieles la diestra de tu celestial auxilio; para que te busquen de todo corazón y merezcan alcanzar lo que justamente piden. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

El domingo de la alegría. — Este domingo, llamado *Laetare*, por comenzar así la primera palabra del Introito de la Misa, es uno de los más célebres del año. Este día, la Iglesia suspende las tristezas de Cuaresma; los cantos de la Misa sólo hablan de la alegría y el consuelo; el órgano, mudo en los tres domingos precedentes, se hace oír hoy; el diácono viste la dalmática, el subdiácono la túnica; y se permite sustituir los ornamentos de color morado por los de rosa. Ya vimos, en el Adviento, practicar estos mismos ritos en el tercer domingo llamado *Gau-*

dete. Esta nota de alegría que la Iglesia pone hoy en su Liturgia tiene por fin felicitar a sus hijos por su celo. Han recorrido ya la mitad de la santa Cuaresma y quiere estimular sus energías para coronar la carrera [1].

La estación. — En Roma, se celebra la estación en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, una de las siete principales de la ciudad eterna. También se la llamó la basílica Sesoriana, porque, en el siglo IV, se trasladó al palacio Sesoriano; Santa Elena la quiso hacer como la Jerusalén de Roma y por eso la enriqueció de preciosas reliquias. Mandó trasportar en vistas a este fin, una gran cantidad de tierra, tomada del monte Calvario y la colocó en este santuario, además, de otros recuerdos de la Pasión del Salvador, como la inscripción colocada sobre la cabeza, cuando agonizaba en la Cruz, y que aún hoy día se venera allí con el nombre de *Título* de la Cruz. El nombre de Jerusalén dado a esta basílica, renueva todas las esperanzas del cristiano, ya que recuerda la patria celestial, la verdadera Jerusalén, de la que aún estamos desterrados; todo esto ha contribuído a que los Soberanos

[1] Como antiguamente la Cuaresma comenzaba no el miércoles de Ceniza, sino el primer domingo de Cuaresma, resultaba que el cuarto domingo fijaba exactamente la mitad del tiempo cuaresmal. Este era el domingo de la Media Cuaresma. Más tarde se adelantó la Cuaresma cuatro días, la Mitad del la Cuaresma se adelantó del domingo al jueves. De todo esto no tenemos indicios en los textos litúrgicos.

Pontífices, ya desde muy antiguo, la escogiesen para la estación de este día. Hasta los tiempos en que los Papas vivían en Aviñón se inauguraba en este templo la Rosa de oro, ceremonia que hoy día tiene lugar en el palacio en que reside el Papa.

La Rosa de oro. — La bendición de la Rosa de oro es aún hoy día uno de los ritos propios del cuarto domingo de Cuaresma: También se le ha llamado por este motivo domingo de la *Rosa*. Las ideas seductoras que despierta esta flor están muy en armonía con los sentimientos que la Iglesia hoy quiere inspirar a sus hijos a quienes la alegre Pascua va a abrirles pronto una primavera espiritual, de quien la natural no es más que una pálida figura; también esta institución ha tenido suma importancia a través de los siglos.

S. León IX, en el año 1049, la instituyó en la abadía de Santa Cruz de Woffencheum; nos queda un sermón sobre la Rosa de oro, que Inocencio III pronunció en este día en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén [1]. En la Edad Media cuando el Papa residía aun en el palacio de Letrán, después de haber bendecido la Rosa, se dirigía acompañado de todo el Sacro Colegio hacia la Iglesia estacional, llevando en la mano

[1] P. L., t. CCXVIII, c. 393.

esta flor Simbólica. Una vez llegado a la basílica, pronunciaba un discurso sobre los misterios que representa la Rosa por su belleza, su color y su perfume. A continuación se celebraba la Misa. Una vez acabada, el Pontífice volvía a Letrán atravesando la llanura que separaba las dos basílicas, llevando siempre en su mano la Rosa. A la llegada a las puertas del palacio, si había algún príncipe entre los que formaban el cortejo, era deber suyo sostener el estribo y ayudar al Pontífice a bajar del caballo; como recompensa de su cortesía recibía esta Rosa, objeto de tantos honores.

Hoy día, la ceremonia no es tan importante, sin embargo ha conservado todos sus ritos principales. El Papa bendice la Rosa de oro en la *sala de los ornamentos,* la unge con el santo crisma y derrama encima polvos olorosos, conforme al rito usado en otras épocas; y cuando ha llegado el momento solemne de la Misa entra en la capilla del palacio llevando la flor entre sus manos. Durante el santo sacrificio, se la coloca sobre el altar en un rosal de oro preparado; finalmente, cuando ha terminado la Misa, se la lleva al Pontífice, que sale de la capilla llevándola en las manos hasta llegar a la *sala de los ornamentos.* Ordinariamente también hoy el Papa la suele enviar a algún príncipe o princesa a quien quiere honrar; otras veces obtienen esta distinción una ciudad o una iglesia.

Bendición de la Rosa de oro. — Ponemos aquí la traducción de la hermosa oración con que el Sumo Pontífice bendice la Rosa de oro; ayudará a penetrar mejor el misterio de esta ceremonia, que da tanto esplendor al cuarto domingo de Cuaresma. He aquí los términos de que está compuesta esta oración: "Oh Dios, que has creado todo con tu palabra y poder y gobiernas todas las cosas con tu voluntad, Tú que eres la alegría y el consuelo de todos los fieles; rogamos a tu majestad quiera bendecir y santificar esta Rosa tan agradable por su aspecto y su perfume, que nosotros, tenemos que llevar hoy en nuestras manos como señal de alegría espiritual; a fin de que el pueblo que está consagrado arrancado del yugo de la cautividad de Babilonia por la gracia de tu único Hijo que es la gloria y alegría de Israel, represente con un corazón sincero las alegrías de esta Jerusalén superior que es nuestra Madre, y como tu Iglesia salta de gozo, ante su presencia, glorificando tu nombre, Tú, Señor, concédele un consuelo verdadero y perfecto. Acepta la devoción, perdona los pecados, aumenta la fe; cura con tu protección, protege con tu misericordia, destruye los obstáculos, concede todos los bienes, a fin de que esta misma Iglesia te ofrezca el fruto de las buenas obras, siguiendo tras el olor de esta flor que, dimana del tallo de Jesé, recibe el nombre místico de flor de los campos y lirio de los valles y que merece gustar

una alegría intensa en la gloria celestial en la compañía de todos los santos con esta flor divina que vive y reina contigo, en unión del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén."

La multiplicación de los panes. — Ahora vamos a hablar de otro nombre que se ha dado al cuarto domingo de Cuaresma y que tiene relación con la lectura del Evangelio que nos propone hoy la Iglesia. En efecto, a este domingo se le ha designado en muchos documentos antiguos con el nombre de domingo de *los cinco panes*. El milagro que recuerda este título, a la vez que completa el ciclo de las instrucciones cuaresmales, se asocia a las alegrías de este día. Perdemos de vista unos momentos la Pasión inminente del Hijo de Dios, para ocuparnos en el más grande de sus beneficios, pues en la figura de estos dones materiales multiplicados por el poder de Jesús, nuestra fe debe descubrir en este "Pan de vida" bajado del cielo, que da la vida al mundo"[1]. La Pascua está cerca, dice el Evangelio y pocos días más tarde nos dirá el mismo Salvador: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros"[2]. Antes de salir de este mundo para ir a su Padre, quiere saciar a estas turbas que se le han agregado a su paso, y para eso se dispone a invocar su gran poder. Con ra-

[1] *S. Juan*, VI, 35.
[2] *S. Luc.*, XXII, 15.

zón admiráis este poder creador a quien fué suficiente cinco panes y dos peces para alimentar cinco mil hombres, sobrando restos después del banquete de tal modo que se pudieron llenar doce canastos. Un prodigio tan ruidoso basta sin duda para mostrar la misión de Jesús; sin embargo, esto no es más que una prueba de su poder, una figura de lo que va hacer pronto, y no una o dos veces, sino todos los días, hasta la consumación de los siglos; y no en provecho de cinco mil personas, sino de la multitud innumerable de sus fieles. Contad en la superficie de la tierra cuántos millones de cristianos participarán del banquete Pascual; el mismo a quien vimos nacer en Belén, *Casa de Pan,* se nos va a dar en alimento, y esta comida divina jamás se agotará. Seréis saciados como lo fueron vuestros padres y las generaciones que os sigan serán también llamadas a probar *cuán dulce es el Señor*[1].

Jesús alimentó en el desierto a estos hombres que son figuras de los cristianos, este pueblo ha abandonado el ruido de la ciudad para seguir a Jesús, deseando oír su palabra, no teme ni el hambre, ni la fatiga, y su audacia se ha visto recompensada. Así coronará el Señor nuestros ayunos y abstinencias al final de este período del que ya hemos recorrido la mitad. Alegrémonos pues, y vivamos este día confiando en nuestra próxima llegada al término. Llega el momento

[1] Psal., XXXIII, 9.

en que nuestra alma, sanada de Dios, ya no se queja de las fatigas del cuerpo, porque unidas a la compunción del corazón la han merecido un lugar de distinción en el inmortal festín.

La Eucaristía. — La Iglesia primitiva no dejaba de proponer a los fieles este milagro de la multiplicación de los panes como emblema del inagotable alimento eucarístico; también se le encuentra con frecuencia en las pinturas de las catacumbas y en los bajorrelieves de los antiguos sarcófagos cristianos. Los peces junto con los panes aparecen también en los antiguos monumentos de nuestra fe; los primeros cristianos tenían la costumbre de representar a Jesucristo simbolizado por el Pez, porque la palabra Pez en griego está formada de cinco letras y cada una es la primera de estas palabras: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. En este día que es el último de la semana *Mesonéstima,* los griegos honran a S. Juan Clímaco, el célebre Abad del monasterio del monte Sinaí, del siglo VI.

MISA

Pronto pasarán los setenta años de la cautividad. Todavía un poco de tiempo y los desterrados volverán a Jerusalén; este es el pensamiento que la Iglesia ha puesto en los textos de esta Misa. No se atreve aun a hacer oír el Alleluia; pero sus cantos están llenos de alegría.

Unos días más y la casa del Señor revestirá todo su esplendor.

INTROITO

Alégrate, Jerusalén: y alegraos con ella, todos los que la amáis: gozaos con alegría, los que estuvisteis en la tristeza: para que os regocijéis, y os saciéis de las ubres de vuestra consolación. — *Salmo:* Me alegré de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor. ℣. Gloria al Padre.

En la colecta la Iglesia manifiesta que sus hijos han merecido las penitencias que se imponen; pero pide para ellos la gracia de poder hoy respirar un poco, pensando que pronto gozarán del consuelo que les esperaba.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que nos afligimos por causa de nuestra acción, respiremos con el consuelo de tu gracia. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Gálatas.

Hermanos: Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava, y otro de la libre. Pero, el que tuvo de la esclava, nació según la carne: el que tuvo de la libre nació en virtud de la promesa: esto ha sido dicho en alegoría. Porque estas (madres) son los dos Testamentos. El uno, dado en el Monte Sinaí, engendra para la esclavitud: éste es Agar. Porque el Sinaí es un monte de Arabia, que corresponde a la Jerusalén del presente, la cual sirve con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, y ésta es nuestra madre.

Porque está escrito: Alégrate, estéril, que no pares: prorrumpe, y clama, la que no das a luz: porque los hijos de la abandonada son más numerosos que los de la que tiene marido. Y nosotros, hermanos, somos, como Isaac, hijos de la promesa. Pero, así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así es también ahora. Mas, ¿qué dice la Escritura? Arroja a la esclava y a su hijo: porque no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De modo, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre: con la libertad con que Cristo nos libertó.

La verdadera libertad. — Alegrémonos, pues, hijos de Jerusalén y no del Sinaí. La madre que nos ha dado el ser, la Iglesia, no es esclava sino libre y nos dió la vida para que gozásemos de libertad. Israel servía a Dios por temor; su corazón, inclinado siempre a la idolatría, necesitaba se le reprimiese con frecuencia y que el yugo llagase sus espaldas. Nosotros, más felices que él, le servimos por amor, y el "yugo nos es blando y la carga ligera"[1]. No somos ciudadanos de la tierra; sólo estamos de paso; nuestra única patria es la Jerusalén celestial. La de la tierra, se la dejamos al judío, que se goza en las cosas terrenas; con su esperanza interesada desprecia a Cristo y trama su rápida crucifixión. Durante mucho tiempo nos hemos arrastrado como él sobre la tierra; el pecado nos tenía encadenados; cuanto más pesaban sobre nosotros las cadenas de nuestra esclavitud, más creíamos que estába-

[1] *S. Mat.* XI, 30.

mos libres. Ha llegado el tiempo propicio y los días de salvación también están presentes; y, dóciles a la voz de la Iglesia, hemos tenido la felicidad de entrar en los sentimientos y prácticas de la Santa Cuaresma. Hoy, el pecado se nos presenta como el más inaguantable de las sujecciones, la carne como una carga peligrosa, el mundo como un tirano inhumano; comenzamos a respirar y la esperanza de un próximo rescate nos inspira vivos entusiasmos. Agradezcámoselo efusivamente a nuestro libertador, nos saca él de la esclavitud de Agar, nos libra del terror del Sinaí, y, sustituyéndonos al antiguo pueblo, nos abre con su sangre las puertas de la Jerusalén celeste.

El Gradual expresa la alegría de los gentiles convocados para venir a posesionarse de la casa del Señor que en adelante será suya. El Tracto celebra la protección de Dios sobre la Iglesia, la nueva Jerusalén que no será destruída como la primera. Esta ciudad santa comunica a sus hijos la seguridad de que goza; el Señor protege a su pueblo y también a ella.

GRADUAL

Me alegré de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor. ℣. Haya paz en tu antemuro: y abundancia en tus palacios.

TRACTO

Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no será nunca quebrantado el que habita en

Jerusalén. ℣. Montes hay en torno de ésta: y el Señor está en torno de su pueblo desde ahora y para siempre.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, donde está Tiberiades: y le siguió una gran muchedumbre, porque veían los prodigios que hacía con los que estaban enfermos. Subió, pues, Jesús al monte: y sentóse allí con sus discípulos. Y estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Y, como alzase los ojos Jesús, y viese que había venido a El una gran muchedumbre, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos panes, para que coman éstos? Pero esto lo decía para probarle: porque El ya sabía lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un poco. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: pero, ¿qué es esto para tantos? Dijo entonces Jesús: Haced que se sienten los hombres. Y había mucha hierba en aquel lugar. Sentáronse, pues, los hombres en número de casi cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes, y, habiendo dado gracias, los distribuyó entre los sentados: e hizo lo mismo con los peces, dando a todos cuanto quisieron. Y, cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los restos que han sobrado, para que no perezcan. Los recogieron, pues, y llenaron doce cestos con las sobras de los cinco panes de cebada, que dejaron los que habían comido. Y aquellos hombres, cuando vieron que Jesús había hecho un milagro, dijeron: Este es el verdadero Profeta, que ha de venir al mundo. Pero, cuando conoció Jesús que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, huyó de nuevo al monte El solo.

REALEZA ESPIRITUAL DE CRISTO. — Estos hombres que el Señor acababa de saciar su hambre con tanta bondad y en virtud de un poder tan milagroso, les domina un solo pensamiento: proclamar a Jesús por Rey. Este poder y bondad que Jesús ha manifestado con ellos le ha hecho digno, a su juicio, de que reine sobre ellos. ¿Qué haremos, pues, nosotros, cristianos, que conocemos mucho mejor este doble atributo del Salvador, que los pobres judíos? Desde hoy mismo debemos llamarle para que reine en nosotros. Acabamos de verlo en la Epístola, nos ha puesto en libertad, librándonos de nuestros enemigos. Esta libertad sólo la podemos conservar guardando su ley. Jesús no es un tirano como lo son el mundo y la carne; su imperio es benigno y pacífico y nosotros somos sus hijos antes que súbditos. En la corte de este gran Rey servir es reinar. Olvidemos pues en su presencia todas nuestras pasadas servidumbres; y si alguna cadena aun nos sujeta, rompámosla pronto, porque la Pascua es la fiesta de la libertad y ya se divisa en el horizonte el crepúsculo de este gran día. Caminemos animosos hacia el término; Jesús nos dará el descanso y nos hará sentar sobre el césped como a este pueblo de quien habla el Evangelio. El Pan que nos tiene preparado hará que pronto olvidemos las fatigas del camino.

En el Ofertorio la Iglesia continúa usando las palabras de David para alabar al Señor pero de

modo particular goza celebrando hoy su bondad y su poder.

OFERTORIO

Alabad al Señor, porque es benigno: salmead a su nombre, porque es suave: todo cuanto quiso lo ha hecho en el cielo y en la tierra.

La Colecta pide que el pueblo fiel aumente en devoción, en virtud de los méritos del Sacrificio, que es el principio de la salvación.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires aplacado estos sacrificios: para que aprovechen a nuestra devoción y a nuestra salud. Por el Señor.

En la antífona de la Comunión la Iglesia ensalza la gloria de la Jerusalén celeste. Canta la alegría de las tribus del Señor que vienen a alimentarse del Pan eucarístico para tomar fuerzas y subir a esta ciudad dichosa.

COMUNION

Jerusalén, que es edificada como una ciudad, como una ciudad bien unida entre sí: allá subirán las tribus, las tribus del Señor, para alabar tu nombre, Señor.

Hoy al proponernos la Iglesia hagamos un acto de fe y amor en el misterio del Pan, pide para nosotros en la Postcomunión, la gracia de participar siempre con el respeto y la preparación que convienen a un misterio tan venerable.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Oh Dios misericordioso, hagas que tratemos con sinceros obsequios, y recibamos con alma siempre fiel, estas cosas santas, de que incesantemente nos saciamos. Por el Señor.

LUNES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la antigua Iglesia llamada de los Cuatro Coronados, es decir de los Santos Mártires, Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino que murieron en la persecución de Diocleciano. Sus cuerpos descansan en este santuario que se honra también de poseer la cabeza del gran mártir S. Sebastián.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, al celebrar con anual devoción esta sagrada abstinencia, te agrademos con el cuerpo y con el alma. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días fueron dos mujeres rameras al Rey Salomón, y se plantaron delante de él, y dijo una de ellas: ¡Ah, señor mío! Yo y esta mujer habitábamos en una casa, y yo parí junto a ella en la habitación. Y, al tercer día, después que parí yo, parió también ésta: y estábamos juntas, y no había nadie más con nosotras en la casa, excepto nosotras dos. Y murió el hijo de esta mujer una noche, porque, mien-

tras dormía, lo ahogó. Y, levantándose a media noche, quitó mi hijo de mi lado y lo puso en su seno: y su hijo, que estaba muerto, lo puso en mi seno. Y, cuando me levanté por la mañana, para dar el pecho a mi hijo, apareció muerto; pero, examinándolo con más diligencia a la clara luz, reconocí que no era el mío, el que yo engendrara. Y respondió la otra mujer: No es así como dices, sino que tu hijo murió, y el mío vive. Por el contrario, ella decía: Mientes: porque mi hijo vive, y tu hijo murió. Y de este modo altercaban ante el rey. Entonces dijo el rey: Esta dice: Mi hijo vive, y tu hijo murió. Y ésta responde: No, sino que tu hijo murió, y el mío vive. Dijo, pues, el rey: Traedme una espada. Y, cuando presentaron la espada ante el rey: Dividid, dijo, el niño vivo en dos partes, y dad media parte a una, y media parte a otra. Entonces dijo la mujer, cuyo hijo estaba vivo delante del rey (porque se conmovieron sus entrañas por su hijo): ¡Por favor, señor! ¡Dadle a ella el niño vivo, y no lo matéis! Por el contrario, la otra decía: No sea ni para mí, ni para ti; sino que se divida. Respondió el rey, y dijo: Dadle a aquélla el niño vivo, y no se le mate: porque ella es su madre. Oyó, pues, todo Israel el juicio, que había hecho el rey, y temieron al rey, viendo que la sabiduría de Dios estaba en él para hacer justicia.

NUESTRA MADRE LA IGLESIA. — S. Pablo nos explicaba en la Epístola de la Misa de ayer el antagonismo de la Sinagoga y la Iglesia y cómo el hijo de Agar persigue al hijo de Sara, a quien ha preferido el Padre de familia. Hoy, estas dos mujeres que comparecen ante Salomón nos recuerdan esta misma idea. Se disputan un hijo; este hijo representa a la Gentilidad que comien-

za a conocer al verdadero Dios. La Sinagoga figurada por la mujer que dejó morir su hijo, es decir, el pueblo a ella confiado, reclama injustamente a aquel que no pudo llevar en su seno; y como esta reclamación no se le inspiraba su amor de madre sino su orgullo, le es indiferente que se le mate, con tal que le sea arrebatado a su verdadera madre la Iglesia. Salomón, el *Rey Pacífico,* figura de Cristo entrega el hijo, a quien después de concebirle le dió a luz y le alimentó; de este modo quedó avergonzada la madre falsa; amemos, pues, a nuestra santa madre la Iglesia, Esposa de nuestro Salvador. Mediante el bautismo nos ha hecho hijos de Dios, nos ha alimentado con el Pan de Vida, nos ha infundido el Espíritu santo, y, finalmente, cuando hemos tenido la desgracia de recaer en pecado, nos ha devuelto la vida, mediante el poder divino de las llaves. El amor filial para con la Iglesia es la señal de los elegidos, la obediencia a sus mandamientos es la nota de un alma, en que reina Dios en ella.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo, estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén: y encontró en el templo a los que vendían bueyes, y ovejas, y palomas, y a los cambistas sentados. Y, haciendo como un azote de cuerdas, los arrojó a todos del templo, y también las ovejas, y los bueyes, y derramó el dinero de los cambistas, y derribó las mesas. Y, a los que vendían

palomas, les dijo: Quitad esto de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de negocios. Y recordaron sus discípulos que estaba escrito: El celo de tu casa me comió. Pero respondieron los judíos, y dijeron: ¿Qué pruebas nos das, para poder hacer esto? Respondió Jesús, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré. Dijéronle entonces los judíos: En cuarenta y seis años fué edificado este templo: ¿y tú lo reedificarás en tres días? Pero El lo decía del templo de su cuerpo. Por eso, cuando resucitó de entre los muertos, recordaron sus discípulos esto que había dicho, y creyeron en la Escritura, y en las palabras que dijo Jesús. Y, cuando estuvo en Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre, viendo los prodigios que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, y porque no necesitaba que nadie le diera testimonio de hombre alguno: pues El mismo sabía lo que hay en el hombre.

El alma templo de Dios. — El martes de la primera semana vimos ya cómo el Señor arrojó a los vendedores del templo. La Iglesia insiste sobre este hecho en la Cuaresma, porque nos presenta la severidad que usa Jesucristo con el alma, dominada por las pasiones terrenas. ¿Pues qué son nuestras almas sino el templo de Dios? Las ha creado y santificado para que sean su morada y por tanto quiere que todo sea digno de este sublime destino que se las ha dado. En estos días en que examinamos nuestras almas, ¿cuántos vendedores profanos vemos que habitan en la casa del Señor? Expulsémoles cuanto antes; pidamos al Señor que también El los arroje con el látigo de su justicia. Pronto llega el

día de obtener el perdón; vigilemos para hacernos libre de recibirlo.

CONVERSIÓN PROFUNDA. — ¿Nos hemos fijado en lo que dice el Evangelio de aquellos judíos, que más sinceros que los demás, creyeron en El, a causa de los milagros que le veían obrar? *Y sin embargo Jesús no se fiaba de ellos porque los conocía muy bien a todos.* Hay hombres que hasta llegan a creer, a reconocer a Cristo, sin que esto sea motivo para que su corazón se cambie. ¡Oh corazón duro del hombre! ¡Oh cruel congoja para la conciencia de los ministros de la salvación! Hay pecadores, gente del mundo, que en estos días se acercan al tribunal de la penitencia; creen, confiesan sus pecados; y la Iglesia no se fía de su arrepentimiento. Ya sabe que, poco después de la Comunión Pascual, se convertirán en lo que eran el día que se les impuso la ceniza de penitencia; tiembla al pensar en el peligro que estas almas, divididas entre Dios y el mundo, incurren recibiendo sin preparación, sin conversión sincera al Santo de los santos; por otra parte, se acuerda de que está escrito que no hay que apagar la mecha que aun humea, ni de acabar de romper la caña ya nacida [1]. Roguemos por estas almas cuya suerte es tan inquietante y pidamos para los pastores de la Iglesia algunos rayos de esta luz en que Jesús conocía todo lo que había en el hombre.

[1] *Isaías*, XLII, 3.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, escuches benigno nuestros ruegos: y, a los que les concedes el deseo de pedir, dales el auxilio de tu protección. Por el Señor.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de S. Lorenzo *in Damaso;* se la da este nombre porque se construyó, en el siglo IV, en honor del Arcediano de la Iglesia Romana, por el Papa S. Dámaso (366-384) cuyo cuerpo se conserva aun hoy día.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que los ayunos de esta sagrada cuaresma aumenten nuestra piadosa devoción y nos procuren el continuo auxilio de tu propiciación. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Exodo.

En aquellos días habló el Señor a Moisés, diciendo: Desciende del monte: ha pecado tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto. Se han apartado pronto del camino que les mostraste: y se han fabricado un becerro fundido, y lo han adorado; e, inmolándole víctimas, han dicho: Estos son tus dioses, Israel, los que te sacaron de la tierra de Egipto, Y dijo de nuevo Dios a Moisés: Veo que este pueblo es de dura cer-

viz: déjame, para que se irrite mi furor contra ellos, y les borre, y te haga jefe de un gran pueblo. Pero Moisés oró al Señor, su Dios, diciendo: ¿Por qué, Señor, se irrita tu furor contra tu pueblo, a quien sacaste de la tierra de Egipto con gran fortaleza, y con mano robusta? Que no digan, te ruego, los egipcios: Los sacó astutamente, para matarlos en los montes, y borrarlos de la tierra: cálmese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo. Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo, diciendo: Multiplicaré vuestra semilla como las estrellas del cielo: y toda esta tierra, de que he hablado, la daré a vuestra descendencia, y la poseeréis siempre. Y se aplacó el Señor, y no ejecutó el mal que había pensado contra su pueblo.

La idolatría moderna. — El crimen de la idolatría estaba el más extendido en el mundo, cuando se comenzaba a predicar el Evangelio. Durante muchos siglos todas las generaciones de Catecúmenos que la Iglesia iniciaba, en estos días en la verdadera fe, estaban inficionados en esta herejía. Para infundir a estos elegidos un horror provechoso de su vida pasada, se les leía hoy estas terribles palabras de Dios. Si Moisés no hubiese intercedido, hubiera exterminado como castigo de su recaída en la idolatría, a un pueblo con quien había obrado prodigios inauditos y El mismo en persona había venido a darles su ley. Entre nosotros, hoy día, ya no existe este culto grosero de adorar a los falsos dioses, pero lo practican muchos pueblos aun rebeldes a la predicación del Evangelio. Digámoslo todo;

aun podría renacer, en el corazón de nuestra Europa si la fe de Jesucristo se perdiese. ¿No se vió, cómo a fines del siglo XVIII, se colocó en los altares a la diosa Razón, coronada de flores recibiendo los honores de un incienso sacrílego? Un hombre, o una sociedad entregados a Satanás no son dueños de plantarse donde les plazca. Es cierto que los descendientes de Noé debieron amedrentarse ante el espectáculo del diluvio, cuyas consecuencias sufrió por mucho tiempo la tierra; sin embargo la idolatría hizo de nuevo grandes progresos, cuando Dios se vió como forzado a escoger a Abrahán para preservarle. Agradezcámoslo a la Iglesia. Sus enseñanzas y su moral nos preservan de este bochorno y brutalidad, resistamos a nuestras pasiones porque todas nos conducirán a la idolatría si nos falta la luz de la fe.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo, hacia la mitad de la fiesta, subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se admiraban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? Respondióles Jesús, y dijo: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguien quisiere hacer su voluntad, conocerá si la doctrina es de Dios o si hablo yo de mí mismo. El que habla de sí mismo busca su propia gloria. Pero, el que busca la gloria del que le ha enviado, es veraz, y no hay en él injusticia. ¿No os dió Moisés la Ley, y, sin embargo, nadie de vosotros observa la Ley? ¿Por qué intentáis matarme? Respondió la turba, y dijo: Tienes el demonio;

¿quién intenta matarte? Respondió Jesús, y díjoles: Sólo una obra he hecho, y todos os admiráis. Cierto, Moisés os dió la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres): y todos circuncidáis al hombre en sábado. Si recibe el hombre la circuncisión en sábado para que no sea quebrantada la Ley de Moisés: ¿os indignáis contra mí, porque he sanado en sábado todo un hombre? No juzguéis según la apariencia, sino juzgad justo juicio. Dijeron entonces algunos de Jerusalén: ¿No es éste el que buscan para matarle? Pues mira cómo habla en público, y no le dicen nada. ¿Acaso han reconocido los príncipes que éste es el Cristo? Pero nosotros sabemos de dónde es éste: mas, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde será. Y Jesús clamaba en el templo, enseñando y diciendo: También a mí me conocéis, y sabéis de dónde soy, y no he venido de mí mismo, sino que es verdadero el que me ha enviado, al cual desconocéis vosotros. Yo le conozco, porque vengo de El, y El me ha enviado. Quisieron entonces prenderle, pero nadie puso en El las manos, porque aun no había llegado su hora. Y muchos del pueblo creyeron en El.

RESPUESTA SOBRE EL MESÍAS. — La lectura del Santo Evangelio nos hace pensar en el inminente sacrificio del Cordero divino dispuesto a ofrecerse en Jerusalén. Aun no ha llegado la hora, mas no tardará. Se le busca ya para darle la muerte. La pasión de sus enemigos les ciega hasta tal punto que les hace ver en El a un violador del Sábado, porque cura a los enfermos con un solo acto de su voluntad en el día del Señor. Jesús rebate sus prejuicios sin lograr ningún fruto; les recuerda que tampoco ellos

hallan dificultad practicar la circuncisión o en sacar de sus abrevaderos su buey o su asno si hubieren caído en él. Ni quieren escuchar. Les domina una sola cosa: hacer desaparecer a Jesús. Sus prodigios son innegables y todos obrados con un fin misericordioso para con el hombre; únicamente rehusa ofrecer a la vana admiración de sus enemigos los milagros que le piden para saciar su curiosidad o adular su orgullo; y lejos de agradecer el uso que hace de los milagros en favor de los hombres, se atreven a decir, que no sólo los obra mediante el poder de Beelcebú, sino que El mismo está poseído del demonio. Causa horror el oír tan horribles blasfemias y sin embargo el orgullo de estos doctores judíos les lleva hasta cometer estos desatinos e impiedades: y la sed de sangre se enardece cada vez más en su corazón. Mientras algunos del pueblo seducidos por sus jefes, se dejaban arrastrar por un ciego fanatismo, otros más indiferentes recapacitan acerca del Mesías, y no hallan en Jesús, los distintivos de este enviado de Dios. Quieren que, cuando venga a este mundo no se sepa su origen. No obstante esto los Profetas han anunciado que debe nacer de la sangre de David; su genealogía será uno de los principales caracteres; pero todo Israel sabe que Jesús procede de esta familia real. Por otra parte también sabe que el Mesías debe tener un origen misterioso, debe venir de Dios. La buena acogida de las en-

señanzas de Jesús, confirmadas por tantos milagros, les instruyó a la vez sobre su nacimiento temporal y su filiación divina; mas la indiferencia y cierta maldad depositada en lo último del corazón del hombre les impidió recapitular; tal vez aquellos, mismos en el día del deicidio incluso, gritarán como los demás: "Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

ORACION

Oremos: Humillad vuestras cabezas a Dios.

Ten piedad, Señor, de tu pueblo: y, al que lucha con tribulaciones constantes, hazle respirar tranquilo. Pro el Señor.

MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

El gran escrutinio. — Este día recibe el nombre de *feria del gran escrutinio* porque, en la Iglesia romana, después de las informaciones y exámenes necesarios, se admitía mayor número de Catecúmenos al Bautismo. La Estación se celebraba en la basílica de S. Pablo Extra-Muros, a causa de la amplitud del edificio, y también para honrar al Apóstol de los gentiles, con los nuevos adeptos que la Iglesia disponía hacer del mismo paganismo. El lector leerá con interés y edificación las fórmulas y ceremonias observadas en esta ocasión.

El Catecumenado. — Una vez reunidos en basílica hacia la hora de mediodía los fieles aspirantes al bautismo, primero se tomaba no de los nombres de los últimos; un acólito l colocaba ordenadamente delante del pueblo, c locando a los hombres a la derecha y las muj res a la izquierda. A continuación un sacerdo recitaba sobre cada uno de ellos la Oración q les hacía catecúmenos porque, hasta aquí, l hemos dado este nombre sin pertenecerlos. les hacía primero la señal de la cruz en la fre te y se les imponía la mano sobre la cabeza. Be decían a continuación la sal, símbolo de la s biduría y se lo daban a gustar a todos.

La Ante-Misa. — Después de estas cerem nias preliminares se les mandaba salir del te plo y permanecían en el pórtico exterior has que se les llamase. Una vez fuera, la asambl de los fieles, que había quedado en la Iglesi comenzaba el Introito, tomado de las palabr del profeta Ezequiel en las que el Señor anunc cómo reunirá a todos sus elegidos de todas l naciones para derramar sobre ellos una agua p rificante y lavar todas sus manchas. El acóli llamaba a todos los catecúmenos por su nomb y el portero los introducía. Se les ordenaba nuevo, haciendo distinción de sexos, y a los p drinos y madrinas se colocaban junto a ell El Pontífice cantaba entonces la Colecta; de pués, a una invitación del diácono, los padrin

y madrinas hacían la señal de la cruz en la frente de los aspirantes, de quienes debían ser fiadores ante la Iglesia. Les seguían los acólitos y pronunciaban los exorcismos sobre cada uno de los elegidos, comenzando por los hombres y continuando por las mujeres. Después el lector leía un trozo del Profeta Ezequiel, que ponemos a continuación. Le seguía un primer Gradual, compuesto de estas palabras de David: "Venid, hijos míos, escuchadme; os enseñaré a temer al Señor. Acercáos a El y seréis iluminados y vuestros rostros no se avergonzarán."

En la Colecta que seguía a esta lectura, se pedía para los fieles los frutos del ayuno cuaresmal, y a esta oración, seguía una lectura del Profeta Isaías, que anuncia el perdón de los pecados, para aquellos que van a recibir el baño misterioso.

Un segundo Gradual igualmente sacado del Salterio se expresaba de este modo: "Dichoso el pueblo que tiene a Dios por su Señor, el pueblo que el Señor ha escogido para su herencia."

Durante la lectura de los dos Profetas y el canto de los Graduales, tenía lugar la ceremonia de la *abertura de los oídos*. Los sacerdotes iban sucesivamente tomando las orejas de los Catecúmenos imitando la acción de Jesucristo con el sordomudo del Evangelio, y diciendo como El esta palabra: *Epheta;* es decir: *abríos.* Este rito tenía por fin preparar a los Catecú-

menos a recibir la revelación de los misterios que hasta entonces sólo se les había explicado con alegorías. La primera iniciación que recibían se refería a los Evangelios.

Después del segundo Gradual, salían del *Secretarium* precedidos de cirios e incensarios cuatro diáconos llevando cada cual uno de los cuatro evangelios. Se dirigían hacia el Santuario y colocaban los libros sagrados en cada uno de los cuatro ángulos del altar. El Pontífice o un simple sacerdote dirigía a los Catecúmenos la alocución siguiente que aun hoy día leemos en el Sacramentario Gelasiano:

"Antes de comenzar a explicaros los Evangelios, es decir el relato de los hechos de Dios, primero, carísimos, hijos, debo, daros a conocer lo que son los Evangelios, su origen, quién es el autor, por qué son cuatro, quien los ha escrito; finalmente quiénes son estos cuatro hombres, que pronosticados antes por el Espíritu Santo, fueron designados por el profeta. Si no os enseñase todos estos detalles dejaría zozobra en vuestras almas, y como precisamente habéis venido hoy para que se os abran vuestros oídos, no debo comenzar por dejar en la impotencia a vuestras inteligencias. *Evangelio* significa propiamente *buena nueva;* porque es el anuncio de Jesucristo nuestro Señor. El Evangelio nos viene de El, con el fin de anunciar y demostrar que quien hablaba por medio de los profetas, vino en carne mortal a este mundo, como estaba escrito: *"Yo que era quien hablaba, heme aquí."* Como os tengo que explicar brevemente lo que es el Evangelio y quiénes son estos cuatro hombres anunciados de antemano por el Profeta, vamos a designar

sus nombres mediante las figuras que les explican. Dice el Profeta Ezequiel: *Y he aquí sus rasgos: un hombre y un león a su derecha, un toro y un águila a su izquierda.* Nosotros sabemos que estas cuatro figuras representan a los Evangelistas, cuyos nombres son: Mateo, Marcos, Lucas y Juan."

Después de este discurso, un diácono desde lo alto del ambón, dirigiéndose también a los catecúmenos les decía:

Guardad silencio y estad atentos

Después abriendo el Evangelio de S. Mateo, que había tomado del altar, leía el comienzo hasta el versículo 21. Terminada esta lectura, tomaba la palabra un sacerdote:

"Carísimos hijos, no quiero teneros por más tiempo en suspenso; os voy a explicar qué significan cada una de las figuras de los evangelistas. Mateo tiene la figura de un hombre, porque al principio de su libro, cuenta extensamente la genealogía del Salvador. Comienza de este modo: *Libro de la Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.* Véis cómo hay motivos para representar a Mateo con la figura de hombre, porque comienza con el nacimiento humano del Salvador."

El diácono que se había quedado en el ambón decía de nuevo:

Guardad silencio y estad atentos

Después leía el principio del Evangelio de S. Marcos, hasta el versículo 8.

Después de esta lectura, el sacerdote volvía a tomar la palabra:

"El evangelista Marcos lleva la figura de león, porque comienza por el desierto, con estas palabras: *La voz del que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor;* o también porque el Señor reina invencible. Esta figura del león es frecuente en las Escrituras; he aquí un ejemplo claro de esta palabra: *Judá, hijo mío, tú eres el cachorro del león; tú has nacido de mi raza; se ha acostado y se ha dormido como un león y como el cachorro de la leona. ¿Quién se atreverá a despertarlo?*"

El diácono dando de nuevo su aviso, leía el principio del Evangelio de S. Lucas hasta el versículo 17; y el sacerdote tomando la palabra decía:

"El Evangelista Lucas lleva la figura de Toro, para recordar la inmolación de nuestro Salvador. Este Evangelista comienza por hablar de Zacarías e Isabel, padres de Juan Bautista, nacido en su ancianidad."

El diácono anunciando de nuevo con la misma solemnidad el Evangelio de S. Juan, del que leía los catorce primeros versículos, el sacerdote volvía a hablar en estos términos:

"Juan tiene la figura de Aguila porque se cierne en las alturas. El dice: *Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios, estaba al principio con Dios.* Y David hablando de la persona del Cristo, se expresa de este modo: *Tu juventud se renovará como la del águila;* porque Jesucristo nuestro

Señor, resucitado de entre los muertos subió a los cielos. Por eso, carísimos hermanos, el que os ha concebido y aun os lleva en su seno se felicita pensando en la nueva familia que va a recibir la ley cristiana, cuando, en el día venerando de la Pascua, renazcáis en el agua bautismal y recibáis de Cristo nuestro Señor, como todos los santos, el don de una fiel infancia."

A la explicación de los cuatro Evangelistas seguía la ceremonia que se llamaba entrega del *Símbolo,* en la cual se decía a los Catecúmenos el Símbolo de los Apóstoles y en los siglos siguientes el de Nicea. Un sacerdote dirigía primero esta alocución:

"Admitidos a recibir el Sacramento del Bautismo y antes de ser objeto de una nueva creación en el Espíritu Santo, debéis, carísimos hijos, concebir en vuestro corazón la fe que ha de justificaros; debéis, por vuestros espíritus trasformados en adelante mediante la virtud, acercaros a Dios que es la luz de vuestras almas. Recibid, pues, el Símbolo evangélico inspirado por el Señor, instituído por los Apóstoles. Son pocas palabras, mas los misterios que encierran son grandiosos; porque el Espíritu Santo que dictó esta fórmula a los primeros maestros de la Iglesia, formuló en él la fe que nos salva, con gran precisión de palabras con el fin de que las verdades que debéis creer y considerar continuamente no se la puedan ocultar a la inteligencia, ni fatigar la memoria. Sed pues diligentes en aprender este Símbolo y lo que os entregamos según tradición, como lo hemos recibido, escribidlo no en una materia corruptible sino en las páginas de vuestro corazón. Así, pues, la profesión de fe que habéis recibido comienza del modo siguiente."

Se adelantaba entonces uno de los Catecúmenos y el sacerdote pedía al acólito que le había llevado:

"¿En qué lengua dan testimonio éstos de nuestro Señor Jesucristo?"

El acólito respondía:

"En griego."

En Roma, en tiempo de los emperadores, se usaba el griego tanto como el latín. Entonces el sacerdote decía al acólito:

"Decidles la fe en que creen."

Y el acólito, con la mano extendida sobre la cabeza del Catecúmeno, pronunciaba el Símbolo en griego, recitándole en un tono solemne. A continuación se adelantaba una de las mujeres catecúmenas de la lengua griega; el acólito repetía el Símbolo del mismo modo; el sacerdote decía entonces:

"Carísimos hijos, acabáis de oír el Símbolo en griego; escuchadle ahora en latín."

Se adelantaban sucesivamente dos catecúmenos de lengua latina, un hombre y una mujer, y el acólito recitaba dos veces ante ellos, y en voz alta, de modo que todos los demás lo pudiesen entender, el Símbolo en latín. Una vez que se hacía la *entrega del Símbolo*, el sacerdote pronunciaba esta alocución:

"Este es el compendio de nuestra fe, carísimos hijos, y estas son las palabras del Símbolo, escogidas y ordenadas no como se les ha ocurrido a los hombres sino conforme les ha dictado la razón divina. Todos son capaces de comprenderlas y retenerlas en la memoria. En él se habla del poder uno e igual de Dios Padre; en él se nos enseña cómo el único Hijo de Dios nació según la carne de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo; en él se narra la crucifixión, su sepultura y su resurrección al tercer día; en él se afirma su ascensión a los cielos, su toma de asiento a la derecha de la majestad del Padre, su futura venida para juzgar a los vivos y a los muertos. En él se habla del Espíritu Santo que tiene la misma divinidad que el Padre y que Hijo; en él finalmente, se enseña la vocación de la Iglesia, la remisión de los pecados y la resurrección de la carne. Os habéis despojado del hombre viejo, carísimos hijos míos, para reformaros conforme al nuevo; de carnales os trasformaréis en espirituales; de terrestres en celestiales. Creed con fe firme y constante que así como Cristo ha resucitado, así también vosotros resucitaréis y que, este prodigio que se ha obrado en nuestro Jefe, se reproducirá también en todos los miembros de su cuerpo. El Sacramento del Bautismo que pronto vais a recibir nos confirma en esta esperanza. Tiene los efectos de la muerte y de la resurrección; en él se despoja del hombre viejo y se reviste del nuevo. El pecador se sumerje en el agua y sale justificado. Se arroja a quien nos arrastró a la muerte y se recibe en cambio a quien nos dió la vida, a quien, mediante la gracia que os dará, os hará hijos de Dios, no según la carne sino en virtud del Espíritu Santo. Debéis gravar en vuestros corazones esta breve fórmula para que os podáis servir de ella como un socorro, de la Confesión que contiene. El poder de esta arma es invencible contra todas las emboscadas del enemigo; tiene que serles

familiar a los verdaderos soldados de Cristo. Que el diablo, que jamás deja de tentar al hombre, os halle siempre armados de este Símbolo. Salid triunfadores del enemigo que acabáis de renunciar; conservad, con la ayuda del Señor, hasta el fin, incorruptible e inmaculada la gracia que os va a otorgar; finalmente aquel que os va a perdonar los pecados os dé también la gloria de la resurrección. Así pues, carísimos hijos, ahora que conocéis el Símbolo de la fe católica aprendedle con cuidado sin cambiar una sola palabra. La misericordia de Dios es poderosa; que os guíe a la fe del bautismo a que aspiráis; y a nosotros que hoy os descubrimos los misterios nos lleve juntamente con vosotros al reino de los cielos, por intercesión del mismo Jesucristo, nuestro Señor que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén."

Después de la Tradición del Símbolo, se entregaba a los catecúmenos la Oración Dominical. El diácono anunciaba primero esta nueva gracia y una vez que había recomendado guardar silencio y atención, un sacerdote dirigía a los candidatos esta nueva alocución:

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, entre los diversos preceptos provechosos, en el día en que sus discípulos le pidieron cómo debían orar les dió esta fórmula de oración que pronto vais a oír y que os va a revelar el sentido por completo. Escuchad ahora, con caridad, cómo el divino Salvador enseñó a sus discípulos que hay que orar a Dios Padre Omnipotente: *Cuando oreis, dice, encerráos en vuestra habitación y allí orad a vuestro Padre.* Por habitación no se entiende un lugar apartado, sino lo íntimo de vuestro corazón que sólo Dios conoce. Cuando dice que se debe orar a Dios a puerta cerrada, nos advierte que debemos ce-

rrar nuestro corazón a los malos pensamientos con la llave mística, y con los labios cerrados, hablar a Dios con gran pureza de alma. Lo que Dios escucha, es la fe, no el ruido de las palabras. Cerremos pues nuestro corazón con la llave de la fe a las emboscadas del enemigo; que sólo se abra para alabar a Dios de quien sabemos es templo; y morando el Señor de este modo en nuestros corazones oirá benignamente nuestras oraciones. El Verbo, la Sabiduría de Dios, Cristo nuestro Señor, nos ha enseñado la siguiente oración:

Padre nuestro que estás en los cielos

Notad esta palabra llena de libertad y confianza. Vivid de tal modo que podáis ser hijos de Dios y hermanos de Cristo. ¿No sería una temeridad la de aquel que se atreviese a llamar a Dios su Padre y que por otra parte se mostrase como un degenerado, contrariando su voluntad? Carísimos hijos; corresponded dignamente a esta divina adopción; pues está escrito: *Todos los que creyeron en El se les dió poder de hacerse hijos de Dios.*

SANTIFICADO SEA EL *tu nombre*

No es que Dios, santidad suma, necesite que le santifiquemos nosotros; pedimos que su nombre sea santificado en nosotros, de suerte que nosotros que nos hemos hecho santos con su bautismo, perseveremos en el nuevo estado que hemos recibido.

Vénganos el tu reino

Nuestro Dios, cuyo reino es inmortal ¿no reinará siempre? Sin duda alguna; pero cuando decimos: *vénganos el tu reino,* pedimos la venida del reino que Dios nos prometió y que Cristo nos mereció con su sangre y sufrimientos.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

Es decir que se cumpla tu voluntad de tal modo que lo que tú quieres en el cielo, lo cumplamos fielmente los que estamos en la tierra.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

Aquí se entiende el alimento espiritual, pues Cristo es nuestro Pan; El mismo lo ha dicho: *Yo soy el Pan vivo bajado del cielo*. Decimos de *cada día*, porque constantemente debemos pedir vernos libres del pecado, con el fin de hacernos dignos del alimento espiritual.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

Estas palabras quieren decir que podemos merecer el perdón de los pecados perdonando primero a los que nos han ofendido. Por eso dice el Señor en el Evangelio: *Si no perdonáis a los hombres las faltas que han cometido contra vosotros, vuestro Padre no os perdonará tampoco vuestros pecados.*

Y no nos dejes caer en la tentación

Es decir, no permitáis que caigamos en la tentación, cuando seamos inducidos por el autor del mal. La Escritura nos dice: *No es Dios quien nos incita al mal.* Es el diablo quien nos tienta, y para vencerle nos aconseja el Señor: *Velad y orad para que no entréis en tentación.*

Mas líbranos del mal

Estas palabras se refieren a lo que dice el Apóstol: *No sabéis lo que os conviene pedir*. Debemos rogar a Dios uno y omnipotente para que los males que no pueda evitar la fragilidad humana, nos veamos libres de

ellos nosotros en virtud de la ayuda que nos dará Jesucristo nuestro Señor, que como Dios, vive y reina en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Concluída la alocución, decía el diácono:

Guardad orden y silencio y estad atentos

El sacerdote volvía a hablar en los siguientes términos:

"Acabáis de oír, carísimos hijos, los misterios de la Oración Dominical; ahora gravadlos en vuestros corazones para que lleguéis a ser perfectos y merezcáis pedir y recibid la misericordia divina. Dios nuestro Señor es poderoso y a los que pronto vais a recibir la fe os conducirá al baño de las aguas regeneradoras. Dígnese llevarnos con vosotros al reino celestial en premio de haberos instruído en los misterios de la fe católica, que vive y reina con Dios Padre en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos."

MISA

Después de la lectura del Evangelio en que se narra la curación del ciego de nacimiento, el diácono, según la costumbre, mandaba salir de la Iglesia a todos los Catecúmenos; los mismos padrinos y madrinas eran los que les sacaban fuera y en seguida entraban en la Iglesia para asistir al sacrificio con los demás fieles. Llegado el momento de la Ofrenda venían a presentar en el altar los nombres de sus adoptados espirituales; y el Pontífice recitaba estos nom-

bres juntamente con, los de los padrinos y madrinas, en las oraciones del Canon. Hacia el final de la Misa se mandaba entrar a los Catecúmenos y se les anunciaba el día en que debían presentarse a la Iglesia, para examinarlos acerca del Símbolo y de las demás intrucciones que acababan de recibir.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, a los que nos castigamos con piadosos ayunos, nos alegre también tu santa devoción: para que, mitigados los afectos terrenos, consigamos más fácilmente los celestes. Por el Señor.

LECCION

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor, Dios: Santificaré mi gran nombre, profanado entre las gentes, el que profanasteis vosotros en medio de ellas: y sabrán las gentes que yo soy el Señor, cuando fuere santificado en vosotros delante de ellas. Porque os sacaré de entre las gentes, y os congregaré de todas las tierras, y os llevaré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros un agua pura, y os lavaréis de todas vuestras inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, y pondré un nuevo espíritu en medio de vosotros: y arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros: y haré que caminéis en mis mandatos y guardéis mis preceptos y les pongáis en práctica. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres y seréis mi pueblo, y seré yo vuestro Dios, dice el Señor Omnipotente.

La imponente ceremonia de la que hemos expuesto algunos rasgos, no tenía lugar hoy sólo; se repetía muchas veces según el número que hubiese de catecúmenos y el más o menos tiempo que se necesitaba para recoger, acerca de la conducta de cada uno, los informes que la Iglesia necesitaba para juzgar de su preparación al Bautismo. En la Iglesia Romana, se tenía, como ya hemos indicado, hasta siete escrutinios; pero el más numeroso y más solemne era el de hoy y todos se concluían con la ceremonia que acabamos de describir.

Los Catecúmenos. — Estas magníficas promesas que un día se cumplirán en el pueblo judío cuando se satisfaga la justicia de Dios, se realiza primero en nuestros catecúmenos. La gracia divina los ha reunido de todos los pueblos gentiles para llevarlos a su verdadera patria, la Iglesia. Unos días más y se derramará en ellos este agua pura que borrará las manchas de la Idolatría; recibirán un nuevo espíritu, un nuevo corazón y serán para siempre el verdadero pueblo del Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor, Dios: Lavaos, estad limpios, apartad de mis ojos el mal de vuestros pensamientos: cesad de obrar perversamente, aprended el bien obrar: buscad lo justo, socorred al oprimido, juzgad al huérfano, defended a la viuda. Y venid, y argüidme, dice

el Señor: si fueren vuestros pecados como la escarlata, quedarán blancos como la nieve: y, si fueren como el vermellón, quedarán blancos como la lana. Si quisiereis, y me oyereis, comeréis los bienes de la tierra: lo dice el Señor omnipotente.

Los penitentes. — Ahora la Iglesia dirige a los penitentes este hermoso trozo de Isaías. Para ellos también se ha preparado un baño: baño penoso, más eficaz para lavar todas las lacras de sus almas si se presentan sinceramente arrepentidos y dispuestos a reparar el mal que han cometido. ¿Hay algo más cierto que la promesa del Señor? Los más oscuros y brillantes colores cambiados en un instante por la blancura de la nieve son imagen del cambio que Dios se dispone a obrar en el alma del pecador contrito. El injusto se convierte en justo; las tinieblas en luz; el esclavo de Satanás se hace hijo de Dios. Alegrémonos con nuestra Santa Madre la Iglesia, redoblando nuestro ardor en la oración y en la penitencia obtendremos que el número de los reconciliados en el gran día de la Pascua, sobrepase aún sus esperanzas.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan. (IX, 1-38.)

En aquel tiempo, al pasar Jesús, vió a un hombre, ciego de nacimiento: y le preguntaron sus discípulos: Rabbí, ¿quién pecó, éste, o sus padres, para que naciese ciego? Respondió Jesús: No pecó éste, ni sus padres: sino que ha sido para que se manifestasen en él

las obras de Dios. A mí me conviene ejecutar las obras de Aquel que me ha enviado, mientras es de día: vendrá la noche, y entonces nadie podrá obrar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Y, después de decir esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó sobre sus ojos, y díjole: Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Fué, pues, y se lavó, y volvió viendo. Entonces los vecinos, y los que le vieran antes, porque era un mendigo, decían: ¿No es éste el que se sentaba, y mendigaba? Unos decían: Sí, éste es. Y otros: No, sino que es parecido a él. Pero él decía: Sí, soy yo. Y le preguntaron: ¿Cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo, y untó mis ojos, y me dijo: Vete a la piscina de Siloé, y lávate. Y fuí, y me lavé, y veo. Y dijéronle: ¿Dónde está él? Dijo: No sé. Llevaron, al que fuera ciego, a los fariseos. Porque era sábado, cuando hizo Jesús el lodo, y abrió sus ojos. Preguntáronle, pues, otra vez los fariseos cómo había recobrado la vista. Y él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado. Pero otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos prodigios? Y había división entre ellos. Dijeron, pues, otra vez al ciego. ¿Qué dices tú de aquel que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es un profeta. Pero no creyeron los judíos que él hubiese sido ciego, y que hubiera recobrado la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora? Respondieron sus padres, y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero el cómo ve ahora, no lo sabemos: preguntádselo a él, ya tiene edad, hable él mismo de sí. Dijeron esto sus padres, porque temían a los judíos, pues ya se habían conjurado los judíos para expulsar de la Sinagoga a todo el que confesara que era El el

Cristo. Por eso, sus padres dijeron: Ya tiene edad, preguntádselo a él mismo. Llamaron, pues, otra vez al hombre que fuera ciego, y dijéronle: Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que este hombre es un pecador. Díjoles entonces él: Si es pecador, no lo sé: sólo sé una cosa: que, habiendo estado ciego, ahora veo. Dijéronle: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondióles: Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué queréis oírlo otra vez? ¿Acaso también vosotros queréis haceros discípulos suyos? Maldijéronle entonces, y dijeron: Sé tú discípulo de El, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés: pero no sabemos de dónde es éste. Respondió aquel hombre, y díjoles: Eso es lo maravilloso, que vosotros no sabéis de dónde es El, y El me ha abierto los ojos: pero sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas, si hay uno que honra a Dios, y hace su voluntad, a ése Dios le oye. Jamás se ha oído que alguien haya abierto nunca los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer eso. Respondieron, y dijéronle: En pecado naciste todo, ¿y nos enseñas? Y le arrojaron fuera. Oyó Jesús que le habían arrojado fuera, y, habiéndole encontrado, le dijo: ¿Tú crees en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y díjole Jesús: Ya le has visto, y es el mismo que habla contigo. Dijo él entonces: Creo, Señor. Y, postrándose *(aquí se arrodilla)*, le adoró.

El Bautismo. — La Iglesia de los primeros siglos designaba el Bautismo con el nombre de *Iluminación;* este sacramento en efecto confiere al hombre la fe sobrenatural mediante la cual se le infunde la luz divina. Por esta razón se leía hoy el relato de la curación del ciego de nacimiento, imagen del hombre iluminado por Jesu-

cristo. Este tema se ve reproducido con frecuencia en las pinturas murales de las catacumbas y en los bajo relieves de los antiguos sarcófagos cristianos.

Nosotros nacemos todos ciegos; Jesucristo por el misterio de su encarnación, figurada en este barro que representa nuestra carne, nos ha merecido el don de la vista; mas para gozar de él, tenemos que ir a la piscina del divino Enviado y lavarnos en el agua bautismal. Entonces Dios mismo nos iluminará y se disiparán las tinieblas de nuestra razón. La docilidad del ciego de nacimiento que cumplió tan cándidamente las órdenes del Salvador, es imagen de la de los Catecúmenos; escuchan dócilmente las enseñanzas de la Iglesia, porque también ellos quieren recobrar la vista. El ciego de nacimiento, curado, demuestra lo que obra en nosotros la gracia de Jesucristo mediante el Bautismo; mas, a fin de que la instrucción fuese completa, reaparece al fin del relato para darnos un modelo de la curación espiritual, herida por la ceguera del pecado.

La Fe. — El Salvador le pregunta como también a nosotros nos ha preguntado ante la piscina sagrada: ¿Crees en el Hijo de Dios? El ciego deseoso de creer, le responde al punto: ¿Quién es Señor para que yo crea en El? Así es la fe, que une la débil razón del hombre a la suprema sabiduría de Dios y nos otorga su verdad eterna.

Apenas si Jesús ha manifestado su divinidad ante este hombre y ya se postra en tierra para adorarle: Ahora es verdaderamente cristiano. ¡Cuántas enseñanzas se encierran aquí para los Catecúmenos! Al mismo tiempo, este relato les revela y nos recuerda también a nosotros la maldad de los enemigos de Jesús. Pronto darán muerte al justo por excelencia; el derramamiento de su sangre nos merecerá la curación de la ceguera nativa, aumentada aún más por nuestros pecados personales. Alabemos pues, amemos y reconozcamos a nuestro médico divino; su unión con la naturaleza humana ha preparado el colirio que ha de curar nuestros ojos de su enfermedad y hacerlos capaces de contemplar por siempre los esplendores de la misma divinidad.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Abranse, Señor, los oídos de tu misericordia a las preces de los que te suplican: y, para que puedas acceder a los deseos de los que te ruegan, haz que te pidan lo que a ti te agrada. Por el Señor.

JUEVES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en S. Silvestre-S. Martín *de los Montes*. El antiguo "titulus Equitii" que se atribuyó al papa S. Silvestre es de la mi-

tad del siglo tercero. En el siglo VI el papa Símaco (498-511) construyó al lado una basílica en honor de S. Martín de Tours, el primer santo no mártir, celebrado en Occidente; pronto la devoción de los romanos le suplantó por el santo papa Martín I.º (653). Esta Iglesia fué el primer título cardenalicio de S. Carlos Boromeo, y en el siglo XVIII el del Cardenal Beato José María Tommasi sabio liturgista cuyo cuerpo en ella se venera.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, a los que nos castigamos con piadosos ayunos, nos alegre también tu santa devoción: para que, mitigados los afectos terrenos, consigamos más fácilmente los celestes. Por el Señor.

LECCION

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días fué la mujer Sunamita a Eliseo, en el monte Carmelo: y, cuando la vió venir el varón de Dios, dijo a su siervo Giezi: He allí a la Sunamita. Vete a su encuentro, y dile: ¿Te va bien a ti, y a tu marido, y a tu hijo? Y ella respondió: Bien. Y, habiendo llegado al varón de Dios, en el monte, se abrazó a sus pies: y se acercó Giezi, para separarla. Y dijo el varón de Dios: Déjala: porque su alma está en la amargura, y el Señor me lo ha ocultado, y no me lo ha indicado. Y ella le dijo: ¿Acaso pedí yo hijo a mi señor? ¿No te dije que no me burlaras? Y él dijo a Giezi: Cíñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y vete. Si te encontrare un hombre, no le saludes; y, si te saludare alguien, no le respondas: y pondrás mi báculo sobre la

cara del niño. Y dijo la madre del niño: Vive el Seño
y vive tu alma, que no te dejaré. Levantóse entonces é
y la siguió. Y Giezi les había precedido, y había puest
el báculo sobre la cara del niño, el cual no tenía vo
ni sentido: y volvió en su busca, y se lo anunció, di
ciendo: No ha resucitado el niño. Entró entonces Elise
en la casa, y he aquí que el niño yacía muerto en s
lecho: y, entrado que hubo, cerró la puerta detrás d
sí, y del niño: y oró al Señor. Y subió, y se acostó sobr
el niño: y puso su boca sobre la boca de él, y sus ojo
sobre los ojos de él, y sus manos sobre las manos d
él, y se tendió sobre él: y se calentó la carne del niñ
Y, bajando, se paseó por la casa de una parte a otra
y después subió, y se tendió sobre él: y respiró el niñ
siete veces, y abrió los ojos. Entonces él llamó a Giez
y díjole: Llama a la Sunamita. Y, habiendo entrad
ella, le dijo él: Toma tu hijo. Fué ella, y se arrojó
sus pies, y le veneró, postrada en tierra: y tomó a s
hijo, y salió. Y Eliseo se volvió a Gálgala.

La ley antigua. — Todas las maravillas de
plan divino para salvar al hombre se hallan reu
nidas en este relato. El hijo muerto es figura de
género humano privado de la vida por el pecado
pero Dios ha determinado devolvérsela. Prime
ro es enviado un criado junto al cadáver; est
criado es Moisés. Su misión viene de Dios; ma
la ley de que es portador no restituye la vida
Esta ley está representada en el bastón de Giez
con el cual intentaba en vano tener contact
con el cuerpo del hijo. La ley es señal del rigor
establece un régimen de temor, a causa de l
dureza del corazón de Israel; ella apenas triun
fa; y los justos para ser verdaderamente tale

deben aspirar a algo más perfecto y filial. El Mediador debe suavizar todo haciendo descender del cielo la caridad, está prometido, está figurado; más aún no se ha encarnado ni ha habitado entre nosotros. El muerto no ha resucitado y por tanto se necesita que venga el mismo hijo de Dios.

El Redentor. — Eliseo es figura de este divino Redentor. Mirad como se encoge para adaptarse a la medida del cuerpo del hijo, como se une fuertemente a todos sus miembros en medio del silencio de esta habitación cerrada. Así el Verbo del Padre, ocultando su esplendor en el seno de una Virgen, se unió a nuestra naturaleza, y "tomando la forma de un esclavo se anodadó hasta hacerse semejante al hombre"[1] "con el fin de devolvernos la vida y una más abundante todavía"[2] que aquella que tuvimos al principio. Observad también lo que sucede con el hijo y cuáles son las señales de la resurrección que él se obra. Su pecho se dilata siete veces y aspira; este movimiento indica la entrada del Espíritu con sus siete dones en el alma humana, templo de Dios. Abre sus ojos para considerar el fin de esta ceguera mortal; porque los muertos no gozan ya de la luz, y las tinieblas de la tumba son su herencia. Finalmente considerad a esta mujer, a esta madre; es figura de

[1] *Philip.*, 11, 7.
[2] *S. Juan*, X, 10.

la Iglesia. Implora la resurrección de sus queridos catecúmenos, de todos los infieles que aún viven en las sombras de la muerte [1]. Unámonos a su oración, y esforcémonos por obtener que la luz del Evangelio se derrame más y más y que los obstáculos que opone a su propagación la maldad de Satanás, junto con la malicia de los hombres, desaparezcan para siempre.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, iba Jesús a una ciudad, que se llama Naim: e iban con El sus discípulos, y una turba copiosa. Y, cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y con ella venía mucha gente de la ciudad. Cuando el Señor la vió, movido de misericordia hacia ella, le dijo: No llores. Y se acercó, y tocó el féretro. (Y los que lo llevaban se pararon.) Y dijo: Joven, a ti te lo digo. levántate. Y se sentó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y se lo entregó a su madre. Y se apoderó de todos el respeto: y alabaron a Dios, diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros: y Dios ha visitado a su pueblo.

El milagro de Naim. — Hoy y mañana aún, la Iglesia nos ofrece contínuamente figuras de la resurrección; son un anuncio de la proximidad de la Pascua y al mismo tiempo un aliento esperanzador para todos los muertos espiritualmente que piden de nuevo la vida. Antes de en-

---

[1] *Isaías*, IX, 2.

trar en las dos semanas consagradas a los dolores de Cristo, la Iglesia asegura a sus hijos el deseado perdón, ofreciéndoles el espectáculo consolador de la misericordia de aquel cuya sangre nos reconcilió. Libres de todos nuestros temores podremos contemplar mejor el sacrificio de nuestra víctima augusta, para asociarnos a sus dolores. Abramos pues los ojos del alma y consideremos el espectáculo que nos ofrece el Evangelio. Una madre desconsolada preside el duelo del hijo único, y su dolor es inconsolable. Jesús se mueve a compasión; manda parar el cortejo; su mano divina toca el féretro y su voz llama a la vida al joven cuya muerte había sido causa de tantas lágrimas. El escritor sagrado insiste en decirnos que Jesús le entregó a su madre. ¿Quién es esta madre desconsolada sino la Iglesia que preside el duelo de un gran número de sus hijos? Jesús viene para consolarla. Pronto, por ministerio de los sacerdotes va a extender su mano sobre todos los muertos, va a pronunciar sobre ellos la palabra de resurrección; y la Iglesia recibirá en sus brazos maternos llenos de vida y alegría a estos hijos cuya pérdida lloraba.

LAS TRES RESURRECCIONES. — Consideremos el misterio de las tres resurrecciones obradas por Jesús: la de la hija del príncipe de la sinagoga [1];

---

[1] La Iglesia nos cuenta este relato en el Evangelio del Domingo XXIII después de Pentecostés.

la del joven de hoy y la de Lázaro que presenciaremos mañana. Acaba de expirar la joven; más, aún no la han enterrado; es figura del pecador que todavía no ha contraído el hábito y la insensibilidad del mal; el joven representa al pecador que no ha querido hacer ningún esfuerzo para salir de ese estado: en él la voluntad ha perdido su energía. Le conducen al sepulcro; y sin el encuentro del Salvador hubiera ido a colocarse para siempre entre los demás muertos. Lázaro es un símbolo aún más terrible. Este es ya presa de la corrupción. Una piedra rodada sobre la tumba condena al cadáver a una lenta e irremediable disolución. ¿Podrá recobrar de nuevo la vida? La recobrará si Jesús se digna ejercer en él su poder divino. Por eso la Iglesia ora y ayuna en estos días. Oremos y ayunemos con ella con el fin de que estas tres clases de muertos oigan la voz del Hijo de Dios y resuciten. El misterio de la resurrección de Jesucristo va a producir su efecto maravilloso en estos tres grados. Unámonos a los designios de la divina misericordia; insistamos de día y de noche junto al Redentor. Pocos días después, podremos, ante la presencia de tantos muertos resucitados, clamar con los habitantes de Naim: "Tenemos con nosotros un gran profeta y Dios ha visitado a su pueblo."

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Oh Dios, Maestro y Rector de tu pueblo, aleja de él los pecados que le combaten: para que siempre te sea grato y esté seguro de tu amparo. Por el Señor.

VIERNES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de S. Eusebio, sacerdote romano. Vivió en el siglo IV, y sufrió por la fe en la persecución de los arrianos en tiempo del emperador Constancio.

COLECTA

Oh Dios, que renuevas el mundo con tus inefables Sacramentos: suplicámoste hagas que tu Iglesia progrese en las enseñanzas eternas, y no se vea destituída de temporales auxilios. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días enfermó el hijo de una mujer, madre de familia, y era la dolencia fortísima; tanto, que no podía respirar. Dijo entonces ella a Elías: ¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para recordarme mis iniquidades, y para que se muriese mi hijo? Y díjole Elías: Dame tu hijo. Y lo tomó de su seno, y lo llevó al cuarto donde él estaba, y lo puso sobre su cama, y clamó al Señor, y dijo: Señor, Dios mío: ¿también a la viuda, en cuya casa estoy hospedado, has afligido, matándole su hijo? Y se tendió, y

se midió tres veces sobre el niño, y clamó al Señor, y dijo: Señor, Dios mío, vuelva, te suplico, el alma de este niño a sus entrañas. Y oyó el Señor la voz de Elías: y tornó el alma del niño a su interior, y revivió. Y tomó Elías el niño, y lo bajó de su habitación a la parte inferior de la casa, y lo entregó a su madre, y díjole: He aquí a tu hijo vivo. Y dijo la mujer a Elías: ahora reconozco en esto que eres un varón de Dios, y la palabra del Señor es verdadera en tu boca.

RESURRECCIÓN ESPIRITUAL. — También hoy es una madre la que viene desecha en llanto, a pedir la resurrección de su hijo. Esta madre es la viuda de Sarepta; ya la vimos anteriormente representada como figura de los gentiles. En su vida pasada fué pecadora; fué idólatra y por, lo tanto, la inquieta el recuerdo del pasado; mas el Señor, que la ha purificado y llamado para que sea su esposa, la anima resucitando a su hijo. La caridad de Elías es imagen de la del Hijo de Dios. Notad cómo este gran profeta se coloca sobre el cuerpo del hijo; cómo procura adaptarse a su medida, como vimos hacerlo también a Eliseo. Reconozcamos también aquí el misterio de la Encarnación. Toca tres veces al cadáver, y tres veces sumergirán a los catecúmenos en la pila bautismal invocando en el acto los nombres de las tres personas de la Adorable Trinidad. En la noche solemne de Pascua dirá también Jesús a la Iglesia su Esposa: "Mira a tus hijos dotados de nueva vida"; y la Iglesia llena de alegría, sen-

tirá más que nunca la veracidad de las promesas de Jesús. Los mismos paganos los comprenden a su modo. Ante los efectos morales de este nuevo pueblo regenerado por las aguas del bautismo, reconocieron que la divinidad podía ser únicamente el principio de tan excelsa virtud en los hombres. En medio del imperio romano entregado a todas las pasiones, apareció una raza pura y celestial y los hijos de esta raza tan santa daban la última batalla a todas las aberraciones paganas. ¿Dónde habían aprendido esta virtud? En la doctrina de Jesús y en los remedios sobrenaturales que aplica a la degradación del hombre. Entonces los fieles corrían en turbas desafiando la prueba del martirio y la Iglesia se dilataba para acoger a todas estas generaciones que decían con cariño: Reconocemos sois de Dios y vuestra palabra es verdadera, venida de Dios.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo había un enfermo, llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. (Y María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, era la que había ungido al Señor con ungüento, y enjugado sus pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, sus hermanas aviso a El, diciendo: Señor, el que amas está enfermo. Y, al oírlo Jesús les dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino por la gloria de Dios, para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios. Y amaba Jesús a Marta, y a su hermana María, y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, quedóse aún dos días en aquel lugar. Luego, después de esto, dijo a sus dis-

cípulos: Vayamos otra vez a Judea. Dícenle sus discípulos: Rabbí, hace poco te buscaban los judíos, para apedrearte, ¿y ahora vuelves allá? Respondió Jesús: ¿No tiene doce horas el día? El que caminare de día, no tropezará, porque verá la luz de este mundo: pero, el que caminare de noche, tropezará, porque no tendrá luz. Dijo esto: y, después de esto, les dijo a ellos: Lázaro, nuestro amigo, duerme: pero voy a despertarle del sueño. Dijéronle entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Jesús hablaba de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del reposar del sueño. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro ha muerto: y me alegro, por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis: pero vayamos a él. Dijo entonces Tomás, el llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vayamos también nosotros, para que muramos con El. Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que estaba en el sepulcro. (Y estaba Betania como a unos quince estadios (3 km.) de Jerusalén.) Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas de la muerte de su hermano. Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, le salió al encuentro: María en cambio, quedó sentada en casa. Dijo entonces Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano: pero sé también ahora que, todo lo que pidieres a Dios te lo dará Dios. Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. Díjole Marta: Sé que resucitará en la resurrección del último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección, y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá: y, todo el que vive, y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Díjole: Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo. Y, dicho esto, se fué, y llamó en silencio a su hermana María, diciendo: Está aquí el Maestro, y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó en seguida, y vino a El: aun no había llegado Jesús a la aldea, sino que estaba todavía en aquel lugar donde

le salió al encuentro Marta. Entonces los judíos que estaban con ella en casa, y que la consolaban, cuando vieron a María, que se levantó rápida, y salió, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro, para llorar allí. Pero María, cuando llegó adonde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies, y díjole: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Y Jesús, cuando la vió llorando, y a los judíos, que habían venido con ella, llorando también, se conmovió en espíritu, y se turbó y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y ve. Y lloró Jesús. Dijeron entonces los judíos: ¡Ved cómo le amaba! Pero algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos del ciego de nacimiento, hacer que éste no muriera? Mas Jesús, estremeciéndose otra vez, fué al sepulcro. Era éste una gruta, cerrada con una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, la hermana del que había muerto: Señor, ya hiede, pues es de cuatro días. Díjole Jesús: ¿No te dije que, si creías verías la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra: y Jesús, elevados los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo ya sabía que tú me oyes siempre, pero lo digo por el pueblo que me rodea: para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto, clamó con gran voz: Lázaro, ven fuera. Y al punto salió, el que había muerto, ligado de pies y manos con las vendas, y envuelta su cara en el sudario. Díjoles Jesús: Soltadle, y dejadle ir. Entonces muchos de los judíos, que habían venido a María y a Marta, y que vieron lo que hizo Jesús, creyeron en El.

LÁZARO, IMAGEN DEL PECADOR. — Leamos confiados este admirable relato que nos cuenta la obra de Jesús en las almas; recordemos el bien que ha hecho a la nuestra y prometámosle finalmente tener compasión de nuestros Penitentes que,

numerosos en toda la tierra, se preparan a recibir el perdón que les devolverá la vida. Hoy no es una madre la que pide la resurrección; son dos hermanas que imploran esta gracia para su querido hermano; la Iglesia con este ejemplo nos induce a orar por nuestros hermanos. Mas sigamos la narración de nuestro Evangelio.

Lázaro estuvo primero enfermo y agonizante; finalmente murió. El pecador comienza dejándose llevar de la pereza a la indiferencia y luego recibe una herida mortal. Jesús no ha querido curar la enfermedad de Lázaro; para hacer a sus enemigos inexcusables, quiere obrar un prodigio portentoso a las mismas puertas de Jerusalén. Quiere probar cómo es dueño de la vida a aquellos que, pocos días después se escandalizarán de su muerte. En el sentido moral Dios permite algunas veces a su Sabiduría, que se abandone a un alma ingrata a pesar de que sabe caerá en el pecado. Más tarde la levantará, y la confusión de su caída, la servirá para mantenerse en la humildad que la habría preservado.

Las dos hermanas, Marta y María, aparecen aquí muy distintas de lo que eran por naturaleza; las dos desconsoladas pero llenas de confianza. Jesús anuncia cómo El mismo es la *Resurrección* y la *Vida;* quien espere en El no morirá eternamente, pues es lo único que hay que temer. Mas cuando ve llorar a María, cuyo amor conocía muy bien, se conmueve y se turba. La

muerte, castigo del pecado del hombre, fuente de tantas lágrimas, conmueve su corazón divino. Llegado al sepulcro que guarda el cuerpo de su amigo Lázaro, llora, santificando de este modo las lágrimas que el amor cristiano nos arranca al borde la tumba de los que amamos. Ha llegado el momento de levantar la piedra, de demostrar en pleno día el triunfo de la muerte. Cuatro días hacía que Lázaro se hallaba en el sepulcro: es imagen del pecador envejecido en su pecado. No importa; Jesús no rechaza este espectáculo. Con voz que estremece a cualquier hombre, y hace temblar al infierno, grita: *Lázaro, sal fuera,* y el cadáver salta del sepulcro. La muerte ha oído su voz, pero sus miembros están aún enfajados y su rostro cubierto, no puede moverse, sus ojos no ven. Jesús manda quitarle las vendas; y a su mandato manos humanas devuelven a los miembros de Lázaro su antigua libertad y a sus ojos la vista del sol. Esta es también la historia del pecador reconciliado. Una sola palabra de Jesús hubiera sido suficiente para convertirle, para conmover su corazón e inducirle a confesar su pecado; mas Jesús deja en manos de sus sacerdotes el desatarle, iluminarle y devolverle el movimiento.

Este prodigio, obrado en los días en que nos hallamos, exacerbó el furor de los judíos. Este último beneficio le convirtió en blanco de su rabia. En adelante ya no se alejará de Jerusalem;

Betania, donde acaba de obrar este milagro, no está muy distante de allí. Nueve días más tarde la ciudad infiel contemplará el triunfo del Mesías; luego volverá a la casa de sus amigos de Betania; pero pronto entrará de nuevo en la ciudad para consumar en ella el sacrificio, cuyos méritos infinitos son el principio de la resurrección del pecador.

Recuerdos históricos. — Esta esperanza consoladora fué causa de que los primeros cristianos multiplicasen en las pinturas de las catacumbas la figura de Lázaro en el momento de su resurrección; y este tipo de la reconciliación del alma pecadora esculpida igualmente en el mármol de los sarcófagos de los siglos IV y V se reprodujo hasta en las vidrieras de nuestras catedrales. Antiguamente Francia honraba este símbolo de la resurrección espiritual en una piadosa costumbre conservada en la célebre abadía de la Trinidad de Vendôme, hasta que fueron aboliéndose nuestras instituciones católicas. Todos los años en este día se llevaba a la iglesia abacial un criminal conducido por la justicia humana. Llevaba una soga al cuello y en la mano sostenía una antorcha que pesaba treinta y tres libras, en recuerdo de los años del divino Libertador. Los monjes hacían una procesión a la que asistía el criminal así como el sermón que la seguía. Se le llevaba entonces a las gradas del altar; allí el abad, después de una exortación, le

imponía como penitencia la peregrinación a S. Martín de Tours. Se le quitaba entonces la cuerda del cuello y quedaba libre. Este uso litúrgico, tan cristiano y tan patético, se remontaba a los tiempos de Luis de Borbón, conde de Vendôme. En 1426, durante su cautividad en Inglaterra, hizo voto, si Dios le devolvía la libertad, de establecer en la iglesia de la Trinidad, en testimonio de reconocimiento este homenaje anual a Cristo que libertó a Lázaro de la tumba. El cielo se compadeció del príncipe y pronto obtuvo la gracia que con tan gran fe pedía.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, puesto que conocemos nuestra debilidad y confiamos en tu poder, nos alegremos siempre de tu bondadosa piedad. Por el Señor.

SABADO

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Este día recibe desde muy antiguo el hombre de Sábado *Sitientes* por comenzar el Introito de la Misa con esta palabra; la Iglesia con estas palabras de Isaías invita, a los aspirantes al Bautismo a venir a apagar su sed en la fuente de la salvación. En Roma la estación se celebró primero en la Basílica de S. Lorenzo extra-mu-

ros; mas como esta iglesia resultaba incómoda, por estar muy apartada, para que se pudiesen reunir los fieles, se designó con buen acuerdo para reemplazarla la iglesia de S. Nicolás *in carcere* situada en el interior de la ciudad.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que, con tu gracia, sea fructífero el sentimiento de nuestra devoción: porque entonces nos aprovecharán nuestros ayunos, cuando fueren gratos a tu piedad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Te oí en el tiempo propicio, y te auxilié en el día de la salud: y te conservé, y te di en alianza del pueblo, para que resucitaras la tierra, y poseyeras las heredades devastadas: para que dijeras a los que están presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Manifestaos. Serán apacentados en los caminos, y su pasto estará en todas las llanadas. No tendrán hambre, ni sed, y no les molestarán el calor y el sol: porque les regirá el que tiene piedad de ellos, y les abrevará en las fuentes de las aguas. Y tornaré camino todos mis montes, y serán exaltadas mis sendas. He aquí que éstos vendrán de lejos, y aquéllos del Aquilón, y del mar, y los otros de la tierra austral. Alabad, cielos, y alégrate, tierra; montes, entonad jubilosas alabanzas: porque el Señor ha consolado a su pueblo, y tendrá piedad de sus pobres. Y dijo Sión: Me ha abandonado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí. ¿Acaso puede una mujer olvidarse de su niño, y no compadecerse de su hijo? Y, si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti: lo dice el Señor omnipotente.

TERNURA DEL PADRE CELESTIAL. — ¡Qué dulces debían ser estas palabras al corazón de los Catecúmenos! ¿Acaso nunca se ha hablado tan elocuentemente del amor del Padre Celestial como lo ha hecho su profeta con estas palabras? Hace entrega a su Hijo Encarnado de toda la tierra, no para juzgarla ni condenarla como se lo merece, sino para salvarla [1]. Este divino enviado convoca a todos los que gimen en las mazmorras y languidecen en las tinieblas, para darles la libertad y la luz. Su hambre será aplacada y su sed apagada. Los que poco ha se hallaban jadeantes bajo los rayos de un sol ardiente, ahora encontrarán la más deliciosa frescura a la orilla de las aguas a las que el mismo pastor les conduce. Vienen de lejos; de todos los puntos del cielo; esta fuente inagotable es el lugar de cita de todo el género humano. La gentilidad se llamará en adelante Sión y el Señor "Ama las puertas de esta nueva ciudad más que las tiendas de Jacob" [2]. No; no la ha olvidado durante los siglos que ha estado adorando a los ídolos; el amor del Señor es tan grande como el de una madre; y si el corazón de la madre estuviere cerrado para siempre a su hijo, el Señor dice que el suyo permanecerá continuamente abierto para Sión.

---

[1] *S. Juan, III,* 17.
[2] *Ps.,* LXXXVI, 2.

CONFIANZA. — Tened una confianza sin límites vosotros cristianos que habéis sido admitidos en el seno de la Iglesia, mediante el Bautismo, desde vuestro nacimiento y que, después habéis tenido la desgracia de ofender a Dios. Sí; en este momento en que estáis llenos de la gracia divina, fortalecidos con las santas mortificaciones de la Cuaresma y las oraciones de la Iglesia que intercede por vosotros continuamente, preparáis vuestro retorno al Señor, cumplid las palabras de Dios. Ya veis; nos ha dado a su propio Hijo; le ha encomendado vuestra salvación.

¿Estáis amarrados por las cadenas del pecado? Jesús es poderoso para romperlas. ¿Os halláis en medio de las tinieblas del mundo? El es la Luz. ¿Tenéis hambre? El es Pan de vida ¿Tenéis sed? El es la Fuente de aguas vivas. ¿Os consumen y desfiguran los ardores de la codicia? Arrojaos en la fuente purificadora; no ciertamente a esta primera fuente que os dió la vida tan tristemente perdida; sino a esta otra fuente, es decir, al sacramento de la reconciliación, de donde vuestras almas saldrán renovadas.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo habló Jesús a las turbas de los judíos, diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue a mí, no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Dijéronle entonces los judíos: Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero.

Respondió Jesús, y díjoles: Aunque doy yo testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero: porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne: yo no juzgo a nadie: y, si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. Y en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo: y también da testimonio de mí el Padre que me ha enviado. Dijéronle entonces los judíos: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: No me conocéis ni a mí, ni a mi Padre: si me conocieseis a mí, quizás conociérais también a mi Padre. Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo: y nadie le prendió, porque aun no había llegado su hora.

HUIR DEL ORGULLO. — ¡Qué contraste se nota entre el lenguaje de Dios que invita a los hombres a recibir a su Hijo como a un libertador y la dureza de corazón de los judíos en el recibimiento que hicieron a este enviado del cielo! Jesús se llama Hijo de Dios y para probar su origen divino, durante tres años está obrando constantemente los prodigios más portentosos. Muchos judíos creyeron en El, porque pensaron que Dios no podría confirmar el error con milagros y aceptaron la doctrina de Jesús como venida del cielo. Los fariseos odian la cruz y aman las tinieblas; su orgullo no se humilla ante la evidencia de los hechos. Unas veces niegan que los prodigios de Jesús sean verdaderos; y otras quieren explicarlos por medio de una intervención diábolica; mas otras intentarán con sus pregun-

tas capciosas tomar un pretexto para hacer comparecer ante el juez al Justo, como un blasfemo o como un violador de la ley. Hoy se atreve desvergonzadamente a objetar a Jesús, el cual, declarándose el enviado de Dios, ha dado testimonio de sí mismo.

El Salvador que conoce la maldad de su corazón, se digna aún responder a su impío sarcasmo; mas evita darles una explicación completa. Poco a poco la luz se va alejando de Jerusalem para iluminar otras regiones. Terrible abandono del alma; ha abusado de la verdad y la ha rechazado llevado de su instinto de odio. Es el pecado contra el Espíritu Santo que no se perdona ni en este mundo ni en el otro [1].

AMAR LA VERDAD. — Dichoso aquel que ama la verdad aunque contrarie sus inclinaciones y perturbe sus ideas. Por que, de este modo, honra la sabiduría de Dios; y aunque la verdad no le guie completamente en todo, al menos no le ha abandonado. Pero aún es mucho más dichoso aquel que entregándose por completo a la verdad sigue a Jesús como su humilde discípulo. Este nos dice el Salvador "No caminará entre tinieblas, sino que posee la luz de la vida." Apresurémonos, pues, a entrar en esta senda abierta por aquel que es nuestra luz y nuestra vida. Siguiendo sus huellas hemos subido la áspera montaña de la

[1] *S. Mateo,* XII, 31.

Cuaresma, y hemos sido testigos de los rigores de su ayuno; en adelante, en estos días consagrados a la Pasión, nos conviene seguirle en otra montaña, en el Calvario, donde vamos a contemplar sus dolores y su muerte. Seamos fieles a la cita y obtendremos "la luz de la vida".

LA PASION Y LA SEMANA SANTA

CAPITULO I

HISTORIA DEL TIEMPO DE LA PASION Y DE LA SEMANA SANTA

PREPARACIÓN A LA PASCUA. — Después de haber propuesto a la meditación de los fieles durante las cuatro primeras semanas de Cuaresma, el ayuno de Jesús en la montaña, ahora la Iglesia consagra a la consideración de los dolores del Redentor las dos semanas que nos separan aún de la fiesta de Pascua. No quiere que sus hijos se presenten en el día de la Inmolación del divino Cordero sin haber preparado sus almas con la meditación en los dolores que El sufrió en nuestro lugar. Los más antiguos monumentos de la Liturgia, los Sacramentarios y los Antifonarios de todas las iglesias nos advierten por el tono de las oraciones, selección de las lecturas, sentido de todas las fórmulas santas que la Pasión de Cristo es, a partir de hoy el único pensamiento que debe

embargar a los cristianos. Hasta el domingo de Ramos se podrán aún celebrar fiestas de santos durante la semana, mas ninguna solemnidad, de cualquier rito que sea, se podrá celebrar en el domingo de Pasión.

Como datos históricos no tenemos ninguno en la primera semana de esta quincena; sus observancias son las mismas que las de las cuatro semanas precedentes [1]. Remitimos, pues, al lector al capítulo siguiente, donde tratamos de las particularidades místicas del tiempo de Pasión en general. Pero, por el contrario, la segunda semana tiene muchos detalles históricos; pues ninguna época del año Litúrgico ha preocupado tanto a los cristianos, ni les ha proporcionado tan vivas manifestaciones de piedad.

NOMBRES DADOS A LA ÚLTIMA SEMANA. — A esta semana se la tenía gran veneración ya en el siglo III, como se desprende de los testimonios contemporáneos de S. Dionisio de Alejandría [2]. Desde el siglo siguiente, vemos se la llamaba la *Gran Semana,* en una homilía de S. Juan Crisóstomo: "De ningún modo, dice el santo Doctor, porque tenga más días que los demás, ni que los días tengan mayor número de horas, sino por la gran-

---

[1] No pensamos dar aquí un juicio sobre las discusiones puramente arqueológicas que se han suscitado sobre el nombre *Mediana* con que se designó el domingo de Pasión en los antiguos monumentos de la Liturgia y del Derecho eclesiástico.

[2] Carta a Basilio, c. I.

deza de los misterios que en ella se celebran"[1]. También se la llamaba *Semana Penosa,* a causa de los sufrimientos de Cristo y de los trabajos que exige su celebración; semana del *Perdón,* porque en ella se recibía a los pecadores a la penitencia; finalmente *Semana Santa,* a causa de la santidad de los misterios que se conmemoran en ella. Nosotros la llamamos con este nombre y es tan apropiado a esta Semana que por extensión se llaman también Santos a cada uno de los días que la componen; y así decimos, *Lunes Santo, Martes Santo, etc...*

RIGOR DEL AYUNO. — La severidad del ayuno de Cuaresma se aumentaba antiguamente en estos últimos días, que eran como el supremo esfuerzo de la penitencia cristiana. La Liturgia, considerando la debilidad de las generaciones de nuestro tiempo, ha ido suavizando poco a poco estos rigores y, hoy en Occidente, no se distingue en el rigor esta semana de las precedentes. Mas las Iglesias de Oriente, fieles a las tradiciones de la antigüedad, continúan observando la abstinencia rigurosa, que desde el domingo de Quincuagésima, da el nombre de *Xerophagia,* a este largo período que solo permite comer alimentos secos.

En cuanto al ayuno antiguamente se extendía a más allá de lo que permitían sus fuerzas

[1] Homilía 30 sobre el Génesis.

humanas. Vemos por S. Epifanio [1] que había cristianos que prolongaban el día de Pascua [2], desde el lunes por la mañana hasta el canto del gallo. Sin duda este esfuerzo sólo le podían hacer un corto grupo de fieles; los demás se contentaban con pasar sin tomar alimento, dos, tres, cuatro días consecutivos; pero el uso común era no comer desde el Jueves Santo por la tarde hasta la mañana del día de Pascua [3]. Los ejemplos de este rigor no son raros aun en nuestros días, entre los cristianos de Oriente y en Rusia; dichoso si estas obras de una penitencia tan intrépida va siempre acompañada de una firme adhesión a la fe y a la unidad de la Iglesia.

PROLONGACIÓN DE LAS VIGILIAS. — El prolongar las vigilias durante la noche en la iglesia fué también una de las características de la Semana Santa en la antigüedad. El Jueves Santo, después de haber celebrado los divinos misterios en recuerdo de la última cena del Señor, el pueblo perseveraba durante largo tiempo en oración. La noche del Viernes al Sábado se pasaba casi toda entera en Vigilia, con el fin de honrar la sepul-

[1] Exposición de la fe, IX: Heres., XXII.

[2] En la mitad del siglo tercero se ayunaba en Alejandría toda la Semana, de una vez o a intervalos. Carta de S. Dionisio a Basilido, P. G. X, C. 1277.

[3] Esta costumbre es muy antigua, pues S. Ireneo (hacia el año 200) habla de ella y también Eusebio en su Historia eclesiástica. CV, 24, P. G. XX, C. 501.

tura de Cristo [1]; pero la más larga de todas las vigilias era la del Sábado, que duraba hasta por la mañana del día de Pascua. Todo el pueblo tomaba parte; asistía a la última preparación de los Catecúmenos, presenciaba la administración del bautismo y la asamblea no se dispersaba hasta después de haber celebrado el Santo Sacrificio que se terminaba al salir el sol.

Suspensión del trabajo. — Durante toda la Semana Santa los fieles interrumpían las obras serviles; la ley civil apoyaba la ley eclesiástica para conseguir que se suspendiese el trabajo y el comercio para expresar de un modo tan imponente el duelo de la cristiandad. La idea del sacrificio y de la muerte de Cristo era el pensamiento de todos; se suspendían las relaciones ordinarias; los oficios divinos y la oración absorbían toda la vida moral, al mismo tiempo que el ayuno y la abstinencia reclamaban todas las fuerzas corporales. Fácilmente se comprende la impresión que debía producir en el restante del año esta solemne interrupción de todo lo que preocupa a los hombres en su vida. Cuando se recuerda el rigor que observaban durante la Cuaresma, durante cinco semanas completas, se adivina la alegría con que esperaban las fiestas de Pascua; comunicaba a la vez la regeneración del alma y el alivio del cuerpo.

[1] *S. Juan Crisóst.*, Homilía 30 sobre el Génesis.

SUSPENSIÓN DE LOS TRIBUNALES. — Hemos recordado, en el volumen anterior, las disposiciones del Código de Teodosio que prescribía suspender todos los procesamientos y diligencias cuarenta días antes de Pascua. La ley de Graciano y de Teodosio sobre este asunto dada en el 380, la amplió Teodosio en el 389 y la acomodó a los días que celebramos por medio de un nuevo decreto que prohibía incluso los pleitos durante los siete días que precedían a la fiesta de Pascua y los siete siguientes.

En las Homilías de S. Juan Crisóstomo y en los sermones de S. Agustín se encuentran muchas alusiones referentes a esta nueva ley; declaraba que todos los días de esta quincena gozarían en adelante, en todos los tribunales, del privilegio del Domingo.

EL PERDÓN DE LOS PRÍNCIPES. — Mas los príncipes cristianos no se limitaban a suspender la justicia humana en estos días de misericordia, querían también honrar sensiblemente a la bondad paternal de Dios, que se dignó perdonar al mundo pecador, mediante los méritos de su Hijo inmolado. La Iglesia va a recibir de nuevo a los pecadores, después de haberles roto las cadenas del pecado del que eran esclavos. Los príncipes cristianos se sentían orgullosos de imitar a su Madre; mandaban abrir los calabozos y poner en libertad a los desgraciados que gemían bajo el peso de las sentencias dadas por los tri-

bunales de la tierra. Sólo se exceptuaban los criminales, cuyos delitos se relacionaban gravemente con la familia y la sociedad. El gran nombre de Teodosio es elogiado entusiastamente por eso. Cuenta S. Juan Crisóstomo [1] que este emperador enviaba a las ciudades indultos ordenando que se pusiese en libertad a los prisioneros y perdonando la vida a los condenados a muerte; para que de este modo santificasen los días que precedían a la fiesta de la Pascua. Los emperadores posteriores convirtieron en ley esta disposición; así lo dice S. León en uno de sus Sermones: "Los emperadores romanos observan ya desde hace mucho tiempo esta santa institución, mediante la cual se les veía, en honra de la Pasión y Resurrección del Señor, humillar los emblemas de su poder, suavizar la severidad de sus leyes y perdonar a un gran número de reos; con este perdón querían mostrarse imitadores de la bondad divina en estos días, en que se dignó salvar al mundo. Que el pueblo cristiano imitase a su vez a sus príncipes y que su ejemplo sea un estímulo para que las personas se perdonen mutuamente, pues las leyes familiares no deben ser más rigurosas que las leyes públicas. Por lo cual se deben remitir las injusticias, romper las cadenas, perdonar las ofensas, sofocar los resentimientos, a fin de que por parte de Dios como del hombre, todo contri-

[1] Sexta Homilía al pueblo de Antioquía.

buya a restablecer en nosotros la inocencia de vida que conviene a la solemnidad que esperamos" [1].

Esta amnistía cristiana no sólo se halla decretada en el Código de Teodosio; encontramos también vestigios en los monumentos del derecho público de nuestros padres. En algunas naciones de Europa, Bélgica, Francia, España se han observado estas leyes desde muy antiguo; los reyes y emperadores mandaban abrir las puertas de las cárceles a gran número de prisioneros los días que precedían a la fiesta de la Pascua. En España en la ceremonia de la solemne adoración de la Cruz, el Viernes Santo, el Rey indultaba algunos reos condenados a muerte. Loable costumbre que se conservó hasta los últimos tiempos de la monarquía española.

La verdadera igualdad y fraternidad. — Las revoluciones que se han sucedido sin interrupción desde hace más de cien años han tenido el decantado resultado de *secularizar* a las naciones; es decir, que han borrado de nuestras costumbres públicas y de nuestra legislación todo lo que habían adquirido por la influencia del espíritu sobrenatural del Cristianismo. Se ha pregonado a los cuatro vientos que todos los hombres son iguales. Hubiera sido inútil tratar de convencer de esta verdad a los pueblos cris-

[1] *Sermón* 400, sobre la Cuaresma.

tianos en aquellos siglos de fe, en que veían a sus príncipes, al acercarse las grandes solemnidades donde la justicia y la misericordia divinas se representaban tan vivamente, abdicar, por decirlo así, de su cetro, aceptar sumisos el castigo de sus culpas, y acercarse al banquete pascual de la fraternidad cristiana, al lado de los hombres aherrojados por ellos mismos en nombre de la sociedad, unos días antes. El pensamiento de un Dios, a cuyos ojos todos los hombres son pecadores, de un Dios de quien solamente proceden la justicia y el perdón, embargaba, estos días a las naciones; se podría verdaderamente fechar los días de Semana Santa con aquellas palabras que ostentan algunos diplomas de estos tiempos de fe: "Bajo el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo"; *Regnante Domino Nostro Jesu Christo.*"

¿Se negarían acaso los súbditos a aceptar el yugo de la sumisión después de haber salido de estos días de santa igualdad cristiana? ¿Pensarían en aprovechar una ocasión para redactar las fórmulas de los Derechos del Hombre? De ninguna manera; el mismo pensamiento que había humillado delante de la Cruz del Salvador a los potentados de la justicia legal, manifestaba al pueblo la obligación de obedecer a los poderes establecidos por Dios, Dios era el móvil que subyugaba a los hombres bajo el poder y el que otorgaba el mismo poder; las dinastías podían sucederse sin que disminuyera el respeto cordial

a la autoridad. Hoy la Liturgia no puede imponerse a la sociedad de este modo; la religión está como refugiada, como en secreto, en el fondo de las almas fieles, las instituciones políticas no son sino la expresión del orgullo humano que quiere mandar y se niega a obedecer.

¡Y sin embargo, la sociedad del siglo IV que producía como fruto espontáneo del espíritu cristiano estas leyes misericordiosas que acabamos de enumerar, era todavía medio pagana! La nuestra está fundada por el cristianismo; porque sólo él pudo civilizar a los bárbaros, ¡y nosotros llamamos *progreso* a este caminar hacia atrás, contra todas las garantías de orden, paz y moralidad que la religión inspiró a los legisladores antiguos! ¡Cuándo renacerá la fe de nuestros padres, la única capaz de restablecer las naciones sobre sus quicios! ¿Cuándo darán por terminadas los sabios del mundo esas utopías humanas que no tienen otro objeto que lisonjear las pasiones funestas que Jesucristo reprueba tan enérgicamente en los misterios que celebramos en estos días?

ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD. — Si el espíritu de caridad y el deseo de imitar la misericordia divina movían a los emperadores cristianos a dar la libertad a sus prisioneros, no podían menos de interesarse también por la suerte de los esclavos, en estos días en que Jesucristo se dignó resca-

tarnos con su sangre. La esclavitud, hija del pecado e institución fundamental del mundo antiguo, fué herida de muerte por la predicación del Evangelio; pero estaba reservado a los particulares extenderlo poco a poco por medio de la aplicación del principio de la fraternidad cristiana. Del mismo modo que Jesucristo y los apóstoles no exigieron la abolición inmediata de la esclavitud; así los príncipes cristianos limitáronse a favorecer esta abolición en sus legislaciones. Encontramos una prueba de ello en el Código de Justiniano, donde después de prohibir los procesos judiciales durante la Semana Santa y la de Pascua, añade esta disposición; "Sin embargo está permitido conceder la libertad a los esclavos; y cualquiera de los actos necesarios a su liberación no será reputado contrario a la ley" [1]. Por lo demás, Justiniano, por esta disposición caritativa, no hacía más que aplicar a la quincena de Pascua, la ley misericordiosa que había publicado Constantino al día siguiente del triunfo de la Iglesia; ley por la cual se prohibía todo procesamiento en domingo, excepto aquellos que tenían como fin la libertad de los esclavos.

Mucho tiempo antes de la de Constantino la Iglesia había pensado ya en los esclavos en estos días en que se celebra los misterios de la redención del mundo. Sus Patronos cristianos debían

[1] Cod. l. III. tit XII, de feriis, Leg. 8.

dejarles gozar de un reposo completo durante esta sagrada quincena. Tal es la ley canónica formulada en las Constituciones Apostólicas cuya compilación es anterior al siglo IV: "Durante la Santa Semana que precedía al día de Pascua —se dice allí—y durante toda la siguiente, los esclavos deben descansar, porque la primera es la semana de la Pasión del Señor, y la otra, la de la Resurrección, y los siervos tienen necesidad de ser instruídos en estos misterios"[1].

LAS OBRAS DE CARIDAD. — En fin la última manifestación del carácter espiritual de los días en que vamos a entrar es la limosna y las obras de misericordia, en que nos debemos ejercitar más que nunca. S. Juan Crisóstomo nos cuenta que, en tiempo, se obraba así, y hace notar, con elogios que los fieles redoblaban sus larguezas para con los pobres a fin de asemejarse en algo a la munificencia divina que va a extender, sin medida, sus beneficios, sobre el pecador.

[1] Constituciones Apostólicas. I, VIII, C. XXXIII.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO DE PASION Y DE SEMANA SANTA

Misterios y ritos. — La Liturgia abunda en misterios en estos días en que la Iglesia celebra los aniversarios de tan maravillosos acontecimientos; pero la mayor parte se encuentra en los ritos y ceremonias propias de cada día, que trataremos a medida que se presente la ocasión. Nuestro objetivo especial en estas páginas, es sólo decir algunas palabras sobre las costumbres de la Iglesia en las dos semanas que han de seguir.

El ayuno. — Nada tenemos que añadir a lo expuesto sobre el misterio de la Santa Cuaresma. El período de expiación continúa su curso normal hasta que el ayuno de los penitentes haya igualado la duración del que practicó el Hombre-Dios en el desierto. Los fieles de Cristo continúan combatiendo, con las armas espiri-

tuales, contra los enemigos de la salvación; asistidos por los ángeles de luz, luchan cuerpo a cuerpo contra los espíritus de las tinieblas, con las armas de la compunción de corazón y la mortificación de la carne.

Como ya hemos dicho, durante el tiempo de Cuaresma la Iglesia está preocupada de un modo especial por un triple motivo; la Pasión del Redentor cuya llegada hemos ido presintiendo de semana en semana; la preparación de los catecúmenos al bautismo que se les conferirá en la noche de Pascua; la reconciliación de los penitentes públicos a los cuales la Iglesia les recibirá de nuevo, el Jueves Santo. Cada día que pasase reaviva esta triple preocupación de la Iglesia.

La Pasión. — La resurrección de Lázaro en Betania, a las puertas de Jerusalén, ha colmado la rabia de sus enemigos. El pueblo ha quedado estupefacto al ver reaparecer por las calles de la ciudad al que había muerto hacía cuatro días; y se pregunta ¿acaso el Mesías ha de obrar mayores prodigios?, ¿no ha llegado el tiempo de cantar el Hosanna al Hijo de David? Muy pronto va a ser imposible represar el impetuoso entusiasmo de los hijos de Israel. Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo ya no pueden perder ni un momento si es que quieren impedir las manifestaciones populares que van

a proclamar a Jesús, Rey de los Judíos. Vamos asistir en estos días a sus infames conciliábulos. En ellos la Sangre del Justo va a ser puesta en venta y tasada en un precio irrisorio. La divina Víctima, entregada por uno de sus discípulos, será juzgada, condenada, inmolada; y las circunstancias de este drama no se reducirán a una simple lectura; la Liturgia las va a representar al vivo, ante los ojos del pueblo cristiano.

LOS CATECÚMENOS. — Ya no les queda a los catecúmenos más que un poco de tiempo para desear el bautismo. Su instrucción se va completando día por día; las figuras del A. Testamento han ido pasando ante su vista; y pronto no les quedará nada que aprender acerca de los misterios de su salvación. Entonces se les dará a conocer el Símbolo de la fe. Iniciados en las exaltaciones y humillaciones del Redentor, esperarán con los fieles el momento de su resurrección; y nosotros les acompañaremos con ansiedad y alegría en aquella hora solemne en que después de sumergidos en la piscina de salvación y purificados de toda mancha por las aguas regeneradoras salgan puros y radiantes para recibir los dones del Espíritu Santo y participar de la carne sacrosanta del Cordero, que ya nunca más morirá.

LOS PENITENTES.— La reconciliación de los penitentes se aproxima a pasos agigantados. Aun

están en su labor expiatoria, vestidos de cilicio y ceniza. Las lecturas consoladoras que ya hemos escuchado continuarán leyéndoseles todavía para así refrescar sus almas más y más. La proximidad de la inmolación del Cordero acrecienta su esperanza; saben que la sangre de este Cordero es de una virtud infinita y que borra todos los pecados. Antes de la resurrección del Libertador, recobrarán la inocencia perdida; el perdón descenderá sobre ellos muy a tiempo, a fin de que ya puedan sentarse, como hijos pródigos ya felices, a la mesa del padre de familia el día en que se diga a los comensales: "He deseado ardientemente comer con vosotros esta Pascua."

DUELO DE LA IGLESIA. — Tales son, en resumen, las grandiosas escenas que nos esperan; pero al mismo tiempo, vamos a ver a la Santa Iglesia abismarse más y más en las tristezas de su duelo. Hace poco lloraba los pecados de sus hijos; ahora llora la muerte de su esposo celestial. Desde hace mucho tiempo el *Alelluia* está desterrado de sus cánticos; hasta suprimirá la alabanza a la Trinidad Santa con que terminan los salmos. Si no honra a ningún santo, cuya fiesta se puede celebrar hasta el sábado de Pasión inclusive, la suprimirá, primero en parte, y, poco después, en absoluto, aun aquellas mismas palabras que repite con tanto gusto: "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

La lectura en los oficios de la noche están tomados de Jeremías. Los vestidos litúrgicos son del mismo color que en Cuaresma; pero en Viernes Santo el negro reemplazará al morado como quien llora una muerte, puesto que en esto su Esposo está verdaderamente muerto. Sobre él han recaído los pecados de los hombres y los rigores de la justicia divina, y han entregado su alma al Padre en medio de una horrorosa agonía.

Ritos Litúrgicos. — En espera de esta hora la Iglesia manifiesta sus dolorosos presentimientos, cubriendo la imagen del divino Crucificado. La Cruz misma ha dejado de ser visible a las miradas de los fieles; está tapada por un velo [1]. Las imágenes de los santos no están visibles; es justo que el siervo se oculte cuando la gloria del Señor se eclipsa. Los intérpretes de la Liturgia nos enseñan que esta costumbre austera de velar la cruz en tiempo de Pasión expresa la humillación del Redentor, obligado a ocultarse para no ser apedreado por los Judíos, como leeremos en el Evangelio del Domingo de Pasión. La Iglesia

---

[1] Este uso está relacionado con la idea de la penitencia pública en la antigüedad. Todos sabemos que los Penitentes públicos eran expulsados de la Iglesia, desde el Miércoles de Ceniza hasta el Jueves Santo. Cuando se quitó la penitencia pública, se ideó extender una cortina entre el altar y la nave en todas las iglesias, para hacer comprender a todos los fieles, que, sin penitencia, no pueden llegar a la visión de Dios. Cuando se suprimió la "cortina de Cuaresma", se cubrieron los crucifijos y las imágenes y, más adelante, sólo durante el tiempo de Pasión.

ordena esta prescripción de velar las imágenes, desde el sábado a la hora de Vísperas, con tal rigor que, en los años en que la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora cae en la semana de Pasión, la imagen de María, Madre de Dios, permanece velada aun en el día en que el Angel la saluda *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.*

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DE PASION Y DE SEMANA SANTA

CONTEMPLACIÓN DE CRISTO. — El cielo de la Iglesia se pone cada vez más sombrío; los tonos severos de los que se había revestido en el curso de las cuatro semanas que acaban de pasar, ya no son suficientes para demostrar su duelo. Sabe que los hombres persiguen a Jesús y conspiran su muerte. No pasarán doce días sin que sus enemigos pongan sobre él sus manos sacrílegas. La Iglesia le seguirá a la cumbre del Calvario; recogerá su último suspiro; verá sellar sobre su cuerpo inánime, la piedra del sepulcro. No es extraño, pues, que invite a todos sus hijos, en esta quincena, a contemplar a Aquel que es la causa de todas sus tristezas y afectos.

AMOR. — Pero no es precisamente lágrimas y compasión estériles, lo que pide de nosotros nuestra Madre; quiere que nos aprovechemos de

las enseñanzas que nos van a proporcionar los sucesos de esta Santa Semana. Se acuerda que el Señor al subir al Calvario, dijo a las mujeres de Jerusalén que lloraban su desgracia ante sus mismos verdugos: "No lloréis por mí; más bien llorad por vosotras y por vuestros hijos." No rehusó el tributo de sus lágrimas, se enterneció y su misma ternura le dictó esas palabras:

Quiso sobre todo verlas penetradas de la grandeza del acto del que se compadecían, en una hora en que la justicia de Dios se mantenía tan inexorable ante el pecado.

Penitencia. — La Iglesia comenzó la conversión del pecador en las semanas precedentes; ahora quiere consumarla. Lo que ofrece a nuestra consideración, no es ya Cristo ayunando y orando en el monte de la Cuarentena; es la víctima universal que se inmola por la salvación del mundo. La hora va a sonar y el poder de las tinieblas se apresura a aprovechar los pocos momentos que le quedan. Va a consumarse el más afrentoso de los crímenes. Dentro de pocos días el Hijo de Dios va a ser entregado al poder de los pecadores y ellos le matarán. La Iglesia no necesita exhortar a sus hijos a la penitencia; demasiado saben ya que el pecado exige esta expiación. Ahora está penetrada por completo de los sentimientos de anonadamiento que la inspira la presencia de Dios

sobre la tierra; y al expresar estos sentimientos en la Liturgia nos indica aquellos que nosotros debemos concebir de nosotros mismos.

Dolor. — El carácter más general de las oraciones y de los ritos de esta quincena es de profundo dolor de ver al Justo oprimido por sus enemigos, hasta la muerte y una indignación enérgica contra el pueblo deicida. El fondo de los textos litúrgicos, son de David y de los Profetas. Ya es Cristo mismo quien declara las agonías de su alma; ya son las imprecaciones contra los verdugos. El castigo del pueblo judío es expuesto en todo su horror; y en los tres últimos días veremos a Jeremías lamentarse sobre las ruinas de la ciudad infiel.

Conversión. — Preparémonos, pues, a estas fuertes impresiones desconocidas con harta frecuencia por la piedad superficial de nuestros tiempos. Recordemos el amor y benignidad del Hijo de Dios que viene a confiarse a los hombres, viviendo su misma vida. "Pasando por esta tierra haciendo el bien", y veamos cómo acaba esta vida de ternura, condescendencia y humildad con el más infame de los suplicios, con el patíbulo de los exclavos. Por una parte, contemplemos al pueblo perverso de los pecadores, que, falto de crímenes, imputa al Redentor sus beneficios, y consuma la más negra de las ingratitudes, derramando sangre inocente y divina; y por

otra, contemplemos al Justo por excelencia, presa de las amarguras todas, "su alma triste hasta la muerte", cargado con el peso de la maldición, y bebiendo hasta las heces el cáliz que a pesar de su humilde queja debió de beber; el cielo inflexible a sus plegarias como a sus dolores; y al fin escuchemos su grito: "Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?"[1].

Esto es lo que recuerda la Iglesia con tanta frecuencia en estos días; esto es lo que propone a nuestra consideración; porque sabe que si llegamos todos a comprender lo que esta escena significa, se romperán los lazos que nos atan al pecado, y nos será ya imposible permanecer por más tiempo como cómplices de estos crímenes atroces.

TEMOR. — Pero la Iglesia sabe también lo duro que es el corazón del hombre, y la necesidad que tiene del temor, para determinarse a la enmienda; por esta razón no omite ninguna de las imprecaciones que los Profetas ponen en la boca del Mesías contra sus enemigos. Estos anatemas son otras tantas profecías que se han cumplido al pie de la letra en los judíos endurecidos. Tienen por fin enseñarnos lo que el cristiano debe temer de sí mismo si persiste en "crucificar de nuevo a Jesucristo"[2], según la enérgica expresión de San Pablo. Que se acuerde entonces de estas

[1] *S. Mateo.* XXVII, 4-6.
[2] *Hebr.,* VI, 6.

palabras que el mismo Apóstol dice en la Epístola a los Hebreos: "¿Qué suplicio tendrá el que haya pisoteado al Hijo de Dios, el que haya tenido por vil la sangre de la alianza por la cual fué santificado, el que haya ultrajado al Espíritu de gracia? Porque sabemos que ha dicho: *A mi me pertenece la venganza y sabré ejercitarla;* y en otra parte: *el Señor juzgará a su pueblo*. Será, pues, una cosa horrible caer en las manos de Dios vivo"[1].

Horror del pecado. — En efecto, nada más afrentoso; ya que en estos días en que estamos "no perdonó a su propio Hijo"[2] dándonos por este incomprensible rigor la medida de lo que debemos esperar de El, si encontrase aún en nosotros el pecado que le ha obligado a mostrarse tan cruel con su amadísimo Hijo "en quien ha puesto todas sus complacencias"[3]. Estas consideraciones sobre la justicia para con la más inocente y la más augusta de todas las víctimas; y sobre el castigo de los judíos impenitentes acabarán de destruir en nosotros el afecto al pecado, desarrollando este temor tan saludable sobre el cual vendrán a apoyarse una esperanza firme y un amor sincero, como sobre base inquebrantable.

---

1 *Hebr.*, X, 31.
2 *Rom.*, VIII, 32.
3 *S. Mat.*, III, 17.

VALOR DE LA SANGRE DIVINA.—En efecto, si por nuestros pecados somos los autores de la muerte del Hijo de Dios, también es cierto que la sangre que brota de sus sagradas llagas tiene la virtud de lavarnos de este crimen. La justicia del Padre celestial no se satisface más que con la efusión de esta sangre divina; y la misericordia del mismo Padre celestial quiere que se emplee en nuestro rescate. El hierro del verdugo ha abierto cinco llagas en el cuerpo del Redentor; y de ellas brotan cinco manantiales de salvación sobre la humanidad para purificarla y restablecer en cada uno de nosotros la imagen de Dios que había sido borrada por el pecado. Acerquémonos, pues, con confianza, y glorifiquemos esta sangre libertadora que abre al pecador la puerta del cielo; y cuyo valor infinito sería suficiente para rescatar millones de mundos más culpables que el nuestro. Nos acercamos al aniversario del día en que fué derramada; han pasado ya muchos siglos desde el día en que enrojeció los miembros desgarrados de nuestro Salvador y que, descendiendo de la Cruz; bañó esta tierra ingrata; pero su poder siempre es el mismo.

RESPETO Y CONFIANZA PARA CON ESTA SANGRE.—Vengamos pues, "a beber a las fuentes del Salvador"[1]; nuestras almas saldrán de allí llenas de vida, purísimas, completamente esplendorosas

[1] *Isaías*, 12-3.

con belleza celestial; ya no quedará en ella la menor señal de sus antiguas manchas; y el Padre nos amará con el mismo amor con que ama a su Hijo. ¿No es para hacernos suyos, a nosotros que estábamos perdidos, por lo que ha entregado a la muerte sin compasión a su Hijo? Habíamos llegado a ser propiedad de Satanás por nuestros pecados; y ahora, de pronto, somos arrancados de sus garras y recobramos la libertad. Y sin embargo de eso, Dios no ha usado de violencia para sacarnos del poder del ladrón, ¿cómo pues, hemos sido libertados? Escuchad al Apóstol; "habéis sido rescatados a gran precio"[1]. Y ¿cuál es este precio? El príncipe de los Apóstoles nos lo explica: "no es, dice, por precio de oro o de plata corruptibles, con que habéis sido rescatados, sino por la preciosa sangre del Cordero sin mancilla"[2]. Esta sangre divina, colocada en la balanza de la justicia celestial, la ha hecho inclinarse en nuestro favor; ¡tanto sobrepasaba al peso de nuestras iniquidades! La fuerza de la sangre ha roto las puertas del infierno, ha quebrantado nuestras cadenas "restablecido la paz entre el cielo y la tierra"[3]. Derramemos sobre nosotros esta sangre preciosa, lavemos en ella todas nuestras llagas, sellemos nuetra frente con su señal inquebrantable y protectora, a fin

[1] *I Cor.*, 6, 20.
[2] *S. Pedro*, 1, 18.
[3] *Colos*. 1, 20.

de que en el día de la cólera, nos perdone la espada vengadora.

Adoración de la Cruz. — La Iglesia nos recomienda venerar, además de la sangre del Cordero que borra nuestros pecados, la Cruz que es como el altar en que se inmola la Víctima. Dos veces, durante el año, en las fiestas de la Invención y de la Exaltación, será expuesto este sagrado madero, para recibir nuestros homenajes como trofeo de la victoria del Hijo de Dios; en estos momentos no nos habla sino de dolores, y no representa otra cosa que vergüenza e ignominia. El Señor había dicho en la Antigua Alianza; "maldito el que sea colgado en la Crûz"[1]. El Cordero que nos salva se ha dignado arrostrar esta maldición; pero, por eso mismo, ¡cómo hemos de amar este leño, en otro tiempo infame! He aquí convertido en instrumento de nuestra salvación el testimonio del amor de Jesús por nosotros. Por esto, la Iglesia le rinde, en nuestro nombre, los más sinceros honores y nosotros debemos juntar nuestra adoración a la suya. El agradecimiento a esa Sangre que nos ha rescatado, una tierna veneración hacia la Santa Cruz, serán los sentimientos que llenarán particularmente nuestro corazón durante estos quince días.

Amor a Cristo. — Pero ¿qué hemos de hacer por el Cordero, por aquel que nos ha entregado

[1] *Deut.*, 21, 23.

su sangre y que se ha abrazado con tanto amor a la Cruz para librarnos? ¿No es justo que nos sigamos sus pasos; que, más fieles que los apóstoles en su Pasión, le sigamos día por día, de hora en hora en la vía dolorosa? Acompañémosle con fidelidad en estos últimos días en que se ve obligado a huir de las miradas de sus enemigos. Imitemos aquellas familias devotas que le recogen en sus casas exponiéndose por esta hospitalidad a la furia de los Judíos; compartamos las inquietudes de la más tierna de las madres; entremos con el pensamiento en el Sanedrín en que se trama el complot contra la vida del Justo. De pronto el horizonte se va a esclarecer por un momento, y vamos a escuchar el grito de Hosanna que resuena por las calles y plazas de Jerusalén. Este homenaje inesperado al Hijo de David, estas palmas, estas voces sencillas de los niños, van a ocultar por un instante nuestros tristes pensamientos. Nuestro amor se unirá a los homenajes tributados al Rey de Israel que visita con tanta dulzura a la hija de Sión, para cumplir el oráculo profético; pero estas alegrías van a durar poco tiempo, y ¡volveremos, muy pronto, a sumergirnos, de nuevo, en la tristeza!

Meditación de la Pasión. — Judas va a tardar muy poco en consumar su odiosa venta; la última Pascua llegará, por fin, y veremos al Cordero figurativo desvanecerse en presencia del verdadero Cordero, cuya carne se nos dará en

alimento y su sangre en bebida. Esto ocurrirá en la Cena del Señor. Revestidos del vestido nupcial tomemos allí asiento entre los discípulos; porque hoy es el día de la reconciliación que reune a una misma mesa al pecador arrepentido y al justo siempre fiel. Pero el tiempo urge: es necesario ir pronto al huerto de Getsemaní; allí es donde podremos apreciar todo el peso de nuestras iniquidades, a la vista de los fallecimientos del Corazón de Jesús, que allí se ve oprimido hasta tener que pedir ayuda. Después, a media noche, los criados y la soldadesca, conducidos por el traidor echarán la mano al Hijo del Eterno y las legiones de los ángeles, que le adoran en todo momento, quedarán como desarmados en presencia de tan horrible iniquidad. Entonces comenzarán esa serie de injusticias, cuyo teatro van a ser los tribunales de Jerusalén: la mentira, la calumnia, la debilidad del gobernador romano, los insultos de los criados y soldados, los gritos tumultuosos del populacho tan ingrato y tan cruel; tales son los incidentes que llenarán las horas veloces que se van a deslizar desde el instante en que el Redentor sea apresado por sus enemigos, hasta que caiga bajo el peso de la Cruz, en la cumbre del Calvario. Pronto veremos todas estas cosas; nuestro amor no nos permitirá alejarnos en esos momentos, en que ante tantos ultrajes, el Redentor corona la gran empresa de nuestra salvación.

En fin, después de las bofetadas y salivas, después de la sangrienta flagelación, después de la cruel afrenta de la coronación de espinas, nos pondremos en marcha para seguir el camino del Hijo del Hombre; por las huellas de su sangre, conoceremos su paso. Tendremos que atravesar un mar borrascoso de iras de un pueblo ávido del suplicio del inocente, escuchar las imprecaciones que vomita contra el Hijo de David. Llegados al lugar del sacrificio veremos con nuestros propios ojos a la augusta Víctima, despojada de sus vestidos, clavada en un madero sobre el cual debe expirar, levantada en el aire entre el cielo y la tierra, como para estar más expuesta todavía a los insultos de los pecadores. Nos acercaremos al árbol de la vida para no perder ni una gota de esta sangre purificadora, ni una sola de las palabras que, a intervalos, hará llegar a nosotros. Compartiremos el dolor de su Madre, cuyo corazón está traspasado con espada de dolor, y nos colocaremos a su lado en el momento en que Jesús moribundo nos confiará a su ternura. En fin, después de tres horas de agonía, le veremos inclinar la cabeza, y, recibiremos su último suspiro.

Fidelidad. — No nos queda, pues, más que un cuerpo inanimado y muerto, unos miembros ensangrentados y yertos por el frío de la muerte. ¡Este es el Mesías que con tanta alegría saluda-

mos cuando vino al mundo! No le bastó a El, Hijo del Eterno "humillarse tomando la forma de esclavo"[1]. ¡Ese nacimiento en la carne, no era más que el principio de su sacrificio; su amor le llevará a la muerte y muerte de Cruz. Vió que nosotros no obtendríamos la nuestra sino mediante el precio de tan generosa inmolación y su corazón no dudó! "Ahora, pues, nos dice San Juan, debemos amar a Dios, puesto que El nos amó primero"[2]. Estas son las miras de la Iglesia en estos solemnes aniversarios. Después de abatir nuestro orgullo y resistencia por el espectáculo de la justicia divina, estimula nuestro corazón a amar al que se entregó, en nuestro lugar, a los golpes de la justicia divina. ¡Desgraciados de nosotros si en esta semana memorable no volvemos nuestras almas hacia Aquel que tenía justas causas para odiarnos, pero que, nos amó más que a sí mismo! Digamos con el Apóstol: "la caridad de Cristo nos apremia y en adelante todos los que viven no deben vivir para ellos, sino para Aquel que se entregó a la muerte por ellos"[3]. Debemos fidelidad al que fué nuestra víctima y que hasta el último momento en vez de maldecirnos, no cesó de pedir misericordia para nosotros. Un día aparecerá sobre las nubes del cielo, "y los hombres dice, el profeta, verán

---

[1] *Filip.*, 2, 7.
[2] *I, S. Juan*, 4, 19.
[3] *2 Cor.*, 14, 19.

al que traspasaron"[1]. ¡Ojalá seamos nosotros de aquellos a quienes la vista de las heridas, les inspira confianza porque habrán reparado con amor el crimen infligido al Cordero divino.

CONFIANZA. — Esperemos de la misericordia de Dios, que los santos días que vamos a comenzar, produzcan en nosotros este cambio maravilloso que nos permita cuando llegue la hora del juicio, permanecer tranquilos a la mirada del que vamos a ver pisoteado por los pecadores. La muerte del Redentor revoluciona a toda la naturaleza: el sol se oscurece al mediodía, tiembla la tierra y las rocas se parten, que nuestros corazones se conmuevan también que pasen de la indiferencia al temor, del temor a la esperanza, de la esperanza al amor; y después de descender con nuestro Salvador hasta el fondo de los abismos de las tristezas, merezcamos remontarnos con El hasta la luz, rodeados de los resplandores de su resurrección y llevando en nosotros la prenda de una vía nueva que no dejaremos apagar ya más.

---

[1] *Zac.*, 12, 10.

DOMINGO DE PASION

"Si oís, hoy, la voz del Señor, no endurezcáis vuestros corazones."

ENSEÑANZA DE LA LITURGIA. — La Iglesia da comienzo hoy en el oficio de la noche por estas graves palabras del Rey profeta. Antiguamente, los fieles consideraban un deber el asistir a los oficios nocturnos al menos los domingos y días festivos; tenían en mucho el no perder las enseñanzas que encierra la Liturgia. Pero los siglos pasaron y la casa de Dios no era frecuentada con la asiduidad que constituía el gozo de nuestros padres. Poco a poco se fueron perdiendo las costumbres y el clero dejó de celebrar públicamente los oficios que no eran concurridos. Fuera de los cabildos y monasterios no se oye ya el conjunto tan armonioso de la alabanza divina, y las maravillas de la Liturgia sólo son conocidas de una manera incompleta.

LLANTO DEL SEÑOR. — Por esta razón nos hemos movido a poner ante la consideración de nuestros lectores ciertos rasgos de algunos ofi-

cios que de otro modo quedarían para ellos como si no existiesen. ¿Qué más propio hoy para movernos que este aviso, tomado de David, que la Iglesia nos dirige y que repetirá en todos los maitines hasta el día de la Cena del Señor? Pecadores, nos dice, este día en que se deja oír la voz lastimera del Redentor, no seáis enemigos de vosotros mismos, dejando vuestros corazones endurecidos. El Hijo de Dios os da la última y la más viva muestra del amor por el cual descendió del cielo; su muerte está cercana; ya se prepara el madero en el que será inmolado el nuevo Isaac; entrad en vosotros mismos y no permitáis, que vuestro corazón conmovido, tal vez, un momento, vuelva a su dureza ordinaria. Habría en ello el mayor de los peligros. Estos aniversarios tienen la virtud de renovar a las almas cuya fidelidad coopera a la gracia que les ha sido ofrecida; mas acrecienta la insensibilidad en aquellos que los pasan sin arrepentirse. "Si, pues, oís hoy la voz del Señor no endurezcáis vuestros corazones."

ULTIMOS DÍAS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. — Durante las semanas precedentes hemos visto crecer cada día la malicia de los enemigos del Salvador. Su presencia, su vista les irrita y se siente que este odio reprimido aguarda el momento propicio para estallar. La bondad, la dulzura de Jesús continúa seduciendo las almas puras y rectas; al mismo tiempo la humildad de

su vida y la inflexible pureza de doctrina humilla más y más al judío soberbio que sueña con un Mesías conquistador, y al fariseo que no tiene escrúpulos en traspasar las leyes para hacer de ellas un instrumento de sus pasiones. Sin embargo, Jesús continúa el curso de sus milagros; sus discursos están llenos de energía desconocida; sus profecías amenazan a la ciudad y al templo famoso de los que no quedarán piedra sobre piedra. Los doctores de la ley deberían, al menos reflexionar, examinar sus obras maravillosas que dan testimonio al Hijo de David, y releer tantos oráculos divinos cumplidos hasta ahora con la más absoluta fidelidad. ¡Ay! estos oráculos se deben cumplir hasta la última tilde. David e Isaías no hicieron sino predecir las humillaciones y los dolores del Mesías, que estos hombres ciegos no durarán en realizar.

OBSTINACIÓN DE LA SINAGOGA Y DEL PECADOR. — En ellos se cumple esta palabra: "al que blasfema contra el Espíritu Santo, no se le perdonará el pecado ni en esta vida ni en la otra"[1]. La Sinagoga corre a la maldición. Obstinada en su error, no quiere escuchar, ni ver nada; ha torcido su juicio a su gusto; ha apagado en sí misma la luz del Espíritu Santo y vamos a verla descender por todos los grados de la aberración hasta el abismo. Triste espectáculo que se en-

[1] *S. Mat.* XII, 32.

cuentra todavía, con mucha frecuencia, en nuestros días, en los pecadores que a fuerza de resistir a la luz de Dios, ¡acaban por encontrar reposo en las tinieblas! Y no nos extrañemos de encontrar en otros hombres la conducta que observamos en los actores del drama que se va a cumplir. La historia de la Pasión del Hijo de Dios nos proporcionará más de una lección sobre los secretos del corazón humano y sus pasiones. No puede ser de otra manera; porque lo que ocurre en Jerusalén se renueva en el corazón del pecador. Este corazón es un Calvario, sobre el que según el Apóstol, Jesucristo es sacrificado con frecuencia. La misma ingratitud, la misma ceguera, el mismo furor; con la diferencia de que el pecador, cuando es iluminado por la fe, conoce a quien crucifica, mientras que los judíos, como dice San Pablo, no conocían como nosotros al Rey de la gloria [1] a quien clavamos en la Cruz. Siguiendo los relatos evangélicos que de día en día, van a ponerse ante nuestros ojos, deben indicarnos que nuestra indignación contra los judíos debe tornarse también contra nosotros y nuestros pecados. Lloremos los dolores de nuestra víctima, a la que nuestros pecados han obligado a soportar, tal sacrificio.

LA OCULTACIÓN DE JESÚS. — En este momento todo convida al duelo. Sobre el altar, ha des-

[1] *Cor.*, 2, 8.

aparecido hasta la Cruz bajo un velo y las imágenes de los santos están cubiertas; la Iglesia está a la expectativa de la más grande desgracia. Sólo nos recuerda en este tiempo la penitencia del Hombre-Dios; y tiembla pensando en los peligros de que está rodeado. Muy pronto leeremos en el Evangelio que el Hijo de Dios ha estado apunto de ser lapidado como un blasfemo; pero su hora no había llegado aún. Tuvo que huir y esconderse. ¡Todo un Dios se esconde para huir de la cólera de los hombres!

¡Qué contraste! ¿Será por debilidad o por miedo a la muerte? Sólo pensarlo sería una blasfemia; no tardaremos en verle presentarse ante sus enemigos. Si ahora evita el furor de los judíos es por no haberse cumplido aún lo que dijeron los profetas sobre El. Por otra parte no debe morir a pedradas sino sobre el madero maldito que, en adelante, se convertirá en el árbol de la vida.

ADÁN Y JESÚS. — Humillémonos, al ver que el Creador del cielo y de la tierra tiene que substraerse a las miradas de los hombres, para huir de su cólera. Pensemos en el día del primer crimen en el que Adán y Eva, pecadores, se escondieron también por que se vieron desnudos. Jesús ha venido para darles la seguridad del perdón: y he aquí que se oculta; no por que esté desnudo, El que es para sus Santos el vestido de santidad y de inmortalidad, sino por que se ha

hecho débil, para darnos fortaleza. Nuestros primeros padres quisieron esconderse de la mirada de Dios; Jesús se oculta ante los hombres; pero no será siempre así. Día vendrá en que los pecadores, ante quienes parece que huye hoy, suplicarán a las rocas y montañas, que caigan sobre ellos y les sustraigan de su vista; pero su petición será estéril. "Verán al Hijo del hombre sentado sobre las nubes del cielo, con poderosa y soberana majestad"[1].

Este Domingo se llama *Domingo de Pasión* porque la Iglesia comienza hoy a ocuparse especialmente de los sufrimientos del Redentor. Se le llama también Domingo *Júdica,* por comenzar con esta palabra el Introito de la Misa; finalmente Domingo de la *Neomenía* es decir de la luna nueva pascual por que siempre cae después de la luna nueva que sirve para fijar la fiesta de la Pascua.

En la iglesia griega, este Domingo, no tiene otro nombre que el Domingo V de los *Santos Ayunos.*

MISA

En Roma la estación se celebra en la basílica de S. Pedro. La importancia de este Domingo. que no cede su puesto a ninguna otra fiesta, por solemne que sea, exigía que la reunión de los

[1] *S. Mateo,* XXIV, 30.

fieles tuviese lugar en uno de los más augustos santuarios de la ciudad eterna.

El Introito está compuesto del Salmo XLII. El Mesías implora el juicio de Dios y protesta contra la sentencia que los hombres van a dictar contra él. Demuestra al mismo tiempo su esperanza en el socorro de su Padre, que después de la prueba le admitirá triunfante en su gloria.

INTROITO

Júzgame tú, oh Dios, y separa mi causa de la de un pueblo no santo: líbrame del hombre inicuo y falaz: porque tú eres mi Dios y mi fortaleza. — *Salmo:* Envía tu luz, y tu verdad: ellas me guiarán, y conducirán hasta tu santo monte, y hasta tus tabernáculos. — Júzgame tú...

En adelante sólo se dice *Gloria Patri* en las Misas de las fiestas; pero se repite el Introito.

En la Colecta, la Iglesia pide para sus fieles la completa reforma que el santo tiempo de Cuaresma está llamado a reproducir, y que debe someter a la vez los sentidos al espíritu y preservar a éste de las ilusiones y seducciones a que ha estado muy sujeto hasta ahora.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, mires propicio a tu Familia: para que, con tu ayuda, sea regida en el cuerpo y, con tu protección sea custodiada en el alma. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Hebreos.

Hermanos: Cristo el es Pontífice de los bienes futuros, el cual penetró una vez en el santuario a través de un tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho a mano, es decir, no de creación humana, y no con la sangre de cabritos y toros, sino por medio de su propia sangre, después de haber obrado la Redención eterna. Si, pues, la sangre de cabritos y de toros, y la aspersión de la ceniza de la ternera (sacrificada) santifican con la limpieza de la carne a los manchados: ¿cuánto más la Sangre de Cristo, que se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, por medio del Espíritu Santo, purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios viviente? Por eso es El el Mediador del Nuevo Testamento: a fin de que, por su muerte, ofrecida en redención de las prevaricaciones cometidas bajo el Viejo Testamento, reciban los llamados la prometida y eterna herencia en Jesucristo. Nuestro Señor.

La salvación en la sangre de un Dios. — El hombre sólo puede ser rescatado, por la sangre. La divina majestad ultrajada sólo se aplacará por el exterminio de la criatura rebelde cuya sangre derramada sobre la tierra con su vida dará testimonio de su arrepentimiento y de su completa sumisión ante aquel contra quien se rebeló. De otro modo la justicia de Dios se compensará por el suplicio eterno del pecador. Todos los pueblos así lo han entendido, desde la sangre de los corderos de Abel hasta la que co-

rría a torrentes en las hecatombes de Grecia, y en las innumerables inmolaciones con que Salomón inauguró la dedicación del templo. Sin embargo, dice Dios: "Escucha, Israel, yo soy tu Dios. No te reprendo por tus sacrificios: pues tengo siempre ante mí tus holocaustos; yo no tomo de tu casa el recental, ni de tus rebaños tus carneros. ¿Acaso no son míos todos estos animales? Si tubiere hambre no acudiría a ti, porque mío es el mundo y todo lo que contiene. ¿Es que tengo que comer carne de tus toros, o tendré que beber sangre de tus cabritos?[1]." Así Dios ordena los sacrificios sangrientos, y declara que no son nada a sus ojos. ¿Hay contradición? No: Dios quiere a la vez que el hombre entienda que no puede ser rescatado más que por la sangre, y que la sangre de los animales es muy grosera para obrar este rescate. ¿Será la sangre del hombre la que aplaque la justicia divina? De ningún modo: la sangre del hombre es impura y está manchada; además es incapaz de compensar el ultraje hecho a Dios. Es necesaria la sangre de un Dios. Y Jesús se ofrece a derramar la suya.

En El va a cumplirse la mayor figura de la ley antigua. Una vez al año, el sumo Sacerdote entraba en el Santa-Santorum, a orar por el pueblo. Se ponía detrás del velo, de cara al Arca Santa; se le otorgaba este favor con la condición de que entrase en este sagrado recinto lle-

[1] *Salmo*, XLIX.

vando en sus manos la sangre de la víctima que acababa de inmolar. Estos días, el Hijo de Dios Sumo Sacerdote por antonomasia, va a hacer su entrada en el cielo, y nosotros iremos en pos de El; mas se necesita para esto que se presente con sangre, y esta sangre no puede ser otra que la suya. Vamos a ver cumplir esta prescripción divina. Abramos pues, nuestros corazones, a fin de que "los purifique de las obras muertas, como nos acaba de decir el Apóstol, y sirvamos en lo sucesivo al Dios vivo."

El Gradual está tomado del Salterio; el Salvador pide verse libre de sus enemigos y apartado de la rabia de un pueblo amotinado contra El; pero al mismo tiempo acepta cumplir la voluntad de su Padre, por quien será vengado.

GRADUAL

Líbrame, Señor, de mis enemigos: enséñame a cumplir tu voluntad. ℣. Tú, Señor, que me has librado de las gentes iracundas, me exaltarás sobre los que se levanten contra mí: me librarás del hombre inicuo.

En el Tracto, sacado del mismo texto, el Mesías, con el nombre de Israel, se queja del furor de los judíos que le han perseguido desde su juventud, y se apresuran a hacerle sufrir cruel flagelación. Anuncia a la vez los castigos que el deicidio atraerá sobre ellos.

TRACTO

Mucho me han angustiado desde mi juventud. ℣. Dígalo ahora Israel: mucho me han angustiado desde mi juventud. ℣. Mas no prevalecieron contra mí: sobre mis espaldas araron los pecadores. ℣. Prolongaron sus iniquidades: pero el Señor cortó las cervices de los pecadores.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio Según S. Juan.

En aquel tiempo, decía Jesús a las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Pero vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Respondieron entonces los judíos, y dijéronle: ¿No decimos con razón que eres un samaritano, y que tienes el demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo el demonio, sino que glorifico a mi Padre, y vosotros le deshonráis. Pero yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y la juzgue. En verdad, en verdad os digo: Si alguien observare mis palabras, no morirá eternamente. Dijéronle entonces los judíos: Ahora conocemos que tienes el demonio. Abraham murió, y también los Profetas: y tú dices: Si alguien observare mis palabras, no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? Y los profetas también murieron. ¿Por quién te tienes a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada: es mi Padre quien me glorifica, el que vosotros llamáis Dios vuestro, y no le habéis conocido: pero yo le he conocido: y, si dijera que no le he conocido, sería semejante a vosotros, mentiroso. Pero yo le conozco, y observo sus palabras. Abraham, vuestro Padre, anheló ver mi día: viólo, y se alegró. Dijéronle entonces los judíos: ¿Aun no tienes cincuenta años, y viste a Abra-

ham? Díjoles Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abraham existiera, ya existía yo. Tomaron entonces piedras, para lanzarlas contra El: pero Jesús se escondió, y salió del templo.

ENDURECIMIENTO DE LOS JUDÍOS.—El furor de los judíos ha llegado al colmo, y Jesús se ve obligado a huir ante ellos. Pronto le matarán; mas ¡qué diferente es su suerte de la suya! Por obediencia a los decretos de su Padre celestial, por amor a los hombres, se entregará en sus manos, y le darán muerte, pero saldrá victorioso del sepulcro; subirá a los cielos, e irá a sentarse a la diestra de su Padre. Ellos, por el contrario, después de saciar su furor dormirán sin remordimientos hasta el terrible despertar que les está preparado. Se palpa que la reprobación de estos hombres será eterna. Ved con qué severidad les habla el Salvador: "Vosotros no escucháis la palabra de Dios porque no sois de Dios." No obstante esto hubo un tiempo en que fueron de Dios: porque el Señor da a todos su gracia; pero ellos han hecho estéril esta gracia; se agitan en las tinieblas y ya no verán la luz que han rechazado. "Decís que Dios es vuestro Padre; pero no le conocéis." A fuerza de desconocer al Mesías, la Sinagoga ha llegado a no conocer también al mismo Dios único y soberano, cuyo culto la enorgullece; en efecto, si conociese al Padre, no rechazaría al Hijo. Moisés, los Salmos, los Profetas, son para ella letra muerta, y estos libros

divinos pasarán muy pronto entre las manos de los pueblos, que sabrán leerlos y comprenderlos. "Si yo dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros." Por la dureza del lenguaje de Jesús se adivina ya la cólera del juez que bajará el último día para estrellar contra la tierra la cabeza de los pecadores. "Jerusalén no conoció el tiempo de su visita; el Hijo de Dios salió a su encuentro y tiene ella la desvergüenza de decirle que está poseído del demonio." Echa en cara al Hijo de Dios al Verbo eterno, que prueba su origen por los prodigios más evidentes, que Abrahán y los Profetas son mayores que El. ¡Extraña ceguera que procede del orgullo y de la dureza de corazón! La Pascua está próxima; estos hombres comerán religiosamente el cordero simbólico; saben que este cordero es una figura que debe realizarse. El cordero verdadero será inmolado por sus manos sacrílegas y no lo reconocerán. La sangre derramada por ellos no les salvará. Su desgracia nos lleva a pensar en tantos pecadores endurecidos para los cuales la Pascua de este año será tan estéril de conversión como los años precedentes; redoblemos nuestras oraciones por ellos, y pidamos que la sangre divina que pisan con los pies no clame contra ellos delante del trono del Padre celestial.

En el Ofertorio, el cristiano, lleno de confianza en los méritos de la sangre que le ha rescatado hace suyas las palabras de David para ala-

bar a Dios, y para reconocerle como autor de la vid a nueva cuya fuente inagotable es el sacrificio de Jesucristo.

OFERTORIO

Te alabaré, Señor, con todo mi corazón: retribuye a tu siervo: viva yo, y guarde tus palabras: vivifícame, según tu palabra, Señor.

El sacrificio del Cordero sin mancilla ha producido en el pecador dos efectos; ha roto sus cadenas y le ha hecho objeto de las complacencias del Padre celestial.

La Iglesia pide en la secreta, que el sacrificio que va a ofrecer para reproducir el de la Cruz, obtenga en nosotros los mismos resultados.

SECRETA

Suplicámoste, Señor hagas que estos presentes nos libren de los vínculos de nuestra depravación y nos grangeen los dones de tu misericordia. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

La antífona de la comunión está formada de las mismas palabras con que Jesucristo instituyó el sacrificio que se acaba de celebrar en el cual el sacerdote y los fieles participan en memoria de la Pasión cuyo recuerdo y mérito infinito ha renovado.

COMUNION

Este es el Cuerpo que será entregado por vosotros; este Cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre, dice

el Señor: haced esto en memoria mía cuantas veces lo tomareis.

En la poscomunión, la Iglesia pide a Dios conserve en los fieles los frutos de la visita que se ha dignado hacerle, entrando en ellos por la participación en los sagrados misterios.

POSCOMUNION

Asístenos, Señor, Dios nuestro; y, a los que has recreado con tus Misterios, defiéndelos con tu perpetuo patrocinio. Por el Señor.

LUNES

DE LA SEMANA DE PASION

La Estación, en Roma, se celebra en la Iglesia de San Crisógono, el "titulus Chrysogoni", de 499, donde, muy pronto se veneró al mártir homónimo de Aquilea, víctima de la persecución de Diocleciano, en 303. Su nombre está escrito en el Canon de la Misa.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, santifiques nuestros ayunos, y nos concedas benigno el perdón de todas nuestras culpas. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jonás.

En aquellos días habló el Señor por vez segunda al Profeta Jonás, diciendo: Levántate, y vete a la gran ciudad de Nínive: y predica en ella lo que yo te diga.

Y se levantó Jonás, y se fué a Nínive, según la orden del Señor. Y Nínive era una ciudad muy grande, como de tres días de camino. Y recorrió Jonás la ciudad durante un día: y clamó, y dijo: Aún quedan cuarenta días, (después) Nínive será destruída. Y creyeron en Dios los ninivitas: y pregonaron ayuno, y se vistieron de saco desde el mayor hasta el menor. Y llegó la nueva al rey de Nínive: y se levantó de su trono, y se despojó de sus ropas, y se vistió de saco, y se sentó en ceniza. Y se clamó, y se gritó en Nínive, por orden del rey y de sus príncipes, diciendo: Los hombres, y los animales, y los bueyes, y las bestias no gusten nada: ni sean apacentadas, ni beban agua. Y cúbranse de saco los hombres, y las bestias, y clamen al Señor con ahinco, y conviértase el hombre de su mal camino, y de la iniquidad que ha obrado con sus manos. ¿Quién sabe si se volverá a Dios, y nos perdonará, y se aplacará su ira, y no pereceremos? Y vió Dios sus obras, y que se habían convertido de su mal camino: y se compadeció de su pueblo el Señor, nuestro Dios.

PENITENCIA DE NÍNIVE.—La Iglesia nos ofrece hoy este relato, a fin de que avivemos nuestro celo por el camino de la penitencia. Una ciudad entregada a la idolatría, una capital orgullosa y sensual ha merecido la cólera del cielo. Dios se apresura a derribarla con los castigos de su venganza: dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada con sus habitantes. Pero ¿qué sucedió? La amenaza del Señor no se cumplió y Nínive fué perdonada. Este pueblo infiel se acordó del Dios que había olvidado; clamó al Señor, se humilló, ayunó; y la Iglesia termina el relato del

profeta con estas palabras: "el Señor, Dios nuestro, tuvo compasión de su pueblo." Este pueblo pagano llegó a ser el *pueblo del Señor* porque hizo penitencia a la voz del profeta. El Señor no había hecho pacto más que con una nación, pero no despreciaba los homenajes de las que renunciando a sus ídolos, confesaban su santo nombre y querían servirle también. Vemos aquí la eficacia de la penitencia del cuerpo unida a la del corazón para doblegar la ira divina: ¡cuánto pues debemos estimar las prácticas que la Iglesia nos impone en estos días y reformar las falsas ideas que una mística racionalista y débil nos hubieran podido inspirar!

LECCIÓN DE CONFIANZA. — Esta lectura era al mismo tiempo, motivo de esperanza y de confianza para los catecúmenos cuya iniciación estaba próxima. En ella aprendían a conocer la misericordia del Dios de los cristianos, cuyas amenazas son terribles y que, a pesar de todo, no sabe resistir al arrepentimiento de un corazón que renuncia al pecado. Salidos del paganismo, de esta Nínive profana, aprendían por este relato que el Señor, aun antes de enviar su Hijo al mundo, invitaba a los hombres a formar parte de su pueblo; y pensando en los obstáculos que sus padres tuvieron que vencer para recibir la gracia que les estaba prometida y perse-

verar en ella, bendecían al Dios salvador que por su encarnación, su sacrificio, sus sacramentos y su Iglesia se dignó poner tan cerca de nosotros esta salvación que es la única fuente tanto para el mundo antiguo como para el nuevo. Los penitentes públicos tomaban con esta lectura nuevos ánimos para esperar el perdón. Dios había tenido misericordia de Nínive, la ciudad pecadora y condenada: se dignará, pues, aceptar su penitencia, y revocar en favor suyo el decreto de su justicia.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo los príncipes y los fariseos enviaron unos ministros para que prendiesen a Jesús. Díjoles entonces Jesús: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo: y me iré al que me ha enviado. Me buscaréis, y no me hallaréis: y, adonde yo voy, vosotros no podréis ir. Dijeron entonces los judíos entre sí: ¿Dónde se irá éste, para que no le encontremos? ¿Acaso se irá a los gentiles, dispersos por el mundo, para predicarles? ¿Qué significa eso que ha dicho: Me buscaréis, y no me encontraréis: y, adonde yo voy, vosotros no podréis ir? Y el último día de la fiesta, el más solemne, se presentó a Jesús, y clamaba, diciendo: El que tenga sed, que venga a mí, y beba. Del seno del que crea en mí fluirán, como dice la Escritura, ríos de agua viva. Dijo esto, aludiendo al Espíritu que habían de recibir los creyentes en El.

20. TEMOR DEL ENDURECIMIENTO. — Los enemigos del Salvador no sólo han pensado lanzarle piedras; hoy quieren quitarle la libertad, y envían

esbirros para prenderle. En esta ocasión Jesús no juzga oportuna la huída; ¡pero qué terribles palabras les dirige!: "Voy al que me envió; vosotros me buscaréis pero no me encontraréis." El pecador que durante mucho tiempo ha abusado de la gracia, en castigo a su ingratitud y desprecios, tal vez no pueda encontrar a este Salvador con quien ha querido romper. Antíoco, humillado por la mano de Dios, oró y no fué oído. Después de la muerte y resurrección de Jesús, mientras la Iglesia extendía sus raíces por el mundo, los judíos, que crucificaron al Justo, buscaban al Mesías en cada uno de los impostores que se levantaban entonces en Judea, y causaron tumultos que llevaría la ruina de Jerusalén. Cercado por todas las partes por la espada de los romanos y por las llamas del incendio que devoraba el templo y los palacios, clamaban al cielo, y suplicaban al Dios de sus padres que enviase, según su promesa, al Salvador esperado; ni se les ocurrió que este libertador se había manifestado a sus padres, aun a algunos de ellos, que le habían matado, y que los apóstoles habían ya llevado su nombre hasta los confines de la tierra. Esperaron aún hasta el momento en que la ciudad deicida se derrumbó sobre los que no habían inmolado la espada del vencedor; los supervivientes fueron arrastrados a Roma para adornar el triunfo de Tito. Si se les hubiese preguntado que es lo que esperaban, habrían res-

pondido que al Mesías. Vana esperanza: el tiempo había pasado. Temamos que la amenaza del Salvador se cumpla en muchos de los que dejarán pasar esta Pascua sin volver a la misericordia de Dios; roguemos y pidamos que no caigan en las manos de una justicia, cuyo arrepentimiento demasiado tardío e imperfecto no doblegará.

El agua viva. — Pensamientos más consoladores nos sugiere el relato del Evangelio. Almas fieles, almas penitentes, escuchad; Jesús habla para vosotras: "si alguno tiene sed, venga a Mí y beba". Recordad la oración de la infeliz samaritana: "Señor dame siempre de esta agua." Esta agua es la gracia divina; abrevaos de las aguas de las *fuentes del Salvador* que había anunciado el profeta. Esta agua da la pureza al alma manchada, fortaleza al alma lánguida, amor al que se siente tibio. Mas aun, el Salvador añade: "el que cree en mí, se convertirá él mismo en fuente de aguas vivas"; porque el Espíritu Santo vendrá sobre él y entonces el fiel derramará sobre los demás la gracia que ha recibido en abundancia. ¡Con qué gozo tan santo oía leer el catecúmeno estas palabras que le prometían que su sed sería por fin apagada en la divina fuente! El Salvador ha querido serlo todo para el hombre regenerado: *luz* que disipa sus tinieblas, *pan* que le alimenta, *viña* que le da su uva, en fin *agua* corriente que refresca sus ardores.

ORACION

Concede, Señor, a tu pueblo la salud del alma y del cuerpo: para que, practicando las buenas obras, merezca ser defendido siempre con tu protección. Por el Señor.

MARTES

DE LA SEMANA DE PASION

En Roma, la Estación tenía lugar antiguamente, en la Iglesia del santo mártir Ciriaco y así está señalado en misal romano; pero este antiguo santuario habiéndose arruinado, y el cuerpo del santo diácono trasladado por Alejandro VII (1655-1667) a la Iglesia *in via Lata,* la Estación tiene lugar ahora en ésta última.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, te sean aceptos nuestros ayunos: para que, purificándonos, nos hagan dignos de tu gracia y nos alcancen los remedios eternos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días se presentaron los babilonios al rey, y le dijeron: Entréganos a Daniel, que destruyó a Bel y mató al dragón, porque, de lo contrario, te mataremos a ti, y a tu familia. Vió entonces el rey que se lanzarían sobre él con furia: y, obligado por la necesidad, les entregó a Daniel. Ellos le encerraron en una cueva de leones, y estuvo allí seis días. Y en

la cueva había siete leones, a los cuales arrojaban todos los días dos cadáveres y dos ovejas: pero entonces no les dieron nada, para que devoraran a Daniel. Había a la sazón en Judea un profeta, llamado Habacuc, el cual había hecho un guisado y preparado unos panes en una vasija, e iba al campo, para llevarlo a los segadores. Y dijo el Angel del Señor a Habacuc: Lleva esa comida, que tienes ahí, a Babilonia, a Daniel, que está en la cueva de los leones. Y dijo Habacuc: Señor, no he visto nunca a Babilonia, y no sé dónde está la cueva. Y tomóle el Angel del Señor por la coronilla, y llevóle por el cabello de la cabeza, y le colocó, con la velocidad de su espíritu, en Babilonia, sobre la cueva de los leones. Y clamó Habacuc, y dijo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te ha enviado Dios. Y dijo Daniel: Te has acordado de mí, oh Dios, y no has abandonado a los que te aman. Y, levantándose Daniel, comió. Después el Angel del Señor volvió luego a Habacuc a su lugar. Vino, pues, el rey el día séptimo, para llorar a Daniel: y fué a la cueva, y miró dentro, y he aquí que vió a Daniel sentado en medio de los leones. Y clamó el rey con gran voz, diciendo: Grande eres tú, Señor, Dios de Daniel. Y le sacó de la cueva de los leones. Entonces arrojó en la cueva a aquellos que habían sido la causa de su perdición y fueron devorados al punto en su presencia. Entonces dijo el rey: Teman todos los habitantes de toda la tierra al Dios de Daniel: porque El es el Salvador, El que hace prodigios y maravillas en la tierra: El es el que ha librado a Daniel de la cueva de los leones.

DANIEL MODELO DE CATECÚMENOS. — Esta lectura estaba destinada especialmente a la instrucción de los catecúmenos. Se preparaban para inscribirse en la milicia cristiana; convenía, pues,

se pusiese ante sus ojos los ejemplos que habían de estudiar y realizar durante su vida. Daniel entregado a los leones, por haber despreciado el ídolo de Bel era el tipo del mártir. Había confesado al verdadero Dios en Babilonia, exterminando un dragón imagen de Satán, al cual el pueblo idólatra, después de destrucción de Bel, había traspasado sus homenajes supersticiosos; sólo la muerte del profeta era capaz de aquietar a los paganos. Lleno de confianza en Dios, Daniel se había dejado arrojar en la cueva de los leones, dando así a las edades cristianas el ejemplo del valeroso sacrificio que debía ofrecer por espacio de tres siglos la consagración de sangre para establecimiento de la Iglesia. La imagen de este profeta rodeado de leones se encuentra a cada paso en las catacumbas romanas; la mayor parte las pinturas que le recuerdan se remontan al tiempo de las persecuciones. De este modo los catecúmenos podían contemplar con sus ojos lo que habían oído leer, y todo les hablaba de oprobios y de sacrificios. Es verdad que la historia de Daniel les señalaba el poder de Dios que intervenía para arrancar de los leones la presa inocente que se les había echado. Pero los aspirantes al bautismo sabían de antemano que la liberación con que debían contar, sólo les sería otorgada después de dar testimonio de su sangre. De cuando en cuando se manifestaban en la arena prodigios; se veía algunas veces a

los leopardos lamer los pies de los mártires y contener su voracidad ante los siervos de Dios; pero tales milagros no hacían más que suspender la inmolación de las víctimas y suscitarles imitadores.

LUCHA CONTRA EL MUNDO. — La Iglesia proponía a la tentación de los catecúmenos la valentía de Daniel y no su victoria sobre los leones; lo importante para ellos era que en adelante tuviesen presente estas palabras del Salvador; "no temáis a los que pueden matar al cuerpo; temed más bien al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno"[1]. Nosotros somos los descendientes de estas primeras generaciones de la Iglesia, pero no hemos conquistado al mismo precio la ventaja de ser cristianos. No es delante de procónsules ante quienes tenemos que confesar a Jesucristo es delante del mundo, este otro tirano. Los ejemplos de los mártires nos fortifiquen estos días, en la lucha que es preciso sostener contra sus máximas, sus pompas y sus obras. Hay una especie de tregua entre él y nosotros en este tiempo de recogimiento y de penitencia; pero día vendrá en que tengamos que desafiarle y mostrarnos cristianos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.
En aquel tiempo andaba Jesús por Galilea, pues no

[1] *S. Mat.*, X, 28.

quería caminar por la Judea porque los judíos querían matarle. Y estaba próxima una fiesta de los judíos, la Escenopegia (o de los Tabernáculos). Dijéronle entonces sus hermanos: Pasa de aquí, y vete a Judea, para que vean también tus discípulos las obras que haces. Porque nadie, que desea ser conocido, hace sus obras en secreto: si haces esas cosas, manifiéstate al mundo. Ni sus mismos hermanos creían en El. Díjoles entonces Jesús: Mi tiempo no ha llegado aún: en cambio, vuestro tiempo siempre está preparado. El mundo no puede odiaros a vosotros; pero a mí sí me odia: porque yo doy testimonio de que sus obras son malas. Subid vosotros a esa fiesta, porque yo no subo a ella, pues mi tiempo aun no se ha cumplido. Y, habiendo dicho esto, El permaneció en Galilea. Más, cuando subieron sus hermanos, subió también El a la fiesta, pero no públicamente, sino como de incógnito. Y los judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿Dónde está El? Y había gran murmullo en el pueblo acerca de El. Porque unos decían: Es bueno. Pero otros decían: No; sino que seduce a las turbas. Y nadie hablaba de El abiertamente, por miedo a los judíos.

LA HUMILDAD DEL HOMBRE-DIOS. —Los hechos referidos en el paso del Evangelio se relacionan con una época anterior a la vida del Salvador, y la Iglesia nos los propone hoy, a causa de la relación que contiene con los que hemos leído hace algunos días. Es evidente que no sólo al acercarse la Pascua, sino desde la fiesta de los Tabernáculos, en el mes de septiembre, el furor de los judíos conspiraba ya su muerte. El Hijo de Dios tenía que viajar a ocultas, y para entrar con seguridad en Jerusalén, le era preciso to-

mar algunas precauciones. Adoremos estas humillaciones del Hombre-Dios, que se ha dignado santificar todos los estados, aun el del justo perseguido y obligado a ocultarse a las miradas de sus enemigos. Le habría sido fácil deslumbrar a sus adversarios con milagros inútiles, como los que deseó Herodes y forzar así su culto y su admiración. Dios no procede así; no obliga; obra a las miradas de los hombres; mas para conocer la acción de Dios, es necesario que el hombre se recoja y se humille, que haga callar sus pasiones. Entonces la luz divina se manifiesta al alma; esta alma ha visto bastante; ahora cree y quiere creer; su dicha y su mérito está en la fe; está en disposición de esperar la manifestación de la eternidad.

La carne y la sangre no lo entienden así; gustan la ostentación y el ruido. El Hijo de Dios en su venida a la tierra no debía someterse aún abatimiento tal sino para que los hombres viesen su poder infinito. Tenía que hacer milagros para apoyar su misión, pero en El, hecho Hijo del Hombre, no debía ser todo milagro. La mayor parte de su existencia estaba reservada a los humildes deberes de la criatura; de otro modo, no nos había enseñado con su ejemplo, lo que tanto necesitábamos saber. Sus hermanos (se sabe que los judíos entendían por *hermanos* a todos los parientes en línea colateral) sus hermanos habrían querido tener su parte en esta

gloria vulgar, que querían para Jesús. Le dan motivo para que les dijese esta palabra que debemos meditar en este santo tiempo, para acordarnos más tarde de ella: "el mundo no os odia a vosotros; pero a mí, sí me odia". Guardémonos pues, en adelante, de complacernos con el mundo; su amistad nos separaría de Jesucristo.

ORACION

Suplicámoste, Señor, nos concedas la gracia de perseverar sumisos a tu santa voluntad: para que en nuestros días crezca, en número y en mérito, el pueblo que te sirve. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LA SEMANA DE PASION

En Roma se celebra la Estación en la Iglesia de San Marcelo papa y mártir (308-310).

COLECTA

Santificado este ayuno, ilustra, oh Dios, misericordiosamente los corazones de tus fieles: y escucha benigno las súplicas de aquellos a quienes concedes el sentimiento de la devoción. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro Levítico.

En aquellos días habló el Señor a Moisés, diciendo: Habla a toda la asamblea de los hijos de Israel, y les dirás: Yo soy el Señor, vuestro Dios. No hurtaréis. No mentiréis, ni engañará cada cual a su prójimo. No

perjurarás en nombre mío, ni mancharás el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor. No calumniarás a tu prójimo, ni le oprimirás con la fuerza. No retendrás el salario del obrero hasta el mañana. No maldecirás al sordo, ni pondrás tropiezo delante del ciego: sino que temerás al Señor, tu Dios, porque yo soy el Señor. No harás lo que es inicuo, ni juzgarás injustamente. No consideres la persona del pobre, ni honres la cara del poderoso. Juzga justamente a tu prójimo. No serás calumniador, ni murmurador en el pueblo. No te pondrás contra la sangre de tu prójimo. Yo soy el Señor. No odies a tu hermano en tu corazón, sino corrígele públicamente, para que no peques contra él. No busques la venganza, ni te acuerdes de la injuria de tus ciudadanos. Amarás a tu amigo como a ti mismo. Yo soy el Señor. Guardad mis leyes. Porque yo soy el Señor, vuestro Dios.

DEBER DE CARIDAD FRATERNA. — La Iglesia, al poner hoy ante nuestra vista este relato del Levítico, en que los deberes del hombre para con su prójimo se encuentran expuestos con tanta claridad y abundancia, quiere dar a entender al cristiano en qué debe enmendar su vida, en cosa tan importante. Es Dios quien aquí habla, e intima sus órdenes; ved como repite casi a cada paso: "Yo el Señor"; a fin de hacernos comprender que será vengador del prójimo que hubiéremos ofendido. ¡Cómo este lenguaje debía ser nuevo al oído de los catecúmenos, instruídos en el seno de un mundo pagano, egoista y sin entrañas, que jamás les había dicho que todos los hombres son hermanos, que Dios, Padre común de la inmensa familia de la humanidad, exigía

que se amasen todos con un amor sincero, sin distinción de razas ni de condición! Nosotros los cristianos, estos días de reparación, pensemos en cumplir a la letra la intención del Señor, nuestro Dios. Acordémonos de que estos preceptos fueron intimados al pueblo israelita, hace muchos siglos antes de la publicación de la Ley de misericordia. Pues si el Señor exigía de un judío un amor tan sincero a sus hermanos, cuando la ley divina estaba escrita solamente en láminas de piedra, ¿qué no pedirá de un cristiano que puede leerlas en el corazón del Hombre-Dios, bajado del cielo y hecho nuestro hermano para que nos fuese más fácil, a la par que agradable cumplir el precepto de la caridad? La humanidad unida en su persona a la divinidad es en adelante sagrada; en ella se ha complacido el Padre celestial; por amor fraternal hacia ella se entrega Jesús a la muerte, enseñándonos con su ejemplo a amar tan sinceramente a nuestros hermanos, que si es necesario "estemos decididos hasta dar nuestra vida por ellos"[1]. Es el discípulo amado el que lo aprendió de su maestro, y el que nos lo enseña.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo se celebró en Jerusalén la fiesta de la dedicación: y era invierno. Y Jesús estaba en el

[1] *S. Juan,* III, 16.

templo, en el pórtico de Salomón. Y rodeáronle los judíos, y decían: ¿Hasta cuándo torturarás nuestra alma? Si eres tú el Cristo, dínoslo claramente. Respondióles Jesús: Os hablo, y no creéis. Las obras, que yo hago en nombre de mi Padre, os dan testimonio de mí: pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz: y yo las conozco, y me siguen: y yo les doy vida eterna: y no perecerán para siempre: y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos: y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa. Tomaron entonces piedras los judíos para lapidarle. Respondióles Jesús: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre: ¿por cuál de ellas queréis apedrearme? Respondiéronle los judíos: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo. Respondióles Jesús: ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo dije: dioses sois? Si llamó dioses a quienes habló Dios, y no puede ser quebrantada la Escritura: ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros: Blasfemas: porque he dicho: Soy el Hijo de Dios? Si no hago obras de mi Padre, no me creáis. Pero, si las hago, y si no queréis creerme a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.

La fe. — Después de la fiesta de los Tabernáculos, vino la de la Dedicación, y Jesús se quedó en Jerusalén. El odio de sus enemigos aumentaba continuamente y reuniéndose alrededor de él, quieren obligarle a decir que es el Mesías, para enseguida echarle en cara el usurpar una misión que no es suya. Jesús desdeña responderles, y les remite a los milagros que le han visto

obrar y que dan testimonio de él. Por la fe, y solamente por ella, puede el hombre acercarse a Dios en este mundo. Dios se manifiesta por las obras divinas; el hombre que las conoce debe creer la verdad que atestigua tales obras, y así creyendo, tiene el mismo tiempo, la certeza de lo que cree y el mérito de su fe. El judío soberbio se rebela; querría dictar la ley al mismo Dios, y no quiere saber que su pretensión es tan impía como absurda.

UNIDAD DEL PADRE Y DEL HIJO. — Con todo eso, es necesario que la doctrina divina siga su curso, debe excitar el escándalo de estos espíritus perversos. Jesús no habla solamente para ellos: tiene que hacerlo también por los futuros creyentes. Entonces dijo esta gran palabra que nos revela no sólo su categoría de Cristo, sino su divinidad: "Mi Padre y Yo somos uno." Sabía que hablando así excitaría su furor; pero tenía que revelarse a la tierra y confundir de antemano a la herejía. Arrio se levantará un día contra el Hijo de Dios y dirá que solamente es la más perfecta de las criaturas: la Iglesia responderá que *es uno con el Padre que le es consubstancial;* y después de muchas revueltas y crímenes la secta arriana se extinguirá y caerá en olvido. Los judíos son aquí los precursores de Arrio. Han comprendido que Jesús se ha declarado Hijo de Dios, y quieren apedrearle. Por una última condescendencia Jesús quiere prepararles para gus-

tar esta verdad, indicándoles por sus escrituras, que el hombre puede algunas veces recibir en su sentido restringido, el nombre de Dios, por razón de las funciones divinas que ejerce; después les recuerda los prodigios que tan altamente testimonia la asistencia que le ha dado su Padre; y repite con nueva firmeza que "el Padre está en El y El en el Padre. Nada puede convencer a estos corazones obstinados; el castigo del pecado que han cometido contra el Espíritu Santo pesa sobre ellos.

DOCILIDAD. — ¿Que diferente es la suerte de las ovejas del Salvador? "Escuchan su voz, le siguen; les da la vida eterna, y nadie les arrebatará de sus manos." ¡Dichosas ovejas! Creen porque aman; por el corazón se abre paso la verdad, así como por el orgullo del espíritu penetran las tinieblas en alma del incrédulo y se establecen para siempre. El incrédulo ama las tinieblas; las llama luz y blasfema sin sentirlo. El judío llega hasta crucificar al Hijo de Dios para rendir homenaje a Dios.

ORACION

Atiende a nuestras súplicas, oh Dios omnipotente: y, a los que les concedes la gracia de confiar en tu piedad, dales benigno el efecto de tu acostumbrada misericordia. Por el Señor.

JUEVES
DE LA SEMANA DE PASION

En Roma la Estación se celebra en la Iglesia de San Apolinar que fué primer obispo de Ravena y mártir.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que la dignidad de la condición humana, herida por la intemperancia, sea recobrada mediante una saludable moderación. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días oró Azarías al Señor, diciendo: Señor, Dios nuestro: por amor de tu nombre te rogamos no nos dejes para siempre, ni destruyas tu alianza: ni apartes tu misericordia de nosotros, por tu amado Abraham, y por tu siervo Isaac, y por tu santo Israel: a los cuales hablaste, prometiéndoles que multiplicarías su descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que hay en la orilla del mar: porque, Señor, hemos disminuído más que todas las gentes, y somos hoy humildes en toda la tierra por nuestros pecados. Y no hay en este tiempo príncipe, ni caudillo, ni profeta, ni holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso, ni lugar de primicias ante ti, para que podamos alcanzar tu misericordia: pero seamos recibidos con ánimo contrito, y espíritu de humildad. Como el holocausto de carneros, y toros, y como millares de gordos corderos, así sea hoy en tu presencia nuestro sacrificio, para que te agrade: porque no hay confusión para los que confían en ti. Y ahora te

seguimos de todo corazón, y te tememos, y buscamos tu cara. No nos confundas: sino obra con nosotros según la muchedumbre de tus misericordias. Y líbranos con tus maravillas, y da gloria a tu nombre, Señor: y sean confundidos todos los que causan males a tus siervos, sean confundidos por tu omnipotencia, y sea quebrantada su fortaleza: y sepan que tú eres el Señor, el Dios único y glorioso sobre el orbe de las tierras, Señor, Dios nuestro.

La idolatría. — De esta manera, Judá cautivo en Babilonia, desahogaba su corazón en el Señor, por boca de Azarías. Sión, privada de su templo y de sus solemnidades la desolación había llegado allí al colmo: sus hijos, desterrados en un país extranjero, debían morir sucesivamente hasta el año 70 del destierro; después Dios se acordaría de ellos y los devolvería a Jerusalén por la mano de Ciro. Entonces tendría lugar la construcción del segundo templo que vería al Mesías. ¿Qué crimen había cometido Judá para ser sometido a tal expiación? Se había entregado a la idolatría, había roto el pacto que le unía al Señor, sin embargo de eso su crimen fué reparado por esta cautividad de un número limitado de años; y Judá, vuelto a la tierra de sus padres no volvió más al culto de los falsos dioses. Cuando el Hijo de Dios vino a habitar con él se encontraba puro de idolatría.

El Deicida. — Aún no habían transcurrido cuarenta años desde la Ascensión de Jesús cuan-

do Judá emprendió de nuevo el camino del destierro. No era llevado de nuevo a Babilonia, sino que se dispersaba en grandes masas por todas las naciones. Y no solamente 70 años, sino 20 siglos llevó "sin jefe, sin profeta, sin holocausto, sin sacrificio y sin templo". ¡El crimen cometido por Judá es más grave que la idolatría, puesto que después de tantas desgracias y humillaciones, la justicia del Padre no se ha apaciguado sino hasta hace unos años! Es que la sangre derramada en el Calvario por el pueblo judío, no es sólo la sangre de un hombre: es la sangre de un Dios.

Castigo y conversión. — Es necesario que toda la tierra lo sepa y lo comprenda con solo ver el castigo de los verdugos. Esta terrible expiación de un crimen infinito debe continuar hasta los últimos días del mundo; entonces el Señor se acordará de Abrahán, Isaac y Jacob; una gracia extraordinaria descenderá sobre Judá y su vuelta consolará a la Iglesia, afligida por la deserción de tantos hijos. El espectáculo de un pueblo entero cargado con la maldición para todas sus generaciones, por haber crucificado al Hijo de Dios, hace reflexionar al cristiano. Esto nos enseña que la justicia de Dios es terrible, y que el Padre pide cuenta hasta de la última gota de la sangre de su Hijo, a aquellos que la han derramado. Apresurémonos a lavar en esta pre-

ciosa sangre la falta de complicidad que tenemos con los judíos, y por una sincera conversión, imitemos de entre estos, a aquellos que de cuando en cuando, se apartan de su pueblo y se vuelven al divino Mesías, cuyos brazos están extendidos en la Cruz para recibir a todos los que quieren venir a El.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Y, habiendo entrado en la casa del fariseo, se sentó a la mesa. Y he aquí que una mujer pecadora, que había en la ciudad, cuando supo que se había sentado a la mesa en la casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro, lleno de ungüento; y, poniéndose detrás, junto a sus pies, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los ungía con el ungüento. Y, cuando lo vió el fariseo, que le había invitado, dijo para sí: Si éste fuera profeta, sabría sin duda quién y qué tal es la mujer que le toca: pues es una pecadora. Y, respondiendo Jesús, le dijo: Simón, tengo algo que decirte. Y él dijo: Maestro di. Había dos deudores para un acreedor: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagarlos, perdonó a los dos. ¿Cuál, pues, le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Creo que aquel a quien perdonó más. Y El le dijo: Has juzgado rectamente. Y, vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no diste agua a mis pies: ésta, en cambio, regó con lágrimas mis pies, y los enjugó con sus cabellos. No me diste el ósculo: ésta, en cambio, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste con óleo mi cabeza: ésta, en cambio, ha

ungido mis pies con ungüento. Por eso te digo: Se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho. En cambio, al que se le perdona menos, menos ama. Díjole entonces a ella: Te son perdonados tus pecados. Y comenzaron, los invitados con El, a decir entre sí: ¿Quién es éste, que hasta los pecados perdona? Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado: vete en paz.

María Magdalena. — A las sombrías ideas que sugiere el espectáculo de la reprobación del pueblo deicida, la Iglesia se apresura a proponer ante nuestra vista pensamientos consoladores que debe producir en nuestras almas la historia de la pecadora del Evangelio. Este rasgo de la vida del Salvador no se refiere al tiempo de Pasión. Pero los días en que nos hallamos: ¿No son días de misericordia, y no nos conviene glorificar en ellos la mansedumbre y ternura del corazón de nuestro Redentor, que se prepara, a obtener el perdón, a número tan grande de pecadores sobre la tierra? Por otra parte, ¿no es Magdalena la compañera inseparable de su maestro crucificado? Pronto la contemplaremos al pie de la Cruz; estudiemos este modelo de amor, fiel hasta la muerte; y para esto consideremos su punto de partida.

Su arrepentimiento. — Magdalena había llevado una vida pecadora; siete demonios, nos dice en otro lugar el Evangelio, habían fijado en ella su domicilio. Ha bastado a esta mujer, ver y oír al Señor, en seguida se ha apoderado de ella

el horror al pecado, un santo horror inunda su corazón, no ambiciona más que un deseo, el de reparar su vida pasada. Ha pecado en público; necesita una retractación pública de sus extravíos, vivió en el lujo: en adelante sus perfumes serán para su Libertador; con su cabellera, de la que se mostraba tan orgullosa, le enjugará sus pies; en su rostro no aparecerán más las sonrisas libres; sus ojos, seductores de almas, están anegados de lágrimas. Por el movimiento del espíritu divino que la anima, parte para contemplar otra vez a Jesús. Se encuentra este en casa del fariseo, celebrando un festín, va pues ella a ser causa de sonrisas maliciosas y cuchicheos. ¿Qué importa? avanza con su precioso vaso y en breves momentos cae ante los pies del Salvador. Allí se sitúa, allí derrama su corazón y sus lágrimas. ¿Quién será capaz de describir los pensamientos que embargan a aquella alma? El mismo Jesús nos los manifestará a su tiempo con una sola palabra. Con claridad se ve al considerar sus lloros su conmoción, en el empleo de sus perfumes y cabellera su gran agradecimiento, y en su predilección de su Salvador su gran humildad.

El perdón. — El fariseo se escandaliza. Por el movimiento de orgullo judaico que pronto crucificará al Mesías, toma de aquí ocasión para dudar de la misión de Jesús. "Si este fuera el Profeta, decía, conocería ciertamente quién es

la mujer que le toca." Si tuviera el espíritu de Dios sabría por esta condescendencia hacia la creatura arrepentida que éste es el Salvador prometido. Aún con su reputación de virtud, "¡cuán por debajo queda de esta mujer pecadora!" Jesús se toma la molestia, de dárselo a entender, formando el paralelo de Magdalena y de Simón el fariseo, y en este paralelo la victoria se decidió por Magdalena. ¿Cuál es la causa, que ha trasformado así a la pecadora, de tal suerte que le merezca no sólo el perdón sino también los elogios de Jesús? Su amor; "amó a su Redentor; le amó mucho" y perdón que ha recibido, está en relación con este amor. Hace unos instantes su único amor era el mundo y la vida sensual; el arrepentimiento ha creado en ella un nuevo ser: su única búsqueda, su única mirada, su único amor, es Jesús. En lo sucesivo sigue sus pasos, quiere remediar sus necesidades, quiere sobre todo verle y escucharle; y en el momento de la prueba, cuando los apóstoles hayan huído, ella permanecerá, allí, al pie de la Cruz para recibir el último suspiro de aquel a quien su alma debía la vida. "Qué ejemplo de esperanza para el pecador." Lo acaba de decir Jesús: "Al que más ama, más se le perdona." Pecadores pensad en vuestros pecados; mas sobre todo pensad en acrecentar vuestro amor: Que se halle en relación con la gracia del perdón que vais a recibir, y "vuestros pecados os serán perdonados".

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, seas propicio con tu pueblo: para que, repudiando lo que no te agrada, se llenen más de las delicias de tus mandamientos. Por el Señor.

VIERNES DE PASION

En Roma la Estación se celebra en la Iglesia de S. Esteban en el monte Celius. En este día que estaba consagrado a María reina de los Mártires, es curioso recordar que por una especie de presentimiento profético, esta Iglesia dedicada al primer mártir, se hallaba ya designada desde la más remota antigüedad, para la reunión de los fieles.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, infundas benigno en nuestros corazones tu gracia: para que, refrenando nuestros pecados con voluntaria penitencia, prefiramos mortificarnos temporalmente, antes que ser destinados a los suplicios eternos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del profeta Jeremías.

En aquellos días dijo Jeremías: Señor, todos los que te abandonan serán confundidos: los que se apartan de ti serán escritos en la tierra: porque dejaron al Señor, fuente de las aguas vivas. Sáname, Señor, y quedaré sano: sálvame, y seré salvo: porque tú eres

mi alabanza. He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¡Venga! Y yo no me he turbado, siguiéndote a ti, mi pastor; ni he deseado día de hombre, tú lo sabes. Lo que salió de mi boca, fué recto en tu presencia. No seas espanto para mí, tú eres mi esperanza en el día de aflición. Sean confundidos los que me persiguen, y no lo sea yo: teman ellos, y no tema yo. Envía sobre ellos un día de aflición, y quebrántalos con doble quebrantamiento, Señor, Dios nuestro.

Jeremías figura del Mesías. — Jeremías es una de las principales figuras de Jesucristo en el Antiguo Testamento, donde representa de modo especial al Mesías perseguido por los judíos. Esto ha movido a la Iglesia a elegir sus profecías con tema de las lecturas del Oficio de la noche, en las dos semanas consagradas a la Pasión del Salvador. Acabamos de escuchar uno de los gemidos que este justo dirige a Dios, contra sus enemigos; y habla en nombre de Cristo. Escuchemos estos acentos que descubren a la vez la malicia de los judíos y la de los pecadores que persiguen a Jesucristo en el mismo seno del cristianismo. "Han abandonado, dice el profeta, la fuente de aguas vivas." Judá se ha olvidado de la roca del desierto de la cual brotaron las aguas que saciaron su sed; o si todavía se acuerda de ella, ignora que esta misteriosa roca representaba al Mesías.

Jerusalén imagen de los pecadores. — A pesar de todo Jesús está allí en Jerusalén y clama:

"Todo aquel que tenga sed, venga a mí y se sacie." Su bondad, su doctrina, sus maravillosas obras, las profecías cumplidas en él dicen claramente que hay que creer en su palabra; pero Judá sigue sordo a su invitación imitándole en esto más de un cristiano. Hay algunos que han gustado la "fuente de aguas vivas" y que se han vuelto a los turbios riachuelos del mundo; pero su sed ha ido en aumento. Que estos tales tiemblen ante el castigo de los judíos; pues si no vuelven a su Dios caerán en aquellas llamas devoradoras y eternas en las que se rehusa aún la más mínima gota de agua al que la solicita. El Salvador por boca de Jeremías anuncia que va a llegar para los judíos "un día de maldición"; algo más tarde cuando El vino en persona anunció a los judíos que la tribulación que caería sobre Jerusalén en castigo de su deicidio sería tan espantosa "cual no se ha visto desde el principio del mundo, ni se volverá a ver en el correr de los siglos"[1]. Pero si el Señor ha vengado con tanto rigor la sangre de su Hijo contra una ciudad que fué durante mucho tiempo escabel de sus pies y contra un pueblo preferido a todos los otros ¿perdonará, sin embargo, al pecador que despreciando las invitaciones de la Iglesia se empeña en continuar impenitente? Judá tuvo la desgracia de colmar la medida de sus iniquidades; también todos nosotros tenemos determi-

[1] *S. Mateo*, XXIV, 21.

nado un nivel de maldad, que la justicia divina no permitirá sobrepasemos. Apresurémonos pues a pisotear al pecado; pensemos llenar la medida, de las buenas obras, y roguemos por los pecadores que no quieren convertirse. Pidamos para que esta sangre divina que ellos desprecian una vez más no se abata sobre ellos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo, los pontífices y fariseos celebraron consejo contra Jesús, y dijeron: ¿Qué hacemos? Porque este hombre obra muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos, y nos quitarán nuestro lugar, y la gente. Entonces uno de ellos, llamado Caifás, que era Pontífice aquel año, les dijo: No sabéis nada, ni pensáis que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la gente. Pero esto no lo dijo por propio impulso, sino que, como era Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel día, pues, pensaron en matarle. Por eso Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se fué a una región próxima al desierto, a la ciudad llamada Efrén, y allí moró con sus discípulos.

El consejo del Sanhedrín. — La vida del Salvador está ahora más que nunca en peligro. El consejo de la nación se ha reunido para tratar de deshacerse de El. Escuchad a estos hombres a quienes domina la más vil de las pasiones, la

envidia. No niegan los milagros de Jesús, están pues en condiciones de dar un juicio sobre su misión y este juicio debería ser favorable. Mas no se han reunido con este fin, sino con el de hallar los medios para hacerle perecer. ¿Qué pensarán para sí mismos: ¿Qué sentimientos manifestarán en común para legitimar esta resolución sangrienta? Osarán poner de por medio la política el interés de la nación. Si Jesús continúa manifestándose y obrando estos prodigios pronto se levantará la Judea para proclamarle su rey y los romanos no tardarán en venir a vengar el honor del Capitolio ultrajado por la más débil de las naciones del imperio. ¡Insensatos que no comprenden que si el Mesías fuera rey, al modo de este mundo, todos los poderes de la tierra hubieran sido impotentes contra El! No se acuerdan de la predicción de Daniel que anunció que en el correr de 70 semanas de años a partir del decreto para la reedificación del templo, Cristo había de ser condenado a muerte, y que el pueblo que ha renegado de El no será ya en adelante su pueblo [1] y que después de esta perversidad un pueblo capitaneado por un jefe militar vendrá y arrasará la ciudad y el templo; que la abominación de la desolación penetrará en el santuario; y que la desolación sentará sus reales en Jerusalem para permanecer allí hasta el fin del mundo [2].

[1] *Daniel*, IX, 25.
[2] *Ibíd.*, 26, 27.

Dando la muerte al Mesías van a aniquilar con un mismo hecho a su patria.

La profecía del Sumo Sacerdote. — Mientras tanto el indigno sacerdote que preside los últimos días de la religión mosaica, se reviste el efod, y profetiza, siendo su profecía verdadera. No nos admiremos. El velo del templo no se ha rasgado todavía; la alianza entre Dios y Judá no se ha roto aún. Caifás es un criminal, un cobarde, un sacrílego, pero es pontífice: Dios habla por su boca. Escuchemos a este nuevo Balaán; "Jesús morirá por la nación y no sólo por la nación, sino también para juntar y reunir a los hijos de Dios que se hallan dispersados." Así la agonizante Sinagoga se ve obligada a profetizar el nacimiento de la Iglesia por el derramamiento de la sangre de Jesús. Por todas las partes de la tierra se encuentran los hijos de Dios, que le sirven en medio de la gentilidad, como el centurión Cornelio; mas no se reúnen en ningún lugar visible. Se acerca la hora en que la grande y única Ciudad de Dios va a aparecer sobre la montaña y "todas las gentes se dirigirán a ella"[1]. Después que la sangre de la Alianza universal se haya derramado, después que el sepulcro haya devuelto al vencedor de la muerte, apenas pasados cincuenta días, Pentecostés convocará, no ya a los judíos en el templo

[1] *Isaías*, II, 2.

de Jerusalén, sino a todas las naciones en la Iglesia de Jesucristo. Caifás no se acuerda ya más del oráculo que él mismo ha proferido; ha restablecido el velo del Santo de los Santos que se había rasgado en dos en el momento de expirar Jesús sobre la cruz; pero este velo no cubre más que un reducido desierto. El Santo de los Santos ya no está allí; "se ofrece, sin embargo, en todo lugar una ofrenda pura"[1] y las águilas de los vengadores del Deicidio no han aparecido todavía sobre el monte de los Olivos, cuando ya los sacrificadores han escuchado que en el fondo del santuario repudiado resuena una voz que dice: "Marchemos de aquí."

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que buscamos la gracia de tu protección, libres de todos los males, te sirvamos con un corazón tranquilo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

LOS SIETE DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN

La compasión de nuestra Señora. — La piedad de los últimos tiempos ha consagrado de una manera especial esta temporada a la memoria de los dolores que María sufrió al pie de la cruz de su divino Hijo. La siguiente semana está consagrada toda entera a la celebración de

[1] *Malaquías*, I, 11.

los misterios de la Pasión del Salvador; y aunque el recuerdo de María compaciente también se halle presente en el corazón del fiel, que sigue piadosamente todos los actos de este drama, los dolores del Redentor, el espectáculo que forman la misericordia y la justicia divinas uniéndose para obrar nuestra redención, preocupan con demasiada viveza el pensamiento, para que sea posible honrar, como se merece, el misterio de la participación de María en los padecimientos de Jesús.

Historia de la fiesta. — Era, pues, conveniente que se eligiera un día del año para cumplir con este deber; y ¿qué día más a propósito que el Viernes de la semana en que nos hallamos, que está ya toda entera dedicada al culto de la Pasión del Hijo de Dios? Ya en siglo XV, en 1423, un arzobispo de Colonia, Tedorico de Meurs, introdujo esta fiesta en su Iglesia por un decreto sinodal [1]. Se fué extendiendo poco a poco con diversos nombres por las provincias de la catolicidad a causa de la tolerancia de la Sede Apostólica, hasta que finalmente el Papa Benedicto XIII, por un decreto del 22 de agosto de 1727, la inscribió solemnemente en el calendario

[1] *Labbe, Concilios*, t. XII, p. 365. El decreto daba la razón por la institución de esta fiesta: "Honrar la angustia que sufrió María, cuando nuestro Redentor se inmoló por nosotros y recomendó esta Madre bendita a San Juan y, sobre todo, para que sea reprimida la perfidia de los herejes Husitas."

de la Iglesia católica con el nombre de *Fiesta de los siete dolores de la Bienaventurada Virgen María.* En este día la Iglesia quiere honrar a María que sufre al pie de la cruz. Hasta la época en que el Papa extendió a toda la cristiandad esta fiesta con el título nombrado más arriba, se la designaba con distintas apelaciones: *Nuestra Señora de la Piedad; la Compasión de nuestra Señora;* en una palabra, esta fiesta había sido ya admitida por la piedad popular antes de haber obtenido la consagración de la Iglesia.

MARÍA CORREDENTORA. — Para comprender mejor el objeto y para dedicar en este día a la Madre de Dios y de los hombres, las alabanzas que la son debidas, debemos acordarnos que Dios ha querido, en los designios de su infinita sabiduría, asociar a María, de todos los modos, a la regeneración del género humano. Este misterio presenta una aplicación de la ley que nos revela toda la grandeza del plan divino; nos muestra una vez más al Salvador hiriendo el orgullo de Satanás por el débil brazo de una mujer. En la obra de nuestra salvación hallamos tres intervenciones de María, tres cincunstancias en que ella es llamada a unir su acción a la del mismo Dios.

La primera en la *Encarnación del Verbo* que no se encarnó en ella, sino después de su consentimiento, por un solemne *Fiat* que salvó al mundo. La segunda en el *Sacrificio de Jesucristo* en

el *Calvario* al que ella asiste para participar en la ofrenda expiatoria; la tercera el día de Pentecostés, en que recibe al Espíritu Santo, como le recibieron los demás Apóstoles, para contribuir así eficazmente al establecimiento de la Iglesia. Ya hemos expuesto en la fiesta de la Anunciación, la parte que tomó la Virgen de Nazaret en el acto más grande que Dios ha querido realizar para su gloria y para el rescate y santificación del género humano. En otro lugar tendremos ocasión de mostrar a la Iglesia naciente, elevándose y desenvolviéndose con la acción de la Madre de Dios; hoy nos toca examinar la parte que corresponde a María en el misterio de la Pasión de Jesús; exponer los dolores que ha sufrido junto a la cruz; los nuevos títulos que ha conquistado para nuestro filial reconocimiento.

La predición de Simeón.—Cuarenta días después del nacimiento de Jesús la Bienaventurada Virgen presentó a su Hijo en el templo. Un anciano aguardaba al Niño y le proclama "la luz de los pueblos y gloria de Israel". Mas volviéndose pronto hacia su madre, la dijo: "Este niño será también piedra de escándalo (signo de contradicción) y una espada traspasará tu alma." Este anuncio de dolores para la madre de Jesús nos hace comprender, que ya han cesado las alegrías del tiempo de Navidad, y que ha llegado

un tiempo de amarguras para el hijo y para la madre. En efecto, desde la huída de Egipto hasta estos días en que la maldad de los judíos prepara el mayor de los crímenes, ¿cuál ha sido la situación del hijo humillado, desconocido, perseguido, cubierto de ingratitudes? ¿Cuál ha sido, por consiguiente, la continua inquietud, la angustia persistente del corazón de la más tierna de las madres? Mas hoy previendo el curso de los acontecimientos pasemos adelante, y coloquémonos en la mañana del Viernes Santo.

María, el Viernes Santo. — María sabe que, esta misma noche, su Hijo ha sido entregado por uno de sus discípulos, por un hombre a quien Jesús había elegido por confidente, a quien ella misma había dado más de una vez señaladas muestras de bondad maternal. Después de cruel agonía ha sido encadenado como malhechor y la soldadesca le ha conducido a casa de Caifás, su principal enemigo. De allí le han llevado a la presencia del gobernador romano, cuya intervención era necesaria a los príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley, para que ellos pudiesen, según su deseo, derramar la sangre inocente. María se halla en Jerusalén; Magdalena y los amigos de Jesús la rodean; pero no pueden impedir los gritos del pueblo que llegan a sus oídos. ¿Y quién, por otra parte, sería capaz de alejar los presentimientos del corazón de tal

madre? No tarda en extenderse por la ciudad la noticia de que se ha pedido al gobernador que Jesús de Nazaret sea crucificado. ¿Permanecerá María a un lado, en este momento en que todo un pueblo está en pie para acompañar con sus insultos hasta el Calvario a ese Hijo de Dios que ella llevó en su seno, que alimentó con su pecho? ¡Lejos de ella tal cobardía! Se levanta, se pone en marcha y se coloca en el camino por donde debe pasar Jesús.

El aire está infectado de gritos y blasfemias. Esta multitud que precede y sigue a la víctima está compuesta de gente feroz e insensible: solamente un grupo de mujeres deja escapar lamentaciones dolorosas y por esto merece atraer las miradas de Jesús. ¿Podía María mostrarse menos sensible a la suerte de su Hijo, que lo que manifestaron estas mujeres a quienes no unían con él sino lazos de admiración y de reconocimiento? Insistimos en este hecho para mostrar el horror que profesamos a ese racionalismo hipócrita que, pisoteando todos los sentimientos del corazón y las tradiciones de la piedad católica de Oriente y de Occidente, ha querido poner en duda la verdad de esta Estación de la calle de la Amargura, que señala el lugar del encuentro del hijo con su madre. La secta no se atreve a negar la presencia de María al pie de la cruz; el Evangelio es en este punto demasiado explícito; pero, antes que rendir homenaje al amor maternal más

tierno que ha existido, prefiere dar a entender, que mientras que las Hijas de Jerusalén marchaban sin miedo en pos de Jesús, María se dirige al Calvario por senderos desconocidos.

La mirada de Jesús y de María. — Nuestro corazón filial será más justo para con la mujer fuerte por excelencia. ¿Quién podrá decir el dolor y amor que expresaron sus miradas al encontrarse con las de su Hijo, cargado con la cruz? ¿Quién podrá decir asimismo la ternura y resignación con que respondió Jesús al saludo de su Madre? ¿Con qué afecto Magdalena y las otras santas mujeres sostendrían en sus brazos a quien debía subir todavía al Calvario, a recibir el último suspiro de su Hijo? El camino del Vía Crucis es aún largo, desde la cuarta hasta la décima estación, y si es regado con la sangre del Redentor, es bañado también con las lágrimas de su madre.

La Crucifixión. — Jesús y María han llegado a la cumbre de esta colina que debe servir de altar al más augusto de los sacrificios; mas el decreto divino no permite a la madre acercarse a su hijo. Cuando la víctima esté preparada se acercará aquella que la deba ofrecer. Esperando este solemne momento ¡qué tormentos para Nuestra Señora a cada martillazo que daban en el madero sobre los miembros delicados de su Jesús! Y cuando, por fin, le es permitido acer-

carse con Juan el discípulo amado, con Magdalena y las otras compañeras; ¡qué angustias mortales experimenta el corazón de esta madre, que, elevando sus ojos, contempla con lágrimas el cuerpo destrozado de su hijo, violentamente extendido sobre el patíbulo con el rostro bañado en sangre, y cubierto de esputos, con la cabeza coronada con una diadema de espinas!

¡He aquí, pues, al rey de Israel, cuyas grandezas le había anunciado el ángel, el hijo de su virginidad, al que ella ha amado como a su Dios, y al mismo tiempo como fruto bendito de su vientre! Más que para ella, le ha concebido, le ha criado, le ha alimentado para los hombres; ¡y son esos mismos hombres los que le han puesto en tal estado! Si todavía, por uno de esos prodigios que están en poder de su Padre, pudiera ser devuelto al amor de su madre; ¡si esta justicia con la cual él se ha dignado cumplir todas nuestras obligaciones, se contentase con lo que ya ha sufrido! Mas no; es necesario que muera, que exhale su alma en medio de la más cruel agonía.

El martirio de María. — María se halla al pie de la cruz para recibir el adiós de su Hijo; se va a separar de ella y en breves momentos no poseerá de este hijo tan querido más que un cuerpo inanimado y cubierto de heridas. Mas cedamos la palabra a San Bernardo, cuyos escri-

tos usa hoy la Iglesia en los oficios de Maitines: "Oh madre, exclama, al considerar la violencia del dolor que traspasó tu alma, te proclamamos más que mártir; pues la compasión que has tenido con tu hijo ha sobrepasado todos los padecimientos que puede soportar el cuerpo. ¿No ha sido más penetrante que una espada para tu alma esta frase: Mujer, he ahí a tu hijo? ¡Cambio cruel! ¡En lugar de Jesús recibe a Juan; en lugar del Señor, al servidor; en lugar del Maestro, al discípulo; en lugar del Hijo de Dios, al hijo del Zebedeo; un hombre, en fin, en lugar de un Dios! ¿Cómo no habría de ser traspasada tu tierna alma, si aun nuestros mismos corazones de hierro y de bronce, se sienten desgarrados al solo recuerdo de lo que padeció el tuyo? No os asuste, pues, hermanos míos, el oír decir que María ha sido mártir en su alma. No tiene motivos para escandalizarse, sino aquel que haya olvidado que San Pablo cuenta, como uno de los mayores crímenes de los gentiles, el que no tuvieran afectos. El corazón de María estuvo exento de este defecto; ¡que se halle lejos también del corazón de aquellos que la honran!

En medio de los clamores y de los insultos que ascienden hasta su hijo elevado en la cruz, María siente que se dirigen a ella estas palabras que la muestran que no tendrá en la tierra más que un hijo de adopción. Las alegrías materna-

les de Belén y de Nazaret, alegrías tan puras y tan frecuentemente turbadas por la inquietud, se repliegan en su corazón y se cambian en amarguras. ¡Fué la madre de un Dios y su hijo le es arrebatado por los hombres! Eleva una vez más sus ojos hacia su amadísimo Hijo, le ve como una víctima, agobiado por una ardiente sed, que ella no puede apagar. Contempla su mirada que se extingue; su cabeza que se inclina hacia el pecho; todo está consumado.

La lanzada. — María no se separa del árbol del dolor, a cuya sombra la ha retenido hasta el presente su amor maternal, y con todo ¡qué emociones tan crueles la aguardan todavía! ¡Un soldado traspasa de una lanzada ante sus ojos el pecho de su Hijo muerto! "¡Ah!, sigue diciendo San Bernardo, es tu corazón—oh madre—, el que ha sido traspasado por el hierro de la lanza, más bien que el de tu Hijo, que ya ha exhalado el último suspiro. Su alma no está ya allí; pero está la tuya que no puede separarse" [1]. La imperturbable madre persiste en la guarda de los restos sagrados de su Hijo. Sus ojos le contemplan al bajarle de la cruz; y cuando ya, por fin, los amigos de Jesús, con todo el respeto que deben al hijo y a la madre, se le devuelven, tal como le ha dejado la muerte, le recibe en sus rodillas

[1] Sermón de las doce estrellas.

que fueron en otros tiempos el trono en que recibió los presentes de los príncipes de Oriente. ¿Quién será capaz de contar los suspiros y sollozos de esta madre, al estrechar contra su corazón los despojos inanimados del más querido de los hijos? ¿Quién será capaz al mismo tiempo de contar las heridas de que se halla cubierto el cuerpo de la víctima universal?

La sepultura de Jesús. — El tiempo corre, el sol va acercándose a su ocaso; hay que apresurarse a encerrar en el sepulcro el cuerpo de quien es el autor de la vida. La madre concentra toda la energía de su amor en un último beso y oprimida de un dolor inmenso como el mar, entrega este cuerpo adorable, a aquellos que después de haberlo embalsamado, le deben encerrar bajo la piedra de la tumba. Se cierra el sepulcro y María acompañada de Juan, su hijo adoptivo, y de Magdalena, seguida de los dos discípulos que han asistido a las exequias, y de las santas mujeres, se internan en la ciudad maldita.

La nueva Eva. — ¿No veremos nosotros en todo esto, nada más que el espectáculo de las aflicciones que ha padecido la madre de Jesús junto a la cruz de su hijo? ¿No había sido intención de Dios el haberla hecho asistir en persona a la muerte de su hijo? ¿Por qué no la ha arrancado de este mundo, como a José, antes de

que llegara el día en que la muerte de Jesús debía causar en su corazón una aflicción, que sobrepasara a todas aquellas que han padecido todas las madres después del origen del mundo? Dios no lo ha hecho por que la nueva Eva tenía que desempeñar un papel al pie del árbol de la cruz. Del mismo modo que el Padre celestial requirió su consentimiento antes de enviar al Verbo Eterno a esta tierra, fueron requeridas la obediencia y abnegación de María para la inmolación del Redentor. ¿No era este hijo, que ella había concebido después de haber consentido en el ofrecimiento divino, el bien más querido de esta madre incomparable? El cielo no se lo debía de arrebatar sin que ella misma lo ofreciera.

¡Qué lucha tan terrible se entabló entonces en este corazón tan amante! ¡La injusticia, la crueldad de los hombres le arrancaba a su hijo! ¿Cómo ella, su madre, puede ratificar, con su consentimiento, la muerte de aquel a quien ama con doble amor, como a hijo y como a Dios? De otro lado, si Jesús no es inmolado, el género humano permanecerá presa de Satanás, el pecado no será reparado, y en vano será ella madre de un Dios. Sus honores y sus alegrías serán para ella sola, y nos abandonará por tanto a nuestra triste suerte. ¿Qué hará, pues, la virgen de Nazaret, esa virgen que lleva un corazón tan grande; esa criatura siempre pura, cuyos afectos, jamás se vieron tildades de egoísmo, que tan

frecuentemente se filtra en las almas en que ha reinado el pecado original? María por delicadeza para con los hombres, al unirse, al deseo de su hijo, que no vive sino para su salvación, consigue un triunfo sobre sí misma; pronuncia por segunda vez su FIAT y consiente en la inmolación de su hijo. No se lo exige la justicia de Dios; ella misma es quien lo cede; pero en cambio es elevada a un grado tal de grandeza, que jamás pudo concebir en su humildad. Una unión inefable se establece entre la ofrenda del Verbo encarnado y la de María; la sangre divina y las lágrimas de la madre corren mezcladas y se confunden para operar la redención del género humano.

El valor de María. — Examinad ahora la conducta de esta madre y el valor que la anima. Bien distinto por cierto del de esta otra madre, de quien nos habla la Escritura, la infortunada Agar, que después de haber procurado inútilmente saciar la sed de Ismael, asfixiado por el ardiente sol del desierto, se alejó para no ver morir a su hijo; María habiéndose enterado de que el suyo ha sido condenado a muerte, se pone en pie y corre hasta que lo encuentra y le acompaña hasta el lugar en que debe morir. Y ¿cuál es su actitud al pie de la cruz de su hijo? ¿Se muestra desfallecida y abatida? ¿El dolor inaudito que la oprime le han hecho acaso caer por tierra o en manos de los que la rodean? No; el

Santo Evangelio contesta con una sola palabra a esta cuestión: "María permanecía en pie *(stabat)* junto a la cruz." El sacrificador está de pie ante el altar, para ofrecer su sacrificio. María debía guardar actitud semejante. San Ambrosio, cuya alma tierna, y cuya profunda inteligencia de los misterios nos han transmitido rasgos tan preciosos acerca del carácter de María, lo dice todo en estas breves palabras: "Se mantenía en pie frente a la cruz, contemplando con sus maternales miradas las heridas de su hijo; esperando, no la muerte de su querido hijo, sino más bien la salvación del mundo"[1].

María nuestra madre. — Así esta madre de dolores en circunstancias parecidas, lejos de maldecirnos, nos ama, sacrifica por nuestra salvación hasta los gratos recuerdos de las horas de alegría que había experimentado en su hijo. A pesar de los gritos de su corazón de madre, se le devuelve a su Padre como un tesoro confiado en depósito. La espada penetraba cada vez más profunda en su alma; mas nosotros estamos ya salvados; y, a pesar de que no fué mas que una pura criatura, cooperó con su hijo a nuestra salvación. ¿Tenemos motivos para admirarnos, después de esto, de que Jesús eligiera este mismo momento para proclamarla madre de los hombres, en la persona de Juan que

[1] Comentario de S. Lucas, CXXIII.

nos representaba a todos? Nunca el corazón de María se había sentido tan inclinado a nuestro favor. Que en adelante sea pues esta nueva Eva, la verdadera "Madre de todos los vivientes." La espada que atravesó su inmaculado corazón nos ha franqueado la entrada en él. En el tiempo y en la eternidad, María hará extensivo a nosotros el amor que siente a su Hijo; por que acaba de oírle decir, que nosotros también en adelante lo seremos para ella. Por habernos rescatado, él es nuestro Señor; por haber cooperado tan generosamente a nuestro rescate, ella es nuestra Señora.

ORACION

Con esta confianza, oh Madre afligida, venimos hoy a rendirte con la Santa Iglesia nuestro filial homenaje. Jesús, el fruto de tu vientre, fué concebido por Ti sin dolor; nosotros, hijos tuyos por adopción, hemos penetrado en tu corazón por la espada. ¡Amadnos, pues, oh María, corredentora de los hombres! ¿Y cómo no hemos de reputar nosotros, como seguro, el amor tan generoso de tu corazón, cuando sabemos que para nuestra salvación, te has unido al sacrificio de tu Jesús? ¿Qué pruebas no nos has dado constantemente de tu ternura maternal, tú que eres reina de misericordia, refugio de pecadores, abogada infatigable de todas nuestras miserias? Dígnate, oh madre, vigilar sobre nosotros. Concédenos el poder sentir y gustar la dolorosa pasión de tu Hijo. Se ha realizado en tu presencia; has tenido parte en ella. Haznos penetrar todos los misterios para que nuestras almas rescatadas con la sangre de Jesús y rociados con tus lágrimas, se conviertan al Señor y se mantengan firmes en su servicio.

SABADO DE PASION

Desde hoy comenzamos, con el Santo Evangelio, a contar de un modo preciso, los días que deben pasar antes de la inmolación del Cordero divino. Este Sábado corresponde al sexto día antes de Pascua según el cómputo de San Juan en el c. XII.

LA UNCIÓN DE BETANIA. — Jesús está en Betania; se celebra un festín en su honor. Lázaro resucitado asiste a este banquete, que tiene lugar en casa de Simón el Leproso. Marta se ocupa en los quehaceres de casa; su hermana María Magdalena, a quien el Espíritu Santo hace presentir que la muerte y sepultura de su amadísimo Maestro se acercan, ha preparado un perfume que va a esparcir sobre El. El Santo Evangelio, que guarda siempre una discreción llena de misterios sobre la madre de Jesús, no nos dice nada acerca de su estancia en este tiempo en Betania; pero es imposible dudarlo. Se hallaban también los Apóstoles y tomaban parte en el banquete. Mientras los amigos del Salvador se reunían así en torno de él en esta villa de Betania, situada a dos mil pasos de Jerusalén, el cielo se entristecía cada vez más sobre la ciudad infiel. Con todo, Jesús hará mañana en ella una apa-

rición; pero lo ignoran aún sus discípulos. El corazón de María está triste; a Magdalena la absorben pensamientos de duda; todo anuncia un próximo desenlace.

HISTORIA DE ESTA JORNADA. — La Iglesia ha reservado, con todo, el relato del Evangelio de San Juan, que nos cuenta los hechos de esta jornada, para la Misa del Lunes próximo. La razón de esta particularidad, es que, hasta el siglo XII, no había estación en Roma. El Papa empezaba, por una jornada de descanso, las fatigas de la gran Semana, cuyas solemnes funciones debían comenzar mañana. Pero aunque no presidía la asamblea de los fieles no dejaba por eso de cumplir en este día dos prescripciones tradicionales que tenían su importancia en los usos litúrgicos de la Iglesia Romana.

En el trascurso del año, el Papa tenía la costumbre de enviar cada domingo una porción de la Sagrada Eucaristía, consagrada por él mismo, a cada uno de los sacerdotes que servían los títulos presbiteriales, o iglesias parroquiales de la ciudad. Este envío, o mejor, esta distribución tenía lugar desde hoy durante toda la Semana Santa, quizás a causa de que la función de mañana no permitiría que se ejecutase desahogadamente. Los antiguos monumentos litúrgicos de Roma nos descubren que la repartición del Pan Sagrado se ejecutaba en el Consistorio de

Letrán. El cardenal Tommasi y Benedicto XIV se inclinan a creer que también tomaban parte en ellas los obispos de las iglesias suburvicarias. Existen otras pruebas en la antigüedad, que nos muestran que los obispos se enviaban, en ciertas épocas, mutuamente la Sagrada Eucaristía, en señal de la comunión que los unía. En cuanto a los sacerdotes encargados de los títulos presbiteriales de la ciudad, a quienes se remitía cada semana una parte de la Eucaristía consagrada por el Papa, ellos se servían de ella en el altar, introduciendo una partecita de este Pan sagrado en el cáliz antes de comulgar.

La otra costumbre de este día consistía en una limosna general que presidía el Papa y que estaba sin duda destinada, por su abundancia, a suplantar la que no podía realizarse en Semana Santa, que absorbían los Oficios divinos y las demás ceremonias. Los liturgistas de la Edad Media hacen resaltar la estrecha relación que existe entre el pontífice romano que ejerce en persona las obras de misericordia con los pobres, y María Magdalena que embalsama con sus perfumes este mismo día los pies del Salvador.

Posteriormente, en el siglo XII se establece una Estación; tiene lugar en la iglesia de San Juan ante Portam Latinam. En ella se ha localizado el episodio del martirio del discípulo amado, sumergido en una caldera de aceite hirviendo.

ORACION

Suplicámoste, Señor, hagas que el pueblo, a ti dedicado, avance en el amor de la piadosa devoción: para que, instruído con sagradas acciones, cuanto más grato sea a tu majestad, tanto más enriquecido se vea de celestiales dones. Por Jesucrito, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías (XVIII, 18-23).

En aquellos días dijeron entre sí los judíos impíos: Venid, y maquinemos planes contra el justo: porque no faltará la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni la palabra del profeta: venid, e hirámosle con la lengua, y no consideremos todas sus palabras. Atiéndeme, Señor, y oye la voz de mis adversarios. ¿Acaso he devuelto mal por bien para que cavaran un hoyo contra mi vida? Acuérdate de que he estado en tu presencia, para hablar bien por ellos, y para apartar de ellos tu indignación. Por eso, entrega sus hijos al hambre, y hazlos pasar por la espada: queden sin hijos y viudas sus mujeres: y perezcan con muerte sus maridos: sus jóvenes sean cosidos por la espada en la batalla. Oigase el clamor de sus casas: porque lanzarás bruscamente sobre ellos al salteador: porque cavaron un hoyo, para cazarme, y escondieron lazos para mis pies. Pero tú, Señor, conoces todas sus maquinaciones de muerte contra mí: no perdones su iniquidad, y no se borre su pecado de tu cara: caigan derribados en tu presencia, extermínalos en el tiempo de tu furor, Señor Dios nuestro.

ANATEMAS CONTRA LOS PECADORES. — No se leen sin cierto temblor los anatemas que Jeremías, figura de Cristo, dirige a los judíos, sus perseguidores. Esta predicción se cumplió letra a letra

en la primera ruina de Jerusalén por los Asirios. Recibió una confirmación más terrible aún en la segunda visita de la ira de Dios sobre esta maldita ciudad. No fué ya sólo a Jeremías profeta a quien los judíos persiguieron con furor y tratamientos indignos; fué al mismo Hijo de Dios a quien habían rechazado y crucificado. A su mismo Mesías habían devuelto "mal por bien". No es sólo Jeremías quien ha rogado a Dios que los perdonara y retirara de ellos su indignación; el mismo Hombre-Dios ha insistido persistentemente en su favor, y, si finalmente los ha abandonado a la justicia divina, ha sido después de haber agotado todos los medios de misericordia y perdón; mas todo este amor ha sido inútil; y este pueblo ingrato, cada vez más enfurecido contra su bienhechor, gritaba con arrebatos de ira: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" ¡Qué maldición se atrajo Judá sobre sí mismo con este deseo! Dios le escuchó y se acordó de él. El pecador ¡ay! que conoce a Jesucristo y el precio de su sangre y que derrama de nuevo esta preciosa sangre, ¡no se expone a los rigores de esta misma justicia que tan terrible se manifestó con Judá! Temamos y roguemos; imploremos la divina misericordia en favor de tantos ciegos voluntarios, de tantos corazones empedernidos, que corren a su ruina; y por nuestras instancias dirigidas al Corazón misericordioso de nuestro común Redentor obten-

dremos, que el castigo que tienen merecido sea perdonado y se cambie en sentencia de perdón.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (XII, 10-36.)

En aquel tiempo los príncipes de los sacerdotes pensaron matar a Lázaro: porque, por su causa, se apartaban muchos judíos, y creían en Jesús. Y al día siguiente, una gran turba, que había venido a la fiesta, cuando oyeron que venía Jesús a Jerusalén, empuñaron ramos de palmeras, y le salieron al encuentro, y clamaban. ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel! Y encontró Jesús un asnillo, y se sentó sobre él, como está escrito: He aquí a tu Rey, que viene sentado sobre la cría de un asna. Esto no lo entendieron entonces los discípulos: pero, cuando fué glorificado Jesús, se acordaron de que estas cosas estaban escritas de El: y de que le hicieron estas cosas. Y la gente que estaba con El, cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de ello. Por eso le salió al encuentro la turba: porque oyeron que había hecho este milagro. Dijeron entonces los fariseos entre sí: ¿Veis cómo no adelantamos nada? Todo el mundo se va detrás de El. Y había algunos gentiles, de los que habían subido a rezar en el día de la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Fué Felipe, y se lo dijo a Andrés: Andrés y Felipe se lo dijeron después a Jesús. Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo. Si el grano de trigo no cayere en tierra, y no muriere, quedará él solo: pero, si muriere, dará mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y, el que odia su vida en este mundo, la

guarda para la vida eterna. El que me sirva a mí, que me siga: y, donde yo esté, esté también allí mi servidor. Al que me sirviere a mí, le honrará mi Padre. Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Pero he venido por esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Y bajó una voz del cielo: Le he glorificado, y le glorificaré otra vez. Y la turba que estaba presente, y que había oído, decía que había sonado un trueno. Otros decían: Le ha hablado un Angel. Respondió Jesús, y dijo: Esta voz no ha sido por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo: ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo. Y yo, si fuere levantado de la tierra, lo atraeré todo hacia mí. (Decía esto, aludiendo a la muerte con que había de morir.) Respondióle la turba: Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo permanece para siempre: y ¿cómo dices tú: Es necesario que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre? Díjoles entonces Jesús: Todavía hay un poco de luz en vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os envuelvan las tinieblas: porque, el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijo de la luz. Esto dijo Jesús: y se fué, y se escondió de ellos.

EL ODIO DE LOS JUDÍOS. — Los enemigos del Salvador han llegado a un grado de furor tal, que les ha hecho perder los sentidos. Tienen ante sus ojos a Lázaro resucitado; y en lugar de hallar en él una prueba incontrastable de la misión divina de Jesús y de rendirse a la evidencia de los hechos, tratan de hacer desaparecer, a este testigo irrecusable, como si Aquel que lo ha resucitado ya una vez, no pudiera devolverle de nuevo la vida. La recepción triunfal que el

pueblo tributó al Salvador en Jerusalén vino a exasperar su furor y su ira. "No adelantamos nada, se decían; todo el mundo va tras él." Pero ¡ay! a esta ovación momentánea seguirá muy pronto uno de esos cambios bruscos a los que tan inclinado se halla el pueblo. En efecto, hasta los mismos gentiles se presentan para ver a Jesús. Es el anuncio del próximo cumplimiento de la profecía del Salvador. "El reino de los cielos os será arrebatado para entregarlo a un pueblo que produzca frutos" [1]. Entonces el Hijo del Hombre será glorificado. Todas las naciones protestarán con su sumiso homenaje al crucificado en contra de la ceguera de los judíos. Pero antes es necesario, "que la simiente divina sea arrojada a la tierra y muera en ella"; después vendrá el tiempo de la recolección y el grano rendirá el ciento por uno.

La Redención. — Jesús con todo eso experimenta en su humanidad un instante de turbación, al pensar en su muerte. No ha llegado todavía la agonía del huerto; mas un escalofrío se apodera de El. Escuchemos este grito: "¡Padre, líbrame de esta hora!" Cristianos, vuestro mismo Dios es presa del miedo, previendo lo que muy pronto tendrá que sufrir por nosotros. Pide el verse libre de este destino que ha presvisto y querido. "Pero, añade, para esto he venido yo,

[1] *S. Mateo,* XXI, 43.

Padre, glorifica tu nombre." Su corazón está tranquilo a pesar de todo. Acepta de nuevo las duras condiciones de nuestra salvación. Escuchad también esta palabra de triunfo. En virtud del sacrificio que va a ofrecer, Satanás será destronado, "este príncipe del mundo va a ser arrojado por tierra". Mas la derrota del demonio no es el único fruto de la inmolación de nuestro Salvador; el hombre, este ser terreno y depravado, va a dejar la tierra y se va a elevar hasta el cielo. El Hijo de Dios como un imán celeste lo atraerá en adelante hacia sí. "Cuando sea levantado de la tierra, dijo El, cuando sea crucificado atraeré hacia mí todas las cosas." No piensa más en sus tormentos, en aquella muerte terrible que continuamente le asustaba; no ve sino la ruina de nuestro enemigo, nuestra salvación, nuestra glorificación por su cruz. Tenemos, pues, en estas palabras todo el corazón de nuestro Redentor; si las meditamos, bastan ellas solas para disponer nuestras almas a gustar los misterios de los que está llena la semana que comienza mañana.

ORACION

Suplicámoste, Señor, hagas que tu diestra proteja al pueblo que te suplica; y, ya purificado, le instruya benignamente: para que, con el consuelo presente, crezca en los bienes futuros. Por Jesucristo, nuestro Señor.

DOMINGO SEGUNDO DE PASION O DOMINGO DE RAMOS

SALIDA DE BETANIA. — Jesús, dejando en Betania a su madre María, a Marta y a María Magdalena con su hermano Lázaro, se dirige, este día, muy de mañana, hacia Jerusalén, acompañado de sus discípulos. María se estremece al ver acercarse su hijo a sus enemigos que pretenden derramar su sangre; con todo eso no va hoy Jesús a Jerusalén a buscar la muerte sino el triunfo. Es necesario que el pueblo proclame rey al Mesías antes que éste sea crucificado; que, ante las águilas romanas, en presencia de los Pontífices y Fariseos, mudos de rabia y de estupor, resuenen las voces infantiles, confundidas entre los gritos de los ciudadanos en alabanza del Hijo de David.

CUMPLIMIENTO DEL VATICINIO. — El Profeta Zacarías había predicho esta ovación preparada en la eternidad para el Hijo del hombre en vísperas de su humillación. "Alégrate con grande alegría, hija de Sión. Salta de júbilo, hija de Jerusalén; mira que viene a ti tu Rey, justo y salvador, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna"[1]. Viendo Jesús que había llegado la

[1] *Zacarías*, IX, 9.

hora de cumplirse este oráculo manda a dos de sus discípulos que vayan y le traigan una asna y un pollino que encontrarán no lejos de allí. El Salvador se encontraba en Betfagé, situado en el monte de los Olivos. Los discípulos ponen inmediatamente en ejecución el mandato de su Maestro.

Dos pueblos. —Los Santos Padres nos han proporcionado la clave del misterio de estos dos animales. El asna representa el pueblo judío sometido al yugo de la Ley; "el pollino en el que, según el Evangelio, no había montado nadie todavía" [1], representa a la gentilidad a quien nadie había subyugado aún. La suerte de ambos pueblos se decidirá dentro de unos días. El pueblo judío será desechado por no haber recibido al Mesías; en su lugar Dios elegirá al pueblo gentil, indómito hasta entonces, pero que se convertirá en dócil y fiel.

Cortejo triunfal. —Dos discípulos aparejan al pollino con sus vestidos; Jesús entonces, queriendo realizar el vaticinio del profeta, monta sobre el animal [2] y se prepara de este modo a entrar en la ciudad. Mientras tanto en Jerusalén corre el rumor de que Jesús se aproxima. Inspirados por el Espíritu divino la turba de judíos

[1] *Mc.*, XI, 2.
[2] *Ibíd.*, XI, 7.

reunidos en la ciudad de toda Palestina para celebrar en ella la Pascua, sale a recibirle con palmas y gritos clamorosos. El cortejo que iba acompañando a Jesús desde Betania, se confunde con esta multitud ferviente de entusiasmo; unos tienden sus vestidos por el camino, otros enarbolan ramos de palmera a su paso. Resuena el grito de "Hosanna" y recorre la ciudad la noticia de que Jesús, hijo de David entra en ella como Rey.

El Reino Mesiánico. — Así fué cómo Dios, ejerciendo su poder sobre los corazones, preparó, en la ciudad en que pocos días después sería pedida su sangre a gritos, un triunfo para su Hijo. Este día Jesús tuvo un momento de gloria y la Iglesia quiere que renovemos cada año el recuerdo de este triunfo del Hijo del hombre. Cuando nacía el Emmanuel, vimos llegar del lejano oriente a Jerusalén a los Magos en busca del Rey de los judíos, para adorarle y ofrecerle sus presentes; hoy es la misma Jerusalén la que sale a recibirle. Ambos acontecimientos tienen un mismo fin: reconocer a Jesucristo como Rey; el primero por parte de los gentiles, el segundo por parte de los judíos. Era menester que el Hijo de Dios recibiese ambos tributos antes de su Pasión. La inscripción que Pilatos pondrá dentro de poco sobre la cabeza del Redentor: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos,* será el carácter indispensable de su mesianismo. Inútiles serán los

esfuerzos de los enemigos de Jesús para cambiar los términos del escrito; no lograrán su fin. "Lo que he escrito, escrito está", respondió el gobernador romano. Su mano confirmó, sin saberlo, las profecías. Israel proclama hoy a Jesús por su Rey; bien pronto será disperso en castigo de su perjurio; pero ese Jesús, a quien ha proclamado, permanecerá siempre Rey. De este modo se cumplió a la letra aquel mensaje del Angel que dijo a María anunciándole la grandeza del hijo que iba a concebir: "El Señor le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente" [1]. Jesús comienza en este día su reinado sobre la tierra; y como el primer Israel va a sustraerse de su cetro, un nuevo Israel, nacido del grupo fiel del antiguo, va a nacer, formado de gentes de todas las partes del mundo, y ofrecerá a Cristo el imperio más extenso que jamás ha ambicionado un conquistador.

Tal es el misterio glorioso de este día en medio del duelo de la Semana de Pasión. La Iglesia quiere que nuestros corazones se desahoguen en un momento de alegría en el que saludamos a Jesús como Rey. Ha organizado la liturgia de este día de tal forma que encierre en sí juntamente alegría y tristeza; la alegría al unirse a las aclamaciones con que resonó la ciudad de David; la tristeza volviendo en seguida al curso de su gemidos por los dolores de su Es-

[1] *Lc.*, I, 32.

poso divino. Todo el drama está dividido como en tres actos distintos, cuyos misterios e intenciones vamos a explicar uno tras otro.

LA BENDICION DE LAS PALMAS

La bendición de las palmas o de los ramos, como vulgarmente se dice, es el primer rito que se desarrolla ante nuestra vista; y podemos juzgar de su importancia por la solemnidad que la Iglesia despliega en su celebración.

Durante largos siglos diríase que iba a celebrarse la santa Misa sin otra intención que la de celebrar el aniversario de la entrada de Jesús en Jerusalén: Introito, Colecta, Epístola, Gradual, Evangelio, incluso el Prefacio, se sucedían como se hace para preparar la inmolación del Cordero sin mancha; pero después del triple Sanctus la Iglesia suspendía estas solemnes fórmulas y su ministro procedía a la santificación de los ramos que tenía delante. Ahora, después de la reciente reforma, después del canto de la antífona *Hosanna*, estas ramas de árbol, objeto de la primera parte de la función, reciben con una sola oración, acompañada de la incensación y de la aspersión del agua bendita, una virtud que los eleva al orden sobrenatural y los hace a propósito para ayudar a la santificación de nuestras almas y a la protección de nuestros cuerpos y de nuestras casas. Los fieles deben tener con respeto estos ramos en sus manos

durante la procesión y colocarlos con honor en sus casas, como un signo de su fe y una esperanza en la ayuda divina.

Antigüedad del rito. — No es necesario explicar al lector que las palmas y los ramos de olivo, que reciben en este momento la bendición de la Iglesia, se llevan en memoria de aquellos con que el pueblo de Jerusalén honró la marcha triunfal del Salvador, pero no está mal decir unas palabras sobre la antigüedad de esta costumbre. Comenzó pronto en oriente y probablemente en Jerusalén desde que la Iglesia gozó de paz. En el siglo IV San Cirilo, obispo de esta ciudad, creía que la palmera que había suministrado sus ramos al pueblo que vino al encuentro de Cristo, existía todavía en el valle del Cedrón [1]; nada más natural que tomar ocasión de esto para instituir un aniversario conmemorativo de este suceso. En el siglo siguiente se establece esta ceremonia, no solamente en las Iglesias orientales, sino también en los monasterios de que estaban llenos los desiertos de Egipto y de Siria. Al principio de cuaresma, muchos santos monjes obtenían de su Abad el permiso de internarse en lo más recóndito del desierto para pasar este tiempo en profundo retiro; pero debían volver al monasterio el domingo de Ramos, como se colige de la vida de San Eutimio escrita por su discípulo Cirilo. En occidente tardó bas-

[1] *Catequesis*, X.

tante en establecerse este rito; el primer rastro que encontramos se halla en el Sacramentario Gregoriano que se remonta al final del siglo VI o principios del VII. A medida que la fe penetraba en el norte no era posible solemnizar esta ceremonia en toda su integridad pues la palmera y el olivo no arraigan en nuestro clima. Fué necesario reemplazarlas por ramos de otros árboles; mas la Iglesia no permitió cambiar nada de las oraciones prescritas para la bendición de estos ramos, pues los misterios expuestos en estas hermosas oraciones, tienen su fundamento en el olivo y la palma del relato evangélico, representados por nuestros ramos de boj y de laurel.

LA PROCESION

El segundo rito de este día es la célebre procesión que sigue a la bendición de los ramos. Tiene por objeto representar la marcha del Salvador a Jerusalén y su entrada en esta ciudad; y, para que nada falte en la imitación del relato del Santo Evangelio, los Ramos que acaban de ser bendecidos son llevados por todos los que toman parte en esa procesión. Entre los judíos era una señal de regocijo llevar en la mano ramos de árboles; y la ley divina les autorizaba esta costumbre. Dios había dicho en el Levítico al establecer la festividad de los Tabernáculos: "El primer día tomaréis gajos de

frutales hermosos, ramos de palmera, ramas de árboles frondosos, de sauces de la ribera, y os regocijaréis ante Yavé, vuestro Dios"[1]. Para testimoniar su entusiasmo por la llegada de Jesús ante los muros de la ciudad, los habitantes de Jerusalén, incluso los niños, recurrieron a esta gozosa demostración. Vayamos nosotros también delante de nuestro Rey y cantemos el Hosanna a este vengador de la muerte y liberador de su pueblo.

Durante la Edad Media, en muchas iglesias, se llevaba en esta procesión el libro de los Evangelios que representaba a Jesucristo cuyas palabras contenía. Designado de antemano un lugar y preparado para la estación, la Procesión se detenía: el diácono abría entonces el sagrado libro y cantaba el relato de la entrada de Jesús en Jerusalén. En seguida descubríase la Cruz que había permanecido velada hasta aquel momento; todo el clero se postraba ante ella solemnemente y cada uno depositaba a sus pies un fragmento del ramo que tenía en su mano. Se reanudaba la procesión precedida de la Cruz, descubierta, hasta que el cortejo entra en la iglesia. En Inglaterra y Normandía, desde el siglo XI, se practicaba un rito altamente representativo de la escena que tuvo lugar en este día en Jerusalén. En la procesión se llevaba triunfalmente la Sagrada Eucaristía. La herejía de Berengario que negaba

[1] *Levit.*, XXIII, 40.

la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía acababa de manifestarse en esta época. Y este triunfo de la Sagrada Forma era preludio lejano de la Institución de la festividad y procesión del Santísimo Sacramento. Siempre con la misma intención de renovar la costumbre evangélica, existe en Jerusalén otra costumbre en la procesión de Ramos. Toda la comunidad de Franciscanos que custodia los santos Lugares marchan de mañana a Betfagé. Allí el P. Guardián de Tierra Santa, vestido de pontifical, sube sobre un asno revestido con mantos, acompañado por los religiosos y católicos de Jerusalén, que llevan todos palmas, ingresa en la ciudad y baja hasta la puerta de la iglesia del Sto. Sepulcro donde se celebrará la Misa con toda pompa.

Hemos reunido aquí, como de costumbre, los diferentes hechos con que puede elevarse la mente de los fieles en los variados misterios litúrgicos; estas manifestaciones de fe les ayudarán a comprender por qué la Iglesia quiere que, en la procesión de los Ramos, sea honrado Jesucristo como presente al triunfo que ella le otorga en este día. Busquemos por medio del amor "a este humilde y dulce Salvador que viene a visitar a la hija de Sión", como dice el profeta. Aquí está en medio de nosotros; a él se dirije el tributo de nuestros ramos; unámosle también el de nuestros corazones. Se presenta para ser nuestro Rey; acojámosle y digamos: Hosanna al hijo de David.

La entrada en la iglesia. — Antiguamente, hasta la última reforma, el fin de la procesión iba acompañado de una ceremonia llena de un profundo simbolismo. Al momento de entrar en la iglesia, el cortejo se hallaba con las puertas cerradas. La marcha triunfal se detenía; pero los cantos de alegría no se suspendían. Un himno especial a Cristo Rey resonaba a la puerta de la iglesia, con su alegre estribillo, hasta que el subdiácono golpeando con el asta de la cruz las puertas, conseguía que se abriesen, y el pueblo, precedido del clero, entraba aclamando al único que es la Resurrección y la vida.

El fin de esta escena era rememorar la entrada del Salvador en otra Jerusalén, de la que la de la tierra no era sino figura. Esta Jerusalén es la patria celestial cuya entrada Jesucristo nos ha procurado. El pecado del primer hombre había cerrado sus puertas; pero Jesús, el Rey de la gloria, las abrió por la virtud de su Cruz, ante la cual no pudieron resistir.

Este mismo canto, en honor de Cristo Rey, se ha conservado, pero la parada a la puerta de la iglesia ha quedado suprimida. Prosigamos, pues, tras los pasos del Hijo de David, puesto que él es el Hijo de Dios y nos invita a tomar parte en su reino. Así es como la Iglesia en la procesión de los Ramos que no es otra cosa que la commemoración de los acontecimientos de aquel día, eleva nuestra mente al misterio de la Ascensión por el que se pone fin, en el cielo, a

la misión del Hijo de Dios en la tierra. Pero ¡ay! los días intermedios entre ambos triunfos no son todos días de alegría, y antes que termine la procesión la Iglesia, que se ha levantado unos momentos de su tristeza, vuelve a gemir continuamente.

LA MISA

La tercera parte de la función de hoy es el santo sacrificio. Todas sus melodías están rebosantes de desaliento; la lectura de la Pasión, que va a tener lugar en seguida, señala el punto culminante de la jornada. En el siglo V o VI la Iglesia adoptó para el relato un recitado especial que se convirtió en un verdadero drama. Primeramente el Cronista que relata los hechos de un modo grave y patético; Cristo, en cambio, tiene un acento noble y suave que contrasta vivamente con el tono elevado de los demás interlocutores y con los gritos del pueblo judío. En el momento en que El se deja pisotear por los pecadores, llevado del amor que nos tiene, entonces es cuando nosotros debemos gritar que es nuestro Dios y nuestro Rey soberano. Estos son los ritos generales de este gran día; para la completa inteligencia de las oraciones y lecturas insertamos, como solemos, todos los detalles necesarios.

NOMBRES DADOS A ESTE DÍA. — Este domingo, además de su nombre litúrgico y popular de *Domingo de Ramos* o *de Palmas,* tiene el de *Domingo del Hosanna,* a causa del grito triunfal con que los judíos saludaron la llegada de Jesús. Nuestros padres le llamaron *Domingo de Pascua florida,* porque Pascua que se celebrará dentro de ocho días, está hoy como en flor y los fieles pueden empezar el cumplimiento pascual de la comunión anual desde este momento. Los españoles, al descubrir el Domingo de Ramos de 1513 el vasto territorio vecino de México le dieron el nombre de Florida en recuerdo de esta denominación. También se llama a este domingo *Capitilavium,* es decir *lava-cabezas* porque en los siglos medievales, los padres lavaban la cabeza de sus hijos nacidos en los meses anteriores cuyo bautismo podían retrasar sin peligro hasta el Sábado Santo, con el fin de que este día estuvieran decentes para ser ungidos con el Santo Crisma. En épocas anteriores este domingo recibió, en algunas iglesias, el nombre de Pascua de los Competentes. Se llamaba competentes a los catecúmenos admitidos al bautismo. Se reunían hoy en la Iglesia y se les explicaba detenidamente el símbolo que les habían explicado en el precedente escrutinio. En la Iglesia mozárabe española se les explicaba sólo este día. Por fin, los griegos le designaron con el nombre de Baiphore, es decir Porta-Palma.

MISA

La Estación, en Roma, se celebraba en la Basílica de Letrán, madre y maestra de todas las demás iglesias; con todo, hoy, la función papal se realiza en San Pedro.

Esta derogación no va en perjuicio de los derechos de la Archi-Basílica que antiguamente, recibía el honor de la presencia del Sumo Pontífice, y que ha conservado las indulgencias concedidas a aquellos a quienes la visitan hoy.

INTROITO [1]

Señor, no alejes tu auxilio de mí: atiende a mi defensa: líbrame de la boca del león, y salva mi vida del cuerno de los unicornios. — *Salmo:* Oh Dios, Dios mío, mira hacia mí: ¿por qué me has desamparado? Las voces de mis delitos me alejan de mi salud. — Señor, no alejes...

En la colecta la Iglesia pide para todos la gracia de imitar la paciencia y la humildad del Salvador. Jesucristo sufre y se abaja por el hombre pecador; es justo que el hombre se aproveche de este ejemplo y procure su salvación por los medios que le da a conocer la conducta del Salvador.

---

[1] En la misa solemne el preste se acerca al altar y, omitiendo el salmo *Iúdica me, Deus,* y el *Confíteor,* sube inmediatamente al altar, lo besa en el centro y lo inciensa.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que, para ofrecer al género humano un ejemplo de humildad, hiciste que nuestro Salvador tomase carne y padeciese la cruz: concédenos propicio la gracia de comprender las lecciones de su paciencia y de participar de su resurrección. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Filipenses (II, 5-11).

Hermanos: Sentid de vosotros como Cristo Jesús de sí mismo: el cual, siendo de la misma naturaleza de Dios, no creyó que era una rapiña el ser igual a Dios: y, a pesar de ello, se despojó de sí mismo, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y hallado en lo exterior como hombre. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre: *(aquí se arrodilla)* para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor, Jesucristo, está en la gloria de Dios Padre.

HUMILLACIÓN Y GLORIA DE JESÚS. — La Iglesia prescribe que doblemos la rodilla en el trozo de esta Epístola en que el Apóstol dice que todo ser creado debe humillarse al pronunciar el nombre de Jesús. Acabamos de cumplir esta prescripción. Comprendamos que si hay alguna época en el año en que el Hijo de Dios tenga derecho a nuestras más profundas adoraciones, es justamente esta en que su Majestad es violada y en

que le vemos pisoteado por los pecadores. Nuestros corazones deben necesariamente enternecerse y compadecerse al contemplar los dolores que sufre por nosotros. Pero no debemos sentir menos los ultrajes y las indignidades de que es colmado aquel que es igual al Padre y Dios como él. Démosle, al menos mientras estamos unidos a él, por medio de nuestras humillaciones, la gloria de que se ha despojado para reparar nuestro orgullo y nuestra rebeldía y unámonos a los santos ángeles que, testigos de todo lo que ha aceptado por amor al hombre, se anonadan profundamente tanto más cuanto ven la ignominia a la que se redujo.

En el Gradual la Iglesia se sirve de las palabras del Real Profeta que predice la grandeza futura de la víctima del Calvario pero que, al mismo tiempo, confiesa cómo había desgarrado su alma la seguridad con que los judíos cometerían el deicidio.

GRADUAL

Tuviste mi mano derecha: y me guiaste según tu voluntad: y me recibiste con gloria. ℣. ¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! Mis pies casi vacilaron, casi se extraviaron mis pasos: porque envidié a los pecadores, al ver la paz de los malvados.

El Tracto lo constituye una parte considerable del Ps. XXI de cuyas primeras palabras Jesucristo se sirvió en la Cruz y que es más una

historia de la Pasión que una profecía; tan claras y evidentes son sus alusiones.

TRACTO

Oh Dios, Dios mío, mira hacia mí: ¿por qué me has desamparado? ℣. Las voces de mis delitos me alejan de mí la salud. ℣. Oh Dios mío, clamaré durante el día, y no me oirás: y durante la noche, y no habrá para mí descanso. ℣. Pero tú habitas en el santuario, eres la alabanza de Israel. ℣. En ti esperaron nuestros padres: esperaron, y los libertaste. ℣. A ti clamaron, y se salvaron: en ti confiaron, y no fueron confundidos. ℣. Pero yo soy un gusano, y no un hombre: el oprobio de los hombres, y la abyección de la plebe. ℣. Todos los que me ven, me desprecian: estiran los labios, y mueven la cabeza (diciendo): ℣. Ha esperado en el Señor, líbrele ahora: sálvele, si es que le quiere. ℣. Ellos me observaron y contemplaron: dividieron entre sí mis vestiduras, echaron a suertes mi túnica. ℣. Líbrame de la boca del león: y salva mi vida del cuerno de los unicornios. ℣. Los que teméis al Señor, alabadle: raza toda de Jacob, engrandécele. ℣. Pertenecerá al Señor la generación venidera: y pregonarán los cielos su justicia. ℣. Al pueblo que nacerá, que hizo el Señor.

Ya es hora de oír el relato de la pasión de nuestro Salvador. La Iglesia lee la narración de los cuatro evangelios en cuatro días diferentes de esta semana. Comienza hoy con la de San Mateo, el primero que escribió la narración de la vida y muerte del Salvador [1].

---

[1] A causa de su extensión no ponemos el texto de los cuatro relatos de la Pasión que todos pueden encontrar en su Misal.

El Ofertorio es una nueva profecía de David. Anuncia el abandono del Mesías en medio de sus congojas y la ferocidad de sus enemigos que para saciar su hambre le darán a beber hiel y vinagre. De este modo fué tratado aquel que nos da su cuerpo para comida y su sangre para bebida.

OFERTORIO

Improperio y miseria sufrió mi corazón: y esperé a que alguien se contristase conmigo, y no le hubo: busqué a uno, que me consolara, y no le hallé: y me dieron de comida hiel, y en mi sed me abrevaron con vinagre.

En la Secreta se pide a Dios el doble fruto de la Pasión para sus siervos: la gracia en esta vida y la gloria en el cielo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que el don ofrecido a los ojos de tu Majestad nos obtenga la gracia de la devoción, y nos adquiera el efecto de la dichosa perennidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En la antífona de la Comunión, la Iglesia, que acaba de sumir con el cáliz de la salud, la vida de Cristo, hace alusión a aquel otro cáliz que Cristo bebió para hacernos partícipes de la bebida de la inmortalidad.

COMUNION

Padre, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.

La Iglesia pone fin a las súplicas del sacrificio que acaba de ofrecer implorando el perdón de los pecados para todos sus hijos, y el cumplimiento del deseo que tienen de tomar parte en la gloriosa resurrección del Hombre Dios.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que, por la virtud de este Misterio, sean purificados nuestros pecados y se cumplan nuestros anhelos. Por el Señor.

LÁGRIMAS DE JESÚS. — Pongamos fin a esta jornada del Redentor en la ciudad de Jerusalén recordando algunos otros hechos de importancia. San Lucas nos enseña que durante la marcha triunfal de Jesús hacia la ciudad ocurrió que antes de entrar en ella Cristo comenzó a llorar sobre Jerusalén, y desahogó su dolor en estos términos: "¡Oh si al menos en este día conocieses lo que podría darte la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos, porque días vendrán sobre ti, y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán y te estrecharán por todas partes y te echarán por tierra a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán piedra sobre piedra por no haber conocido el tiempo de tu visita" [1]. Hace unos días el santo Evangelio nos mostró a Jesús llorando ante la tumba de Lázaro; hoy vuelve a

---

[1] *Lc.*, XIX, 41-44.

derramar lágrimas al contemplar a Jerusalén. En Betania lloraba al pensar en la muerte del cuerpo, castigo del pecado; pero esta muerte tiene remedio. Jesús es "la resurrección y la vida, y aquel que cree en él no morirá para siempre"[1]. El estado de Jerusalén en cambio, es una figura de la muerte espiritual; y esta muerte no tiene remedio, si el alma no viene a tiempo al autor de la vida. He aquí por qué las lágrimas que Jesús derrama hoy se hacen tan amargas. En medio de las aclamaciones de que es objeto al entrar en la ciudad de David, su corazón está oprimido por la tristeza; porque sabe él mejor que nadie "que no conocieron el tiempo de su visita". Consolemos al corazón del Redentor y hagámonos su ciudad fiel.

VUELTA A BETANIA. — Sabemos por San Mateo que el Salvador finalizó este día en Betania. Su presencia suspende las inquietudes de su madre y tranquiliza a la familia de Lázaro. En Jerusalén no hubo nadie que le hospedase; al menos el Evangelio no hace mención de ello. Todos los que mediten la vida de Nuestro Señor pueden hacerse esta consideración: Jesús honrado por la mañana con magnífico triunfo, por la tarde se ve obligado a buscar hospedaje fuera de la ciudad que le había recibido con tanto fervor. Entre las carmelitas descalzas existe la tradi-

[1] *Joa.*, XI, 25.

ción de ofrecer al Salvador una reparación por el abandono que sufrió de parte de los habitantes de Jerusalén. Se prepara en medio del refectorio una mesa, colocando en ella una ración de la comida; después de la refección de la comunidad se ofrece esa ración a Jesús y se distribuye entre sus miembros, los pobres.

LUNES SANTO

La higuera maldita. — Jesús vuelve de nuevo a Jerusalén con sus discípulos muy de mañana. Había partido en ayunas y, según el Evangelio, en medio de su camino sintió hambre [1]. Se acerca el Señor a una higuera: no tiene más que hojas. Queriendo darnos una lección, Jesús maldice a la higuera, que se seca al momento. Entonces anuncia el castigo de aquellos que se contentan con los buenos deseos sin producir frutos de conversión. La alusión a Jerusalén no era menos conminativa. Esta ciudad llena de celo por el culto externo tenía los corazones obcecados y endurecidos; no tardaría mucho en desechar y crucificar al Hijo de Dios, de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

---

[1] *Mt.*, XXI, 18.

Pasó gran parte del día en el templo, donde Jesús discutió largamente con los Príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Hablaba con una vehemencia inusitada y deshacía sus preguntas insidiosas. Véanse los capítulos XXI, XXII y XXIII en que San Mateo pone de relieve la vehemencia de sus discursos en los que apostrofa con una energía creciente el crimen de su infidelidad y la terrible venganza que llevará consigo.

CASTIGO DE JERUSALÉN. — Finalmente Jesús salió del templo y se dirigió a Betania. Habiendo llegado al monte de los olivos, desde donde se dominaba la ciudad, se sentó un momento. Sus discípulos aprovecharon este descanso para preguntarle en qué tiempo tendrían lugar los castigos que acababa de predecir contra el templo. Entonces Jesús viendo en globo profético los desastres de Jerusalén y las calamidades del fin del mundo, pues la primera de estas desgracias es la figura de la segunda, anunció que sucedería cuando el pecado hubiese llegado a su colmo. En lo tocante a la destrucción de Jerusalén fijó la fecha al decir: "En verdad os digo que no pasará esta generación sin que se hayan cumplido todas estas cosas" [1]. Así fué; apenas habían trascurrido cuarenta años cuando los ejércitos imperiales preparados para exterminar el pueblo dei-

---

[1] *Mat.*, XXIV, 34.

cida, ponían sus tiendas en lo alto del monte Olivete, en el mismo lugar en que estaba ahora el Salvador y desde allí amenazaban a la Jerusalén ingrata y menospreciadora. Después de haber conversado largamente acerca del juicio final en el que serán juzgados todos los hombres, Jesús entra en Betania y consuela con su presencia el corazón traspasado de dolor de su Santísima Madre.

La Estación en Roma se celebra en la iglesia de Santa Práxedes. Esta iglesia, además de 2.300 cuerpos de mártires extraídos de las catacumbas y depositados en ella en el siglo IX por el Papa San Pascual I, posee la columna en que el Salvador fué flagelado, una importante reliquia de la Vera Cruz, tres espinas de la Corona, donadas por San Luis y las reliquias de San Carlos Borromeo.

MISA

Las palabras del Introito están tomadas del Sal. XXXIV. Cristo invoca, por boca del profeta el auxilio de su Padre contra los enemigos que le acechan por todas partes.

INTROITO

Juzga, Señor, a los que me dañan, vence a los que me combaten: empuña las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda, Señor, fortaleza de mi salud. — *Salmo:* Saca la espada, y cierra contra los que me persiguen: di a mi alma: Yo soy tu salud. — Juzga, Señor...

En la colecta la Iglesia nos enseña a recurrir a los méritos de la Pasión del Redentor cuando queramos obtener de Dios socorro en nuestras necesidades.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que desfallecemos, por nuestra flaqueza, en medio de tantas adversidades, respiremos por los méritos de la Pasión de tu unigénito Hijo, que vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías (L, 5-10).

En aquellos días dijo Isaías: El Señor Dios me abrió el oído, y yo no le contradije: no me torné atrás. Di mi cuerpo a los que me herían, y mis mejillas a los que me mesaban el cabello: no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupían. El Señor Dios fué mi auxiliador, por eso no fuí confundido: por eso puse en mi cara como una roca durísima, y sé que no seré confundido. Cerca está el que me justifica: ¿quién me contradirá? Estemos juntos: ¿quién será mi adversario? Acérquese a mí. He aquí que el Señor Dios es mi auxiliador: ¿quién me condenará? He aquí que todos envejecerán como un vestido: los comerá la polilla. ¿Quién hay entre vosotros que tema al Señor, que oiga la voz de su siervo? El que ande en tinieblas, y no tenga luz, confíe en el nombre del Señor y se apoye sobre su Dios.

PRUEBAS DEL MESÍAS. — Isaías, profeta preciso y elocuente en lo que hace relación a las pruebas del Mesías, nos revela hoy los padecimientos de nuestro Redentor y la paciencia con que sufrió los malos tratos de sus enemigos. Jesús ha acep-

tado la misión de víctima universal y no le apartará de su decisión ningún dolor ni humillación. “No escondí mi rostro ante las injurias y los esputos.” ¿Qué reparación no hemos de dar a la majestad soberana, que por salvarnos ha soportado tales ultrajes? He ahí a los judíos cobardes pero crueles: no tiemblan ante su víctima. No ha mucho una sola palabra les ha echado por tierra en el huerto de los Olivos; mas, luego, se ha dejado atar y arrastrar hasta el palacio del sumo sacerdote. Se le acusa. Se lanzan gritos contra su persona; nada responde. Jesús Nazareno, el doctor, el gran taumaturgo ha perdido su prestigio; todo está permitido en contra suya. Así sucede al pecador que permanece tranquilo cuando oyó rugir el rayo y no le ocasionó la muerte. Con todo, los ángeles se anonadan ante tan augusta Faz, desfigurada y ultrajada por estos miserables. Prosternémonos con ellos y pidamos perdón porque nuestros pecados fueron la causa del martirio de esta víctima divina.

Pero escuchemos las últimas palabras del Salvador y démosle gracias. El dijo: “Que no pierda ahora la esperanza el que andaba en las tinieblas y sin luz alguna.” Era el pueblo gentil sumido en el vicio y en la idolatría. No sabe lo que está sucediendo en Jerusalén; no sabe que la tierra es morada del Hombre-Dios y que este Hombre-Dios está padeciendo la opresión del pueblo que se había escogido y favorecido a ma-

nos llenas; pero pronto la luz del Evangelio derramará sus rayos sobre el pueblo infiel. Creerá y se someterá; amará a su Libertador hasta devolverle vida por vida y sangre por sangre. Entonces tendrá cumplimiento el oráculo de aquel indigno pontífice que, aunque a pesar suyo, profetizó la salvación del pueblo gentil por medio de la muerte de Jesús y anunció al mismo tiempo que esta muerte reuniría en una misma familia a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo.

En el Gradual David continúa pidiendo venganza para los verdugos del Mesías, bien merecida por su ingratitud y dureza de corazón.

El Tracto es el mismo del miércoles de Ceniza que la Iglesia repite los lunes, miércoles y viernes para implorar la divina misericordia en la penitencia cuaresmal.

GRADUAL

Levántate, Señor, y atiende a mi juicio: Dios mío y Señor mío, juzga mi causa. ℣. Saca la espada, y cierra contra los que me persiguen.

TRACTO

(Véase Miércoles de Ceniza, pág. 109.)

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (XII, 1-9.)

Seis días antes de la Pascua fué Jesús a Betania, donde había muerto Lázaro, a quien resucitó Jesús.

Hiciéronle allí una gran comida: servía Marta, y Lázaro era uno de los sentados a la mesa con El. Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo precioso, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y enjugó sus pies con sus cabellos: y la casa se llenó del olor del ungüento. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, y se ha dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y sacaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejadla que lo conservó para el día de mi sepultura. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Supo entonces mucha gente judía que se hallaba allí: y vinieron, no por Jesús solamente, sino también para ver a Lázaro, a quien El había resucitado de entre los muertos.

UNCIÓN DE JESÚS EN BETANIA.—Acabamos de oír la lectura del pasaje evangélico a que aludimos ha unos días, el sábado anterior al domingo de Ramos. Ha sido colocado en la misa de hoy porque antiguamente no había estación el Sábado. La Iglesia nos llama la atención con este episodio sobre los postreros días de nuestro Redentor, para hacernos sentir con él todos los acontecimientos que se realizan en este momento en torno suyo. María Magdalena cuya conversión nos había admirado hace unos días, está llamada a tomar parte en la Pasión y Resurrección de su Maestro. Tipo ideal del alma convertida y admitida a gozar de los favores celestes,

debemos seguirla en todas las circunstancias en que la gracia divina la va a hacer tomar parte. La hemos visto siguiendo al Salvador paso a paso y ayudándole en sus necesidades; además el Santo Evangelio nos la muestra preferida a Marta su hermana, pues ha escogido la mejor parte. En estos días es objeto de nuestro interés principalmente por su tierna adhesión a Jesús. Sabe que le buscan para matarle y el Espíritu Santo que la guía interiormente por unos estados que se suceden, cada vez más perfectos, ha querido que hoy dé cumplimiento a una acción profética previendo lo que tanto teme.

Entre los tres presentes de los Magos, uno de ellos significa la muerte del Rey divino a quien estos hombres vinieron a visitar desde el lejano oriente. Era la mirra, perfume funerario empleado tan copiosamente en el entierro del Salvador. Hemos visto que la Magdalena, al convertirse, testimonió su cambio de vida derramando sobre los pies de Jesús un ungüento precioso. Ahora emplea también este medio como muestra de amor. Su Maestro está comiendo en casa de Simón el leproso; María está con él, como también sus discípulos; Marta sirviendo; hay paz en esta casa; pero todos presienten cosas adversas. De repente María Magdalena aparece con un vaso lleno de ungüento de nardo precioso. Se dirije a Jesús y arrojándose a sus pies los unje con este perfume y luego los enjuga con sus cabellos.

Jesús estaba tendido sobre un diván en donde los orientales se recuestan mientras comen; fué, pues, fácil que la Magdalena se pusiese a sus pies. Dos evangelistas, completada su narración por San Juan, nos muestran que ella derramó también sobre la cabeza del Salvador este oloroso ungüento. ¿Comprendía bien la Magdalena en este momento la importancia de la acción que la había inspirado el Espíritu Santo? Nada nos dice el Evangelio; pero Jesús reveló este misterio a sus apóstoles; y nosotros que nos hacemos eco de sus palabras, conocemos por esta acción que ha comenzado, podemos decir, la Pasión de nuestro Redentor, desde el momento en que la Magdalena le embalsama para su futura sepultura. El suave y penetrante olor del perfume se había extendido por toda la morada. Uno de los discípulos, Judas Iscariote, protesta contra lo que él llama gasto inútil. Su bajeza y codicia le habian hecho insensible a todo pudor. Muchos de los discípulos confirmaron su opinión; ¡sus pensamientos eran tan rústicos todavía! Jesús permitió esta protesta por varias razones. Quería anunciar su próxima muerte a los que le rodeaban revelándoles el secreto que contenía esta efusión de perfume sobre su cuerpo. En segundo lugar glorificar a la Magdalena, que le profesaba un amor tan tierno y tan ardiente; y entonces anunció que su fama se extendería por toda la tierra tan lejos cuanto se extendiese el Evange-

lio. En fin, quería consolar de antemano a las almas piadosas, a las que su amor inspiraría obras de liberalidad para su culto y resguardarlas de las críticas mezquinas de que serían objeto.

Recojamos estas enseñanzas divinas. Honremos a Jesús no sólo en su persona sino también en sus pobres. Honremos a la Magdalena y sigámosla hasta que pronto la veamos en el Calvario y en el sepulcro. En fin, dispongámonos a embalsamar a nuestro Salvador reuniendo para su entierro la mirra de los Magos que figura el sacrificio, y el precioso nardo de la Magdalena que representa el amor generoso y compaciente.

En el Ofertorio, el Salmista en nombre del Redentor, después de implorar el auxilio divino pide a Dios que se digne ser fiel en el cumplimiento de sus decretos en favor de la humanidad.

OFERTORIO

Líbrame de mis enemigos, Señor: a ti recurro, enséñame a cumplir tu voluntad: porque tú eres mi Dios.

La Secreta contiene en sí toda la fuerza divina de nuestros augustos misterios. No sólo purifica este sacrificio del alma, sino que además la eleva a la unión perfecta con el que es su autor y principio.

Haz, oh Dios omnipotente, que estos sacrificios nos purifiquen con su poderosa virtud, y logren llevarnos más puros a su principio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

SECRETA

En la Comunión resuena una maldición contra los enemigos del Salvador. Así, en el gobierno del mundo, ejecuta Dios a un mismo tiempo su misericordia y su justicia.

COMUNION

Avergüéncense y sean confundidos a una los que se alegran de mis males: vístanse de vergüenza y confusión los que hablan males contra mí.

La Iglesia concluye las súplicas de esta Misa pidiendo que sus hijos conserven el espíritu ferviente que acaban de recibir en su fuente.

POSCOMUNION

Comuníquennos, Señor, tus santos Misterios un fervor divino: con el que podamos gozar de sus delicias y de su fruto. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Humillad vuestras cabezas delante de Dios.

ORACION

Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y haz que celebremos alegres los beneficios con que te has dignado restaurarnos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

MARTES SANTO

LA HIGUERA MALDITA. — Este día vuelve de nuevo Jesús a Jerusalén muy de mañana. Quiere dirigirse al templo y confirmar allí sus últimas enseñanzas. Claramente prevé que el desenlace de su misión va a comenzar. El mismo acaba de decir a sus discípulos: "Dentro de dos días se celebrará la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado" [1]. Los discípulos que marchan en compañía de su maestro por el camino de Betania a Jerusalén quedan estupefactos al contemplar la higuera que Jesús había maldito el día anterior. Se había secado como un leño cortado, desde las raíces hasta las hojas. Pedro se acerca a Jesús y le dice: "Maestro, mira la higuera que maldijiste; se ha secado." Jesús aprovecha la ocasión para enseñarnos que la materia está sometida al espíritu cuando éste se mantiene unido a Dios por la fe y dice: "Tened fe en Dios: en verdad os digo que cualquiera que dijere a este monte: levántate y arrójate al mar y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará todo cuanto dijere, todo le será hecho. Por tanto os digo que todas las cosas que pidiereis en vuestra oración creed que las recibiréis; y se os darán" [2].

---

[1] *Mt.*, XXVI, 2.
[2] *Mc.*, X, 20-24.

JESÚS EN EL TEMPLO. — Continuando el camino, pronto se entra en la ciudad, y a penas ha llegado Jesús al templo, se le acercan los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos y le preguntan: "¿Con qué poder haces estas cosas, quién te ha dado tal poder?"[1]. Se puede ver en el Santo Evangelio la respuesta de Jesús, así como las diversas enseñanzas que dió con ocasión de este encuentro. No hacemos más que indicar, de un modo general, el uso que hizo de las últimas horas de su vida mortal nuestro divino Redentor; la meditación del Evangelio suplirá lo que no decimos.

Como los días precedentes, sale de la ciudad por la tarde, y atravesando el monte de los Olivos, se retira a Betania, con su Madre y sus amigos.

La Iglesia lee hoy, en la Misa, el relato de la Pasión según San Marcos. En orden cronológico el Evangelio de San Marcos fué escrito después del de San Mateo: Por esta razón se da el segundo lugar a la Pasión según San Marcos. Es más corta que la de San Mateo y parece un resumen de la misma; pero se encuentran en ella ciertos detalles que son propios de este Evangelista y nos muestran las notas de un testigo ocular. Todos sabemos, en efecto, que San Marcos fué discípulo de San Pedro y que escribió su Evangelio bajo la dirección del Príncipe de los Apóstoles.

[1] *S. Marc.*, XI, 27, 28.

En Roma se celebra la Estación en la Iglesia de Santa Prisca.

MISA

Dentro de tres días se alzará la cruz sobre el monte, sosteniendo en sus brazos al autor de nuestra salvación. En el introito de hoy, la Iglesia nos manda saludar por anticipado al trofeo de nuestra victoria y gloriarnos en él.

INTROITO

Mas a nosotros nos conviene gloriarnos de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo: en quien están nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección: por el cual hemos sido salvados y libertados. — *Salmo:* Compadézcase Dios de nosotros, y bendíganos: brille sobre nosotros su rostro, y tenga piedad de nosotros. — Mas a nosotros...

En la colecta, la Iglesia pide que el santo aniversario de la Pasión del Salvador sea para nosotros fuente de misericordia, y que no se termine sin que nosotros seamos plenamente reconciliados con la divina justicia.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios: haz que celebremos los Misterios de la Pasión del Señor de tal modo, que merezcamos alcanzar nuestro perdón. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías (XI, 18-20).

En aquellos días dijo Jeremías: Señor, tú me lo demostrastes y yo lo conocí: entonces me hiciste ver sus obras. Y yo fuí como un cordero manso, que llevan a degollar: y no conocí que maquinaban contra mí designios, diciendo: Destruyamos el árbol con su fruto, y arranquémosle de la tierra de los vivientes, y su nombre no se recuerde ya más. Pero tú, Señor de los Ejércitos, que juzgas justamente, y escrutas los riñones y los corazones, harás que yo vea tu venganza en ellos: porque a ti, Señor, Dios mío, he revelado mi causa.

La inmolación del Mesías. — Una vez más deja oír su voz el profeta Jeremías. Hoy nos presenta las propias palabras de sus enemigos que han conspirado para darle muerte. Todo es misterioso; se siente que el profeta es aquí figura de uno mayor que él. "Pongamos, dicen, astillas en su pan", es decir: Arrojemos un leño venenoso en su alimento para causarle la muerte. Tal es el sentido literal cuando no se refiere más que al profeta; pero, ¡cuánto mejor se cumplen estas palabras en nuestro Redentor! La carne divina, nos dice, es el pan verdadero bajado del cielo; este Pan, este cuerpo del Hombre-Dios está destrozado, ensangrentado; los judíos le clavan sobre un madero de modo que está traspasado de dolor al mismo tiempo que este madero está completamente bañado en su sangre. Sobre este

madero se inmola el Cordero de Dios; y por este sacrificio participamos del Pan celestial, que es al mismo tiempo la carne del Cordero y nuestra verdadera Pascua.

El gradual, tomado del salmo XXXIV, nos muestra el contraste de la vida humilde del Salvador con los aires amenazadores y arrogantes de sus enemigos.

GRADUAL

Pero yo, cuando ellos me molestaban, me vestía de cilicio, y humillaba mi alma con el ayuno: y mi oración se revolvía en mi seno. ℣. Juzga, Señor, a los que me dañan, vence a los que me combaten, empuña las armas, y el escudo, y levántate en mi ayuda.

La Pasión según San Marcos se canta después del Gradual con los mismos ritos que se observaron en la de San Mateo.

En el Ofertorio, el Mesías pide a su Padre socorro contra las asechanzas de sus enemigos que se disponen a hacerle morir.

OFERTORIO

Guárdame, Señor, de la mano del pecador: y líbrame de los hombres inicuos.

En la Secreta, la Iglesia presenta a la divina Majestad el tributo de nuestros ayunos con la hostia santa de la cual toman su mérito y eficacia.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos sacrificios, santificados con saludables ayunos, nos restauren eficazmente. Por el Señor.

Las palabras del salmista, que la Iglesia toma para la Antífona de la Comunión nos muestran la audacia siempre creciente de los enemigos del Salvador y las disposiciones de su alma en los días que precedieron a su sacrificio.

COMUNION

Hablan contra mí los que se sientan en la puerta: y cantan coplas contra mí los que beben vino: pero yo, Señor, dirijo a ti mi oración en el tiempo de tu voluntad, fiado, oh Dios, en la muchedumbre de tus misericordias.

En la Poscomunión la Iglesia pide, por los méritos del Sacrificio que acaba de renovar, el perdón completo de todos nuestros males, cuyo remedio es la sangre del Cordero divino.

POSCOMUNION

Haz, oh Dios omnipotentente, que con tus santos Misterios se curen nuestros vicios, y alcancemos los remedios sempiternos. Por el Señor.

Humillad vuestras cabezas delante de Dios.

ORACION

Haz, Señor, que tu misericordia nos purifique de todo rastro de vejez, y nos haga capaces de la santa novedad. Por el Señor.

MIERCOLES SANTO

La última reunión del Sanedrín. — Hoy se reunen los príncipes de los sacerdotes y los ancianos en una sala del templo para deliberar por última vez sobre los medios para prender a Jesús. Se han discutido diversos planes. ¿Será prudente prenderle en estos días de Pascua, en los cuales toda la ciudad está llena de extranjeros que sólo conocen a Jesús por la ovación de que fué objeto tres días antes? ¿No hay incluso entre los habitantes de Jerusalén muchos que han aplaudido este triunfo? ¿No sería de temer su ciego entusiasmo por Jesús? No, no se puede pensar, por el momento, en esas medidas violentas; podría levantarse una sedición durante la celebración de la Pascua. Sus promotores fácilmente se habrían comprometido ante Poncio Pilato y habrían tenido que temer la furia del pueblo. Es preferible dejar pasar la fiesta y buscar otro medio de apoderarse sin ruido de la persona de Jesús.

Pero estos criminales se hacían ilusión al querer retardar por su propia voluntad la muerte del justo. Ellos aplazaban el asesinato; pero los planes divinos, que desde la eternidad prepararon un sacrificio para la salvación del género humano, fijaron este sacrificio precisa-

mente para esta fiesta de Pascua, que anunciará mañana la trompeta a toda la ciudad. Durante mucho tiempo se ha ofrecido el cordero misterioso en figura del verdadero: va a comenzar ya la Pascua que verá desaparecer las sombras ante la realidad. La sangre del Redentor, derramada por la mano de los ciegos pontífices se va a mezclar con la de las víctimas, que ya no se digna aceptar el Señor. El sacerdocio judaico no tardará en darse a sí mismo el golpe de gracia, inmolando al que ha de abrogar con su sangre la antigua alianza y sellar para siempre otra nueva.

La traición. — Pero ¿cómo tomarán posesión los enemigos del Salvador de la víctima que tanto anhelan con deseos sanguinarios, sin alboroto y sin ruido? No han tenido en cuenta la traición. Uno de los discípulos de Jesús pide ser conducido a su presencia; tiene algo que proponerles; "¿Qué me dais, les dice, y yo os lo entregaré?" ¡Qué alegría para aquellos desdichados! Son doctores de la ley, y no se acuerdan del salmo CVIII, en el cual David había predicho con todo detalle esta venta abominable; ni tampoco del oráculo de Jeremías, que llega incluso a valorar el precio del rescate del Justo en treinta dineros de plata. Esta misma suma pide Judas a los enemigos de Jesús; éstos se la conceden al momento. Todo está concertado. Mañana irá Jesús a Jerusalén para celebrar la Pascua. Al caer del sol

se retirará, como de costumbre a un huerto que se halla en la ladera del monte del Olivar. Pero, en la oscuridad de la noche, ¿cómo lo van a conocer los encargados de prenderle? Judas lo ha previsto todo. Los soldados podrán detener con toda confianza a quien él diere un beso.

Tal es la horrible iniquidad, que se lleva a cabo entre los muros del templo de Jerusalén. Para manifestar su execración y para dar una satisfacción al Hijo de Dios, tan indignamente ultrajado por este pacto monstruoso, ya desde los primeros siglos la Iglesia ha consagrado el miércoles a la penitencia. Aun hoy día comienza la Cuaresma por miércoles, y cuando la Iglesia, en cada una de las estaciones, quiere que dediquemos cuatro días al ayuno y a la mortificación de nuestro cuerpo, uno de esos días es el miércoles.

El sexto escrutinio. — Antiguamente, tenía lugar en este día el sexto escrutinio para la admisión de los catecúmenos al bautismo. A este escrutinio asistían aquellos que, siendo dignos del bautismo, aun no habían sido señalados definitivamente para recibirle. En la misa había dos lecturas, sacadas de los profetas, como en el día del gran Escrutinio, el miércoles de la cuarta semana de Cuaresma. Los catecúmenos salían de la Iglesia como de costumbre, después del Evangelio. Pero una vez que se había acabado el santo Sacrificio volvían a entrar; entonces uno de los sacerdotes les decía: "El sábado

próximo, vigilia de Pascua, a tal hora, os reuniréis en la Basílica de Letrán, para el séptimo Escrutinio; después diréis de memoria el Símbolo que debéis haber aprendido de antemano; por fin, con el auxilio de la divina gracia, recibiréis el baño sagrado de vuestra regeneración. Preparaos a él con oraciones y ayunos continuos, con celo y humildad, para que, sepultado con Cristo en el bautismo, merezcáis resucitar con El a la vida eterna." Así sea.

En Roma se celebra la Estación, en Santa María la Mayor. Compartamos los dolores de nuestra Madre, cuyo corazón experimenta las más crueles angustias en espera del sacrificio, que no tardará en realizarse.

MISA

La Iglesia comienza en el Introito por la glorificación del santo Nombre de Jesús, ultrajado hoy por los hombres, que lo pronuncian con tanto odio en la trama que preparan contra aquel a quien le fué impuesto para nuestra salvación. Este Nombre bendito significa *Salvador:* Estos son los días en los que este nombre sagrado recibe su pleno significado.

INTROITO

En el nombre de Jesús dóblese toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos: porque el Señor se hizo obediente hasta la muerte, hasta la muerte de

cruz: por eso el Señor, Jesucristo, está en la gloria de Dios Padre.—*Salmo:* Señor, escucha mi oración: y llegue a ti mi clamor.—En el nombre...

En la primera Colecta, la Iglesia confiesa que sus hijos han pecado; pero presenta a Dios la Pasión, que ha sufrido su Hijo único por ellos, y confía en El.

ORACION

Doblemos las rodillas. ℟. Levantaos.—Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que somos afligidos sin cesar por nuestros excesos, seamos libertados por la Pasión de tu unigénito Hijo. El cual vive y reina contigo...

LECTURA

Lección del Profeta Isaías (LXII, 11; LXIII, 1-7).

Esto dice el Señor Dios: Decid a la hija de Sión: He aquí que viene tu Salvador, y trae consigo su galardón. ¿Quién es ese que viene de Edón y Bosra, con los vestidos teñidos? ¿Ese hermoso en su vestido, que marcha con gran fortaleza? Soy yo, el que hablo justicia, y lucho para salvaros. ¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan el lagar? Yo solo he pisado el lagar, y de los pueblos no hubo nadie conmigo: pisélos con mi furor, y los hollé con mi ira: y su sangre salpicó mis vestiduras, y manché todas mis ropas. Porque el día de la venganza está en mi corazón, y ha llegado el año de mi redención. Miré en torno, y no hubo un auxiliador: busqué, y no encontré quien me ayudara; y mi brazo me salvó, y me auxilió mi indignación. Y hollé a los pueblos con mi furor, y los embriagué de mi ira, y eché por tierra

su fortaleza. Me acordaré de las misericordias del Señor, y le tributaré alabanza por todo lo que nos ha dado el Señor, nuestro Dios.

La victoria del Mesías. — "¡Qué terrible es este libertador, que aplasta a sus enemigos bajo la planta de sus pies, como los racimos en el lagar, hasta el punto de teñirse los vestidos con su sangre! ¿Pero no es hoy el día de exaltar la fuerza de su brazo, hoy que ha sido colmado de humillaciones, que sus enemigos, le han comprado a uno de sus discípulos por el más ignominioso de los tratos? No permanecerá siempre humillado; pronto se levantará, y la tierra conocerá cuál es su poder, ante los castigos de que colmará a los que se atrevieren a pisotearle. Jerusalén se dispone a lapidar a los que van a predicar su nombre; ella sería la más cruel de las madrastras para estos verdaderos israelitas, que, dóciles a las enseñanzas de los Profetas, han reconocido en Jesús todos los signos manifestativos del Mesías. La Sinagoga intentará ahogar a la Iglesia naciente; pero apenas la Iglesia se haya vuelto hacia los gentiles, después de haber sacudido el polvo de sus pies contra Jerusalén, que le ha traicionado y crucificado, la venganza de Cristo caerá sobre esta ciudad. Con todo eso la ruina de Jerusalén no es más que la figura de la otra ruina a la que está destinado el mundo culpable, cuando el divino vengador, al cual vemos contradecir y despreciar todos los días,

aparezca sobre las nubes para restablecer su honor ultrajado. Por ahora permite que le entreguen, le escupan y le maltraten; pero cuando haya llegado el tiempo de rescatar a los suyos, el día de la venganza reclamado por los deseos del justo", bienaventurados los que le hayan conocido, los que hayan compartido con El sus humillaciones y dolores. ¡Desdichados los que no hayan visto en El más que un simple mortal! ¡Desgraciados aquellos que no contentos con sacudir de sus propios hombros el suave yugo de Cristo, han impedido que se extendiese su reino entre los demás! Porque Cristo es Rey; ha venido a este mundo para reinar y los que no hayan querido soportar su clemencia no podrán huir de su justicia.

El Gradual que sigue a esta lectura de Isaías es un grito de angustia que lanza el Mesías por boca de David.

GRADUAL

No apartes tu cara de tu siervo, porque estoy atribulado: óyeme velozmente. ℣. Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma: estoy hundido en profundo cieno, y no tengo donde asentar el pie.

En la segunda Colecta la Iglesia recuerda una vez más a Dios Padre el suplicio que su Hijo único quiso soportar para librarnos de la cautividad del enemigo y pide también que nosotros tengamos parte en su gloriosa resurrección.

COLECTA

Oh Dios, que quisiste que tu Hijo sufriese por nosotros el patíbulo de la cruz, para expulsar de nosotros el poder del enemigo: concédenos, a nosotros tus siervos, el que consigamos la gracia de la resurrección. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías (LIII, 1-12).

En aquellos días dijo Isaías: Señor, ¿quién ha creído en nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Y subía como un renuevo delante de él, y como una raíz de la tierra sedienta: no tenía belleza, ni decoro: y le vimos, y no tenía aspecto, para que le deseáramos. (Le vimos) despreciado, y el último de los hombres, hecho varón de dolores, y sabedor de quebranto: y su rostro como escondido, y despreciado, por eso no le estimamos. Tomó verdaderamente sobre sí nuestras dolencias, y llevó El mismo nuestros dolores: y nosotros le consideramos como un leproso, y un castigado de Dios, y un humillado. Porque El fué herido por nuestras iniquidades, fué triturado por nuestros pecados: el castigo, que nos ganó la paz, cayó sobre El; con sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros éramos como ovejas errantes, marchando cada cual por su vereda: y el Señor cargó sobre El solo la iniquidad de todos nosotros. Se ofreció, porque quiso; y no abrió su boca: fué llevado a la muerte como una oveja, y calló como un cordero ante el esquilador, y no abrió su boca. Fué quitado de la angustia y del juicio: ¿quién contará su generación? Porque fué arrancado de la tierra de los vivientes: le herí por el crimen de mi pueblo. Y fué su sepultura con los impíos, y con los ricos su muerte: porque nunca hizo El maldad, y no hubo dolo en su boca. Y el Señor quiso triturarle con el sufrimiento. Si pusiere su vida en expiación del pecado, verá larga descen-

dencia, y la voluntad del Señor estará siempre en su mano. Verá y se saciará del trabajo de su alma: con su ciencia justificará mi justo siervo a muchos, y El mismo llevará sus iniquidades. Por eso, yo le daré parte con los grandes, y repartirá despojos con los fuertes, porque entregó su alma a la muerte, y fué contado entre los malhechores: y El mismo llevó los pecados de muchos, y rogó por los transgresores.

LOS PADECIMIENTOS DEL MESÍAS. — Una vez más oímos la voz de Isaías en esta profecía; pero esta vez no es el profeta sublime que cantaba poco ha las venganzas del Emmanuel. Cuenta los padecimientos del Hombre-Dios, "del último de los hombres, del varón de dolores, del entregado al sufrimiento". Por este pasaje con razón se puede llamar con los Santos Padres, al más elocuente de los Profetas, el quinto Evangelista. ¿No resume por anticipado el relato de la Pasión, cuando nos muestra al Hijo de Dios "semejante a un leproso, a un hombre herido por Dios y humillado a sus golpes"? Pero nosotros, a quienes la Iglesia lee estas páginas inspiradas, y que vemos juntamente el Antiguo y el Nuevo Testamento para darnos todas las señales de la Víctima universal, ¿cómo reconoceremos el amor que nos muestra Jesús cuando toma sobre sí todos los castigos que merecíamos nosotros?

"Por sus heridas hemos sido curados nosotros." ¡Oh médico divino, que toma sobre sí las heridas de los que quiere curar! Pero no sólo "ha sido herido por nosotros sino que también ha

sido degollado como cordero en el matadero". Pero por ventura no ha hecho más que someterse a la inflexible justicia del Padre, "que ha cargado sobre El todas nuestras iniquidades". Oíd al Profeta: "Si ha sido inmolado, ha sido porque El lo ha querido." Su amor para con nosotros es igual a la sumisión del Padre. Fijaos cómo calla ante Pilatos que con una sola palabra podía arrebatarle de las manos de sus enemigos. "Está en silencio, sin abrir su boca como el cordero ante el esquilador."

Adoremos este silencio al cual debemos nuestra salvación; recojamos todos los detalles de una entrega que nunca haría un hombre por otro y que no pudo ejecutarla más que el corazón de un Dios. ¡Cómo nos ama a nosotros, que somos su estirpe, los hijos de su sangre, el galardón de su sacrificio! Iglesia Santa, descendiente de Cristo en la cruz, tú le eres querida; te ha comprado a gran precio y por eso se complace en ti. Almas fieles, devolvedle amor por amor; almas pecadoras, sedle fieles, sacad la vida de su sangre y acordaos que, si "todos nosotros hemos estado perdidos como ovejas sin pastor", el Señor "ha tomado sobre sí todas nuestras iniquidades". No hay pecador ni pagano, ni infiel tan culpable, que no tenga parte en esta sangre preciosa, cuya virtud infinita sería suficiente para redimir a miles de millones de mundos más pecadores que el nuestro.

El Tracto que sigue a esta lección está compuesto de algunos versículos del salmo CI: En ellos se nos muestran los padecimientos de la naturaleza humana en Cristo, en medio de sus abatimientos.

TRACTO

Señor, escucha mi oración, y llegue a ti mi clamor. ℣. No apartes tu cara de mí: en cualquier día, que sea atribulado, inclina hacia mí tu oído. ℣. En cualquier día que te invocare, óyeme velozmente. ℣. Porque mis días se han disipado como el humo: y mis huesos están quemados como un tizón. ℣. He sido herido como el heno, y mi corazón se ha secado: porque me he olvidado de comer mi pan. ℣. Pero, cuando te levantes tú, Señor, tendrás piedad de Sión: porque habrá llegado el tiempo de compadecerse de ella.

A continuación se lee la Pasión según San Lucas. Este Evangelista nos proporciona muchos detalles, que habían suprimidos los dos primeros Evangelistas; con su auxilio podemos penetrar más y más en el misterio de los padecimientos del sacrificio del Hombre-Dios.

En el Ofertorio se oye otra vez la voz de Cristo, que implora la ayuda de Dios y pide a su Padre que no aparte su mirada de su propio Hijo, que es víctima de toda clase de dolores, tanto del cuerpo como del alma.

OFERTORIO

Señor, escucha mi oración, y llegue a ti mi clamor: no apartes tu cara de mí.

En la Secreta pide la Iglesia que tengamos un amor sincero al misterio divino en el cual se renueva cada día la Pasión del Salvador.

SECRETA

Acepta, Señor, el don ofrecido, y dígnate hacer que consigamos con piadosos afectos lo que celebramos con el misterio de la Pasión de tu Hijo, nuestro Señor. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

Para la antífona de la Comunión la Iglesia toma otra vez algunos versículos del mismo salmo CI, que ha empleado en el tracto y en el ofertorio.

COMUNION

Mi bebida mezclo con lloro: porque, elevándome, me has estrellado: y me he secado como el heno: mas tú, Señor, permaneces para siempre: levantándote tú, tendrás piedad de Sión, porque ha llegado el tiempo de tener piedad de ella.

La muerte del Hijo de Dios debe ser para nosotros un motivo para que confiemos cada día más en la misericordia de Dios. Esta confianza es el primer eslabón de nuestra salvación. Esta es la confianza, que pide la Iglesia para nosotros en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Concede a nuestros sentidos, oh Dios omnipotente, el que, mediante la muerte temporal de tu Hijo, representada en estos venerandos Misterios, confiemos que nos has dado la vida eterna. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, mires a esta tu familia, por la que nuestro Señor Jesucristo no dudó en ser entregado en manos de los verdugos y en sufrir el tormento de la cruz. El, que vive y reina contigo.

OFICIO DE LAS TINIEBLAS

Hasta la última reforma, la Iglesia anticipaba a la víspera el Oficio de la noche del día siguiente, para estos tres últimos días de la Semana Santa, con el fin de dar al pueblo cristiano mayor facilidad para tomar parte en él. Los Maitines y Laudes celebrábanse, por tanto, en las horas de la tarde. Pero habiéndose convertido estas horas para la mayor parte en horas de trabajo, la Iglesia ha creído oportuno volver a establecer que el Oficio se celebre a sus horas normales.

Así, pues, los fieles deben apresurarse a asistir a ellos en tanto en cuanto sus ocupaciones se lo permiten. En cuanto al mérito de esta piadosa asistencia, es indudable que sobrepasa al de cualquier devoción privada. El medio más seguro para llegar al corazón de Dios será siempre emplear como intermediario a la Iglesia: En cuanto a las impresiones santas que pueden ayudarnos a hondar más en los misterios, que se conmemoran en estos tres días, por lo general

son más fuertes y más seguras las que se reciben en el oficio, que las que se buscan en cualquier libro humano. Alimentada por la palabra y los ritos de la Iglesia, el alma cristiana aprovechará doblemente con los ejercicios y lecturas del oficio, aunque también debe ocuparse en particular de ellas. La oración de la Iglesia será, pues, la base sobre la cual se levantará todo el edificio de la piedad cristiana, en este santo aniversario; así imitaremos a nuestros padres que, en los siglos de fe, fueron tan profundamente cristianos porque vivían de la vida de la Iglesia por la Liturgia.

JUEVES SANTO
DE LA CENA DEL SEÑOR

OFICIO DE LA NOCHE

CARÁCTER DEL OFICIO. — El oficio de Maitines y Laudes de los tres últimos días de la Semana Santa difiere en muchas cosas del de los demás días del año. La Iglesia suspende las aclamaciones de alegría y esperanza con que suele comenzar la alabanza divina. Ya no se oye resonar en el templo el *Domine labia mea aperies. Señor abre mi boca para que te alabe;* ni *Deus in adiutorium meum intende. Señor, apresúrate a socorrerme;* ni *Gloria Patri* al fin de los salmos, de

los cánticos y de los responsorios. Los oficios no conservan sino lo que les es esencial en la forma y se han suprimido todas estas aspiraciones vivas que se habían añadido al sucederse de los siglos.

El Nombre. — Dase vulgarmente el nombre de Tinieblas a los Maitines y Laudes de estos tres últimos días de la Semana Santa, porque se los celebra muy de mañana, antes de salir el sol.

El candelabro. — Un rito imponente y misterioso, propio únicamente de estos oficios confirma también este nombre. Se coloca en el presbiterio, cerca del altar, un gran candelabro triangular sobre el cual se hallan quince velas. Estas velas, así como las seis del altar, son de cera amarilla como en el oficio de difuntos. Al fin de cada uno de los salmos o cánticos se va apagando una vela del gran candelabro; sólo queda encendida la que se halla en la extremidad del triángulo. Igualmente se apagan mientras el *Benedictus* las velas del altar. Entonces toma un acólito la vela que quedó encendida en el candelabro y la tiene apoyada sobre el altar mientras el coro canta la Antífona que le sigue. Luego esconde la vela (sin apagarla) detrás del altar. La mantiene así, oculta a las miradas, durante la recitación de la oración final que sigue al *Benedictus*. Acabada esta oración, ya no se

hace como antiguamente se hacía al terminar este oficio.

El simbolismo de los ritos. — Expliquemos ahora el sentido de las diversas ceremonias. Nos hallamos en los días, en que la gloria del Hijo de Dios es eclipsada ante las ignominias de la Pasión. "Era la luz del mundo", poderoso en obras y palabras, vitoreado poco ha por las aclamaciones de la muchedumbre, pero vedle hoy despojado de toda grandeza, el hombre de dolores, un leproso, como dice Isaías. "Un gusano de la tierra y no un hombre", dice el Rey Profeta; "causa de escándalo para sus discípulos", dice el mismo Jesús. Todos le abandonan: Pedro incluso llega a negar que le ha conocido. Este abandono, esta defección casi general se halla figurada por la extinción sucesiva de las velas del candelabro triangular y de las del altar.

Sin embargo de eso, la luz desconocida de Cristo no se apaga. Se coloca un momento la candela sobre el altar. Está allí como Cristo en el Calvario donde padece y muere. Para significar la sepultura de Jesús, se coloca la candela detrás del altar; su luz no aparece más. Entonces un ruido confuso se deja oír en el santuario. Este ruido expresa las convulsiones de la naturaleza en el momento en que al expirar Jesucristo en la Cruz, tembló la tierra, se desque-

brajaron las rocas y se abrieron los sepulcros. Pero de repente aparece de nuevo la candela sin haber perdido nada de su luz; el ruido cesa y todos adoran al glorioso vencedor de la muerte.

LAS LAMENTACIONES DE JEREMÍAS SOBRE JERUSALÉN. — Todas las lecciones del primer nocturno de estos tres días están sacadas de las Lamentaciones de Jeremías. En ellas se nos manifiesta el espectáculo desolador, que ofrece la ciudad de Jerusalén, cuando sus habitantes fueron conducidos cautivos a Babilonia, en castigo de su idolatría. La cólera de Dios se manifiesta en estas ruinas, que Jeremías deplora con palabras tan verdaderas y terribles. Con todo eso este desastre no es sino figura de otro más espantoso. Jerusalén tomada y asolada por los Asirios guarda por lo menos el nombre; y el Profeta, que se lamenta ante sus muros anuncia que esta desolación no durará más de setenta años, pero en su segunda ruina, la ciudad infiel pierde hasta su nombre. Reconstruída por sus vencedores, lleva durante más de dos siglos el nombre de *Aelia Capitolina;* y si con la paz de la Iglesia, se la llamó otra vez Jerusalén, esto no era un homenaje a Judá, sino un recuerdo del Dios del Evangelio que Judá había crucificado en esta ciudad. Ni la piedad de Santa Elena y de Constantino, ni los valientes esfuerzos de los cruzados, no han podido conservar en Jerusalén de un modo per-

manente ni la sombra de una ciudad secundaria. Su suerte es la de permanecer esclava y esclava de los infieles hasta el fin del mundo. En estos días precisamente se atrajo sobre sí la maldición: he aquí por qué la Iglesia, para hacernos comprender la grandeza del crimen cometido, hace resonar en nuestros oídos los llantos del Profeta que es el único que pudo igualar con sus lamentaciones a los dolores. Esta emocionante elegía se canta de un modo muy simple que se remonta a una gran antigüedad. Los nombres de las letras del alfabeto hebreo, que dividen cada una de las estrofas, indican la forma acróstica que contiene este poema en el original. Se cantan estas lamentaciones porque los mismos judíos las cantaban.

OFICIO DE LA MAÑANA

LA PREPARACIÓN DE LA PASCUA. — Este día es el primero de los ácimos. A la puesta del sol los judíos tienen que comer la Pascua en Jerusalén. Jesús aun está en Betania, pero entrará en la ciudad antes de comenzar la cena pascual; así lo manda la Ley; y Jesús quiere observarla escrupulosamente hasta que la abrogue con la efusión de su sangre. Por lo cual envía a Jerusalén a dos de sus discípulos para que preparen el convite legal, sin darles a conocer de qué modo

concluirá. Nosotros que conocemos ya este misterio cuya institución se remonta a esta última cena, comprendemos bien por qué escogió Jesús con preferencia, en esta ocasión, a Pedro y Juan para que cumpliesen sus intenciones [1]. Pedro que fué el primero en confesar la divinidad de Cristo, representa la fe; y Juan que inclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús, representa el amor. El misterio que se va a promulgar en la cena de esta tarde, se revela el amor por la fe; tal es la enseñanza que nos da Jesucristo al escoger a estos dos apóstoles; pero éstos no podían penetrar las intenciones del corazón de su divino Maestro.

El cenáculo. — Jesús que sabía todo, les indica el medio de conocer la casa a la cual va a honrar hoy con su presencia. No tendrán más que seguir a un hombre, que lleva un cántaro de agua sobre la cabeza. La casa en que entra este hombre la habita un judío opulento que reconoce la misión celeste de Jesús. Los dos discípulos propusieron a esta persona las intenciones de su Maestro; y al momento les mostró una gran sala bien aderezada. En efecto, convenía que no fuese un lugar cualquiera el que había de servir para la celebración del más augusto misterio. Esta sala, en la cual había de suceder la realidad a las figuras era muy superior al

---

[1] *S. Lucas,* XXII, 8.

templo de Jerusalén. En su recinto había de levantarse el primer altar. Allí se ofrecería "la oblación pura", que había sido anunciada por el Profeta [1].

En este mismo lugar comenzará el sacerdocio cristiano unas horas más tarde. Allí, en fin, cincuenta días más tarde la Iglesia de Cristo, reunida y visitada por el Espíritu Santo, había de anunciarse al mundo y promulgar la nueva y universal alianza de Dios con los hombres. Este santuario de nuestra fe no ha sido borrado de la tierra; su asiento se encuentra para siempre señalado en el monte Sión.

Jesús ha vuelto a Jerusalén con sus discípulos. Todo lo ha encontrado preparado. El Cordero Pascual, después de haberle presentado en el templo, ha sido conducido al cenáculo; se le prepara para la cena legal; los panes ácimos con las hierbas amargas son presentadas a los comensales. Pronto, alrededor de una misma mesa, de pie, con la cintura ceñida, el bastón en la mano, el Maestro y sus discípulos cumplirán por última vez el solemne rito, que les había prescrito Dios a la salida de Egipto.

LAS CEREMONIAS DE ESTE DÍA. — Pero esperemos la hora de la Santa Misa para tomar de nuevo esta narración, y recorramos antes en detalle las numerosas ceremonias, que darán carácter

[1] *Malaquías*, I, II.

peculiar a este día. En primer lugar nos encontramos, con la *reconciliación de los Penitentes*. Hoy no es más que un mero recuerdo pero es interesante el describirla para dar de este modo un complemento necesario a la liturgia de Cuaresma. Viene después *la Consagración de los Santos Oleos*. Sólo tiene lugar en las iglesias catedrales, pero interesa a todos los fieles. Después de haber expuesto sumariamente estos ritos, trataremos *de la Misa de hoy*.

LA RECONCILIACION DE LOS PENITENTES

Antiguamente se celebraban hoy tres misas solemnes[1], a la primera de las cuales precedía la absolución de los Penitentes públicos y su reintegración en la Iglesia. La reconciliación tenía lugar de este modo. Se presentaban a la puerta de la Iglesia con vestidos de penitencia, descalzos, y con la barba y los cabellos largos, porque los habían dejado crecer desde el día que se les impuso la penitencia, en Miércoles de ceniza. El obispo recitaba los siete Salmos Penitenciales y a continuación las Letanías de los Santos.

[1] Una por la mañana para la reconciliación de los penitentes; otra para la consagración de los Santos Oleos; y finalmente otra, al atardecer, *in Cena Domini* en memoria de la Cena.

Durante estas oraciones, los penitentes estaban postrados en el pórtico sin traspasar el umbral de la puerta de la Iglesia. Tres veces durante las Letanías, el obispo mandaba a algunos de los clérigos para que les llevasen palabras de esperanza y de consuelo. La primera vez dos diáconos iban a decirles: "Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva." La segunda vez otros dos subdiáconos les hacían esta advertencia: "Dice el Señor: Haced penitencia porque el reino de Dios está cerca."

Finalmente el diácono les llevaba el tercer mensaje: "Levantad el rostro, pues se acerca vuestra redención."

Después de estos avisos que anunciaban la inminencia del perdón, el obispo salía del santuario y descendía hasta el centro de la nave principal; en este lugar se le había preparado un asiento vuelto hacia el umbral de la puerta de la Iglesia, donde los penitentes continuaban postrados. Sentado el Pontífice el arcediano le dirigía este discurso:

"Venerable Pontífice: He aquí el tiempo favorable, los días en que Dios se apiada, el hombre se salva, se destruye la muerte y comienza la vida. Este es el tiempo en que nacen nuevas plantas en la viña del Señor de los ejércitos, para reemplazar a las degeneradas. Y aunque no hay día en que Dios no derrame sobre los hombres su bondad y misericordia, con todo eso, hoy la gracia de Cristo es más abundante para la remisión de

los pecados en los que reciben un nuevo nacimiento. El número de los nuestros aumenta por los recién nacidos y por aquellos que, habiéndose apartado vuelven otra vez a nuestra compañía. Si hay un baño purificador hay otro no menos eficaz: El de las lágrimas. Por tanto se presenta un doble motivo de alegría para la Iglesia: El alistamiento de los que han sido llamados y la absolución de los que vuelven por el arrepentimiento. He aquí a tus servidores, que, habiendo olvidado los mandamientos del cielo y la ley de las santas costumbres habían caído en diversos delitos: helos aquí humillados y postrados. Invocan al Señor con el Profeta, diciendo: "Hemos pecado, hemos obrado inicuamente; ten piedad de nosotros, Señor." Han esperado con entera confianza en aquellas palabras del Evangelio: "Bienaventurados los que lloran porque serán consolados." Han comido, como está escrito, el pan del dolor; han bañado el lecho con sus lágrimas; han mortificado su corazón con el dolor y su cuerpo con el ayuno: para recobrar la salud del alma. La penitencia es una; pero está a la disposición de todos los que quieren acudir a ella."

El Obispo se levantaba y se acercaba a los catecúmenos. Les dirigía una exhortación sobre la misericordia divina y les enseñaba cómo debían vivir en adelante. Después les decía: "Venid, hijos míos, escuchadme; yo os enseñaré el temor de Dios." El coro cantaba esta antífona sacada del Salmo XXXIII: "Acercaos al Señor y El os iluminará; y no seréis confundidos." Los penitentes, levantándose de la tierra iban a postrarse a los pies del Pontífice; el arcediano le dirigía esta súplica.

"Devolvedles, Pontífice apostólico, todo lo que han destruído en ellos las sugestiones diabólicas; haced que estos hombres se acerquen a Dios por la eficacia de vuestras oraciones, y por la gracia de la reconciliación divina. Hasta ahora eran culpables; pero de ahora en adelante, después de haber triunfado del autor de su muerte, se regocijarán sirviendo a Dios en la tierra de los vivientes."

El Obispo respondía: "¿Pero sabes si son dignos de ser reconciliados?"

Y después que el Arcediano había respondido: "Yo sé y atestiguo que son dignos" un diácono les mandaba que se levantase. Entonces el obispo tomaba uno de ellos por la mano; éste se la ofrecía al siguiente y sucesivamente todos los demás penitentes unidos del mismo modo se dirigían a la cátedra del Obispo, colocada en el centro de la nave. Durante este tiempo se cantaba esta antífona: "Yo os digo que aun los ángeles del cielo se regocijan por un solo pecador que hace penitencia"; y esta otra: "Alégrate, hijo mío; porque tu hermano había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido encontrado." El Obispo, tomando la palabra en el tono solemne del Prefacio se dirigía a Dios de este modo:

"Es justo darte gracias, Señor Santo, Dios Omnipotente, Padre Eterno por Jesucristo Nuestro Señor, a quien has concedido en el tiempo un nacimiento inefable para pagar la deuda que habíamos contraído en Adán, destruir nuestra muerte con la suya, recibir en su cuerpo nuestras heridas y lavar nuestras man-

chas con su sangre, de modo que los que habíamos caído por la envidia del antiguo enemigo pudiésemos volver a la vida por la misericordia del Salvador. Por El, Señor, te suplicamos olvides los pecados de otros, ya que nosotros no somos dignos de suplicarte por los nuestros. Acuérdate, Señor misericordiosísimo, de estos hombres separados de Ti por sus pecados. Tú, Señor, no rechazaste la humillación de Acab; pero suspendiste la venganza que merecían sus crímenes para que se arrepintiese dignamente. Tú escuchaste las lágrimas de Pedro y al punto le confiaste las llaves del reino de los cielos. Dígnate, Señor misericordioso, acoger favorablemente a estos tus siervos que son el objeto de nuestras súplicas; condúcelos por el camino de tu Iglesia para que no triunfe más sobre ellos el enemigo; antes bien, que tu Hijo los purifique de sus pecados, que se digne admitirlos al festín de esta santísima Cena, que los alimente con su carne y sangre y que después de esta vida los lleve a la vida eterna."

Después de esta Oración, todos los asistentes, clérigos y laicos, se postraban con los penitentes ante la majestad divina y recitaban los tres Salmos que comienzan por la palabra *Miserere*. El Obispo se levantaba luego y pronunciaba sobre los penitentes, que aun permanecían echados en tierra, así como todos los asistentes, seis oraciones solemnes de las cuales damos aquí los los principales trozos:

"Escucha nuestros ruegos, Señor, y aunque yo esté necesitado más que ningún otro de tu misericordia, con todo eso dígnate escucharme. Tú me has dado, no por mis méritos, sino por el don de tu gracia, tu ministerio en esta obra de reconciliación; dame la confianza necesaria para cumplirla y obra tú mismo en mi ministe-

rio que es tuyo. Tú has devuelto al redil la oveja descarriada; Tú, que escuchaste la oración del publicano, devuelve la vida a estos tus siervos, puesto que no quieres su muerte. Tú, cuya bondad nos sigue cuando nos apartamos de ti, acoge en tu servicio a los ya arrepentidos. Apiádate de sus suspiros y lágrimas; cura sus heridas y alárgales tu mano salvadora. No permitas que tu Iglesia sufra la menor pérdida en ninguno de sus miembros, que tus seguidores sufran detrimento; que el enemigo se alegre de los daños de tu familia; que la segunda muerte devore a los que habían nacido de nuevo en el baño sagrado. Perdona, Señor, a estos hombres que confiesan sus pecados; que no caigan en las penas que dará la sentencia del juicio futuro; que ignoren el horror de las tinieblas y el chisporroteo de las llamas. Sacados del camino del error y entrados en el de la justicia, no reciban en adelante nuevas heridas; sino que, la integridad del alma que habían recibido y que había reparado tu misericordia permanezca en ellos para siempre. Han macerado su cuerpo y se han dado a la penitencia; devuélveles el manto nupcial y permíteles se sienten de nuevo en el festín real, del cual habían sido excluídos."

Después de estas oraciones el Obispo extendiendo la mano sobre los penitentes, los reintegraba con esta fórmula:

"Jesucristo, nuestro Señor, que se ha dignado borrar todos los pecados del mundo, entregándose a la muerte y derramando su sangre purísima por nosotros; y que dijo a sus discípulos: "Todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo"; que ha tenido a bien admitirme, aunque indigno, entre los depositarios de su poder, se digne, por la intercesión de María, Madre de Dios, del bienaventurado Arcángel

San Miguel, del Apóstol San Pedro, a quien se dió el poder de atar o desatar, de todos los santos y por mi ministerio absolveros por los méritos de su sangre derramada por la remisión de los pecados, todo lo que habéis faltado en pensamientos, palabras y obras y que después de desatar las cadenas de vuestros pecados os lleve a la vida eterna. Por J. C. N. S. que vive y reina en unión con el Padre y Espíritu Santo por los siglos de los siglos." Amén.

El Obispo se acercaba después a los penitentes que se hallaban postrados; les rociaba con agua bendita y les incensaba.

Finalmente les decía como despedida estas palabras del Apóstol: "Levantaos los que dormís y salid de entre los muertos y Cristo os iluminará." Entonces se levantaban los penitentes y, como señal de la alegría que experimentaban de verse reconciliados con Dios, se apresuraban a deponer su vestido exterior y descuidado y a revestirse de hábitos decentes para acercase a la mesa del Señor con los demás fieles [1].

LA BENDICION DE LOS SANTOS OLEOS

La segunda misa que se celebraba el Jueves Santo en la antigüedad iba acompañada de la consagración de los Santos Oleos, rito anual y

[1] En el siglo XII, la misa de los penitentes había caído, sin duda, en desuso; el *Ordo Romano X* menciona simplemente que el Papa, a mediodía, hacía le leyesen la lista de los que habían sido heridos por la censura, y daba a continuación al pueblo la indulgencia acostumbrada (D. SCHUSTER, *Liber Sacr.)*.

que requiere siempre el ministerio del Obispo como consagrante. Esta importante ceremonia se verifica ahora en la única misa que se celebra hoy por la mañana en las catedrales. No siendo, pues, esta ceremonia común a todas las iglesias, no daremos aquí todos su detalles; con todo eso, no queremos privar a nuestros lectores de la instrucción que pueden sacar del misterio de los Santos Oleos. La fe nos enseña, que si somos regenerados por el agua, somos confirmados y fortificados por el óleo consagrado; en fin, el óleo es uno de los principales elementos que el autor divino de los Sacramentos ha escogido para justificar y a la vez obrar la gracia en nuestras almas.

La Iglesia ha fijado desde muy antiguo este día, cada año, para renovar los Santos Oleos, cuya virtud es tan grande en sus diferentes formas; porque se acerca el momento en que debe hacer uso en los neófitos que ahí hará en la noche pascual. A todos los fieles importa el conocer detalladamente la doctrina sagrada de tan admirable elemento y nosotros la explicaremos aquí brevemente a fin de excitar su reconocimiento hacia el Salvador, que ha llamado a las criaturas visibles a servir en las obras de su gracia y les ha dado, por su sangre, la virtud sacramental, que en adelante residirá en ellas.

OLEO DE LOS ENFERMOS. — El primero de los Santos Oleos que recibe la bendición del Obispo,

es el llamado "Oleo de los enfermos" que es la materia de la Extremaunción. Borra las reliquias del pecado en el cristiano moribundo, le fortifica en su último combate, y, por la virtud sobrenatural que posee, le devuelve a veces la salud del cuerpo. En la antigüedad, la bendición de este óleo no se había fijado en el día del Jueves Santo, sino que podía ser otro día cualquiera, porque su uso, por decirlo así, es continuo [1]. Mas tarde se aplazó esta bendición al día en que se consagraban los otros dos óleos por la igualdad del elemento que les es común. Los fieles deben asistir con recogimiento a la consagración de este óleo que ungirá sus desfallecidos miembros y purificará sus sentidos. Que piensen en su hora postrera y bendigan la inagotable bondad del Salvador, cuya sangre corre tan abundante con este precioso licor" [2].

El Santo Crisma. — El más noble de los Santos Oleos es el Crisma; su consagración reviste mayor solemnidad. Por el Crisma, el Espíritu Santo imprime su sello inefable sobre el cristiano, miembro ya de Cristo por el Bautismo. El

[1] "Los Cánones de Hipólito" (s. III) nos muestran que esta ceremonia tenía lugar en todas las misas pontificales. Al terminar el Canon de la misa, el Obispo bendecía los frutos o las legumbres que se le presentaban, igualmente consagraba el óleo que servía para la unción de los enfermos, en el Sacramento de la Extrema Unción, y para devoción privada, como hoy día se guarda el aceite de que se sirven ciertos santuarios.

[2] Bossuet, *Oraison funèbre d'Henriette d'Angleterre*.

agua nos da la vida; pero el óleo nos confiere la fuerza y hasta que no hayamos recibido la unción no poseemos aún la perfección del carácter de cristiano. Ungido con este óleo, el fiel se convierte en miembro del Hombre-Dios, cuyo nombre, Cristo, significa la *unción* que recibió como Rey y como Pontífice. Esta consagración del cristiano por el Crisma está de tal suerte en el espíritu de nuestros misterios que al salir de la pila bautismal, antes de ser admitido a la Confirmación, el neófito recibe sobre su cabeza la primera unción, aunque no sacramental, de este óleo regio, para indicarle que participa ya de la realeza de Jesucristo.

Para expresar con signo sensible la alta dignidad del santo Crisma, la tradición apostólica manda que el Obispo mezcle en él bálsamo, que representa lo que el Apóstol llama "el buen olor de Cristo" [1], de quien está escrito también; "corremos tras el olor de sus perfumes" [2]. La rareza y el alto precio de los perfumes de Oriente, ha obligado a la Iglesia a emplear el bálsamo sólo en la confección del Santo Crisma; la Iglesia Oriental más favorecida por el clima y los productos de las regiones en que mora, emplea en su composición hasta treinta y tres clases de perfumes, de suerte que condensados con el Santo Oleo forman una especie de ungüento de un olor delicioso.

---

[1] *II Corint.* II, 15.
[2] *Cantar de los Cant.* I, 3.

El Santo Crisma, además de su uso sacramental en la Confirmación, y del que la Iglesia hace en los nuevos bautizados, es usado para la unción de la cabeza y las manos en la consagración de los Obispos; para la consagración de cálices, altares, bendición de campanas, en fin, en la dedicación de las Iglesias, en las que el Obispo unge las doce cruces que atestiguarán a las edades futuras la gloria de la casa de Dios.

El Oleo de los catecúmenos. — El tercero de los Santos Oleos es el llamado de los Catecúmenos. Aunque no es materia de algún sacramento, con todo eso también es de institución apostólica. Se usa en las ceremonias del Bautismo para las unciones que se hacen al Catecúmeno, en el pecho y en las espaldas, antes de la inmersión o infusión en el agua. Se emplea también en la ordenación de los presbíteros para la unción de las manos y para la consagración de reyes y reinas.

Tales son las nociones que el fiel debe tener para darse una idea de la función que tendrá el Obispo en la misa de la mañana de hoy, en la que, como canta Fortunato en el himno que indicaremos en seguida, salda su deuda obrando esta triple bendición que sólo puede venir de él.

El rito litúrgico. — La Iglesia despliega en esta circunstancia una ceremonia desacostumbrada. Doce Presbíteros revestidos de casulla,

siete diáconos y siete subdiáconos, todos revestidos con los ornamentos propios de sus órdenes, asisten a la función. El Pontifical romano nos enseña que asisten los doce sacerdotes para ser testigos y cooperadores del Santo Crisma. La misa comienza y continúa con los ritos propios para este día; pero antes de comenzar la Oración Dominical, el obispo deja inacabada la oración del Canon que la precede, y baja del altar y se dirige a la silla que se le ha preparado, junto a una mesa sobre la que se halla la ampolla llena del Oleo que servirá para ungir a los moribundos. Preludia esta bendición pronunciando los exorcismos sobre el óleo, para alejar de él toda influencia de espíritus malignos, que guiados por el odio que tienen al hombre, buscan el infectar los elementos naturales; después le bendice con estas palabras:

"Envía, Señor, de lo alto del cielo, tu Espíritu Santo Paráclito a este óleo que te has dignado producir de un árbol fecundo para alivio del alma y del cuerpo; tu bendición sea medicamento celestial que nos proteja y que aleje todos los dolores y todas las enfermedades del alma y del cuerpo; ya que ungiste a los sacerdotes, a los reyes, a los profetas y a los mártires. Sea, Señor, una unción perfecta que tú has bendecido para nosotros y que permanezca en nuestros corazones. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo."

Después de esta bendición el subdiácono, que había traído la ampolla, vuelve a llevarla con

respeto y dignidad; y el Pontífice vuelve al altar para consumar el sacrificio. Terminada la distribución de la comunión al clero, vuelve otra vez a la silla preparada junto a la mesa. Los doce sacerdotes, los siete diáconos y los siete subdiáconos vuelven al lugar donde se han depositado las otras dos ampollas. La una, contiene el óleo que será el Crisma de la salud, y la otra el licor que servirá como Oleo de los Catecúmenos. En el mismo momento reaparece el cortejo y avanza hacia el Pontífice. Cada ampolla la lleva un diácono; mientras que un subdiácono lleva el vaso que encierra el bálsamo. El obispo bendice, en primer lugar el bálsamo, al que en la oración llama "lágrima olorosa salida de la corteza de una rama fructífera para convertirse en perfume sacerdotal". Después da comienzo a la bendición del Oleo del Crisma aspirando tres veces sobre él en forma de Cruz. Los doce sacerdotes hacen alternativamente la misma insuflación, cuyo primer ejemplo vemos en el Evangelio. Significa la virtud del Espíritu Santo, figurado por el aliento, a causa de su nombre "*espíritu*" que pronto hará de este Oleo un instrumento de su divino poder. Pero antes el obispo pronuncia sobre él los exorcismos; y después de haber preparado esta sustancia para recibir la acción de la gracia de lo alto, canta la dignidad del Santo Crisma en este magnífico Prefacio que se remonta a los primeros siglos de nuestra fe.

"En verdad es justo y equitativo que en todo tiempo y lugar, te demos gracias, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno. En el principio de la creación entre otros dones de tu bondad hiciste producir a la tierra los árboles y entre ellos el olivo, que nos proporciona este precioso licor, que había de servir para el Santo Crisma. David con espíritu profético, previendo los Sacramentos de tu gracia, cantó en sus salmos al óleo que había de devolvernos la alegría, y cuando los crímenes del mundo fueron expiados por el diluvio, la paloma vino a anunciar la paz de vuelta a la tierra, trayendo una rama de olivo, símbolo de la gracia futura. Esta llega a ser realidad hoy, en estos últimos tiempos, en que, después de borrados todos nuestros pecados por el agua del Bautismo, la unción del óleo viene a darnos serena alegría. Por lo mismo ordenaste también a tu siervo Moisés, después de haber purificado a su hermano Aarón con el agua, consagrarle sacerdote con la unción del Oleo. Pero aún mayor honor recibió cuando tu hijo Jesucristo, nuestro Señor, pidió a Juan le bautizara en las aguas del Jordán y enviaste sobre su cabeza el Espíritu Santo en figura de paloma, señalando así a tu Unigénito Hijo, en quien declaraste, por una voz que se dejó oír, tenías puestas todas tus complacencias. De este modo hiciste saber que era quien, según el Profeta David, debía recibir la unción del óleo de alegría entre todos los hombres. Te suplicamos, pues, Señor santo, Dios Eterno, por el mismo Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro, te dignes santificar con tu bendición este óleo y colmarlo de la virtud del Espíritu Santo por el Poder de Cristo, tu Hijo, de cuyo santo nombre ha tomado el suyo el Crisma, con el cual consagraste Sacerdotes y Reyes, Profetas y Mártires. Confirma, por tanto, en el sacramento de la salud y vida perfecta, mediante Crisma, a los que han de renacer por el baño espiritual del Bautismo, para que, por la unción santificadora quede ani-

quilada la corrupción del primer nacimiento, el santo templo, que es cada uno, exhale la fragancia de una vida pura, y, conforme a las condiciones por Ti establecidas en este misterio, reciban en él la dignidad de reyes, de sacerdotes y de profetas y sean revestidos de la inmortalidad. Haz, finalmente, que este óleo sea para los que renacieren del agua y del Espíritu Santo, un Crisma de salud que los haga partícipes de la gloria celeste."

El Pontífice, después de estas palabras toma el bálsamo que ha mezclado de antemano en una patena y vertiendo esta mezcla en la ampolla acaba la consagración del Santo Crisma. Inmediatamente, para honrar al Espíritu Santo que debe obrar por este óleo sacramental, saluda a la ampolla que lo contiene diciendo "Santo Crisma, yo te saludo". Los doce sacerdotes siguen el ejemplo del pontífice quienes proceden inmediatamente a la bendición del Oleo de los Catecúmenos.

Después de las insuflaciones y exorcismos que tienen lugar como para el Santo Crisma, el Obispo se dirige a Dios con esta Oración:

"Oh Dios, remunerador de todos los esfuerzos y progresos de las almas, que por la virtud del Espíritu Santo, confirmas los gérmenes que hay en ellas, te rogamos, Señor, envíes tu bendición a este Oleo y a los que vienen al baño de la feliz generación, les des por la unción de esta creatura, la purificación de alma y cuerpo, de modo que si les hubieren impreso algunas manchas los espíritus malos, se disipen al contacto del óleo santificante; que no deje ningún lugar a los espíritus malos, ninguna facultad a su poder, ninguna li-

bertad para sus pérfidas asechanzas; sino que a los siervos que vienen a la fe y que deben ser lavados por obra del Espíritu Santo les sea esta unción útil; que les disponga para la salud, que obtendrán en la natividad de la regeneración celeste en el Sacramento del Bautismo. Por Jesucristo nuestro Señor que vendrá a juzgar a los vivos y los muertos y destruir al mundo por el fuego."

El Obispo saluda a la ampolla que contiene el óleo a quien acaba de conferir tan altas prerrogativas diciendo "Oleo Santo, yo te saludo". Los doce sacerdotes le imitan. Después que dos diáconos han cogido el uno el Santo Crisma y el otro el Oleo de los Catecúmenos, el cortejo se pone en marcha para llevar las dos ampollas a un lugar digno en que deben guardarse. Están, junto con el Oleo de los enfermos, cubiertas con un paño de seda, blanco para el Santo Crisma, verde para el de los Catecúmenos y morado para el de los enfermos.

Aquí están resumidos los detalles de esta importante ceremonia, mas, con todo eso no queremos privar al lector del hermoso himno compuesto por Venancio Fortunato, Obispo de Poitiers, siglo VI, y cuyas majestuosas estrofas, tomadas por la Iglesia romana de la antigua liturgia galicana acompañan la llegada y retorno de las santas ampollas.

HIMNO

Oh Redentor, recibe los cánticos del coro que te alaba.

El coro repite: Oh Redentor...

Juez de los muertos, única esperanza de los mortales, oye las voces de los que se adelantan llevando el jugo del olivo, símbolo de la paz.

Oh Redentor...

Un árbol fértil, bajo un sol fecundo lo produjo, para que fuera consagrado; este cortejo viene humildemente a ofrecerlo al Salvador del mundo.

Oh Redentor...

De pie ante el altar ofreciendo oraciones, el pontífice revestido de sagrados ornamentos, paga su deuda anual consagrando el Crisma.

Oh Redentor...

Dígnate bendecir, oh Rey de la patria eterna, este óleo, símbolo de la vida, instrumento de la victoria contra los demonios.

Oh Redentor...

La unción del Crisma renueva ambos sexos, restablece al hombre en su dignidad violada.

Oh Redentor...

Cuando el alma es lavada en la fuente sagrada huye de ella el pecado; cuando se unge la frente con el óleo santo, descienden sobre ella los dones divinos.

Oh Redentor...

Tú, que salido del seno del Padre, habitaste en el seno de la Virgen, conserva en la luz y preserva de la muerte a quienes por el mismo Cristo han sido ungidos.

Oh Redentor...

Sea para nosotros este día como una fiesta, sea un día santo y glorioso y su recuerdo perdure resistiendo al tiempo.

Oh Redentor...

MISA DEL JUEVES SANTO

La Cena. — Proponiéndose hoy la Santa Iglesia renovar con una solemnidad especial, la acción del Salvador en la última Cena, según el precepto dado a los Apóstoles: "Haced esto en memoria mía", vamos a tomar el relato evangélico que hemos interrumpido en el momento en que Jesús entraba en la sala del festín pascual.

La Pascua judía. — Ha llegado de Betania; todos los Apóstoles están presentes, aun el mismo Judas, que guarda su secreto. Jesús toma asiento en la mesa sobre la que está el cordero preparado; los discípulos se sientan con El; se observan fielmente los ritos que el Señor prescribió a Moisés siguiese su pueblo. Al principio de la cena, Jesús toma la palabra y dice a sus Apóstoles: "Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de mi pasión." Hablaba de este modo, no porque esta Pascua llevase ventaja a las de los años anteriores, sino porque tendría ocasión de instituir la Pascua nueva que amorosamente había preparado a los hombres; pues habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, dice San Juan, los amó hasta el fin" [1].

Durante la comida, Jesús, para quien no había nada oculto en los corazones, profirió estas palabras que dejaron mudos de estupor a los dis-

[1] *S. Juan*, XIII, 1.

cípulos: "En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará; sí, uno de los que meten, en este momento, la mano en el plato conmigo es mi traidor." ¡Qué amargura encierra esta queja! ¡Cuánta misericordia para el culpable, que conocía la bondad de su Maestro! Jesús le abría la puerta del perdón, pero él no se aprovecha de ella. ¡Tanta era la pasión que le había dominado que él quería satisfacer con su infame venta! Se atreve a decir como los demás: ¿Soy yo, Señor? Jesús le responde en voz baja, para no comprometerle ante sus hermanos: "Sí, tú eres; tú lo has dicho." Judas no se rinde; se queda tranquilo y espera la hora de la traición. Los convidados, según el uso oriental, se colocaban de dos en dos sobre unos lechos de madera, preparados, por la munificencia del discípulo que presta su casa al Salvador, para esta última Cena. Juan, el discípulo amado, está al lado de Jesús, de suerte que puede en su tierna familiaridad, apoyar su cabeza sobre el pecho de su Maestro. Pedro, sentado en el lecho vecino, junto al Señor, que se halla así, entre los dos discípulos que había enviado por la mañana para preparar todas las cosas y que representan, el uno la fe y el otro el amor. La cena fué triste. Los discípulos estaban inquietos por la confidencia que les había hecho Jesús; se comprende que el alma de Juan tuviese necesidad de desahogarse con el Salvador, por las tiernas demostraciones de su amor.

Los Apóstoles no esperaban que una nueva comida sucedería a la primera. Jesús había guardado secreto; pero, teniendo que sufrir, debía cumplir su promesa. Había dicho en la Sinagoga de Cafarnaún: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente. El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo. Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él" [1]. Había llegado el momento, en que el Salvador iba a realizar esta maravilla de su caridad para con nosotros. Esperaba la hora de su inmolación para cumplir su promesa. Mas he aquí que su pasión ha comenzado. Ya ha sido vendido a sus enemigos; su vida en adelante estará en sus manos; puede ofrecerse en sacrificio y distribuir a sus discípulos la propia carne y la propia sangre de la víctima.

LAVATORIO DE LOS PIES.—La cena acababa, cuando Jesús levantándose, ante la extrañeza de los Apóstoles, se despoja de sus vestidos exteriores, toma una toalla, se la ciñe como un siervo, echa agua en el lebrillo y da a entender que se propone lavar los pies a los convidados. El uso oriental era que se lavasen los pies antes de tomar parte en el festín; pero el más alto grado de hospitalidad era, cuando el señor de la

[1] *S. Juan*, VI, 41-59.

casa cumplía él mismo este cuidado con sus huéspedes. Jesús, es quien invita en este momento a sus Apóstoles a la divina cena y se digna hacer con ellos como el huésped más diligente; pero como sus acciones encierran siempre un fondo inagotable de enseñanzas, quiere, por lo mismo, darnos un aviso sobre la pureza que se requiere en los que han de sentarse a la mesa: "El que está limpio ya, dice, no necesita lavarse los pies" [1]; como si dijera: tal es la santidad de esta mesa, que para aproximarse a ella no sólo es necesario que el alma esté limpia de sus más graves manchas; sino que debe tratar de borrar las más leves, que por el contacto con el mundo hemos podido contraer y que son como ligero polvo que se pega a los pies. Explicaremos más adelante otros misterios significados en el lavatorio de los pies. Jesús se dirige primeramente hacia Pedro, futuro jefe de su Iglesia. El Apóstol rehusa tal humillación de su Maestro; Jesús insiste y Pedro se ve obligado a ceder. Los otros Apóstoles que, como Pedro, habían quedado sobre los lechos, ven sucesivamente a su Maestro acercarse a ellos para lavarles los pies. No exceptúa al mismo Judas. Había recibido un segundo y misericordioso llamamiento, algunos momentos antes, cuando Jesús hablando a todos dijo: "Vosotros estáis limpios, pero no todos." Este reproche había sido insensible. Jesús,

---

[1] *S. Juan,* XIII, 10.

cuando acabó de lavar los pies de los doce se recostó en el lecho, junto a la mesa, al lado de Juan. A Pedro le ha herido la insistencia de su Maestro. Quiere conocer al traidor, que deshonra el colegio apostólico; mas no atreviéndose a preguntar a Jesús, a cuya derecha está recostado, hace unas señas a Juan que está a la izquierda del Salvador para procurar obtener una aclaración. Juan se recuesta sobre el pecho de Jesús y le dice en voz baja: "Maestro, ¿quién es"? Jesús le responde: "Aquel a quien yo dé un bocado de pan mojado." Jesús toma un poco de pan y habiéndolo mojado se lo ofreció a Judas. Era una nueva invitación, pero inútil a esta alma impasible a toda acción de la gracia; el evangelista añade: "Después que recibió el bocado entró en él Satanás." Jesús aún le dice dos palabras: "Lo que vas a hacer hazlo pronto." Y el desdichado sale de la sala para ejecutar su crimen.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA. — Entonces, tomando del pan ácimo que había sobrado de la Cena, levanta los ojos al cielo, bendice el pan y lo distribuye a sus discípulos diciéndoles: "Tomad y comed, este es mi cuerpo." Los Apóstoles reciben este pan, hecho cuerpo de su Maestro; se alimentan de él; y Jesús no está sólo con ellos a la mesa, sino que está en ellos.

Como este divino misterio, no es sólo el más augusto de los Sacramentos, sino que es un Sa-

crificio verdadero, que requiere la fusión de sangre, Jesús toma la copa, y transformando el vino en su propia sangre, le da a sus discípulos y dice: "Bebed todos de él; es la Sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por vosotros." Los Apóstoles participan uno tras otro de esta divina bebida.

INSTITUCIÓN DEL SACERDOCIO. — Estas son las circunstancias de la Cena del Señor, cuyo aniversario nos reúne hoy; pero no las habríamos relatado todas lo bastante, si no añadiésemos un hecho esencial. Lo que pasa hoy en el Cenáculo, no es un suceso acaecido una vez en la vida al hijo de Dios, y los Apóstoles no son los solos convidados privilegiados a la mesa del Señor. En el Cenáculo, así como ha habido más de una comida, así también ha habido algo más que un Sacrificio, por divina que haya sido la víctima ofrecida por el Soberano Pontífice. Ha habido la institución de un nuevo Sacerdocio. ¿Cómo habría dicho Jesús a los hombres: "Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros", si no se hubiese propuesto establecer en la tierra un ministerio por el cual se renovase, hasta el fin de los tiempos, lo que acaba de hacer en presencia de sus discípulos? Mas dice a los hombres que ha escogido: "Haced esto en memoria mía." Les da por estas palabras el poder de cambiar también ellos el pan

en su cuerpo y el vino en su sangre; y este poder se transmitirá en la Iglesia por la ordenación, hasta el fin de los siglos. Jesús continuará obrando por el ministerio de hombres pecadores la maravilla que ha hecho en el Cenáculo; Y, al mismo tiempo, que dota a su Iglesia del único Sacrificio, nos da a nosotros, según su promesa, por el pan del cielo, el medio de "vivir en El y El en nosotros". Vamos, pues, a celebrar hoy otro aniversario no menos maravilloso que el primero: La institución del Sacerdocio Cristiano.

La Misa del Jueves Santo. — Para expresar de manera sensible a los ojos de los fieles, la majestad y unidad de esta Cena que el Salvador dió a sus discípulos y a todos nosotros en su persona, la Iglesia prohibe hoy a los sacerdotes, la celebración de toda misa privada, fuera del caso de necesidad. Quiere que sólo se ofrezca un sacrificio, al que asisten todos los sacerdotes; a la comunión se acercan al altar, revestidos de estola, insignia de su sacerdocio, para recibir el Cuerpo del Señor de manos del celebrante.

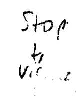
La misa del Jueves Santo es una de las más solemnes del año; y aunque la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento tiene por objeto honrar con el mayor esplendor este misterio, la Iglesia, al instituirlo, no ha querido que el aniversario de la Cena del Señor pierda ninguno de los honores que se le deben. El color de las ves-

tiduras es el blanco como en los días de Navidad y de Pascua; todo duelo ha desaparecido. Muchos ritos anuncian que la Iglesia teme por su Esposo, pero suspende por un momento los dolores que la oprimen. En el altar el sacerdote ha entonado el himno angélico: "Gloria a Dios en las alturas". Las campanas lanzadas a vuelo, acompañan el canto hasta el fin; pero a partir de este momento permanecerán mudas y durante las largas horas de su silencio, darán a la ciudad un tono de soledad y de abandono. La Iglesia quiere hacernos sentir, que este mundo, testigo de los padecimientos y muerte de su Creador, ha dejado toda melodía y se ha quedado triste y desierto. Y añadiendo a esta impresión general, un recuerdo más preciso, nos trae a la memoria que los Apóstoles pregoneros de Cristo figurados por las campanas cuyo sonido llama a los fieles a la casa de Dios, han huído y han dejado a su Maestro en manos de sus enemigos.

Después del canto del Evangelio, suspéndese en cierta manera la Misa, para dar lugar a la ceremonia del Mandato o lavatorio de los pies, que, antiguamente se verificaba después de mediodía, y que el Decreto del 16 de noviembre de 1955 prescribe se haga ahora en este sitio de la Misa, al menos allí donde es posible.

LOS MONUMENTOS. — Aun cuando la Iglesia suspende por algunas horas la celebración del

Sacrificio eterno, no quiere con eso que su divino Esposo pierda ninguno de los honores que le son debidos en el Sacramento del Amor. La piedad católica ha hallado medio para transformar en un triunfo para la Eucaristía los instantes, en los que la Hostia Santa parece como inaccesible a nuestra indignidad. Prepara un monumento en cada templo. Allí traslada el cuerpo del Señor; y aunque esté cubierto de velos los fieles le asediarán con sus aspiraciones y adoraciones. Vendrán a honrar el reposo del Hombre-Dios; "donde estuviere el cuerpo allí se congregarán las águilas" [1]. De todas las partes del mundo se elevarán a Jesús un concierto de vivas y afectuosas oraciones, en compensación de los ultrajes que recibió en estas mismas horas de parte de los judíos. Allí se reunirán las almas fervientes, donde ya mora Jesús, y los pecadores arrepentidos por la gracia y en vías de reconciliación.



La Estación. — En Roma la Estación se celebra en San Juan de Letrán. La grandeza de este día, la Reconciliación de los Penitentes, y la consagración del Crisma, piden unánimemente esta metrópoli de la ciudad y del mundo. Hoy con todo eso tiene lugar la función en el Palacio Vaticano [2].

[1] *San Mateo*, V, 28.

[2] Antiguamente como las dos primeras misas ocupaban gran parte del día, esta tercera misa comenzaba en el Canon. Se advierte que los textos de la Ante-misa, no tienen

En el Introito la Iglesia se sirve de las palabras de San Pablo para glorificar la Cruz de Jesucristo; celebra con entusiasmo al divino Redentor que muriendo por nosotros, ha sido nuestra *salvación;* que por su pan divino es *vida* de nuestras almas y por su *Resurrección,* autor de la nuestra.

INTROITO

Mas a nosotros nos conviene gloriarnos de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo: en quien están nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección: por el cual hemos sido salvados y libertados. — *Salmo:* Compadézcase Dios de nosotros, y bendíganos: brille sobre nosotros su rostro, y tenga piedad de nosotros. — Mas a nosotros...

En la Colecta la Iglesia pone ante nuestros ojos la suerte tan diferente de Judas y el buen Ladrón los dos culpables, pero el uno condenado y el otro perdonado. Pide al Señor, que la Pascua de su Hijo en cuyo relato se ven cumplidas esta justicia y esta misericordia, sea para nosotros remisión de los pecados y fuente de gracia.

COLECTA

Oh Dios, de quien recibió Judas el castigo de su pecado, y el ladrón el premio de su confesión, concédenos a nosotros el efecto de tu propiciación: para que, así como Jesucristo, nuestro Señor, en su Pasión dió a los

---

relación directa con la Cena; el Introito es del Martes precedente; la Colecta pertenece a la liturgia de mañana; la Epístola está tomada del oficio de la noche; el Evangelio se leyó en otro tiempo el Martes Santo.

dos el diverso galardón de sus méritos, así nos dé a nosotros, destruído el error de la vejez, la gracia de su Resurrección. El, que vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Corintios (I. Cap. XI, 20-32).

Hermanos: Cuando os reunís, ya no es para comer la cena del Señor. Porque cada cual pretende comer su propia cena. Y el uno tiene hambre, y el otro está embriagado. ¿No tenéis acaso vuestras casas para comer y beber? ¿O despreciáis la Iglesia de Dios, y confundís a los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo. Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fué entregado, tomó el pan, y, dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad, y comed: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros:* haced esto en memoria mía. Asimismo tomó también el cáliz, después de haber cenado, diciendo: *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre:* haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía. Porque siempre, que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que El venga. Por tanto, cualquiera que comiere este pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Pruébese, pues, el hombre a sí mismo, y coma así de este pan, y beba de este cáliz. Porque, el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor. Por eso hay muchos enfermos y débiles entre vosotros, y muchos duermen. Si nos examináramos nosotros mismos, no seríamos juzgados ciertamente. Pero, si fuéramos juzgados, seremos castigados por el Señor, para que no nos condenemos con este mundo.

PUREZA NECESARIA PARA COMULGAR. — El gran Apóstol de las Gentes después de haber reprendido a los Cristianos de Corinto, por los abusos a que daban lugar las cenas llamadas Agapes. que el espíritu de fraternidad había instituído y que no tardaron en suprimirse, relata la Cena del Señor. Insiste en el poder, que el Salvador dió a sus discípulos, de renovar la acción que acababa de efectuar. Pero nos enseña de un modo particular que, cada vez que el sacerdote consagra el cuerpo y la sangre de Jesucristo, "anuncia la muerte del Señor", dando a entender por estas palabras, la unidad de sacrificios en la cruz y en el altar. "Examínese pues, cada hombre a sí mismo dice San Pablo y después coma de este pan y beba de este cáliz." En efecto, para participar de un modo íntimo del misterio de la Redención, para contraer una unión estrechísima con la divina víctima, debemos desterrar de nosotros todo lo que sea pecado, o afecto al pecado. "El que come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él", dice el Salvador. ¿Puede haber algo más íntimo? ¡Con qué cuidado debemos purificar nuestra alma, unir nuestra voluntad a la de Jesús, antes de acercarnos a esta mesa que ha preparado para nosotros y a la cual nos invita! Pidámosle que nos prepare El mismo, como preparó a los apóstoles lavándoles los pies. Lo hará, ahora y siempre, si nos entregamos por completo a su amor.

El Gradual está compuesto con las palabras que la Iglesia repite a cada instante durante esos tres días. San Pablo quiere con ellas reavivar en nosotros un reconocimiento profundo hacia el Hijo de Dios que se entregó por nosotros.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan (XIII, 1-15).

Antes del día de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre: habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el final. Y, terminada la cena, cuando el diablo ya había sugerido al corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que había salido de Dios, y que a Dios iba, levantóse de la mesa, y se quitó su ropa: y, habiendo tomado una toalla, se la ciñó. Después echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido. Llegó, pues, a Simón Pedro. Y díjole Pedro: Señor, ¿me lavas tú los pies a mí? Respondió Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora, pero lo entenderás después. Díjole Pedro: No me lavarás los pies jamás. Respondióle Jesús: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Díjole Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos, y la cabeza. Díjole Jesús: El que ya está lavado no necesita lavarse más que los pies, porque ya está limpio todo. Y vosotros estáis limpios, pero no todos. Porque sabía quién le había de entregar: por eso dijo: No estáis limpios todos. Así que les hubo lavado los pies y tomado de nuevo su ropa, volviendo a sentarse a la mesa, díjoles: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y decís bien: porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el

Maestro, he lavado vuestros pies: vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo, para que, como yo he hecho, hagáis también vosotros.

NUEVA LECCIÓN DE PUREZA. — La acción del Salvador de lavar los pies a sus discípulos antes de admitirles a participar de su divino misterio encierra para nosotros una lección. Hace unos momentos nos decía el Apóstol: Examínese cada uno a sí mismo; "Jesús dice a sus discípulos: "Vosotros estáis limpios" y añade después: "mas no todos". Del mismo modo nos dice el Apóstol que hay quienes se hacen reos del cuerpo y de la sangre del Señor". Temamos la muerte de éstos y examinémonos a nosotros mismos; examinemos nuestra conciencia antes de acercarnos a la Sagrada Mesa. El pecado mortal y el afecto al pecado, trocarían en veneno el alimento que da la vida al alma. Pero, si debemos tener gran reverencia a la Mesa del Señor, para presentarnos a ella sin las manchas por las cuales pierde el alma toda semejanza con Dios y le entrega a los dardos terribles de Satán, debemos también, por respeto a la santidad divina que va a venir a nosotros, purificar hasta las más leves manchas, con las que pudiéramos herirlos. "El que ya está limpio, no necesita lavarse más que los pies", dice el Señor. Los pies son los lazos terrestres por los cuales estamos expuestos a pecar. Vigilemos sobre nuestros sentidos y sobre los movimientos de nuestra alma. Purifiquémonos de

estas manchas con una confesión sincera con la penitencia, con las penas y mortificaciones, a fin de que recibiendo dignamente este Santo Sacramento, despliegue en nosotros toda la plenitud de su virtud [1].

En la antífona del Ofertorio, el cristiano fiel, apoyado en la palabra de Cristo que le ha prometido el pan de la vida, da rienda suelta a su gozo. Da gracias por este alimento que salva de la muerte a los que se alimentan de él.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder, la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor.

En la Secreta, la Iglesia, recuerda al Padre celestial que hoy es el día en que se instituyó el Sacrificio ofrecido en este momento.

SECRETA

Suplicámoste, oh Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, Dios, que te haga acepto nuestro sacrificio el mismo Jesucristo, tu Hijo, y Señor nuestro, que en este día le instituyó y enseñó a los discípulos a celebrarle en su memoria. Tú que vives...

El sacerdote después de haber comulgado en las dos especies, distribuye la sagrada Eucaristía al clero; y, mientras los fieles a su vez

[1] En adelante éste es el lugar, al menos donde sea factible, para el *Mandato,* cuya explicación y texto damos más adelante, págs. 596-601.

comulgan, el coro canta la antífona de la Comunión a la que pueden añadirse los salmos 22, 71, 103 y 150.

COMUNION

El Señor Jesús, después de cenar con sus discípulos, lavó sus pies, y díjoles: ¿Sabéis lo que os he hecho yo, el Señor, y el Maestro? Os he dado ejemplo, para que también hagáis vosotros así.

En la poscomunión, la Iglesia pide para nosotros, la conservación del don que acabamos de recibir, hasta la eternidad.

POSCOMUNION

Saciados con estos vitales alimentos, suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que, lo que celebramos durante el tiempo de nuestra mortalidad, lo consigamos con la gracia de tu inmortalidad. Por el Señor.

La procesión. — Terminada la Misa, una procesión se dirige hacia el lugar donde será depositado el Santísimo Sacramento. El celebrante lleva el sagrado copón bajo palio, como en la fiesta del Corpus Christi, pero hoy, el Cuerpo sagrado del Redentor contenido en el copón, va cubierto y no rodeado de rayos de esplendor como el día de su triunfo. Adoremos a este divino Sol de justicia y durante la marcha al monumento cantemos el *Pange, lingua,* el himno del Santísimo Sacramento, tan conocido de todos.

Llegado al monumento, el celebrante inciensa el sagrado copón y le encierra en el tabernáculo. Durante unos instantes se ora en silencio y luego el cortejo vuelve al coro en silencio e inmediatamente se procede a la denudación de los altares.

DESPOJO DE LOS ALTARES. El celebrante ayudado de los ministros, quita los manteles que cubren el altar. Este rito anuncia que se suspende el Sacrificio. El altar permanecerá desnudo, hasta que pueda ofrecerse a la Majestad divina la ofrenda sagrada; pero, para esto, es necesario que el Señor, vencedor de la muerte, salga triunfante de la tumba. En este momento, está en manos de los judíos, van a despojarle de sus vestidos, como nosotros despojamos su altar. Va a ser expuesto a los ultrajes de todo el pueblo; por eso la Iglesia manda se acompañe esta ceremonia con la recitación del Salmo XXI, en el que, el Mesías expone de una manera tan sorprendente la acción de los romanos, que, al pie de la Cruz, dividen sus despojos. Terminada la denudación de los altares, en el Coro se recitan las Completas.

EL LAVATORIO DE LOS PIES

LECCIÓN DE CARIDAD FRATERNA. — Después de haber lavado Jesús los pies a los discípulos les



dijo: "¿Sabéis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamáis Maestro y bien decís, pues lo soy, si pues, yo os he lavado los pies, yo el Maestro y Señor, cuánto más debéis vosotros lavaros los unos a los otros. Os he dado ejemplo, a fin de que, así como lo he hecho yo, así también lo hagáis vosotros." La Iglesia ha recogido y puesto en práctica estas palabras. En todos los siglos se ha visto a los cristianos, a ejemplo del hombre Dios, cumplir este mandato a la letra, lavándose los pies unos a otros.

ANTIGÜEDAD DEL RITO. — En los comienzos del cristianismo, era frecuente este acto de caridad; San Pablo, enumerando las cualidades de la viuda cristiana recomienda a Timoteo que se fije si se ocupa "en lavar los pies de los santos, es decir, de los fieles" [1].

Esta piadosa práctica la vemos usada por los mártires, y más tarde todavía en los siglos de paz. Las actas de los santos de los seis primeros siglos, las Homilías y los Tratados de los Padres hacen continuas alusiones. Poco a poco, en el andar del tiempo, se fué enfriando la caridad, quedando recluída esta práctica a los monasterios. Con todo eso, de cuando en cuando, han surgido ejemplos admirables, incluso entre los reyes, que para humillar el orgullo del hombre, quisieron imitar al Redentor. La Iglesia, que no puede dejar perder las tradiciones que la reco-

[1] *I. Timoteo*, V, 10.

mendó su Fundador, quiere que, al menos una vez al año, se ponga a los ojos de los fieles el ejemplo de humildad del Salvador. Quiere que en cada Iglesia importante, el prelado o el superior honre esta humillación del Hijo de Dios, observando el rito del lavatorio de los pies. El Padre Santo, en el Palacio del Vaticano, da ejemplo a toda la Iglesia, y en el mundo entero los obispos siguen sus pasos.

El número escogido. — Ordinariamente se escogen doce pobres para hacer las veces de los doce Apóstoles; pero el Soberano Pontífice lava los pies a trece sacerdotes de diferentes nacionalidades; por eso la Santa Iglesia en su ceremonial exige este número en las Iglesias catedrales. Este uso ha sido interpretado de diversos modos. Unos han visto en ellos el número perfecto del colegio apostólico, que era de trece; el traidor Judas reemplazado por Matías y Pablo añadido por una disposición especial de Jesús. Otros mejor informados por Benedicto XIV [1], dicen que la razón de este número hay que buscarla en un hecho de la vida de San Gregorio Magno, cuyo recuerdo Roma ha conservado. Este insigne Pontífice, lavaba cada día los pies a doce pobres, que eran admitidos a su mesa. Un día sucedió, que se halló uno desconocido, mezclado con los otros, sin que le hubiese visto; este personaje era un ángel, que Dios había enviado para

[1] *De las fiestas de N. S. J. C.*, T. VI, p. 57.

dar testimonio, con su presencia, de cuán agradable le era este acto de Gregorio.

La ceremonia del Lavatorio de los pies llámase también *Mandato* por razón de la primera palabra de la antífona que se canta en esta función. Después del Evangelio en que se relata la acción del Señor, el celebrante quítase la casulla, se ciñe con un lienzo y se dirige a aquellos a quienes ha de lavar los pies. Arrodíllase delante de cada uno de ellos y besa su pie después de habérsele lavado. Entretanto el coro canta las antífonas siguientes:

Antífona. — Un mandamiento nuevo os doy: que os améis mutuamente, como yo os he amado, dice el Señor. ℣. Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la Ley del Señor. — Un mandamiento nuevo...

Se repite la Antífona *Mandatum* y así las demás después de su versillo.

Antífona. — Después que se levantó el Señor de la cena, echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de sus discípulos: este ejemplo les dejó. ℣. Grande es el Señor, y muy digno de alabanza: en la ciudad de nuestro Dios y en su santo monte. — Después que se levantó...

Antífona. — Jesús, nuestro Señor, después de cenar con sus discípulos, les lavó los pies y les dijo: ¿Comprendéis lo que yo, vuestro Señor y Maestro, he hecho con vosotros? Os he dado ejemplo para que también lo hagáis vosotros. ℣. Has sido benévolo con tu tierra, Señor; has hecho repatriar los cautivos de Jacob. — Jesús, nuestro Señor...

ANTÍFONA. — Señor, ¿me lavas tú los pies a mí? Respondió Jesús, y díjole: Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo. ℣. Llegó, pues, a Simón Pedro, y díjole Pedro: Señor, ¿me lavas tú los pies a mí? Respondió Jesús, y díjole: Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo. ℣. Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: pero lo entenderás después. — Señor, ¿me lavas tú...?

ANTÍFONA. — Si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado a vosotros los pies: ¿cuánto más deberéis lavaros los pies unos a otros? — ℣. Oíd esto, gentes todas: escuchad con los oídos, los que habitáis la tierra. — Si yo, vuestro Señor...

ANTÍFONA. — En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tuviereis mutuo amor. ℣. Dijo Jesús a sus discípulos. En esto conocerán...

ANTÍFONA. — Permanezcan en vosotros estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad. ℣. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad. — Permanezcan en vosostros...

Después de estas antífonas se canta el siguiente cántico, que nunca se ha de omitir, porque es una exhortación a la caridad, de quien es un símbolo el Lavatorio de los pies.

1. Donde hay caridad y amor, allí está Dios. ℣. Nos ha congregado juntos el amor de Cristo. ℣. Alegrémonos y gocémonos en él. ℣. Temamos y amemos al Dios vivo. ℣. Y amémonos nosotros con corazón sincero.

2. Donde hay caridad y amor, allí está Dios. ℣. Cuando, pues, nos reunamos juntamente. ℣. Evitemos el dividirnos en espíritu. ℣. Cesen las riñas malignas, cesen los pleitos. ℣. Y que, en medio de nosotros, esté Cristo, Dios.

3. Donde hay caridad y amor, allí está Dios. ℣. Veámonos juntamente con los Santos. ℣. Alegremente tu rostro, oh Cristo, Dios. ℣. Y el gozo tuyo, inmenso y puro. ℣. Por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

El celebrante revestido de nuevo con el pluvial, termina la función con las siguientes preces:

Padre nuestro.

El resto de la oración dominical se continúa en voz baja hasta las dos últimas peticiones.

℣. Y no nos dejes caer en la tentación.
℟. Más líbranos de mal.
℣. Tú ordenaste, Señor, que tus mandatos.
℟. Se guardasen celosamente.
℣. Tú lavaste los pies de tus discípulos.
℟. No desprecies las obras de tus manos.
℣. Señor, escucha mi oración.
℟. Y llegue a ti mi clamor.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

ORACION

Suplicámoste, Señor, asistas a este obsequio de nuestra servidumbre: y, pues, tú te dignaste lavar los pies a tus discípulos, no desprecies las obras de tus manos, que nos mandaste conservar: para que, así como

aquí nos lavan y nos lavamos las manchas exteriores, así sean lavados por ti los pecados interiores de todos nosotros. Lo cual te dignes conceder tú mismo, oh Dios, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOCHE

DISPUTA ACERCA DE LA PRIMACÍA. — Judas salido del Cenáculo se dirige, aprovechando la oscuridad de las tinieblas, hacia el lugar donde se hallan los enemigos del Salvador. Jesús dirigiéndose entonces a sus fieles Apóstoles, les dice: "Ahora va a ser glorificado el Hijo del Hombre"[1]. Hablaba de la gloria que había de seguir a su Pasión; mas esta dolorosa Pasión comenzaba ya, y la traición de Judas era el acto primero. No obstante eso los Apóstoles, olvidando pronto la tristeza que les había embargado, al anunciarles Jesús que uno de ellos había de traicionarle, se liaron en una disputa. Discutieron quién de ellos tenía la primacía sobre los demás. Recordaban las palabras que Jesús había dirigido a Pedro al elegirle por fundamento de su Iglesia; observaban, que antes que a los demás, le lavó el Maestro los pies; pero la familiaridad de Juan con Jesús durante la cena les había impresionado y sospecharon si el supremo honor estaría reservado a aquél que parecía ser el más amado.

---

[1] *S. Juan*, XIII, 31.

Jesús pone fin a estos debates, dando a estos futuros Pastores de las almas una lección de humildad. Había ciertamente entre ellos un Jefe; mas, "el mayor entre vosotros" les dice, "hágase como el menor y el que manda como el que sirve". ¿No estoy yo en medio de vosotros como el que sirve?"[1]. Después, dirigiéndose a Pedro le dice: Simón, Simón: Satanás te reclama para cribarte como el trigo; pero yo rogué por ti para que no desfalleciera tu fe; y tú, convertido ya, conforta a tus hermanos[2].

Con esto dictaba su testamento el Salvador: miró por la suerte de su Iglesia, antes de abandonarla.

Los Apóstoles serán hermanos de Pedro, mas Pedro será su Jefe. Esta cualidad será exteriorizada por la humildad; será el "siervo de los siervos de Dios". El Colegio Apostólico dominará el furor del infierno; pero sólo San Pedro bastará para confirmar a sus hermanos en la fe. La enseñanza será siempre conforme a la verdad divina, siempre infalible. Jesús ha rogado para que sea así. Oración omnipotente por la cual la Iglesia, dócil siempre a la voz de Pedro, guardará la doctrina del Hijo de Dios.

El mandamiento nuevo. — Jesús, después de haber asegurado el porvenir de su Iglesia por las palabras antes proferidas a San Pedro, se dirige

---

[1] *S. Lucas,* XXII, 26-27.
[2] *Ibid.,* 31-32.

a todos con incomparable ternura: "Hijitos, les dice, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Amaos los unos a las otros; en eso conocerán todos que sois discípulos míos, si os amáis mutuamente." Dícele San Pedro: "¿Señor, a donde vas?" "Donde voy yo, le respondió Jesús, no puedes ahora seguirme, pero me seguirás más tarde." "¿Y por qué no puedo seguirte ahora? respondió San Pedro." "Mi vida la daré por ti." A lo que respondió Jesús: ¿Tu vida darás por mí? En verdad, en verdad te digo, no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces[1]. El amor de San Pedro para con Jesús era muy humano; no se fundaba en la humildad. La presunción viene del orgullo; y no sirve más que para preparar nuestras caídas. Para disponer a Pedro a su ministerio de perdón y para darnos también a todos una útil lección, Dios permite qúe quien había de llegar a ser el Príncipe de los Apóstoles, cayese en una falta vergonzosa y grave.

Recojamos todavía algunos rasgos de las penetrantes palabras del Salvador en este momento de despedida.

La paz. — "Yo soy, les dice, el camino, la ver- "dad y la vida. Si me amáis, guardaréis mis man- "damientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro "abogado, para que esté con vosotros de conti- "nuo. No os dejaré huérfanos; vuelvo a vosotros.

[1] *S. Juan,* XIII, 33-38.

"La paz os dejo, mi paz os doy, no como el mundo "la da, yo os la doy. No se contriste vuestro cora- "zón ni se acobarde. Si me amareis, os holgaríais "de que vaya al Padre. Ya no hablaré muchas co- "sas con vosotros, porque viene el príncipe de "este mundo, mas contra mí no puede nada; pe- "ro es menester que conozca el mundo que amo "al Padre, y que, como me lo mandó el Padre, "así lo hago. Levantaos, vamos de aquí" [1].

JESÚS ES LA VERDADERA VIÑA. — El Salvador continúa sus desahogos celestiales y la viña le ofrece la ocasión de hacer una preciosa comparación que nos muestra la relación que la gracia divina establece entre El y nuestras almas. "Yo "soy, dice, la vid verdadera y mi Padre es el vi- "ñador. Todo sarmiento que no da fruto en mí, "lo arrancará; y todo el que da fruto le podará "para que dé fruto más copioso. Permaneced en "mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no pue- "de dar fruto de sí mismo si no permanece en "la cepa, así tampoco vosotros sino permanecéis "en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. "Quien permanece en mí y Yo en él, éste da fru- "to abundante, porque fuera de mí nada podéis "hacer. Si alguno no permanece en mí, será "arrancado como el sarmiento y se secará; y a "esos se les recogerá y arrojará al fuego y arde- "rán. No me escogisteis vosotros a mí, antes yo

[1] *San Juan*, XIV.

"os escogí a vosotros y os destiné para que va-"yáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca" [1].

Promesa del Espíritu Santo. — Después les anunció las persecuciones que les aguardaban y el odio que el mundo les tendría. Les renovó la promesa que antes les había hecho, de enviarles un Espíritu Consolador, y les dijo cómo su partida les sería ventajosa; y que alcanzarían del Padre todo lo que le pidiesen en su nombre. "El Padre, añadió, os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre." Dícenle entonces sus discípulos: "Ahora conocemos que lo sabes todo, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte: en esto creemos que saliste del Padre." ¿Ahora creéis? "les respondió Jesús". "Mirad que llega la hora y ya ha llegado en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Todos vosotros padeceréis escándalo por mí esta noche, porque escrito está: Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño; mas cuando hubiere resucitado, iré antes que vosotros a Galilea [2].

Oración sacerdotal. — Pedro intentó protestar de su fidelidad, que, según él decía, era mayor que la de los demás. Lo creía así, porque sa-

---

[1] *S. Juan,* XV.
[2] *Ibíd.,* XVI.

bía que gozaba de una especial predilección por parte del Maestro, mas Jesús le repite la humillante predicción que antes les había hecho; después elevando los ojos al cielo, exclamó: "Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti. He consumado la obra que Tú me encomendaste hacer; he manifestado tu nombre a los hombres, que me diste del mundo. Ahora han conocido que salí de Ti y han creído verdaderamente que Tú me enviaste." "Por "ellos ruego: No ruego por el mundo. Y desde "ahora no estoy en el mundo y éstos quedan "en el mundo y yo voy a Ti. Padre Santo, guar- "da en tu nombre a los que Tú me has dado; "para que sean uno con nosotros. Cuando con "ellos estaba, yo los guardaba en tu nombre; a "los que me diste he guardado y ninguno de ellos "ha perecido, sino el hijo de perdición, para que "se cumpliese la escritura. Yo les he comunicado "tu palabra y el mundo les aborreció, como yo "tampoco soy del mundo. No pido que los saques "del mundo, sino que los preserves del mal. No "ruego por estos sólo, sino también por los que "crean en mí por medio de su palabra: que todos "sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en ti, "a fin de que el mundo crea que Tú me enviaste. "Padre, quiero que, donde estoy yo, también es- "tén conmigo los que me has dado, para que con- "templen la gloria que me has dado, porque me "amaste antes de la creación del mundo. Padre "justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te

"conocí: y estos también conocieron que Tú me "has enviado. Y yo les manifesté tu nombre y se "lo manifestaré, para que el amor con que me "amaste sea en ellos, y yo también esté en "ellos"[1].

Getsemaní. — Estos fueron los arranques de amor que salieron del Corazón de Cristo aquella noche en el Cenáculo. Después de esto se levantaron todos y se dirigieron al huerto de los Olivos. Llegado que hubieron a un lugar, conocido con el nombre de Getsemaní, entró Jesús en un huerto a donde solía conducir a sus Apóstoles para descansar con ellos. En ese momento, un sentimiento de dolor se apoderó de su alma; su naturaleza humana experimenta una como suspensión de esa dicha que le procuraba la unión con la divinidad. Con todo eso, interiormente, su naturaleza humana será sostenida hasta la consumación del sacrificio, y El soportará todo lo que pueda. Jesús siente la necesidad de apartarse: quiere huir, en su abatimiento, de las miradas de sus discípulos. Quiere, con todo, que le acompañen los que fueron no ha mucho testigos de su gloriosa transfiguración: Pedro, Santiago y Juan. ¿Serán acaso más firmes que los demás al ver la humillación de su Maestro? Las palabras que les dirige manifiestan elocuentemente la conmoción repentina que se ha realizado en

[1] *S. Juan*, XVII.

su alma. Aquel cuyo lenguaje era siempre tan sereno, sus modales tan dignos, su voz tan afectuosa, ahora dice: "Mi alma está triste hasta la muerte, quedaos aquí y velad conmigo" [1].

La agonía. — Se aparta a la distancia de un tiro de piedra. Allí Jesús postrado sobre la tierra exclama: "Padre mío, todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero sino lo que Tú" [2]. Al mismo tiempo corría por sus miembros un sudor de sangre que empapaba la tierra. No era esto abatimiento, ni pasmo: Una agonía verdadera. Entonces envía Dios auxilio a esta naturaleza que expira y un ángel recibe la misión de sostenerla. Jesús es tratado como simple hombre; su humanidad deshecha, debe, sin otra ayuda sensible que la del ángel, reanimarse y aceptar nuevamente el cáliz que le ha sido preparado. ¡Y qué cáliz era éste! Los dolores del alma y del cuerpo, el quebranto del corazón, todos los pecados de la humanidad que había cargado con ellos y gritaban contra El; la ingratitud de los hombres, que hará inútil para no pocos el sacrificio que va a ofrecer. Jesús tiene que aceptar todas estas amarguras en este momento en que parece, sirva la expresión, reducido completamente a la naturaleza humana; pero la virtud de la divinidad, que no le abandona, le sostiene,

---

1 *Mateo*, XXV, 38.
2 *Marcos*, XIV, 36.

sin perdonarle ninguna angustia. Comienza su oración pidiendo no beber el cáliz; mas la termina diciendo a su Padre que no se cumpla otra voluntad que la suya.

La soledad de Jesús. — Se levanta entonces Jesús dejando impresa sobre la tierra las huellas sangrientas del sudor que la violencia de la agonía había hecho correr por sus miembros; son las primeras gotas derramadas de la sangre redentora. Va a sus discípulos y los encuentra dormidos. ¿No habéis podido, les dice, velar una hora conmigo? [1]. Ya comienzan a abandonarle los suyos. Vuelve aún dos veces a la gruta, donde hizo la primera oración, desolado y sumiso. Dos veces se acerca a sus discípulos y las dos encuentra siempre la misma insensibilidad en esos hombres que El había escogido para que velasen junto a El. "Ya por mí, les dice, dormid y descansad. ¡Ea! Ha llegado la hora y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores." Después reanimándose, dijo: "Levantaos, vamos; mirad que está aquí el que me entrega" [2].

El prendimiento. — Aun estaba hablando cuando el jardín se vió invadido repentinamente por una chusma de gente armada, llevando teas y conducida por Judas. La traición se lleva a

[1] *Mateo*, XXVI, 40.
[2] *Mateo*, XXVI, 46.

cabo por la profanación de la señal de la amistad. "¿Judas: con un beso entregas al Hijo del Hombre?" [1]. Palabras expresivas y llenas de ternura que debieran haber abatido a este desventurado a los pies de su Maestro. Pero era tarde. El cobarde no se atrevió a provocar a la soldadesca que él mismo había conducido, ni los criados del Sumo Sacerdote osaron poner las manos sobre Jesús hasta que éste no les dió permiso para ello. Una palabra de su boca bastó para que cayesen de bruces sobre la tierra. Permíteles Jesús que se levanten y les habla con la majestad de un rey: "Si me buscáis a mí, dejad en paz a éstos. Habéis venido con armas para prenderme. Todos los días me teníais en el templo y no fuisteis tentados de prenderme, pero ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas." Y dirigiéndose a Pedro que había desenvainado la espada, le dijo: ¿Crees que, si quisiese, no podría rogar a mi Padre para que me enviase más de doce legiones de ángeles? Mas, entonces, ¿cómo se cumplirían las escrituras?

JESÚS CONDUCIDO ANTE EL SUMO SACERDOTE. — Después de dichas estas palabras, Jesús se deja maniatar. Entonces los Apóstoles, descorazonados y embargados por el pavor, huyen. Solo Pedro con otro discípulo sigue desde lejos los pasos del Maestro. La chusma que llevaba consigo a Jesús le hace recorrer el mismo camino que el

[1] *Lucas*, XXII, 48.

domingo precedente siguió triunfante, cuando otra turba entusiasmada le aclamaba batiendo palmas y ramos de olivos. Pasaron el torrente Cedrón [1]. Entretanto llegaron a las murallas de Jerusalén. Se abre la puerta ante el prisionero divino; mas la ciudad, cubierta por las sombras de la noche, ignora el atentado que acaba de cometerse. Mañana al amanecer el día, sabrá que Jesús Nazareno, el gran Profeta ha caído en manos de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos. Avanza la noche; pero aún tardará en aparecer la aurora. Los enemigos de Jesús han determinado entregarlo mañana al Gobernador Poncio Pilatos, como un perturbador del orden público. Mientras, le juzgan y le condenan como culpable en materia religiosa.

Su tribunal tiene el derecho de conocer las causas de esta índole, aunque nunca puede sentenciar a la pena capital. Jesús es conducido, pues, a casa de Anás, suegro del Sumo Sacerdote Caifás, donde, según las disposiciones tomadas de antemano debía verificarse el primer interrogatorio. Estos hombres sanguinarios pasan la noche sin darse ningún descanso. Después que sus guardias marcharon hacia el Huerto de los Olivos, contaron los momentos, inciertos del buen éxito de la conjuración; ya tenían en sus manos su codiciada presa; sus deseos crueles iban a realizarse.

---

[1] *Salmo*, CIX.

Suspendamos este relato doloroso para reanudarlo mañana en que, siguiendo un orden cronológico, tuvieron lugar los augustos misterios, que en él se obraron para nuestra instrucción y salvación.

La jornada pasada está repleta de los beneficios de nuestro Salvador: nos ha dado su carne por alimento, ha instituído el sacerdocio de la Nueva Ley. Su corazón se ha desbordado con las más tiernas expansiones. Le hemos visto luchando con la debilidad humana ante la inminencia del cáliz de la Pasión y su triunfo sobre ella para salvarnos. Le hemos visto traicionado, maniatado y conducido cautivo a la ciudad santa para consumar su sacrificio. Adoremos y amemos al Hijo de Dios, que pudo salvarnos a todos con la menor de sus humillaciones, y lo que hasta ahora ha hecho no es más que el exordio del gran acto del sacrificio que su amor para con nosotros le ha hecho aceptar.

VIERNES SANTO
DE LA PASION Y MUERTE DEL SEÑOR

MAÑANA

Jesús condenado por Caifás. — El sol baña de luz los muros y pináculos del templo de Jerusalén. Los Pontífices y Doctores de la ley no han

hecho caso de su brillo para satisfacer su odio contra Jesús. Anás, que había recibido el primero al divino prisionero, ordena que le conduzcan ante su yerno Caifás. El indigno Pontífice ha osado someter a un interrogatorio al mismo Hijo de Dios. Jesús, desdeñando responder, recibe la bofetada de un criado. Tenían preparados testigos falsos que vinieron a declarar sus mentiras ante el que es la suma Verdad; intento inútil, pues los testimonios proferidos serán contradictorios. Entonces, el Sumo Sacerdote viendo que el sistema adoptado para convencer a Jesús de blasfemo no conducía más que a desenmascarar los cómplices de su fraude, quiso sacar de la boca del mismo Salvador el delito que debía hacerle justiciable por la Sinagoga: "Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios"[1]. Esta es la interpelación que el Pontífice dirige a Cristo. Jesús, queriendo darnos ejemplo de sumisión a la autoridad, rompe su silencio y responde con firmeza: "Tú lo has dicho, yo soy: Y os digo que a partir de ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo." A estas palabras el Pontífice se levanta y desgarra sus vestiduras, diciendo: "Ha blasfemado." ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Unánimemente respondieron todos: "Reo es de muerte."

---

[1] *S. Marcos*, XIV, 61.

El propio Hijo de Dios ha bajado a la tierra para llamar a la vida al hombre que se había precipitado en la muerte, y lo hace por la más espantosa inversión. El hombre, en pago de tal beneficio, conduce a su tribunal al Verbo divino y le juzga reo de muerte. Jesús guarda silencio y no aniquila en su cólera a estos hombres tan audaces e ingratos. Repitamos en este momento las palabras, con las cuales la Liturgia Griega interrumpe hoy varias veces la lectura de la Pasión: "Gloria a tu Pasión, Señor."

ESCENA DE INSULTOS. — Apenas se ha dejado oír en la plaza el grito: "Reo es de muerte", cuando los criados del Sumo Sacerdote se arrojan sobre Jesús. Le escupen en el rostro, le vendan los ojos y dándole bofetadas le dicen: "Profeta, adivina quién te ha pegado"[1]. Estos son los homenajes de la Sinagoga al Mesías, cuya expectación la ha vuelto tan altiva. La pluma se resiste a transcribir tales ultrajes inferidos al Hijo de Dios, y sin embargo, no son sino el exordio de lo que ha de sufrir el Redentor.

LA NEGACIÓN DE PEDRO. — Al mismo tiempo una escena mucho más dolorosa para el Corazón de Cristo se realiza fuera de la sala, en el palacio del Sumo Sacerdote. Pedro, que ha entrado allí, se ve envuelto en una contienda con los guardias

[1] *Luc.*, XXII, 64.

y los criados, que le reconocen por uno de los galileos que seguían a Jesús. El Apóstol, desconcertado y temiendo por su vida, abandona cobardemente a su Maestro y llega hasta afirmar con juramento que jamás le conoció. ¡Triste ejemplo de castigo reservado a la presunción! ¡Oh misericordia infinita de Jesús! Los criados del Sumo Sacerdote le arrastraron hacia el lugar donde se encontraba el Apóstol; al verle le dirigió una mirada de reproche y de perdón; Pedro se humilla y llora. En este momento sale del palacio maldito; en adelante, arrepentido, no se consolará hasta haber visto a su Maestro resucitado y triunfante. Sea nuestro modelo este discípulo pecador y convertido, en estas horas de compasión en que la Iglesia quiere que seamos testigos de los dolores siempre en aumento de nuestro Salvador. Pedro se retira, pues desconfía de su fragilidad. Quedémonos nosotros hasta el fin; nada tenemos que temer; la dulce y digna mirada de Jesús que ablanda los corazones más empedernidos se dirige hacia nosotros.

Los Príncipes de los Sacerdotes, viendo que el día comenzaba ya a clarear, se disponen a conducir a Jesús ante el Gobernador Romano. Ellos han formulado su causa como se hace con un blasfemo. Mas no pueden aplicarle la ley de Moisés, según la cual debería ser apedreado. Jerusalén ya no es libre ni la rigen sus propias leyes. El derecho de vida y muerte sólo lo ejercen

los vencedores y siempre en nombre del César. ¿Cómo no recuerdan estos Pontífices y Doctores el oráculo de Jacob agonizante que declara que el Mesías vendría, cuando le fuese arrebatado el cetro a Judá? Pero una nube de rencor les ha ofuscado y no se percatan de que los malos tratos que ellos dan al Mesías se encuentran descritos de antemano en las profecías que leen y cuyos custodios son.

La desesperación de Judas. — El rumor extendido por la ciudad de que Jesús ha sido apresado esta noche y que se ultiman los preparativos para llevarle ante el Gobernador, llega a oídos de Judas. El infeliz amaba el dinero; pero no tenía motivo ninguno para maquinar la muerte de su Maestro. Conoció el poder sobrenatural de Jesús y tal vez se ilusionaba con la idea de que las consecuencias de su traición serían vencidas por aquel a quien obedecen los elementos sobrenaturales. Pero, ahora que le ve en poder de sus más crueles enemigos y todo anuncia un fin trágico, los remordimientos se apoderan de su alma. Corre al templo y arroja a los pies de los sacerdotes aquellas monedas, precio de una Sangre inocente. Diríase que se ha convertido y que va a implorar el perdón. Pero, ¡ay!, nada de eso. La desesperación es el último sentimiento que le queda y quiere poner cuanto antes fin a sus días. El recuerdo de las llamadas, de aque-

llos aldabonazos, que dió Jesús a su corazón en la cena del día anterior y en el huerto, no le sirven más que de acicate para perpetrar un segundo crimen. Dudó de la misericordia, para él su pecado no podría borrarse y se precipitó en la eterna condenación en el momento mismo, en que comenzaba a correr la sangre inmaculada.

Jesús ante Pilatos. — Luego, los Príncipes de los Sacerdotes se presentan ante Pilatos, llevando consigo a Jesús encadenado, y piden se les escuche en un asunto criminal. El Gobernador se presenta en público y les dice algo enojado: "¿Qué acusación traéis contra este hombre? Si no fuese malhechor no te lo habríamos entregado." El desprecio y enojo se refleja en las palabras del Gobernador y la impaciencia en la respuesta de los Sacerdotes. Se ve que Pilatos se preocupa poco de ser el ministro de sus venganzas: "Tomadle, les dice, y juzgadle según vuestra ley, mas estos hombres sanguinarios responden que no les es permitido quitar la vida de nadie"[1]. Pilatos, que había salido al pretorio para hablar a los enemigos del Salvador, entra dentro y manda introducir a Jesús. El Hijo de Dios y el representante del mundo pagano se hallan frente a frente. "¿Eres el Rey de los judíos?", interroga Pilatos. "Mi reino no es de este mundo", responde Jesús; no tiene que ver nada con los

[1] *S. Juan*, XVIII, 29-32.

reinos formados por la violencia; su origen viene de lo alto. "Si mi reino fuera de este mundo, mis soldados no me habrían dejado caer en poder de los judíos." Pronto, a mi vez ejerceré el imperio terrestre; pero, en este momento, mi reino no es de aquí abajo. "Luego, ¿Tú eres Rey?", vuelve a interrogar Pilatos. "Sí, yo soy Rey", contesta el Salvador. "Después de haber confesado su dignidad augusta, el Hombre-Dios hace un esfuerzo para elevar al romano por encima de los intereses vulgares; le propone un fin más digno que el buscar los honores de la tierra."

"Yo he venido a este mundo, le dice, para dar testimonio de la Verdad; cualquiera que es de la Verdad escucha mi voz." "Y ¿qué es la Verdad?", interroga Pilatos y sin aguardar la respuesta, para acabar pronto, deja a Jesús y vase en busca de los acusadores. "No encuentro delito alguno en este hombre", les dice. El pagano creyó hallar en Jesús un doctor de alguna secta judía cuyas enseñanzas no valían la pena ser escuchadas y no sólo eso, sino que, al mismo tiempo, vió en él un hombre inofensivo en quien no se podía, sin injusticia, buscar un hombre peligroso.

ANTE HERODES. — Apenas ha manifestado su opinión favorable a Jesús, cuando los Príncipes de los Sacerdotes comienzan a acusar al Rey de los Judíos. El silencio de Jesús, en medio de tan-

tas mentiras, hacen enmudecer al Gobernador. "¿No oyes, le dice, cómo te acusan?" Estas palabras de un interés visible, no inmutan a Jesús en su digno silencio; pero provocan en sus enemigos una nueva explosión de furor: "Perturba al pueblo, gritan frenéticos los Príncipes de los Sacerdotes, enseñando por toda la Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí" [1].

Al oír el nombre de Galilea creyó ver un rayo de luz. Herodes, Tetrarca de Galilea está en Jerusalén. Es necesario remitirle a Jesús, su súbdito; esta cesión de la causa criminal desembarazaría al Gobernador y al mismo tiempo restablecería la armonía entre Herodes y él.

El Salvador es arrastrado por las calles de la ciudad, del Pretorio al Palacio de Herodes. Sus enemigos le siguen con la misma rabia, mas Jesús guarda silencio. No recibe más que el desprecio de Herodes, el asesino de Juan Bautista; pronto los habitantes de Jerusalén le ven aparecer con la vestidura de un insensato y le llevan de nuevo ante Pilatos.

BARRABÁS. — Esta reaparición inesperada del acusado, contraría mucho a Pilatos; pero cree haber hallado un nuevo medio de desembarazarse de esta causa que le es odiosa. La fiesta de Pascua le facilita la ocasión de indultar a un culpable; quiere hacer caer este favor en Jesús.

---

[1] *S. Mateo*, XXVII, 13-14.

El pueblo está amotinado a las puertas del Pretorio. Pondrá en paralelo a Jesús, al mismo Jesús, que hace unos días toda la ciudad llevó en triunfo, con Barrabás, el malhechor, persona odiosa en Jerusalén; la elección del pueblo no puede menos de ser favorable a Jesús. "¿A quién queréis que dé la libertad, les dice, a Jesús o a Barrabás?" La respuesta no se hace esperar; voces tumultuosas gritan: "No a Jesús, sino a Barrabás." Y ¿qué haré con Jesús? Y la chusma corta las últimas palabras del Gobernador y grita frenética. ¡Crucifícale, crucifícale! Pero ¿qué mal ha hecho?; le castigaré y le pondré en libertad. "¡No; crucifícale!"

La flagelación.—La prueba no ha tenido éxito y la situación del cobarde Gobernador es más crítica que antes. En vano ha buscado para rebajar al inocente al nivel de un malhechor; la pasión de un pueblo ingrato y agitado no ha tenido cuenta alguna de ello. Pilatos se ve obligado a prometer que castigará a Jesús de modo bárbaro, para apagar un poco la sed de sangre que devora al populacho; pero no sirve más que para provocar un nuevo grito de muerte.

No vayamos más lejos sin ofrecer una reparación al Hijo de Dios por los ultrajes de que acaba de ser objeto. Comparado con un infame, es preferido éste. Si Pilatos quiere por compasión salvarle, es con la condición de hacerle su-

frir esta vergonzosa comparación, que resultaría vana. Las voces que cantaban el Hosanna al Hijo de David hace unos días no profieren sino aullidos feroces; y el Gobernador, temiendo una sedición, se ha comprometido a dar un castigo a aquel cuya inocencia acaba de confesar.

Jesús es entregado a los soldados para que le flagelen; se le despoja violentamente de sus vestidos y se le ata a la columna que servía para estas ejecuciones. Los látigos más crueles cruzan su cuerpo y la sangre, aquella sangre inmaculada, corre por sus divinos miembros. Recojamos esta segunda efusión de sangre, por la cual Jesús expía todas las complacencias y crímenes de la carne de la humanidad entera. Es la mano de los gentiles quien le da este tratamiento; los judíos le entregan y los romanos son los ejecutores, pero todos nosotros tomamos parte en el deicidio.

La coronación de espinas. — Los soldados están cansados de golpearle y los verdugos desatan a su víctima. ¿Se habrán compadecido de El? No. A tanta crueldad va a seguir una burla sacrílega. Jesús se ha llamado Rey de los Judíos y los soldados aprovechan el título para dar una forma nueva a sus ultrajes. Un rey lleva corona y los soldados van a imponérsela al Hijo de David. Tejiendo, de prisa, una diadema con ramas espinosas, la clavan en la cabeza, y por tercera

vez corre la sangre de Jesús. Después, para completar la ignominia, ponen en sus espaldas un manto de púrpura y en su mano una caña, a modo de cetro. Entonces se ponen de rodillas delante de El y dicen: "¡Dios te salve, Rey de los judíos!"

Pero no paró aquí su crueldad: Como acompañamiento a este homenaje insultante le escupen en el rostro y lanzan al aire sonoras carcajadas; de cuando en cuando le arrancan la caña de la mano para darle con ella en la cabeza, y de ese modo clavan más las espinas.

Homenaje reparador. — Ante este espectáculo el cristiano se postra en doloroso respeto y dice a su vez: "¡Dios te salve, Rey de los judíos! Sí; Tú eres el Hijo de David, nuestro Mesías y nuestro Redentor. Israel no reconoce tu reinado que proclamaba no ha mucho, y la gentilidad ha hallado medios de ultrajarte; pero tú, reinarás, por la justicia en Jerusalén, que no tardará en sentir los golpes de tu cetro vengador; por la misericordia sobre los gentiles, que pronto los Apóstoles traerán a tus pies. Recibe nuestro homenaje y nuestra sumisión. Reina desde hoy en nuestros corazones y en nuestra vida entera."

Ecce-homo. — Jesús es conducido a Pilatos en el estado en que le ha dejado la crueldad de los soldados. El Gobernador no duda que una víc-

tima en estado exámine encontrará gracia ante el pueblo; mandando subir a Jesús a una galería del palacio le muestra a la multitud diciendo: ECCE-HOMO. "He aquí el Hombre." Esta palabra era más significativa de lo que creía Pilatos. No decía: He aquí a Jesús, ni he aquí al Rey de los Judíos; se servía de una expresión general de la que no tenía la clave; y el cristiano posee su conocimiento. El primer hombre en su sublevación contra Dios había trastornado con su pecado la obra entera del Creador; en castigo de su orgullo y su codicia, la carne había avasallado al espíritu, y la tierra misma, en señal de maldición, no producía más que espinas. El nuevo hombre que llevó, no la realidad, sino la apariencia del pecado, aparece. La obra del Creador vuelve a tomar con El su antigua armonía; mas es por medio de la violencia.

Para demostrar que la carne debe estar sometida al espíritu, su carne es azotada con látigos; para demostrar que el orgullo debe ceder su lugar a la humildad, lleva una corona formada por las espinas de la tierra maldita. Triunfo del espíritu sobre los sentidos, abatimiento de la voluntad soberbia bajo el yugo de la sentencia. He ahí al hombre.

JESÚS Y PILATOS. — Israel es como el tigre; la vista de la sangre excita su sed y no está contento hasta que se baña en ella. Apenas ha visto a

su víctima ensangrentada, grita con nuevo furor: "¡Crucifícale, crucifícale!" ¡Está bien!, "dice Pilatos", tomadle y crucificadle vosotros mismos; yo no hallo en El crimen alguno." Y sin embargo, por orden suya, se le ha puesto en un estado que, con él solo, puede causarle la muerte. Su cobardía será desbaratada. Los judíos replican invocando el derecho que los Romanos dejan a los pueblos conquistados. "Tenemos una ley y según esa ley debe morir, porque se proclama Hijo de Dios." A esta reclamación Pilatos se turba; vuelve a la sala con Jesús y le dice: "¿De dónde eres Tú?" Jesús se calla, Pilatos no era digno de oír al Hijo del Hombre darle razón de su origen divino. Pilatos se irrita: ¿A mí no me respondes?, le dice: "¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para absolverte?" Jesús se digna hablar para enseñarnos que todo poder de gobierno, aun entre los infieles, viene de Dios y no de lo que se llama pacto social. "No tendrías ese poder, responde, sino te hubiese sido dado de lo alto; por tanto, el pecado de quien me ha entregado a ti, es mayor"[1]. La nobleza y la dignidad de estas palabras, subyugan al Gobernador; quiere aún salvar a Jesús. Pero los gritos del pueblo penetrán de nuevo hasta él: "Si le dejas libre, le dicen, no eres amigo del César; pues todo el que se hace Rey, se levanta contra el César." A estas palabras Pilatos, tratando en una última tentativa

---

[1] *S. Juan*, XIX, 5.

de mover a piedad a este pueblo furioso, sale de nuevo y sube a un estrado al aire libre; se sienta y manda conducir a Jesús: "He aquí, dice, vuestro Rey; ved si César tiene que temer algo por su parte." Mas los gritos aumentan: "Quítale, quítale. Crucifícale." "Pero ¿voy a crucificar a vuestro Rey?", dice el Gobernador, que aparenta no ver la gravedad del peligro. Los Pontífices responden: "No tenemos otro rey que el César." Palabra indigna que cuando sale del santuario anuncia a los pueblos que la fe está en peligro; al mismo tiempo palabra de reprobación para Jerusalén, porque si no tiene otro rey que el César, el cetro no está ya en Judá y la hora del Mesías ha llegado.

JESÚS CONDENADO POR PILATOS. — Pilatos viendo que la sedición ha llegado al culmen y que su responsabilidad de Gobernador está amenazada, determina dejar a Jesús en manos de sus enemigos. Muy a pesar suyo dicta la sentencia que ha de producir pronto en su conciencia un remordimiento del que tratará de librarse con el suicidio. El mismo traza sobre una tablilla, con un punzón, la inscripción que ha de ponerse sobre la cabeza de Jesús. Más aún; concede al odio de los enemigos del Salvador, para mayor ignominia, que sean crucificados con El dos ladrones. Este hecho era necesario para dar cumplimiento al oráculo profético: "Será contado entre los

criminales"[1]; y después que acaba de mancillar su alma con el más odioso de los crímenes, se lava públicamente las manos, al mismo tiempo que grita en presencia del pueblo: "Inocente soy de la sangre de este justo; allá os lo veréis vosotros." Y todo el pueblo responde con este anhelo: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Este fué el momento en que el parricidio se imprimió en la frente del pueblo, ingrato y sacrílego, como en otro tiempo sobre la de Caín. Diez y nueve siglos de servidumbre, de miseria y de desprecio no lo han borrado aún. Nosotros, hijos de la gentilidad sobre los que esta sangre divina ha descendido como un rocío misericordioso, demos gracias al Padre celestial que "ha amado tanto al mundo que le ha dado a su único Hijo". Demos gracias al amor de este Hijo único de Dios, que viendo que nuestras manchas no podían ser lavadas sino en su sangre, nos la da hoy hasta en la última gota.

VÍA DOLOROSA. — Aquí comienza la Vía dolorosa, y el Pretorio de Pilatos en que fué pronunciada la sentencia de Jesús, es la primera estación. El Redentor es abandonado a los judíos por la autoridad del Gobernador. Los soldados se apoderan de El y le conducen fuera del patio del Pretorio. Le quitan el manto de púrpura y le visten con sus propios vestidos que le habían si-

[1] *S. Mateo*, XXVII, 24-25.

do quitados para flagelarle; por fin le cargan la cruz sobre sus desgarradas espaldas. El lugar en que el nuevo Isaac recibió en sí la leña de su sacrificio es designado como la segunda estación. El escuadrón de soldados, reforzado con los ejecutores, con los príncipes de los Sacerdotes, con los Doctores de la ley y con mucho pueblo, se pone en marcha. Jesús avanza bajo el peso de la cruz; pero en seguida, desfallecido, a causa de la sangre que ha perdido y por los sufrimientos de todo género, no puede sostenerse y cae bajo la carga, señalando así con su caída la tercera estación.

Encuentro de Jesús con su Madre. — Los soldados levantan con brutalidad al divino cautivo que sucumbía, más aún bajo el peso de nuestros pecados, que bajo el del instrumento de su suplicio. Acaba de reanudar su marcha vacilante y al punto se encuentra con su Madre llorosa. La mujer fuerte, cuyo amor maternal es invencible, ha salido al encuentro de su Hijo; quiere verle, seguirle, unirse a El hasta que expire. Su dolor está por encima de toda ponderación humana. Las inquietudes de estos últimos días han agotado sus fuerzas; todos los sufrimientos de su Hijo le han sido manifestados por revelación; se ha asociado a ellos y los soporta todos y cada uno en particular. Sin embargo de eso, no puede permanecer por más tiempo lejos de la vista de

los hombres; el sacrificio avanza en su curso, su consumación se acerca; es necesario estar con su Hijo y nada podrá detenerla en este momento. Magdalena está cerca de ella llorosa; Juan, María, madre de Santiago y Salomé la acompañan también; éstas lloran por su Maestro; mas ella llora por su Hijo. Jesús la ve y no puede consolarla, pues todo esto no es sino el comienzo de los dolores. El sentimiento de agonía que experimenta en este momento el corazón de la más tierna de las madres acaba de oprimir con un nuevo peso el corazón del más amante de los hijos. Los verdugos no concedieron un momento de espera en la marcha, en favor de la madre de un condenado; si quiere, puede seguir el funesto cortejo; sin embargo, el encuentro de Jesús y María en el camino del calvario señalará para siempre la cuarta estación.

El cirineo. — El camino es largo aún, porque, según la ley, los criminales debían sufrir el suplicio fuera de la ciudad. Los judíos temen que la víctima expire antes de llegar al lugar del sacrificio. Un hombre que volvía del campo, llamado Simón de Cirene, encuentra el doloroso cortejo; se le detiene; y por un sentimiento cruelmente humano hacia Jesús, se le obliga a compartir con El el honor y la fatiga de llevar el instrumento de la salvación del mundo. Este encuentro de Jesús con Simón Cirineo da lugar a la quinta estación.

La Santa faz. — A unos pasos de allí, un incidente inesperado llena de admiración y estupor a los mismos verdugos. Una mujer atraviesa la muchedumbre, aparta a los soldados y va hacia el Salvador. Sostiene entre sus manos el velo que ha desplegado y enjuga con mano temblorosa el rostro de Jesús, desfigurado por la sangre, el sudor y las bofetadas. Sin embargo de eso, lo ha reconocido porque le ama; y no ha temido exponer su vida para ofrecerle este ligero alivio. Su amor será recompensado; el rostro del Redentor se imprime milagrosamente en el lienzo, que será en adelante su más preciado tesoro, y tiene la gloria de señalar con su acto intrépido la sexta estación de la Vía dolorosa.

Jesús se compadece de Jerusalén. — Con todo eso, las fuerzas de Jesús se debilitan más y más, a medida que se acerca el término fatal. Un desfallecimiento súbito derriba al suelo—por segunda vez—a la víctima y señala la séptima estación, Jesús es en seguida levantado con violencia por los soldados y camina de nuevo por el sendero que va rociando con su sangre. Tan indignos tratos excitan los gritos y lamentaciones de un grupo de mujeres que, movidas de compasión hacia el Salvador, se habían colocado detrás de los soldados y habían hecho caso omiso de sus insultos. Jesús, emocionado del amor de estas mujeres, que, a pesar de la debilidad de su sexo, mostraban más grandeza de alma que el

pueblo entero de Jerusalén, les dirige una mirada bondadosa, y tomando toda la dignidad del lenguaje de Profeta les anuncia, en presencia de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Doctores de la Ley, el castigo que seguirá en seguida al atentado de que son testigos y que lloran con tan copiosas lágrimas. "¡Hijas de Jerusalén!, las dice en el mismo lugar indicado por la octava estación; ¡Hijas de Jerusalén! No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos; pues vendrán días en que se dirá: ¡Bienaventuradas las estériles y las entrañas que no engendraron y los senos que no amamantaron! ¡Dirán entonces a las montañas: Caed sobre nosotros; y a las colinas: Cubridnos; y si se trata hoy así al leño verde ¿cómo se tratará entonces al seco?"[1].

LLEGADA AL CALVARIO.—Por fin llegan a la colina del Calvario; Jesús debe aún escalarla antes de llegar al lugar de su sacrificio. Por tercera vez su extrema fatiga le hace caer en tierra y santifica el lugar que los fieles venerarán como la nona estación. La soldadesca bárbara interviene de nuevo para obligar a Jesús a reanudar su penosa marcha y después de unos pocos pasos llega por fin a la cima de este cerro que servirá de altar al más sagrado y poderoso de los holocaustos. Los verdugos se apoderan de la cruz y la extienden sobre la tierra esperando atar en ella a la víctima. Antes, según el uso de los ro-

[1] *S. Luc.*, XXIII, 27-31.

manos, que también lo practicaban los judíos, se ofrece a Jesús una copa que contenía vino mezclado con mirra. Este brebaje que tenía la amargura de la hiel, era un narcótico para adormecer hasta cierto punto los sentidos del paciente y disminuir los dolores de sus tormentos.

Jesús acerca un momento a sus labios esa bebida que le ofrecen más por costumbre que por humanidad; pero rehusa beberla, queriendo padecer sin mitigación alguna, todos los tormentos que se ha dignado aceptar por la salvación de los hombres. Entonces los verdugos le despojan de las vestiduras, pegadas a sus llagas, y se disponen a conducirle al lugar en que le espera la cruz. El lugar del Calvario en que Jesús fué así despojado, y donde le presentaron la bebida amarga, es designado como la décima estación de la Vía dolorosa.

Las nueve primeras pueden verse aún en las calles de Jerusalén, desde el lugar del Pretorio hasta el pie del Calvario; esta última, en cambio, y las cuatro siguientes están en el interior de la iglesia del Santo Sepulcro, que encierra en su vasto recinto el teatro de las últimas escenas de la Pasión del Salvador.

Pero suspendamos nuestro relato; hemos ya incluso adelantado un poco las horas de este gran día, y más tarde volveremos de nuevo al Calvario. Ahora unámonos a la Santa Iglesia en la función con que se dispone a celebrar la muerte del Señor.

SOLEMNE FUNCION LITURGICA POSMERIDIANA DE LA PASION Y MUERTE DEL SEÑOR

El Oficio divino de esta tarde se divide en cuatro partes, cuyos misterios vamos a explicar sucesivamente. Primeramente hay Lecciones; luego siguen Oraciones; se continúa con la adoración de la Cruz y se termina con la Comunión. Estos ritos desacostumbrados anuncian al pueblo fiel la grandeza de este día y al mismo tiempo le hacen sentir la suspensión del Sacrificio diario al que reemplaza. El altar se halla desnudo, sin cruz, ni candeleros, el atril del evangelio sin paño. Recitada la hora de Nona, el celebrante se adelanta con sus ministros; los ornamentos negros expresan el duelo de la Santa Iglesia. Llegados al pie del altar se posternan sobre las gradas y oran en silencio durante algún tiempo, después de lo cual, dicha una oración, comienzan las lecciones.

I. LAS LECCIONES

La primera parte de este oficio comienza con la lectura de dos trozos de los Profetas y del relato de la Pasión según San Juan. En la primera de esas lecturas tomada del Profeta Oseas (V, 15 y VI, 1-5), el Señor anuncia sus designios misericordiosos para con su nuevo pueblo, el pueblo de la gentilidad, que estaba muerto y que,

después de tres días, debe resucitar con ese Cristo que todavía no conoce; Efraín y Judá serán tratados de modo distinto; sus sacrificios materiales no han aplacado a un Dios, que no ama sino la misericordia y que únicamente rechaza a los duros de corazón.

La segunda lectura está tomada del Exodo y pone ante nuestra vista, el símbolo del Cordero pascual, en el momento en que la figura desaparece ante la realidad. Este Cordero es sin defecto como el Emmanuel; su sangre preserva de la muerte a aquellos cuyas moradas están rociadas con ella. Deberá no sólo ser inmolado sino servir de alimento a aquellos que por El son salvados. El es el manjar del viajero, que le come apresuradamente, sin tiempo para detenerse en la rápida carrera de esta vida. La inmolación tanto del Cordero antiguo, como del nuevo es la señal de la Pascua.

II. LAS ORACIONES

La Iglesia, que acaba de repasar, juntamente con sus hijos, la historia de los últimos instantes del Señor, no hace ahora sino imitar a ese divino Mediador, que, sobre la Cruz, como enseña San Pablo, ha ofrecido por todos los hombres a su Padre, sus oraciones y súplicas, mezcladas con lágrimas y acompañadas de un gran clamor [1]. Desde los primeros siglos viene pre-

[1] *Hebr.*, V, 7.

sentando en este día a la Majestad divina, un conjunto de oraciones, que, abarcando las necesidades de todo el género humano, muestran que es verdaderamente la Madre de los hombres y la Esposa caritativa del Hijo de Dios. Todos, incluso los judíos, participan de esa solemne intercesión que la Iglesia presenta al Padre de los siglos desde el pie de la Cruz de Jesucristo. A cada oración precede un anuncio solemne que explica su objeto. Luego el diácono advierte a toda la asamblea que se ponga de rodillas; puestos en pie un momento después a la señal del diácono, los fieles se unen a la oración del sacerdote [1].

III. LA ADORACION DE LA SANTA CRUZ

Las oraciones generales han concluído con la súplica dirigida a Dios por la conversión de los paganos; la Iglesia ha terminado su recomendación universal y solicitado para todos los habitantes de la tierra la efusión de la sangre divina que brota, en este momento, de las venas del Hombre-Dios. Volviéndose ahora a los cristianos sus hijos, conmovida ante las humillaciones del Señor, los invita a disminuir el peso, dirigiendo sus homenajes hacia esa Cruz hasta ahora infame y en adelante sagrada, bajo la cual camina Jesús hacia el Calvario y de cuyos brazos pen-

[1] En el siglo octavo estas oraciones se decían también el Miércoles Santo.

derá hoy. Para Israel, la cruz es un objeto de escándalo; para los gentiles un monumento de locura [1]; nosotros, cristianos, veneramos en ella el trofeo de la victoria de Cristo y el instrumento augusto de la salvación de los hombres. Ha llegado, pues, el momento en que debe recibir nuestras adoraciones por el honor que el Hijo de Dios se ha dignado hacerla, regándola con su sangre y asociándola así a la obra de nuestra Redención. No hay día ni hora más indicada en el año para rendirla nuestros homenajes.

La adoración de la cruz comenzó en Jerusalén en el siglo IV. La emperatriz Santa Elena había hallado recientemente la verdadera cruz; y el pueblo fiel deseaba contemplar, de cuando en cuando, este árbol de vida cuya milagrosa invención había colmado de gozo a la Iglesia entera. Se determinó que se expusiese a la veneración de los cristianos una vez al año, el Viernes Santo. El deseo de contemplarla llevaba todos los años una multitud inmensa de peregrinos a Jerusalén para la Semana Santa. La fama llevó por todas partes los relatos de este ceremonial, pero todas no podían aspirar a verla ni una vez siquiera en la vida. La piedad católica quiso gozar al menos por imitación, de una ceremonia que muchos no podían gozar en su realidad; y, hacia el siglo VII, se pensó repetir en todas las iglesias, el Viernes Santo, la Ostensión y Ado-

[1] *I. Cor.*, 1, 23.

ración de la Cruz que tenía lugar en Jerusalén. No se poseía, es verdad, sino la figura de la Cruz verdadera; pero, puesto que los honores rendidos a este madero sagrado iban dirigidos al mismo Cristo, los fieles podían ofrecerle honores semejantes, aun cuando no viesen ante sus ojos el madero mismo que el Redentor había regado con su sangre. Tal fué el motivo de la institución de este rito, que ahora va a tener lugar, y en el cual la Iglesia nos invita a participar.

En el altar el celebrante se quita la capa pluvial y permanece en pie junto a su asiento. El diácono con los acólitos va a la sacristía para traer a la iglesia la cruz en procesión. Cuando llegan al presbiterio, el celebrante recibe de manos del diácono la santa Cruz y se pone al lado de la Epístola y allí, de pie, en el plano, vuelto hacia el pueblo, descubre un poco la parte alta de la cruz y canta en un tono de voz moderado: "He aquí el madero de la santa Cruz."

Después prosigue ayudado de sus ministros que cantan con él:

"En el cual ha estado suspendida la salud del mundo."

Entonces, toda la asamblea se pone de rodillas, y adora la cruz mientras el coro canta:

"Venid: adorémosla."

Esta primera ostensión representa la primera predicación de la cruz, la que los Apóstoles se hicieron entre sí, cuando, no habiendo recibido todavía al Espíritu Santo, no podían hablar del misterio de la Redención sino con los discípulos de Jesús y temían llamar la atención de los judíos. Por eso el Sacerdote no eleva la Cruz sino un poco. Este primer homenaje es ofrecido en reparación de los ultrajes que el Salvador recibió en casa de Caifás. El sacerdote se dirige luego a la parte delantera de la grada, siempre en el lado de la Epístola, y se coloca de cara al pueblo. Sus ministros le ayudan a descubrir el lado derecho de la Cruz, y después de haber descubierto esta parte del instrumento sagrado, la muestra nuevamente al pueblo, levantándola, esta vez, un poco más que la primera y cantando en un tono superior.

"He aquí el madero de la Cruz."

El diácono y el subdiácono continúan con él:

"En el cual ha estado suspendida la salud del mundo."

La asamblea se pone de rodillas, adora la Cruz mientras el coro canta:

"Venid: adorémosla."

Esta segunda manifestación más gloriosa que la primera representa la predicación del misterio de la Cruz a los judíos, cuando los Apóstoles, después de la venida del Espíritu Santo echan

los fundamentos de la Iglesia en el seno mismo de la Sinagoga y conducen las primicias de Israel a los pies del Redentor. La Iglesia lo ofrece en reparación de los ultrajes que recibió en casa de Pilatos.

El Sacerdote se coloca después en medio de la grada, vuelto siempre hacia el pueblo. Ayudado por el diácono y subdiácono descubre todo lo restante del Crucifijo, y elevándole algo más que las veces anteriores canta con triunfo y a plena voz:

"He aquí el madero de la Cruz."

Los ministros continúan con él:

"En el cual ha estado suspendida la salud del mundo."

Los fieles vuelven a arrodillarse y a adorar la Cruz mientras el coro canta:

"Venid: adorémosla."

Esta última manifestación representa la predicación del misterio de la Cruz en el mundo entero, cuando los Apóstoles, rechazados por la masa de la nación judaica, se vuelven hacia los gentiles, y van a anunciar al Dios crucificado hasta más allá de los límites del imperio romano. Este tercer homenaje rendido a la Cruz es una reparación de los ultrajes que el Salvador recibió en el Calvario.

La Iglesia, al presentarnos la Cruz cubierta con el velo, que después desaparece para dejar

llegar nuestras miradas hasta ese divino trofeo de nuestra Redención, quiere también expresarnos la obcecación de los judíos que no ven sino un instrumento de ignominia en ese madero adorable, y la luz resplandeciente de que goza el pueblo cristiano, a quien la fe revela que el Hijo de Dios crucificado, lejos de ser un objeto de escándalo, es, por el contrario, como dice el Apóstol, el monumento eterno "del poder y de la sabiduría de Dios"[1]. En adelante la Cruz que acaba de ser tan solemnemente enarbolada permanecerá descubierta; y aguardará sobre el altar, la hora de la gloriosa Resurrección del Mesías. Todas las demás cruces colocadas en los diversos altares, se descubrirán también, a imitación de esa que ocupará pronto su puesto de honor en el altar mayor.

Pero la Iglesia no se limita a exponer, en este momento, a las miradas de los fieles la Cruz que les ha salvado; les invita a que vengan a poner sus labios respetuosos sobre ese leño sagrado. El Celebrante irá el primero y todos tras él. Despojado de su casulla, quítase también el calzado, y haciendo, a convenientes distancias, tres veces genuflexión sencilla, se acerca a adorar la Cruz, colocada en las gradas delante el altar. Detrás de él vienen los ministros, el clero, y por último los fieles. Los cantos que acompañan a la adoración de la Cruz son de una belleza

[1] *Cor.*, I, 24.

incomparable. Los primeros son *Improperios*, o reproches amargos que el Mesías dirige a los judíos. Las tres primeras estrofas están intercaladas con el canto del Trisagio u oración a Dios tres veces Santo, cuya *Inmortalidad* justo es que glorifiquemos en este momento en que El se digna, como hombre, sufrir la muerte por nosotros. Esta triple glorificación usada en Constantinopla desde el siglo V, pasó a la Iglesia romana que la ha conservado en la lengua primitiva, contentándose con alternar la traducción latina de las palabras. El resto de este hermoso canto tiene grandísimo interés dramático. Cristo recuerda todas las afrentas de que ha sido objeto por parte de los judíos y pone de manifiesto los beneficios de que ha colmado a esta nación ingrata.

LOS IMPROPERIOS

Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo? O ¿en qué te he contristado? Respóndeme. ℣. Porque te saqué de la tierra de Egipto: has preparado la Cruz a tu Salvador.

Agios o Théos.
Santo Dios.
Agios íschyros.
Santo Fuerte.
Agios athánatos, eléison imas.
Santo Inmortal, ten piedad de nosotros.

Porque te guié por el desierto cuarenta años, y te alimenté con maná, y te introduje en una tierra muy buena: has preparado la Cruz a tu salvador.

℣. ¿Qué más debí hacer por ti, y no hice? Yo te planté, como mi viña más hermosa, y tú me has salido

muy amarga: pues has saciado mi sed con vinagre: y has taladrado con una lanza el costado de tu Salvador.

Yo, por ti, flagelé a Egipto con sus primogénitos: y tú, después de azotado, me has entregado a la muerte.

Pueblo mío, etc.

Yo te saqué de Egipto, hundiendo a Faraón en el Mar Rojo: y tú me has entregado a los príncipes de los sacerdotes.

Pueblo mío, etc.

Yo abrí ante ti el mar: y tú has abierto con una lanza mi costado.

Pueblo mío, etc.

Yo fuí delante de ti en la columna de nube: y tú me has llevado al pretorio de Pilatos.

Pueblo mío, etc.

Yo te alimenté con maná en el desierto: y tú me has herido con bofetadas y azotes.

Pueblo mío, etc.

Yo te di a beber agua saludable de la roca: y tú me has abrevado con hiel y vinagre.

Pueblo mío, etc.

Yo, por ti, herí a los reyes de los Cananeos: y tú has herido mi cabeza con una caña.

Pueblo mío, etc.

Yo te di un cetro real: y tú has dado a mi cabeza una corona de espinas.

Pueblo mío, etc.

Yo te exalté con gran poder: y tú me has suspendido en el patíbulo de la Cruz.

Pueblo mío, etc.

A los improperios sigue esta solemne antífona, en que el recuerdo de la Cruz se une al de la Resurrección para gloria de nuestro Redentor:

ANTIFONA

Adoramos * tu Cruz. Señor: y alabamos, y glorificamos tu santa Resurrección: porque, por el leño de la Cruz, vino el gozo a todo el mundo.

Si la adoración de la Cruz no ha terminado aún se entona el célebre Himno *Crux Fidelis* que Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, compuso en el siglo VI, en honor del árbol sagrado de nuestra Redención. Una de las estrofas dividida en dos sirve de estribillo mientras dura el canto.

Al fin de la adoración, una vez que todos los fieles han rendido su homenaje a la santa Cruz, se la coloca sobre el altar, y se da principio a la cuarta parte de la función litúrgica.

IV. LA COMUNION

De tal manera ocupa hoy, en este aniversario, el pensamiento de la Iglesia, el recuerdo del Sacrificio consumado este mismo día sobre el Calvario, que renuncia a renovar sobre el altar la inmolación de la divina Víctima, limitándose a participar del sagrado misterio mediante la Comunión. Antiguamente todo el clero y los fieles eran admitidos a esta gracia, pero durante largo tiempo esta costumbre había caído en desuso y sólo el celebrante podía comulgar. Ahora en 1956 la Iglesia ha vuelto a tomar la tradición antigua y en adelante todos los fieles podrán comulgar el Cuerpo del Señor, inmolado en este día para

su salvación, a fin de recibir más abundantemente los frutos de la Redención.

El diácono acompañado de dos acólitos, se traslada al monumento, toma el copón del tabernáculo y lo lleva al altar mayor. Mientras se dirige al altar, la escola canta algunas antífonas:

Adorámoste, Cristo, y te bendecimos, pues por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El árbol nos sedujo, la santa Cruz nos ha rescatado; el fruto de un árbol nos sedujo, el Hijo de Dios nos ha rescatado.

Sálvanos, Salvador del mundo, Tú que por tu Cruz y por tu sangre nos has libertado, oh Dios nuestro, te lo suplicamos, socórrenos.

Llegado al altar, el diácono deja sobre el corporal el sagrado copón; el preste sube a su vez y recita en voz alta el preámbulo de la oración dominical, después, como el *Paternoster* es una preparación para la Comunión y ya que todos deben comulgar, clero y fieles lo recitan a una con el celebrante, "solemnemente, con gravedad, distintamente y en latín".

Unámonos con confianza y solicitud a las siete peticiones que ella encierra, en esta hora en que nuestro divino Intercesor, extendidos los brazos sobre la Cruz, las presenta por nosotros a su Padre. Este es el momento en que El obtiene del Padre que toda oración dirigida al cielo por su mediación sea escuchada.

Después del *Paternoster* el preste añade en voz alta una oración que en todas las misas se

dice en secreto. En ella pide nos veamos libres de los males, exentos de pecado, establecidos en la paz.

Recita también en voz baja la tercera de las oraciones que preceden a la Comunión en las misas ordinarias; descubre luego el copón y toma una hostia, y profundamente inclinado, se golpea el pecho diciendo tres veces.

"Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; pero di solamente una palabra y mi alma quedará curada."

Se comulga asimismo con respeto, se recoge algunos instantes y luego da la sagrada Comunión, como de costumbre, al clero y a los fieles asistentes.

Terminada la Comunión el celebrante se purifica los dedos en un vaso, los enjuga con el purificador, encierra el copón en el tabernáculo y, de pie en medio del altar, dice como acción de gracias y en tono ferial, las tres oraciones siguientes:

"Suplicámoste, Señor, que sobre tu pueblo que acaba de celebrar devotamente la Pasión y Muerte de tu Hijo, descienda una copiosa bendición, llegue el perdón, se otorgue el consuelo, aumente la fe y se asegure la redención eterna. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Omnipotente y misericordioso Dios que nos reparaste con la gloriosa Pasión y Muerte de tu Ungido: conserva en nosotros la obra de tu misericordia; para que, por la participación de este misterio vivamos perpetuamente consagrados a ti. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Acuérdate de tus misericordias, oh Señor, y santifica con tu eterna protección a tus siervos, en cuyo favor Jesucristo, tu Hijo, derramando su sangre, instituyó el misterio pascual. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea."

El celebrante y los ministros descienden luego del altar y vuelven a la sacristía. En el coro se recitan Completas, apagadas las velas y sin canto. Luego se traslada en privado la sagrada Eucaristía al lugar donde ha de reservarse y ante la cual arderá una lámpara como de costumbre.

PRIMERAS HORAS DE LA TARDE

Conviene que, en estas horas, sigamos con el pensamiento y con el corazón a nuestro misericordioso Redentor. Lo hemos dejado en el Calvario en el momento en que le despojaban de sus vestiduras, después de haberle ofrecido la bebida amarga. Asistamos con recogimiento y compunción a la consumación del sacrificio que por nosotros ofrece a la Justicia divina.

La Crucifixión. — Jesús es conducido por sus verdugos al lugar en que la Cruz, puesta en tierra, indica la undécima estación de la Vía Dolorosa. Se coloca como cordero destinado al holocausto sobre el leño que debe servir de altar. Extienden sus miembros con violencia, y los clavos, que penetran entre los nervios y los huesos, fijan

al patíbulo sus manos y sus pies. La sangre fluye de estas cuatro fuentes vivificadoras a las que vendrán a purificarse nuestras almas.

Es la cuarta vez que mana de las venas del Redentor. María, al oír el ruido siniestro del martillo, siente desgarrarse su corazón de madre. La Magdalena es presa de una desolación tanto más amarga cuanto mayor es su impotencia para aliviar al Maestro amado, que los hombres le han arrebatado.

Sin embargo de eso, Jesús levanta la voz; pronuncia su primera palabra en el Calvario: "Padre, dice, perdónales porque no saben lo que hacen." ¡Oh bondad infinita del Creador! Vino a la tierra, obra de sus manos, y los hombres le han crucificado; hasta en la Cruz ha rogado por ellos, y en su oración parece querer excusarles.

JESÚS EN LA CRUZ. — La víctima está fija en el madero en que ha de expirar; pero no debe quedar así tendida en tierra. Isaías ha predicho "que el real vástago de Jesé será enarbolado como un estandarte a la vista de todas las naciones"[1]. Es preciso que el Salvador crucificado purifique los aires infestados con la presencia de espíritus malignos; es preciso que el Mediador de dios y de los hombres, el soberano Intercesor y Sacerdote, sea puesto entre el cielo y la tierra para tratar de la reconciliación de ambos. A

[1] *Isaías*, XI, 10.

poca distancia del lugar en que se halla extendida la Cruz han abierto un agujero en la roca. En él es clavada la Cruz que domina así toda la colina del Calvario. Es el lugar de la duodécima estación. Los soldados consiguen con grandes esfuerzos la plantación del árbol de la salud. La violencia de la repercusión viene a aumentar los dolores de Jesús, cuyo cuerpo está completamente desgarrado y sostenido únicamente por las llagas de sus pies y de sus manos. Ahí está expuesto desnudo a los ojos de todos aquel que ha venido a este mundo para cubrir la desnudez que el pecado había dejado en nosotros. Al pie de la cruz los soldados se reparten los vestidos; pero respetando la túnica. Según una piadosa tradición la había tejido María con sus virginales manos. La sortean sin romperla; y se convierte así en el símbolo de la unidad de la Iglesia que no debe romperse bajo ningún pretexto.

REY DE LOS JUDÍOS. — Encima de la cabeza del Redentor está escrito en hebreo, en griego y en latín: *Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos.* Todo el pueblo lee y repite esta inscripción; y proclama una vez más sin quererlo la realeza del Hijo de David. Los enemigos de Jesús lo han comprendido y se apresuran a pedir a Pilatos que se quite ese rótulo; pero no reciben otra respuesta que ésta: "Lo que he escrito, escrito está"[1]. Una

[1] *S. Juan,* XIX, 22.

circunstancia que la tradición de los Padres nos ha transmitido, anuncia que este rey de los judíos, rechazado por su pueblo, reinará con mucha mayor gloria sobre las naciones de la tierra que ha recibido en herencia de su Padre. Los soldados, al plantar la cruz en el suelo, la han dispuesto de suerte, que el divino crucificado vuelve la espalda a Jerusalén y extiende sus brazos hacia las regiones de Occidente. El sol de la verdad se pone sobre la ciudad deicida y se eleva al mismo tiempo sobre la Jerusalén nueva, sobre Roma, esta orgullosa ciudad, que tiene conciencia de su eternidad, pero que ignora todavía que será eterna precisamente por la cruz.

Los insultos. —Levantemos nuestras miradas hacia este hombre-Dios cuya vida se extingue rápidamente sobre el instrumento de su suplicio. Hele ahí suspendido en los aires a la vista de todo Israel, "como la serpiente de bronce que Moisés había ofrecido a las miradas de su pueblo en el desierto"[1].

Pero este pueblo no tiene para él sino ultrajes. Sus voces insolentes y despiadadas llegan hasta El. "Tú, que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate a ti mismo ahora; si Tú eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz, si puedes." Los indignos pontífices del judaísmo van más lejos aún en sus escarnios.

[1] *S. Juan*, III, 14.

"¡A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo! ¡Cristo, Rey de Israel, desciende de la cruz y creeremos en ti! ¡Pusiste tu confianza en Dios, líbrete ahora! ¿No has dicho: yo soy el Hijo de Dios?" Y los dos ladrones crucificados con él, se unían en este concierto de ultrajes.

Oración. — Nunca la tierra había recibido de Dios un beneficio semejante al que se dignaba concederla en esta hora; ni nunca el insulto a la Majestad divina se había proferido con tanta audacia. Cristianos, que adoramos a aquel que los judíos blasfeman, ofrezcámosle en este momento la reparación a que tantos derechos tiene. Esos impíos le reprochan sus divinas palabras y las vuelven contra El. Recordémosle, por nuestra parte, aquella otra, dicha también por El, y que debe llenar nuestros corazones de esperanza: "cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas a mí"[1]. "Ha llegado, oh Jesús, el momento de cumplir tu promesa; atráenos a ti. Estamos aún pegados a la tierra y encadenados por mil intereses y atractivos; estamos cautivos del amor a nosotros mismos, y nuestro vuelo hacia ti se ve impedido sin cesar; sé el imán que nos atraiga y rompa nuestros lazos a fin de llevarnos hasta ti, y que la conquista de nuestras almas venga por fin a consolar tu corazón oprimido."

---

[1] *S. Juan*, XII, 32.

LAS TINIEBLAS. — Hemos llegado a la hora sexta, la hora que nosotros llamamos de mediodía. El sol que brillaba en el cielo, como testigo insensible, se oscurece de repente y una noche densa extiende sus tinieblas sobre la tierra toda. Las estrellas aparecen en el firmamento; la naturaleza entera queda en silencio y el mundo parece volver al caos. Se cuenta que el célebre Dionisio del Areópago de Atenas, que fué más tarde discípulo del Apóstol de las gentes, exclamó en el momento de este eclipse: "O sufre el Dios de la naturaleza o la máquina de este mundo está a punto de estallar." Phlegon, autor pagano, que escribía un siglo después, menciona el espanto que extendieron en el imperio romano estas tinieblas inesperadas, cuya invasión hizo caer por tierra todos los cálculos de los astrónomos.

EL BUEN LADRÓN. — Un fenómeno tan importante, testimonio bien claro de la cólera divina, hiela de espanto a los más osados blasfemos. El silencio sucede a tantos clamores. Este es el momento en que el ladrón, cuya cruz estaba colocada a la derecha de la de Jesús, siente nacer a la vez en su corazón el remordimiento y la esperanza. Se atreve a reprender al compañero con quien hace un instante insultaba al inocente: "¿Ni siquiera tú temes a Dios, le dice, tú que sufres la misma condena? En cuanto a nosotros justo es lo que recibimos, pues sufrimos lo que

nuestras acciones merecen; pero éste no ha hecho mal alguno." ¡Jesús defendido por un ladrón en este momento, en que los Doctores de la ley judía, aquellos que se sientan sobre la cátedra de Moisés no tienen para El sino ultrajes! Nada demuestra mejor el grado de obcecación a que ha llegado la Sinagoga. Dimas, este ladrón, este deshecho, es figura en este momento de la gentilidad, que sucumbe bajo el peso de sus crímenes, pero que pronto se purificará al confesar la divinidad del Crucificado. Vuelve penosamente su cabeza hacia la cruz de Jesús y dirigiéndose al Salvador: "Señor, exclama, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino." Cree en la realeza de Jesús, en esa realeza de la cual los sacerdotes y los magistrados de su nación se reían.

La calma y la dignidad de la augusta víctima sobre el patíbulo le han revelado toda su grandeza; afirman su fe; implora de ella con confianza un simple recuerdo, cuando la gloria haya sucedido a la humillación. ¡Qué cristiano tan gigante acaba de hacer la gracia en este ladrón! Y esa gracia ¡quién se atrevería a decir que no ha sido pedida y obtenida por la Madre de misericordia en este momento solemne en que ella se ofrece en un mismo sacrificio con su Hijo! Jesús se conmueve al encontrar en un ladrón, ajusticiado por sus crímenes, esa fe que en vano ha buscado en Israel; y responde a su humilde sú-

plica. "En verdad, le dice, hoy estarás conmigo en el paraíso." Es la segunda palabra de Jesús sobre la cruz. El dichoso penitente la recoge con alegría en su corazón; y en adelante guarda silencio y espera, en expiación, la hora que debe librarle.

El grupo de los fieles. — Entre tanto María se ha acercado a la cruz en que está clavado Jesús. Para una madre no hay tinieblas que impidan conocer a su Hijo. El tumulto se ha apaciguado, desde que el sol ocultó su luz, y los soldados no ponen obstáculo a esta aproximación. Jesús mira tiernamente a María, ve su desolación; y el dolor de su corazón que parecía haber llegado a su más alto grado se acrecienta más aún. Va a abandonar esta vida; y su madre no puede subir hasta El, estrecharle entre sus brazos y prodigarle sus últimas caricias. Magdalena está allí también, descorazonada, fuera de sí. Los pies del Salvador, esos pies, que ella tanto amaba, que regaba incluso con sus perfumes hacía algunos días, están heridos, bañados en la sangre que de ellos brota y que comienza a cuajarse en las llagas. Todavía puede bañarlos con sus lágrimas, pero éstas no podían curarle. Ha venido para ver morir a aquel que recompensó su amor con el perdón. Juan, el discípulo amado, el único discípulo que ha seguido a su Maestro hasta el Calvario, está abismado en su dolor. Recuerda la predilección de que fué objeto, por parte de

Jesús, ayer en el banquete misterioso. Sufre por el hijo y sufre también por la madre; pero su corazón no prevé el precio inestimable con que Jesús ha resuelto pagar su amor. María Cleofás ha acompañado a María junto a la cruz; las otras mujeres forman un grupo a poca distancia.

MARÍA, NUESTRA MADRE. — De repente, en medio de un silencio interrumpido sólo por los sollozos, la voz de Jesús muriente resuena por tercera vez: Dirigiéndose a su Madre: "Mujer, la dice (porque no se atreve a llamarla su madre, a fin de no revolver la espada en la llaga de su corazón), mujer, he ahí a tu hijo." Con esta palabra designaba a Juan. Después volviéndose a éste añade: "Hijo, he ahí a tu madre."

Cambio doloroso para el corazón de María, pero sustitución que asegura para siempre a Juan, y en él a la raza humana, el beneficio de una madre. Hemos descrito esta escena más detalladamente en el Viernes de la Semana de Pasión. Hoy, en este aniversario aceptemos este generoso testamento de nuestro Salvador, que por su Encarnación nos había procurado la adopción de su Padre Celestial y en este momento nos da a su propia Madre.

LOS ÚLTIMOS INSTANTES. — Se acerca ya la hora nona (las tres de la tarde) es la hora que los decretos eternos fijaron para la muerte del Hombre-Dios. Jesús experimenta en su voluntad un

nuevo acceso de ese cruel abandono que sintió en Getsemaní, siente todo el peso de la desgracia de Dios en que ha incurrido al salir fiador de los pecadores. La amargura del cáliz de la cólera de Dios, que debe apurar hasta las heces, produce en él un desfallecimiento que se expresa por este grito lastimero: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Es la cuarta palabra; pero esta palabra no devuelve la serenidad al cielo. Jesús no se atreve a decir: "¡Padre mío!" Se diría que no es sino un hombre pecador, al pie del tribunal inflexible de Dios. Entre tanto una calentura ardiente devora sus entrañas y de su boca jadeante se escapa a duras penas esta palabra, que es la quinta: "Tengo sed." Uno de los soldados presenta entonces a sus labios moribundos una esponja empapada en vinagre. Este es todo el alivio que en su sed ardiente le ofrece esta tierra a la que cada día refresca con su rocío y cuyos ríos y fuentes El ha hecho brotar.

La muerte. — Ha llegado finalmente el momento en que Jesús debe entregar su alma al Padre. Recorre, en rápida ojeada, todos los oráculos divinos que han anunciado hasta las menores circunstancia de su misión y ve que ni uno solo ha dejado de cumplirse, hasta esa sed que experimenta, hasta ese vinagre que le han dado a gustar. Profiriendo entonces la sexta palabra, dice: "Todo está consumado." No queda pues

sino morir, para poner el último sello a las profecías que han anunciado su muerte como medio final de nuestra Redención. Este hombre agotado, agonizante, que poco ha murmuraba con dificultad algunas palabras, da un gran grito que resuena a lo lejos y sobrecoge de espanto y admiración a la vez al centurión romano que mandaba los soldados que estaban al pie de la cruz. "¡Padre!, exclama, en tus manos encomiendo mi espíritu." Después de esta séptima y última palabra, su cabeza se inclina sobre el pecho de donde se escapa su último suspiro.

La derrota de Satanás. — En este momento cesan las tinieblas y el sol aparece de nuevo en el cielo; pero la tierra tiembla; se parten las piedras y la roca misma del Calvario se divide entre la cruz de Jesús y la del buen ladrón. Esta hendidura puede verse aún hoy día. En el templo de Jerusalén un fenómeno viene a atemorizar a los sacerdotes judíos. El velo del templo, que ocultaba el Santo de los Santos se rasga de arriba a bajo, anunciando con esto el final del reino de las figuras. Muchas tumbas en las que reposaban santos personajes, se abren por sí mismas y los muertos que contenían vuelven a la vida. Pero sobre todo se hace sentir la repercusión de esta muerte en el fondo de los infiernos. Satanás comprende por fin el poder y la divinidad de este Justo, contra el cual ha amon-

tonado imprudentemente las pasiones de la sinagoga. Su ceguera es la que ha hecho derramar esa sangre cuya virtud libra al género humano y le abre las puertas del cielo. Sabe ahora a qué atenerse respecto a Jesús de Nazaret, a quien se atrevió a acercarse en el desierto para tentarle. Reconoce con desesperación, que este Jesús es el propio Hijo del Eterno y que la redención negada a los ángeles rebeldes, le ha sido otorgada al hombre de un modo sobrenatural, por los méritos de la sangre, que el mismo Satanás ha hecho derramar en el Calvario.

ORACION

Oh Hijo adorable del Padre. ¡Te adoramos muerto sobre el madero de tu sacrificio! Tu muerte acerbísima nos ha devuelto la vida. Herimos nuestros pechos como esos judíos que habían esperado tu último suspiro y entran en la ciudad movidos a compunción. Confesamos que han sido nuestros pecados los que te han quitado la vida; dígnate aceptar nuestras acciones de gracias por el amor que nos has mostrado hasta el fin. Tú nos has amado en Dios; en adelante a nosotros nos toca servirte, como rescatados por tu sangre; somos posesión tuya y Tú eres nuestro Señor. Mas he aquí que tu Iglesia nos convoca al oficio divino; y debemos descender del Calvario para unirnos a ella y celebrar tus alabanzas. Pronto volveremos junto a tu cuerpo inanimado y asistiremos a tus funerales acompañándolos con nuestras lágrimas y tristezas. María tu Madre, permanece al pie de la cruz; y nada puede separarla de tus restos mortales. Magdalena está atada a tus pies. Juan y las santas muje-

res forman en derredor tuyo un cortejo de desolación. Adoramos una vez más tu cuerpo sagrado, tu sangre preciosa y tu cruz que nos ha salvado.

ULTIMAS HORAS DE LA TARDE

LA LANZADA. — Volvamos al Calvario a terminar este día de duelo universal. Hemos dejado allí a María en compañía de Magdalena, de Juan y de las otras santas mujeres. Apenas ha trascurrido una hora desde que Jesús expiró y he aquí que soldados, conducidos por un centurión vienen a turbar con el ruido de su voz y de sus pasos el silencio que reina en la colina.

Han de cumplir una orden de Pilatos. A ruegos de los príncipes de los sacerdotes el gobernador ha mandado que se les quiebren las piernas, se los desclave de la cruz y que sean enterrados antes de la noche. Los judíos contaban los días a partir de la puesta del sol; pronto va a comenzar, por tanto, el gran Sábado. Los soldados se dirigen hacia las cruces; van primeramente a la de los ladrones, a los que rompen las piernas y luego a la cruz del Redentor. El corazón de María tiembla al verles. ¿Qué nuevo ultraje reservan esos bárbaros hombres para el cuerpo ensangrentado de su Hijo? Observan al divino ajusticiado y comprueban que la vida ha cesado ya en El. Sin embargo, para asegurarse de la muerte, uno de ellos blande su lanza y la

hunde en el costado derecho de la víctima. El hierro penetra hasta el corazón; y cuando el soldado la retira, sangre y agua brotan de esta última llaga. Es la quinta efusión de esa sangre redentora y es también la quinta de las llagas que Jesús recibió sobre la cruz.

Jesús bajado de la cruz. — María ha sentido hasta en el fondo de su alma la punta de esa lanza cruel; los sollozos y las lágrimas se renuevan en torno suyo. ¿Cómo terminará esta triste jornada? ¿Qué manos descenderán de la cruz al Cordero que en ella está suspendido? ¿Quién, finalmente, le devolverá a su Madre? Los soldados se retiran y con ellos Longinos, el que osó darle la lanzada, y que siente ya en sí mismo un movimiento, extraño presagio de la fe de que un día será mártir. Mas he aquí que se acercan dos hombres; son dos judíos, José de Arimatea y Nicodemus que van subiendo la colina, hasta detenerse con emoción al pie de la cruz de Jesús. María fija sobre ellos una mirada de reconocimiento. Han venido para poner en sus brazos el cuerpo de su Hijo, y para rendir luego a su maestro los honores de la sepultura. Estos fieles discípulos vienen provistos de la autorización del gobernador. Pilatos ha otorgado a José el cuerpo de Jesús.

Se apresuran a desclavar los sagrados miembros, porque el tiempo es corto, el sol camina hacia su ocaso y está ya próxima la primera hora

del sábado. Junto al lugar en que se alza la cruz, en la parte baja del montículo, hay un jardín y en éste una cámara sepulcral tallada en la roca. En ella va a descansar Jesús. José y Nicodemus, cargados con la preciosa carga, descienden de la colina y depositan el cuerpo sagrado sobre una roca a poca distancia del sepulcro. La Madre de Jesús recibe de sus manos al Hijo de su ternura; riega con sus lágrimas, recorre con sus besos las innumerables y crueles llagas de que está cubierto su cuerpo. Juan, Magdalena y las otras santas mujeres compadecen a la Madre de los dolores; pero urge el tiempo de embalsamar estos restos inanimados. Sobre esa roca, que aún actualmente se llama *Piedra de Unción*, y que señala la décima tercera estación de la Vía dolorosa, José extiende el lienzo que ha traído; Nicodemus, que había ordenado traer a sus siervos hasta cien libras de mirra y áloe, va disponiendo los perfumes. Lavan la sangre de las heridas; quitan suavemente la corona de espinas de la cabeza del divino rey y llega el momento de envolver el cuerpo con el lienzo. María estrecha entre sus brazos una vez más el cuerpo inerte de su amado, que pronto va a ocultarse a sus miradas, bajo los pliegues del velo y de las vendas.

JESÚS EN LA TUMBA. — José y Nicodemus se levantan y tomando de nuevo la noble carga, le llevan al sepulcro. Esta es la décima cuarta es-

tación de la Vía dolorosa. En el sepulcro había dos cámaras talladas en la roca, comunicándose la una con la otra; extendiendo el cuerpo del Salvador en un nicho practicado a cincel, en la segunda cámara a mano derecha, salen con presteza; y, reuniendo todas sus fuerzas, ruedan a la entrada del monumento una piedra que deberá servir de puerta, y que pronto, a petición de los enemigos de Jesús, la autoridad pública vendrá a sellar con su sello y a protegerla con un puesto de soldados romanos.

Nuestra Señora de los Dolores. — El sol está a punto de ponerse y va a comenzar el gran Sábado con sus severas prescripciones. Magdalena y las otras mujeres han observado los lugares y la disposición del cuerpo en el sepulcro. Suspenden sus lamentaciones y descienden apresuradamente hacia Jerusalén. Su intento es comprar perfumes y prepararlos, a fin de que, terminado el sábado, puedan volver a la tumba, el Domingo de madrugada, y completar el embalsamamiento demasiado precipitado del cuerpo de su Maestro. María, después de saludar por última vez la tumba que encierra el objeto de su ternura, sigue al cortejo que camina hacia la ciudad. Juan, su hijo de adopción, está junto a ella. Desde este momento será el custodio de aquella que, sin dejar de ser Madre de Dios, se hace en él madre de los hombres. Pero, ¡a precio de qué

crueles sufrimientos ha obtenido este nuevo título! ¡Qué herida ha recibido su corazón en el momento en que la hemos sido confiados! Acompañémosla nosotros también fielmente durante esas horas crueles, que deberán trascurrir antes que la Resurrección de Jesús venga a consolar su inmenso dolor.

ORACION JUNTO A LA TUMBA DE JESUS

Pero nosotros no abandonaremos tu sepulcro ¡oh Redentor! sin depositar en él el tributo de nuestras oraciones y la satisfacción de nuestro arrepentimiento. ¡Hete ahí cautivo de la muerte! Esta hija del pecado ha extendido su imperio sobre Ti. Te has sometido a la sentencia, dictada contra nosotros, y has querido hacerte semejante a nosotros hasta en la tumba. ¿Qué reparación podría igualar a la humillación que sufres en este estado?, éste nos era a nosotros debido; mas Tú no le has hecho tuyo, ¡oh soberano autor de la vida!, más que a causa de tu amor para con nosotros. Los ángeles hacen la guardia en torno a esa piedra sobre la que reposa tu cuerpo; admiran tu amor para con el hombre, esta débil e ingrata criatura. Has sufrido la muerte no por sus hermanos caídos, sino por nosotros, los últimos de la creación. Pero, ¿qué lazo indisoluble forma en adelante entre Ti y nosotros este sacrificio que acabas de ofrecer? Has muerto por nosotros; ahora deberemos nosotros vivir para Ti. Así te lo prometemos ¡oh Jesús! sobre esta tumba que nuestros pecados habían cabado para Ti. Queremos también morir al pecado y vivir en tu gracia. Seguiremos en adelante tus preceptos y tus ejemplos y nos alejaremos del pecado, que nos ha hecho responsables de tu muerte amarga y dolorosa. Recibimos junto con tu

cruz todas las cruces de que la vida humana está sembrada, tan ligeras, en comparación de la tuya. Aceptamos, en fin, el morir nosotros también, cuando sea llegado el momento de sufrir la sentencia merecida, que la justicia de tu Padre ha pronunciado contra nosotros. Tú has suavizado con tu muerte ese momento tan temible de la naturaleza. Para Ti la muerte es un tránsito a la vida; y así como en este momento nos separamos de tu sepulcro con la esperanza próxima de saludar tu gloriosa resurrección, así también, al abandonar a la tierra los restos mortales, nuestra alma llena de confianza subirá hacia Ti, con la esperanza de unirse un día a este polvo culpable, que la tumba debe devolver, después de haberle purificado.

EL SABADO SANTO

POR LA MAÑANA

JESÚS EN LA TUMBA. — La noche ha pasado sobre el sepulcro en que descansa el cuerpo del Hombre-Dios. Pero si la muerte triunfa en el fondo de esta gruta silenciosa; si tiene entre sus lazos a Aquel que da la vida a todos los seres, su triunfo será muy corto; en vano velan los soldados a la entrada de la tumba; no podrá retener al divino cautivo cuando emprenda su vuelo. Los santos ángeles adoran con profundo respeto el cuerpo inanimado de aquel cuya sangre va a "purificar al cielo y a la tierra" [1]. Este

[1] *Coloss.*, I, 20.

cuerpo separado del alma durante un corto instante ha permanecido unido al Verbo; el alma que momentáneamente cesó de animarle, no perdió tampoco su unión con la persona del Hijo de Dios. La divinidad permanece unida incluso con la sangre derramada en el Calvario y que debe entrar de nuevo en las venas del Hombre-Dios, en el momento de su próxima resurrección.

El exceso del amor divino. — Acerquémonos a esa tumba y veneremos nosotros también los restos del Hijo de Dios. Ahora conoceremos los efectos del pecado. "Por el pecado ha entrado la muerte en el mundo, y se ha comunicado a todos los hombres."

Jesucristo, "que no conoció el pecado" [1], permitió sin embargo a la muerte extender sobre El su dominio, con el fin de disminuir en nosotros la repugnancia que hacia ella profesamos y de devolvernos, una vez resucitado, la inmortalidad que el pecado nos había arrebatado. En su Encarnación se había dignado tomar "La forma de esclavo" [2]; en este misterio se ha humillado todavía más. ¡Vedle muerto en una tumba! Si este espectáculo nos revela el afrentoso poder de la muerte, nos muestra aún en mayor grado el inmenso e incomprensible amor que Dios tiene para con el hombre. Este amor no ha retrocedido

[1] *II Cor.*, V, 21.
[2] *Felip.*, II, 7.

ante ningún exceso; y por esto podemos decir que, si el Hijo de Dios se ha bajado fuera de toda medida, nosotros hemos sido tanto más glorificados por sus humillaciones. Que esto nos lleve a amar esa tumba en la cual debemos nosotros nacer a la vida; y después de haberle dado gracias por haber querido morir por nosotros en la cruz, agradezcamos asimismo el haber aceptado por nosotros la humillación del sepulcro.

La Virgen de los dolores. — Bajemos ahora a Jerusalén y visitemos a la Madre de los dolores. La noche ha pasado también por su corazón, y las escenas de la jornada no han cesado de asaltar su memoria. Su Hijo ha sido pisoteado por los hombres, mientras ella veía correr su sangre. ¡Cuántas lágrimas no ha derramado ella durante estas largas horas; y, sin embargo, Jesús no le ha sido aún devuelto! Junto a ella Magdalena, completamente desecha por las sacudidas y empujones recibidos en las calles de Jerusalén y en el Calvario, está muda de dolor. Espera que amanezca el día siguiente para volver al sepulcro y contemplar de nuevo los restos de su querido maestro. Las otras mujeres, menos amadas que la Magdalena, mas, sin embargo, estimadas por Jesús que han desafiado las burlas de los judíos y de los soldados, por asistir a Jesús hasta su muerte, rodean ahora cuidadosas a la Virgen, y piensan aliviar su propio dolor, yendo con

Magdalena, una vez pasado el Sábado, a depositar en el sepulcro el tributo de su amor.

Los discípulos. — Juan, el hijo adoptivo, el amado de Jesús, llora por el Hijo y por la Madre. Los demás Apóstoles, los discípulos José de Arimatea y Nicodemus, van visitando uno a uno esta mansión de dolor. Pedro, con la humildad de su arrepentimiento, no tiene miedo de presentarse en la presencia de la Madre de la misericordia. Se comenta en voz baja de una parte el suplicio de Jesús, y de otra, la ingratitud de Jerusalén. La Santa Iglesia, en el oficio de esta noche, nos sugiere algunas ideas de lo que debieron ser las conversaciones de estos hombres que han sido tan atrozmente conmovidos por tan terrible catástrofe. "Así muere el justo, dicen ellos, y nadie se conmueve; es arrebatado de en medio de la iniquidad; semejante a un cordero no ha abierto su boca; ha muerto rodeado de angustia; mas su memoria se conserva en paz" [1].

La espera de la Resurrección. — De este modo conversan estos hombres fieles, mientras que las santas mujeres, víctimas de su dolor, piensan en los cuidados de los funerales. La santidad, la bondad, el poder, los dolores y la muerte de Jesús están presentes en su pensa-

[1] Responsorio VI del Oficio de la Noche.

miento; mas no se acuerdan de su Resurrección que anunció y que sin duda no tardará en suceder. Solamente María vive con esta espera cierta. El Espíritu Santo, dice hablando de la mujer fuerte: "Durante la noche su lámpara no se extingue"[1]; este pensamiento se cumple hoy de modo especial en la Madre de Jesús. Su corazón no sucumbe, porque sabe que la tumba ha de devolver a la vida a su Hijo. La fe en la Resurrección del Salvador, esta fe sin la cual, como dice el Apóstol: "Nuestra religión será vana"[2], está por decirlo así, concentrada en el alma de María. La Madre de la Sabiduría conserva este depósito precioso; y del mismo modo que ella llevó en su seno a aquel que no pueden contener el cielo y la tierra, así en este día, a causa de su firme creencia en las palabras de su Hijo, está concentrada en sí misma toda la Iglesia. ¡Sublime jornada la del Sábado Santo que, en medio de todas sus tristezas, viene a enaltecer todavía a la Madre de Dios! La Santa Iglesia guardará siempre su recuerdo; y por esto, queriendo consagrar a su Reina un día especial en cada semana, le ha dedicado el Sábado.

Ha llegado la hora de dirigirse a la casa de Dios. Las campanas no se oyen todavía; pero los misterios de la Liturgia que se van a desarrollar en esta mañana no llaman menos a los fieles a

[1] *Prov.*, XXXVI, 18.
[2] *I Cor.*, XV, 77.

concurrir a las más tiernas emociones. Conservemos el recuerdo de los que acabamos de sentir en el sepulcro así como a los pies de la Madre de los dolores y dispongamos nuestras almas a las alegrías que la fe nos ha de preparar.

EL OFICIO DE ESTE DIA

RITOS DEL OFICIO. — Desde la antigüedad, tanto el día de hoy, como el de Viernes Santo se pasó sin la ofrenda del divino Sacrificio. Ayer la Iglesia no lo celebraba porque el aniversario de la muerte de Cristo parecía cubrir con sus negras sombras el día entero. La misma razón la conduce a privarse también hoy de la celebración del Sacrificio. La sepultura de Cristo es la continuación de su Pasión; y mientras su cuerpo reposa inanimado en la tumba, no conviene renovar el divino misterio en que aparece glorioso y resucitado. La misma Iglesia griega que durante el curso de la Cuaresma, tiene a gala no ayunar el Sábado, imita a la Iglesia Latina reservando para este día más austeras disciplinas. Este día es, en efecto, un día de profundo duelo, durante el cual la Iglesia se detiene junto al sepulcro del Señor, meditando su Pasión y Muerte, hasta el momento en que, habiendo celebrado la Vigilia solemne, nocturna espera de la Resurrección, recibirá la alegría

pascual cuya plenitud desbordará durante los días siguientes [1].

Pero la Esposa de Cristo no puede menos de permanecer hoy sentada junto a la tumba en que reposa su Señor y sólo romperá el silencio por el canto o por la recitación de las diversas horas del Oficio, como en los dos días anteriores. Antes de salir el sol comienza por el canto de las Tinieblas; Prima, Tercia, Sexta y Nona, se sucederán luego para recordarla lo que Jesús sufrió la víspera a estas mismas horas.

Ya no padece más, descansa y la Iglesia lo sabe; descansa como vencedor cuyo triunfo está cercano. Por eso en el Oficio, después de haber cantado: "Cristo se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz", añade en seguida: "y así Dios le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre". Y concluye con la oración: "Suplicámoste, oh Dios todopoderoso, que los que nos preparamos con devota espectación a la resurrección de tu Hijo, alcancemos la gloria de su misma resurrección. Por el mismo Jesucristo."

Las Vísperas terminan este día. Mas la Iglesia suprime las Completas. No nos impone la celebración de este Oficio, que normalmente precede al reposo, puesto que nos convida a todos a estar en vela en esta noche hasta el dichoso instante en que proclamará llena de alegría la Resurrección del Señor.

[1] Instrucción de la S. C. de Ritos 16 nov. 1955.

PARA LA TARDE

Util nos será meditar algunos instantes todavía sobre el misterio de los tres días, durante los cuales el alma del Redentor permaneció separada de su cuerpo. Esta mañana visitamos el sepulcro y adoramos el sagrado cuerpo, que Magdalena y sus compañeros se preparan para rendirle mañana muy temprano nuevos honores. En este momento conviene ofrecer nuestros homenajes al alma santa de Jesús. No está en el sepulcro; busquémosla en los lugares en que habita esperando que venga a reanimar los miembros de los que la muerte le ha separado por un tiempo.

El infierno. — Hay cuatro vastas regiones donde ningún viviente entrará jamás; la revelación divina solamente nos ha enseñado su existencia. La primera es el infierno de los condenados, lugar espantoso, donde Satanás y sus ángeles están destinados, con los réprobos de la raza humana, a las llamas vengadoras de la eternidad. Es la corte del príncipe de las tinieblas, donde no cesa de formar contra Dios y su obra, planes perversos y continuamente frustrados.

El Limbo de los niños. — El segundo es el Limbo donde están detenidas las almas de los

niños que salieron de este mundo antes de ser bautizados. Según la doctrina más autorizada de la Iglesia, los huéspedes de esta mansión no sufren ningún daño y aunque no están llamados a ver la Esencia divina, son capaces de una felicidad natural y proporcionada a sus deseos.

El Purgatorio. — La tercera región es el lugar de las expiaciones donde las almas salidas de este mundo con el don de la gracia acaban de purificar sus manchas para ser admitidas y recompensadas eternamente.

El Limbo de los justos. — Por fin el limbo en cuyas sombras está detenida la muchedumbre entera de los santos que murieron desde el justo Abel hasta el momento en el que Cristo expiró en la Cruz. Allí están nuestros primeros padres, Noé, Abrahán, Moisés, David, los profetas antiguos; Job y los demás justos de la gentilidad; los santos personajes cuya vida está próxima a la de Cristo, Joaquín, padre de María y Ana su madre; José, Esposo de la Virgen y padre putativo de Jesús; Juan, su precursor con sus padres Zacarías e Isabel.

Hasta que la puerta del cielo no sea abierta por la sangre redentora, ningún justo puede subir hasta Dios. Al salir de este mundo las almas más santas tienen que bajar al limbo. Mil pasos del Antiguo Testamento señalan los "infiernos" como la morada de los justos que han ser-

vido y honrado a Dios; solamente en el Nuevo se habla del Reino de los cielos. Esta permanencia temporal no lleva consigo otros castigos más que la detención y cautividad. Las almas que moran allí están en gracia, aseguradas con una felicidad eterna; soportan con resignación este destierro, fruto del pecado, pero ven con alegría siempre creciente acercarse el momento de su liberación.

JESÚS EN LOS INFIERNOS. — Habiendo aceptado el Hijo de Dios todas las condiciones de la humanidad, no debía triunfar sino por su Resurrección y no debía abrir las puertas del cielo más que por su Ascensión; su alma separada del cuerpo, tenía que bajar a los "Infiernos" y compartir un momento la mansión de los justos desterrados. "El Hijo del hombre, había dicho, estará tres días en el corazón de la tierra" [1]. Pero en tanto su entrada en estos lugares debía ser saludada por las aclamaciones del pueblo santo, en cuanto debía desplegar su majestad y mostrar el poder y la gloria del Emmanuel. En cuanto Jesús dió su último suspiro en la Cruz, el limbo de los justos se vió de pronto iluminado de resplandores celestiales. El alma del Redentor unida a la divinidad del Verbo, bajó en un instante a estas sombras y de un lugar de destierro hizo un paraíso, es la promesa que al morir hizo

---

[1] *Mt.*, XII, 40.

Jesús al ladrón arrepentido: "Hoy estarás conmigo en el paraíso."

La felicidad de los justos. — ¿Quién podrá describir la felicidad de los justos en este momento por tanto tiempo deseado? ¿Quién, su admiración y amor al contemplar esta alma divina que viene a la vez a compartir y levantar su destierro? ¡Qué miradas bondadosas dirige el alma de Jesús sobre este inmenso ejército de elegidos que ha reunido en tantos siglos sobre esta parte de su Iglesia que adquirió con su sangre y a quien los méritos de esta sangre fueron aplicados por la misericordia del Padre antes de que fuese derramada! Nosotros que tenemos la esperanza de subir, cuando abandonemos este mundo, hasta Aquel que ha ido a prepararnos un lugar en los cielos [1], unámonos a las alegrías de nuestros padres y adoremos el amor del Emmanuel que se dignó permanecer tres días en estas mansiones subterráneas, para no dejar nada en los destinos de la humanidad, aun pasajeros que no haya aceptado y santificado.

Jesús vencedor de Satanás. — Pero en esta visita a los infiernos el Hijo de Dios viene también a manifestar su poder. Sin bajar sustancialmente a las mazmorras de Satanás, le ha hecho sentir su presencia; es necesario que el prín-

[1] *Juan*, XIV, 2.

cipe soberbio de este mundo doble la rodilla y se humille. En este Jesús, a quien ha crucificado por medio de los judíos reconoce ahora al propio Hijo de Dios. El hombre está libertado, destruída la muerte, borrado el pecado, las almas de los justos ya no bajarán al seno de Abrahán; subirán al cielo con los ángeles para reinar con Cristo, su Jefe divino. El reino de la idolatría va a sucumbir; los altares sobre los cuales Satanás recibía el incienso de la tierra han sido arrasados. La casa del fuerte armado ha sido forzada por su adversario divino; le han sido arrebatados sus despojos[1] ha sido arrancada a la serpiente la cédula de nuestra condenación; y la Cruz que, con tanta alegría había visto levantar para el Justo, ha sido para él, según enérgica expresión de San Antonio, como anzuelo mortífero presentado bajo el cebo al monstruo marino que muere despedazándose después de haberlo tragado.

El alma de Jesús hace sentir también su presencia entre los justos que suspiran en los fuegos de la expiación. Su misericordia aligera sus sufrimientos, y abrevia el tiempo de su prueba. Muchos de ellos ven acabar sus penas en estos tres días y se unen a la muchedumbre de los santos para rodear con sus votos y su amor a Aquel que abre las puertas del cielo. No es contrario a la fe cristiana pensar, con algunos teólogos, que la estancia del Hombre-Dios en la re-

[1] *Mat.*, XII, 29.

gión vecina del limbo de los niños les llevó también consuelo; conocieron entonces que un día volverán a tomar sus cuerpos y verán abrirse una morada menos sombría y más alegre que aquella en la que la divina justicia les tiene cautivos hasta el día del gran juicio.

ORACION

¡Oh alma del Redentor!; te saludamos y adoramos durante estas horas que te dignaste pasar con nuestros padres. Glorificamos tu bondad, admiramos tu ternura con tus elegidos. Te damos gracias por haber humillado a nuestro temible enemigo; dígnate abatirle siempre a nuestros pies, pero: ¡Oh Emmanuel! largo tiempo has estado en el sepulcro y ya es hora de unir tu alma a tu cuerpo; el cielo y la tierra esperan tu Resurrección, y, tu Iglesia, ya está impaciente por volver a ver a su Esposo. ¡Sal del sepulcro, autor de la vida, triunfa de la muerte y reina para siempre!

LA VIGILIA PASCUAL

Desde los primeros siglos vigilaban los fieles en la iglesia toda la noche del sábado al domingo, en recuerdo y en honra del momento en que Cristo, triunfante de la muerte, salió del sepulcro. Pero, entre todas las vigilias sagradas

del año, ninguna era frecuentada con tanta asistencia y entusiasmo como ésta: los fieles que celebraban el tránsito de Cristo de la muerte a la vida gloriosa, tomaban parte al mismo tiempo, como testigos, en la administración solemne del bautismo a los catecúmenos: función en la que se manifestaba el paso de la muerte espiritual a la vida de la gracia.

La Iglesia de Oriente ha conservado hasta nuestros días la antigua tradición de esta gran Vigilia. En Occidente, desde la alta Edad Media, el deseo de aligerar la austeridad del ayuno que duraba desde la tarde del viernes santo hasta la Vigilia pascual, contribuyó a que se anticipase poco a poco la hora de la misa nocturna de la Resurrección, primero a después del mediodía, después a mediodía hacia el siglo XII, y en fin, hasta a la misma mañana del sábado santo. Finalmente, Durando de Mende, que compuso su *Racional de los divinos Oficios,* hacia el fin del siglo XIII, atestigua que en su tiempo apenas algunas iglesias conservaban todavía la costumbre primitiva.

Esta modificación introdujo una especie de contradicción entre el misterio de este día y el Oficio divino que en él se celebra. Cristo permanecía aún en la tumba, y ya se celebraba su Resurrección. De ahí que los ritos venerables de esta Vigilia, tan a propósito para hacer al alma entrar a participar de los misterios de Pascua, habían perdido mucho de su sentido.

Además, en nuestros días, esta ceremonia matutina se desarrollaba durante las horas de trabajo y hacía difícil la asistencia para la mayor parte del pueblo cristiano. Accediendo a las instantes peticiones de pastores y fieles, el Papa Pío XII decretó en 1951 la restitución de la Vigilia a su hora normal y la restauración de sus ritos, invitando al pueblo cristiano a volver de este modo a las tradiciones de la antigua piedad de nuestros padres. Vamos, pues, a trazar primero, el plan de la augusta función que se va a ejecutar; luego expondremos todas sus partes.

La administración del bautismo a los catecúmenos, es el gran objeto de esta larga ceremonia; es el punto central al que todo se dirige. Los fieles deben, por tanto, tenerlo presente de continuo, si quieren seguir con inteligencia y provecho este drama tan sagrado como imponente. Bendícese, en primer lugar, el fuego nuevo; viene a continuación la inauguración del cirio pascual. A ésta siguen las lecciones proféticas que forman un todo con lo que precede y lo que sigue. Terminadas éstas, bendícese el agua. Preparada la materia del bautismo, los catecúmenos reciben el sacramento de la regeneración. Inmediatamente el Obispo [1] les confe-

[1] La presencia del Obispo, necesaria para la administración del Sacramento de la Confirmación, ha sido causa, sin duda, de que en toda esta función de la Vigilia Pascual, Dom Guéranger haya puesto al Obispo como *celebrante*, pudiendo ser éste un simple sacerdote.

ría la Confirmación. Luego los fieles que han sido testigos del nuevo nacimiento de los neófitos, son invitados asimismo a renovar las promesas contraídas en su propio bautismo. Finalmente, comienza el Santo Sacrificio en honor de la Resurrección del Señor y los neófitos son admitidos por primera vez a participar de los sagrados misterios.

LA ESTACIÓN. — En Roma, la Estación se celebra en San Juan de Letrán, la iglesia madre; el sacramento de la regeneración se administra en el Baptisterio de Constantino. Aún flotan sobre estos antiguos santuarios, los grandes recuerdos del siglo IV; cada año va a celebrarse allí el Bautismo de los adultos, y numerosa ordenación viene a unirse a los esplendores de este día.

I. LA BENDICION DEL FUEGO NUEVO

EL ÚLTIMO ESCRUTINIO. — El último Miércoles fueron citados todos los catecúmenos para este día a la hora de tercia (nueve de la mañana). Va a tener lugar el último escrutinio. Presiden los sacerdotes; y se va preguntando el símbolo a aquellos que todavía no le han aprendido. Una vez repetida la Oración Dominical y los atributos bíblicos de los cuatro Evangelistas, uno de los sacerdotes despide a los aspirantes al Bautismo después de haberles recomendado mantenerse en el recogimiento y la oración.

El fuego nuevo. — Hacia la hora de Nona (tres de la tarde), el obispo se dirige con todo su clero a la iglesia. En este momento comienza la Vigilia del Sábado Santo. El primer rito que hay que cumplir es la bendición del fuego nuevo, cuya luz debe alumbrar la ceremonia durante toda la noche. En los primeros siglos existía la costumbre de sacar cada día, el fuego de un pedernal para encender con él las lámparas y velas durante este oficio; y esta luz ardía en la iglesia hasta las Vísperas del día siguiente. La iglesia de Roma practicaba esta costumbre con mucha más solemnidad el Jueves Santo por la mañana; y en este día el fuego nuevo recibía bendición especial. Según un dato encontrado en carta que el Papa Zacarías dirigió al Arzobispo de Maguncia, San Bonifacio (s. VIII), se deduce que con ese fuego encendían tres lámparas que se guardaban luego en lugar secreto, cuidando entre tanto de ellas con sumo esmero. De estas lámparas se tomaba después la luz para la noche del Sábado Santo. Más tarde, en el pontificado del Papa San León IV, en 847, la Iglesia de Roma acabó por extender al Sábado Santo las costumbres de sacar el fuego de dos pedernales como en los demás días del año [1].

Cristo: piedra y luz. — El sentido de este uso simbólico, que en la Iglesia latina no se practica más que en este día, es fácil de com-

[1] Este uso del fuego nuevo parece ser de origen irlandés.

prender. Cristo ha dicho: "Yo soy la luz del mundo"[1]; la luz material es, pues, la figura del Hijo de Dios; la piedra es también una de las figuras bajo la cual el Salvador del mundo aparece en las SS. EE. "Cristo es la Piedra angular nos dicen de común acuerdo San Pedro[2] y San Pablo[3] que no hacen más que aplicarle las palabras de la profecía de Isaías[4]. Mas en este acto, la chispa viva que sale de la piedra, representa un símbolo más completo todavía. Simboliza a Jesucristo lanzándose fuera del sepulcro tallado en la roca, a través de la piedra que cierra su entrada.

Ahora bien, el sepulcro de Cristo se halla situado fuera de las puertas de Jerusalén; las piadosas mujeres y los Apóstoles deberán salir de la ciudad para llegar hasta él y constatar la Resurrección. Por eso el Obispo[5] y su cortejo acaban de salir de la iglesia para dirigirse al atrio donde flamea en la noche el brasero del fuego nuevo. El Pontífice lo bendice con la oración siguiente:

℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

OREMOS

Oh Dios, que, por medio de tu Hijo, que es la piedra angular, diste a tus fieles el fuego de tu claridad:

---

[1] *S. Juan*, VIII, 12.
[2] *S. Pedro*, II, 6.
[3] *Efes.*, II, 20.
[4] *Isaías*, XXVIII, 16.
[5] O celebrante; y entiéndase así en lo sucesivo; salvo en el párrafo dedicado a la Confirmación, pág. 703.

santifica este nuevo fuego, producido de la piedra, y que ha de servir para nuestros usos: y haz que, por medio de estas fiestas pascuales, nos inflamemos de tal modo en celestiales deseos, que podamos llegar con almas puras a las fiestas de la perpetua claridad. Por el mismo Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

Luego asperja el fuego con el agua bendita, y habiendo puesto incienso sobre las brasas tomadas del brasero, inciensa el fuego.

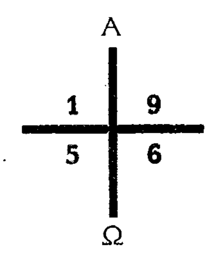
Es por tanto justo que este fuego misterioso, destinado a suministrar la luz al cirio pascual y más tarde al altar mismo, reciba una bendición especial, y sea acogido por el pueblo cristiano con muestras de júbilo.

II. LA BENDICION DEL CIRIO PASCUAL

Preséntase entonces delante del Obispo el cirio que la santa Iglesia tiene preparado para que luzca con esplendor durante la larga Vigilia que ya comienza; un cirio superior en peso y en grosor a todos los otros que se usan en las demás fiestas. Este cirio es único; tiene forma de columna y está llamado a representar a Cristo. Antes de ser encendido, su figura está representada en la columna de nube que cubrió la marcha de los Hebreos a su salida de Egipto; bajo esta primera forma es figura de Cristo en la tumba, inanimado, sin vida. Después de encendido, veremos en él a la columna de fuego que alumbra los pasos de su pueblo elegido; y asimismo la

figura de Cristo, toda brillante por los esplendores de su Resurrección.

El Obispo traza entonces con un punzón una cruz entre los agujeros extremos destinados a recibir los granos de incienso. En la parte de arriba de esta cruz traza en seguida la letra griega Alfa, y en la parte de abajo la letra Omega y en los ángulos de la cruz traza cuatro números que son el milenio del año en curso. Al mismo tiempo pronuncia las palabras siguientes:



1 Jesucristo, ayer y hoy
2 Es el principio y el fin
3 El Alfa
4 y la Omega
5 Suyos son los tiempos
6 y los siglos
7 A El sea dada la gloria
y el imperio
8 Por todos los siglos. Amén.

Grabados estos signos, el Obispo toma cinco granos de incienso, los asperja e inciensa tres veces, y luego los clava en los agujeros de la

cruz: uno arriba, otro en el centro, otro a los pies y uno en cada brazo, diciendo:

1	1	Por sus sagradas
|	2	y gloriosas llagas
4—2—5	3	nos proteja
|	4	y nos guarde
3	5	Cristo, Señor nuestro. Amén.

El número de estos granos de incienso, clavados de ese modo en la masa del Cirio, representa las cinco llagas de Cristo en la cruz, al mismo tiempo que su empleo significa el de los perfumes que Magdalena y sus compañeras habían preparado mientras Cristo reposaba en el sepulcro.

Entonces el diácono enciende en el fuego nuevo una velita o pábilo en el fuego nuevo, lo ofrece al Obispo y éste enciende el cirio pascual diciendo:

La luz de Cristo que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y de la mente.

A continuación bendice el cirio recitando la oración siguiente:

OREMOS

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, venga sobre este incienso una larga infusión de tu ben†dición: y enciende, oh invisible Regenerador, este resplandor nocturno; para que, no sólo refluya con la arcana mezcla de tu luz el sacrificio que ha de celebrarse esta noche, sino que, en cualquier lugar a donde fuere llevado algo del misterio de esta santificación, expul-

sada la maldad de las astucia diabólica, reine la virtud de tu claridad. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

Durante este tiempo en la iglesia todas las lámparas han sido apagadas; antiguamente los fieles, antes de ir a la iglesia, apagaban el fuego de sus casas; y no se volvía a encender en toda la ciudad más que por la comunicación del fuego que había sido bendito y que era entregado después a los fieles como un don de la Resurrección divina. No olvidemos de hacer resaltar aquí un nuevo símbolo más expresivo que los otros. La extinción de toda luz en este momento figura la abrogación de la ley antigua, que terminó una vez que el velo del templo se hubo rasgado; y la aparición del fuego nuevo representa la publicación misericordiosa de la ley nueva que, Jesucristo, Luz del mundo, viene a traer, disipando todas las sombras de la primera alianza.

III. LA PROCESION SOLEMNE Y EL PREGON PASCUAL

El diácono se reviste ahora de la estola y dalmática blancas, toma el cirio pascual bendecido y penetra en la iglesia a oscuras, a la cabeza del cortejo. Después de haber dado algunos pasos, la procesión se detiene, todos se vuelven hacia el cirio que el diácono eleva en alto, diciendo:

"Luz de Cristo".

Todos a una voz le responden:

"Demos gracias a Dios."

Esta primera ostensión de la luz proclama la divinidad del Padre que se nos ha manifestado por Jesucristo: "Nadie conoce al Padre, nos dice, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo ha tenido a bien revelárselo" [1].

Todos se levantan y el Obispo que ha bendecido el cirio pascual, enciende en él su propia vela, luego la procesión prosigue por la iglesia.

Hacia el medio de la iglesia de nuevo se detiene la procesión y todos nuevamente se arrodillan mientras el diácono canta en un tono más elevado que la primera vez:

"Luz de Cristo".

Y todos le responden:

"Demos gracias a Dios".

Esta segunda ostentación anuncia la divinidad del Hijo que se ha aparecido a los hombres en la Encarnación y les ha mostrado su igualdad de naturaleza con el Padre.

El clero y los demás ministros del altar encienden sus velas en el cirio pascual, y la procesión avanza hasta que el diácono ha llegado cerca del altar. Por tercera vez levanta el cirio y, mientras todos se arrodillan, vuelve a cantar:

"Luz de Cristo".

---

[1] *San Mateo*, XI, 27.

Y la respuesta es la misma:

"Demos gracias a Dios."

Todos entonces se levantan y reciben la luz del cirio pascual. Esta tercera manifestación de la luz proclama la divinidad del Espíritu Santo que nos ha sido manifestado por Jesucristo al dar a los apóstoles el mandato solemne que la Iglesia va a cumplir en esta noche: "Enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" [1]. Por medio del Hijo, que es "La luz del mundo", los hombres han conocido a la Santísima Trinidad cuya confesión va a pedir el pontífice a los catecúmenos antes de bautizarlos, mientras el cirio de tres brazos debe recordar durante toda la noche este misterio al pueblo presente.

Tal es el primer uso del fuego nuevo; anunciar los esplendores de la Santísima Trinidad. Ahora va a servir para la gloria del Verbo Encarnado, completando el magnífico símbolo que debe atraer nuestras miradas.

El Pontífice subido a su trono y dejada la caña por el diácono, va éste a ponerse de rodillas ante el Pontífice pidiendo su bendición para la solemne ceremonia. El Pontífice les dirige estas palabras: "El Señor esté en tus labios y en tu corazón para que ensalces dignamente la Pascua."

---

[1] *S. Mateo,* XXVIII, 19.

Colocado el cirio pascual sobre un candelero en medio del presbiterio, el diácono inciensa el libro puesto sobre el atril, rodea al cirio incensándolo por todas partes, vuelve al atril y, teniendo todos en sus manos las velas encendidas, entona el "*Exsultet*".

El anuncio de la Pascua resuena en medio de los elogios que el diácono prodiga a este cirio glorioso; y celebrando a la divina antorcha, cuyo emblema es él mismo, cumple su cargo de heraldo de la Resurrección del Hombre-Dios. Solamente él revestido de blanco, mientras el Pontífice mismo lleva todavía los colores propios de la Cuaresma, hace oir su voz en la bendición del cirio con una libertad que de ordinario no le es concedida al diácono delante del sacerdote y menos delante de obispo. Los intérpretes de la Liturgia nos enseñan que el diácono representa aquí a Magdalena y a las otras santas mujeres, a quienes cupo el honor de ser iniciadas las primeras por el mismo Cristo, en el misterio de su Resurrección y fueron por El encargadas de anunciar a los Apóstoles, que habia ya salido de la tumba y que les precedería a Galilea [1].

Mas ya es hora de escuchar los acentos melodiosos de este canto sagrado, que conmueve nuestros corazones y nos dá al mismo tiempo

[1] Se encuentra esta ceremonia en la Galia, Alta-Italia, y en España desde el fin del s. IV. Se encuentra asimismo el cirio pascual en Ravena, en tiempo de San Gregorio, y en Nápoles en el siglo VIII.

una anticipación de las alegrías que nos reserva esta noche maravillosa. El diácono comienza por este exordio lírico:

Alborócese la multitud ingente de los ángeles en el cielo, alborócense, sí, los ministros de Dios[1], resuene la trompeta de la salvación por la victoria del Rey tan excelso. Salte de gozo también la tierra, radiante de tanta luz, y, alumbrada con el esplendor del Rey eterno, advierta desvanecida la oscuridad en toda su redondez. Alégrese igualmente nuestra madre la Iglesia, adornada con tantos rayos de luz, y resuene este ámbito con las aclamaciones de los fieles. Y vosotros, hermanos carísimos, los que presenciáis la admirable claridad de esta luz santa, implorad, os ruego, juntamente conmigo la misericordia de Dios todopoderoso. El, que sin ningún mérito mío se ha dignado agregarme al número de los diáconos, me infunda la claridad de su luz, y así él mismo será quien haga la loa en honor de este cirio. Por Jesucristo, Señor nuestro e Hijo suyo, que, como Dios, vive y reina con él en unidad con el Espíritu Santo.

---

[1] *Exsultent divina mysteria* ha sido un enigma y un tormento para los intérpretes. El cardenal Schuster lo traducía por "regocíjense los divinos misterios"; Dom Guéranger dice: "celébrense con júbilo los divinos misterios". Dom Capelle, abad de Mont César, en Lovaina, propuso corregir *exsultent* por resulten y traducía: "sean proclamados los divinos misterios". Dom Bonifacio Fischer, benedictino de Beuron, y Cristina Mohrmann, profesora en la Universidad de Nimega, sostienen que la recta grafía es en este caso *misteria* con *i* latina; y *misteria*, como *minsteria* es la forma vulgar de *ministeria*. Añade la última que en muchas lenguas, y en latín dan testimonio Tácito y Tertuliano y otros, es muy frecuente emplear un nombre abstracto en sentido concreto, y que eso ocurre aquí: *misteria (ministeria)* está en lugar de *ministri*. Ahora bien, los ministros de Dios, en el lenguaje bíblico y de los SS. Padres, son los ángeles. *(Ephemerides liturgicae,* 66 [1952] 274-281).

℣. Por todos los siglos.
℟. Amén.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.
℣. Arriba los corazones.
℟. Los tenemos ya en el Señor.
℣. Demos gracias al Señor, Dios nuestro.
℟. Eso es cosa digna y justa.

Verdaderamente es cosa digna y justa, cantar con todos los afectos del corazón y del alma, y con la misma palabra, A Dios invisible, Padre omnipotente, y a su unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo; el cual pagó por nosotros al Padre eterno la deuda de Adán y borró la escritura del antiguo pecado con su sangre inocente. Esta es la fiesta de Pascua, en la que es inmolado el verdadero Cordero, cuya sangre hace sagradas las casas de los fieles. Esta es la noche en que por vez primera hiciste pasar a pie enjuto el mar Rojo a nuestros padres, los hijos de Israel, liberados de Egipto. Esta es la noche que disipó las tinieblas del pecado con el resplandor de una columna. Esta es la noche que, separando de los vicios del siglo y de las tinieblas de los pecados a los que por todo el mundo creen en Jesucristo, los restituye hoy a la gracia y los asocia a los santos. Esta es la noche en que, rotos los lazos de la muerte, se levanta Jesucristo triunfante del sepulcro. De nada nos serviría el haber nacido si no nos valiese ser redimidos. ¡Oh dignación admirable de tu misericordia con nosotros! ¡Oh amor inapreciable el de tu caridad: redimir al esclavo entregando a tu Hijo! ¡Oh! Ciertamente fué necesario el pecado de Adán para que lo destruyese Cristo con su muerte. ¡Oh culpa dichosa, la que fué ocasión de tener tal y tan grande Redentor! ¿Oh noche verdaderamente afortunada, que sola mereció saber el tiempo y la hora en que Cristo resucitó de entre los muertos! Esta es la noche de la

que estaba escrito: "La noche alumbrará como el día; la noche será mi luz para mis delicias". La santidad, pues, de esta noche hace huir del pecado, purifica de las culpas, devuelve la inocencia a los caídos y la alegría a los tristes; apaga los odios, dispone a la concordia, y doma los imperios.

¡Oh Padre santo! En atención a esta noche acepta el sacrificio vespertino de la llama encendida, que, con la solemne oblación del cirio elaborado por las abejas, te ofrece tu Iglesia santa. Mas ya conocemos las excelencias de esta columna, encendida en honra de Dios con el fuego rutilante, el cual, aunque se divida en partes comunicando su luz, no sufre mengua, porque se alimenta con la cera derretida que la madre abeja elaboró para sustento de esta preciosa antorcha. ¡Oh noche verdaderamente afortunada, que despojó a los egipcios y enriqueció a los hebreos! Noche en que se abrazan los cielos y la tierra, Dios y los hombres.

Rogámoste, pues, Señor, que este cirio, bendecido en honor de tu nombre para disipar las tinieblas de esta noche, dure sin apagarse, y, aceptado en olor de suavidad, mezcle su luz con las luminarias de arriba. Vea sus llamas el lucero del alba, aquel lucero, digo, que no tiene ocaso; aquel, que, regresando de entre los muertos, amaneció brillante al género humano. También te suplicamos, Señor, que a nosotros tus siervos, a todo el clero y a tu devotísimo pueblo, en unión con nuestro santísimo Padre el Papa *N.*, y nuestro Prelado *N.*, nos concedas tiempos de paz y te dignes en estos regocijos pascuales regirnos, gobernarnos y guardarnos con tu asidua protección. Mira, además, a los que nos gobiernan desde el poder y, con el don inefable de tu bondad y misericordia, dirige sus intentos a la justicia y la paz, para que, tras las fatigas terrenas, lleguen a la patria celeste con todo tu pueblo. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro e Hijo

tuyo, que, como Dios, vive y reina contigo en unidad con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.
℟. Amén.

Habiendo terminado el diácono esta oración, se quita la dalmática blanca, y una vez que se ha vuelto a revestir de la de color violeta, vuelve al lugar donde está el Pontífice. Entonces comienzan las Profecías sacadas de los libros del Antiguo Testamento.

IV. LAS LECCIONES O PROFECIAS

Después de tan solemne preludio, mientras la antorcha de la resurrección iluminando toda la iglesia, alegra santamente el corazón de los fieles, comienza la cuarta parte de la Vigilia pascual. Para completar el curso de la instrucción cuyo desarrollo hemos seguido durante toda la Cuaresma, léense aquí algunos pasajes de la Sagrada Escritura, especialmente adaptados a esta solemne circunstancia.

Como en las demás Vigilias antiguas de la Iglesia Romana, las Lecciones de esta noche eran en número de doce. En tiempo de la dominación bizantina se las leía incluso entonces en griego en favor de los oyentes que ignoraban el latín. Su número se redujo luego a seis, número que todavía se conserva actualmente en uso para el sábado de las Cuatro Témporas, e incluso también a cuatro, como se ve en el Sacramentario Gregoriano y en el primer Ordo romano. Esta

costumbre de no hacer más que cuatro Lecciones se conservó en ciertas iglesias, mientras en otras, entre ellas la de Roma, habían vuelto antes del fin del siglo XII, al número de doce.

Durante el curso de esta Vigilia los sacerdotes cumplían con los catecúmenos los ritos preparatorios para el Bautismo.

En este momento estaban reunidos en el pórtico exterior de la iglesia, mientras los sacerdotes cumplían con ellos los ritos preparatorios al Bautismo, llenos todos ellos de un sentido tan profundo. En primer lugar trazaban sobre la frente de cada uno el signo de la cruz; después, imponiéndoles las manos sobre su cabeza, conminaban a Satanás a salir de esta alma y cuerpo y a ceder el lugar a Cristo. Al ejemplo del Salvador tocaban con su saliva los oídos y narices de los neófitos, diciendo a los oídos: "Abríos"; y a las narices: "Respirad la dulzura de los perfumes"; el neófito recibía en seguida la unción con el Oleo de los Catecúmenos sobre el pecho y sobre las espaldas; mas antes de esta ceremonia que le hacía como un atleta de Dios, el sacerdote le mandaba renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

Estos ritos se hacían en primer lugar sobre los hombres; luego sobre las mujeres; sus hijos, aunque fuesen de menor edad, eran admitidos también a esta ceremonia, según el sexo de cada uno, y, si entre los catecúmenos había algunos que estuviesen enfermos, y con todo querían ser

llevados a la iglesia, para recibir en esta noche la gracia de la regeneración, los sacerdotes pronunciaban sobre ellos una oración en la que se pedía a Dios que se dignase socorrorles y confundir la malicia de Satanás.

Este conjunto de ritos, que se denominaba la *Catequización*, exigía mucho tiempo por razón del gran número de aspirantes al Bautismo. Por esta razón el Obispo se dirigía a la iglesia hacia la hora de Nona y comenzaba tan pronto la Vigilia. Con el fin de tener atenta a la asamblea, durante el tiempo necesario al cumplimiento de este rito, se leían mientras tanto, desde lo alto del ambón, los trozos de la Escritura más adaptados a estas solemnes circunstancias. Este conjunto de lecciones completaba el curso de instrucción cuyo desarrollo hemos ido siguiendo durante toda la Cuaresma.

Los catecúmenos son hoy día menos numerosos que antes, y además con la vuelta de la ceremonia a las horas nocturnas, estos ritos preparatorios han podido hacerse por la tarde; por lo mismo, para aligerar esta parte de la Vigilia, no se leen actualmente más de cuatro lecciones. Estas se cantan delante del cirio pascual bendecido en medio del presbiterio, mientras todos sentados escuchan.

Después de cada lección, el diácono, instructor de la asamblea litúrgica, invita a hacer de rodillas, en silencio, una oración en la que cada uno manifiesta a Dios los sentimientos que la

lectura santa ha producido en cada uno. Luego la ordena levantarse y el Obispo recoge, "colecta" la oración de cada uno en la oración-Colecta, en la que la santa Iglesia misma es la que se expresa. Cánticos tomados del Antiguo Testamento e inspirados por las mismas lecturas, aúnan todas las voces en el modo de los Tractos y a la vez que le instruyen ayudan a mantener más atento al auditorio. Con todo eso, la asamblea de esta función ofrece un aspecto de austera gravedad: la hora anhelada no ha sonado todavía, en que Cristo va a resucitar en sus neófitos.

V. LA PRIMERA PARTE DE LAS LETANIAS DE LOS SANTOS Y LA BENDICION DEL AGUA BAUTISMAL

Terminadas las lecciones, dos cantores, arrodillados en medio del coro, entonan las letanías de los Santos a las que todos, de rodillas, responden hasta llegar a la invocación *Propitius esto*.

En este momento se interrumpe el canto; un recipiente con el agua bautismal que se ha de bendecir, y todo lo requerido para la bendición, está preparado en medio del coro, al lado de la Epístola; entonces el Obispo, o celebrante, de pie cara al pueblo, comienza la bendición en presencia de los fieles.

El Obispo dice: *El Señor sea con vosotros.*
Los fieles le responden: *Y con tu espíritu.*

OREMOS

Omnipotente y sempiterno Dios, mira propicio la devoción de tu pueblo renaciente, que, como un ciervo, se dirige a la fuente de tus aguas: y haz propicio que la sed de su fe santifique, por el sacramento del Bautismo, su cuerpo y su alma. Por el Señor. ℟ Amén.

La bendición del agua para el Bautismo es de institución apostólica[1]; y su antigüedad está atestiguada por el testimonio de los más grandes doctores, tales como San Cipriano, San Ambrosio, San Cirilo de Jerusalén y San Basilio. Es justo, en efecto, que esta agua, destinada a ser el instrumento de las más grandes de las maravillas divinas, esté rodeada de todo aquello que pueda ensalzarla a la faz del cielo y de la tierra, glorificando al mismo tiempo a Dios que se ha dignado asociarla a su designio misericordioso para con la humanidad. Los cristianos han salido ya del agua; son, como decían nuestros padres de los primeros siglos, los felices peces de Cristo; nada, pues, de extraño que salten de gozo en presencia del elemento al que deben la vida, y que le rindan los honores que se refieren de modo especial al Autor de este prodigio de la

[1] Aunque no pueda confirmarse con ningún texto del A. T., la bendición de agua parece remontarse al fin del siglo II. San Basilio la coloca entre las cosas no escritas más trasmitida por "una tradición tácita y secreta".

gracia. La oración que el Pontífice va a usar para la bendición del agua, nos lleva a la cuna de nuestra fe, por la nobleza y energía de su estilo, por la autoridad de su lenguaje, y por los ritos antiguos y primitivos de que está acompañada. Está hecha a imitación de un prefacio solemne y rodeada de un lirismo inspirado. El Pontífice preludia por medio de una simple oración, después de la cual estalla el entusiasmo de la iglesia, que a fin de asegurarse la atención de todos sus hijos, les invita a responder advirtiéndoles cómo deben tener sus corazones en alto: Sursum Corda.

Omnipotente y sempiterno Dios, asiste a estos misterios de tu gran piedad, asiste a esos sacramentos: y, para reengendrar los nuevos pueblos que te va a dar la fuente bautismal, envía el Espíritu de adopción; a fin de que, lo que se va a realizar por ministerio nuestro, se complete con la eficacia de tu poder. Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo...

℣. Por todos los siglos de los siglos.
℟. Amén.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.
℣. ¡Arriba los corazones!
℟. Los tenemos (elevados) al Señor.
℣. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
℟. Es digno y justo.

Verdaderamente, es digno y justo, equitativo y saludable el que, siempre y en todo lugar, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre Omnipotente, eterno Dios. Que, con poder invisible, obras maravillosamente el efecto de tus Sacramentos. Y, aunque seamos indignos de realizar tan grandes Misterios, tú, sin embargo,

no abandonando los dones de tu gracia, inclinas también a nuestras preces los oídos de tu piedad. Oh Dios, cuyo Espíritu era llevado sobre las aguas en los orígenes mismos del mundo; para imprimir desde entonces en la naturaleza del agua la virtud de santificar. Oh Dios, que, lavando con las aguas los crímenes del mundo pecador, mostraste en el mismo diluvio un símbolo de la regeneración: para que un mismo elemento fuese misteriosamente fin de los vicios y origen de las virtudes. Mira, Señor, a tu Iglesia, y multiplica en ella tus regeneraciones, tú que, con el torrente de tu gracia, alegras tu ciudad, y abres la fuente del Bautismo a todo el orbe de las tierras, para renovar las gentes; a fin de que, con el imperio de tu Majestad, reciba la gracia de tu unigénito Hijo por el Espíritu Santo.

Aquí el Pontífice se para un momento y metiendo sus manos en el agua las divide en forma de cruz, mostrando con esto que por la virtud de la cruz han adquirido el poder de regenerar a las almas. Hasta la muerte de Cristo en la cruz este poder maravilloso, sólo les estaba prometido; para que fuera conferido se necesitaba la efusión de la sangre divina. Esa sangre, que obra en las almas por medio del agua con la virtud del Espíritu Santo que el Pontífice va a invocar más adelante.

El cual fecunde, con la secreta infusión de su luz, esta agua, preparada para regenerar a los hombres: a fin de que, alcanzada la santificación, salga del seno inmaculado de esta divina fuente una prole celestial, renacida a una nueva creatura; y, a los que el sexo distingue en el cuerpo, o la edad distingue en el tiempo, a todos les alumbre la madre gracia a una misma in-

fancia. Marche, pues, lejos de aquí, mandándolo tú, Señor, todo espíritu inmundo: aléjese toda maldad de diabólica astucia. No haya en este lugar el menor asomo del poder contrario: no vuele en torno, poniendo asechanzas: no se oculte agazapado: no corrompa, inficionando.

Después de estas palabras, por las cuales el Obispo pide a Dios que se digne alejar de estas aguas la influencia de los malos espíritus, que tratan de infectar toda la creación, extiende las manos sobre ellas al mismo tiempo que las toca. El carácter augusto del Pontífice y sacerdote es una fuente de santificación; y el contacto de su mano consagrada obra ya de por sí con propia virtud sobre las criaturas, cuando lo hace en virtud del sacerdocio de Cristo que reside en él.

Sea esta (agua) una criatura santa e inocente, libre de todo asalto del enemigo, y purificada con la huída de toda maldad. Sea una fuente viva, una agua regeneradora, una ola purificante: para que, todos los que van a ser lavados en este saludable baño, alcancen, por obra del Espíritu Santo, la gracia de la purificación perfecta.

Al mismo tiempo que pronuncia las palabras siguientes el Obispo bendice por tres veces las aguas de la fuente haciendo sobre ellas la señal de la cruz.

Por eso, te bendigo, criatura agua, por el Dios † vivo, por el Dios † verdadero, por el Dios † santo: por el Dios que, en el principio, te separó con su palabra de la tierra, y cuyo Espíritu era llevado sobre ti.

Al llegar aquí el Obispo, mostrándonos las aguas llamadas a fecundar al paraíso terrenal al cual rodean los cuatro ríos, los divide ahora con su mano y los extiende hacia las cuatro partes del mundo, que más tarde deben recibir la predicación de este Bautismo. Realiza este rito tan expresivo al mismo tiempo que pronuncia las palabras siguientes:

El cual te hizo manar de la fuente del Paraíso, y, dividida en cuatro ríos, te ordenó regar toda la tierra. El cual, siendo amarga en el desierto, dándote suavidad, te hizo potable, y te sacó de la roca para el pueblo sediento, Ben † dígote también por Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, el cual, con un milagro admirable, te convirtió con su potencia en vino, en Caná de Galilea. El cual anduvo sobre ti con sus pies: y fué bautizado por Juan en el Jordán. El cual te produjo de su costado, junto con sangre: y mandó a sus discípulos que fueran bautizados en ti los creyentes, diciendo: Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo.

En este momento el Obispo interrumpe el tono de prefacio, en el que hasta ahora había cantado y pronuncia lo siguiente en tono sencillo. Después de haber sellado las aguas con la señal de la cruz invoca sobre ellas la acción fecundante del Espíritu Santo.

A los que observamos estos preceptos, asístenos clemente, oh Dios omnipotente: y aspíranos benigno.

El Espíritu Santo lleva un nombre que significa Soplo; pues El es el soplo divino ese viento

huracanado que se extiende por el Cenáculo. El Pontífice manifiesta este carácter de la tercera Persona Divina, soplando sobre las aguas tres veces en forma de cruz; después continúa sin tomar todavía el tono del Prefacio.

Bendice con tu boca estas aguas simples: para que, además de la natural virtud que tienen para lavar los cuerpos, sean también eficaces para purificar las almas.

Tomando después el Cirio pascual sumerge en el agua su parte inferior. Este rito, que data del siglo XI, es un símbolo del Bautismo de Cristo en el Jordán, el día en que las aguas recibieron las arras de su poder divino. El Hijo de Dios había descendido al río, mientras el Espíritu Santo permanecía sobre su cabeza en forma de paloma. En el día de hoy no solamente se entrega las arras, sino que el agua recibe verdaderamente la virtud prometida, por la acción de las dos divinas personas.

Por esta razón el Obispo, volviendo a tomar el tono del Prefacio, canta lo siguiente al mismo tiempo que sumerge un poco el Cirio pascual en el agua, símbolo de Cristo sobre el cual se cierne la celestial Paloma.

Descienda sobre la plenitud de esta fuente la virtud del Espíritu Santo.

Una vez cantadas estas palabras, el Pontífice retira el Cirio del agua, metiéndole de nuevo un poco más. Y repitiendo en un tono más elevado:

Descienda sobre la plenitud de esta fuente la virtud del Espíritu Santo.

Por tercera vez vuelve a sacar el Cirio metiéndole de nuevo hasta el fondo de la fuente, cantando lo mismo que las dos veces anteriores en un tono todavía más elevado:

Descienda sobre la plenitud de esta fuente, la virtud del Espíritu Santo.

Esta vez antes de sacar el Cirio del agua el Obispo se inclina sobre la fuente para unir en un símbolo visible el poder del Espíritu Santo con la virtud de Cristo, vuelve a soplar sobre las aguas, no en forma de cruz como antes, sino trazando con su aliento esta letra del alfabeto griego: ψ que es la primera de la palabra Espíritu en esta lengua: ψυχή: después continúa la oración con estas palabras:

Y fecunde toda la substancia de esta agua con el poder de regenerar.

Entonces se saca el Cirio por completo del agua y el Obispo continúa:

Bórrense aquí las manchas de todos los pecados: límpiese aquí de todo rastro de vejez la naturaleza creada a imagen tuya, y restaurada en el honor de su principio: para que todo hombre, que reciba este Sacramento de regeneración, renazca a la infancia de la verdadera inocencia.

Luego el Obispo pronuncia lo siguiente en tono llano:

Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego. ℟. Amén.

Después que el pueblo ha respondido Amén, uno de los sacerdotes aspergea al pueblo con el agua de la fuente mientras uno de los clérigos llena un recipiente con el agua bendita, la cual está destinada para el servicio de la iglesia y la bendición de las casas de los fieles.

Las oraciones de la bendición del agua han terminado; y, sin embargo, la Iglesia no ha cumplido todavía con ello toda la ceremonia. El Jueves anterior, usando de los poderes que el Espíritu Santo la ha concedido, consagró los Santos Oleos y quiere ahora honrar el agua bautismal extendiendo estos Oleos cuya renovación ha sido acogida con tanta alegría. El pueblo cristiano aprenderá de este modo a venerar siempre la fuente que confiere la salvación a los hombres, y en la cual se hallan incluídos todos los símbolos de la adopción divina. El Obispo, tomando la ampolla que contiene el Oleo de los Catecúmenos, lo derrama en el agua, diciendo juntamente estas palabras:

"Sea esta fuente santificada y se haga fecunda por la infusión del óleo de salvación, para dar vida eterna a los que renazcan de su seno." Amén.

Después tomando el vaso del santo Crisma lo derrama en la fuente, diciendo:

"La infusión del crisma de Nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Consolador óbrese en nombre de la Santa Trinidad." Amén.

Teniendo en su mano derecha el Crisma, y en su izquierda el Oleo de los Catecúmenos, derrama en las aguas los dos frascos, a la vez, y acabando esta libación sagrada que manifiesta la superabundancia de la gracia bautismal, dice:

"La mezcla del Crisma de la santificación y del Oleo de la unción con el agua bautismal, óbrese en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Amén.

El Obispo extiende con la mano los Santos Oleos sobre la superficie del agua para que toda entera participe de este último grado de santificación.

El Bautismo. — Bendecida el agua, puede conferirse el Bautismo; en este caso se hace señal a los catecúmenos para que se acerquen al Obispo en medio del coro.

En los primeros siglos el Bautismo se verificaba no en el coro de la iglesia, sino en el bautisterio, distinto de la iglesia, y la ceremonia se verificaba de este modo: el cortejo se dirigía hacia el lugar en que estaba el agua; era un edificio separado de la iglesia y construido en retonda o en forma octagonal. En el centro hay un gran pozo a donde se sube y baja por escaleras.

Unos canales conducen allí el agua pura, que un ciervo de metal arroja por su boca. Encima de

la fuente se levanta una cúpula; en cuyo centro campea la imagen del Espíritu Santo; extendidas sus alas y como fecundando las aguas. Una balaustrada rodea el pozo a fin de que el recinto permanezca libre para los bautizados y sus padrinos y madrinas, que son los únicos que entran allí, junto con el Obispo y los sacerdotes. A poca distancia se han erigido dos tiendas; la una para los hombres y la otra para las mujeres; allí se retirarán los recién-bautizados para secarse y cambiarse de vestiduras.

He aquí el orden de la marcha hacia el Baptisterio. El cirio pascual representando a la columna luminosa que dirigió Israel a través de las sombras de la noche, hacia el mar Rojo, en cuyas aguas debían encontrar la salvación, marcha ahora a la cabeza de los catecúmenos. A su derecha van con los hombres su padrino, y con las mujeres su madrina; pues han sido admitidos a la regeneración mediante la presentación de un cristiano de cada sexo respectivamente. Dos acólitos llevan el uno el Santo Crisma y el otro el Oleo de los catecúmenos; a contiuación del clero viene el Obispo con sus ministros. Esta procesión está iluminada con el resplandor de las antorchas, mientras en los aires se oyen cánticos melodiosos. Se van repitiendo las estrofas del Salmo en que David compara sus deseos a los del ciervo que suspira por la fuente. El ciervo, cuya imagen ha sido colocada en el Baptisterio, es la figura del fervoroso catecúmeno.

Se acercaban uno a uno, conducidos los hombres por el padrino y las mujeres por la madrina. El Obispo se coloca sobre un estrado desde el cual domine la fuente. El catecúmeno, quitados los vestidos de la parte superior, baja las gradas de la fuente, y entra en el agua, conducido por la mano del Pontífice. Elevando la voz éste le pregunta: "¿Crees en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?—Creo, responde el Catecúmeno. ¿Crees en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que ha nacido y sufrido?—Creo. ¿Crees en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna?—Creo." Hecha la confesión de la fe, vuelve a preguntarle el Pontífice: "¿Quieres ser bautizado?—Quiero", responde el elegido. El Pontífice, extendiendo la mano sobre la cabeza de catecúmeno, la sumerge tres veces en las aguas de la fuente; diciendo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo."

Tres veces ha desaparecido el neófito bajo las aguas. El Apóstol nos explica esta parte del misterio. Las aguas han sido para el elegido el sepulcro en el cual ha estado oculto con Cristo, y como Cristo, sale con nueva vida. La muerte que acaba de sufrir es la muerte al pecado; la vida que posee desde ahora es la vida de la gracia [1]. El misterio completo de la resurrección del Hom-

[1] *Rom.*, VI, 4.

bre-Dios se reproduce en el cristiano bautizado. Pero antes de salir del agua este neófito, una ceremonia profunda, completa en él la semejanza con el Hijo de Dios. Aún estaba Jesús en las aguas del Jordán, cuando descendió sobre su cabeza la Paloma divina; antes que el neófito salga de la fuente un sacerdote derrama sobre su cabeza el Crisma, don del Espíritu Santo. Esta unción indica en el elegido, al carácter real y sacerdotal del cristiano que por su unión con Jesucristo, su jefe, participa, en cierto grado, de su Realeza y de su Sacerdocio. Colmado de los favores del Verbo Eterno y del Espíritu Santo, adoptado por el Padre que ve en él un miembro de su propio Hijo, el neófito sale de la fuente por las gradas del lado opuesto, semejándose a esas ovejas del divino Cántico, que suben de la piscina donde han purificado su blanco vellón [1]. El padrino le aguarda junto al borde; le da la mano para subir y cubriéndole con su lienzo le seca el agua que se desliza por su cuerpo.

El Obispo continúa su noble función; cuantas veces sumerge un pecador en las aguas, otras tantas renace un justo de la fuente. Pero no puede ejercer durante largo tiempo un ministerio en el cual los sacerdotes pueden suplirle. Solamente él puede administrar a los neófitos el sacramento que debe confirmarles por el don del Espíritu Santo; y si para ejercer este poder divino, esperase el momento en el cual estuvieran

[1] *Cant.*, IV, 2.

regenerados ya, todos los catecúmenos, llegaría el gran día sin haber efectuado todos los misterios de esta santa noche. Se limita, pues, a administrar el Santo Bautismo a algunos catecúmenos, hombres, mujeres y niños, y, deja a los sacerdotes el cuidado de recoger el resto de la mies del Padre de familia. En el Baptisterio hay un lugar especial llamado *Chrismarium*, porque aquí el Pontífice debe administrar el sacramento del Crisma; vuelve a este lugar y sube al trono que le ha sido preparado. Se reviste de nuevo los ornamentos sagrados que había dejado para bajar a la fuente; y en seguida se colocan a sus pies los neófitos que acaba de bautizar, y después los que son regenerados por los sacerdotes. Entrega a cada uno un vestido blanco que llevarán hasta el sábado siguiente y les dice: "Recibid el vestido blanco, santo e inmaculado; y llevadlo al tribunal de nuestro Señor Jesucristo para obtener la vida eterna." Habiendo recibido este elocuente símbolo, los neófitos se retiran a las tiendas que han sido preparadas en el Baptisterio; dejan sus vestidos mojados de agua, tomando otros, y con la ayuda de sus padrinos o de sus madrinas se revisten por encima con la ropa blanca, que han recibido del Obispo. Vuelven al *Chrismarium*, donde el Pontífice les va a administrar solemnemente el sacramento de la Confirmación.

La Confirmación. — El Jueves, en medio de las solemnidades de la consagración del Crisma,

el Pontífice recordaba a Dios, que cuando las aguas hubieron cumplido su ministerio, purificando la tierra, la Paloma apareció en el mundo renovado, llevando en su pico el ramo de olivo que anunciaba la paz y el reino de aquel que ha dado a la Unción el nombre sagrado que lleva para siempre. Nuestros neófitos, purificados también en el agua, esperan ahora, a los pies del Pontífice, los favores de la Paloma divina, la señal de la paz de la cual es símbolo la oliva. El Santo Crisma ha sido ya derramado sobre su cabeza; pero no era más que el signo de la dignidad a la cual han sido elevados. Desde este momento, no significa solamente la gracia, sino que la obra en las almas; pero no está en poder del sacerdote el administrar esta unción que confirma al cristiano; exige la mano del Pontífice, de quien solamente, también procede la consagración del Crisma.

Delante de él están los neófitos, los hombres a un lado, las mujeres a otro, los niños entre los brazos de sus padrinos y madrinas. Los adultos apoyan su pie derecho sobre el pie derecho de los que han servido su padre o madre, significando por esta unión la filiación de la gracia en la Iglesia.

A la vista de esta grey, reunida en derredor suyo, el Pastor se alegra en su corazón y levantándose de su trono, exclama: "Que el Espíritu Santo descienda sobre vosotros y que la virtud del Altísimo os guarde de todo pecado." Luego,

imponiendo las manos sobre ellos, invoca el Espíritu de los siete dones, a quien solamente pertenece asegurar en los neófitos las gracias que han recibido en las aguas de la divina fuente. Conducidos por sus padrinos, se acercan al Pontífice, unos después de otros, ávidos de recibir la plenitud del carácter del Cristiano. El Obispo, habiendo metido su dedo pulgar en el vaso que contiene el Crisma, les marca a cada uno, en la frente con el sello indeleble, diciendo: "Yo os signo con la señal de la Cruz y os confirmo con el Crisma de la salvación, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Y dándole una palmada en la mejilla, que era entre los antiguos la señal de la manumisión de un esclavo, les concede la libertad completa de hijos de Dios, diciéndoles: "La paz sea con vosotros"[1]. Los ministros del Pontífice rodean la cabeza de los nuevos confirmados con una cinta destinada a evitar todo contacto profano con la parte de la frente que ha sido ungida con el Santo Crisma.

El neófito debe guardar durante siete días esta cinta, y ha de dejarla juntamente con el ropaje blanco que acaba de revestir.

[1] Antiguamente una vez que se decía: "Pax tecum", el Pontífice daba el beso de paz al nuevo confirmado. Más tarde, por modestia, este beso fué reemplazado por una caricia en la cara, que fué para ciertos simbolistas sinónimo de bofetada, debiendo estar el cristiano preparado para sufrir por Cristo y con Cristo todas las ignominias y sacrificios. Para otros, recordaría el espaldarazo que recibían los que en la Edad Media eran armados caballeros, quedando así el confirmado armado soldado de Cristo.

Entre tanto, en medio de estos misterios, han pasado las horas de la noche y se acerca el momento de celebrar, con un sacrificio de alegría, el instante supremo en que Cristo va a salir del sepulcro. Es hora de que el Pastor conduzca al templo santo su feliz rebaño que ha aumentado tan gloriosamente. Es hora de dar a estas ovejas queridas el alimento divino a que tienen derecho desde este día.

Las puertas del Baptisterio se abren y la procesión se pone en marcha hacia la Basílica. El Cirio pascual, columna de fuego, precede la muchedumbre de los neófitos. El pueblo fiel sigue al Pontífice y al clero, que penetran triunfantes en la Iglesia.

Durante el camino se canta el Cántico de Moisés, después del paso del mar Rojo.

VI. RENOVACION DE LAS PROMESAS DEL BAUTISMO Y SEGUNDA PARTE DE LAS LETANIAS

Terminada la bendición del agua, llévasela a la fuente bautismal. La procesión se dirige allá entonando el cántico "Sicut cervus".

TRACTO

Como el ciervo desea las fuentes de las aguas: así mi alma te desea a ti, oh Dios. ℣. Mi alma siente sed del Dios vivo: ¿cuándo iré, y, apareceré ante la cara de Dios? ℣. Son las lágrimas mi pan de día y de noche,

mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?

Puesta el agua en la pila bautismal, el celebrante, juntas las manos dice en tono ferial:

℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

Omnipontente y sempiterno Dios, mira propicio la devoción de tu pueblo renaciente, que, como un ciervo, se dirige a la fuente de tus aguas: y haz propicio que la sed de su fe santifique, por el sacramento del Bautismo, su cuerpo y su alma. Por el Señor. ℟. Amén.

A continuación inciensa la pila, que todos debemos mirar y respetar como algo muy sagrado y querido, como el seno materno en el que fuimos reengendrados para la vida eterna, y luego todos vuelven en silencio al coro.

El Obispo toma entonces estola y capa blancas, inciensa el cirio, y vuelto hacia el clero y los fieles, los cuales tienen todos sus velas encendidas, les dirige una alocución invitándoles a renovar las promesas que hicieron en su Bautismo. Todos están de pie y responden:

Esta sacratísima noche, amadísimos hermanos, la santa Madre Iglesia, recordando la muerte y sepultura de Nuestro Señor Jesucristo, se mantiene en vela devolviendo amor por amor, y, celebrando su gloriosa resurrección, llena de gozo se alboroza.

Pero, como, según enseña el Apóstol, fuimos sepultados juntamente con Cristo por el bautismo para morir al pecado, de igual modo que Cristo resucitó de entre los muertos, así conviene que también nosotros ca-

minemos en una vida renovada, sabiendo que nuestro hombre viejo ha quedado juntamente crucificado con Cristo para que no sirvamos más al pecado. Consideremos, pues, que ciertamente estamos nosotros muertos para el pecado, pero que vivimos para Dios en Jesucristo, Señor nuestro.

Por tanto, queridísimos hermanos, terminado el ejercicio de la Cuaresma, renovemos las promesas del santo bautismo, con las que en otro tiempo renunciamos a Satanás y a sus obras, así como al mundo, que es enemigo de Dios, y dimos palabra de servir fielmente a Dios en la Santa Iglesia católica.

Así, pues:

El celebrante: ¿Renunciáis a Satanás?

Todos: Renunciamos.

El celebrante: ¿Y a todas sus obras?

Todos: Renunciamos.

El celebrante: ¿Y a todas sus pompas?

Todos: Renunciamos.

El celebrante: ¿Créis en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra?

Todos: Creemos.

El celebrante: ¿Créis en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que nació y padeció?

Todos: Creemos.

El celebrante: ¿Créis también en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable?

Todos: Creemos.

El celebrante: Pues ahora juntamente a una roguemos a Dios como Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a orar:

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nues-

tros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén.

El celebrante: Y Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos regeneró por medio del agua y del Espíritu Santo, y que nos concedió el perdón de los pecados, El mismo nos conserve con su gracia en el mismo Jesucristo, Señor Nuestro, para la vida eterna.

Todos: Amén.

Y asperja al pueblo con el agua bendita antes.

En fin, para terminar se concluye el canto de las Letanías de los Santos mientras el Obispo se dirige a la sacristía donde se reviste de los ornamentos sagrados, todo refulgentes del esplendor pascual.

VII. LA MISA SOLEMNE DE LA VIGILIA PASCUAL

La Letanía se acaba; y los cantores han llegado ya a la invocación que la termina: *Kyrie eleison!* El Pontífice avanza de la sacristía hacia el altar con la majestad de los días más solemnes. A su vista los cantores prolongan la melodía de las palabras de invocación, y las repiten tres veces; tres veces dirigen la invocación al Hijo de Dios: *Christe eleison!*, y, en fin, la invocación al Espíritu Santo: *Kyrie eleison!*

Mientras se ejecutan estos cantos, el Obispo o celebrante juntamente con los ministros, revestidos de ornamentos blancos, se acerca al altar, y, hecha la debida reverencia y omitido el salmo y la confesión, sube a él, lo besa en medio

y le inciensa como de costumbre. De este modo se omite la antífona llamada Introito.

La Basílica comienza a iluminarse con las primeras luces de la aurora. La asamblea de los fieles, dividida en varias secciones, los hombres en la nave derecha, las mujeres en la izquierda, ha recibido en sus filas los nuevos soldados. Cerca de las puertas, el lugar de los Catecúmenos está vacío; y en las naves laterales, en los lugares de honor se distingue a los neófitos con su banda y con el Cirio encendido que tienen en sus manos. La incensación del altar ha terminado; de pronto, ¡oh triunfo del Hijo de Dios resucitado! La voz del Pontífice entona el himno Angélico "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad."

A estas palabras, las campanas, mudas desde hace tres días, tocan alborozadas en el campanario de la Basílica; y el entusiasmo de nuestra santa fe hace palpitar todos los corazones. El pueblo continúa con entusiasmo el cántico celestial y una vez concluído el Obispo resume en la siguiente oración los votos de toda la Iglesia en favor de sus nuevos hijos.

COLECTA

Oh Dios, que ilustras esta sacratísima noche con la gloria de la Resurrección dominical: conserva en la nueva prole de tu familia el espíritu de adopción, que le has dado; para que, renovados en cuerpo y alma, te presten un servicio puro. Por el mismo Señor.

Después de la Colecta el subdiácono sube al ambón de la Epístola y lee el pasaje que el Apóstol dirige a los neófitos en el momento mismo en que acaban de resucitar con Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los colosenses (III, 1-4).

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que es de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios: saboread lo que es de arriba, no lo que hay sobre la tierra. Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida, con Cristo, en Dios. Cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con El en la gloria.

Acabada esta lectura tan breve, pero cuyas palabras encierran sentido muy profundo, el subdiácono baja del ambón y se coloca delante del trono del Obispo. Después de saludarle con profunda inclinación, canta con voz jubilosa estas palabras que resuenan por la Basílica y despiertan de nuevo la alegría en todas las almas: "Reverendísimo Padre; os anuncio una gran alegría: es el *Alleluia.*"

El Obispo se levanta y canta con alegría el *Alleluia*. El coro repite *Alleluia* y dos veces se cambia este grito celestial entre el coro y el Pontífice. En este momento se desvanecen todas las tristezas pasadas; se siente que las penitencias de la Santa Cuaresma han sido aceptadas por la divina Majestad y que Padre de los siglos, por los méritos de su Hijo resucitado, perdona al mundo,

puesto que le vuelve el derecho de oír el cántico de la eternidad. El coro añade este verso del real Profeta que pregona la misericordia de Dios.

CONFITEMINI

Confesad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es eterna.

Con todo eso falta todavía algo en las alegrías de hoy. Jesús ha salido del sepulcro, pero en esta hora en que estamos, no se ha manifestado aún a todos. Unicamente su Santa Madre, Magdalena y las otras santas mujeres le han visto; esta tarde solamente se mostrará a sus apóstoles. Estamos en la aurora de la resurrección, por eso la Iglesia canta por última vez las alabanzas del Señor en la forma cuaresmal del Tracto.

TRACTO

Alabad al Señor, gentes todas: y alabadle juntos, pueblos todos. ℣. Porque se ha confirmado sobre nosotros su misericordia: y la verdad del Señor permanece para siempre.

Mientras el coro canta este cántico de David, el diácono se dirige hacia el ambón, desde el que hará oír las palabras del Santo Evangelio. No le acompañan los ceroferarios, pero sí el turiferario con el incienso. He aquí una alusión a los sucesos de esta gran mañana. Las mujeres han ido al sepulcro con perfumes, pero la fe de la resurrección no brillaba en sus almas. El incienso

recuerda los perfumes, la ausencia de los ciriales significa que no tenían fe.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo (XVIII, 1-7).

Y en la noche del sábado, al amanecer del día primero, fué María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro. Y he aquí que hubo un gran terremoto: porque el Angel del Señor descendió del cielo: y, acercándose, separó la piedra, y se sentó sobre ella: y su cara era como el relámpago: y sus vestidos, como la nieve. Y por temor a él se aterraron los centinelas, y se quedaron como muertos. Y, hablando el Angel, dijo a las mujeres: No temáis: sé que buscáis a Jesús, que fué crucificado: no está aquí: ha resucitado, según lo dijo. Venid y ved, el lugar donde estuvo sepultado el Señor. Y, yendo luego, decid a sus discípulos que ha resucitado: y he aquí que El os precederá en Galilea: allí le veréis. Ya os lo he predicho.

Después de la lectura del Evangelio el Pontífice no entona el Credo. La Iglesia lo reserva para la Misa solemne que reunirá de nuevo al pueblo fiel. Sigue en cada uno de sus momentos las fases del misterio divino y quiere recordar en este momento el intervalo que sucedió antes de que los Apóstoles, que debían anunciar por todas partes la fe de la resurrección, le hubiesen rendido homenaje.

Después de saludar al pueblo, el Pontífice se prepara para ofrecer a la divina Majestad el pan y el vino que van a servir en el sacrificio; y por una derogación al uso observado en todas las

misas no se canta el Ofertorio. Cada día esta Antífona acompaña el acercamiento de los fieles al altar, cuando presentan el pan y el vino que se les volverá a entregar en la Comunión transformado en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Pero la función es muy larga; si el ardor de las almas es siempre el mismo, se siente la fatiga del cuerpo, y los niños que están en ayunas para la comunión dan a entender con sus gritos el sufrimiento que padecen. El pan y el vino, materias del divino sacrificio, serán suministrados hoy por la Iglesia y los neófitos no dejarán por eso de sentarse a la mesa del Señor, aunque no hayan presentado el pan y el vino.

Después de haber hecho la ofrenda e incensado el pan y el vino, preparados y luego el altar, el Pontífice resume los votos de los asistentes en la Secreta, a la que sigue el Prefacio Pascual.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, recibas las preces de tu pueblo, con las oblaciones de las hostias: para que, iniciadas éstas con los misterios pascuales, nos sirvan, por obra tuya, de remedio eterno. Por el Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que en todo tiempo, Señor, te prediquemos glorioso, pero sobre todo en esta noche, cuando Cristo, nuestra Pascua, fué inmolado. Porque El es el verdadero Cordero que quita los pecados del mundo. El cual, muriendo, destruyó nuestra muerte, y, resucitando, reparó la vida. Y, por eso, con los Angeles y los Arcán-

geles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, etc.

Comienza el Canon y se obra el misterio divino. Ninguna ceremonia se cambia hasta el momento que precede a la Comunión. Existe una costumbre, que se remonta a los tiempos Apostólicos, de que los fieles, antes de participar del cuerpo y sangre del Señor se den el beso fraternal, pronunciando al mismo tiempo estas palabras: "La paz sea con vosotros." En esta primera Misa Pascual, se omite esta costumbre. La tarde del día de su resurrección, Jesús dirigió estas mismas palabras a sus discípulos reunidos. La Santa Iglesia, llena de respeto por las menores circunstancias de la vida de su celestial Esposo, gusta recordarlas en sus ejercicios. Por este mismo motivo omite hoy el canto del *Agnus Dei* que por lo demás data del siglo séptimo y que dice en su tercera repetición estas palabras: "Danos la paz." Pero ha llegado el momento en que los neófitos por vez primera, van a gustar el pan de vida y beber la bebida celestial que Cristo instituyó en la última Cena. Iniciados por el agua del Espíritu Santo, tienen siempre derecho a sentarse en el banquete sagrado; y la túnica blanca que les cubre muestran claramente que su alma está adornada con el vestido nupcial exigido a los convidados al festín del Cordero. Se acercan al altar alegres y respetuosos. El diácono les da el

cuerpo del Señor y les presenta en seguida el cáliz de la sangre divina. Son también admitidos los niños y el diácono mojando su dedo en la copa sagrada deja caer algunas gotas en su boca. En fin, para significar que en estas primeras horas de su Bautismo todos son "semejantes a niños que acaban de nacer", como dice el Príncipe de los Apóstoles, se da a todos después de la Comunión un poco de leche y miel, símbolos de la infancia, y a la vez de la tierra prometida por el Señor a su pueblo.

Hechas todas las cosas, el Obispo termina las oraciones de Sacrificio pidiendo al Señor el Espíritu de paz entre todos los hermanos a quienes una misma Pascua ha reunido en la participación de los mismos misterios. La misma Iglesia les ha llevado en su seno maternal y la misma fuente les ha engendrado a la vida; son miembros de un mismo Jefe divino; el mismo espíritu les ha marcado con su sello el mismo Padre celestial les ha adoptado. Dada la señal por el diácono, en nombre del Pontífice, la asamblea se separa, y los fieles saliendo de la Iglesia, se retiran a sus casas, esperando que la hora del Santo Sacrificio les reuna de nuevo, para celebrar con más esplendor aún la Fiesta de las fiestas, la Pascua de Resurrección.

Laudes. — Mientras se mantuvo la costumbre de celebrar la Vigilia Pascual por la noche, la Vigilia Pascual, que terminaba al amanecer del

domingo, no había otro Oficio nocturno o matutino. No fué sino más tarde, al introducirse la costumbre de anticipar la Misa de la Noche de Pascua a la Mañana del Sábado Santo, cuando se pensó en adaptar un Oficio de Vísperas. Estando ya la mañana completamente llena con los grandiosos ritos que ya conocemos, la Iglesia resolvió adoptar para este Oficio una forma brevísima, impregnada además del carácter alegre que convenía después de haber vuelto a escuchar el Aleluya. Dispusiéronse, pues, esas Vísperas de modo que formaran un cuerpo con la Misa.

Restaurada ahora la Vigilia Pascual, ésta reemplaza los Maitines y Laudes de Pascua, y la Iglesia ha conservado tan sólo un resumen de los Laudes, unidos a la Misa, cuya acción de gracias desarrollan, para terminar con la oración de la Poscomunión.

Así, pues, terminada la distribución de la sagrada comunión en el altar, se cantan en el coro la Antífona y Salmo siguientes:

Aleluya, aleluya, aleluya.

Salmo 150

Alabad al Señor en su santuario, * alabadle en el firmamento de su majestad.

Alabadle por sus hazañas, * alabdle según la muchedumbre de su grandeza.

Alabadle al son de las trompetas, * alabadle con el salterio y la cítara.

Alabadle con tímpanos y danzas, * alabadle con las cuerdas y el órgano.

Alabadle con címbalos resonantes, * alabadle con címbalos de júbilo; * todo cuanto respira alabe al Señor.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, *...

Y se repite la Antífona: *Aleluya, aleluya, aleluya.*

No se cantan más salmos ni capítula ni himno ni versículo, sino el celebrante entona enseguida, para el *Benedictus*, esta Antífona:

Y muy de mañana, * el primer día de la semana, van al sepulcro, nacido ya el sol, aleluya.

CANTICO *(Lc., 1, 68-79)*

Bendito el Señor, Dios de Israel, * porque ha visitado y redimido a su pueblo,

Y ha levantado en favor nuestro un cuerno de salvación * en casa de David, su siervo,

Conforme lo dijo por boca de sus santos profetas * que antaño fueron,

Que nos había de librar de nuestros enemigos, * y del poder de todos los que nos aborrecen,

Para hacer misericordia con nuestros padres, * y acordarse de su alianza santa.

El juramento que juró a Abraham * nuestro padre:

Darnos que sin temor, libres del poder de los enemigos, † y le sirvamos en santidad y justicia, * en su presencia todos nuestros días.

Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, * pues irás delante del Señor para preparar sus caminos,

Para dar ciencia de salud a su pueblo, * con la remisión de sus pecados,

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, * en las cuales nos visitará naciendo de lo alto,

Para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte, * para enderezar nuestros pies por el camino de la paz.

Gloria al Padre y al Hijo * y al Espíritu Santo,
Como era en un principio, y ahora y siempre, * y por los siglos de los siglos. Amén.

Durante el cántico del *Benedictus* inciensa el celebrante el altar, y luego, repetida la antífona *Y muy de mañana*, canta en el altar la oración:

POSCOMUNION

Infúndenos, Señor el Espíritu de tu caridad: para que, a los que has saciado con los Sacramentos pascuales, les unifiques con tu piedad. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu.

Acabada la oración, el diácono al dar a los fieles la señal para retirarse añade a la forma ordinaria dos ALLELUIA y esto mismo se observa al final de todas las misas hasta el Sábado siguiente inclusive.

℣. Retiraos; la Misa ha terminado, Alleluia, Alleluia.
℟. Demos gracias a Dios, Alleluia, Alleluia.

La Misa concluye con la bendición del Obispo o celebrante, omitiéndose la lectura del Evangelio según San Juan.

Tal es la solemne función de esta venerable y sublime Vigilia Pascual, que no ha perdido casi nada tocante a las oraciones y ceremonias, pero que tenía necesidad de acercarse más, como lo hemos hecho notar, a los usos antiguos, para mejor recordar toda su grandiosidad y todo su significado.

PROPIO DE LOS SANTOS

3 DE FEBRERO

SAN BLAS, OBISPO Y MARTIR

La enseñanza de los santos. — Pasados cuarenta días después del Nacimiento del Salvador, nos abre la Iglesia la fuente de robustas y serias meditaciones destinadas a prepararnos a la penitencia. Cada fiesta de los Santos debe causarnos la impresión propia para vivir este santo Tiempo. En el período del que acabamos de salir, todos los amigos de Dios que debíamos celebrar, nos parecían radiantes con las alegrías del Nacimiento del Emmanuel; formaban su corte esplendorosa y triunfante. Desde ahora a la Resurrección del Hijo de Dios les consideraremos, sobre todo, en los trabajos de su peregrinación por esta tierra. Lo que nos interesa hoy es ver y estudiar cómo han vencido al mundo y la carne. "Van, dice el Salmista, y arrojan la semilla en el surco regándola con sus lágrimas; pero volverán alegres, cargados con las gavillas que habrán

producido sus sudores"[1]. Esperemos que será así con nosotros al fin de estos días de trabajos, y que Cristo resucitado nos acogerá como a sus miembros vivos y renovados.

En este tiempo que vamos a recorrer, abundan los mártires, y hoy comenzamos por uno de los más célebres.

VIDA. — De las *Actas* de San Blas no se puede saber sino que fué Obispo de Sebaste y mártir al principio del siglo IV. En Oriente, y sobre todo en Armenia, se tiene gran devoción a San Blas, y su culto, introducido muy pronto en Occidente, ha sido siempre muy popular. Por su poder en curar a personas y animales se considera como uno de los Santos Auxiliares. Se le invoca especialmente contra los males de garganta y de muelas. Como se han llamado muchos santos con el nombre de Blas es difícil saber con certeza cuáles son sus reliquias.

¡Oh San Blas! unimos nuestras voces a las alabanzas de todas las Iglesias. En pago de nuestros homenajes dirige tu mirada sobre nosotros, desde el culmen de la gloria en que reinas y miras a los fieles de toda la cristiandad, que se preparan para las santas expiaciones de la penitencia, y desean convertirse al Señor, su Dios, por las lágrimas y el arrepentimiento. Acuérdate de tus propios combates y ayúdanos en la renovación que vamos a emprender. Tú no temiste los tormentos de la muerte, y por ruda que fuese la prueba, la soportaste con valor.

---

[1] *Salmo*, CXXV.

Ayúdanos en una situación no menos peligrosa. Nuestros enemigos no son nada en comparación de los que fuiste vencedor; pero son pérfidos; y si no tenemos cuidado pueden derribarnos. Obtenednos el socorro divino, causa de tus triunfos; somos hijos de mártires; que su sangre no degenere en nosotros. Acuérdate también del país regado con tu sangre. La fe estaba vacilante; al fin parece que brillan días mejores. Por tus oraciones, haz volver a Armenia a la Iglesia Católica, y consuela, por la vuelta de sus hermanos, a los fieles que, en medio de tantos peligros, han permanecido ortodoxos.

4 DE FEBRERO

SAN ANDRES CORSINO, OBISPO Y CONFESOR

Gloria de la humildad. — Hoy es un Obispo, quien, por su austera vida y su ardiente celo por la salvación de las almas, nos invita a pensar seriamente en nuestra reconciliación con Dios. Menos conocido que otros muchos santos, debe a Clemente XII, miembro de la familia Corsini, el honor de ser celebrado en la Iglesia Universal. Pero el Pontífice no fué más que el instrumento de la divina Providencia. El santo Obispo de la pequeña ciudad de Fiésole, vivió siempre en la oscuridad, y Dios ha querido glorificarle en toda la Iglesia. Por lo demás, Andrés fué pecador an-

tes de ser santo; su ejemplo nos animará para reconciliarnos sinceramente con Dios.

VIDA. — Andrés nació en 1302, en Florencia, de la familia de los Corsini. Su juventud, piadosa al principio, fué algún tiempo desordenada, hasta que en 1318 ingresó en la Orden de los Carmelitas. Siendo doctor en la Universidad de París fué llamado para gobernar su Orden en Toscana. Consagrado Obispo de Fiésole, unió a su solicitud pastoral la misericordia hacia los pobres, la liberalidad, la asiduidad a la oración, y muchas otras virtudes. Enviado a Bolonia, como Legado, para apaciguar una rebeldía, restableció la paz. Agotado por los trabajos y las penitencias murió el 6 de febrero de 1373. Su cuerpo descansa en Florencia en la iglesia de su Orden.

Escucha, Santo Pontífice, la oración de los pecadores; quieren aprender de ti el camino del retorno a Dios; Tú experimentaste su misericordia; a ti te toca obtenerla para nosotros. Sé propicio al pueblo cristiano, en estos días, en que la gracia de la penitencia se ofrece a todos; por tus oraciones, haz bajar sobre nosotros el espíritu de arrepentimiento. Hemos pecado y pedimos perdón; inclina a nuestro favor el corazón de Dios. Cámbianos de lobos en corderos; fortifícanos contra nuestros enemigos; haznos crecer en la virtud de la humildad, que tanto resplandeció en ti y pide al Señor que la perseverancia corone nuestros esfuerzos, como ha coronado los tuyos para que cantemos contigo, como tú, las misericordias de nuestro común Redentor.

5 DE FEBRERO

SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MARTIR

La Santa Madre Iglesia propone hoy a nuestra veneración a la virgen siciliana Santa Agueda. Las santas tristezas del ciclo litúrgico en que nos hallamos no han de substraer nada a los homenajes que le son debidos. Cantando sus alabanzas, contemplaremos también sus ejemplos; y ella, desde el cielo, nos mirará sonriente y nos animará a proseguir por el camino único que puede conducirnos a Aquel a quien ella siguió hasta el fin en este mundo y con el que ahora reina eternamente.

VIDA. — Agueda nació en Catania o según piensan otros en Palermo. Sabemos por San Metodio de Constatinopla que era de familia cristiana y que para salvaguardar su virginidad tuvo que sufrir muchos ataques y aún el martirio. Sin embargo, hoy día no poseemos ningún documento contemporáneo ni sobre su vida, ni sobre su martirio del que, incluso la fecha, nos es desconocida. Pronto se extendió su culto por causa de la eficacia milagrosa de su velo contra las erupciones del Etna y de allí se propagó a toda la Iglesia. Su nombre fué incluído por San Gregorio Magno en el Canon de la Misa y en el siglo x se compuso un oficio propio en su honor.

SÚPLICA. — ¡Oh Agueda! ¡Qué bellos son tus laureles! ¡Mas qué largos y crueles fueron los

combates en los cuales los obtuviste! Tú has vencido; has salvado intacta la fe y tu virginidad; pero tu sangre ha enrojecido la arena y tus heridas dan testimonio a los ojos de los mismos ángeles, de tu heroico valor en la guarda de fidelidad al Salvador. La iglesia entera te saluda hoy ¡oh virgen mártir! Sabe ella que la dicha de que hoy gozas entre los bienaventurados no te hace indiferente para con sus necesidades y que tú no la olvidas. Eres nuestra hermana; sé también nuestra madre. Mucho tiempo ha que, dejando las ligaduras de tu cuerpo mortal, después de haberlo santificado con la pureza y el sufrimiento, volaste a la mansión de la eterna paz; pero ¡ay! la guerra entre el espíritu y la carne continúa aquí abajo hasta hoy y continuará siempre. Asiste, pues, a tus hermanos; reanima en sus corazones la llama del fuego sagrado que el mundo y las pasiones tratan de extinguir. En estos días, todo cristiano debe pensar en fortalecerse en las aguas salutíferas de la compunción; aviva en todos el espíritu de temor de Dios, que vele sobre los desvaríos de la naturaleza corrompida; el espíritu de penitencia que repare las culpas que por nuestra flaqueza hayamos cometido, y el amor que endulce el yugo, y asegure la perseverancia. Muchas veces, vuestro velo virginal, expuesto ante los torrentes de lava que descendían del Etna, los detuvo en su curso arrasador a la vista de un pueblo entero;

opón tú, en este tiempo, la poderosa influencia de tus inocentes oraciones a esta marea corruptora, que cunde ya sobre nosotros y amenaza rebajar nuestras costumbres al nivel de las del paganismo. El tiempo apremia, ¡oh Agueda! socorre a las naciones infectadas con el veneno de una literatura infame; aparta esta copa venenosa de los labios de aquellos que aún no la han gustado; arráncala de las manos de los que en ella han encontrado la muerte. Perdónanos el baldón de ver el triunfo del sensualismo, que se apresura a devorar a Europa y frustra los malignos designios que el infierno tiene concebidos sobre la humanidad.

6 DE FEBRERO

SAN TITO, OBISPO Y CONFESOR

Un discípulo de San Pablo. — Hoy la sagrada liturgia pone ante nuestra consideración un Obispo de la Edad Apostólica, discípulo de S. Pablo; su vida nos es poco conocida; pero el doctor de las gentes le ha hecho inmortal con la epístola que le dirigió. Por donde quiera que la fe de Cristo sea llevada, Tito lo mismo que Timoteo, será conocido de los fieles; y la Iglesia consultará con veneración hasta las consumaciones de los siglos la Epístola dirigida a un simple Obispo de la isla de Creta, pero que fué dictada

por el Espíritu Santo, y por lo mismo destinada a formar parte de la Sagrada Escritura que contiene la palabra de Dios. Los consejos y normas de dirección que encierra esta admirable Epístola fueron la regla del Santo Obispo, a quien Pablo profesaba un amor tan tierno. Tito tuvo la gloria de establecer el cristianismo en esta isla, en que el paganismo tenía uno de sus principales centros. Sobrevivió a su maestro, inmolado en Roma, bajo el filo de la espada en el reinado de Nerón; y como San Juan en Efeso, se durmió apaciblemente en el Señor, en edad muy avanzada, rodeado de veneración por parte de la cristiandad que él mismo había fundado. Su vida ha dejado tras sí pocas huellas; pero las que nos quedan referentes a él dan una idea clara de uno de esos hombres de virtud eminente, que Dios escogió al principio, para hacer de ellos los primeros pilares de la Iglesia [1].

SÚPLICA. — ¡Oh bienaventurado discípulo de San Pablo, la Iglesia ha querido dedicar un día en el año para celebrar tus virtudes e implorar tu intercesión; muéstrate propicio a los fieles que glorifican al Espíritu Santo por los dones que difundió sobre ti! Has cumplido con celo y constancia el cargo pastoral; todos los rasgos que

[1] Una piadosa tradición pretende afirmar que San Tito fué el Apóstol de los Dálmatas y que murió muy entrado en años, en Creta. Pío IX ordenó que su fiesta fuese celebrada en toda la Iglesia.

según tu maestro San Pablo, deben formar el carácter de un Obispo, y que él enumera en la carta que te dirigió, se hallan reunidos en tu persona. Acuérdate de la Iglesia militante cuyos primeros pasos sostuviste. Frecuentemente ha sido combatida, pero ha triunfado de todos los obstáculos, y camina hacia adelante convirtiendo las almas y dirigiéndolas hacia su celestial Esposo, hasta el día en que venga a detener el curso de los tiempos para abrir las puertas de la eternidad. Hasta tanto que esta hora haya sonado, contamos, oh Tito, con tu poderosa intercesión; desde lo alto del cielo salva con tu poderosa intercesión a las almas, como lo hiciste en la tierra con tus trabajos pastorales. Pide a Jesús pastores que sean semejantes a ti. Y que en la isla, que un día conquistaste para la verdadera fe, y sobre la que hoy se extienden las sombras de la infidelidad y los estragos del cisma, tremole el estandarte de la cruz; que, por tus méritos, la cristiandad de Oriente se reanime y que aspire a la unidad, única que puede preservarla de una disolución completa.

EL MISMO DIA

SANTA DOROTEA, VIRGEN Y MARTIR

Heroísmo de la mujer cristiana. — El mismo día que la Iglesia venera al insigne discípulo de San Pablo, una de las más amables Esposas de

Cristo nos consuela con su presencia; es Santa Dorotea; la virgen que va sembrando de los más admirables prodigios, el camino que la conduce al martirio. Nuestra sacrosanta religión es la única que nos ofrece estas escenas maravillosas, en que se ve a una mujer desplegar una energía que sobrepasa a veces la de los más valientes mártires. Se ve claramente que Dios se complace en quebrantar la cabeza de su enemigo con la fragilidad de ese pie que Satanás tanto teme. "*La enemistad entre la mujer y la serpiente*", produce en los anales de la Iglesia esas luchas en que el ángel rebelde es vencido, con tanta mayor vergüenza y odio por su parte, cuanto su vencedor le parece menos digno de excitar su alarma. Ahora debe ya saber, después de tan humillante y duras experiencias, cuán temible es la mujer cristiana para él; y nosotros que contamos tantas heroínas entre los antepasados de nuestra gran familia, debemos estar orgullosos de ellas y venerar su memoria. Apoyémonos en su constante protección, pues son poderosas ante el acatamiento de Dios. Entre ellas Dorotea ocupa uno de los más aventajados puestos; glorifiquemos su victoria y merezcamos sus auxilios.

VIDA.—La virgen Santa Dorotea, nacida en Cesárea de Capadocia, fué apresada y martirizada por orden del gobernador Apricio, hacia fines del siglo III. Su *Pasión* nos cuenta que un oficial llamado Teófilo, oyéndola orar a su divino Esposo, la pidió, en son de mofa,

que le enviase flores y frutos del jardín de su Esposo. Poco después, un mancebo de extremada belleza traía tres manzanas y tres rosas a Teófilo, que al punto confesó la divinidad de Jesucristo y llegó a ser un glorioso mártir. Esta *pasión* de carácter legendario ha contribuído a hacer célebre el nombre y el culto de la Santa.

Súplica. — ¡Oh Dorotea! Eres fiel a tus promesas y en la plenitud de tu gloria no olvides a los que estamos en la tierra. Teófilo lo experimentó; sin embargo, no fué el cestillo de flores y frutos, con el que cumplías tu palabra, el don más precioso que le enviaste; mucho más precioso fué el don de la fe y de la perseverancia en la lucha. ¡Oh virgen!; envíanos tus regalos. Tenemos necesidad de valor para romper con el mundo y con nuestras pasiones; necesitamos convertirnos y volver de nuevo a Dios; estamos llamados a participar de la felicidad de que tú gozas; pero únicamente por la penitencia podemos tener acceso a ella. Sostennos, fortifícanos, a fin de que, el día de la Pascua, nuestras almas, lavadas en la sangre del Cordero, sean fragantes como los frutos del cielo y rojas como las rosas que tu mano recogió en favor de un mortal.

7 de febrero

SAN ROMUALDO, ABAD

Un héroe de la penitencia. — Festejamos hoy a uno de los héroes de la penitencia: San Ro-

mualdo. Es uno de los hijos del gran Patriarca Benito, Padre, después de él, de una larga posteridad. La filiación benedictina se prosigue, directa, hasta el fin de los siglos; pero del tronco de este robusto árbol salen, en línea colateral, cuatro ramas siempre unidas, a las que el Espíritu Santo ha dado vida y fecundidad durante muchos siglos; tales son: La camáldula fundada por Romualdo, Cluny por Odón, Vallumbrosa por Juan Gualbeto y el Cister por Roberto de Molesmes. Hoy día, Romualdo reclama nuestros homenajes; y si los mártires que encontramos en el camino de la expiación Cuaresmal, nos ofrecen una preciosa enseñanza por su desprecio de la vida, los santos penitentes, como el gran abad de Camaldoli, nos dan una lección más práctica aún. "Los que son de Jesucristo, dice el Apóstol, han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias"[1]; ésta es, pues, la condición común de todo cristiano; pero qué gran valor nos infunden estos generosos ascetas, que han santificado los desiertos con las obras de su penitencia, suprimiendo así toda excusa a nuestra tibieza, que se horroriza de las leves satisfacciones que Dios exige, a fin de comunicarnos sus gracias. Aprendamos la lección y ofrezcamos de buena gana al Señor el tributo de nuestro arrepentimiento, con las obras que purifican el alma.

[1] *Gal.*, V, 24.

VIDA. — Romualdo nació en Ravena en 957. A los 20 años, se retiró durante cuarenta días al monasterio de Classis, con el fin de expiar un crimen de su padre. Dos apariciones de San Apolinar le decidieron a hacerse monje. Tres años después, se formó. bajo la dirección de un santo anacoreta llamado Marín, en la vida eremítica. En seguida, renovó el fervor religioso agrupando a los ermitaños en monasterios, aunque sin hacerlos cenobitas. Así fué como llegó a hacerse, en Camaldoli, padre de una nueva familia religiosa. Su contemplación, su austeridad, su don de profecías y el de milagros le hicieron célebre en toda la Iglesia. Murió en 1027. Sus discípulos pudieron festejarle cinco años después el Papa Clemente VIII extendió su culto a toda la Iglesia, 1595.

EL PENSAMIENTO DE DIOS. — ¡Oh amigo de Dios, Romualdo, cuán diferente es nuestra vida de lo que fué la tuya! Nosotros amamos el mundo y sus agitaciones; apenas el pensamiento de Dios cruza por nuestra mente durante el día, y menos aún es El el móvil de nuestras acciones. Sin embargo, cada hora que pasa nos acerca más y más a aquel momento en que nos hallaremos en presencia de Dios, cargados de nuestras obras, así buenas como malas, sin que nada pueda modificar ya la sentencia que nosotros mismos nos hemos preparado. ¡Tú no comprendiste así la vida, oh Romualdo! Viste que un solo pensamiento la debía llenar enteramente, que un solo interés debía preocuparla, y tú caminaste constantemente en presencia de Dios. Para no distraerte de este grande y querido objeto, buscaste

el desierto; allí, bajo la regla del Santo Patriarca de los monjes, luchaste contra el demonio y la carne; tus lágrimas lavaron tus pecados, tan leves en comparación de los nuestros; tu corazón regenerado en la penitencia, tomó el vuelo hacia el Salvador de los hombres a quien hubieras deseado ofrecerla hasta tu sangre. Tus méritos son nuestros bienes hoy a causa de esa admirable comunión, que el Señor se ha dignado establecer entre las almas más santas y nosotros pecadores. Ayúdanos, pues, en el período de penitencia que pronto va a comenzar; ¡tenemos tanta necesidad de poner nuestras débiles obras con la plenitud de las tuyas! Desde el fondo de tu soledad, en las sombras de Camaldoli, amabas a los hombres tus hermanos, y jamás se acercaron a ti sin que fuesen cautivados por tu amable y dulce caridad; muéstrales que aún les amas. Acuérdate también de la Orden de los Camaldulenses que fundaste, y haz que sea siempre, para las almas llamadas por Dios a ella, una escalera segura para subir hasta El.

8 DE FEBRERO

SAN JUAN DE MATA, CONFESOR

EL RESCATE DE ESCLAVOS. — No ha mucho celebramos la memoria de S. Pedro Nolasco, llamado por la madre de Dios a fundar una orden desti-

nada a rescatar a los cautivos cristianos del poder de los infieles; hoy, honramos al hombre que fué el primero favorecido con este pensamiento. Con el nombre de la Santísima Trinidad, estableció una sociedad religiosa cuyos miembros no tuvieron otro fin que poner sus fuerzas, sus privaciones, su libertad, su vida al servicio de los pobres esclavos que gemían bajo el yugo de los sarracenos. La Orden de los Trinitarios y la de la Merced, aunque distintas, son hermanas por el fin que se proponen y por la intención que las ha producido sus resultados; en seis siglos de duración han sido la restitución a su familia y a su patria de más de un millón de hombres, a los que al mismo tiempo preservaban del peligro de la apostasía. En Meaux, Francia, fué donde Juan de Mata, ayudado de su fiel cooperador Félix de Valois estableció el centro de su obra. En estos días de preparación para la Cuaresma, en que tenemos necesidad de reavivar en nosotros la llama de la caridad hacia los que sufren, ¿qué mejor admirable ejemplo que Juan de Mata y su Orden? Su existencia no tuvo otra finalidad que el deseo de ir a arrancar de los horrores de la esclavitud a hermanos desconocidos que languidecían en poder de los bárbaros. ¿Hay limosna, por generosa que sea, que no sea eclipsada cuando se la compara con el desprendimiento de estos hombres que se obligan por sus reglas, no sólo a recorrer la cristiandad para recoger los dineros

con el fin de dar la libertad a los esclavos, sino aún a tomar a veces ellos mismos los hierros de algunos de estos infortunados, a fin de aumentar el número de rescatados? ¿No es esto imitar, a la letra, tanto cuanto la fragilidad humana lo permite, el ejemplo del Hijo de Dios que bajó a la tierra para ser nuestro Redentor? Animados por tales modelos, entraremos con mayores ánimos aún en las intenciones de la Iglesia que nos recomienda con tanta insistencia las obras de misericordia, como uno de los elementos esenciales de la penitencia cuaresmal.

VIDA. — Juan de Mata nació en Provenza en 1160. Fué estudiante en París donde se ordenó de sacerdote. Una visión que tuvo celebrando su primera Misa le dió a conocer que estaba destinado a libertar los cautivos de las manos de los infieles. Retirose a la soledad con Félix de Valois durante tres años, y después ambos fueron a pedir al Papa la institución de una nueva Orden para redimir a los cautivos. Inocencio tercero aprobó el nuevo instituto el dos de Febrero de 1198. De vuelta a Francia, los fundadores levantaron su primer monasterio en Cerfroide, diócesis de Meaux, donde S. Félix permaneció como superior. S. Juan levantó dos hospicios y rescató numerosos cautivos. Agobiado por las fatigas e inflamado de un grande amor a Dios y al prójimo murió en Roma, el 8 de Enero de 1213.

CARIDAD. — ¡Oh bienaventurado Juan de Mata!, regocíjate ahora con el fruto de tus sacrificios para con tus hermanos. El Redentor del mundo ve en ti una de sus más fieles imágenes,

y se complace en honrar a los ojos de toda la corte celestial los rasgos de semejanza que tienes con El. A nosotros nos toca seguir en esta tierra tus huellas ya que esperamos llegar un día al mismo término. La caridad fraterna nos conducirá; pues, sabemos que las obras que ella nos inspira, tienen la virtud de arrancar al alma de las garras del pecado [1]. Tú la has comprendido tal como ella radica en el corazón de Dios, que ama nuestras almas más que nuestros cuerpos y que, a pesar de todo, no se desdeña en ayudar a las necesidades de esta. Consternado por los peligros que corrían tantas almas expuestas al peligro de la apostasía, acudiste en su ayuda y las hiciste comprender el precio de una religión que suscita tales abnegaciones. Tuviste compasión de sus cuerpos, y tus manos quebraron las cadenas tan penosas. Enséñanos a imitar tales ejemplos.

CELO.—Que los peligros a los cuales las almas de nuestros hermanos se hallan expuestos no nos hallen insensibles. Haznos comprender aquella palabra del Apóstol: "Aquel que aparte a un pecador de los peligros de su vida, al mismo tiempo que salva el alma de este, cubre las muchedumbres de sus propios pecados"[2]. Concédenos participar también de esa ternura compasiva que nos hará generosos y decididos a aliviar los ma-

---

[1] *Eccli.*, III, 33.
[2] *Santiago*, V, 20.

les que nuestros hermanos sufren en sus cuerpos y que frecuentemente son para ellos causa de blasfemar contra Dios y su Providencia. Fuiste libertador de los hombres, acuérdate en estos días de todos aquellos que por el pecado gimen bajo la cautividad de Satanás, y sobre todo de aquellos que, en la embriaguez de las ilusiones mundanas no sienten el peso de sus cadenas y duermen tranquilamente en su esclavitud. Conviérteles al Señor, su Dios, a fin de que recobren la verdadera libertad. Protege a la Orden que fundastes a fin de que el objeto de su antigua abnegación pueda aún servir a las necesidades de la sociedad cristiana.

9 DE FEBRERO

SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

LA ENEMISTAD DE LA MUJER Y DE LA SERPIENTE. "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya; ella te aplastará la cabeza y tu morderás su calcañar"[1]. Estas palabras, dichas a la serpiente en los días, en que ahora la Iglesia las recuerda a sus hijos, dominan la historia entera del mundo. La mujer, que por el odio de Satanás cayó la primera, es también levantada la pri-

[1] *Gén.*, III, 15.

mera en María. En su Inmaculada Concepción, en su parto virginal, en la ofrenda que hizo a Dios del nuevo Adán sobre la montaña del Calvario, la nueva Eva ha mostrado en su antiguo enemigo el poder de su pie victorioso. Por eso el ángel sublevado, constituído desde antiguo en príncipe del mundo por la culpa del hombre [1], ha dirigido desde entonces todas las fuerzas de su doble imperio con las legiones infernales y los hijos de las tinieblas, contra la mujer que triunfó de él. María, desde el cielo prosigue la lucha que comenzó sobre la tierra. Reina de los espíritus bienaventurados y de los hijos de la luz, conduce al combate, como un solo ejército, las falanges celestes y los batallones de la Iglesia militante. El triunfo de estos ejércitos fieles es el de su soberana: El aplastamiento continuo de la cabeza del padre de la mentira, por la derrota del error y la exaltación de la verdad revelada, del Hijo de María y del Hijo de Dios.

CIRILO Y ATANASIO. — Pero jamás esta exaltación de Verbo Divino apareció más íntimamente ligada al triunfo de su augusta Madre, como en el combate memorable, en el que el Pontífice propuesto en este día a nuestras honras, tuvo una parte tan gloriosa. Cirilo de Alejandría es doctor de la Maternidad divina como su predecesor Atanasio, lo había sido de la consubs-

[1] *S. Juan*, XII, 31.

tancialidad del Verbo. La Encarnación reposa sobre los dos misterios que fueron, en un siglo de distancia, el objeto de su confesión y de sus luchas. Como Hijo de Dios, Cristo debía ser consubstancial al Padre; porque la simplicidad infinita de la esencia divina excluye toda idea de división: negar en Jesús, Verbo divino, la unidad de substancia con su principio, era negar su divinidad. Como hijo de hombre al mismo tiempo que *Dios verdadero de Dios verdadero*[1] Jesús debía nacer aquí abajo, de una hija de Adán y sin embargo de eso permanecer en su humanidad una misma persona con el Verbo Consubstancial al Padre: negar en Cristo esta unión personal de las dos naturalezas, era negar de nuevo su divinidad; era proclamar a la vez que la Bienaventurada Virgen, venerada hasta entonces como Madre que había engendrado a Dios en la naturaleza que el había tomado para salvarnos, no era sino la madre de un hombre.

ARRIO. — Tres siglos de persecución habían tratado en vano de arrancar a la Iglesia la negación de la divinidad de Cristo. A penas acababa de presenciar el mundo el triunfo del Hombre-Dios cuando ya el enemigo explotaba la victoria: aprovechándose del nuevo estado del cristianismo y su seguridad por parte de sus verdugos, se esforzaba por obtener, en lo sucesivo,

[1] Símbolo de Nicea.

en el camino de la falsa ciencia, la abjuración de la fe que le había sido rehusada en la arena del martirio. El celo amargo de los herejes para reformar la creencia de la Iglesia, había de servir a la enemistad de la serpiente y concurrir al desenvolvimiento de su raza maldita, lo cual no habían podido hacer los desfallecimientos de los apóstatas. Digno, por su orgullo, de ser, en la edad de la paz, el primero de esos doctores del infierno, Arrio, apareció desde luego llevando la disputa hasta las profundidades de la esencia divina, y rechazando con textos que no comprendía, la consubstancialidad. Al fin de un siglo en que su principal fuerza había sido el apoyo de los poderes de este mundo, el arrianismo caía, no quedando sus raíces, sino en las naciones que, recientemente bautizadas, no habían podido derramar su sangre por la divinidad del Hijo de Dios. En este momento, Satanás suscitó a Nestorio.

NESTORIO. — Poderoso para transformarse en ángel de luz [1] el viejo enemigo, revistió a su apóstol de doble aureola aparente de santidad y de ciencia; el hombre que había de expresar más claramente que ninguno otro el odio de la antigua serpiente contra la mujer y su fruto, llegó a sentarse en la sede episcopal de Constantinopla en medio de los aplausos de todo el Oriente, que

[1] *II Cori.*, XI, 14.

se prometía ver renacer en él la elocuencia y virtud de un nuevo Crisóstomo. Mas la alegría de los buenos fué de corta duración. En el mismo año que había presenciado la exaltación del hipócrita obispo, el día de Navidad de 428, Nestorio aprovechándose del inmenso concurso de fieles reunidos para festejar el parto de la Virgen-Madre, pronunció desde la silla episcopal esta blasfemia: "María no ha dado a luz a Dios; su hijo no era sino un hombre instrumento de la divinidad."

Defensa de la fe. — A estas palabras un estremecimiento de horror conmovió a las multitudes; intérpretes de la indignación general, el escolástico Eusebio, simple laico, se levantó de en medio de la concurrencia y protestó contra la impiedad. En seguida una protesta más explícita fué dirigida en nombre de los miembros de esta Iglesia desolada y extendida por medio de numerosos ejemplares, declarando anatema al que osase decir: "Uno es el Hijo único del Padre y otro distinto el de la Virgen María." Actitud generosa que fué entonces la salvaguarda de Bizancio y le valió el elogio de los Concilios y de los Papas. Cuando el pastor se muda en lobo, toca desde luego al rebaño el defenderse. Por regla, la doctrina desciende de los obispos al pueblo fiel y los súbditos no deben juzgar a sus jefes en su fe. Más hay en el tesoro de la re-

velación ciertos puntos esenciales de los que, todo cristiano, por el hecho mismo de llevar tal título, tiene el conocimiento necesario y la obligación de guardarlos. El principio no cambia, ya se trate de ciencia o de conducta, de moral o de dogma. Traiciones semejantes a la de Nestorio, son raras en la Iglesia; pero puede suceder que los pastores permanezcan en silencio, por tal o tal causa, en ciertas circunstancias en que la religión se vería comprometida. Los verdaderos fieles son aquellos hombres, que, en tales ocasiones, sacan de su solo bautismo, la inspiración de una línea de conducta; no los pusilánimes que bajo pretexto engañoso de sumisión a los poderes establecidos, esperan, para correr contra el enemigo u oponerse a sus proyectos, un programa que no es necesario y que no se les debe dar.

ROMA Y ALEJANDRÍA. — Sin embargo, la emoción producida por las blasfemias de Nestorio, agitaba a todo el Oriente y llegó en seguida a Alejandría. La sede fundada por Marcos en nombre de Pedro, y honrada con el honor de segunda sede por voluntad del jefe de las Iglesias, estaba entonces ocupada por Cirilo. La concordia entre Atanasio y los Pontífices romanos había vencido en el siglo anterior al arrianismo, y ahora la unión de Alejandría y Roma debía de nuevo aplastar la herejía. Por eso el enemigo instruído por la experiencia, se había adelantado con una

previsión infernal; el día en que el futuro defensor de la Madre de Dios, subía sobre la silla de San Atanasio, aquella alianza tan temible para el demonio, no existía ya. Teófilo, el último Patriarca, autor principal de la condenación de S. Juan Crisóstomo en el conciliábulo de Chêne, había rehusado hasta el fin, subscribir la rehabilitación de su víctima por la sede Apostólica, y Roma había tenido que romper con su antigua hija. Cirilo era sobrino de Teófilo; no conocía nada de los vergonzosos móviles de su tío en este triste asunto; acostumbrado desde su niñez a venerar en él a su legítimo superior, así como a su bienhechor y maestro en la ciencia sagrada, Cirilo, una vez hecho patriarca no pensó en cambiar un ápice las decisiones de aquel a quien él miraba como a padre. Alejandría permaneció separada de la Iglesia Romana. Verdaderamente de un modo semejante a la serpiente, cuya baba envenena todo cuanto toca, Satanás había puesto a favor suyo, los más nobles sentimientos, para llevarlos él, a su vez, contra Dios. Pero nuestra Señora amante de los corazones rectos, no abandonó a su caballero. Al fin de algunos años durante los cuales aprendió el joven Patriarca a conocer a los hombres, un santo monje, Isidoro de Pelusa abrió plenamente sus ojos a la luz; Cirilo, convencido no dudó de restablecer en los dípticos sagrados, el nombre de S. Juan Crisóstomo. La trama urdida por el infierno se ha-

bía desvanecido: Roma encontraba en los bordes del Nilo un nuevo Atanasio, para las nuevas luchas de la fe que iban a surgir en Oriente.

La fe de los monjes. — Conducido Cirilo por un monje a los senderos de la santa unidad profesó a los solitarios un afecto semejante a aquel con que les había rodeado su ilustre predecesor. Los escogió por confidentes de sus angustias al primer rumor de las impiedades nestorianas. En una carta que se ha hecho célebre, trata sobre todo de alumbrar su fe contra los peligros que amenazan a la Iglesia: "Porque, les dice, los que han abrazado por Cristo una vida tan envidiable, como es la vuestra, deben sobre todo brillar por el fulgor de una fe sin equívoco y sin disminución, y unir a esta fe la virtud; hecho esto, deben poner su mayor cuidado en desenvolver en ellos el conocimiento más perfecto del misterio de Cristo, tendiendo con todas sus fuerzas a adquirir el conocimiento más perfecto de El. Así comprendo yo, dice el santo Doctor, la consecución del varón perfecto de que habla el Apóstol [1] la manera de llegar a la medida de Cristo y a su plenitud"[2].

El liberalismo. — El patriarca de Alejandría no debía contentarse en explayar su alma en aquellos de cuyo asentimiento estaba asegurado

[1] *Eph.*, IV, 13.
[2] 1.ª *Carta a los monjes.*

de antemano. Por cartas en las que la mansedumbre del Obispo no es inferior más que a la energía y a la amplitud de su exposición doctrinal, Cirilo trató de atraer a Nestorio. Pero el sectario se obstinaba; a falta de argumentos se quejaba de la ingerencia del patriarca. Como siempre en semejantes circunstancias, se hallaron hombres buenos que, sin compartir su error, creyeron que, lo mejor hubiera sido en efecto, no responderle, por temor de irritarle, de aumentar el escándalo, de herir en una palabra la caridad. A estos hombres cuya virtud singular tenía la propiedad de asustarse menos de los herejes, que de la confesión de la fe cristiana, a estos partidarios de la paz, respondía Cirilo: "Pues que, Nestorio se atreve a decir en presencia de la asamblea de los fieles: ¡Anatema a quien nombre a María Madre de Dios!, por boca de sus partidarios, nos anatematiza a nosotros, todos los Obispos del universo, y a los antiguos Padres que en todo tiempo han reconocido y honrado unánimemente a la Madre de Dios. Y no va a estar en nuestro derecho volverle la palabra y de decirle: Si alguno niega, que María es Madre de Dios, sea anatema. Con todo eso, esta palabra, por respeto a él, aún no la he pronunciado"[1].

El miedo. — Otros hombres que son también de todos los tiempos, descubrían el verdadero

[1] *Carta,* VIII (o VI).

motivo de sus dudas cuando valorando muy elevadamente las ventajas de la concordia y su antigua amistad con Nestorio, recordaban tímidamente el crédito de éste, y el peligro que podía correrse en contradecir a un adversario tan poderoso. A estos respondió Cirilo: ¡Qué no puedo yo aun perdiendo todos mis bienes, satisfacer al Obispo de Constantinopla calmar la amargura de mi hermano! Pues es de la fe, de la que aquí se trata; el escándalo cunde por todas las iglesias, cada uno se informa con este motivo de la nueva doctrina. Si yo, que he recibido de Dios la misión de enseñar, no llevo el remedio a tan grandes males, ¿habría en el día del juicio llamas suficientes para mí? La calumnia y la injuria no me han faltado; todo eso lo olvido: que sólo la fe quede salva; y no permitiré que nadie me aventaje en el amor a Nestorio. Pero si, por causa de algunos, la fe sufre, que no se dude: no perderé mi alma aunque la muerte se cierna sobre mi cabeza. Si el temor del desprecio puede en mi más que el celo de la gloria de Dios, y me hace callar la verdad, con qué cara podré celebrar en presencia del pueblo cristiano a los santos mártires, cuando su elogio, es únicamente el cumplimiento de esta palabra [1]: *por la verdad, combates hasta la muerte*" [2].

---

[1] *Eccli.*, IV, 23.
[2] *Carta*, IX (o VII).

Lucha enérgica. — Cuando al fin la lucha se hizo inevitable, organizó la milicia santa que había de combatir con él, llamando a su lugar a Obispos y monjes, y entonces Cirilo no retiene el entusiasmo sagrado que le anima: "En cuanto a mí, dice a sus clérigos, que residen en la ciudad imperial, sufrir, vivir y morir por la fe de Jesucristo es mi más ardiente deseo. *Como está escrito: No daré sueño a mis ojos, ni a mis párpados descanso, ni a mi cabeza reposo*"[1], hasta que no haya llevado a cabo el combate necesario para la salvación de todos. Por lo cual, bien penetrado de nuestro pensamiento, obrad virilmente; velad sobre el enemigo, informaos de sus menores movimientos. Desde el primer día os enviaré hombres piadosos y prudentes, obispos y monjes escogidos entre todos; ahora preparo mis cartas como se necesita y conviene. He resuelto trabajar sin tregua y soportar toda clase de tormentos, aún los más terribles por la fe de Cristo, hasta que me toque padecer la muerte que será dulce por tal causa[2].

Santa Pulqueria. — Informado por el patriarca de Alejandría de la inquietud de las iglesias, S. Celestino, que ocupaba entonces la sede apostólica, condenó la nueva herejía, y encargó a Cirilo deponer al Obispo de Constantinopla en

[1] *Salmo*, CXXXI, 4-5.
[2] *Carta*, X, (o VIII).

nombre del Romano Pontífice. Pero las intrigas de Nestorio iban a prolongar la lucha. En este momento aparece al lado de Cirilo, en el triunfo de la mujer sobre el antiguo enemigo, la figura de una mujer, de una santa que fué durante cuarenta años el terror del infierno, y por dos veces en nombre de la reina del cielo, aplastó la cabeza de la odiosa serpiente. En un siglo de ruinas, Pulqueria, con las riendas del imperio a los 15 años, aplastaba con su prudencia en el consejo y su energía en la ejecución las revueltas interiores, mientras que con la sola fuerza de la salmodia divina, junto con sus hermanas vírgenes como ella, contenía a los bárbaros. Cuando Occidente se agitaba en las convulsiones de la última agonía, Oriente encontraba en el genio de su emperatriz la prosperidad de sus más gloriosos días. Viendo a la hija del gran Teodosio que consagraba sus riquezas privadas en multiplicar las iglesias de la Madre de Dios, Bizancio recibía de ella el culto a María que había de ser su salvaguardia en los días aciagos, y le valió del Señor, Hijo de María, mil años de misericordia y de incomprensible paciencia. Santa Pulqueria, llamada por los concilios generales, la guardiana de la fe y baluarte de la unidad, tuvo, según dice S. León la parte principal en todo lo que contra los adversarios de la fe se hizo en su tiempo [1]. Dos palmas

[1] *Carta,* XXXI (o XXVII).

hay en sus manos, dos coronas en su cabeza, dice este gran Papa; porque la Iglesia le debe la doble victoria sobre la impiedad de Nestorio y de Eutiques, que, dividiéndose el ataque, iban al mismo fin por caminos opuestos, la negación de la Encarnación y del papel desempeñado por la Virgen Madre en la Redención del género humano [1].

VIDA. — S. Cirilo, siendo aún joven fué hecho Obispo de Alejandría en el 412. Inflamado del celo por la salvación de las almas, trabajó por guardar pura de todo error la fe de su redil. Con un ardor y una ciencia admirable defendió contra Nestorio el dogma de la Maternidad divina y siendo legado en el concilio de Efeso, (431) confundió y condenó al hereje. Murió en el 434. León XIII le ha declarado doctor de la Iglesia universal.

MATERNIDAD DIVINA E INMACULADA CONCEPCIÓN. ¡Oh Santo Pontífice!, *los cielos se regocijan y la tierra salta de gozo* [2] al recuerdo del combate con que la reina del cielo triunfó por tu medio de la antigua serpiente. Oriente te honró siempre como a su luz. Occidente honraba en ti desde ha mucho tiempo al defensor de la Madre de Dios; y he aquí que la solemne mención que consagraba su memoria en los fastos de los santos, no es suficiente hoy a su reconocimiento. Una nueva flor, en efecto, ha aparecido en la corona de María nuestra reina; y esta flor ra-

[1] *Ibid.*, y *Carta*, LXXXIX (o LIX).
[2] *Carta*, XXXIX (o XXXIV).

diante salió del suelo mismo que tú rociaste con tus sudores. Proclamando en nombre de Pedro y de Celestino la Maternidad divina, preparaste a nuestra señora otro triunfo, consecuencia del primero: La Madre de Dios no podía menos de ser Inmaculada. Pío IX, al definirlo no ha hecho sino completar la obra de Celestino y la tuya; por esto las fechas 22 de julio de 431 y 8 de Diciembre de 1854 resplandecen con el mismo fulgor en el cielo así como han derramado sobre la tierra las mismas manifestaciones de alegría y de amor.

Doctor de la Iglesia. — La Inmaculada embalsama el mundo con sus perfumes, por eso, después de 14 siglos la Iglesia Católica se vuelve hacia ti, oh Cirilo; y juzgando que tu obra está ya acabada, te proclama doctor, no permitiendo que en adelante falte nada a los honores que la tierra te debe. Así, oh pontífice amado del siglo, el culto que se te da, se completa con el de la Madre de Dios; tu glorificación no es otra cosa que una nueva extensión de la gloria de María. Feliz de ti, ya que ningún título más ilustre podía obtener un acercamiento semejante entre la soberana del mundo y su caballero.

Plegaria a la madre de Dios. — Comprendiendo, pues, que la mejor manera de honrarte, oh Cirilo, es exaltar a Aquella cuya gloria ha lle-

gado a ser la tuya, recogemos los acentos inflamados, que el Espíritu Santo te inspiró para cantar sus grandezas el día siguiente al triunfo de Efeso: "Te saludamos ¡oh María, Madre de Dios! como la joya resplandeciente del universo, lámpara que no se extingue, corona de la virginidad, cetro de la Ortodoxia, templo indestructible y lugar en que se encierra la inmensidad, Madre y Virgen, por quien nos es presentado el bendito de los Evangelios, que viene en nombre del Señor. Salve, oh Virgen cuyo seno virginal y siempre puro, ha llevado al que es infinito, por quien es glorificada la Trinidad, por quien es honrada y adorada la Cruz preciosa en toda la tierra; alegría del cielo, serenidad de los arcángeles y ángeles, que ahuyentas a los demonios, por Ti el tentador es arrojado del cielo mientras que por Ti la criatura caída se levanta hasta los cielos. La locura de los ídolos dominaba al mundo, y tú abriste sus ojos a la verdad; a Ti deben los creyentes el santo bautismo, a Ti el óleo de la alegría; Tú fundas las iglesias en toda la tierra y conduces a las naciones a la penitencia. ¿Qué más diré? Por ti ha brillado el Hijo de Dios como la luz de los que yacían en las tinieblas y en la sombra de la muerte; por Ti los profetas han vaticinado el futuro, los Apóstoles han anunciado la salvación a las naciones; los muertos resucitan y reinan los reyes por la santa Trinidad. ¿Qué hombre podrá jamás celebrar a

María, digna de toda alabanza, de una manera conforme a su dignidad?"[1].

SÚPLICA A SAN CIRILO. — Si la dignidad de la Madre de Dios sobrepasa en efecto toda alabanza ¡oh Cirilo! obtén de ella por tanto, que suscite entre nosotros, hombres capaces de celebrar como tú, sus grandezas. Que el poder con que ella se dignó revestirte contra sus enemigos, no falte a los que tienen que sostener en nuestros días la lucha entablada desde el origen del mundo entre la Mujer y la Serpiente. El adversario ha crecido en audacia; nuestro siglo ha ido aún más lejos que Nestorio en la negación de Jesús y más aún que el mismo Juliano, emperador apóstata, contra quien tú defendiste también la divinidad del Hijo de la Virgen-Madre.. ¡Oh tú que diste al error golpes tan terribles!, muestra a los doctores de nuestro tiempo la manera de vencer; que sepan ellos apoyarse como tú sobre Pedro; que no se desinteresen por nada de lo que toca a la Iglesia; que miren siempre como a sus propios enemigos y los únicos enemigos, a los que lo son del reino de Dios. En tus sublimes escritos los pastores aprenderán la verdadera ciencia, la de las Sagradas Escrituras, sin la cual su celo sería inútil. Los cristianos comprenderán en tu escuela que no pueden esperar crecer en la virtud, sin aumentar en fe y sin desarrollar en

[1] 4.ª *Homilía*.

sí el conocimiento del misterio del Hombre-Dios. En un siglo en que la vaguedad en las nociones basta a tantas almas, repite a todos que "el amor de la fe es quien conduce a la vida[1].

Al acercarnos a la santa Cuaresma nos acordamos de estas Cartas Pascuales que cada año en estos mismos días, llevaban por todas partes, con el anuncio de la Solemnidad de las Solemnidades, la exhortación a la penitencia; penetra nuestros corazones con la seriedad de la vida cristiana, excítalos a entrar valientemente en el Santo tiempo, en que deben encontrar la paz con Dios, por medio del triunfo sobre la carne y los sentidos.

EL MISMO DIA

SANTA APOLONIA, VIRGEN Y MARTIR

DIOS DUEÑO DE LA VIDA. — La iglesia de Alejandría ofrece hoy a nuestra veneración a la virgen Santa Apolonia. Esta mártir de Cristo, viene a juntarse a sus hermanas Agueda y Dorotea, para reanimar el valor en nuestros corazones. La vida presente no fué nada a sus ojos. Bajo la dirección del Espíritu Santo, se la ve subir sobre la pira sin aguardar a que sus verdugos la condujesen. En nuestros días, no es raro ver a hombres cansados de la vida, lanzarse a la muerte por

[1] *Primera Homilía.*

sustraerse a sus deberes; Apolonia corría a la hoguera testimoniando así su horror hacia el mayor de los crímenes. Algunas veces, el Espíritu Santo durante las persecuciones sugirió la misma conducta a muchas vírgenes que temían por su fe y por su honor. Mas esos ejemplos son raros; pero prueban a su modo que Dios es dueño de nuestra vida y que debemos estar dispuestos a darle cuanto nos pida.

SANTA AUXILIADORA. — Una circunstancia del martirio de Santa Apolonia ha llamado la atención de los fieles. Para castigar la libertad con que confesaba a Jesucristo, el furor de los verdugos llegó hasta el punto de quebrantarla los dientes de su boca inspirada. Una piadosa confianza, recompensada con frecuencia, ha movido a los fieles a invocar a Santa Polonia en los dolores de muelas. El Señor nos ha concedido de este modo la protección no sólo para nuestras necesidades espirituales, sino también para las corporales.

VIDA. — *Con este elogio ha consagrado la Iglesia la memoria de Santa Apolonia en su Liturgia:*

Apolonia, virgen de Alejandría, en el imperio de Decio, siendo ya de bastante edad fué arrastrada ante los ídolos, para obligarla a que los adorase. Pero en vez de adoraciones, no les ofreció sino desprecios; y declaró con toda valentía que no adoraba a nadie más que a Jesucristo, el único Dios verdadero. Le arrancaron todos los dientes después de habérselos quebrado; y los

impíos verdugos encendieron una hoguera, amenazándola quemarla viva, sino renegaba de Cristo y adoraba a los dioses. Apolonia respondió que estaba presta a sufrir la muerte por la fe de Cristo. Se apoderaron de ella para quemarla; pero mientras deliberaban unos momentos sobre lo que iban a hacer, se escapó de sus manos y devorada su alma por el fuego del Espíritu Santo se lanzó espontáneamente a la hoguera preparada para ella. Su cuerpo fué consumido en poco tiempo y su alma purísima voló al cielo, para recibir la eterna corona del martirio [1]. (249.)

TERROR DEL INFIERNO. — ¡Apolonia!, ¡qué valor el tuyo! Lejos de espantarte el fuego de la hoguera te atrae y corres a ella como a un paraíso de delicias. Ante el pecado te parece dulce la muerte; y no te fijas que la mano cruel de los hombres te precipita en ella. Este valor admira nuestra flaqueza, y con todo, la hoguera que prefieres a la apostasía y que, en pocos instantes, te va a hacer nacer a una bienaventuranza sin fin, es una insignificancia al lado de los fuegos eternos que el pecador desafía a toda hora, porque no los siente todavía se atreve a provocar esas llamas vengativas y exponerse a ellas por una satisfacción pasajera. Estas cosas de los santos escandalizan a los mundanos; las encuentran exajeradas, arrebatadas, fanáticas; porque los santos ven más allá de lo que alcanza su vista.

[1] Relato auténtico, sacado de una carta de Dionisio de Alejandría a Fabián de Antioquía y transmitida a nosotros por Eusebio.

Infunde en nosotros el temor del pecado que devora eternamente a los que mueren con él. Si la hoguera nos parece espantosa, que el horror del sufrimiento y de la destrucción nos sirva al menos para alejarnos del mal que conduce a los hombres a aquel abismo cuyo humo—como dice San Juan—subirá por los siglos de los siglos[1].

Ten piedad de nosotros, ruega por los pecadores. Abreles los ojos a los peligros que les amenazan. Enséñanos el temor de Dios para que podamos evitar su justicia. Y haz en fin que comencemos a amarle de una vez.

10 DE FEBRERO

SANTA ESCOLASTICA, VIRGEN

(480-549)

EL MARTIRIO Y LA VIRGINIDAD. — La hermana del Patriarca de los monjes de Occidente viene a alegrarnos hoy con su agradable presencia; la virgen claustrada aparece al lado de la mártir; ambas esposas de Jesús, ambas coronadas, porque ambas han combatido y alcanzado la palma. La una la ha alcanzado en medio de los rudos asaltos del enemigo, en esas horas en que es preciso morir o vencer; la otra ha debido sostener durante toda su vida entera la lucha de cada día, prolongada por decirlo así hasta el último mo-

[1] *Apoc.*, XIV, II.

mento [1]. Apolonia y Escolástica son hermanas; están unidas eternamente en el corazón de su Esposo común.

HERMANA Y DISCÍPULA DE SAN BENITO. — Era necesario que la grande y austera figura de San Benito apareciese suavizada por los rasgos angélicos de esta hermana que la Divina Providencia, con gran sabiduría colocó junto a él, para ser su más fiel cooperadora. La vida de los santos presenta estos contrastes, como si el Señor quisiera darnos a entender que, muy por encima de las regiones de la carne y de la sangre, hay un lugar para las almas que las une, que las hace fecundas, las templa y las perfecciona. Así en la Patria celestial, los ángeles de las diversas jerarquías están unidos por mutuo amor cuyo vínculo es el Señor y gustan eternamente las dulzuras de una tierna fraternidad.

La vida de Santa Escolástica se desliza aquí abajo, sin dejar más huellas de su paso, que el dulce recuerdo de una paloma, que se dirige hacia el cielo vista por San Benito, a quien adelantó algunos días en llegar a la eterna felicidad.

Poco es lo que nos queda de esta esposa del Salvador fuera del relato donde San Gregorio el

---

[1] Según una tradición que remonta a San Bertario, Abad de Montecasino, (884), San Benito y Santa Escolástica eran gemelos. Consagrada a Dios desde su infancia, se cree que siguió a su hermano a Subiaco. Después se estableció al pie de Casino en Plumbariola, donde pronto fué rodeada de por una comunidad de vírgenes.

Grande nos ha contado la piadosa disputa que se suscitó entre el hermano y la hermana tres días antes de ser recibida ésta a las nupcias celestiales. Pero cuantas maravillas nos revela esta escena incomparable. ¿Quién no comprenderá al instante toda el alma de Escolástica, en la tierna ingenuidad de sus deseos en su tierna y firme confianza en Dios, en la amable felicidad con que triunfa de su hermano, pidiendo su ayuda a Dios mismo?

EL PODER DEL AMOR. — Pero ¿de dónde pudo sacar esa fuerza que la hizo capaz de resistir al deseo de su hermano, a quien veneraba como su maestro y su oráculo? ¿Quién la advirtió que su oración no era temeraria? y ¿quién podía en aquel momento imaginar algo mejor que la severa fidelidad de San Benito a la Regla que él había dado y que debía mantener con su ejemplo? San Gregorio nos responderá: "No nos extrañemos—dice—que una hermana que desea ver más tiempo a su hermano, haya podido tener en ese momento más poder que él sobre el corazón de Dios; porque según la palabra de San Juan, *Dios es amor,* y era justo que la que amaba más, fuese más poderosa que la que amó menos."

LA CARIDAD FRATERNA. — Santa Escolástica será, pues, en los días en que estamos el apóstol de la caridad fraterna. Ella nos animará al amor de nuestros semejantes, que Dios quiere ver re-

nacer en nosotros a medida que nos acercamos a él. La solemnidad pascual nos convidará a un mismo banquete; y allí nos alimentaremos de la misma víctima de la caridad. Preparemos de antemano nuestro vestido nupcial porque el que nos invita quiere vernos *habitar juntos en una misma casa*[1].

SENCILLEZ DE PALOMA. — ¡Qué rápido fué tu vuelo, cuando, al abandonar esta tierra de destierro, desplegastes tus alas hacia Dios! La mirada de tu hermano que te persigue unos instantes, pronto te perdió de vista; pero la corte celestial en pleno se regocija con tu entrada. Ya estás ahora en la fuente de aquel amor, que llenaba tu corazón. Calma eternamente tu sed en esta fuente de vida; y que tu apacible blancura se haga cada día más brillante, en la compañía de las demás vírgenes que forman la corte del Cordero.

Pero acuérdate de esta tierra que ha sido para ti como lo es para nosotros, el lugar de prueba donde mereciste tantos honores. Tímida delante de los hombres, sencilla e inocente, ignoraste hasta qué grado "heriste el corazón del Esposo"[1]. Trátate con él con la humildad y la confianza de un alma jamás agitada por un remordimiento, y él se rinde a tus deseos con amorosa condescendencia; y Benito cargado de años y de mé-

---

[1] *Salmo*, LXV, 2.

ritos, acostumbrado a ver a la naturaleza obedecer a sus órdenes, es vencida por ti en una lucha en que tu sencillez ve mucho más lejos que su profunda sabiduría.

PODER DEL AMOR. — ¿Quién te inspiró ¡oh Escolástica! ese sentir sublime, aquel día, haciéndote parecer más sabia que el gran hombre, elegido por Dios, para ser la regla viva de los perfectos? Fué aquel mismo que había elegido a Benito, como una de las columnas de la religión. Quiso mostrarnos que la caridad pura agrada a sus ojos más que la rigurosa fidelidad a las leyes, que no han sido hechas más que para ayudar a conducir a los hombres al fin que posee ya tu corazón. Benito el amigo de Dios lo comprendió; y en seguida, tomando de nuevo el curso de la conversación celestial se confundieron vuestras almas en la dulzura del amor increado, que acababa de revelarse y glorificarse a sí mismo con tanto esplendor. Pero tú ya estás presta para el cielo; tu amor ya no tiene nada terrestre, te atrae hacia lo alto. Unas horas aún y la voz del Señor te hará oír aquellas palabras del *Cantar*, que el Espíritu Santo parece haber dictado para ti: "Levántate amada mía, hermosa y ven; paloma mía muéstrame tu rostro; que tu voz resuene en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro lleno de atractivos"[1].

[1] *Cantar*, II, 10.

SÚPLICA POR TODOS. — ¡No te olvides de nosotros cuando te marches de la tierra! Nuestras almas son llamadas a seguirte, aunque poseen los mismos hechizos que la tuya a los ojos del Salvador. Menos dichosas que la tuya, necesitan purificarse largo tiempo para ser admitidas en la mansión donde contemplarán tu felicidad. Tu oración obligó a las nubes del cielo a enviar su lluvia sobre la tierra; que obtenga para nosotros las lágrimas de la penitencia. Tus delicias fueron las conversaciones sobre la vida eterna; aleja de nosotros las conversaciones fútiles y dañosas; haznos gustar aquellas en que las almas aspiran unirse a Dios. Encontraste el secreto de esa caridad fraterna, cuya ternura misma es un perfume de virtud que agrada al corazón de Dios. Abre nuestros corazones al amor de nuestros hermanos; aparta de nosotros la frialdad y la indiferencia y haz que nos amemos como Dios quiere que nos amemos.

POR LA ORDEN MONÁSTICA. — Acuérdate del árbol bajo cuyas ramas se cobijó tu vida. El claustro benedictino te considera, no sólo como la hermana, sino también como a la hija de su augusto patriarca. De lo alto del cielo contempla los restos de ese árbol, antes tan vigoroso y tan fecundo, a cuya sombra las naciones de Occidente se cobijaron durante tantos siglos. Por todas partes el hacha devastadora de la impie-

dad se lanzó a golpear sus ramas y sus raíces. Sus ruinas se esparcen por doquiera y cubren todo el suelo de Europa. Con todo eso sabemos que debe revivir, que retoñará con nuevas ramas y que el Señor se ha dignado encadenar la suerte de este árbol antiguo a los destinos de la Iglesia. Ruega para que reviva en él la savia primera. Protege con cuidado maternal los débiles retoños que ahora produce, defiéndelos del huracán; bendícelos y hazlos dignos de la confianza que la Iglesia se digna depositar en ellos.

11 DE FEBRERO

LA APARICION DE LA INMACULADA VIRGEN MARIA

El mensaje de Lourdes. — *Mi arco iris aparecerá de nuevo por encima de las nubes y me acordaré de mi alianza*[1]. En el oficio del once de febrero del año de 1858[2], las lecturas litúrgicas recordaban esta promesa a la tierra; y pronto supo el mundo que este mismo día María se había aparecido, más hermosa que aquel signo de esperanza, que en tiempo del diluvio había proyectado su figura gentil.

Era la hora en que se multiplicarían para la Iglesia los indicios precursores de un porvenir

[1] *Gén.*, X, 14, 15.
[2] Jueves de Sexagésima.

que al presente todos conocemos. La humanidad envejecida amenazaba quedar pronto sumergida en diluvio peor que el antiguo.

Soy la Inmaculada Concepción, declaraba la Madre de la divina gracia a la humilde niña elegida para pregonar en estas circunstancias decisivas, su mensaje a los guías del arca de salvación. A las tinieblas que subían del abismo, ella oponía como un faro, el augusto privilegio, que tres años antes, el supremo piloto había proclamado como dogma para gloria suya.

Si, en efecto, como dice San Juan, el discípulo amado, nuestra fe posee aquí abajo la promesa del triunfo [1]; si, por otra parte, la fe se alimenta de la luz; ¿qué dogma ilumina también como este a todos los demás con un resplandor tan suave suponiéndoles y recordándoles a todos a un mismo tiempo? En la frente de la temida del infierno, es verdaderamente real la corona en que se dan cita todos los diversos resplandores de los cielos, como en el arco triunfador de las tempestades.

Pero, por eso precisamente, era necesario abrir los ojos de los ciegos a estas bellezas, dar ánimos a los corazones angustiados por la audacia de las negaciones del infierno, sacar de su impotencia a tantas inteligencias debilitadas por la educación de las escuelas de nuestros días e incapaces de formular un acto de fe. Al con-

[1] *I, S. Juan,* V, 4.

vocar las multitudes en los lugares de su bendita aparición, la Inmaculada socorría enérgica pero suavemente la debilidad de las almas, curando los cuerpos; y mientras sonreía a la muchedumbre atrayendo a todos así, confirmaba con la autoridad del milagro permanente de su propia palabra la definición proclamada por el Vicario de su Hijo.

Del mismo modo que el Salmista cantaba las obras de Dios que pregonan en toda lengua la gloria de su autor [1]; lo mismo que San Pablo tachaba de locura no menos que de impiedad al que no se rendía a su testimonio [2]: se puede decir de los hombres de nuestro tiempo que no tienen escusa si no se convencen ante las obras de la Santísima Virgen. Ojalá multiplique sus beneficios y tenga compasión de enfermedades todavía peores de almas enfermas que, por vergonzoso temor de llegar a conclusiones importunas, rehusan ver; o los que luchando frente a frente contra la verdad, obligan a su pensamiento acusar de extrañas paradojas, entenebrecen su corazón, como dice el Apóstol, y harían temer que el *sentido réprobo* que los paganos llevaban como castigo en la carne [3], haya obcecado su razón.

---

[1] *Salmo*, XVIII, 2, 5.
[2] *Rom.*, I, 18, 22.
[3] *Rom.*, I, 21.

LLAMADA A LA PENITENCIA. — "¡Oh María concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti! Esta es la oración que en el año 1830, nos enseñaste Tú misma ante las amenazas del futuro. En 1846, los dos pastorcitos de la Salette nos recordaban tus exhortaciones y tus lágrimas. "Ruega por los pobres pecadores y por el mundo tan agitado", nos vuelve a repetir de tu parte, hoy, la vidente de las grutas de Massabielle: ¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!

¡Virgen bendita queremos obedecerte!, combatir en nosotros y en todo el mundo al único enemigo, el pecado, mal supremo de donde nacen todos los males. ¡Alabanza al Todo Poderoso que se dignó conservarte sin mancilla y rehabilitar en Ti una raza humillada! ¡Alabanza a Ti que, libre de deudas, has saldado las nuestras con la sangre de tu Hijo y con las lágrimas de su Madre, reconciliando a la tierra con el cielo, y aplastando la cabeza de la serpiente [1]!

ORACIÓN-EXPIACIÓN. — ¿No es esta desde hace mucho tiempo, desde los tiempos apostólicos, la más frecuente recomendación de la Iglesia, para estos días más o menos inmediatos a la Cuaresma? Madre nuestra del cielo, bendita seas por haber venido tan oportunamente a juntar tu voz a la de nuestra Madre de la tierra. El mundo ya no quería, ni comprendía tampoco el remedio

[1] *Gén.*, III, 15.

infalible pero indispensable, ofrecido a su miseria por la misericordia y la justicia de Dios. Parecía haber olvidado ya aquel oráculo: *Si no hacéis penitencia, pereceréis todos.*

¡Oh María, tu bondad nos despertó de nuestro letargo! Al conocer nuestra flaqueza, acompañas de mil suavidades la amarga corrección. Para atraer al hombre a implorar tus beneficios espirituales, le prodigas los naturales. No seremos como aquellos niños que reciben a gusto las caricias maternales pero descuidan las instrucciones y no quieren aceptar las correcciones, que la ternura endulza, para que sean bien recibidas. Sino que por el contrario estaremos dispuestos a rezar y a sufrir contigo y con Jesús. Durante la Santa Cuaresma nos convertiremos y haremos penitencia con tu ayuda.

12 DE FEBRERO

LOS SIETE SANTOS FUNDADORES DE LA ORDEN DE LOS SERVITAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

LA PASIÓN Y LA COMPASIÓN. — El cielo de la Iglesia se ha ensombrecido, todo nos anuncia ya el día en que el Emmanuel aparecerá en el estado en que le han puesto nuestros crímenes. ¡Belén llama muy pronto al Calvario! Al pie de la Cruz

encontraremos a la Madre de la divina gracia; entonces María dará a luz, en medio de lágrimas, a los hermanos del recién nacido, cuyo nacimiento estuvo lleno de encantos. Del mismo modo que hemos gustado sus alegrías, sabremos llorar y sufrir con ella.

Tomemos como modelo a los santos, que celebramos hoy. Su vida se pasó en la contemplación en los dolores de Nuestra Señora; la orden que fundaron tiene por misión propagar el culto de sus dolores. Era aquel tiempo en que San Francisco de Asís acababa de enarbolar el lábaro del divino Crucificado sobre el mundo indiferente. En esta empresa de salvación Jesús, como el Viernes Santo, no se podía mostrar a la tierra sin María. Los Servitas completaron por su parte la obra del Patriarca de los menores; la humanidad desamparada recobró la confianza al meditar en la Pasión de su Hijo y en la compasión de la Madre.

Dos fiestas consagradas a celebrar los dolores de la Santísima Virgen, nos dirán cuál es el lugar que éstos ocupan en la economía de la Redención. Pero ahora unamos nuestra gratitud a la de la Iglesia para con esta piadosa familia de los Servitas; el mundo les debe el haber avanzado en el conocimiento y el amor de la Madre de Dios, hecha también madre nuestra, a costa de unos sufrimientos como los de ningún alumbramiento por doloroso que haya sido.

VIDA. — Desde 1183 poseía Florencia una cofradía en honor de Nuestra Señora, destinada a combatir el progreso de la herejía de los cátaros. Hacia 1230 esta cofradía admitió siete miembros de la aristocracia. Estando en oración, el 15 de agosto de 1233 tuvieron la misma inspiración de abandonarlo todo para servir mejor a Dios y a nuestra Señora. Se retiraron a la soledad, decididos a no admitir a nadie en su compañía. El milagro de la vid que dió frutos en Cuaresma, les mostró que debían admitir discípulos. Las casas se multiplicaron rápidamente en Italia, Alemania y Francia y Benedicto XI aprobó el instituto en 1304. Dedicados a la contemplación de la Pasión de Cristo y de los sufrimientos de su Madre, los Servitas debían promover el culto de los Dolores de María.

Después de su jubileo sacerdotal, León XIII, canonizó a los siete Fundadores de Servitas, cuya fiesta se fijó el 12 de febrero.

LA VID DE NUESTRA SEÑORA. — Como vosotros habéis hecho de los dolores de María vuestros propios dolores, ella os hace participar de sus alegrías eternas. Con todo eso, aquella vid, cuyos racimos maduraron antes de tiempo, presagiando vuestra fecundidad, exhala todavía sus perfumes en la morada de nuestro destierro. Los fieles notan con gusto los frutos que produce cada día. Os retiráis a la soledad donde la Reina de los Santos pasó su vida mortal; pero en este siglo en que la gloria de María despeja todos los nublados, no puede haber una sombra que sustraiga por más tiempo a los Servitas del fulgor con que resplandece su Augusta Capitana. ¡Que

tus beneficios te manifiesten más y más! No ceséis nunca de caldear el corazón de este mundo envejecido en la hoguera en que el vuestro encuentra la fortaleza y el amor que le hace triunfar del mal e inmolarse por Dios. ¡Corazón de María, cuya espada de dolor ha hecho resplandecer las llamas del amor, sed para nosotros modelo, refugio y consuelo, mientras esperamos la hora que pondrá fin a nuestros sufrimientos y nuetras lágrimas!

14 DE FEBRERO

SAN VALENTIN, SACERDOTE Y MARTIR

La Iglesia honra hoy la memoria de este santo sacerdote de Roma, que padeció el martirio hacia el año 270. Ignoramos la mayoría de las circunstancias de su vida y de sus sufrimientos; apenas si nos quedan algunas noticias. El culto de San Valentín es uno de los más célebres de la Iglesia y debemos mirarle como a uno de nuestros protectores en esta estación litúrgica en que su nombre y sus méritos vienen a unirse a los de tantos otros mártires, para animarnos a buscar a Dios, a costa de todos los sacrificios que nos cueste en ponernos en gracia con él.

Ruega, pues, Santo Mártir, por los fieles que desde hace tantos siglos, conservan todavía tu

recuerdo. En el día del juicio nuestros ojos te encontrarán en medio del resplandor de gloria que tus combates te alcanzaron. Obtén con tus oraciones que seamos colocados a la diestra y asociados a tu triunfo.

15 DE FEBRERO

SAN FAUSTINO Y SANTA JOVITA, MARTIRES

GLORIA DE LOS MÁRTIRES. — Son dos hermanos que sufrieron el martirio al principio del siglo segundo de la era cristiana; su memoria, sin embargo de eso, se conserva todavía con honor. La gloria de los conquistadores y de los hombres de Estado pasa rápidamente y pronto se borran sus nombres de la memoria de los pueblos; se pregunta a los sabios si han existido, en qué época, cuáles han sido sus actos. Brescia, la capital de la Cenomania italiana, apenas se acuerda de los hombres que la gobernaron e ilustraron en el siglo II; pero el recuerdo de estos ciudadanos suyos durará cuanto dure el mundo. Glorifiquémosles en estos días en que sus ejemplos nos hablan con tanta elocuencia de la fidelidad que el cristiano debe a Dios.

VIDA. — Faustino y Jovita nacieron en Brescia. Fueron encarcelados en la persecución de Trajano, y se les condujo por todas las ciudades de Italia, principalmente por Milán y Roma, donde sufrieron los más

grandes tormentos por la fe cristiana. Finalmente fueron decapitados en Brescia al principio del gobierno de Adriano.

Sus *actas* son obras de un escribano que vivió mucho tiempo después de su martirio (al fin del siglo VIII y principios del IX) y cuyo objeto era más bien el de edificar a los fieles con piadosas leyendas que el de hacer una obra histórica.

SÚPLICA. — ¡Mártires de Cristo!, cuando comparamos nuestras pruebas con las vuestras, nuestros combates con los que habéis tenido que sostener vosotros, ¡qué reconocidos debemos estar a Dios que ha mimado tanto nuestra debilidad! Nosotros que estamos tan prestos para violar la ley del Señor, tan tardos para levantarnos de nuestras caídas, tan flacos en la fe y en la caridad, ¿cómo soportaremos los tormentos que os ha sido necesario atravesar para alcanzar el descanso eterno? Pero, con todo eso estamos en camino para el mismo fin a donde vosotros ya habéis llegado. Nos espera también una corona y no pidamos renunciar a ella. Levantad vuestros ánimos ¡santos mártires!; armadnos contra el mundo y contra nuestras malas inclinaciones para que confesemos a Cristo no sólo con nuestra boca, sino también con nuestras obras y nuestros ejemplos y demos testimonio de que somos cristianos.

18 DE FEBRERO

SAN SIMEON, OBISPO Y MARTIR

PARIENTE Y DISCÍPULO DE CRISTO. — Hoy festejamos a un anciano venerable de ciento veinte años, a un obispo y a un mártir; Simeón es el obispo de Jerusalén, sucesor del Apóstol Santiago en aquella sede. Conoció a Cristo y fué su discípulo. Es su pariente según la carne, de la misma familia de David; hijo de Cleofás y de aquella María unida a la madre de Dios con vínculos de sangre tan estrechos que fué llamada su hermana. ¡Cuántos títulos de gloria para este venerable Pontífice, que viene a aumentar el número de los mártires, cuya protección reanima a la Iglesia, en esta parte del año en que nos encontramos! Un discípulo tan contemporáneo a la vida mortal de Cristo, un pastor que ha repetido a los fieles las lecciones recibidas por él de la misma boca del Salvador, no debía unirse con su Maestro, sino con una vida tan noble como la suya. Está abrazado a la Cruz, y con su muerte acaecida el año 106, se acaba el primer período de la Historia cristiana, que se llama "Los tiempos apostólicos". Honremos a este santo que reúne en sí tantos recuerdos y pidámosle que extienda a nosotros esa Paternidad de que se honran los fieles de Jerusalén desde hace tanto tiempo.

Roguémosle que eche sobre nosotros una mirada desde el trono esplendoroso a que le condujo la Cruz, que nos obtenga la gracia de la conversión de que tanta necesidad tienen nuestras almas.

VIDA. — *La santa Liturgia consagra a su memoria esta corta noticia.*

Simeón, hijo de Cleofás, fué ordenado Obispo de Jerusalén, inmediatamente después de Santiago. En el imperio de Trajano fué acusado ante Antíoco, personaje consular, de ser cristiano y pariente de Cristo. En esta época se perseguía a los descendientes de David. Después de haber pasado por numerosos tormentos. Simeón sufrió el mismo suplicio de nuestro Salvador; y todo el mundo se admiró de que un hombre, tan agotado por la edad (tenía ciento veinte años) pudiese soportar con tanto valor y constancia los dolores crueles de la Cruz.

ALABANZA Y SÚPLICA. — Recibe el humilde homenaje de la cristiandad, ya que aventajas en grandeza a todos los títulos de los hombres. Tu sangre es la misma que la de Cristo; tu doctrina la recibiste de su boca; tu caridad para con los fieles la encendiste en su corazón y tu muerte no es más que una renovación de la suya. Nosotros no tenemos el honor de llamarnos hermanos de Cristo; pero haz que seamos consecuentes con esta promesa suya. "El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana, mi madre [1]..."

[1] *San Mateo*, XII, 50.

No hemos recibido como tú, de boca del Salvador su doctrina vivificadora; pero no la poseemos menos pura por medio de la Santa Tradición, de la que tú eres uno de los primeros eslabones. Obtén que seamos cada vez más dóciles a ella y que se nos perdonen nuestras infracciones. No se nos ha preparado una cruz para clavarnos en ella de pies y manos; pero este mundo está sembrado de pruebas a las que el mismo Señor ha llamado Cruces. Tenemos que arrostrarlas con constancia, si queremos tener parte con Jesús en su gloria. Pide a Dios que le seamos siempre fieles, que nuestro corazón no se rebele nunca contra él, que reparemos las faltas que cometemos tan frecuentemente, cuando no queremos cumplir su voluntad.

EL MISMO DÍA

SANTA BERNARDITA DE SOUBIROUS

En Navidad, una pastora, Genoveva, era admitida con los pastores de Belén junto al pesebre del divino Emmanuel. Poco después la Liturgia nos mostraba al Señor, en los comienzos de su vida, buscando los Apóstoles de su reino, los mensajeros de su doctrina, no entre los poderosos y los ricos, sino entre unos pobres e ignorantes pescadores. "Porque Dios, dice San Pablo,

ha escogido lo que es considerado como más débil en el mundo para confundir a los fuertes." La Santísima Virgen tiene las mismas preferencias.

LAS APARICIONES Y EL MENSAJE DE NUESTRA SEÑORA. — Queriendo ilustrar de manera maravillosa la definición dogmática de Pío IX, que la declaraba Inmaculada en su Concepción, se apareció en un siglo materialista infatuado por su ciencia, a la hija de unos sencillos molineros, pastorcita ignorante de la comarca de Bigorre, que no tenía más conocimientos científicos que los rudimentos del catecismo, y la dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción."

A esta niña, rica solamente "en el candor de su alma exquisita" quiero confiarla un gran mensaje: un mensaje de oración y penitencia para los pecadores.

Desde el día 2 de febrero al 16 de julio de 1858, Bernardita Soubirous, a los catorce años, tuvo la dicha de contemplar dieciocho veces la belleza incomparable de la Reina del cielo. Lo único que María la autorizó comunicarnos de sus éxtasis, oraciones y conversaciones, se reduce a estas dos palabras: ¡Oración! ¡Penitencia!

El Señor vino a la tierra no sólo para multiplicar los milagros a su paso, sino para llamar a los hombres a la penitencia y rescatarles con su sangre. Y ahora nuestra Señora se aparece en

Lourdes, no para hacer brotar bajo las manos de su confidente la fuente que curará a tantos enfermos, sino para hacer al mundo una llamada apremiante a la penitencia y a la oración y si pide que se la levante una capilla y que se venga allí en procesión, es para hacer bajar con abundancia sobre las almas los beneficios de la Redención.

VIDA DE ORACIÓN Y DE PENITENCIA. — Más tarde, en el silencio del claustro, Bernardita continuó proclamando su mensaje no tanto con sus palabras, como con su vida de oración, de sacrificio y de amor tiernísimo para con Nuestra Señora. "Oh Jesús, oh María—decía—haced que todo mi consuelo en este mundo consista en amaros y sufrir por los pecadores. Que yo misma sea un crucifijo viviente, transformada en Jesús... Tengo que ser víctima... Llevaré con valentía y generosidad la cruz oculta en mi oración. Mi ocupación es sufrir..." Humillaciones, incomprensiones, enfermedades fueron acogidas por ella como los medios más eficaces para obtener la conversión de los pecadores. Todas sus fervientes y continuas oraciones y las Ave-Marías incontables que rezaba, todas pedían el mismo favor: "Puesto que no sé nada—decía humildemente—puedo, por lo menos, rezar el rosario y amar a Dios con todo mi corazón" y además: "¡Ha recomendado tanto la Santísima Virgen rogar por los pecadores!"

Durante la última Semana Santa que pasó sobre la tierra, unió sus sufrimientos y su oración a los del Salvador del mundo: "Jesús concédeme, por favor el pan de la paciencia para soportar las penas que sufre mi corazón. ¿Jesús, quieres crucificarme? ¡Fiat!" Las campanas doblaron a gloria de Resurrección..., y el miércoles de Pascua, por la mañana, rezaba su última oración, con los labios sobre el crucifijo: "Dios mío, te amo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas..." Y unos momentos después del último saludo a María "Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecadora." Y Santa Bernardita subió al cielo al acabar su Ave-María.

VIDA. — Bernardita nació en Lourdes el 7 de enero de 1844. Desde su infancia fué dotada de las mejores cualidades de sencillez y de piedad. Desde el 11 de febrero al 16 de julio de 1858 fué favorecida con las apariciones de la Sma. Virgen María que la recomendó tres cosas: Rezar el Rosario, orar y hacer penitencia por los pecadores. Los aplausos de las multitudes nunca turbaron su sencillez. En 1866 ingresó en el convento de Nevers de las Hermanas de la Caridad, donde se mostró siempre perfecto modelo de fidelidad religiosa, siempre cuidadosa de ocultarse ante los demás y devotísima de la Eucaristía, de la Pasión y de la Inmaculada Concepción. Sufrió largas y crueles enfermedades y el 16 de abril de 1879, entregó su alma inocente a Dios, a la edad de 35 años. Su cuerpo se conserva incorrupto en Nevers. Santa Bernardita fué beatificada en 1925 y canonizada en 1933 por el Papa Pío XI.

SÚPLICA. — Santa Bernardita, cuando te buscaban los visitantes, mientras vivías se les decía: "Mirad, es la más pequeña." Y ahora ha llegado a ser muy grande y en ti se cumple de modo perfecto aquella palabra del Evangelio. "El que se humilla será ensalzado." El Señor ha hecho contigo lo que en otro tiempo hizo con la Virgen, que se te apareció en Lourdes, ha mirado con complacencia tu humildad y pequeñez y todas las generaciones te proclamarán bienaventurada.

Cuando tuviste el honor de ser canonizada, el 8 de diciembre de 1933, Pío XI invitó a todos los cristianos a seguir tus huellas santísimas, imitar tu vida y tu humildad, tu fe y tu caridad ardiente. Haz que amemos como tú "todo lo pequeño" y busquemos sin cesar el silencio y el olvido, la abnegación y la obediencia que nos ganarán las complacencias del Altísimo.

Respondistes con fidelidad a las inspiraciones del cielo; alcánzanos con tus oraciones y tus méritos, que respondamos con generosidad a la gracia de Dios, que nos llama a un estado más perfecto, más santo. Si no nos es posible rivalizar contigo en la pureza de vida, intentaremos, al menos, tener un celo semejante para hacer penitencia, cada una según su condición.

Finalmente, haz que amemos a la Santísima Virgen como la amaste tú. No sólo nos alegramos cuando te honramos porque eres una gran santa, sino también porque tu tiempo es el tiem-

po de la Inmaculada. "Miré a la Santísima Virgen todo lo que pude", decías tú. Oh si pudiésemos contemplarla con toda nuestra atención y con todo nuestro amor, como tú en Massbielle, y poco tiempo después en su altar de Nevers. No pretendemos ser honrados con una aparición pero cuando leemos el Evangelio, cuando meditamos cada día los misterios del Rosario, cuando guardamos nuestros corazones puros establecemos, desde aquí abajo, tratamos con la Santísima Virgen y ansiamos ir a contemplar su belleza en el cielo.

Como en Lourdes, Nuestra Señora está cerca de nosotros, "atrayente, sonriente, mirándonos como una madre mira a sus hijos." Ruega, oh Santa Bernardita, ruega para que no entristezcamos su mirada bondadosa. "Nos hace una señal para que nos acerquemos..." Su gesto maternal nos atrae, pero, alárganos la mano y llévanos tú misma a la Inmaculada.

22 DE FEBRERO

LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUIA

FIESTA DE LA CÁTEDRA EN ANTIOQUÍA. — Por segunda vez la Iglesia festeja la cátedra de San Pedro; hoy no se celebra su pontificado en Roma, sino su episcopado en Antioquía. La estancia que el Príncipe de los Apóstoles hizo en esta última

ciudad, fué para ella la mayor gloria que tuvo desde su fundación; este período ocupa gran parte de la vida de San Pedro, por eso merere que los cristianos la celebren.

El Cristianismo en Antioquía. — Cornelio había recibido el bautismo en Cesárea de manos de San Pedro; y la entrada de este romano en la Iglesia anunciaba que había llegado el momento en que el cristianismo iba a extenderse fuera del pueblo judío. Algunos discípulos de los que San Lucas nos ha conservado los nombres, intentaron un ensayo de predicación en Antioquía y el éxito que obtuvieron inclinó a los Apóstoles a enviar a Bernabé de Jerusalén a esta ciudad. Al llegar, éste no tardó en unírsele un judío convertido hacía pocos años y conocido aún con el nombre de Saulo, que más tarde cambió por el de Pablo y le hizo tan famoso en toda la Iglesia. La palabra de estos dos hombres apostólicos suscitó en el seno de los gentiles nuevas conversiones y se pudo prever que pronto el centro de la religión no sería Jerusalén sino Antioquía. El Evangelio se propagaba entre los Gentiles e iba avanzando la ciudad ingrata que no había conocido el tiempo de su visita [1].

San Pedro en Antioquía. — Toda la tradición concorde nos transmitió como cierto, que San

---

[1] *S. Luc.*, XIX, 44.

Pedro tuvo su residencia en esta tercera ciudad del Imperio Romano, cuando la fe de Cristo tomó gran incremento en ella como hemos dicho al principio. Este cambio de lugar, este desplazamiento de la cátedra primada mostraron, que la Iglesia avanzaba en sus destinos y abandonando el estrecho recinto de Sión, se dirigía hacia la humanidad entera.

Sabemos por el Papa Inocencio I que en Antioquía tuvo lugar una reunión de Apóstoles. En adelante sería hacia la gentilidad hacia donde el espíritu Santo dirigiría su soplo divino empujando aquellas nubes simbólicas en las cuales Isaías vió la figura de los Santos Apóstoles [1]. San Inocencio, a cuyo testimonio se une el de Vigila, Obispo de Thapso, nos dice que hay que aplicar al testimonio de la reunión de San Pedro y de los Apóstoles en Antioquía, lo que dice San Lucas en los Hechos: que después de estas conversiones en masa de los gentiles, los discípulos de Cristo comenzaron a llamarse cristianos.

Las tres Cátedras de San Pedro. — Antioquía llegó a ser la sede de San Pedro. Allí residerá en adelante, desde allí irá a evangelizar diversas provincias de Asia; y allí volverá para acabar la fundación de esta noble Iglesia.

Alejandría la segunda ciudad del Imperio, también reclama a su vez el honor de poseer la

[1] *Isaías*, LX, 8.

sede primada, cuando humilló su cerviz al yugo de Cristo; pero Roma, preparada, por Dios, para ser la emperatriz del mundo, tiene más derechos todavía. Pedro se puso en camino, llevando consigo los destinos de la Iglesia; donde se detenga, donde muera, allí dejará su sucesión. En un momento dado se marchó de Antioquía y dejó como Obispo a Evodio. Evodio será el sucesor de San Pedro y a la vez Obispo de Antioquía; pero su Iglesia no heredará la primacía que Pedro lleva consigo. El príncipe de los Apóstoles designa a Marcos, su discípulo, para que tome posesión de Alejandría en su nombre; y esta Iglesia será la segunda del universo, elevada un grado más que la de Antioquía, por la voluntad de Pedro, que, con todo eso, no dará su sede a nadie. Irá a Roma, fijará allí su cátedra, y vivirá, enseñará y regirá perpetuamente a sus sucesores. Tal es el origen de las tres grandes cátedras patriarcales, tan veneradas en la antigüedad; la primera, Roma, investida de la plenitud de los derechos del príncipe de los apóstoles, que les ha transmitido al morir. La segunda, Alejandría, que debe su preeminencia a la distinción que Pedro, se ha dignado hacer de ella adoptándola por la segunda; la tercera, Antioquía, él mismo se sentó en persona, cuando al renunciar a Jerusalén, concedió a la gentilidad la gracia de la adopción. Si pues Antioquía cede en rango a Alejandría, esta última la es inferior, en cuanto que tuvo el honor de

haber poseído la persona a quien Cristo había investido con el cargo del pastor supremo. Era, pues, justo que la Iglesia honrase a Antioquía por la gloria que tuvo de ser temporalmente el centro de la sociedad; y tal es la intención de la fiesta que celebramos hoy [1].

NUESTRAS OBLIGACIONES CON LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO. — Las solemnidades dedicadas a San Pedro deben interesar de modo particular a los hijos de la Iglesia; la fiesta del padre es siempre también de la familia; pues de él depende su vida y su existencia. Si no hay más que un rebaño, es porque no hay más que un pastor; honremos pues, las prerrogativas divinas de San Pedro, a las cuales debe el cristianismo su conversión, y amemos y recibamos con interés las obligaciones que tenemos con la sede apostólica. Cuando celebramos la cátedra romana, reconocemos cómo se enseña la fe, se conserva y se propaga por la Iglesia-Madre en la cual residen las promesas hechas a Pedro. *Honremos hoy a la Sede Apostólica, como fuente única del poder legítimo por el que los*

[1] Hemos hecho notar que el 18 de enero, según una antigua tradición, mantenida sin intermitencia hasta el siglo XVI, se celebraba hoy la fiesta de la cátedra romana de San Pedro sin ninguna conmemoración de la de Antioquía. No se pensaba más que en tributar honores a la cátedra del Vaticano, símbolo de la primacía universal de San Pedro y de sus sucesores. Las Iglesias de las Galias, que no admitían fiestas en Cuaresma, trasladaron esta fiesta al 18 de enero. Desde hace tres siglos el amor al Príncipe de los Apóstoles ha procurado extender el homenaje a su palabra hasta en la cátedra de Antioquía.

pueblos son regidos y gobernados para su salvación eterna.

PODERES DE PEDRO. — El Salvador dijo a Pedro: "Te daré las llaves del reino de los cielos[1] es decir, de la Iglesia." También le dijo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas"[2]. Pedro es pues, el príncipe; porque las *llaves,* en la escritura significan primacía; es pues, el pastor, y pastor universal: porque en el rebaño no hay más que ovejas y corderos. Pero, por voluntad de Dios, encontramos otros pastores en todas partes: Son los Obispos, "sobre quienes se ha posado el Espíritu Santo para que gobierne la Iglesia de Dios"[3], gobiernan en nombre del pastor común a la cristiandad y son también Pastores. Pero ¿cómo las llaves, que son patrimonio de Pedro, pueden encontrarse en manos distintas de las suyas? La Iglesia Católica nos explica este misterio en los monumentos de su Tradición. Nos dice por Tertuliano que "que el Señor ha dado las Llave a Pedro, y por él a la Iglesia"[4]; por S. Optato de Mileve que, "por el bien de la unidad, Pedro ha sido preferido a los demás Apóstoles, y ha recibido solo las Llaves del Reino de los cielos, para comunicárselas a los otros"[5]; por S. Gregorio de

---

1 *S. Mat.,* XVI, 19.
2 *S. Juan,* XXI, 15, 17.
3 *Acts.,* XX, 28.
4 *Scorpiace,* c., X.
5 *Contra Parmenio,* l. VII.

Niza, "que Cristo ha dado por Pedro a los Obispos las Llaves de su celeste prerrogativa"[1]; por S. León Magno que, "el Salvador ha dado por Pedro a los demás príncipes de la Iglesia todo lo que le ha parecido conveniente"[2].

PODERES DE LOS OBISPOS. — El Episcopado es siempre sagrado; se remonta a Cristo por Pedro y sus sucesores; por eso la tradición católica nos lo atestigua de una manera sorprendente, al aplaudir el lenguaje de los Pontífices Romanos que no han cesado de declarar, desde los primeros siglos que la dignidad de los Obispos estaba llamada a compartir su propia solicitud, *in partem sollicitudinis vocatos*. Por eso S. Cipriano no duda en decir "que el Señor, queriendo establecer la dignidad episcopal y constituir la Iglesia, dice a Pedro: *Te daré las Llaves del Reino de los cielos;* de aquí nace la institución de los Obispos y la disposición de la Iglesia"[3]. Esto es lo que repite, a coro con el Obispo de Cartago, S. Cesáreo de Arlés en las Gaules, en el siglo v, cuando escribe al santo papa Símaco: "Fíjate que el episcopado tiene su fuente en la persona del bienaventurado Apóstol Pedro, y nace de allí, por una consecuencia necesaria, que toca a su Santidad, señalar a las diversas iglesias las reglas a las

[1] *Opp.*, t. III.
[2] En el año de su elevación al Pontificado, sermón IV P. L. LIV, C. 150.
[3] *Carta,* XXXIII.

cuales deben conformarse"[1]. Esa doctrina fundamental, que S. León Magno ha formulado con tanta autoridad y elocuencia y que es en otros términos la misma que venimos mostrando continuamente por la tradición, se encuentra mandada a las iglesias antes de S. León en las magníficas Cartas de S. Inocencio I, que ha llegado hasta nosotros. Por eso escribe en el Concilio de Cartago que, "el Episcopado y toda su autoridad emanan del Colegio Apostólico"[2]; en el Concilio de Mileve "que los Obispos deben considerar a Pedro como fuente de su nombre y de su dignidad"[3]; a S. Victricio, Obispo de Rouen, que "el Apostolado y el Episcopado tienen su origen en Pedro"[4].

No vamos a componer aquí un tratado polémico; *nuestro objeto,* alegando estos títulos magníficos de la Cátedra de S. Pedro, *no es otro que avivar en el corazón de los fieles la veneración y acatamiento de que deben estar animados hacia ella.* Pero es necesario que conozcan la fuente de la autoridad espiritual que, en sus diversos grados, les rige y les santifica. Todo dimana de Pedro, todo procede del Pontífice Romano en el cual Pedro se continuará hasta el fin de los siglos. Jesucristo es el príncipe del Episcopado, el Espíritu Santo establece los Obispos; pero la misión, la

---

[1] *Carta,* X.
[2] *Ibíd.,* XXIX.
[3] *Ibíd.,* XXX.
[4] *Ibíd.,* II.

institución que señala al Pastor su rebaño y al rebaño su Pastor, la dan Jesucristo y el Espíritu Santo por el ministerio de Pedro y de sus sucesores.

TRASMISIÓN DEL PODER DE LAS LLAVES. — ¡Qué divina y sagrada es la autoridad de las Llaves, pues descendiendo del cielo al Pontífice Romano, se deriva de él por los Prelados de las Iglesias sobre toda la sociedad cristiana que ella debe regir y santificar! *El modo de transmitirse por el Colegio Apostólico ha podido variar según los siglos; pero todo poder emana de la Cátedra de Pedro.* Al principio había tres Cátedras: Roma, Alejandría y Antioquía; las tres, fuentes de la institución canónica para los Obispos de su dependencia; más las tres tenidas como otras tantas Cátedras de Pedro fundadas por él para presidir como dice S. León [1], S. Gelasio [2], y S. Gregorio [3]. Pero entre estas tres Cátedras, el Pontífice que se sentaba en la primera era quien recibía del cielo su institución, mientras que los otros dos Patriarcas ejercían sus derechos después de haber sido reconocidos y confirmados por el que ocupaba en Roma el lugar de Pedro. Más tarde se quiso añadir dos nuevas cátedras a las tres primeras pero Constantinopla y Jerusalén no llegaron a tal honor sino con el asentimiento del Pontífice Ro-

---

1 *Carta,* CIV, Anatolio.
2 *Concilio romano. Labbe,* t. IV.
3 *Carta a Eulogius.*

mano. Con el fin de que los hombres no confundiesen las distinciones accidentales con las cuales habían sido decoradas estas diversas iglesias, con la prerrogativa de la Iglesia Romana, Dios permitió que las Sedes de Alejandría, de Antioquía, de Constantinopla, de Jerusalén fuesen mancilladas con la herejía; y que llegando a ser cátedras de error, dejasen de trasmitir la misión legítima desde el momento en que alteraron la fe que Roma las había trasmitido con la vida. Nuestros Padres han visto caer sucesivamente estas columnas antiguas que la mano paternal de Pedro había erigido; pero sus ruinas atestiguan más claramente, cuán sólido es el edificio que la mano de Cristo ha levantado sobre Pedro. El misterio de la unidad es revelado con mayor claridad y Roma reservándose para sí los favores que ella había concedido a las iglesias que la habían tenido por madre común, no ha hecho sino darnos con más claridad el principio único del poder pastoral.

Deberes de respeto y de sumisión. — *A nosotros, sacerdotes y fieles, nos toca informarnos de la fuente en que nuestros pastores han tomado su poder, de la mano que les ha trasmitido las Llaves*. Su misión ¿emana de la Sede Apostólica? Si fuere así, vienen de parte de Cristo que les ha confiado por Pedro su autoridad; honrémosles, estémosles sumisos. Si se presentan sin ser en-

viados por el Pontífice Romano no nos juntemos a ellos; porque Cristo no los conoce. Aunque estén revestidos del carácter sagrado que confiere la unción episcopal, no son nada en el orden pastoral; las ovejas fieles deben alejarse de ellos.

Por eso el divino fundador de la Iglesia no se contentó con determinar la visibilidad como carácter esencial, a fin de que ella fuese *la Ciudad edificada sobre la montaña*[1], y que atrae todas las miradas; quiso también que el poder celestial que ejercen los pastores se derivase de una fuente visible; para que cada fiel pudiese comprobar los títulos de los que se presentan a él para reclamar su alma en nombre de Cristo. El Señor no podía hacer menos por nosotros puesto que por otra parte exigirá de nosotros en el último día que seamos miembros de su Iglesia y que hayamos vivido en unión con El por el ministerio de Pastores legítimos. ¡Honor, pues, y sumisión a Cristo en su Vicario!; ¡honor y sumisión al Vicario de Cristo en los pastores que envía!

ALABANZA. — Gloria a ti príncipe de los Apóstoles y a tu Cátedra de Antioquía desde la cual presidiste los destinos de la Iglesia universal. ¡Qué magníficas son las estaciones de tu Apostolado! ¡Jerusalén, Antioquía, Alejandría, por tu discípulo Marcos y Roma en fin, por ti mismo; he aquí las ciudades que honras con tu Sede au-

[1] *Mat.*, 5, 14.

gusta. Después de Roma, ninguna te poseyó tan largo tiempo como Antioquía; es, pues, justo que honremos a esta Iglesia que fué un tiempo para ti la madre de las otras. ¡Ay! hoy ha perdido su hermosura, la fe ha desaparecido de su seno y el yugo del musulmán pesa sobre ella. Sálvala, Pedro, sométela a la Silla Romana, sobre la que te has sentado, no por un número limitado de años sino hasta la consumación de los siglos. Inmutable roca de la Iglesia, las tempestades se han desencadenado contra ti y nuestros ojos han visto más de una vez la Cátedra inmortal trasladada lejos de Roma. Entonces nos hemos acordado de las hermosas palabras de S. Ambrosio: "Donde está Pedro, allí está tu Iglesia", y nuestros corazones no se han turbado, pues sabemos que Pedro ha escogido a Roma por divina inspiración, por el suelo donde repose su Silla para siempre. Ninguna voluntad humana podrá separar lo que Dios ha unido; el Obispo de Roma será siempre el Vicario de Jesucristo, y el Vicario de Cristo aunque le desterrase la violencia sacrílega de los perseguidores, será siempre el Obispo de Roma.

SÚPLICA. — Calma las tempestades, ¡oh Pedro! para que los débiles no vacilen; ruega al Señor que la residencia de tu sucesor no salga de esta ciudad que tú escogiste y elevaste a tantos honores. Si los habitantes de esta ciudad

reina han merecido ser castigados por olvidar sus deberes, perdónalos en consideración al universo católico, que su fe, como en los días en que Pablo tu hermano, les enviaba su Epístola, llegue a ser *célebre en el mundo entero* [1].

23 DE FEBRERO

SAN PEDRO DAMIANO, CARDENAL Y DOCTOR DE LA IGLESIA

UN REFORMADOR. — Hoy celebramos la festividad del austero reformador de las costumbres cristianas en el siglo XI, el precursor de S. Gregorio VII, Pedro Damiano. A él le toca una gran parte de la gloria de este magnífico resurgir que se realiza en estos días en que *debe comenzar el juicio por la casa de Dios* [2]. Preparado para la lucha contra los vicios bajo severa institución monástica, Pedro se opuso como dique al torrente de desórdenes de su tiempo y contribuyó poderosamente a preparar mediante la extirpación de los vicios, dos siglos de fe ardiente que repararon la ignominia del siglo X. La Iglesia ha reconocido tanta ciencia, celo y nobleza en los escritos del Santo Cardenal que, por un juicio solemne, le ha colocado entre los doctores. Apóstol de la pe-

[1] *Rom.*, I, 8.
[2] *I. Petr.*, 4, 17.

nitencia, Pedro Damiano, nos llama a la conversión aun en nuestros días: escuchémosle y mostrémonos dóciles a su voz.

Vida. — S. Pedro Damiano nació en Roma en 1007. Después de haber estudiado y enseñado en Ravena y en Parma, entró en 1035 en el desierto de Fuente Avellano. Elegido Prior en el 43, llevó a cabo numerosas fundaciones de las que fué Superior y donde se observó la Regla de S. Benito. Luchó infatigablemente contra la simonía, el libertinaje de los clérigos y la intromisión del poder civil en el campo religioso. En 1057 fué nombrado Cardenal-Obispo de Ostia por el Papa Esteban X. En 1063 le hallamos en el Concilio de Augsburgo, deponiendo al antipapa Honorio II; después en Cluny defendiendo los derechos monásticos contra el Obispo de Macón. En 1065 volvió a su retiro de Fuente Avellano para entregarse a la contemplación y a sus austeridades, pero por poco tiempo, pues tuvo que salir a defender a la Iglesia. Murió el 22 de febrero de 1072. León XIII extendió su culto de la orden monástica a toda la Iglesia y le dió el título de Doctor.

Celo por la Iglesia. — El celo por la casa del Señor devoraba tu alma, oh Pedro. Por eso te colocó Dios en la Iglesia, en este tiempo, en que la maldad de los hombres, la había hecho perder una parte de su hermosura. Lleno del espíritu de Elías te propusiste despertar a los obreros del Padre de familias que durante su sueño habían dejado crecer en el campo la cizaña. Días mejores resurgieron para la Esposa de Cristo. La virtud de las promesas que posee se manifestó,

mas tú, "amigo del Esposo"[1] tienes la gloria de haber contribuído en gran manera a volver a la casa de Dios su antiguo brillo.

Ideas aseglaradas habían penetrado en el santuario; los grandes de la tierra se decían: *Poseámosle como herencia nuestra*[2]. Y la Iglesia que sobre todo debe ser libre, era esclava de los señores del mundo. En esta crisis los vicios a los cuales la debilidad humana está tan entregada habían mancillado el templo. Mas el Señor se acordó de aquella a la que él se ha entregado. Para levantar tantas ruinas se sirvió de brazos mortales y tú, oh Pedro, fuiste escogido entre los primeros para ayudar a Cristo a extirpar a tantos males. Esperando el día en que Gregorio VII tome las Llaves en su mano fuerte y fiel, tu ejemplo y tu trabajo le preparan el camino. Ahora que ya llegaste, al término de tus trabajos, vela por la Iglesia de Dios, con el celo con que el señor te ha distinguido. Desde lo alto del cielo comunica a los Pastores esta energía apostólica sin la cual no se vence el mal. Mantén puras las costumbres sacerdotales que son *la sal de la tierra*[3]. Fortalece en los rebaños el respeto, la fidelidad y la obediencia a los que les conducen al puerto de salvación. Fuiste en medio de un siglo corrompido no solamente un Apóstol, sino también el ejem-

[1] *Juan*, III, 29.
[2] *Ps.*, LXXXII.
[3] *Mat.*, V, 13.

plar de la penitencia cristiana, concédenos reparar con obras satisfactorias, nuestros pecados y los castigos por ellos merecidos. Aviva en nuestras almas el recuerdo de los sufrimientos de nuestro Redentor, a fin de encontrar en su Pasión una fuente inagotable de arrepentimiento y de esperanza. Acrecienta nuestra confianza en María, refugio de pecadores y concédenos participar de la ternura filial de que tú estuviste animado para con Ella, por el celo con que has publicado sus grandezas.

23 ó 24 DE FEBRERO

VIGILIA DE SAN MATIAS

Esta vigilia es de fecha reciente. Instituída en el siglo XVI por S. Pío V con el fin de honrar a S. Matías como a los demás Apóstoles. El nombre de este Apóstol no figura en el Canon de la Misa con el de los demás Apóstoles, con todo en el *Nobis quoque...* se le nombra después de San Esteban. Mereció ocupar el lugar de Judas ya que fué testigo de la vida, de la doctrina, de las obras y de la Resurrección de N. Señor Jesucristo [1].

Estractamos el texto de un prefacio antiguo para bendecir al Señor por la elección del nuevo Apóstol: "Es digno y justo, equitativo y saluda-

[1] *Act.*, I, 22.

ble, darte gracias y alabarte en todo tiempo y en todo lugar, Señor Padre Todopoderoso, Dios eterno; oh Dios que eres bienaventurado en tus Apóstoles de los cuales se reporta una gran gloria. Por ellos unes el cuerpo místico y sagrado de tu Hijo Unico y estableces las bases de tu Iglesia. También pedimos tu clemencia, a fin de que por la intercesión de nuestro bienaventurado Apóstol Matías, cuya pasión celebramos con toda solemnidad, merezcamos vernos libres de las ataduras de nuestros pecados admitidos en la felicidad de la vida eterna y contados en el número de tus santos. Amén."

24 DE FEBRERO

SAN MATIAS APOSTOL

(En los años bisiestos la fiesta se celebra el 25 de febrero)

UN NUEVO APÓSTOL. — S. Matías, Apóstol de Cristo, completa con su presencia el coro de bienaventurados que la Iglesia nos invita honrar en este tiempo litúrgico. Matías se unió pronto al séquito del Salvador y fué testigo de todas sus obras hasta la Ascensión. Era del número de los discípulos, pero Jesucristo no le había colocado en el rango de sus Apóstoles. Sin embargo estaba llamado a esta gloria; pues David se refería a él al profetizar que "otro recibiría el Episcopado" que había quedado vacante por la prevari-

cación de Judas, el traidor [1]. En el intervalo que media entre la Ascensión de Jesús y la venida del Espíritu Santo, el Colegio Apostólico determinó completarse para que el número de doce, fijado por Cristo, quedara completo el día en que la Iglesia, al recibir el Espíritu Santo, se declarase en contra de la Sinagoga. El nuevo Apóstol tuvo parte en toda clase de tribulaciones de sus hermanos en Jerusalén; y el día de la dispersión de los enviados de Cristo se dirigió a las provincias que le habían sido señaladas para evangelizar.

La enseñanza del Apóstol. — Las obras de Matías, sus trabajos y sus pruebas nos son desconocidos. En los escritos de S. Clemente de Alejandría queda algo de su doctrina; encontramos una sentencia, que nos parece obligación citarla aquí, por tener relación con los sentimientos que la Iglesia nos inspira en este santo tiempo. "Es necesario, dice S. Matías, combatir la carne y servirse de ella sin mimarla con satisfacciones culpables. En cuanto al alma debemos desarrollarla por la fe y por la inteligencia"[2]. En efecto, habiéndose roto en el hombre el equilibrio por el pecado, y deseando el hombre exterior todo lo de abajo, no podemos restablecer en nosotros la imagen de Dios sino obligando al cuerpo a so-

---

[1] *Ps.*, CVIII.
[2] *Stromates*, 1, III, c. IV.

meterse sin réplica al yugo del espíritu. Agraviado por el pecado original, el espíritu mismo es arrastrado por una resbaladiza pendiente a las tinieblas. Sola la fe le levanta humillándole y el conocimiento es la recompensa de la fe. Esta es, en resumen, la doctrina que la Iglesia procura hacernos comprender y practicar en estos días. Glorifiquemos al que nos ilumina y nos fortalece. La misma tradición que nos da alguna luz sobre la vida apostólica de S. Matías, nos dice, que sus trabajos fueron coronados con la palma del martirio, pero sin precisar si fué en Etiopía o en Judea.

27 DE FEBRERO

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA, CONFESOR

UN DEVOTO DE MARÍA. — Soy un alma tan pequeñita que no puedo ofrecer a Dios más que cosas pequeñas." Estas palabras de Sta. Teresita del Niño Jesús, las podía haber repetido también este joven religioso pasionista italiano, que la Iglesia propone hoy a nuestra piedad. Ninguna obra exterior, ningún milagro, ningún escrito le han distinguido entre sus contemporáneos. Al igual que Sta. Teresita y S. Luis Gonzaga se ha santificado en el silencio y en la obscuridad de la vida religiosa, y "acabada su vida en poco tiempo, concluyó una larga carrera".

Sus cualidades personales le hubieran esclarecido en el mundo; se le abría un bello porvenir, más una sola mirada le detuvo en el umbral de la adolescencia. No fué, como para el joven rico del Evangelio, la del Señor, fué la de Nuestra Señora. Un día en Espoleto, la Virgen le miró tiernamente y le dijo: "El mundo no es para ti; es necesario que entres en religión." Y él, comprendiendo que Dios y el mundo nunca pudieron unirse, abandonó sin pena este mundo que pasa..., a fin de cumplir la voluntad de Dios y vivir eternamente" [1].

Su gran amor a Ntra. Señora de los Dolores le hizo escoger naturalmente la orden consagrada a conmemorar la Pasión de Nuestro Señor y la espada que traspasó el corazón de su Madre. "Su devoción a la Virgen, escribe su director, fué el objeto principal de su vida, la fuente principal de donde se deriva todo cuanto hay de excepcional y admirable en su vida", y la Iglesia nos dice, "que fué suscitado por Dios para dar, por su ejemplo, un gran desarrollo al culto de la Virgen de los Dolores".

Durante los seis años de vida religiosa procuró ser el último de todos y pasar inadvertido. Los medios de asemejarse a Jesús Hostia y de responder a su amor, fueron la humildad, la pobreza, la obediencia y el sacrificio. Pidió morir tísico "para poder sentirse morir y manifestar a

---

[1] *I Juan*, II, 17.

Dios, hasta el último momento, su amor". Así, cuando el Señor, "llamó e hizo oír su voz"[1] él respondió con alegría y se durmió en el Señor el 27 de febrero de 1862, "poniendo su esperanza en la misericordia divina y en la intercesión de su querida Madre".

El Papa le ha propuesto como patrono y modelo de la juventud italiana.

VIDA. — S. Gabriel nació en Asís el primero de marzo de 1838. Estudiante en Espoleto, fué seducido durante un tiempo por los placeres del mundo, no se apegó sin embargo a ellos, y conmovido por la mirada de la Virgen el 22 de agosto de 1854, resolvió abandonarlo todo y entrar en el instituto de clérigos de la Pasión de Jesús. Fué admitido el 8 de setiembre de 1856 y vistió el hábito el 21 fiesta de Nuestra Señora de los Dolores y con el nombre Gabriel de la Dolorosa, que le debía recordar sin cesar las alegrías y dolores de la Santísima Virgen; emitió sus primeros votos el 27 de setiembre de 1857 y murió el 27 de febrero de 1862 después de haber practicado en la obscuridad de la vida religiosa y en la más perfecta sencillez, las más altas virtudes, una gran mortificación, el más tierno amor a la Pasión del Señor, al Sacramento de la Eucaristía, y sobre todo a los Dolores de Nuestra Señora. Habiendo Dios manifestado sus méritos con grandes milagros, Benedicto XV le canonizó en 1920 y Pío XI extendió su Oficio y su Misa a toda la Iglesia.

CON NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES. — Oh S. Gabriel, nos alegramos de celebrarte al comienzo de este gran retiro de Cuaresma. Vienes a unir

[1] *Apoc.*, III, 20.

tu voz con la de la Iglesia para determinarnos a romper de una vez con nuestras malas costumbres. No todos pueden como tú, retirarse a la soledad, más a todos enseñas cómo en medio del mundo, se puede guardar el corazón puro y permanecer fieles a Dios.

Para conseguir esto tú nos indicas el medio: mirar a Jesús y a María en la Pasión. Sabemos por el autor de la Imitación "que el que se ocupa en meditar con atención y piedad la vida y Pasión del Salvador, encontrará allí abundantemente así lo útil como lo necesario". Concédenos grabar en nuestro corazón profundamente y para siempre la Pasión del Señor. Tú a quien Dios enseñó "a meditar los Dolores de su Santísima Madre y que por ella fuiste elevado a la gloria por la gracia de la santidad, haz que, por tu intercesión y ejemplo también nosotros nos compadezcamos de los Dolores de María y que por su maternal protección obtengamos la salvación eterna"[1].

"No hago otra cosa, decías, que bendecir la mano misericordiosa de esa Virgen que me ha retirado del mundo." Tú la hablabas como un niño a su madre, y cuando el demonio quería atemorizarte gritabas: "Querida Mamá, arrójale."

Enséñanos a recurrir a María en los peligros y diríjela para nosotros tu última plegaria.

---

[1] Oración de la Misa.

"Oh María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte."

EL MISMO DIA

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA

San Leandro fué providencialmente destinado por Dios para ser el Doctor de la España visigoda. Nacido en el seno de una familia rica e influyente se encerró en un monasterio de Sevilla para vivir en él pobre y desconocido; pero su saber, su virtud y su prudencia le delataron y se vió obligado a cargar con el gobierno de la Archidiócesis Sevillana y de toda la Provincia eclesiástica de la Bética.

Sus palabras decidieron la conversión de San Hermenegildo, hijo del Rey Leovigildo a la religión católica. Leovigildo, arriano furibundo, decretó la extinción de la fe de Nicea en España. Leandro fué uno de los primeros desterrados después de haber hecho morir decapitado el fanático Padre a su noble primogénito Hermenegildo. No cayó en tierra estéril la generosa sangre del apuesto Príncipe, quien desde el cielo consiguió del Señor la conversión de su hermano Recadero por el mismo medio y persuasiones del Santo Doctor Leandro.

Sucedió pues, que llegándose a quebrantar la salud del viejo rey Leovigildo, en los ratos de melancolía que a menudo le invadían, ponderaba despacio los atropellos cometidos contra sus mejores y más leales súbditos, y, sobre todos ellos el destierro de los ilustres prelados San Másona de Mérida y Leandro de Sevilla y la muerte cruel de su hijo Hermenegildo; maldecía a cada instante la hora fatal en que pronunció la sentencia de exterminio de los católicos. Vió claro que estos estaban en posesión de la verdad, quiso hacerse católico pero le faltó decisión para romper con los fanáticos arrianos sus amigos hasta entonces.

Se apresuró, sin embargo a llamar del destierro a San Leandro y a los más significados desterrados. Vuelve Leandro a la corte y con mucho encarecimiento encomienda a Leovigildo su hijo menor al Santo Obispo para que haga con él la obra que había realizado antes con Hermenegildo. Se encargó en efecto San Leandro de la educación de Recaredo en 585 y éste se decidió a abjurar públicamente la herejia de Arrio, muerto ya Leovigildo. El acto se celebró el 4 de mayo de 589 en tercer Concilio de Toledo. Fué obra exclusiva de Leandro quien le presidió como Metropolitano más antiguo y calificado y le clausuró con un famoso discurso, canto triunfal de la unidad católica de España. Con justicia podemos llamar a San Leandro *Padre* de la nación española,

que por obra y gracia misericordiosa del Señor y el titánico trabajo de San Leandro nace y se manifiesta ya pujante, aquella radiante primera semana del mes de mayo del año del Señor 589.

¡Gloria por tanto a la Augusta Trinidad que desde aquella fecha preside los destinos de la nación católica por antonomasia, y gloria también al principal orfebre de esa maravilla de arte a lo divino, al inmortal Pontífice Leandro que desde su silla Metropolitana engendró como Padre a la Nación Católica y como Doctor y Padre a la vez, informó al gran Doctor de las Españas y delicia de la Iglesia universal: San Isidoro.

Murió San Leandro el 27 de febrero del año 600, dejándonos algunas obras de su ingenio, sobre todo una regla para monjas, que dedicó a Santa Florentina, su Hermana. Se han perdido dos libros contra los arrianos; de ellos nos habla San Isidoro.

1 DE MARZO

SAN ROSENDO, OBISPO Y CONFESOR

Rosendo fué uno de los varones que Dios suscitó en la época de la reconquista para alentar a los guerreros del norte de la península Ibérica a devolver toda España al imperio de la Cruz. Es San Rosendo "hijo del milagro" como San Juan Bautista y Samuel y otros muchos de que nos

hablan los anales eclesiásticos en el correr de los siglos. Los condes Gutiérrez Méndez, tíos de Don Alfonso IV, e Ilduana tía de Ramiro II, después de algunos años de matrimonio no tenían hijos porque se les morían recién nacidos. Los piadosos esposos redoblaban sus instancias al Señor en espera de sucesión para que administrara sabiamente la copiosas haciendas y posesiones que tenía la virtuosa Ilduana sobre todo; hace extremos para forzar al cielo; ayuna, ruega, se mortifica, sube descalza por empinada y pedregosa cuesta al templo de San Salvador y un día después de haber regado el pavimento con sus lágrimas, se siente sobrecogida de un apacible sueño y oye una dulce voz que le dice "no te desconsueles mujer venturosa, tus ruegos han penetrado en el corazón de Dios; tendrás un hijo que será el gozo de tus días y el encanto de tu existencia; grande será para el mundo, pero más grande aún para el cielo". Ilduana despierta llena de inexplicable gozo y, llegando el tiempo, nace Rosendo como un prodigio de la gracia el 26 de noviembre de 907, reinando Alfonso el Magno.

Después de éste tuvo esta virtuosa matrona otros tres más; criaron los padres a Rosendo con todo el esmero en el santo temor de Dios y salió aventajado en virtudes y desprecio de las cosas terrenas; salido de la infancia le entregaron a la dirección de Sabarico II Obispo egregio de Mondoñedo como el alumno era de buen ingenio y

encantadoras prendas morales, echaron pronto de ver en Rosendo un firme pilar que la Providencia preparaba para realzar y sostener la sociedad cristiana entonces maltratada por las huestes agarenas, a pesar de sus pocos años tenía ya Rosendo la gravedad y cordura de un anciano.

Al registrar los anales de Galicia nos asombramos al ver figurar el nombre de Rosendo cuando aun no contaba más que diez años al lado de los nombres más respetables de aquella época en documentos públicos de sumo interés. Siendo muy joven fué promovido a la sede de Mondoñedo, y por especial inspiración de Dios tomó sobre sí esta tan pesada carga según lo atestiguan los monumentos eclesiásticos del siglo x. De hecho todas las cualidades que pueden ambicionarse en un hombre destinado a regir y a gobernar la Iglesia de Dios se hallan identificadas en Rosendo. Es el ángel de paz que todo lo remedia y prevee. Pronto se le ve reparando los edificios arruinados por el alud devastador de los normandos; levanta de nueva planta el célebre monasterio de Cabeiro junto al Ferrol, donde se retira en ciertas épocas del año para entregarse a la oración y ejercicios espirituales. Emprende la obra colosal del Monasterio de Celanova en cuya fábrica empleó ocho años y sumas considerables; por todas partes va dejando impresas las huellas del genio de su celo y energía y

con el mismo ardor se consagra al cuidado de todas sus ovejas sin acepción de personas.

Por inspiración del cielo pidió y obtuvo la dimisión de su cargo pastoral. Cambia en su amado Celanova la mitra por la cogulla, trae a Celanova muchos y buenos monjes de varios cenobios, nombra por abad a San Franquila que lo era de Ribas del Sil y él se quedó de humilde súbdito. Hacia el año 957, reinando ya en Asturias Sancho I el Craso era modelos de todos por la puntual observancia y fervor, cuando en 969 entraron por las costas de Galicia los normandos talando toda la tierra.

Muerto San Franquila fué elegido Abad de Celanova San Rosendo. Murió también por entonces el Obispo de Iria, se cree en batalla o en ataque de los bárbaros normandos y con igual abnegación con que dejó la silla de Mondoñedo por la soledad del claustro vuelve a empuñar el báculo de la catedral de Santiago que reclamaba con instancias sus cuidados. Enseñar, catequizar, reformar abusos, promover mejoras, fomentar la piedad y renovar la disciplina, estas son las tareas ininterrumpidas de su vida.

El cielo, no obstante, le tenía reservado, no una sino repetidas ocasiones con que Rosendo iba a demostrar las grandeza de su corazón para las grandes empresas, contemplando con dolor los desmanes que cometían los normandos se levanta Rosendo con su gente, e invocando confiado

al Señor de los ejércitos, se lanza tras los piratas, a quienes vence y pone en vergonzosa fuga.

El conde Gonzalo Sánchez movido por Dios secunda la bravura de San Rosendo y juntos acaban por deshacerlos, queman toda la armada pasando a cuchillo a la mayor parte y entre ellos a su rey Gunderado.

En aquella desgraciada época entran también los sarracenos por la parte de Portugal casi al mismo tiempo que los normandos talando todo a sangre y fuego como otro Atila, y, al punto se lanza contra ellos nuestro adalid San Rosendo que no deja de sacosarlos tenazmente hasta hacerles guarecerse bien adentro de sus dominios. Confirma estas hazañas el Papa Celestino III en la Bula del culto de San Rosendo... Libertó las tierras portuguesas con el auxilio de la divina gracia de la irrupción sarracena...

Vuelve Rosendo a Compostela cargado con los laureles de doble victoria que le grangea los aplausos y adhesiones de todos sus compatriotas. El anhela solamente sepultarse en el retiro del claustro, dejando el gobierno de la Iglesia Compostelana que según confesión propia atestiguada en un documento leonés había regido por delegación, y en su querido Celanova entregó su espíritu el uno de marzo de 967.

Defiende esclarecido Prelado a tu doble descendencia patriótica y nacional de las asechanzas de los enemigos, con los mismos bríos que

derrochaste en vida mortal, para asegurarles victoria y libertad de los tenaces adversarios conjurados para perderlos.

3 DE MARZO

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO, MARTIRES

El rey de los poetas cristianos Aurelio Prudencio canta el valor y luchas sufridas por Cristo de estos dos soldados que juntos vivían en el campamento de León, y por la fe valientemente confesada por ellos, fueron llevados presos de León a Calahorra donde residían los Tribunos militares que debían juzgar a los dos atletas. Señalan a Daciano, el cruel, como juez que los condenó a muerte después de atroces e innobles suplicios que las actas no relatan por bochornosos, no para los mártires que los aguantaron, sino para el inhumano juez que prostituía la nobleza humana.

Se cree que murieron en la persecución de Diocleciano hacia 304, pero sospechan muchos y no les faltan razones, que murieron antes porque se desprende de las Actas compuestas del siglo v o principios del VI que eran entonces pocos los cristianos y muchísimos los paganos y Prudencio encarece el ejemplo que dieron al mundo de su valiente fe opuesta a lo que tenían ante los ojos. Por lo visto fueron soldados de alta categoría lla-

mados *diaconianos* (nuestros actuales alféreces) y muy pagados de su dignidad.

Mas a la vista de las abominaciones que prevalecían en la Roma pagana no quisieron autorizarlas con su cíngulo militar, y se adhirieron a la noble religión de Cristo. Dieron, pues, egregio testimonio de su entereza y de su fe. Les enterraron cerca del lugar del suplicio y hablan las historias de traslación de sus restos al monasterio de San Salvador de Leire. Veneran sus cabezas en Santander donde dice la leyenda que arribaron milagrosamente por mar. Los himnos I y VIII del Peristefanon de Prudencio cantan magistralmente las proezas de nuestros mártires.

4 DE MARZO

SAN CASIMIRO, CONFESOR

PUREZA Y MENOSPRECIO DEL MUNDO. — Hoy se nos presenta un ejemplo de virtud heroica en el seno mismo de un corazón mundano. S. Casimiro fué príncipe de sangre real; le rodearon las seducciones de la juventud y del lujo; pero triunfó de las asechanzas del mundo con la misma facilidad con que triunfaría un ángel en la tierra. Aprovechemos con su ejemplo y si hemos sacrificado al ídolo del siglo, en una condición más baja que la Divina Providencia le colocó, destruyamos lo que hemos adorado, y pongámonos al

servicio del Maestro que es quien solamente tiene derecho a nuestro homenaje.

Nos parece muchas veces encontrar la explicación de una gran fuerza de alma en las condiciones más bajas de la sociedad, en la ausencia de las tentaciones, en la necesidad de buscar en el cielo un apoyo contra una mala fortuna; como si en todos los estados no llevase el hombre en sí los instintos que, a no ser combatidos, le precipitarían en la depravación. En S. Casimiro, la virtud cristiana se mostraba con una energía tal que parecía que su manantial estaba en Dios y no en la tierra. Allí tenemos que recurrir en este tiempo de regeneración. Un día prefirió la muerte al pecado. En esta circunstancia, ¿qué otra cosa hizo, sino lo que se exige al cristiano en todas las horas de la vida? Pero es tal el atractivo de este mundo que continuamente vemos a los hombres en el pecado, que es la muerte del alma, y no precisamente para salvar esta vida perecedera, sino por la más mínima satisfacción, y a veces aun contra el interés de este mundo al cual sacrifican todo lo demás. Tal ceguera ha producido en nosotros la degradación original. Se nos ponen ante los ojos los ejemplos de los santos como antorcha que nos ilumina: sirvámonos de esta luz y contemos además, para elevarnos, con los méritos y la intercesión de estos amigos de Dios, que desde lo alto del cielo miran con gran compasión nuestros peligros.

VIDA. — S. Casimiro, hijo del rey de Polonia, nació en 1458. Se distinguió desde su juventud por su piedad y austeridad, por su celo por la propagación de la fe católica, por su caridad, para con los pobres y por la castidad que guardó toda su vida. Le fué predicho el día de su muerte, y se durmió en la paz del Señor en Vilna, a la edad de 25 años. En su sepulcro se obraron gran número de milagros. León X inscribió al joven príncipe en el número de los santos.

ALABANZA Y SÚPLICA. — Tú que despreciaste las dignidades y placeres de la tierra, los cuales no pudieron apartarte del fin de tu corazón, descansa ahora en el seno de las felicidades eternas. Tu vida ha sido corta, pero fecunda en méritos. Acordándote a cada instante de una patria mejor, la de aquí abajo, no atrajo tus miradas; estabas deseoso de volar hacia Dios, que parecía no haber hecho otra cosa que prestaros a la tierra. Tu inocente vida no dispensó del rigor de la penitencia; ¡tan vivo estaba en ti el temor de sucumbir a los atractivos de los sentidos! Haznos comprender el deber que tenemos de expiar los pecados que nos han separado de Dios. Has preferido morir antes que ofender a Dios; apártanos del pecado, el mayor mal del hombre, puesto que es también el mal de Dios. Concédenos los frutos de este santo tiempo que nos es dado para hacer penitencia. Bendice desde la gloria donde reinas a toda la cristiandad que te honra, pero acuérdate sobre todo de tu patria terrestre. Antes, tuvo el honor de ser

un dique seguro para la Iglesia contra el cisma, la herejía y la infidelidad; alivia sus males, libértala del yugo que la oprime y avivando su antiguo celo por la fe, presérvala de las seducciones de que está amenazada.

EL MISMO DIA

SAN LUCIO I, PAPA Y MARTIR

San Lucio formaba parte del clero romano en tiempo de los Papas Fabián y Cornelio. Al morir este último el 14 de septiembre del año 252, fué Lucio elegido para reemplazarle en la Silla de San Pedro el 25 de junio del año 253.

Lucio fué desterrado durante la persecución del emperador Galo, pero pudo volver pronto a Roma, con gran alegría de los cristianos. S. Cipriano le escribió muchas veces para felicitarle por su elección al Pontificado, y por la suerte que había tenido de sufrir por Cristo. Su Pontificado fué muy corto. Murió el 5 de marzo del año 254. Sus restos reposan en la Iglesia de Sta. Cecilia, al otro lado del Tíber. Su destierro valerosamente soportado por Cristo le mereció ser honrado como mártir.

La oración de su Misa es la siguiente:

Mira propicio, Padre Eterno a tu grey, y defiéndela con tu perpetua protección, por el bienaventurado Lu-

cio, tu mártir y Sumo Pontífice, al cual pusiste al frente de toda tu Iglesia como Pastor. Por N. S. Jesucristo. Amén.

6 DE MARZO

SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD

GLORIA DE ESTE DÍA. — La fiesta de estas dos ilustres heroínas de la fe cristiana correspondía en las iglesias que las fueron consagradas, al día siguiente del aniversario de su triunfo; pero la festividad de Sto. Tomás de Aquino, el 7 de marzo, eclipsaba la de las dos mártires africanas. La santa Sede al elevar en toda la Iglesia su festividad al grado de rito doble, mandó anticipar un día su solemnidad; por eso la Liturgia propone hoy a la admiración del lector cristiano el espectáculo de que fué testigo la ciudad de Cartago en el año 202 ó 203. Nada hay más propio para hacernos comprender el verdadero espíritu del Evangelio, sobre el cual debemos reformar en estos días nuestros sentimientos y nuestra vida. Estas dos mujeres, estas dos madres, han soportado los mayores sacrificios; Dios les pide sus vidas y algo más que sus vidas; y obedecen con la sencillez y magnanimidad que hizo de Abrahán Padre de los creyentes.

LA FUERZA EN LA DEBILIDAD. — Observa S. Agustín, que los dos nombres son un presagio de la

suerte que el cielo les reserva: una *perpetua felicidad*. El ejemplo que dan del valor cristiano es ya de por sí una victoria que asegura el triunfo de la fe de Cristo sobre la tierra africana. Algunos años más y la voz de S. Cipriano se dejará oír elocuente llamando a los cristianos al Martirio; pero aún más elocuente y penetrante son las páginas escritas por la mano de mujer de 22 años, que nos relata con una sencillez celestial las pruebas porque ha tenido que pasar para llegar a Dios y que el momento de ir al anfiteatro, entrega a otra pluma con la que debería escribir el desenlace de su sangrienta tragedia.

Al leer tales escritos, cuyo encanto y grandeza no han alterado los siglos, se siente uno en presencia de nuestros antepasados en la fe, se admira el poder de la gracia divina que suscita tal valor en el seno mismo de una sociedad idólatra y corrompida; y considerando qué genero de héroes emplea Dios para quebrantar la formidable resistencia del mundo pagano, no se puede por menos de decir con S. Juan Crisóstomo: "Me agrada leer las Actas de los Mártires; pero tengo atracción particular por las que cuentan los combates que han sostenido las mujeres cristianas. Cuanto más débil es el luchador, más gloriosa es la victoria; pues entonces el enemigo ve venir su derrota por la parte que triunfaba hasta entonces; por la mujer nos venció y ahora por ella es vencido. En sus manos fué una arma

vuelta contra nosotros; mas ella viene a ser la espada que le traspasa. Al principio la mujer pecó, y como precio de su pecado se la da la muerte; el mártir muere, pero muere para no pecar ya más. Seducida por una promesa mentirosa la mujer viola el precepto de Dios; el mártir para no infringir su felicidad para con su divino bienhechor. "Qué escusa presentará el hombre ahora para que se le perdone su molicie, cuando débiles mujeres despliegan un valor tan varonil, cuando se las ha visto débiles y delicadas triunfar de la inferioridad de su sexo y fortalecidas por la gracia llevar a cabo victorias tan brillantes"[1].

Las Actas de estas dos mártires, reproducen los principales hechos de sus combates, se quiere ver en ellas un fragmento del propio relato de Sta. Perpetua. Sin duda inspirará a más de un lector el deseo de leer enteramente, en las *Actas de los Mártires*[2], lo demás de este magnífico testamento de nuestra heroína.

El emperador Severo, detuvo en Africa, Cartago, muchos catecúmenos: entre otros a Revocato y Felicidad, los dos de humilde condición; Saturnino y Secundulo; entre ellos se encontraban también Vivia Perpetua, mujer joven de familia distinguida, educada con

[1] *Homilía de los diversos lugares del Nuevo Testamento.*
[2] *P. G.*, t. III, c. 13-18 et H. Leclercq: Les Martyrs. t. 1, p. 122-139. — Estas Actas constituyen una de las piezas más acabadas de toda la literatura cristiana y su autenticidad está por encima de toda sospecha.

esmero, casada con un hombre de aristocrática condición, teniendo un niño de pecho. Contaba alrededor de 22 años de edad; y nos ha dejado el relato de su martirio escrito por su propia mano. "Estábamos aún con nuestros perseguidores, dice, cuando mi padre, con el cariño que me tiene, hace nuevos esfuerzos para inducirme a cambiar de resolución. "Padre mío, le digo yo, no me es posible decir otra cosa sino la verdad: soy cristiana."

Al oír estas palabras, lleno de cólera se arroja sobre mí para arrancarme los ojos; pero no hace más que maltratarme y se retira vencido, lo mismo que el demonio y todos sus satélites. Pocos días después nos bautizan. El Espíritu Santo me inspiró entonces no debía pedir otra cosa sino la paciencia en las penas corporales.

Poco después nos encerraron en la prisión. Sufrí primeramente un pasmo. No había estado nunca en tinieblas como las de este calabozo. Después de algunos días, corrió el rumor de que íbamos a ser interrogadas. Mi padre llegó de la ciudad, abrumado de tristeza, y se vino junto a mí para hacerme renunciar a mi intento. Me dijo: "Hija mía, ten compasión de mis canas, ten piedad de tu padre; si es que merezco llamarme tu padre. Mira a tus hermanos, mira a tu madre, mira a tu hijo que no podrá vivir si tú mueres. Deja ese orgullo y no seas la causa de nuestra pérdida." Mi padre me decía todas estas cosas por cariño; después se arrojó a mis pies, bañado en lágrimas, llamándome no su hija sino su señora. Sentía yo la ancianidad de mi padre, pensando sería el único de toda la familia que no se alegraría de mi martirio. Le dije para fortalecerle: "De todo esto no sucederá más que lo que Dios quiera. Sepa que no dependemos de nosotros sino de El." Y se retiró agobiado de tristeza.

Un día, cuando comíamos, nos sacaron para sufrir el interrogatorio. Llegamos al foro, subimos al estrado. Mis compañeros fueron interrogados y confesaron.

Cuando me llegó la vez a mí apareció mi padre con mi hijo; me apartó y me dijo suplicante: "Ten piedad de tu hijo." El procurador Hilario me decía también: "Apiádate de la vejez de tu padre y de la tierna edad de tu hijo; sacrifica a los emperadores." Respondí: "No lo haré, soy cristiana." Entonces el juez pronunció la sentencia por la que se me condenaba a las fieras y entramos gozosas a la prisión. Como alimentaba a mi hijo y le había tenido hasta entonces en la prisión conmigo, envié a pedirle a mi padre; mas no quiso devolvérmele. Dios quiera que el niño no pida ya más de mamar, y que yo no sea incomodada por mi leche." Todo esto está sacado del relato de Santa Perpetua, que le condujo hasta la víspera del combate.

En cuanto a Felicidad, se hallaba encinta de ocho meses cuando fué apresada. Estando cercano el día de los espectáculos, lloraba inconsolable, previendo que su preñez difiriera su martirio. Sus compañeros no estaban menos afligidos que ella al pensar que dejarían sola en el camino de la esperanza celeste a una compañera tan excelente. Hicieron, pues, sus instancias y sus lágrimas ante Dios para obtener su alumbramiento. Faltaban tres días para los espectáculos. Apenas acabaron su oración cuando Felicidad se sintió presa de agudos dolores. Como el parto era difícil, el sufrimiento le arrancaba lamentos, y le dijo un carcelero: "Si lloras ya, ¿qué será cuando seas expuesta a las bestias que has desafíado al no querer sacrificar? Ella respondió: "Ahora soy yo quien sufro, pero entonces habrá otro que sufrirá por mí, porque debo sufrir por El. Dió a luz una niña que fué adoptada por una de nuestras hermanas.

Llegó el día de la victoria. Los mártires salieron de la prisión para el anfiteatro como para el cielo, con el rostro gozoso e inundado de felicidad celestial, conmovidos por el gozo, no por el temor. Perpetua caminaba la última; sus rasgos respiraban tranquilidad

y su porte digno como el de una noble matrona amada por Cristo. Tenía los ojos bajos para sustraer su brillo a los espectadores. Felicidad estaba junto a ella, llena de gozo por haber dado a luz a tiempo para combatir con las bestias.

Una vaca feroz las había preparado el diablo. Se les envolvió en una red para exponerlas a esta bestia. Perpetua fué la primera. La bestia la lanzó al aire y cayó de espaldas. La mártir, vuelta en sí, al darse cuenta que su vestido estaba rasgado de arriba abajo le unió de nuevo, más codiciosa del pudor, que sensible a los sufrimientos. Se la volvió para recibir una nueva embestida; y ella entonces se ató los cabellos que tenía desaliñados; pues no convenía que una mártir, el día de su victoria tuviese los cabellos esparcidos y mostrase duelo en momentos tan gloriosos. Cuando se hubo levantado y viendo a Felicidad, a quien la embestida la había herido, tirada en tierra, fué a ella y dándola la mano la ayudó a levantarse.

Ambas se presentaron para un nuevo ataque; mas el pueblo se compadeció de ellas y se las condujo a la puerta Sana-Vivaria. Entonces Perpetua saliendo como de un sueño, (tan profundo había sido el éxtasis de su espíritu), echando una mirada en torno suyo, dijo con gran sorpresa de todos: ¿Cuándo nos van a exponer a esta vaca furiosa? Cuando se la relató todo lo ocurrido, no lo creyó hasta después de haber visto, en sus vestidos, las huellas de lo que había sufrido. Entonces mandando acercarse a su hermano y a un catecúmeno, llamado Rústico, les dijo: "Permaneced firmes en la fe, amaos unos a otros y no os escandalicéis de nuestros sufrimientos."

En cuanto a Secúndulo, Dios le había retirado de este mundo cuando estaba aún en la prisión. Saturnino y Revocato, después de ser atacados por un leopardo, fueron arrastrados por un oso. Saturo fué expuesto

a un jabalí y después a un oso; pero la bestia no salió de su jaula, de suerte que el mártir libre dos veces, fué retirado. Al final del espectáculo, fué expuesto a un leopardo que de una dentellada le cubrió de sangre. El pueblo, al darse cuenta, haciendo una alusión a este segundo bautismo exclamó: ¡Salvado, lavado! ¡Salvado, lavado! Inmediatamente se trasladó al mártir moribundo al lugar donde debía ser degollado con los otros. El pueblo pidió que no se les volviese a llevar al anfiteatro para saciar sus miradas homicidas viéndoles morir bajo la espada. Los Mártires se levantaron y fueron a donde les pedía el pueblo, después de haberse abrazado para sellar su martirio con el beso de la paz. Recibieron el golpe mortal sin hacer ningún movimiento y sin dejar escapar suspiro alguno; sobre todo Saturo que fué el primero en morir. A Perpetua para que sintiese algún dolor la hirió el gladiador en la espalda y la hizo dar un grito. Ella misma llevó a su garganta la mano aún novicia de este aprendiz. Sin duda fué porque esta mujer sublime no podía morir de otro modo puesto que el espíritu inmundo la temía y no habría osado a tentar contra su vida si ella no hubiese consentido.

Nota sobre la composición de las Actas

"Cuando se lee este célebre trozo de exaltación tan ardiente y pura, una sencillez tan impresionante y graciosa, apenas salpicada aquí y allí por alguna sospecha de retórica, fácilmente se da uno cuenta de su contextura. El capítulo primero es un prólogo del redactor que ha reunido las diversas partes de la narración. En el capítulo segundo este redactor relata brevemente el arresto simultáneo de Vivia Perpetua, una joven de 22 años, docta y de noble familia; de dos jóvenes Saturnino y Secúndulo y finalmente de dos esclavos Revocato y Felicidad, todos ellos catecúmenos.

(Un poco más tarde se entregará espontáneamente cierto Saturo, que fué quien le instruyó en la doctrina cristiana: § IV). A continuación declara que va a dejar la palabra a Perpetua, que escribió ella misma la narración de sus sufrimientos. — Desde el § III la narración es de Sta. Perpetua y llega hasta el § X y concluye observando que se halla en la víspera de su muerte y que por tanto a otro toca si le place, el narrar lo sucedido en el anfiteatro. Al principio del § XI vuelve a tomar la pluma el redactor, pero sólo por un momento: No hace más que atraer la atención sobre la descripción que hace el mismo Saturo de las visiones con que ha sido favorecida durante la prisión. Toda la parte última de las Actas desde el § XIV es del redactor que, atendiendo a los deseos o mejor dicho al *fideicommissum* de Perpetua describe las luchas admirables de los mártires su muerte sangrienta y, en una peroración de espíritu análogo al que respira el prólogo, pone de relieve la lección que se desprende de estos ejemplos.

Es necesario representarse las cosas poco más o menos así: Perpetua y Saturo tuvieron tiempo en la cárcel para relatar en una corta narración los sufrimientos que soportaron y sobre todo los "carismas" que recibieron de Dios. Estas notas caen en manos de un testigo de su suplicio, que saca enseñanzas complementarias de que lo que no pudo ver con sus propios ojos, termina la narración de los mártires y de estos elementos diversos, forma un todo, que encierra en una exhortación moral y religiosa. Por tanto, hay que distinguir dos partes en las Actas: la parte del compilador y la parte compuesta por los mismos mártires.

Creo que el redactor se puede identificar decididamente con Tertuliano. Es su estilo, son sus mismas palabras... El texto debió ser redactado entre el 202, 203, fecha del suplicio de los mártires." *(Pedro de Labriolle, Historia de la literatura latina cristiana.)*

Santa Perpetua. —La cristiandad entera se postra ante ti, oh Perpetua, más aún: todos los días, el sacerdote en el altar pronuncia tu nombre, entre los nombres privilegiados que mereció estar ante la sagrada víctima; así tu memoria está asociada para siempre a la inmolación de Cristo, a quien manifestaste tu gran amor derramando tu sangre. Pero cuán grande beneficio se ha dignado concedernos permitiéndonos penetrar los sentimientos de tu alma generosa en esas bellísimas páginas escritas por tu propia mano y que han llegado a nosotros a través de los siglos. En ellas aprendemos cómo este amor "es más fuerte que la muerte" *(Cat.*, 8, 6), que te hizo triunfar en todos tus combates. Aun el agua bautismal no había regado tu frente y ya estabas alistada entre los mártires. Pronto tuviste que soportar los asaltos de un padre y triunfar de la ternura filial natural para salvaguardar la que debías a este otro Padre que está en los cielos. Tu corazón maternal no tardó en verse sometido a la más terrible de las pruebas, cuando te arrebataron, como nuevo Isaac, el niño que diste de mamar en las oscuras bóvedas de un calabozo y te quedaste sola en la víspera del último combate.

"¿Dónde estabas, diremos con S. Agustín, cuando ni siquiera veías esta bestia feroz a que fuiste expuesta? ¿De qué delicias gozabas, hasta el punto de hacerte insensible a tales dolores? ¿Qué amor te embriagaba? ¿Qué belleza celeste

te cautivaba? ¿Qué bebida te había arrebatado el sentimiento de las cosas de la tierra, a pesar de que estabas aún atada con las cadenas de un cuerpo mortal?"[1]. Pero el Señor te había preparado para el sacrificio. Así se comprende que tu vida llegase a ser celestial y que tu alma, habitando ya, por el amor con que Jesús te había pedido todo y al que diste todo, fueses desde entonces como extranjera a este cuerpo que tan pronto habías de abandonar. Una atadura te retenía aun, y la espada lo había de romper; pero con el fin de que tu inmolación fuese voluntaria hasta el fin se necesitaba, que tú misma llevases esta espada libertadora que abriría el paso a tu alma hacia el Bien soberano. ¡Oh mujer verdaderamente fuerte, enemiga de la serpiente infernal y objeto de su odio, tú la has vencido! Desde hace tantos siglos tu corazón tiene el privilegio de hacer latir a todo corazón cristiano.

Santa Felicidad. — Recibe también tú nuestros homenajes, Felicidad, porque has sido digna de ser compañera de Perpetua. En el siglo, ella brillaba en la categoría de las matronas de Cartago; pero, a pesar de tu condición servil, el bautismo la hizo tu hermana y fuisteis juntas al combate del martirio. Apenas se levantaba de sus caídas violentas corría a ti y tú la tendías la mano; la mujer noble y la sierva se confun-

[1] Para el natalicio de Stos. Perpetua y Felicidad.

dieron en el abrazo del martirio, y los espectadores del teatro podían ya prever que la nueva religión encerraba en sí misma una virtud en cuya fuerza haría desaparecer la exclavitud.

¡Oh Perpetua y Felicidad! Pedid que no desaprovechemos vuestros ejemplos y el pensamiento de vuestros heroicos sacrificios nos sostenga en los pequeños que el Señor exige de nosotros. Rogad también por nuestras nuevas Iglesias que surgen en Africa; se encomiendan a vosotras; bendecidlas y haced que florezcan la fe y las costumbres cristianas por vuestra intercesión.

EL MISMO DIA

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO

Es San Julián el escritor más fecundo de la escuela toledana. Escribió su vida y obra literaria Félix, prelado también de Toledo. Nada nos dice de su familia, ni nos da la fecha de su nacimiento. El Pacense le hace oriundo de estirpe judía, lo cual refuta doctamente el P. Flórez.

Fué bautizado en Toledo y educado e instruído en la escuela catedralicia bajo la dirección de San Eugenio III, según nos dice él mismo. Quiso hacerse religioso juntamente con Gudila su amigo de infancia; graves dificultades le hicieron desistir. A fines de 679 fué elegido Obispo de Toledo como sucesor de Quirico y consagrado al pa-

recer el 29 de enero siguiente. Murió el 6 de marzo de 690, aunque la Iglesia toledana celebra su fiesta con solemnidad el 30 del mismo mes.

San Julián de temperamento ardiente, poseía una educación literaria esmerada. Por su ciencia destaca entre la jerarquía de su tiempo como astro de primera magnitud. "Fué, dice Tritemio, varón muy erudito en la Sagrada Escritura, suficientemente instruído en las doctrinas profanas, de estilo claro y escolástico."

Dentro del movimiento intelectual de la iglesia goda, iniciado por San Martín de Braga a fines del siglo IV y se acaba con la invasión de los árabes, es San Julián después de San Isidoro el personaje más destacado, aunque como escritor y en cuestiones doctrinales le supera. El gran Metropolitano de Toledo es filósofo, historiador, poeta, escriturario, sobre todo profundo teólogo que conoce admirablemente la tradición eclesiástica; gran sicólogo y con dotes admirables de gobierno. Va unido su nombre a los concilios de Toledo. Durante su obispado se celebraron cuatro, el XII, XIII, XIV y XV. De los múltiples episodios de la vida episcopal de San Julián se destaca uno que ha tenido resonancia universal. En noviembre de 680 se celebró en Constantinopla bajo la presidencia de los Legados Pontificios un Concilio universal para condenar el Monotelismo. El Papa León II envió sus Actas a los Padres españoles y varias cartas en las que les

exhortaba a que reunidos en Concilio subscribiesen la definición del VI Concilio Ecuménico.

De estas cartas una iba dirigida a Quirico, predecesor de Julián en la sede de Toledo; pero cuando llegó la carta Quirico había muerto, sucediéndole San Julián quien debió considerarla como dirigida a sí pues en ella se habla de la persona del Metropolitano. Llegaron las cartas y documentos pontificios cuando acababa de ser disuelto el Concilio XIII de Toledo y San Julián en vista del crudo invierno, "*nivium inmensitate*", no juzgó oportuno reunir inmediatamente a los Padres. Con el fin de no retardar demasiado la respuesta compuso un Apologético y lo envió a Roma; en él aprobaba y suscribía la doctrina propuesta por el Papa, y también el parecer de la Iglesia española. Recibió el Apologético Benedicto II a quien parecieron ambiguas ciertas expresiones y se lo significó de palabra a los emisarios.

La censura de Roma no cayó bien a los Padres españoles sobre todo a San Julián quien redactó inmediatamente otro Apologético en que defiende las expresiones tildadas de oscuras; le aprobó el Concilio XV de Toledo. Tiene para con la Curia Romana frases molestas y hasta irreverentes. El Apologético se envió a Roma y contra todo lo que podía presumirse, el Primado de Toledo y los Padres españoles merecieron la aprobación del sucesor de San Pedro. Es intere-

santísimo y claro en la exposición de los novísimos y en cuantas materias desarrolla. Es por fin el brillante broche de oro que cierra el glorioso período visigodo.

7 DE MARZO

SANTO TOMAS DE AQUINO, DOCTOR DE LA IGLESIA

GLORIA DE SANTO TOMÁS. — Saludemos hoy a uno de los mayores intérpretes de la verdad divina. La Iglesia le ha dado a luz muchos siglos después del tiempo de los Apóstoles, mucho después que la voz de Ambrosio, de Agustín, de Jerónimo, y Gregorio se hubiese esfumado en el tiempo; pero Santo Tomás ha probado que el seno de la Madre común es siempre fecundo y ésta, rebosando de gozo por haberlo dado a luz, le ha llamado el doctor Angélico. Así, pues, dirijamos nuestros ojos a los coros de los ángeles, que es donde le debemos buscar, porque su noble y pura inteligencia le asocia a los querubines del cielo; así como la ternura de Buenaventura, su émulo y amigo, introduce al discípulo de San Francisco en los coros de los Serafines.

La gloria de Tomás de Aquino es gloria de toda la humanidad, por la mera razón de que es uno de sus más grandes genios; es gloria de la Iglesia, pues sus escritos han expuesto la doctrina

con tal clarividencia y precisión nunca alcanzadas por doctor alguno; es en fin, gloria del mismo Cristo, que le felicitó por haber explicado tan dignamente sus misterios. En estos días que deben llevarnos a Dios, la mayor necesidad de nuestra alma es conocerle, así como nuestra mayor desdicha fué no haberle conocido bastante. Pidamos a Santo Tomás esta "luz clara que convierte las almas, esa doctrina que proporciona la sabiduría a los mismos niños, que hace rebosar de alegría los corazones e ilumina los ojos"[1]. Así podremos ver la vanidad de todo lo que no es Dios, la justicia de sus preceptos, la maldad de nuestros pecados, la bondad infinita que acogerá nuestro arrepentimiento.

VIDA. — Santo Tomás nació hacia el año 1225 de una familia de la más alta nobleza. En 1243 entró en la orden de Predicadores, fué a París a estudiar bajo la dirección de San Alberto Magno y no tardó en llegar a ser él mismo un buen maestro. Su doctrina y su piedad le valieron una reputación inmensa. Urbano IV le rogó fuese a Roma donde compuso el oficio del Santísimo Sacramento. Cuando se dirigía al concilio de Lyon, en 1274, cayó enfermo en la abadía cisterciense de Fosanova, donde murió el 7 de marzo. Fué canonizado por el Papa Juan XXII en 1323. Pío V le declaró doctor de la Iglesia en 1567, y en 1880 León XIII le proclamó patrón de las escuelas católicas.

EL DOCTOR ANGÉLICO. — Gloria a ti lumbrera del mundo; tú has recibido los rayos del sol de

[1] *Sal.*, XVIII.

justicia y los has esparcido por toda la tierra. Esos tus ojos límpidos han contemplado la verdad y en ti se ha cumplido la palabra que dice: *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*[1]. Vencedor en la lucha contra la carne, ha sido digno de obtener las delicias del espíritu; y el Salvador, admirado por los encantos que encerraba tu alma angelical, ha tenido a gala escogerte para celebrar en la Iglesia el Sacramento de su amor; la ciencia no ha podido absorber en ti el manantial de tu humildad; para buscar la verdad usaste siempre, como arma segura, la oración; y después de tanto trabajo, la única recompensa que anhelabas era poseer a Dios, a quien tanto amaba tu corazón.

Tu vida mortal fué interrumpida a medio camino, y así, dejaste sin acabar tu mejor obra de doctrina; pero, no obstante eso, brillas todavía como nadie en la Iglesia de Dios. Asístela en los combates contra el error. Ella se alegra de poder apoyarse en tus enseñanzas, pues está convencida de que nadie conoció los secretos de su Esposo tan íntimamente como tú. Fortalece, ilumina la fe de los creyentes en estos tiempos en que *las verdades se hallan como obscurecidas entre los hijos de los hombres*[2]. Confunde la audacia de esos espíritus vanos que creen saber algo, y que se aprovechan del embotamiento general de las in-

---

1 *Mt.*, V, 8.
2 *Sal.*, XI.

teligencias para usurpar, en la nulidad de su saber, el papel de doctores. Todo es tinieblas en derredor nuestro; en todas partes reina la confusión; haz que volvamos a esa tu doctrina que por su sencillez es la vida del espíritu y la alegría del corazón.

SÚPLICA. — Proteje a la orden de Santo Domingo que se extienda más y más pues es uno de los auxiliares de la Iglesia.

La Cuaresma debe ver a los hijos de la Iglesia disponerse a hacer las paces con el Señor su Dios; haznos ver claramente esa soberana santidad ofendida por nuestros pecados; que comprendamos lo deplorable del estado de un alma que ha roto las relaciones con la justicia eterna. Horrorizados a la vista de las manchas que nos cubren, aspiraremos a purificar nuestros corazones en la sangre del Cordero inmaculado, y a reparar nuestras faltas con obras dignas de penitencia.

8 DE MARZO

SAN JUAN DE DIOS, CONFESOR

LA CARIDAD FRATERNA. — El mismo espíritu que había inspirado a Juan de Mata se apoderó de Juan de Dios y le llevó hasta hacerle el servidor

de sus hermanos más abandonados. Los dos se nos muestran como los apóstoles de la caridad fraterna; los dos nos enseñan con sus ejemplos, que de nada sirve que nos enorgullezcamos de amar a Dios si la caridad fraterna no reina en nuestro corazón, según enseña San Juan: *Aquel a quien han tocado en suerte los bienes de este mundo, dice, y que viendo necesitado a su prójimo, le cierra su corazón, ¿cómo va a habitar en él la caridad de Dios?*[1].

CARIDAD Y FILANTROPÍA. — Pero aunque no se da el amor de Dios sin el amor al prójimo, si éste no se hace por amor al Creador y Redentor nuestro, no pasará de ser sino un engaño. La filantropía, con cuyo nombre se pretende apartarse del Padre común y no socorrer a sus semejantes sino en nombre de la humanidad, es una ilusión del orgullo, sin ningún resultado. No hay posibilidad, ni duración de unión entre los hombres, si están separados de Dios que ha creado a todos y que quiere atraerlos a todos a El. Servir a la humanidad, como tal, es hacer de ella un Dios; y los resultados han demostrado que los enemigos de la caridad no han sabido remediar las miserias del hombre, en esta vida, mejor que los discípulos de Jesucristo, que sólo en él han puesto los motivos y el entusiasmo para consagrarse a asistir a sus hermanos.

[1] *I Juan,* III, 17.

Hacerlo todo por Dios. — El Santo que honramos hoy fué llamado Juan de Dios a causa de que el santo nombre de Dios no se apartaba nunca de sus labios. Su único móvil al ejecutar sus obras no fué otro que complacer a Dios, prodigando en sus hermanos los afectos que Dios había depositado en su pecho para con ellos. Imitemos este ejemplo; Cristo nos asegura que ha de reputar como hechas a El mismo todas las acciones ejecutadas con el último de nuestros semejantes.

San Juan de Dios junto con San Camilo de Lelis fueron declarados por León XIII en 1886 y por Pío XI en 1930 patronos de los hospitales y de todos los que cuidan de los enfermos.

Vida. — Juan de Dios nació en Montemayor, Portugal, en 1495. Después de haber llevado una vida relajada se convirtió, distribuyó los bienes a los pobres, construyó un hospital en Granada y puso de este modo los cimientos del Instituto de los Hermanos Hospitalarios al servicio de los enfermos. Después de dar ejemplo de las más altas virtudes de mortificación, obediencia, pobreza, celo y contemplación, murió el 8 de marzo besando su crucifijo. La fama de los numerosos milagros obrados por su intercesión hizo que Urbano VIII le beatificase, y le canonizase Alejandro VIII en 1690.

Súplica por este mundo enfermo. — ¡Qué bella, oh Juan de Dios, esa tu vida consagrada a aliviar a tus hermanos! ¡Qué grande es en ti el poder de la caridad! Nacido, como Vicente de

Paúl, de la más obscura condición, después de pasados como él, los primeros años con tu empleo de pastor, la caridad que abrasa tu corazón llega hasta hacerte ejecutar obras que traspasan con mucho las influencias y los medios de los poderosos del mundo. Tu recuerdo es agradable a la Iglesia; es agradable también a la humanidad entera puesto que tú la serviste en nombre de Dios, mediante el propio abandono al que no han llegado nunca esos economistas, para quienes el pobre no es una cosa sagrada, puesto que no quieren ver en él, a Dios mismo.

Hombre de caridad, abre los ojos a estos ciegos, y dígnate curar a la sociedad de los males que ellos la han causado. Durante mucho tiempo se ha luchado para borrar en el pobre la semejanza de Cristo; pero no es posible, pues él mismo es su autor. Es necesario que lo reconozca el mundo, so pena de fenecer bajo la venganza del pobre que él ha degradado. Tu celo, Juan de Dios, se ejercitó con predilección particular en los enfermos; protéjelos contra una *laicización* que persigue sus almas hasta en lo asilos preparados para ellos por la caridad cristiana. Ten compasión de las naciones modernas que, bajo pretexto de secularización, han arrojado a Dios, de sus costumbres y de sus instituciones; la sociedad también está enferma y todavía no se da completa cuenta de su mal; asístela, ilumínala y obténla la salud y la vida.

Pero como la sociedad se compone de individuos y como no volverá a Dios sino por medio de la conversión personal de sus miembros, enciende la caridad en los corazones de los cristianos, para que en estos días en que queremos obtener el perdón, nos esforcemos en ser misericordiosos como tú lo fuiste, siguiendo el ejemplo de Aquel que siendo nuestro Dios, fué ofendido por nosotros y sin embargo de eso, se ofreció a sí mismo por nosotros en quienes se ha dignado ver a sus hermanos. Protege también desde lo alto del cielo el Instituto que tú has fundado y al que has dejado en herencia tu espíritu, para que se extienda y pueda difundir por todas partes el buen olor de la caridad.

EL MISMO DÍA

SAN VEREMUNDO, ABAD DE IRACHE

Nació el primer tercio del siglo XII en Navarra. Arellano y Villa-Tuerta se disputan el honor de haber mecido la cuna de S. Veremundo, educándole con esmero en las máximas cristianas sus piadosos padres. En Santa María de Irache donde era Abad un tío suyo llamado Nuño, de reconocida santidad, se recogió en sus años juveniles Veremundo y empezó a recorrer la carrera de la santidad a pasos agigantados hasta llegar a ser dechado de perfección para todos los monjes de

la abadía, con inmensa satisfacción de su tío; al morir éste tuvo la inefable dicha de dejar en el monasterio a su santo sobrino previendo que algún día sería el padre y sostén del monasterio, como ocurrió efectivamente por elección unánime de todos los monjes.

Aumentó su escogida grey y en bienes temporales la abadía; se desprendía de su persona cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones. Libró maravillosamente de la muerte a una muchedumbre de pobres hambrientos sin más recursos que la oración, sació su hambre sin manjar alguno. Ya de joven, asombró a su tío el Abad Nuño con un prodigio. Como era muy caritativo, un día llevaba unos panecillos debajo del escapulario y el Abad le preguntó: ¿Qué llevas ahí? Unas astillas para calentar a un pobre, aludiendo, para no pasar por mentiroso, a lo que produce el alimento en el menesteroso; se convirtió el pan en astillas efectivamente por un prodigio extraordinario del que fué testigo el mismo Superior a quien dejó admirado y sorprendido. Era parco, pobrísimo para sí pero siempre espléndido para los pobres y para el culto divino. Era gran devoto de Jesucristo y de su Santísima Madre; a él se debe que en Irache se celebrase con gran solemnidad la fiesta de la Inmaculada el 8 de diciembre y de aquí se extendió a toda Navarra. Gobernó la Abadía durante 20 años y debilitado por los trabajos y

mortificaciones más que por la edad murió el 8 de marzo de 1192, y los favores y milagros acabaron por exaltarle en 1583 y 1657 al honor de los altares.

9 DE MARZO

SANTA FRANCISCA, VIUDA ROMANA

La esposa Cristiana. —La Iglesia nos presenta hoy la admirable figura de la esposa cristiana, en la persona de una dama romana: Santa Francisca.

Después de haber dado durante cuarenta años ejemplo de todas las virtudes en el estado matrimonial, fué a buscar en el retiro el reposo de su corazón probado por largas tribulaciones; pero no esperó a este momento para vivir en el Señor. Durante toda su vida, sus obras dignas de la más alta perfección fueron objeto de las complacencias del cielo, mientras que las óptimas cualidades de su corazón le aseguraban la ternura y admiración de su esposo y sus hijos, de los grandes de quienes era modelo y de los pobres a quienes servía con amor. Para recompensar esta vida tan angelical, Dios permitió que el ángel de la guarda se le mostrase casi constantemente visible y la regalase con altas revelaciones.

Pero lo que más debe llamar la atención de un modo particular en esta vida, que tanto recuerda a las dos grandes santas Isabel de Hungría y Juana Francisca de Chantal, es la renuncia propia de la sierva de Dios. La inocencia de su vida no la dispensó de estos santos rigores; y el Señor quiso por este ejemplo dado a los fieles, enseñarles a no murmurar de la obligación que tenemos de hacer penitencia; tal vez no sea en nosotros tan austera como lo fué en Santa Francisca; sin embargo, tiene que ser real si queremos acercarnos con confianza al Dios de justicia, que perdona fácilmente al alma arrepentida, pero que, no obstante eso, exige la satisfacción.

VIDA.—Santa Francisca nació en Roma en 1384. Por obedecer a sus padres se unió en matrimonio, en 1405, con Lorenzo Ponziani, mas siguió conservando en su estado el género de vida austera que se había propuesto. En 1433 fundó la casa de Oblatas de la congregación del Monte Olivete, bajo la regla de San Benito, donde, una vez muerto su marido, pidió su admisión. Deseó vivamente quedar la última, consagrarse al bien de los enfermos, practicando las mayores mortificaciones. Tenía gran devoción a la Pasión y a la Eucaristía. Tuvo el don de lágrimas, de hacer milagros y el de profecía. Finalmente murió en Roma en 1440 y el Papa Paulo V la inscribió en el catálogo de los santos en 1608. Al lado de las Oblatas, cuya vida y condición son las de un edificante instituto, no podemos por menos de mencionar una obra íntimamente relacionada con los oblatos de la orden de San Benito. Las Siervas de los pobres, fundadas en 1872,

en Angers, por Dom Camilo Leduc, monje de Solesmes, reconocen por patrona a Santa Francisca Romana, y por sus cuidados consagrados exclusivamente a los pobres enfermos, hacen revivir de modo admirable la actividad bienhechora de su modelo y protectora.

ALABANZA. — Francisca, modelo de todas las virtudes, tú fuiste la gloria de Roma cristiana y el ornato de tu sexo. Fiel a todos tus deberes, no tomaste sino del cielo el motivo de tus virtudes y semejaste a un ángel a los ojos de los hombres admirados de tu virtud. La energía de tu alma humilde y mortificada te colocó por encima de todas las circunstancias. Llena de ternura para aquellos que Dios unió a ti, de calma y de gozo interior en medio de las pruebas, de expansión y de amor hacia toda criatura, mostraste a las claras que Dios llenaba toda tu alma predestinada. Ya en este mundo, no contento el Señor en asegurarte la presencia y conversación de tu santo ángel, descorría con frecuencia en tu favor el velo que esconde a nuestra vista los secretos de la vida eterna. Incluso la naturaleza quebrantaba sus propias leyes en tu favor; te trataba como si ya estuvieses libre de las condiciones de la vida presente.

SÚPLICA. — Te glorificamos por estos dones de Dios, ¡oh Francisca! pero apiádate de nosotros que tan lejos estamos todavía del camino derecho por el que tú caminaste. Ayúdanos a ser

verdaderos cristianos; reprime en nosotros el amor al mundo y a las vanidades, haz que nos sometamos al yugo de la penitencia; recuérdanos la humildad, fortalécenos en las tentaciones. Tu influencia en el corazón de Dios te otorga el poder de hacer producir racimos en una cepa marchita por las escarchas del invierno; obtén para nosotros que Jesús, *la verdadera viña,* nos refresque pronto con el vino de su amor exprimido bajo la prensa de la Cruz. Ofrécele tus méritos en nuestro favor. Tú también has sufrido voluntariamente por los pecadores. Ruega por la Roma cristiana; haz que florezca y se afirme la fe, la santidad de las costumbres y la fidelidad a la Iglesia. Vela sobre la gran familia de los fieles; que tus oraciones obtengan su acrecentamiento y renueven en la Iglesia el fervor de sus primeros días.

10 DE MARZO

LOS CUARENTA MARTIRES

SOLDADOS DE CRISTO. — Cuarenta nuevos protectores se presentan hoy en este tiempo de penitencia. Sobre el hielo mortífero del estanque que sirvió de campo de sus combates, se acordaban, como nos cuentan sus actas, de los cuarenta días que consagró nuestro Señor al ayuno y se sentían dichosos de que en su número estuviese significado este misterio. Comparemos sus

pruebas a las que nos impone la Iglesia. ¿Seremos nosotros, como ellos, fieles hasta el fin? ¿Mereceremos que la corona de la perseverancia ciña nuestras frentes regeneradas en la solemnidad pascual? Los cuarenta mártires sufrieron, sin volverse atrás, el rigor del frío y las torturas que le siguieron; el temor de ofender a Dios, el sentimiento de la fidelidad que le debían, aseguraron su constancia.

¡Cuántas veces hemos pecado nosotros, sin poder alegar como excusa tentaciones tan rigurosas! Sin embargo, Dios a quien hemos ofendido podría arrebatarnos la vida en el mismo instante en que nos hacemos culpables, como ocurrió con aquel soldado infiel, que después de renunciar a la corona, pidió como premio de su apostasía, la gracia de poder volver a calentar sus miembros helados en un baño de agua tibia. Sólo encontró en él la muerte y la perdición eterna. A nosotros se nos ha dado tiempo y se nos ha perdonado misericordiosamente; recordemos que si la justicia divina no ha ejecutado sus derechos contra nosotros ha sido para confiarlos a nosotros mismos. El ejemplo de los santos nos ayudará a comprender lo que es el mal, con cuánto cuidado hay que evitarlo y cómo nosotros estamos obligados a repararlo.

VIDA.—Las actas de los mártires de Sebaste nos cuentan que, en el reinado de Licinio (hacia 320) cuarenta soldados sufrieron por Cristo. Después de arro-

jados en una cárcel y azotados cruelmente, fueron echados desnudos en un estanque helado en una noche de invierno. El guardián que los vigilaba vió bajar a los ángeles para distribuir coronas a los mártires. En esto, uno de ellos desertó; entonces el carcelero se declaró cristiano, se quitó los vestidos y corrió a unirse con los mártires; viendo esto los verdugos, les rompieron las piernas y todos expiaron en este suplicio excepto uno, el más joven, Melitón, que murió pocos momentos después en los brazos de su madre que le animaba a perseverar en su fe a Cristo. Sus cuerpos fueron quemados y sus reliquias fueron arrojadas en un riachuelo. Pero estas reliquias fueron encontradas milagrosamente en un mismo lugar, donde fueron recogidas con honor.

TODO CRISTIANO ES SOLDADO. — Soldados valerosos de Cristo, recibid hoy nuestro homenaje. Toda la Iglesia venera vuestra memoria; pero vuestra gloria es aún mayor en el cielo. Alistados en la milicia terrestre, erais, antes que nada, soldados del Rey de los cielos. Nosotros también somos soldados y marchamos a conquistar un reino que será el premio de nuestro valor. Los enemigos son numerosos y temibles, pero como vosotros, también nosotros podremos vencerlos, si somos fieles en usar las armas que el Señor ha puesto en nuestras manos. La fe en la palabra de Dios, la esperanza en su socorro, la humildad y la prudencia asegurarán nuestra victoria. Guardadnos de todo pacto con el enemigo, porque, si pretendemos servir a dos señores, nuestra derrota será completa.

Durante este tiempo de cuaresma, nos será necesario dar nuevo temple a las armas, curar las heridas, renovar nuestros propósitos; ayudadnos, velad para que no nos apartemos de vuestros ejemplos. También a nosotros nos espera una corona; aunque es más fácil de conseguir que la vuestra, podría escaparse de nuestras manos, si nosotros dejásemos desfallecer el sentimiento de nuestra vocación. Más de una vez, por desgracia, hemos como renunciado a la vida eterna. Hoy queremos hacerlo todo con el fin de asegurárnosla. Sois nuestros hermanos de armas; tanto a vosotros como a nosotros interesa la gloria de nuestro Jefe; apresuraos, santos mártires, venid en nuestra ayuda.

11 DE MARZO

SAN EULOGIO DE CORDOBA, MARTIR

El nombre de San Eulogio representa la reacción del espíritu cristiano y español frente a la penetración cada día más pronunciada de la influencia musulmana en la Iglesia española durante el siglo IX.

Fué el sostén de los mártires, su defensor, el cantor de sus virtudes y de sus triunfos, el restaurador de la cultura cristiana entre los mozárabes, el animador espiritual y director de una generación heroica, frente a los semi-islanizados;

y al fin, dió su sangre con una entereza admirable por la causa que había defendido infatigablemente en la calle, en la iglesia, en la prisión y ante los tribunales.

Estudió en la escuela del Abad Esperaindeo con su amigo, condiscípulo y biógrafo Alvaro de Córdoba. Salió aventajado en letras profanas y sagradas en tal grado que fué escogido por un obispo para sacerdote con el fin de que fuera el mentor de la juventud cristiana cordobesa.

Fué martirizado en 859 el 11 de marzo, cuando acababa de ser nombrado Arzobispo de Toledo. Sus reliquias se conservan en el Arca Santa de la Catedral de Oviedo.

12 DE MARZO

SAN GREGORIO MAGNO, PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA

SU NOMBRE.—Entre todos los pastores que Cristo ha dado a la Iglesia Católica para representarle en la tierra, ninguno ha sobrepujado en méritos y renombre al santo Papa que hoy celebramos. Su nombre, Gregorio, significa *vigilancia;* su sobrenombre es *Magno,* que ya poseía cuando Gregorio VII ocupó la sede de Pedro. Estos dos Papas son hermanos y todo el mundo católico los confunde en un mismo amor y una admiración común.

El organizador de la Liturgia. — Este, cuya memoria celebramos, es ya conocido por los fieles que se interesan en seguir a la Iglesia en la Liturgia. Pero sus trabajos sobre el servicio de Dios, en todo el curso del año, no se han limitado a enriquecer nuestros oficios con algunos cánticos, sino que además, todo el conjunto de la liturgia romana le reconoce por su principal organizador. Fué quien recogiendo y poniendo en orden las oraciones y ritos instituídos por sus predecesores les dió la forma que conservan aún hoy día. El canto eclesiástico recibió igualmente de él su último perfeccionamiento; el celo del santo pontífice por recoger las antiguas melodías de la Iglesia, por sujetarlas a reglas y disponerlas según requería el servicio divino, han hecho que su nombre vaya siempre unido a esta obra musical tan grandiosa que proporciona tanta majestad a las funciones sagradas y que contribuye tan poderosamente a preparar el alma del cristiano al respeto de los misterios y al recogimiento y piedad.

El Doctor. — Pero la influencia de Gregorio no se reduce a estos trabajos que bastarían para inmortalizar a otro pontífice. Cuando él fué dado a la cristiandad, la Iglesia latina contaba sólo con tres grandes doctores: Ambrosio, Agustín y Jerónimo; la ciencia de Gregorio le concedió el honor de añadir su nombre al de aquellos. El conoci-

miento de las sagradas Escrituras, la penetración de los divinos misterios, la unción y la autoridad, indicios de la asistencia del Espíritu Santo, dominaban por entero en sus escritos; y la Iglesia se alegra de haber recibido en él un nuevo maestro en la doctrina sagrada. El respeto que se ha tenido a todo lo que salió de la pluma de tan gran doctor, ha preservado de la destrucción su inmensa correspondencia; y en ella se puede ver que no hay tema en el mundo cristiano que su infatigable mirada no haya tratado; no hay cuestión religiosa, lo mismo personal que local, en Oriente como en Occidente, que no hayan alcanzado los esfuerzos de su celo y en la que no haya intervenido como pastor universal. Elocuente lección dada por los actos de un Papa del siglo VI a estos innovadores actuales que han pretendido tan osadamente sostener que la prerrogativa del Pontífice Romano no tenía por base más que documentos fabricados más de dos siglos después de la muerte de S. Gregorio.

El Apóstol. — En la Sede apostólica apareció el heredero de los apóstoles no sólo como depositario de su autoridad, sino también como asociado a su misión de llamar a la fe a todos los pueblos. Ahí está Inglaterra para atestiguar que si conoce a Jesucristo, si ha merecido ser llamada durante tantos siglos la *Isla de los Santos,* lo debe a San Gregorio Magno. Movido a compa-

sión hacia los ingleses de quienes, según decía quería hacer ángeles, envió en 596 a la isla al monje Agustín con cuarenta compañeros, todos hijos de San Benito como él. El Papa vivió el tiempo suficiente para poder recoger en ese campo la cosecha evangélica.

Es de ver el entusiasmo del santo anciano cuando nos muestra el "*Alleluia* y los himnos romanos repetidos en una lengua acostumbrada a los cantos bárbaros, el océano allanado bajo los pies de los santos, las olas de pueblos indómitos calmadas a la voz de los sacerdotes"[1].

El Santo. — Pero ¿quién podrá pintar las virtudes que hicieron de Gregorio un prodigio de santidad? Ese desprecio del mundo que le hizo buscar un asilo en la santidad del claustro, esa humildad que le llevó hasta a huir de los honores del pontificado, de tal modo que se necesitó un prodigio de Dios para revelar el escondrijo donde se hallaba él, cuyas manos eran tanto más dignas de tener las llaves del cielo, cuanto más pesadas fuesen; ese celo por toda su grey considerándose él como su esclavo y no como su jefe, honrándose del título de *servidor de los servidores de Dios;* esa caridad para con los pobres que no tuvo límites; esa solicitud infatigable de la que nadie dejó de beneficiarse y que de todo se ocupó, de las calamidades públicas, de los daños

[1] *Morales sobre Job,* l. XXVII, c. XI.

de la patria y de las desgracias particulares; esa constancia y amable serenidad en medio de los mayores sufrimientos que cayeron sobre su cuerpo durante todo el tiempo de su pontificado, esa firmeza en conservar la fe y en perseguir el error en todas partes; en fin, esa vigilancia por la disciplina que fué renovada y sostenida por él durante varios siglos en toda la Iglesia; tantos servicios, tantos insignes ejemplos han impreso la memoria de Gregorio en todos los cristianos con rasgos que jamás se borrarán.

Vida. — S. Gregorio nació en Roma hacia 540. Primero se dió a la política; más tarde, en 571 llegó a ser sacerdote en Roma; fundó seis monasterios con su rico patrimonio y se hizo monje. Después de nombrado cardenal-diácono en 577, fué enviado como legado a Constantinopla para representar a la Iglesia Romana cerca de Tiberio. Vuelto a Roma en 584, volvió a entrar en su monasterio donde fué elegido Abad. En 590 tuvo que aceptar el Papado y fué consagrado en San Pedro el 3 de septiembre. Fué ejemplo para todo el episcopado por su celo y sus virtudes; donde la fe católica no estaba muy segura, él la restableció; reprimió a los herejes, envió misioneros a Inglaterra, defendió los derechos de la Iglesia, organizó el culto y el canto litúrgico, fijó las iglesias estacionales, escribió varios comentarios de las Sagradas Escrituras. Obró muchos milagros y murió en 604 el año 13 de su pontificado.

Súplica por la Jerarquía. — Padre del pueblo cristiano, vicario tanto de la caridad como de la autoridad de Cristo, Pastor *vigilante,* el pueblo cristiano a quien con tanta fidelidad has amado

y servido se dirige a ti con toda confianza. Ya que nunca has olvidado a tu querida grey escucha hoy su oración. Protege y dirige al Sumo Pontífice que hace las veces de Pedro y las tuyas; dale luces en sus consejos y fortifica su voluntad. Bendice a toda la jerarquía que te debe tan buenos preceptos y tan admirables ejemplos. Ayúdales para que mantengan inviolable el depósito de la fe; ayúdales en sus esfuerzos por restablecer la disciplina eclesiástica, sin la que todo es desorden y trastorno. Dios te escogió para ordenar el culto, la sagrada liturgia, en el pueblo cristiano; intercede para que de nuevo se vuelva a esta manera de oración que se ha olvidado casi por completo. Estrecha cada vez más el lazo vital de las Iglesias en la obediencia a la cátedra de Roma, fundamento de toda fe y fuente de toda autoridad espiritual.

SÚPLICA POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA. — Viste el comienzo del cisma que desgarró el oriente de la comunidad católica. Poco después, por desgracia, Bizancio consumó la ruptura; como castigo de su crimen quedó reducida a la esclavitud y todavía esta infiel Jerusalén no ha reconocido la causa de sus desventuras. Pontífice santo, te suplicamos que ya que la justicia tuvo su cumplimiento, la misericordia también tenga el suyo; formen el *único aprisco* las ovejas que el cisma alejó de él.

SÚPLICA POR INGLATERRA. — ¡Acuérdate, apóstol de todo un pueblo!, acuérdate de Inglaterra que recibió de ti la fe cristiana. Esta isla tan querida de ti, en la que con tanta abundancia fructificó la semilla que tu arrojaste se ha hecho infiel a la Sede de Roma y ha acogido en su seno toda clase de errores. Hace ya siglos que se apartó de la fe verdadera; pero sin embargo, parece que la misericordia divina se inclina hacia ella en nuestros días. Ayuda, pues, a la nación que tú engendraste para Jesucristo; ayúdala a descorrer el velo que la oculta la verdad. A ti te corresponde reanimar la llama que ella ha dejado extinguirse. Haz que vea de nuevo brillar sobre sí la luz y su pueblo forjará como en otro tiempo, héroes propagadores de la religión y santificadores del cristianismo.

SÚPLICA POR TODOS LOS FIELES. — Ruega también por toda la grey de los fieles que se entrega a las obras de penitencia en estos días de Cuaresma; alcanza para ella la compunción de corazón, el amor a la oración y el sentido de los misterios divinos. Aún leemos las homilías que tú predicaste al pueblo romano en este tiempo de Cuaresma; la justicia y la misericordia de Dios permanecen inmutables; haz que nuestros corazones se conmuevan con el temor y se consuelen por medio de la esperanza. Y puesto que la aspereza de las leyes eclesiásticas que prescriben el

ayuno y la abstinencia nos espantan con frecuencia, danos ánimos y reaviva en nuestros corazones el espíritu de sacrificio; que tu intercesión ante Dios nos alcance la gracia de ser verdaderos penitentes así como nos ilustran tus ejemplos y nos sirven de guía tus enseñanzas; para que oigamos de nuevo, con la alegría de una conciencia limpia, el *Alleluia* que nos enseñaste a cantar en la tierra y que esperamos repetir contigo en la eternidad.

15 DE MARZO

SAN RAIMUNDO DE FITERO, ABAD Y CONFESOR

San Raimundo fué Abad cisterciense del monasterio navarro de Fitero, que (en su tiempo siglo XII) pertenecía al reino de Castilla. Es ilustre su nombre en la historia de España porque supo abandonar su amada soledad para salir en defensa del pueblo cristiano en un momento de peligro, pues los mahometanos avanzaban hacia Castilla con ímpetu salvaje. Toledo estaba a punto de caer en sus manos, pues ya los Caballeros Templarios, que defendían la plaza de Calatrava, habían anunciado su propósito de retirarse. Entonces San Raimundo predicó la Cruzada devolvió el ánimo a los pueblos aterrados y salvó aquella fortaleza que era la llave de Castilla. Después para asegurar aquel éxito momen-

táneo, dió el hábito a muchos de los guerreros y así organizó la Orden Militar de Calatrava bajo la Regla de San Benito y las costumbres del Cister. Su obra prosperó, los reyes y los Papas la favorecieron porque aquellos monjes extraños de túnica blanca y blanco escapulario con la cruz roja en el pecho serían durante siglos el mejor sostén de la Patria y de la Fe.

Murió San Raimundo en 1164. La Orden de Calatrava se difundió por España y Portugal con otras denominaciones pero con el mismo espíritu patriótico y religioso.

17 DE MARZO

SAN PATRICIO, OBISPO Y CONFESOR

EL APÓSTOL DE IRLANDA. — La Iglesia presenta a nuestra consideración al apóstol de todo un pueblo: Patricio, luz de Irlanda, padre de esta raza fiel de mártires que tardará en extinguirse. En él resplandece el don del apostolado: Cristo le plantó en su Iglesia y debe perpetuarse en ella eternamente. Los evangelizadores se dividen en dos grupos: unos recibieron el encargo de roturar una parte pequeña del pueblo gentil y depositar en ella la semilla: germina ésta según sea mayor o menor la perversidad o docilidad de los hombres. Otros desarrollan su misión en rápida conquista que somete al Evangelio a naciones ente-

ras. Entre estos se encuentra Patricio; y en él debemos reverenciar a uno de los monumentos más insignes de la misericordia divina con los hombres.

Admiremos también la solidez de su obra. En el siglo v se encontraba casi toda la Gran Bretaña sumida en las sombras del paganismo; Alemania no tenía noticia de la venida de Cristo a este mundo; todo el norte europeo dormía el letargo de la infidelidad. Antes que otra nación despertara de este sopor Irlanda poseía ya la nueva de la salvación. La palabra divina traída por su apóstol prospera en esta isla más fértil espiritual que materialmente. Abundan los santos que se extienden por toda Europa; los irlandeses devuelven el servicio prestado por el santo iniciador a otras naciones. Y cuando llega la apostasía del siglo xvi, cuando a la herejía de Alemania se añade la deserción de Inglaterra, de Escocia, del Norte entero, sólo Irlanda permanece fiel; ninguna persecución por cruel y encarnizada que fuese pudo arrancar la fe en que la inició San Patricio.

Vida. — Patricio, llamado apóstol de Irlanda, nació en Gran Bretaña. Libertado del cautiverio en que había sido puesto en su infancia, llegó a ordenarse de sacerdote, viajó por todas partes, abrazó la vida monástica en Lérins y en Tours y, finalmente, partió a evangelizar Irlanda. San Celestino le consagró obispo en 413 para la realización de esta empresa. Sus trabajos y fatigas quedaron recompensados con la conversión de

la isla, llamada posteriormente Isla de los Santos. Austero y piadoso a la vez, estaba en continua oración. Fué adornado con el don de profecía y de milagros. murió hacia el año 461 y fué sepultado en Downe.

LA FE. — Tu vida, oh Patricio, transcurrió toda entre los trabajos del Apostolado. ¡Qué hermosa ha sido la recolección del fruto sembrado por tus manos y regado con tus sudores! Pero no hiciste caso de las fatigas porque se trataba de procurar a los hombres el don de la fe; y el pueblo a quien la confiaste la ha custodiado con una fidelidad que te honrará eternamente. Ruega por nosotros para que esta fe sin la cual es imposible agradar a Dios[1] tome posesión de nuestro espíritu y de nuestros corazones. *El justo vive de la fe*[2] nos dice el profeta; y estos días ella nos manifiesta la justicia y la misericordia del Señor para llamarnos a penitencia y a ofrecer a Dios el homenaje del arrepentimiento. La Iglesia nos impone estos deberes que aterran a nuestra debilidad porque la fe se ha debilitado. Porque si la fe estuviese arraigada en nuestros pensamientos seríamos amantes del sacrificio. Tu vida tan pura y tan llena de virtudes no se olvidó de la mortificación; ayúdanos pues a seguir tus pasos.

SÚPLICA. — Ruega por la Isla Santa, oh Patricio, tú que eres su padre y a ella honra con ferviente culto. Santo Pontífice, intercede también

[1] *Heb.*, XI, 6.
[2] *Habacuc*, II, 4.

por aquella que te sirvió de cuna; adelanta con tu mediación el día de su retorno a la unidad católica. Acuérdate, en fin, de toda la Iglesia; tus súplicas son las de un apóstol; por eso serán bien recibidas ante el trono de quien te envió.

18 DE MARZO

SAN CIRILO DE JERUSALEN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Doctor del Santo Bautismo. — Parecía bien que estos días consagrados a la instrucción de los catecúmenos, la Iglesia tributase sus homenajes al Pontífice cuyo nombre evoca mejor que ningún otro, el celo y prudencia que deben desplegar los pastores para preparación al Santo Bautismo. Durante mucho tiempo el pueblo cristiano se limitó a tributar los honores debidos a tan gran doctor con sólo mencionarle anualmente en el martirologio. Mas a la antigua expresión de reconocimiento por los servicios prestados en tiempos pasados, se junta hoy, con relación a San Cirilo, la necesidad de una institución no menos necesaria que en los primeros años del cristianismo. Es cierto que se confiere ahora el bautismo en la infancia; antes de que el hombre pierda la inocencia, la verdad se ha posesionado de él por medio de la fe infusa. Pero con frecuencia, el niño no encuentra a su alrededor la

defensa que le es necesaria por su debilidad; la sociedad moderna ha renegado de Jesucristo y su apostasía, sofoca bajo la hipócrita neutralidad de pretendidas leyes, el germen divino en el bautizado antes de que haya arraigado y fructificado. Ante la sociedad como ante el individuo el bautismo tiene sus derechos y no podemos honrar mejor a San Cirilo que haciéndonos eco, en el día de su fiesta, de estos derechos del primero de los sacramentos respecto de la educación que él exige de los bautizados.

DEBERES DE LOS GOBIERNOS PARA CON LOS BAUTIZADOS. — Durante quince siglos el pueblo occidental, cuyo edificio social tenía por base la fe romana, mantuvo a sus miembros en la ignorancia de la dificultad en que se encuentra un alma al pasar de las regiones del error a la luz pura. Bautizados como nosotros al pasar los umbrales de la vida y establecidos en la verdad, nuestros padres nos llevaban la ventaja de palpar como el poder civil, de acuerdo con la Iglesia, defendía en ellos este gran tesoro de la plenitud de la verdad, al mismo tiempo que aquella salvaguardaba al mundo entero. Es deber del rey o de cualquiera—no importa el título—que vaya al frente de un pueblo, la protección de los particulares; y la gravedad de este deber estriba en la importancia de los intereses que garantiza; pero esta protección ¿no es tanto más gloriosa para el

porvenir cuanto que se endereza a los pobres e imposibilitados de la sociedad? Nunca se ha manifestado mejor la majestad de la ley humana que en las cunas donde guarda al recién nacido, y al niño huérfano sin defensa, su vida, su nombre y su patrimonio.

DIGNIDAD DE LOS BAUTIZADOS. — Así pues, el niño que ha salido de la sagrada pila cuenta con prerrogativas que superan a las que les pudieran dar la riqueza y la fortuna de sus antepasados y la fecundidad de su misma naturaleza. La vida divina reside en él; su nombre de cristiano le hace al igual de los ángeles; su herencia consiste en esta plenitud de verdad de la que hablamos poco ha, que no es otra cosa que Dios mismo poseído en la tierra por la fe, en la espera que se descubra a su amor en la felicidad de la visión eterna.

¡Qué grandeza, pues, en estas cunas donde llora la débil infancia!, pero también ¡qué responsabilidad para el mundo! Si para distribuir estos bienes Dios no espera a que aquellos a quienes deben ser conferidos hayan llegado a una edad suficiente para estimarlos; es sin duda porque este apresuramiento manifiesta la impaciencia de su amor, pero es así mismo porque cuenta con ese mundo para a su debido tiempo hacer la revelación de su dignidad a los hijos del cielo, para formarlos en los deberes que son conse-

cuencia de su nombre, para elevarlos como conviene a la dignidad de hijos de Dios. La educación del hijo de un rey responde a su estirpe; aquellos a quienes se concede el honor de instruir les tienen naturalmente en cuenta su título de príncipe y por tanto los mismos conocimientos comunes a todos le son presentados y armonizados en lo posible con su alto destino. Todo, en efecto, concurre para el mismo fin, que no es otro que disponerle a llevar gloriosamente su corona. ¿La educación de un hijo de Dios merécenos consideraciones? ¿Sería lícito olvidar su destino y origen en la atención que se le prodigan?

DERECHOS DE LA IGLESIA A LA EDUCACIÓN. — Nada más cierto que sólo la Iglesia aquí abajo es capaz de explicar el origen de los hijos de Dios; sólo ella conoce los medios más convenientes de aunar todos los elementos del conocimiento humano con vistas al fin supremo que domina la vida del cristiano. ¿Qué debemos, pues, concluir sino que la Iglesia es por derecho la primera educadora de las naciones? Cuando crea escuelas, es porque todos los grados de las ciencias la interesan igualmente y entonces la misión recibida de ella para enseñar vale más que todos los diplomas y títulos. Por otra parte, cuando tales diplomas no han sido entregados por ella misma, el uso de estos documentos oficiales requiere su primera y principal legitimidad ante los cris-

tianos por el reconocimiento de aquella estando en su pleno derecho al mantenerlos siempre bajo su vigilancia. Porque ella es madre de los bautizados y es derecho de las madres atender a la educación de los hijos cuando no es ella la que de esta educación por sí misma.

DEBERES DE LA IGLESIA. — Al derecho maternal de la Iglesia se añade sus deberes de Esposa del Hijo de Dios y custodia de los Sacramentos. La sangre divina no puede, sin pecado, derramarse inútilmente sobre la tierra; de las siete fuentes por las cuales el Hombre-Dios ha querido que tuviera lugar la fusión de esta sangre en virtud de la palabra de los ministros de la Iglesia, ni una sola se debería abrir si no fuese con la esperanza fundada de un efecto verdaderamente saludable y que responda al fin del Sacramento del que se hace uso. El bautismo sobre todo, que eleva al hombre de las profundidades de su nada a una nobleza sobrenatural, debería estar sometido en su administración a las reglas de una prudencia tanto más exigente cuanto que el título divino que confiere es eterno.

El bautizado que ignora voluntaria o forzosamente sus deberes y sus derechos se asemeja a aquellos hijos de familia que, sin culpa o con ella, serían la afrenta de sus descendientes al desconocer las tradiciones de la raza de donde proceden y arrastran inútilmente por el mundo

una vida degenerada. Por tanto, lo mismo ahora que en tiempo de S. Cirilo de Jerusalén, la Iglesia no puede admitir ni ha admitido nunca a la fuente sagrada sin exigir del candidato al bautismo la garantía de una instrucción suficiente. Si es adulto debe dar por sí mismo la garantía de sus conocimientos; si todavía no tiene edad, y, sin embargo, la Iglesia los admite en la familia cristiana, es, porque debido al cristianismo de los mismos que los presentan y al estado social que los rodea, abriga para él la esperanza de una educación en conformidad con la vida sobrenatural hecha ya suya por el sacramento.

LA IGLESIA EDUCADORA. — Ha sido necesaria la consolidación indiscutible del imperio del Hombre-Dios sobre el mundo, para que la práctica del bautismo de los niños haya llegado a ser general, como lo es hoy, y no debemos extrañarnos si, la Iglesia, a medida que avanzaba la conversión de los pueblos, se haya encontrado envestida ella sola del deber de educar a las nuevas generaciones. Los cursos estériles de gramáticos, filósofos y retóricos a quienes solamente faltaba el único conocimiento necesario, el del fin de la vida, fueran pronto suplidos por las escuelas episcopales y monásticas, donde la ciencia de la salvación, a la vez que tenía el primer lugar, iluminaba a todas las otras con la verdadera luz. Regenerada ya la ciencia por el bautismo dió origen a las uni-

versidades que reunieron en fecunda armonía todo el conjunto de conocimientos humanos hasta entonces sin vínculo común y con frecuencia opuestos los unos a los otros. Desconocidas para el mundo antes del cristianismo, único portador de la solución de gran problema del fin de las ciencias, las universidades, cuyo objeto primero fué esta misma unión, permanecen por esta razón bajo el dominio inalienable de la Iglesia.

VANA PRETENSIÓN DE UN ESTADO NEUTRAL. — En vano el Estado de nuestros días, paganizado de nuevo, pretende negar a la madre de los pueblos y atribuirse a sí mismo el derecho de calificar con este nombre de Universidad sus escuelas superiores. Las naciones descristianizadas se encuentran, lo quieran o no, sin derecho para fundar, sin fuerza para mantener en ellas estas instituciones gloriosas, en el verdadero sentido del nombre que han llevado y realizado en la historia. El Estado sin fe no mantendrá jamás en la ciencia otra unidad que la unidad de Babel. ¿Es que no podemos constatarlo ya con toda evidencia? El monumento de orgullo que quiere levantar frente a Dios y su Iglesia no tendrá otro efecto que renovar la espantosa confusión de que la Iglesia había arrancado a las naciones paganas cuyos errores vuelven a ser su patrimonio. El espoliador y el ladrón podrán revestirse de los títulos de la víctima que ha despojado, mas la impo-

tencia en que se encuentra de hacer gala de las cualidades que estos títulos, suponen no tienen otro resultado que evidenciar el robo cometido a su legítimo propietario.

La neutralidad. — Pero ¿es que negamos al Estado pagano o neutral, como hoy se dice, el derecho de educar a su manera a esos fieles que él ha creado a su imagen? En modo alguno. La protección que la Iglesia invoca como un derecho y un deber sólo se extiende a los bautizados. Y no lo dudemos; si la Iglesia constatase un día, que la sociedad no ofrece ya ninguna garantía al bautizado, volverá a la disciplina de aquella primera edad, en que la gracia del Sacramento que nos hace cristianos, no era concedida a todos indistintamente como sucede hoy sino tan sólo a los adultos que se mostraban dignos de ella o a los hijos de las familias que ofrecían las garantías necesarias a su responsabilidad de Madre y Esposa.

Las naciones entonces se dividirán en dos bandos: de una parte los hijos de Dios que vivirán de su vida y serán herederos de su trono; de otra los hombres invitados como todos los hijos de Adán a formar parte de esta nobleza sobrenatural, habrán preferido permanecer los esclavos de quien los quería por hijos en este mundo convertido por la Encarnación en su palacio. La educación común y neutral se presentará entonces más

irrealizable que nunca; por muy neutral que se la suponga las escuelas de los servidores del palacio no serán apropiadas a los príncipes herederos.

PROTECCIÓN DE LOS SANTOS DOCTORES. — ¿Están ya cerca los tiempos en que los hombres excluídos por su nacimiento del bautismo, deberán conquistar por sí mismos el privilegio de admisión en la familia cristiana? Solamente Dios lo sabe; pero no dejan de existir indicios que nos lo hacen creer. La institución de la fiesta de hoy significa, tal vez, en los designios de la providencia, un vínculo con las exigencias de la nueva situación que se crea a la Iglesia en relación con esto. Apenas hace una semana que presentábamos nuestros homenajes a S. Gregorio Magno, el doctor del *pueblo* cristiano; cinco días antes era el Doctor de las *escuelas,* Sto. Tomás de Aquino, cuya fiesta era solemnizada por la juventud cristiana estudiantil; ¿por qué hoy, después de quince siglos, este nuevo Doctor, doctor de una porción ya desaparecida, los *Catecúmenos,* sino porque la Iglesia ha visto los nuevos servicios que Cirilo de Jerusalén está llamado a prestar con los ejemplos ya las enseñanzas contenidas en las *Catequesis?*[1] Cuántos cristianos cuyo único gran

[1] Las 24 instrucciones atribuidas a S. Cirilo se encuentran en el tomo XXXIII de la Patrología griega. Están divididas: 1.º, una catequesis preliminar que tiene por objeto preparar a los oyentes a seguir con fruto los ejercicios que preceden a

obstáculo en su retorno a Dios, es una ignorancia desesperante, más profunda todavía que aquella de la que el celo de San Cirilo procuraba sacar a paganos y judíos.

VIDA. — San Cirilo nació hacia el año 315. Entregado al estudio de la Sagrada Escritura, llegó a ser un valiente defensor de la fe ortodoxa. Ordenado sacerdote en 345, fué encargado de predicar la palabra de Dios y con esta ocasión compuso sus *Catequesis*, donde sentó sólidamente todos los dogmas contra los enemigos de la fe. Hecho Obispo de Jerusalén, tuvo mucho que sufrir de parte de los arrianos, que le expulsaron en 357. A la muerte del emperador Constancio pudo volver, pero sufrió un nuevo destierro bajo Valente hasta que, por fin, fué restablecido en su silla por Teodosio. Murió en Jerusalén, en 386, después de 35 años de episcopado. León XIII le declaró Doctor de la Iglesia.

PLEGARIA AL DOCTOR. — ¡Oh Cirilo, tú fuiste un verdadero hijo de la luz! La sabiduría de Dios

la recepción del bautismo. 2.º, diezciocho pronunciadas durante Cuaresma, que tratan de los artículos del Símbolo bautismal de Jerusalén. 3.º, un grupo de cinco catequesis designadas con el nombre de "catequesis mistagógicas", que explican las ceremonias observadas en la administración del bautismo, y los Sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía. Fueron pronunciadas ante los neófitos en el curso de semana que siguió a la fiesta de Pascua, para acabar con ellas la formación de los recién bautizados.

Estudios recientes demuestran que, en adelante, será imprudente colocar estos últimos entre las obras de San Cirilo, y que es necesario atribuirlas a su sucesor en el episcopado, Juan de Jerusalén. (*Museon*, t. LV, p. 43, art. de W. J. Swaans, M. O.),

había conquistado desde la infancia tu amor; te levantó como faro que brilla junto al puerto y salva, atrayéndole a la orilla, al desgraciado que se encuentra sumergido en la noche del error. En el lugar mismo donde se habían realizado los misterios de la Redención del mundo, y en aquel siglo IV, tan fecundo en doctores, la Iglesia te confió la misión de preparar al bautismo las almas que la victoria reciente de cristianismo conducía a ella desde todas las condiciones sociales. Alimentada con la Escritura y las enseñanzas de la Madre común, la palabra brotaba de tus labios abundante y pura. La historia nos enseña que, impedido por otros cargos de tu sagrado ministerio de poder consagrar tus atenciones exclusivamente a los catecúmenos, debiste improvisar tus *catequesis,* donde la ciencia de la salvación se desprende con seguridad y llaneza hasta entonces desconocidas y nunca después superadas.

Para ti, Santo Pontífice, la ciencia de la salvación consistía en el conocimiento de Dios y de su Hijo Jesucristo, contenido en el símbolo de la Iglesia; la preparación al bautismo, a la vida de amor, significaba para ti la adquisición de esta ciencia, la única necesaria, a la vez profunda y directora de todo el hombre, no por la impresión de un vano sentimentalismo, sino bajo el imperio de la palabra de Dios, recibida como tiene derecho a serlo, meditada día y noche y que pene-

tra hasta el fondo del alma para establecer en ella la plenitud de la verdad, la rectitud moral y el desprecio del error.

SÚPLICA AL PASTOR. — Confiado en tus oyentes, no temías descubrirles los argumentos y las abominaciones de las sectas enemigas. Hay tiempos y circunstancias cuya apreciación pertenece a los jefes del rebaño, en que deben menospreciar la repugnancia que inspiran tales exposiciones para denunciar el peligro y poner en guardia a sus ovejas contra los escándalos del espíritu o de las costumbres. Con razón, oh Cirilo, tus airadas invectivas perseguían al maniqueísmo hasta el fondo mismo de sus antros impuros. En él adivinabas al agente principal de ese *misterio de iniquidad*[1], que prosigue su marcha tenebrosa a través de los siglos hasta que consiga hacer sucumbir al mundo con su ponzoña y su orgullo.

Manes reina en nuestros días en plena libertad; las sociedades secretas creadas por él, han llegado a ser soberanas. Las sombras de las logias continúan, es cierto, ocultando a los profanos sus símbolos sacrílegos tomados de los persas; mas la habilidad del *príncipe de este mundo* ha concentrado ya, en las manos de este fiel aliado suyo, todas las fuerzas sociales. Hoy el poder le pertenece y el primer y único uso que hace

[1] *II Tesal.*, II, 7.

de él, es para perseguir a la Iglesia por odio a Cristo. La niega el derecho de enseñanza, recibido de su Cabeza; a los mismos hijos engendrados por ella, que la pertenecen por el derecho del bautismo, se pretende arrancárselos a viva fuerza e impedir que presida su educación.

Oh Cirilo, a quien ella acude en demanda de socorro en estos tiempos desafortunados, no defraudes su confianza. Conoces las exigencias del Sacramento que engendra a los cristianos. Protege el bautismo en tantas almas inocentes, en quienes se quiere hacerlo desaparecer. Sostén despierta, si fuere necesario, la fe de los padres cristianos; que comprendan que su deber es proteger a sus hijos con su propia sangre, antes que entregar a las bestias el alma de estos hijos, que es más preciosa todavía.

Muchos, y éste es uno de los grandes consuelos de la Iglesia al mismo tiempo que la esperanza de una sociedad atacada por todas partes, han comprendido el deber que se imponía en estas circunstancias. Siguiendo la ley de su conciencia y amparándose en su derecho de padres de familia, prefirieron sufrir la violencia de la fuerza bruta de nuestros gobiernos, antes que hacer una sola concesión a los caprichos de una legislación del Estado pagano, tan absurda como odiosa. Bendícelos y aumenta su número. Bendice igualmente, sostén e ilumina a los fieles que se entregan a la tarea de instruir y

salvar a esos niños, a quienes venden los poderes públicos. ¿Hay misión más urgente en nuestros días que la del catequista? ¿Hay alguna que pueda y deba llegar más al corazón?

19 DE MARZO

SAN JOSE, ESPOSO DE LA SANTISIMA VIRGEN Y PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

PROTECTOR DE LA VIRGINIDAD DE MARÍA. — Una alegría nos llega dentro de Cuaresma: José, el Esposo de María, el Padre adoptivo del Hijo de Dios, viene a consolarnos con su querida presencia.

El Hijo de Dios, al descender a la tierra para tomar la humanidad, necesitaba una Madre; esta Madre no podía ser otra que la más pura de las vírgenes; la maternidad divina no debía alterar en nada su incomparable virginidad. Hasta tanto que el Hijo de María fuera reconocido por Hijo de Dios, el honor de su Madre requería un protector: un hombre, pues, debía ser llamado a la gloria de ser el Esposo de María. Este fué José el más casto de todos los hombres.

PADRE ADOPTIVO DE JESÚS. — Y no sólo consiste su gloria en haber sido escogido para proteger a la Madre del Verbo encarnado, sino también fué llamado a ejercer una paternidad adoptiva so-

bre el Hijo de Dios. Los Judíos llamaban a Jesús hijo de José. En el templo, en presencia de los doctores a quienes el divino Niño acababa de llenar de admiración por la sabiduría de sus preguntas y respuestas, dirigía así María la palabra a su Hijo: "Tu Padre y yo doloridos te buscábamos"; y el Santo Evangelio añade que Jesús estaba sujeto tanto a José como a María.

GRANDEZA DE SAN JOSÉ. — ¿Quién podrá concebir y expresar dignamente los sentimientos que llenaron el corazón de este hombre, que el Evangelio nos pinta con una sola palabra, llamándole hombre justo? Un afecto conyugal, que tenía por objeto la más santa y la más perfecta de las criaturas de Dios; el anuncio celestial, hecho por el ángel, que le reveló que su esposa lleva en su seno el fruto de salvación, y le asocia, como testigo único en la tierra, a la obra divina de la encarnación; las alegrías de Belén, cuando asistió al nacimiento del Niño, cuando custodió a la Virgen Madre y escucho los cantos angélicos, cuando vió llegar ante el recién nacido a los pastores, y poco después a los Magos; las inquietudes que vienen en seguida a interrumpir tanta dicha, cuando, en medio de la noche, tiene que huir a Egipto con el Niño y la Madre; los rigores de este destierro, la pobreza, desnudez a que fueron expuestos el Dios escondido, cuyo protector era, y la Esposa virginal, cuya dignidad comprendía cada vez mejor; la vuelta a Na-

zaret, la vida humilde y laboriosa que llevó en aquella aldea, donde tantas veces sus tiernos ojos contemplaron al Creador del mundo, llevando con él un trabajo humilde; y, en fin, las delicias de esta existencia sin igual en la casa que embellecía la presencia de la Reina de los ángeles, y santificaba la majestad del Hijo eterno de Dios; ambos a una dieron a José el honor de presidir aquella familia, que agrupaba con lazos más queridos al Verbo encarnado, Sabiduría del Padre y a la Virgen, incomparable obra maestra del poder y santidad de Dios.

El Primer José. — No, nunca hombre alguno, en este mundo podrá penetrar todas las grandezas de José. Para comprenderlas, se necesita abrazar toda la extensión del misterio con el que su misión en la tierra está unido, como un instrumento necesario. No nos extraña, pues, que este Padre nutricio del Hijo de Dios, haya sido figurado en la Antigua Alianza, bajo las facciones de un Patriarca del pueblo escogido. San Bernardo ha expresado magníficamente esta idea: "El primer José, dice, vendido por sus hermanos, y, en esto, figuraba Cristo, fué llevado a Egipto; el segundo, huyendo de la envidia de Herodes, llevó a Cristo a Egipto. El primer José, guardando la fidelidad a su señor, respetó a su ama; el segundo, no menos casto, fué guardián de su Señora, de la Madre de su Señor, y el testigo de su virginidad. Al primero le fué dado el com-

prender los secretos revelados por los sueños; el segundo recibió la confidencia del mismo cielo. El primero conservó las cosechas de trigo, no para él, sino para el pueblo; al segundo se le confirió el cuidado del Pan vivo que descendió del cielo, para él y para el mundo entero."

Muerte de San José. — Una vida tan llena de maravillas, no podía acabar de otro modo que por una muerte digna de ella. El momento llega cuando Jesús debía salir de la oscuridad de Nazaret y manifestarse al mundo. En adelante sus obras darían testimonio de su origen celestial; el ministerio de José estaba, pues, cumplido. Le había llegado la hora de partir de este mundo, par ir a esperar, en el descanso del seno de Abrahán, el día en que la puerta de los cielos se abriese a los justos. Junto a su lecho de muerte velaba el dueño de la vida; su postrer suspiro fué recibido por la más pura de las vírgenes, su Esposa. En medio de los suyos y asistido por ellos, José se durmió en un sueño de paz. Ahora el Esposo de María, el Padre putativo de Jesús, reina en el cielo con una gloria, inferior, sin duda, a la de María, pero adornada de prerrogativas a las cuales nadie puede ser admitido.

Protector de la Iglesia. — Desde allí derrama una protección poderosa sobre los que le invocan. Escuchad la palabra inspirada de la Iglesia en la Liturgia: "Oh, José, honor de los ha-

bitantes del cielo, esperanza de nuestra vida terrena y sostén de este mundo"[1]. ¡Qué poder en un hombre! Mas buscad también un hombre que haya tenido tratos tan íntimos con el Hijo de Dios, como José. Jesús se dignó someterse a él en la tierra; en el cielo tiene la dicha de glorificar a aquel del que quiso depender, a quien confió su infancia junto con el honor de su Madre.

Así, pues, no tiene límites el poder de San José; y la santa Iglesia nos invita hoy a recorrer con absoluta confianza a este Protector omnipotente. En medio de las terribles agitaciones de las que el mundo es víctima, invóquenle los fieles con fe y serán socorridos. En todas las necesidades del alma y del cuerpo, en todas las pruebas y en todas las crisis, tanto en el orden temporal como en el espiritual, que el cristiano puede encontrar en el camino, tiene una ayuda en San José, y su confianza no será defraudada. El rey de Egipto decía a sus pueblos hambrientos: "Id a José"; el Rey del cielo nos hace la misma invitación; y el fiel custodio de María tiene ante El mayores créditos que el hijo de Jacob, intendente de los graneros de Menfis, tuvo ante el Faraón. La revelación de este nuevo refugio, preparado para estos últimos tiempos, fué comunicado hace tiempo según el modo ordinario de proceder de Dios, a las almas privilegiadas a las cuales era confiada como germen pre-

[1] Himno *Cælitum, Ioseph, decus.*

cioso; como sucedió con la fiesta del Santísimo Sacramento, con la del Sagrado Corazón y con otras varias. En el siglo XVI, Santa Teresa de Jesús, cuyos escritos estaban llamados a extenderse por el mundo entero, recibió en un grado extraordinario las comunicaciones divinas a este respecto y dejó impresos sus sentimientos y sus deseos en su Autobiografía.

SANTA TERESA Y SAN JOSÉ. — He aquí cómo se expresa Santa Teresa: "Tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras muchas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia;

y aún hay muchas personas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad"[1].

Fiestas de San José. — Pío IX para responder a los numerosos deseos y a la devoción del pueblo cristiano, el 10 de septiembre de 1847, extendió a toda la Iglesia la fiesta del Patrocinio de San José, que estaba concedida a la Orden del Carmen y a algunas iglesias particulares. Más tarde Pío X la elevó a la categoría de las mayores solemnidades dotándola de una octava. Su Santidad, el Papa Pío XII, deseando dar un patrono especial a todos los obreros del mundo, ha instituído una nueva fiesta, que se celebrará el primero de mayo[2]; y por esto ha suprimido la que estaba fijada para el miércoles de la segunda semana después de Pascua, y ha decretado que la fiesta del 19 de marzo honre a la vez a San José como esposo de la Santísima Virgen y como Patrono de la Iglesia universal.

MISA

José, llamado *justo* por el Espíritu Santo, es, en efecto, por sus virtudes ocultas, el modelo de los que merecen en este mundo tan bello título. Así, pues, la fiesta de este día no impide a la Iglesia tomar una gran parte de la misa del Común de Santos Confesores.

---

[1] *Autobiografía*, c. VI, n. 6. Ed. del P. Silverio de Santa Teresa, p. 60.

[2] Véase el *Suplemento* al t. III.

INTROITO

El justo florecerá como la palmera: se multiplicará como el cedro del Líbano: plantado en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. *Salmo:* Es bueno alabar al Señor: y salmear a tu nombre, oh Altísimo. ℣. Gloria al Padre.

El poder del Santísimo Esposo de la Madre de Dios, es uno de los más firmes apoyos de la Iglesia; uniéndonos a ella, pertrechémonos del valor de su intercesión para con el Hijo y la Madre.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, seamos ayudados por los méritos del Esposo de tu santísima Madre: para que, lo que no alcanza nuestra posibilidad, nos sea dado por su intervención. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Eccli., 45, 1-5).

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es bendecida. Le hizo semejante a los Santos en la gloria, y le engrandeció con el temor de los enemigos, y con sus palabras aplacó a los monstruos. Le glorificó ante los reyes, y le mandó delante de su pueblo, y le mostró su gloria. Con su fe y su mansedumbre, le hizo santo, y le eligió de entre toda carne. Le oyó a El, y su voz, y le hizo entrar en la nube. Y le dió claramente sus preceptos, y la ley de la vida y de la ciencia.

DIGNIDAD DE MOISÉS. — Estas líneas están dedicadas, en el libro del Eclesiástico, al elogio de Moisés. Fué escogido para confidente de Dios; en presencia de los reyes trasmitía al pueblo las

órdenes del cielo; su gloria igualó a la de los más ilustres patriarcas y santos personajes de la era de la esperanza. "Si uno de vosotros profetiza, decía el Señor, yo me revelaría a él en visión y le hablaría a él en sueños. No así a mi siervo Moisés, que es en toda mi casa el hombre de confianza. Cara a cara hablo con él y a las claras, no por figuras; y él contempla el semblante de Yavé."

DIGNIDAD DE SAN JOSÉ. — No menos amado de Dios y no menos bendito de su pueblo, José, no es solamente el amigo de Dios; el intermediario del cielo y una nación privilegiada. El Padre soberano le comunica los derechos de su paternidad sobre su Hijo; a este Hijo, cabeza de los elegidos, y no sólo al pueblo de las figuras, es a quien trasmite las órdenes de lo alto. La autoridad que ejerce de este modo, sólo es comparada con su amor; y no es como de pasada o a hurtadillas como mira al Señor; el Hijo de Dios le llama su Padre y se porta con él como un verdadero hijo; reconoce por su obediencia y afecto, los tesoros de abnegación que encuentra en este corazón fiel y manso. ¡Qué gloria en el cielo, qué poder sobre todas las cosas, correspondiendo a su poder y santidad en este mundo, no son ahora el patrimonio de aquel que, mejor que Moisés, penetró los secretos de la nube misteriosa y conoció *todos los bienes!*[1].

[1] *Ex.*, XXXIII, 19.

El Gradual y el Tracto, siguen, como eco de la Epístola, para cantar los privilegios del hombre que, como nadie, ha justificado este verso del salmo: La gloria y las riquezas están en su casa y su justicia permanece por los siglos de los siglos.

GRADUAL

Señor, le previniste con bendiciones de dulzura: pusiste en su cabeza una corona de piedras preciosas. ℣. Te pidió vida, y tú le diste largura de días por siglos de siglos.

TRACTO

Bienaventurado el varón que teme al Señor: en sus mandamientos se deleitará sobremanera. ℣. Poderosa será en la tierra su semilla: la generación de los rectos será bendecida. ℣. Gloria y riquezas habrá en su casa: y su justicia permanecerá por siglos de siglos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo (Mt., 1, 18-21).

Estando desposada con José, María, la Madre de Jesús, antes de que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo. Mas José, su marido, como fuese justo y no quisiera difamarla, pensó abandonarla secretamente. Y, pensando él en esto, he aquí que se le apareció en sueños el Angel del Señor, diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque, lo que ha nacido en ella, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un Hijo, y le llamarás Jesús, pues El ha de salvar a su pueblo de sus pecados.

La prueba de San José. — Dios sometió al Esposo de María a una prueba durísima. José, tal

es la experiencia de las almas más santas había de ser para sus devotos una guía incomparable en la vía espiritual; y esta es la razón por la que él debía conocer también la aflicción, crisol necesario, donde toda santidad se purifica. Mas la Sabiduría no abandona nunca a aquellos que buscan sus veredas. Como lo canta la Iglesia en este mismo día, ella conducía al justo por las vías rectas, sin la cual, él no tiene conocimiento, y le mostraba su divina luz en esta noche donde sus pensamientos buscaban penosamente descubrir el camino de la justicia; le fué dado el conocimiento de los secretos celestiales; en recompensa del sufrimiento del corazón, veía el lugar que le reservaba el inscrustable plan de la Divina Providencia, en este reino de Dios, cuyos resplandores estaban llamados a iluminar por siempre, desde su pobre morada, al mundo entero. Verdaderamente, pues, podía reconocer que la Sabiduría, en efecto, había ennoblecido su trabajo y fecundado sus penas. Siempre del mismo a modo da a los justos el premio de sus trabajos y les conduce por vías admirables.

Cantamos en el Ofertorio esta efusión de grandezas divinas, que elevan al humilde artesano de Nazaret por encima de todos los reyes, sus antepasados.

OFERTORIO

Mi verdad y mi misericordia están con él: y en mi nombre será exaltada su fortaleza.

En la Secreta sepamos con la Iglesia confiar, al bienaventurado custodio del Niño-Dios la protección de los dones de Dios en nuestras almas; él alimentará a Jesús en nosotros y le hará crecer a la estatura de hombre perfecto, como lo hizo hace xx siglos.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, la deuda de nuestra servidumbre, rogándote humildemente protejas en nosotros tus dones, por los sufragios de San José, Esposo de la Madre de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en cuya veneranda festividad te inmolamos estas hostias de alabanza. Por el mismo Señor.

La Iglesia reemplaza hoy el Prefacio ordinario de Cuaresma, por una fórmula especial de acción de gracias, donde mezcla a los acentos de su gozo y de su reconocimiento, el recuerdo del santísimo Esposo de la Virgen, Madre de Dios. Este prefacio, que se dice en todas las misas de San José, fué introducido en el Misal romano por el Papa Benedicto XV.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Y el que te alabemos, bendigamos y ensalcemos con las debidas alabanzas en la fiesta de San José. El cual, por ser un varón justo, fué dado por ti como Esposo a la Virgen Madre de Dios: y como un servidor fiel y prudente, fué constituído sobre tu Familia: para que

guardara con paternal cuidado a tu Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien alaban a tu Majestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades; los cielos, y las Virtudes de los Cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exultación. Con los cuales te pedimos admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión: Santo...

La Comunión recuerda el mensaje del ángel, cuando anuncia a José que Dios mismo ha tomado posesión de María, su Esposa. Es el Banquete sagrado ¿no asemeja la feliz suerte de la Iglesia a la de la Virgen Madre?

COMUNION

José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa porque lo que ha nacido en ella, del Espíritu Santo es.

La Poscomunión vuelve a expresar la idea que insinuó la Secreta: que Dios se digne poner de nuevo sus dones, y el mismo Jesús que acabamos de recibir, bajo la custodia, tan segura, de José.

POSCOMUNION

Asístenos, oh Dios misericordioso, te lo suplicamos: y, por intercesión del santo Confesor José, conserva propicio en nosotros tus dones. Por el Señor.

PLEGARIA DE ALABANZA A SAN JOSÉ. — Padre y protector de los fieles, glorioso San José: bendecimos a nuestra santa madre la Iglesia que, en

el declinar del mundo, nos ha enseñado a esperar en ti. Largos siglos pasaron sin que tus grandezas fuesen manifiestas; pero tú has sido en el cielo uno de los más poderosos intercesores del género humano. Jefe de la sagrada familia, de la cual un Dios era miembro, sigues ejerciendo tu ministerio paternal para con nosotros. Tu acción oculta se hacía sentir en la salvación de los pueblos y de los particulares; mas la tierra experimentaba tu ayuda, sin haber aún instituído, para reconocerla, los homenajes que hoy te ofrece. Un conocimiento mejor entendido de tus grandezas y de tu poder, la proclamación de tu patrocinio, sobre todas nuestras necesidades, estaba reservado a estos desventurados tiempos, cuando el estado del mundo, en situación desesperada, invoca los socorros que no fueron revelados a los tiempos precedentes. Nosotros venimos, pues, a tus plantas, ¡oh José! para rendir homenaje en ti a un poder de intercesión que no conoce límites, a una bondad que abraza todos los hermanos de Jesús en una misma adopción.

Ninguna de nuestras necesidades es ajena a tu conocimiento y a tu poder; los menores hijos de la Iglesia tienen derecho a recurrir a ti de día y de noche, seguros de encontrar en ti la acogida de un padre tierno y complaciente. Nosotros no lo olvidamos, ¡oh José!, te pedimos que nos ayudes en la adquisición de las virtu-

des, de las que Dios quiere que esté adornada nuestra alma, en los combates que tenemos que tener con nuestro enemigo, en los sacrificios que estamos obligados a hacer con frecuencia. Haznos dignos de ser llamados hijos tuyos, ¡oh tú, Padre de los fieles! Mas tu soberano poder no se ejerce solamente en los intereses de la vida futura; la experiencia de todos los días, muestra cuán poderoso es tu socorro para obtener la protección celestial en las cosas temporales, mientras nuestros deseos no son contrarios a los designios de Dios. Osamos, pues, depositar en tus manos nuestros intereses de este mundo, nuestras esperanzas, nuestros deseos y nuestros temores. Te fué confiado el cuidado de la casa de Nazaret; sé el consejero y ayuda de todos los que abandonan en tus manos sus quehaceres temporales.

Augusto jefe de la sagrada familia: la familia cristiana está bajo tu cuidado especial; vela sobre ella en estos tiempos calamitosos. Responde favorablemente a aquellos y aquellas que se dirigen a ti en esos momentos solemnes, cuando tienen que escoger la ayuda con la que tienen que pasar esta vida y preparar el camino para otra mejor. Mantén entre los esposos la dignidad y el respeto mutuo que son la salvaguardia del honor conyugal; obténles la fecundidad, muestra de celestiales bendiciones. Tus devotos oh José, aborrezcan esos infames cálculos que socaban lo que hay de más santo, atraen la mal-

dición divina sobre las razas y amenazan a la sociedad con una ruina moral y material a la vez. Disipa los prejuicios tan vergonzosos como culpables; haz que vuelva al honor esta santa conciencia, cuya estima deben conservar siempre los esposos cristianos, y a la cual están obligados a rendir homenaje, so pena de ser como paganos, de los que dijo el Apóstol, "que seguían sus apetitos porque no conocían a Dios".

Finalmente una postrera plegaria, ¡oh glorioso San José! Existe en nuestra vida un momento supremo, momento decisivo para toda la eternidad: el momento de la muerte. Sin embargo de eso, al examinarnos, nos sentimos con menos inquietudes, sabiendo que la divina bondad lo ha hecho uno de los principales objetos de tu soberano poder. Has sido investido de misericordioso cuidado para facilitar al cristiano que espera de ti, la ayuda para la eternidad. A ti, oh José, nos debemos dirigir para alcanzar una buena muerte. Esta prerrogativa debía reservársete a ti, cuya muerte feliz, entre los brazos de Jesús y de María, fué la admiración del cielo y uno de los más sublimes espectáculos que ha ofrecido la tierra. Sé, pues, nuestro recurso, oh José, en este solemne y último instante de la vida terrena. Confiamos en María, a la que rogamos cada día, que nos sea propicia en la hora de nuestra partida; mas sabemos que María se alegra de la confianza que nosotros tenemos en ti, y que, donde estás tú, ella también se digna

estar igualmente. Fortalecidos por la esperanza de tu paternal bondad, oh José, esperamos tranquilos la hora decisiva, porque sabemos que, si somos fieles en pedírtela, tu ayuda nos está asegurada.

21 DE MARZO

SAN BENITO, ABAD

Apenas habían transcurrido cuarenta días desde que Santa Escolástica se elevó a los cielos, cuando San Benito, su hermano, se elevó a su vez, por un camino luminoso, hacia la morada que debía reunirlos a los dos para siempre. La partida de uno y de otro para la mansión celestial, acaeció en este período que coincide casi todos los años con el tiempo de Cuaresma. Pero ocurre también que, a veces, la fiesta de la virgen Escolástica ha sido ya celebrada cuando la santa Cuaresma abre su curso, mientras que la solemnidad de San Benito tiene lugar constantemente en los días consagrados a la penitencia cuaresmal. El Señor, que también lo es del tiempo, ha querido que los fieles, durante sus ejercicios de penitencia, tengan cada año ante los ojos un modelo y un protector.

EL SANTO. — ¡Con qué veneración debemos acercarnos hoy a este hombre, de quien San Gregorio Magno escribió que "estuvo lleno del es-

píritu de todos los justos!" Si consideramos sus virtudes, veremos que igualan a todo lo que los anales de la Iglesia nos dicen de los demás santos. La caridad de Dios y del prójimo, la humildad, el don de oración, el imperio sobre todas las pasiones, hacen de él una obra maestra de la gracia del Espíritu Santo. Obras milagrosas llenan toda su vida: curación de enfermedades humanas, poder sobre las fuerzas de la naturaleza, imperio sobre los demonios y hasta poder de resucitar a los muertos. El espíritu de profecía le descubre el porvenir y hasta los pensamientos más íntimos no escapan a los ojos de su espíritu. Estos rasgos sobrenaturales se encuentran realzados por dulce majestad, por grave severidad y misericordia caridad, que brillan en cada una de las páginas de su biografía, escrita por uno de sus discípulos, el Papa San Gregorio Magno, quien se encargó de transmitir a la posteridad todo lo que Dios se había dignado realizar en su siervo Benito.

PADRE DE EUROPA.—La posteridad, en efecto, tenía derecho a conocer la historia y las virtudes de un hombre cuya acción sobre la Iglesia y la sociedad han sido tan saludables a través de los siglos. Para conocer la influencia de Benito, sería necesario recorrer los anales de todos los pueblos de Occidente, desde el siglo VII hasta nuestros días. Benito es el padre de Europa; es quien, por medio de sus hijos, numerosos como

las estrellas del cielo y las arenas del mar, levantó las ruinas de la sociedad romana, aplastada por los bárbaros; quien presidió al establecimiento del derecho público y privado de las naciones que surgieron después de la conquista; quien llevó el Evangelio y la civilización a Inglaterra y a Alemania, a los países del Norte y hasta los pueblos eslavos; quien enseñó la agricultura y destruyó la esclavitud; quien salvó, en fin, el tesoro de las letras y de las artes del naufragio que iba a devorarlos para siempre y dejar a la raza humana sumida en las tinieblas.

SU REGLA. — Todas estas maravillas las obró San Benito por su Regla. Este código admirable de perfección cristiana y de discreción, disciplinó las legiones de monjes por medio de las cuales el Santo Patriarca, realizó los prodigios que hemos enumerado. Hasta la promulgación de este libro, el elemento monástico, en Occidente, sólo ayudaba a la santificación de algunas almas; pero nada hacía suponer que este librito sería el instrumento principal de la regeneración cristiana y de la civilización de tantos pueblos. Promulgada esta Regla, todas las demás desaparecieron sucesivamente ante ella, como las estrellas se apagan en el cielo cuando el sol comienza a elevarse. Occidente se cubre de Monasterios, desde donde se extienden por Europa entera todos los socorros que hicieron de ella la porción privilegiada del globo.

Su Posteridad. — Un número inmenso de Santos y Santas que reconocen a Benito por Padre depura y santifica la sociedad todavía medio salvaje. Una larga serie de Sumos Pontífices, formados en el claustro benedictino, preside los destinos de este mundo nuevo y crea para él esas instituciones fundadas únicamente en la ley moral y destinadas a neutralizar la fuerza bruta que sin ella hubiera prevalecido. Innumerables Obispos salidos de la escuela de Benito, aplican a las provincias y a las ciudades estas saludables prescripciones. Los apóstoles de veinte naciones bárbaras hacen frente a esas razas feroces e incultas, llevando en una mano el Evangelio y en la otra la Regla de su padre. Durante largos siglos los sabios, los doctores, los educadores de la infancia pertenecen casi exclusivamente a la familia del gran Patriarca, que por ellos derrama luz clarísima a todas las generaciones. ¡Qué cortejo al rededor de un sólo hombre, formado por este ejército de héroes de todas las virtudes, de Pontífices, de Apóstoles, de Doctores, que se proclaman sus discípulos y que hoy se unen a la Iglesia entera, para glorificar al soberano Señor cuya santidad y poderío se han manifestado con semejante brillo en la vida y en las obras de Benito!

Vida. — San Benito nació en Nursia hacia el año 480. Joven aún, abandonó el mundo y los estudios y vivió durante algunos años como eremita en Subiaco. La

fama de su santidad llevó junto a él numerosos discípulos para los cuales edificó muchos Monasterios. En el de Montecasino, donde vivió sus últimos años, escribió una Regla, muy pronto universalmente adoptada por los monjes de Occidente. Célebre por sus milagros, por el don de profecía y por una admirable sabiduría se durmió en el Señor en 547. Su vida fué escrita por San Gregorio Magno. Desde 703 su cuerpo reposa en la iglesia de Fleury-sur-Loire, en Orleáns.

ELOGIO. — Te saludamos con amor, ¡oh Benito! ¿Qué mortal ha sido escogido para obrar sobre la tierra tantas maravillas como tú? Cristo te ha coronado *como uno de sus principales colaboradores en la obra de la salvación y de la santificación de los hombres.* ¿Quién podrá contar los millares de almas que te deben la felicidad, bien sea que tu Regla los haya santificado en el claustro o que el celo de tus hijos haya sido para ellas el medio de conocer y servir al Señor que te eligió? A tu alrededor en la morada de la gloria un número inmenso de bienaventurados se reconoce deudor a ti, después de Dios, de la felicidad eterna; sobre la tierra, naciones enteras profesan la verdadera fe por haber sido evangelizadas por tus discípulos.

PLEGARIA POR EUROPA. — *¡Oh Padre de tantos pueblos!*, pon los ojos en tu herencia y bendice una vez más a esta Europa ingrata, que te lo debe todo y casi ha olvidado tu nombre. La luz que tus hijos la llevaron, se ha eclipsado; el calor con

que vivificaron las sociedades fundadas y civilizadas por la Cruz, se ha enfriado; las espinas han cubierto gran parte del suelo en el que sembraron la semilla de la salvación. Ven en socorro de tu obra y por tus preces sostén la vida que amenaza extinguirse. Consolida lo que está vacilante y una nueva Europa católica surja pronto en lugar de la que la herejía y todos los falsos sectarismos nos han creado.

PLEGARIA POR SU ORDEN. — *¡Oh Patriarca de los Servidores de Dios!* mira desde lo alto del cielo la viña que tus manos plantaron y cómo ha venido a menos. En otro tiempo tu nombre era hoy bendecido, como el de un padre, en más de treinta mil monasterios, desde las orillas del Báltico hasta las riberas de Siria, desde la verde Erín hasta las estepas de Polonia; ahora tan sólo se deja oír el raro y débil concierto que sube hasta ti desde el seno de esta inmensa heredad que la fe y el reconocimiento te habían consagrado. El viento ardiente de la herejía ha consumido parte de tus casas, la codicia se ha apoderado del resto y la expoliación no ha cesado durante siglos, apoyada muchas veces en la política y recurriendo otras a la violencia abierta. Has sido desposeído, oh Benito, de numerosos santuarios, que fueron durante tanto tiempo para los pueblos el principal foco de vida y de luz, y la raza de tus hijos casi se ha extinguido. Vela, oh Padre,

sobre sus últimos brotes. Según una antigua tradición, el Señor te reveló un día que tu Orden debía perseverar hasta los últimos tiempos, que tus hijos combatirían por la Iglesia y que confirmarían a muchos en las pruebas supremas. Dígnate, con tu brazo poderoso, proteger los últimos restos de esta familia que todavía te invoca como padre. Elévala, multiplícala, santifícala; haz florecer en ella el espíritu depositado en tu santa Regla y muestra con tus obras que eres también ahora el bendecido del Señor [1].

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — Sostén, oh Benito, la santa Iglesia con tu poderosa intercesión. Asiste a la Sede Apostólica, con tanta frecuencia ocupada por tus hijos. *Padre de tantos pastores* de pueblos, alcánzanos Obispos semejantes a los que ha formado tu Regla. *Padre de tantos Apóstoles,* demanda para los países infieles heraldos evangélicos que triunfen por la sangre y la palabra como todos los que salieron de tus claustros. *Padre de tantos doctores,* ruega a fin de que la ciencia de las sagradas letras renazca como una ayuda para la Iglesia y como confusión del

---

[1] Dom Guéranger escribía esto en los difíciles comienzos de la restauración de la Orden en Francia, restauración llevada a cabo por él mismo cuando en su país y en toda Europa las órdenes religiosas habían sido barridas por el vendaval de las revoluciones y el sectarismo de los gobiernos liberales o ateos. Hoy día, afortunadamente, los monjes han visto renovarse los días gloriosos del pasado y con la confianza puesta en Dios miran seguros el porvenir. *N. de los T.*

error. *Padre de tantos ascetas,* activa el celo de la perfección cristiana que languidece en tantos cristianos modernos. *Patriarca de la religión de Occidente,* vivifica a todas las Ordenes religiosas que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia; todas te miran con respeto como a padre venerable; derrama sobre toda ella la influencia de tu caridad paternal.

Plegaria por todos los fieles. — En fin, oh Benito, amigo de Dios, ruega por los fieles de Cristo, en estos días consagrados a los sentimientos y obras de penitencia. Reanima su valor con tus ejemplos y enseñanzas para que aprendan a dominar la carne y someterla al espíritu; busquen como tú el retiro para meditar los años eternos; alejen su corazón y sus pensamientos de las alegrías fugitivas de este mundo.

La piedad católica te invoca como uno de los patronos y modelos del cristiano que está para morir; se recuerda del espectáculo que ofreció tu tránsito, cuando de pie ante el altar, sostenido por los brazos de tus discípulos, a penas tocando la tierra con tus pies, entregaste tu alma a su criador en la sumisión y confianza; obténnos, oh Benito, una muerte tranquila como la tuya. Aparta de nosotros en ese momento supremo, todas las embestidas del enemigo; visítanos con tu presencia y no nos abandones hasta que ha-

yamos depositado nuestra alma en el seno del Dios que te ha coronado.

23 DE MARZO

SAN JOSE ORIOL, CONFESOR

Vivió entre 1650 y 1702. Era hijo de humilde familia de Barcelona. Ordenado de sacerdote en 1675 entró de preceptor en una casa poderosa. Se había doctorado con el único fin de agradar a Dios y ser útil al prójimo. Muerta su piadosa madre, fué en peregrinación a Roma. Inocencio XI, conocedor de su sabiduría y virtud heroica, le confirió el beneficio de San Clemente y San Lorenzo, fundado en una iglesia del Pino de Barcelona. Recibido en aquella comunidad de eclesiásticos a su regreso de Roma, fué modelo de piedad y regularidad y era el encanto de sacerdotes y pueblo que le observaba. Era austerísimo consigo mismo y extraordinariamente mortificado. Encendióse en deseos de seguir los pasos de los invictos defensores de la fe y predicadores del evangelio a los infieles. El 2 de abril salió de su patria para implorar la bendición del Sumo Pontífice y ponerse a sus órdenes y predicar el evangelio en Jerusalén, el Japón y en cualquier otra parte. Durante el viaje se dedicaba a aprender el hebreo, que llegó a dominar perfectamente;

viajaba a pie, sin provisión alguna, con su breviaro en la mano.

En Marsella cayó gravemente enfermo y estaba a punto de morir cuando la Virgen Santísima, salud de los enfermos, le curó milagrosamente. Por revelación supo era voluntad de Dios volviese a Barcelona a curar enfermos e instruir a ignorantes. Embarcó, y, en la travesía, se desencadenó una gran tempestad. Ya desesperaban salvarse, cuando acudió a su camarote el capitán rogándole pidiese a Dios por todos. El estaba tranquilo rezando con un libro en la mano. Sube a cubierta y se coloca en lo más alto e impera a los vientos, como lo hizo en otra ocasión Jesucristo, y se siguió una apacible bonanza. Murió el 23 de marzo de 1702.

24 DE MARZO

SAN GABRIEL ARCANGEL

LAS FIESTAS DE LOS ANGELES. — Hasta aquí no hemos encontrado ninguna fiesta consagrada a honrar a los Santos Angeles; más en medio de los resplandores de la noche de Navidad unimos ya nuestras voces a los conciertos de los espíritus celestiales sobre la cuna del Emmanuel. Este recuerdo viene a invadir con dulce alegría nuestro corazón, entristecido por la penitencia y por la aproximación de la muerte del

Redentor. Hoy damos como una especie de tregua a los severos pensamientos de la Cuaresma, para festejar al Arcángel San Gabriel. Mañana le veremos descender a la tierra como celeste embajador de la Santísima Trinidad cerca de la más pura de las Vírgenes; con toda razón los hijos de la Iglesia se recomiendan a él para aprender a celebrar dignamente aquel misterio cuyo mensajero fué.

La dignidad de San Gabriel. — Gabriel pertenece a las más altas jerarquías de los espíritus angélicos; está delante de la faz de Dios como él mismo se lo dijo a Zacarías[1]. A él le están reservadas las misiones que conciernen la salud de los hombres por la Encarnación del Verbo, ya que, en este misterio tan humilde en apariencia, es donde se muestra principalmente la fuerza de Dios; pues el nombre de Gabriel significa: "Fuerza de Dios."

Su papel en el Antiguo Testamento. — Ya en el Antiguo Testamento el Arcángel se manifestó como en un preludio de su misión. Le vimos manifestarse en primer lugar a Daniel, después de la visión que este profeta tuvo sobre los dos imperios de los persas y de los griegos; y tal fué el resplandor con que brillaba, que Daniel tuvo que

[1] *S. Lucas*, I, 19.

caer a sus pies como desmayado [1]. Poco después Gabriel vuelve a aparecerse al mismo profeta para anunciarle el tiempo preciso de la venida del Mesías: dentro de setenta semanas de años, le dice, la tierra verá al Cristo-Rey [2].

En el templo... — Una vez que ha llegado la plenitud de los tiempos, y que el cielo ha resuelto que nazca el último de los profetas, aquel que, después de haber advertido a los hombres la próxima manifestación del divino Enviado, debe anunciarle al pueblo como "El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", Gabriel baja del cielo al templo de Jerusalén y profetiza al sacerdote Zacarías el nacimiento de San Juan Bautista, preludio a su vez, del de Jesús.

En Nazaret... — Después de seis meses el Santo Arcángel volvía a aparecer sobre la tierra, en la villa de Nazaret. Trae del cielo la grande nueva: Su naturaleza celestial se inclina delante de una hija de los hombres; viene a proponer a María de parte de Dios, el honor de ser la madre del Verbo eterno. Recibe el consentimiento de la Virgen y, al abandonar la tierra, la deja en posesión de Aquel a quien ella esperaba como "El rocío del cielo"[3].

---

1 *Dan.*, VIII, 19.
2 *Ibid.*, IX, 21.
3 *Isaías*, XLV, 8.

EN BELÉN... — Ya ha llegado la hora en que la Madre del Emmanuel debe dar a los hombres el fruto bendito de sus entrañas. El nacimiento de Jesús se cumple en medio de un misterio de pobreza; sin embargo de eso, el cielo no permite que el Niño del pesebre carezca de adoradores. Un ángel se aparece a los pastores de las campiñas de Belén y les invita a ir a la cuna del recién nacido. Está acompañado de un inmenso número de espíritus celestiales que cantan: "Gloria a Dios y paz a los hombres." ¿Quién es este ángel que habla a los pastores, y cuya corte parece estar formada por los otros ángeles que le acompañan? Graves doctores católicos nos enseñan que este ángel es Gabriel que así continúa su ministerio de mensajero de la buena nueva.

EN GETSEMANÍ... — Finalmente, cuando Jesús en el huerto de Getsemaní, la hora precedente a su pasión, experimenta en su humanidad una angustia terrible, un ángel aparece junto a El, no sólo como testigo de su cruel agonía, sino también para fortificar su valor. ¿Quién es este ángel cuyo nombre no nos ha dejado el Evangelio? Hombres piadosos y sabios han afirmado que aquí también se refiere al ángel Gabriel.

SU NOMBRE. — Tales son los títulos del Arcángel que reclaman los homenajes de los cristianos; tales son los rasgos por los cuales justifica

su hermoso nombre de "Fuerza de Dios." En efecto, Dios le ha asociado a todas las fases de la gran obra en la que El ha manifestado de modo especial su poder; pues Jesucristo hasta en la Cruz, como nos dice el Apóstol, es la *Fuerza de Dios* [1].

Gabriel y el Mesías. — Gabriel interviene pues, a cada instante para preparar el camino del Señor. Anuncia en primer lugar la época precisa de su venida; en la plenitud de los tiempos viene a revelar el nacimiento de Juan Bautista; más tarde asiste como testigo celestial en el misterio del Verbo hecho carne; a su voz los pastores de Belén, primicias de la Iglesia, van a adorar al hijo de Dios; y cuando la humanidad de Cristo en su agonía necesita el auxilio de una mano mortal, Gabriel se encuentra en el jardín de los dolores como ya se había aparecido en Nazaret y Belén.

Alabanza. — El género humano, ¡oh Gabriel te es deudor! Nosotros queremos hoy pagar su deuda de reconocimiento para contigo. De lo alto del cielo considerabas con compasión nuestras desdichas; pues toda carne había corrompido su camino y el olvido de Dios llegaba a ser cada vez más universal en toda la tierra. Entonces recibiste de lo alto la misión de traer a este

[1] *Cor*, I, 24.

mundo, que iba a parecer, la buena nueva. ¡Qué hermosos eran tus pasos, oh príncipe celestial, cuando descendías desde la mansión de la gloria hacia nosotros! ¡Qué tierno y fraternal es tu amor para con el hombre, cuya naturaleza tan inferior a la tuya, va a ser levantada al honor de estar unida con Dios! ¡Con qué respeto te acercaste a la Virgen que sobrepasa en santidad a todas las jerarquías celestiales!

¡Feliz mensajero de nuestra salud! tú a quien el Señor llama cuando quiere desplegar la fuerza de su brazo, dígnate ofrecer el homenaje de nuestra gratitud a Aquel que te envió. Ayúdanos a pagar nuestra deuda inmensa para con el padre "que amó tanto al mundo que hasta le entregó a su Hijo único"[1]; para con el Hijo "que se humilló tomando la forma de un esclavo"[2]; para con el Espíritu Divino "que ha reposado sobre la flor salida del tronco de Jesé"[3].

Eres el que nos has enseñado el saludo que debemos dirigir a "María llena de gracia". Del cielo has traído esta alabanza incomparable, la has pronunciado el primero; los hijos de la Iglesia, que de ti la han aprendido, la repiten por toda la redondez de la tierra durante el día y la noche; obtén de nuestra gran Reina que jamás la dejemos de nuestros labios.

---

1 *S. Juan*, III, 16.
2 *Philipp*, II, 7.
3 *Isaías*, XI, 1-2.

SÚPLICA. — ¡Amigo de los hombres! Continúa ayudándonos con tu ministerio. Estamos rodeados de enemigos terribles que aumentan su audacia al ver nuestra debilidad. Ven en nuestra ayuda y fortifica nuestro valor. Asiste a los cristianos en este tiempo de conversión y de penitencia: Haznos comprender lo que debemos a Dios por el misterio de la Encarnación cuyo primer testigo fuiste. Hemos olvidado nuestros deberes para con el Hombre-Dios y le hemos ofendido. Enséñanos pues a fin de que seamos fieles a sus mandatos y ejemplos. Eleva nuestros pensamientos hacia la morada que habitas. Ayúdanos a merecer en las filas de tu jerarquía las sillas que los ángeles malos dejaron vacías por su pecado y que están prometidas a los elegidos.

Ruega, oh Gabriel, por la Iglesia militante y defiéndela contra el infierno. Los tiempos son malos; los espíritus malignos están desencadenados, no podemos resistir delante de ellos si el socorro del Señor no viene en nuestra ayuda. por medio de sus ángeles concede El la victoria a su Esposa. Rechaza la herejía, contén el cisma, disipa la falsa sabiduría, confunde la política vana, quita la indiferencia: a fin de que el Cristo, que has anunciado, reine sobre la tierra que El rescató y para que podamos cantar contigo y con toda la milicia celestial "¡Gloria a Dios y paz a los Hombres!"

25 DE MARZO

LA ANUNCIACION DE LA VIRGEN MARIA

LA IMPORTANCIA DE ESTE DÍA. — Este día es grande en los anales de la humanidad, aún en los ojos de Dios: pues es el aniversario del acontecimiento más solemne que se haya cumplido en el tiempo. El Verbo divino, por el cual el Padre creó al mundo, se hizo carne en el seno de una virgen y habitó entre nosotros [1]. Adoremos la grandeza del Hijo de Dios que se humilló; demos gracias al Padre "que amó al mundo hasta darle su Hijo único [2] y al Espíritu Santo cuya virtud todopoderosa obró tan profundo misterio." En este tiempo tenemos aquí un preludio de las alegrías de Navidad; dentro de nueve meses el Emmanuel concebido en este día, nacerá en Belén y los conciertos de los ángeles nos convidarán a celebrar este nacimiento.

LA PROMESA DEL REDENTOR. — Durante la semana de Septuagésima contemplamos la caída de nuestros primeros padres y oímos la voz de Dios pronunciando la triple sentencia contra la serpiente, contra la mujer y en último lugar contra el hombre. Sin embargo de eso una esperanza se ha cobijado en nuestra alma; entre los anatemas

---

[1] *Juan,* I, 14.
[2] *Ibíd.,* III, 16.

ha brillado una promesa divina, como aurora de la salvación. El Señor irritado dijo a la serpiente infernal que un día su cabeza orgullosa será aplastada por el pie de una mujer.

Su cumplimiento. — Llegó por fin el momento en que el Señor va a cumplir su antigua promesa. Durante miles de años el mundo estuvo esperando y a pesar de sus crímenes y maldades, esta esperanza no se apagó nunca. En el curso de los siglos la misericordia divina multiplicó los milagros, las profecías y las figuras para recordar el contrato que se dignó hacer con el hombre. La sangre del Mesías pasó de Adán a Noé; de Sem a Abrahán, Isaac y Jacob; de David y Salomón a Joaquín; ahora corre por las venas de María, hija de Joaquín.

María es la mujer por la cual debe ser levantada la maldición que pesa sobre nuestra raza. Al crearla el Señor inmaculada, constituyó con esto una enemistad irreconciliable entre ella y la serpiente y, en este día, esta hija de Eva va a reparar la caída de su madre; a levantar a su sexo de la humillación en que se ha visto hundido, y cooperar directa y eficazmente a la victoria que el Hijo de Dios ha obtenido en persona sobre el enemigo de su gloria y de todo el género humano.

La Anunciación. — La tradición y luego la Iglesia, señaló el 25 de Marzo como el día en

que se va a cumplir el misterio [1]. María, sola, en el recogimiento de la oración, ve aparecer delante de ella al Arcángel bajado del cielo, que viene a recibir su consentimiento, en nombre de la Santísima Trinidad. Asistamos a la entrevista del Angel con María y retrasemos al mismo tiempo nuestro pensamiento a los primeros días del mundo. San Ireneo, obispo mártir del siglo II, fiel eco de la doctrina de los Apóstoles, nos enseñó a comparar esta tan sublime escena con la que tuvo lugar en el paraíso terrenal [2].

En el paraíso terrenal. — En el jardín de las delicias hay una virgen que se encuentra en presencia de un ángel y un coloquio se establece entre ellos. En Nazaret una virgen es igualmente interpelada por un ángel y se entabla entre ellos un diálogo; mas el ángel del paraíso terrenal es un ángel de las tinieblas y el de Nazaret un espíritu celestial. En los dos encuentros es el ángel el que toma la palabra. "¿Por qué, dice el espíritu maldito a la primera mujer, Dios os ha mandado no comáis de todos los árboles de este jardín?" En esta pregunta repentina se siente ya la provocación al mal, el desprecio, el odio contra la débil criatura en la cual Satanás va persiguiendo a Dios.

---

[1] *S. Agustín, La Trinidad,* l. IV, c. V.
[2] "*Contra las herejías*" l. V, c. XIX.

EN NAZARET. — Ved al contrario al ángel de la luz. ¡Con qué dulzura, con qué paz se acerca a la nueva Eva! ¡Con qué respeto se inclina ante esta hija de los hombres! "Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres." ¡Quién no reconoce el acento celestial en estas palabras donde todo respira dignidad y paz! Mas continuemos el paralelismo.

EVA. — La mujer del Edén, imprudente, escucha la palabra del seductor y se apresura a responder. La curiosidad la mete en una conversación con aquel que la invita a escudriñar los decretos de Dios. Ella no tiene desconfianza delante de la serpiente que la está hablando; más tarde desconfiará del mismo Dios.

MARÍA. — María ha oído la palabra de Gabriel; mas esta virgen, muy prudente, como la llama la Escritura, permanece silenciosa. Se pregunta de donde pueden venir estos elogios hechos a su persona. La más pura, la más humilde de las vírgenes, tiene miedo de la alabanza; y el enviado celestial no obtendrá de ella una palabra hasta que él no haya aclarado su misión. "No temas, oh María, dice el ángel a la nueva Eva, pues has encontrado gracia delante del Señor. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo a quien llamarás Jesús. Será grande y será llamado el Hijo del Altísimo y el Señor le dará el trono de David su Padre; reinará sobre la casa

de Jacob para siempre y su reinado no tendrá fin."

¡Qué magníficas promesas bajadas del cielo por parte de Dios! ¡Qué objeto más digno de la ambición de una hija de Judá, que conoce la gloria de que debe estar rodeada la madre del Mesías! Sin embargo, María no es tentada por tanto honor. Consagró su virginidad para siempre a Dios, a fin de estarle más unida con el amor. El destino, que ella no podría alcanzar más que violando este pacto sagrado, no puede conmover su alma. ¿Cómo puede suceder esto, responde ella, ya que he prometido guardar virginidad?

Eva. — La primera mujer no manifiesta por el contrario esa calma, ese desinterés; apenas el ángel perverso la aseguró que puede violar el mandato de su divino bienhechor, sin llegar con todo a morir, y que el premio de su desobediencia será entrar en posesión de la ciencia divina, cuando ella queda subyugada. El amor propio la ha hecho olvidar en un momento el deber y el reconocimiento; se siente feliz de verse libre lo más pronto posible de ese lazo que la tiene aprisionada.

María. — Tal fué el modo de obrar de la mujer que nos perdió; mas ¡cuán diferente aparece esta otra mujer que debía salvarnos! La primera, cruel para con su posteridad, no se preocupa

más que de sí misma; la segunda, por el contrario, se olvida de sí misma, para no pensar más que en los derechos que Dios tiene sobre ella. El ángel, admirado de tanta fidelidad, termina por revelarla por completo el plan divino. "El espíritu Santo, la dice, descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y por eso el que de ti va a nacer será llamado Hijo de Dios. Isabel tu prima ha concebido ya un hijo a pesar de su vejez; y este es el sexto mes para ella la llamada estéril, pues para Dios no hay nada imposible." El ángel interrumpe aquí su discurso y espera, en el silencio, la resolución de la Virgen de Nazaret.

La desobediencia de Eva. — Volvamos ahora nuestras miradas a la virgen del Edén. Apenas ha dejado de hablar el espíritu infernal, cuando ella ya ha echado una mirada codiciosa sobre el fruto prohibido; aspira a la independencia cuya posesión le va a conceder este fruto tan deleitable. Su mano desobediente se va alargando para atraparlo; lo coge, lo lleva ávidamente a su boca, y, en el mismo momento, la muerte toma posesión de ella; muerte del alma por el pecado, que apaga la luz del alma; muerte del cuerpo que, privado del don de la inmortalidad, se convierte ahora en un objeto de vergüenza y de confusión, mientras espera el momento en que se convertirá en polvo.

La obediencia de María. — Retiremos los ojos de este triste espectáculo y volvamos a Nazaret. María ha recogido las últimas palabras del ángel; la voluntad del cielo es ahora bien clara para ella. Esta le asegura que le está reservada la dicha de sentirse Madre de Dios, mientras su virginidad permanece intacta. Entonces María se somete con obediencia perfecta y dice al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra."

De este modo la obediencia de la segunda Eva repara la desobediencia de la primera, pues tan pronto como la virgen de Nazaret dijo: que se haga en mí, Fiat, el Hijo eterno de Dios, que, según el decreto divino, esperaba esta palabra, se hace presente por obra del Espíritu Santo, en el seno de María y comienza allí una vida humana. Una virgen llega a ser madre y Madre de Dios. El consentimiento de esta virgen a la voluntad soberana la hace fecunda por la virtud del Espíritu Santo. ¡Misterio sublime que establece las relaciones de hijo y de madre entre el Verbo Eterno y una criatura, y proporciona al Todopoderoso un medio digno de asegurarla el triunfo contra el espíritu maligno cuya audacia y perfidia parecían haber prevalecido hasta entonces contra el plan divino!

La derrota de Satanás. — Jamás ha habido derrota tan humillante y completa como la que

sufrió Satanás en este día. El pie de la mujer, de quien se creía una victoria tan fácil, pesa ahora con toda su fuerza sobre su cabeza orgullosa ya aplastada. Eva se levanta en su hija para aplastar a la serpiente. Dios no ha querido escoger al hombre para esta venganza; la humillación de Satanás no hubiera sido tan vergonzosa. Es la primera presa del infierno, su víctima más débil, la más desarmada, la que el Señor dirige contra este enemigo.

Por el precio de un triunfo tan alto la mujer dominará desde ahora no solamente los ángeles rebeldes sino también sobre toda la raza humana; aún más sobre todas las jerarquías de espíritus celestiales, desde lo alto de su trono, María Madre de Dios domina sobre toda la creación. En el fondo de los infiernos Satanás rugirá con eterna desesperación, pensando en la desdicha de haber dirigido sus primeros ataques contra un ser frágil y crédulo a quien Dios vengó tan magníficamente; y en lo alto de los cielos los Serafines y Querubines levantarán sus miradas hacia María, ambicionarán una sonrisa y se sentirán felices de cumplir los menores deseos de la Madre de Dios y de los hombres.

Salvación de la humanidad. — Por esto nosotros, hijos de la raza humana, arrancados de los dientes de la serpiente por la obediencia de María, saludamos hoy la aurora de nuestra libertad.

Tomando las palabras del cántico de Débora, donde ésta, tipo de María victoriosa, canta sus triunfos sobre los enemigos del pueblo santo, nosotros decimos: "La raza de los fuertes había desaparecido de Israel hasta el día en que se levantó Débora, hasta el día en que apareció ella, la madre de Israel. El señor inauguró un nuevo género de combate, fuerza las puertas de sus enemigos"[1]. Prestemos oído y escuchemos también a través de los siglos a Judit, esta otra mujer victoriosa: "Alabad al Señor, nuestro Dios que no abandona a los que esperan en El; antes por la mano de su sierva ha cumplido la misericordia prometida a Israel; por mi mano inmoló esta noche al enemigo de su pueblo. El Señor omnipotente los aniquiló por la mano de una mujer"[2].

MISA

La Santa Iglesia toma la mayor parte de los cantos del santo Sacrificio del Salmo LIV que celebra la unión del Esposo con la Esposa.

En el Introito saluda a María como a reina del género humano, delante de la cual debe inclinarse toda criatura. La virginidad ha preparado en María a la Madre de un Dios; esta virtud será imitada en la Iglesia y todos los siglos ve-

[1] *Jueces*, V, 7, 8.
[2] *Judit*, XIII, 17, 18; XVI, 7.

rán a numerosas vírgenes seguir los pasos de la que es su madre y modelo.

INTROITO

Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: serán presentadas al Rey las vírgenes después de ella: sus compañeras serán presentadas con alegría y con júbilo. (T. P. Aleluya, aleluya.) — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia se gloría de su fe en la maternidad divina y reclama, por este título, la intercesión todopoderosa de María cerca de Dios. Este dogma es la base de nuestras creencias, el fundamento del misterio de la Encarnación.

COLECTA

Oh Dios, que, al anuncio del Angel, quisiste que tu Verbo tomase carne en el seno de la Bienaventurada Virgen María: concédenos, a los que te suplicamos, la gracia de que, ya que la creemos a ella verdadera Madre de Dios seamos ayudados ante ti por su intercesión. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

En aquellos días habló el Señor a Acaz, diciendo: Pide para ti una señal del Señor, tu Dios, ya del profundo del infierno, ya de lo más alto de los cielos. Y respondió Acaz: No la pediré, y no tentaré al Señor. Dijo entonces (Isaías): Oíd, pues, ahora, casa de David: ¿Os parece poco el ser molestos a los hombres, que también queréis serlo a mi Dios? Por eso, el mismo Señor

os dará una señal: He aquí que una virgen concebirá, y parirá un hijo, y será su nombre Emmanuel. Comerá manteca y miel, para que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.

La plenitud de los tiempos ha llegado; una antigua tradición ha dado la vuelta al mundo: que una virgen llegaría a ser madre. En este día en que se cumplió este misterio, reverenciemos el poder del Señor y su fidelidad a sus promesas. El autor de las leyes de la naturaleza las suspende para obrar por sí mismo; la virginidad y la maternidad se unen en una misma criatura. Una virgen no podría dar a luz más que a un Dios: y el hijo de María se llamará Emmanuel, Dios con nosotros.

DIOS CON NOSOTROS. — Adoremos, en su debilidad voluntaria, al creador del mundo visible e invisible; quiere en adelante que toda criatura confiese no solamente su grandeza infinita sino también la verdad de esta naturaleza humana que se dignó tomar para salvarnos. A partir de este momento se le puede llamar con propiedad el Hijo del Hombre; nueve meses permanece en el seno materno como las demás criaturas; como ellas después de su nacimiento tomará leche y miel y santificará todos los estados de la humanidad; pues es el hombre nuevo que se dignó bajar del cielo para suplantar al antiguo. Sin perder nada de su dignidad viene a soportar todas las condiciones de nues-

tra naturaleza enferma y limita con el fin de hacernos a su vez participantes *de la naturaleza divina* [1].

En el gradual la Iglesia canta la hermosura del Emmanuel, su reino y el poder de su brazo; pues viene humilde para levantarse en la gloria: desciende para combatir y triunfar.

GRADUAL

La gracia está pintada en tus labios: por eso te bendijo Dios para siempre. ℣. Reina con verdad, y con mansedumbre, y con justicia: y tu diestra obrará maravillas.

La Iglesia continúa empleando el mismo cántico en el Tracto para cantar las grandezas de María Virgen y Madre. El Espíritu Santo la amó por su belleza incomparable, la cubre con su sombra y ella concibe de un modo divino. ¿Qué gloria es comparable a la de María en quien se complace la Trinidad entera? En el orden de la creación el poder de Dios no producirá nada más elevado que una Madre de Dios. David nos muestra su lejana descendencia recibiendo los homenajes de los grandes de la tierra y rodeada de una corte compuesta por entero de vírgenes, cuyo modelo y reina es ella. Este día es también el triunfo de la virginidad que se ve elevada hasta la maternidad divina; en este día María libra a

[1] *S. Pedro,* I, 4.

su sexo de la esclavitud y le abre el camino hacia todas las grandezas.

TRACTO

Oye, hija, y mira, e inclina tu oído: porque el Rey se ha prendado de tu belleza. ℣. Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: las hijas de los reyes serán tu cortejo. ℣. Serán presentadas al Rey las vírgenes después de ella: sus compañeras serán presentadas a ti. ℣. Serán presentadas con alegría y con júbilo: serán llevadas al palacio del Rey.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo el Angel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón, llamado José, de la casa de David: y el nombre de la Virgen era María. Y, entrando a ella el Angel, dijo: Salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le oyó, se turbó de sus palabras, y pensaba qué saludo fuese aquél. Entonces le dijo el Angel: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: he aquí que concebirás en tu seno, y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin. Dijo entonces María al Angel: ¿Cómo sucederá eso? Porque no conozco varón. Y, respondiendo el Angel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y, por eso, lo Santo, que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha concebido también en su vejez un hijo, y, la que se llamaba estéril, está ya en el sexto

mes. Porque para Dios no hay nada imposible. Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.

Acción de gracias. — Con estas últimas palabras, oh María, nuestra suerte está determinada. Tú consentistes al deseo del cielo; y tu consentimiento asegura nuestra salvación. ¡Oh Virgen! ¡Oh Madre! Bendita entre las mujeres, recibe con los homenajes de los ángeles las acciones de gracias del género humano. Has reparado nuestra ruina, has levantado nuestra naturaleza pues eres el trofeo de la victoria del hombre sobre su enemigo.

"Alégrate, padre Adán; y tú, madre Eva, salta de júbilo, porque así como fuisteis padres de todos, así fuisteis de todos homicidas, y, lo que es peor, primero homicidas que padres; consolaos con esta hija, y tal hija; pero alégrese Eva sobre todo, pues de ella primero nació el mal, pasando su oprobio a todas las mujeres. Porque ya se acerca el tiempo en que se quitará el oprobio y no podrá ya quejarse el hombre de la mujer. Aquél pretendiendo excusarse imprudentemente a sí mismo, no dudó acusarla con dureza diciendo: *La mujer que me diste dióme del fruto del árbol y comí.* Por tanto, corre Eva a María; corre a tu Hija. Ella responderá por ti, levantará tu oprobio, satisfará al Padre por su madre; pues ha dispuesto Dios que, ya que el hombre no cayó sino por la mujer, tampoco sea levantado sino

por la mujer. ¿Qué es lo que decías, Adán? *La mujer que me diste dióme del fruto del árbol y comí.* Palabras maliciosas son éstas, que acrecientan tu culpa en vez de borrarla. Mas la Sabiduría ha vencido a la malicia, pues, aunque malograste la ocasión que Dios quería darte para el perdón de tu pecado cuando te preguntó, ha hallado en el tesoro de su inagotable piedad medios para borrar tu culpa. Te da otra mujer por esa mujer, una prudente por esa fatua, una humilde por esa soberbia; la cual, en vez del árbol de la muerte, te dará el alimento de la vida; en vez de aquel venenoso y amargo bocado, te traerá la dulzura del fruto eterno. Por tanto, muda las palabras de la injusta acusación en alabanzas y acción de gracias a Dios y dile: "Señor, la mujer que me diste, dióme del fruto del árbol de la vida y comí; y ha sido más dulce que la miel para mi paladar, porque en él me has dado la vida"[1].

En el Ofertorio saludamos a María con las palabras del angel unidas a las de Isabel cuando esta se inclina delante de la Madre de Dios.

OFERTORIO

Salve, María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tu entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

La Iglesia rinde nuevo homenaje en la Secreta al dogma de la Encarnación, confesando la

---

[1] San Bernardo, 2.ª Homilía sobre *Missus est.*

realidad de las dos naturalezas, divina y humana, en Jesucristo Hijo de Dios e Hijo de María.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, confirmes en nuestras almas los Sacramentos de la verdadera fe: para que, los que confesamos verdadero Dios y hombre al concebido de la Virgen, por el poder de su salvadora resurrección, merezcamos conseguir la eterna alegría. Por el mismo Señor.

La solemnidad de la fiesta obliga hoy a la Iglesia a suspender el Prefacio de Cuaresma, substituyéndole por el que se emplea en las Misas de la Santísima Virgen.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios. Y que te alabemos, bendigamos y prediquemos en la (Anunciación) de la Bienaventurada siempre Virgen María. La cual concibió a tu Unigénito por virtud del Espíritu Santo: y, permaneciendo (en ella) la gloria de la virginidad, dió al mundo la Luz eterna, a Jesucristo, nuestro Señor. Por quien a tu majestad alaban los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades. Los cielos, y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines la celebran con igual exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

Santo, Santo, Santo, etc.

La antífona de la Comunión reproduce las palabras del oráculo divino, ya leídas en la Epís-

tola. Una virgen ha concebido y dado a luz al Pan vivo descendido del cielo por el cual Dios está con nosotros y en nosotros.

COMUNION

He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo: y se llamará su nombre Emmanuel.

En la Poscomunión la Iglesia recuerda en acción de gracias todos los misterios que por nuestra salvación son la derivación del gran suceso de este día. Después de la Encarnación, donde tuvo lugar la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana, hemos celebrado la Pasión de este divino Redentor seguida a su vez de su Resurrección, por medio de la cual triunfó de la muerte, nuestra enemiga.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, infundas tu gracia en nuestras almas: para que, los que, por el anuncio del Angel, conocimos la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por su pasión y cruz, a la gloria de la resurrección. Por el mismo Señor.

El Angelus. — No podemos terminar esta jornada sin recordar y recomendar la piadosa y saludable institución que la cristiandad solemniza cada día en todo el mundo católico, en honor del misterio de la Encarnación y de la divina Maternidad de María. Tres veces al día, por la mañana, por el mediodía y por la tarde, se oye la campana para que los fieles se unan al

ángel Gabriel que saluda a María, y celebra el momento en que el propio Hijo de Dios se dignó encarnarse en ella.

Desde la Encarnación del Señor, su nombre ha resonado en el mundo entero; es grande desde el Oriente hasta el Occidente; grande es también el de su Madre. De aquí se ha originado la necesidad de formar una oración que sirviera de acción de gracias ordinaria para con el misterio de la Encarnación que ha dado al Hijo de Dios a los hombres. Encontramos las huellas de esta costumbre en el siglo XIV cuando Juan XXII abre el tesoro de las indulgencias en favor de los fieles que reciten el Ave María, por la tarde, al oír el sonido de la campana destinada a dirigir sus pensamientos hacia la Madre de Dios.

En el siglo XV vemos en la SUMA de San Antonino que este toque de campana tenía ya lugar en Toscana. Hay que esperar hasta principio del siglo XVI para encontrar en un documento francés, citado por Mabillón, que el sonido de mediodía venía a unirse al que ya se hacía a la salida y puerta del sol. En esta forma aprobó León X esta devoción en 1513 para la abadía de San Germán de los Prados en París. Desde entonces la cristiandad entera la aceptó con todas sus adiciones; los papas multiplicaron las indulgencias; además de las que dieron Juan XXII y León X, el siglo XVIII vió publicar las de Benedicto XIII; y tan grande pareció la importancia de esta

práctica que Roma determinó que durante el año del jubileo, en el que cesaban todas las indulgencias, excepto aquellas que se ganaban por la peregrinación a Roma, las tres salutaciones recitadas en honor de la Virgen continuasen exortando a los fieles a seguir unidos en la glorificación del Verbo hecho carne. En cuanto a María parece como que el Espíritu Santo había ya indicado de antemano los tres términos de esta práctica invitándonos a celebrarla dulce "como la aurora", al levantarse, resplandeciente "como el sol" por el mediodía, y bella "como la luna" al anochecer.

PLEGARIA AL EMMANUEL. — ¡Oh Emmanuel, *Dios con nosotros* "Te propusiste el rescate del hombre; con este fin descendiste al seno de una virgen para tomar en él nuestra naturaleza." El género humano saluda hoy tu advenimiento. Verbo eterno del Padre, no ha sido bastante para Ti el haber sacado al hombre de la nada por tu poder; tu inagotable bondad viene siguiéndole hasta en el abismo de la degradación donde se sumergió. Por el pecado el hombre había caído por debajo de sí mismo; y con el fin de hacerle remontar a los destinos divinos, para los cuales le habías creado, has venido en persona a revestirte de su substancia y a volver a elevar hasta Ti.

En Ti, hoy y por siempre, Dios se hace hombre y el hombre Dios. Cumpliendo las promesas

del cántico, te uniste a la naturaleza humana, y fué en el seno virginal de la hija de David donde celebraste tus desposorios. ¡Oh abajamiento incomprensible, oh gloria inenarrable!; el *anonadamiento* [1] está reservado para el Hijo de Dios; la gloria para el hijo del hombre. De este modo es como nos amas, oh Verbo Divino, y como tu amor triunfó de nuestra miseria.

Dejaste a los ángeles rebeldes en el abismo abierto por su orgullo; mientras tu piedad se posó sobre nosotros. Mas no es por una de tus miradas como nos has salvado; ha sido viniendo a esta tierra manchada *a tomar la naturaleza de esclavo* [2] y comenzar una vida de humillación y de dolores. Verbo hecho carne, que descendistes del cielo *para salvar y no para juzgar* [3]. Te adoramos, Te damos gracias, Te amamos, haznos dignos de todo aquello que tu amor Te ha hecho emprender por nosotros.

PLEGARIA A MARÍA. — Te saludamos, oh María, llena de gracia en este día en que gozas del honor que te estaba destinado. Por tu incomparable pureza has atraído las miradas del soberano Creador de todas las cosas, y por tu humildad le has atraído a tu seno; su presencia en ti acrecienta más todavía la santidad de tu alma y la pureza de tu cuerpo. ¡Con qué delicias sentiste a

---

1 *Filipenses*, II, 7.
2 *Ibid.*
3 *S. Juan*, XII, 47.

este Hijo de Dios vivir de tu vida, sacar de tu substancia ese nuevo ser que El viene a tomar por nuestro amor! Ya se ha formado entre ti y El ese lazo que tú sola has conocido; El es tu Hijo y tú eres su Madre.

Que toda rodilla se incline delante de ti ¡oh Madre!, pues El es el Dios del cielo y de la tierra; aún más, que toda criatura se posterne delante de ti; pues tú le llevaste en tu seno, tú le amamantaste. Sola tú entre todos los seres puedes decirle como el Padre celestial: "¡Hijo mío!" Oh mujer incomparable, eres el supremo esfuerzo del poder divino; recibe la humilde sumisión de la raza humana. Ella se glorifica aún en presencia de los ángeles: su sangre es la tuya, y tu naturaleza la suya.

¡Nueva Eva, hija de la antigua, más inmaculada! Por tu obediencia para con los decretos divinos, has salvado a tu madre y a toda su raza; has establecido en la inocencia primitiva a nuestro padre y a toda su familia. El Salvador que llevaste nos asegura todos estos bienes; por ti El viene a nosotros; sin El permaneceríamos en la muerte, sin ti El no podía rescatarnos; El saca de ti esa sangre preciosa que será nuestra Redención. Su poder protegió su pureza en el momento de tu Concepción inmaculada y llega a ser la sangre de un Dios por la unión que se lleva a cabo en ti de la naturaleza divina con la humana.

Hoy se cumple, ¡Oh María! el oráculo del Señor que emitió con ocasión de la caída: "Estableceré enemistad entre la mujer y la serpiente." Hasta aquí el género humano temblaba ante el demonio; en su extravío le erigía altares por doquier; pero tu brazo temible viene hoy a derribar a nuestro enemigo. Por la humildad, por la caridad, por la obediencia, le abatiste para siempre; ya no seducirá más a las naciones. Por medio de ti, libertadora de los hombres, fuimos arrancados de su poder; solamente nuestra perversidad y nuestra ingratitud podrían atarnos de nuevo a su yugo. No lo permitas, oh María, ven en nuestra ayuda; y si, en este día de reparación, prosternados a tus pies reconocemos que hemos abusado de la gracia celestial, cuyo canal fuiste, en esta fiesta de tu Anunciación, *oh Madre de los vivientes,* devuélvenos la vida por tu todopoderosa intercesión ante aquel que hoy se hace tu hijo para siempre.

Hija de los hombres, oh hermana nuestra amada, por el saludo de Gabriel, por tu turbación virginal, por tu fidelidad al Señor, por tu prudente humildad, por tu consentimiento salvador te suplicamos que conviertas nuestros corazones, vuélvenos penitentes sinceros, y prepáranos a los grandes misterios que vamos a celebrar. ¡Qué dolorosos serán para ti! ¡Oh María! ¡Qué rápido va a ser el tránsito entre las alegrías de la Anunciación y las tristezas de la Pasión! Mas

tú quieres que nuestra alma se regocije pensando en la dicha que embargó tu corazón en el momento en que el Espíritu divino te cubrió con su sombra y el Hijo de Dios llegó a ser el tuyo; nosotros permanecemos pues todo este día cerca de ti en tu humilde morada de Nazaret. Nueve meses más tarde Belén nos verá postrados con los pastores y los Magos delante del Niño Dios que nacerá para tu alegría y nuestra salud y entonces diremos con los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas del cielo y sobre la tierra paz a los hombres de buena voluntad."

26 DE MARZO

SAN BRAULIO, OBISPO Y CONFESOR

Hay en Zaragoza un santuario donde no se puede entrar sin sentir la más profunda emoción: es la cripta de Santa Engracia. Allí había en el siglo VII un monasterio, en el cual se formaron San Eugenio de Toledo y San Braulio de Zaragoza.

Oriundo éste de acomodada estirpe, se formó en la escuela de sus hermanos Juan Obispo de Zaragoza, y de Frunimiano, sacerdote, pero sobre todo al lado del Gran San Isidoro de Sevilla con quien estuvo varios años: Fué el discípulo más querido y más ilustre del gran Doctor de las Españas.

Al morir San Isidoro San Braulio nombrado Obispo de su ciudad natal, es saludado como el más alto prestigio del pueblo Español. Aconseja a los reyes, interviene activamente en los concilios nacionales de Toledo, gobierna su diócesis con sabiduría, escribe la vida de San Millán, enriquece la Liturgia mozárabe con bellas composiciones poéticas y mantiene una correspondencia, según él mismo dice, abrumadora, que es una de las más interesantes que hoy tenemos de aquel siglo. El Papa Honorio había dirigido al episcopado español una carta en la que se lamentaba de la poca diligencia que ponía en la cuestión judía. A pesar de que en la asamblea había cinco metropolitanos, los Padres del concilio comisionan a nuestro santo para que responda a su Santidad y lo hace magistralmente saliendo por la honra del episcopado español. Murió ciego el 26 de marzo de 651 según opinión más segura.

27 DE MARZO

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL CULTO DE LAS SAGRADAS IMÁGENES. — Los griegos celebran el primer Domingo de Cuaresma la fiesta de la Ortodoxia. La nueva Roma, mostrando bien a las claras que no participaba de la indefectibilidad de la antigua, había recorrido todo el ciclo de las herejías concernientes

al dogma del Dios hecho Hombre. Después de haber rechazado la consubstancialidad del Verbo, la unidad de personas en el Hombre-Dios, la integridad de su doble naturaleza, parecía que no se había escapado a la sagacidad de sus emperadores ninguna negación más. Sin embargo faltaba al tesoro doctrinal de Bizancio un complemento de los errores pasados.

Faltaba por proscribir en la tierra las imágenes de Cristo que no podían atacar sobre el trono del cielo.

La herejía iconoclasta. — La herejía de los iconoclastas o *rompedores de imágenes,* al indicar, en el terreno de la fe debida al Hijo de Dios, la última evolución de los errores orientales, era justo que la fiesta destinada a recordar el restablecimiento de estas santas imágenes, se honrase con el nombre de la fiesta de la Ortodoxia; pues celebrando el último de los golpes conferidos al dogmatismo bizantino, recuerda, al mismo tiempo, todos los que recibió en los Concilios que siguieron al primero de Nicea hasta el séptimo ecuménico, último del mismo nombre. Una particularidad de esta solemnidad consistía en que, el emperador de pie en su trono y en presencia de la cruz y de algunas imágenes, se renovasen en Santa Sofía todos los anatemas formulados en diversos tiempos contra los adversarios de la verdad revelada.

LA PERSECUCIÓN. — Por lo demás Satanás, el enemigo del Verbo, había demostrado que, a pesar de todas sus anteriores derrotas, consideraba a la doctrina iconoclasta como su último refugio. No hay otra herejía que tanto haya multiplicado en Oriente los mártires y las ruinas. Para defenderla pareció que Nerón y Diocleciano habían vuelto a nacer en los emperadores bautizados León el Isáurico, Constantino Coprónimo, León el Armenio, Miguel Tartamudo y su hijo Teófilo. Los edictos de persecución publicados anteriormente para proteger a los ídolos reaparecieron para acabar con la idolatría de la que, según ellos, estaba manchada la Iglesia.

En vano San Germán de Constantinopla recordó que los cristianos no adoraban a las imágenes sino que las honraban con culto relativo refiriéndole a las personas de los santos que representaban. La respuesta del César Pontífice fué el destierro del Patriarca. Los soldados encargados de cumplir la voluntad del príncipe se dieron al pillaje de las iglesias y casas particulares; por todas partes cayeron estatuas venerables, bajo el martillo de los demoledores. Se recubrió con cal los frescos murales, se hicieron trizas las vestiduras sagradas, los brocados con imágenes, los vasos del altar para hacer desaparecer los esmaltes con escenas históricas.

EL MARTIRIO. — Mientras que las hogueras de las plazas públicas consumían las obras maes-

tras en cuya contemplación se había alimentado la piedad de los pueblos, el artista que osaba continuar reproduciendo los rasgos del Señor, de María y de los Santos, pasaba él mismo por el fuego y otras torturas en compañía de aquellos fieles cuyos crímenes consistían en no poder contener la expresión de su sentimiento a la vista de tales destrucciones. Mas pronto ¡ay! reinó el terror en el rebaño desolado; inclinando la cabeza bajo el huracán, los jefes se accedieron a lamentables compromisos.

Entonces se vió a la noble descendencia de San Basilio, monjes y vírgenes consagradas, levantarse a una y hacer frente a los tiranos. Ella fué la que salvó la tradición del arte antiguo y la fe de sus abuelos con el precio del destierro, con el horror de los calabozos, de las muertes por hambre, bajo el golpe del látigo, bajo las olas, con el exterminio por la espada. En esta hora de la historia se manifestó realmente personificada esa fe en Lázaro pintor y monje santo, que tentado primero con adulaciones y amenazas, después torturado, encadenado, y por fin reincidente heroico, quemadas sus manos con láminas al rojo, continuó con todo eso, por amor de los santos, de sus hermanos y por Dios, ejerciendo su arte y llegando a morir después de sus perseguidores.

La independencia temporal de los Romanos Pontífices se afirmó definitivamente, cuando ha-

biendo amenazado León el Isáurico ir hasta Roma para hacer también pedazos la estatua de San Pedro, Italia entera se armó para defender los tesoros de su basílica y sustraer al Vicario del Hombre-Dios a la soberanía que todavía se atribuía Bizancio.

Glorioso período de ciento veinte años que abarca la línea de los grandes papas comprendidos entre S. Gregorio I y Pascual I, y, cuyos límites extremos, están ilustrados en Oriente por los nombres de Teodoro Estilita, que preparó con indomable firmeza el triunfo final y después Juan Damasceno que en sus principios señaló con el dedo la futura tormenta. Es de lamentar que, hasta nuestros días, una época cuyos recuerdos llenan los fastos litúrgicos de los griegos, no estuviese representada por alguna festividad en el calendario de las Iglesias latinas. En el reinado de León XIII esta laguna ha desaparecido; desde el año 1890 Juan Damasceno, el protegido de María, el monje a quien su doctrina eminente valió el sobrenombre de *torrente de oro,* recuerda a Occidente la heroica lucha en la que Oriente se hizo acreedor a la estima de la Iglesia y del mundo.

LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA. — Concluyamos señalando aquí los puntos principales de las definiciones por las cuales la Iglesia vindicó en el siglo octavo y más tarde en el dieciséis a las sa-

gradas imágenes de la proscripción a la que el infierno la había condenado. "Es absolutamente legítimo, declara el segundo concilio de Nicea, que se coloque en las iglesias, tanto en frescos, en tablas y sobre ornamentos y vasos sagrados, como en las casas y en las calles, cualesquiera imágenes, sea de color, en mosaico o en cualquier otra materia conveniente que representen a Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, nuestra purísima Señora la Santa Madre de Dios, los ángeles y todos los santos, de tal suerte que sea permitido hacer que el incienso se eleve ante ellas y que los cirios encendidos las rodeen [1]. Esto no significa, contestan a los protestantes los Padres del Tridentino, que se deba creer que estas imágenes contienen una divinidad o una virtud propia y que se deba poner la confianza en la imagen misma como en otro tiempo hacían los paganos con sus ídolos. Por el contrario, *el honor que se les tributa termina en el prototipo* [2], en Cristo, a quien van por ellos dirigidas nuestras oraciones, a los Santos a quienes veneramos en los rasgos peculiares que nos presentan" [3].

VIDA. — San Juan nació el año 676 de rica familia de Damasco. Ejerció como su padre, un cargo importante en la corte del califa hasta que abandonó

[1] *Conc. de Nicea,* II, ses. VII.

[2] Esta fórmula donde se encuentra expresada la verdadera base teológica del culto de las imágenes fué tomada por el Conc. de Trento del segundo de Nicea quien a su vez la recoge de San Juan Damasceno; *De fide orthodoxa,* IV, XVI.

[3] *Conc. de Trento, Sess.,* XXV.

el mundo y se retiró a la soledad de S. Sabas. En una de sus célebres cartas dogmáticas se hizo defensor intrépido del culto de las imágenes contra el emperador iconoclasta León Isáurico. Enseñar, predicar, escribir fueron sus principales ocupaciones, las virtudes de obediencia y humildad brillaron en él con vivo resplandor; su afecto hacia la Madre de Dios era particularmente filial y ardiente su celo por la salvación de las almas; amigo intransigente de la verdad, no lo era menos de concordia fraterna. En 749 moría y era enterrado en S. Sabas. Su culto tuvo muy pronto comienzo; el séptimo concilio ecuménico le presentó como el defensor incansable de la tradición católica y de la unidad de la Iglesia. León XIII, por decreto del 19 de agosto de 1890 le proclamó Doctor de la Iglesia y fijó su fiesta el 27 de marzo.

El arte y la oración. — Vindicador de las sagradas imágenes, obténnos como lo demanda la Iglesia, imitar las virtudes y experimentar el apoyo de aquellos a quienes representan. La imagen atrae nuestra veneración y hace brotar la plegaria a Cristo Rey y a los Santos. Son el libro de los que no saben leer y con frecuencia los mismos letrados sacan más provecho con la vista de una representación elocuente que con la lectura prolongada de numerosos volúmenes. El artista cristiano hace al mismo tiempo con sus trabajos un acto de religión y de apostolado y por lo mismo no tenemos porqué extrañarnos si en todas las épocas agitadas el odio del infierno ha suscitado tantas maquinaciones para destruir sus obras.

Así pues, diremos contigo: "Atrás Satanás con tu envidia, tú que no puedes soportar que miremos la imagen del Nuestro Señor y a su vista nos santifiquemos; no quieres que contemplemos sus sufrimientos, que admiremos su benignidad, que nos detengamos en el espectáculo de sus milagros para conocerle y alabar el poder de su divinidad. Envidioso de los Santos y de los honores que Dios les depara, no quisieras que tuviésemos ante los ojos su gloria para que esta vista no nos excite a imitar su valor y su fe; no puedes sufrir que ofrezcan su ayuda a nuestros cuerpos y a nuestras almas por la confianza que ponemos en ellos"[1].

ELOGIO. — Sé nuestro guía tú, a quien la ciencia sagrada saluda como a uno de sus primeros escritores. *Conocer,* decías, *es el más precioso de todos los bienes*[2], y por eso ambicionabas llevar a las inteligencias al único maestro exento de error, a Cristo, fuerza y sabiduría de Dios.

Cierta vez la misma Virgen María predijo el éxito de tu doctrina y de tus obras. Apareciéndose al que fué guía de tus primeros pasos en la vida monástica, le dijo: "Deja que brote de la fuente el agua clara y suave. Su abundancia hará que atraviese el universo para saciar a los espíritus ávidos de ciencia y de pureza; su em-

[1] *De las imágenes,* III, 3.
[2] *Dialéctica,* I.

puje detendrá las olas de la herejía y las transformará dándoles maravillosa suavidad": Y la Señora añadía que habías recibido la cítara profética y el salterio para entonar nuevos cánticos al Señor nuestro Dios, cánticos que emulen a los himnos de los Querubines [1].

De las fiestas del destierro, de la Pascua del tiempo, condúcenos a través del mar Rojo y del desierto a la fiesta eterna donde las imágenes de aquí abajo desaparecen ante las realidades del cielo, donde toda ciencia se desvanezca ante la clara visión, donde reina María tu inspiradora, tu reina y la nuestra.

28 DE MARZO

SAN JUAN DE CAPISTRANO, CONFESOR

El honor debido a los Santos. — Cuanto más la Iglesia parece acercarse a su término tanto más desea enriquecerse con nuevas fiestas que la traigan a la memoria su glorioso pasado. *Tened en la mente los días antiguos, recordad la historia de las generaciones preteritas,* decía ya Dios en la alianza del Sinaí [2], y en Israel los padres consideraban como una ley el dar a conocer a sus descendientes los relatos del pasado [3]. Tam-

[1] *Jean de Jésus, Vie de qs. Damascène,* XXXI.
[2] *Deut.,* XXXII, 7.
[3] *Ps.,* LXXVII, 5.

bién la Iglesia tiene sus anales llenos de recuerdos de las manifestaciones obradas por el poder del Esposo; mejor que los descendientes de Judá los hijos de la nueva Sión pueden exclamar mientras contemplan la serie de los siglos pasados: *Tú eres mi Rey, Tú eres mi Dios. Tú que siempre has salvado a Jacob*[1].

El peligro musulmán. — Mientras que en Oriente tenía lugar la caída definitiva de los iconoclastas, en Occidente comenzaba una guerra más terrible en la que éste debía luchar por la misma civilización cristiana. Como un torrente, el Islán había arrojado desde Asia hasta el centro de las Galias sus huestes feroces; durante más de mil años iba a disputar palmo a palmo el suelo ocupado por las razas latinas a Cristo y su Iglesia. Las expediciones enviadas en los siglos XII y XIII para atacarla en el centro mismo de su poder sólo consiguieron inmovilizarle por algún tiempo. Con excepción de España donde el combate debía acabar con el triunfo absoluto de la Cruz, viose a los príncipes, olvidados de las tradiciones de Carlomagno y de San Luis, abandonar, en provecho de sus ambiciones privadas, la guerra santa hasta que la media luna, desafiando de nuevo a la cristiandad, concibió una vez más el proyecto de conquista universal.

[1] *Ps.*, XLIII, 5.

En 1453, Bizancio, la capital del imperio de Oriente, caía en un asalto de los jenízaros turcos; tres años más tarde Mahomet II, su vencedor, ponía sitio a Belgrado, baluarte del imperio de Occidente. Parecía que Europa entera no dejaría de acudir en socorro de la plaza sitiada ya que la destrucción de este último dique significaría la devastación inmediata de Hungría, Austria e Italia; para todos los países del Oeste sobrevendría en breve una servidumbre mortal y una irremediable esterilidad del suelo y de las inteligencias.

Llamamiento del papado. — La inminencia del peligro no había tenido otro resultado que acentuar la lamentable división que hacía del mundo cristiano juguete de algunos millares de infieles. Se diría que la derrota de uno hubiera sido para muchos la compensasión de la suya propia, tanto más cuanto que de esta derrota más de uno esperaría obtener alguna indemnización como precio de la deserción de su puesto en el combate. Sólo contra todos estos egoísmos, en medio de las perfidias que se tramaban a la sombra o que se hacían públicas, el papado se mantuvo firme. Verdaderamente *católico* en su pensamiento y en su acción, en sus horas tristes o en sus momentos de alegría y de triunfo, tomó bajo su protección la causa común traicionada por los reyes. Desoído su llamamiento a los

poderosos, se volvió a los humildes y más confiada en sus plegarias al Dios de los ejércitos que en la destreza bélica, reclutó entre ellos los soldados que habían de llevar a cabo la liberación.

UN CRUZADO. — Entonces el héroe de este día, S. Juan Capistrano, temible ya desde hacía tiempo para el infierno, consumó a la vez su gloria y su santidad. A la cabeza de otros pobres y desvalidos como él, pero de buena voluntad, paisanos y gente humilde reunida por él y sus hermanos de la Observancia, el pobre de Cristo no desesperó de triunfar del ejército más fuerte y mejor dirigido, que se había visto en la tierra desde hacía mucho tiempo. En una primera tentativa, el 14 de julio de 1456, rompiendo las líneas otomanas en compañía de Juan Hunyade, el único noble húngaro que quiso compartir su suerte, se lanzó a Belgrado con el fin de poder avituallarla. Ocho días más tarde, el 22 de julio, no satisfecho con mantenerse en actitud defensiva, ante los ojos Hunyade estupefacto de esta nueva estrategia, arrojaba entre las trincheras enemigas su tropa armada de palos y horcas con la consigna de gritar el nombre de Jesús a los cuatro vientos. Era la palabra de victoria que Juan de Capistrano había heredado de su maestro Bernardino de Sena. "*Que el adversario ponga la confianza en sus caballos y en sus carros de combate; por nuestra parte invocaremos el*

nombre del Señor"[1]. Y en efecto, el nombre perennemente santo y terrible[2] salvaba una vez más a su pueblo. En la tarde de esta memorable jornada veinticuatro mil turcos cubrían el suelo con sus cadáveres; trescientos cañones, todas las armas y riquezas de los infieles estaban en manos de los cristianos; Mahomet II herido huía precipitadamente tratando de ocultar su vergüenza y poner a salvo los restos de su ejército.

El 6 de agosto llegaba a Roma la noticia de una victoria que necesariamente traía a la memoria la de Gedeón sobre los madianitas[3]. El Soberano Pontífice Calisto III ordenó entonces que todos los años la Iglesia festejaría la Transfiguración del Señor. "*Porque no era ni su espada la que había libertado la tierra ni su brazo el que los había salvado sino tu diestra y poder de tu brazo,* oh Dios, *y el resplandor de tu rostro porque te complaciste en ellos*[4] como en el Tabor en vuestro muy amado[5].

VIDA. — Juan nació en Capistrano, en los Abruzos, en 1386. Después de haber gobernado muchas ciudades abrazó la Regla de San Francisco de Asís y se esforzó en continuar la obra de San Bernardino propagando el culto de los santos nombres de Jesús y de María. Inquisidor y después Nuncio en Alemania, convirtió a

[1] *Pc.*, XIX, 9.
[2] *Ib.*, CX, 9.
[3] *Jueces*, III.
[4] *Ps.*, XLIII, 4.
[5] *Mt.*, XVII, 5.

muchos sarracenos y herejes. Promotor de la cruzada, se le debe la victoria de Belgrado en 1456. Murió poco después en Illok y Alejandro VIII le colocó en el catálogo de los santos en 1620.

Plegaria. — *¡El Señor está contigo, oh el más fuerte de los hombres! Ve con esa tu fuerza, que es tu fuerza, y libra a Israel y triunfa de Madián; sabe que soy yo quien te ha enviado*[1]. Así saludaba el ángel del Señor a Gedeón a quien escogía entre los *menores* de su pueblo para altos *destinos*[2]. Así podemos saludarte también nosotros, hijo de Francisco de Asís, mientras te pedimos que continúes protegiéndonos siempre. El enemigo que venciste en los campos de batalla no es ya temible para nuestro Occidente; el peligro está más bien donde Moisés lo señalaba a su pueblo: *Guardaos bien de olvidar al Señor vuestro Dios... no vaya a ser que después de haberos satisfecho, después de haber levantado hermosas casas, multiplicado vuestros rebaños, vuestro dinero y vuestro oro; después de haber gustado, la abundancia de todas las cosas, vuestro corazón no se eleve y no vuelva a acordarse de quien os ha libertado de la servidumbre*[3]. Si el turco hubiera triunfado en la lucha cuyo héroe fuiste, ¿dónde estaría esta civilización de la que estamos tan orgullosos? Después de ti, la Iglesia,

---

1 *Jueces*, VI.
2 *Ib.*, 15.
3 *Deuteronomio*, VIII, 11-14.

debió tomar sobre sí la obra de la defensa social que los jefes de las naciones no quisieron asumir. ¡Que el reconocimiento que la es debida preserve a los hijos de la Madre común de este mal del olvido que es el azote de la generación presente! Así mismo agradecemos al cielo el gran recuerdo que por ti hoy nos trae al calendario litúrgico, memorial de las bondades del Señor y de los hechos heroicos de los Santos. Haz que en la lucha, cuyo campo de batalla somos nosotros mismos, el nombre de Jesús ponga siempre en retirada al demonio, al mundo y a la carne; que su Cruz sea nuestro estandarte y que por ella y la muerte a nosotros mismos logremos llegar al triunfo de la resurrección.

2 DE ABRIL

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR

UN GRAN PENITENTE. — Fundador de una milicia de humildad y penitencia, San Francisco de Paula nos ofrece hoy su ejemplo y su patrocinio. Su vida fué siempre inocente y sin embargo vémosle abrazar, ya desde su primera juventud, una penitencia tan austera que parecería severo en extremo exigirla de los más grandes pecadores de hoy. Mas los derechos de la justicia divina no han perdido nada de su rigor, porque Dios no se muda y la ofensa que le han inferido nues-

tros pecados no nos será condonada sino es reparada. Los Santos han expiado toda su vida, y con la más grande austeridad, las faltas más ligeras; y sin embargo de eso ¡cuesta tanto a la Iglesia arrancar a nuestra molicie en estos días algunas de esas obras de penitencia ya mitigadas hasta el exceso!

¿Ha desaparecido la fe de nuestras almas? ¿Languidece la caridad en nuestros corazones? Sin duda, lo uno y lo otro, y la causa de ello no es otra que el amor desordenado de la vida presente, que insensiblemente nos hace perder el único mira que deberíamos tener en cuenta: el de la eternidad. ¡Cuántos cristianos de nuestros días se podrían comparar a aquel rey de Francia, que después de haber obtenido del Romano Pontífice, que S. Francisco de Paula fuese a habitar junto a él, se arrojó a los pies del servidor de Dios, para suplicarle que le prolongase la vida! Este afecto desordenado a la existencia terrena le llevamos hasta un extremo verdaderamente lastimoso. Se desprecia el ayuno y la abstinencia no porque la obediencia a la ley de la Iglesia pondría en peligro nuestra vida ni comprometería nuestra salud, pues se sabe demasiado bien que las prescripciones de Cuaresma ceden ante estos motivos, sino porque la molicie en la que se vive hace insoportable hasta la idea de una ligera privación, de una alteración en las costumbres ya introducidas. Se encuentran fuer-

zas más que suficientes para los negocios, para todos los caprichos y para los mismos placeres, y cuando se trata de dar cumplimiento a las leyes impuestas por la Iglesia en interés de las almas y de los cuerpos, todo parece imposible. Poco a poco la conciencia se va acostumbrando a estas prevaricaciones anuales que terminan por apagar en el alma del pecador hasta la idea de la necesidad en que se encuentra de hacer penitencia para salvarse.

VIDA.—Francisco nació en Paula, (Calabria), en 1437. Después de haber llevado vida eremítica durante seis años, puso los primeros fundamentos de su Orden dando a sus discípulos el nombre de Mínimos. Célebre por su austeridad, por sus virtudes y por sus milagros, fué a Francia en 1482 para preparar al rey Luis XI a morir piadosamente. El moría en Tours en 1507. León X le puso en el catálogo de los Santos en 1519.

EL ESPÍRITU DE PENITENCIA.—Apóstol de la penitencia, Francisco de Paula, tu vida fué siempre santa, mientras nosotros somos pecadores. Pero osamos recurrir en estos días a tu patrocinio para obtener de Dios que este santo tiempo no se termine sin haber producido en nosotros un verdadero espíritu de penitencia que sirva de apoyo a la esperanza que hemos concebido de nuestro perdón. Admiramos las maravillas de que estuvo llena tu vida, y ahora que estás en la gloria acuérdate de nosotros y bendice al pueblo fiel que implora tu intercesión. Por tus súpli-

cas haz descender sobre nosotros la gracia de la compunción que animará nuestras obras de penitencia. Bendice y conserva la Orden que has fundado.

4 DE ABRIL

SAN ISIDORO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

La Iglesia nos presenta hoy la apacible e imponente figura de uno de sus más santos Pontífices, Isidoro, el gran Obispo de Sevilla, el hombre más sabio de su siglo, pero más admirable todavía por las maravillas de su celo en su patria, viene hoy a animarnos con ejemplo y su intercesión.

LA "CATÓLICA" ESPAÑA. — Entre todas las provincias del cristianismo hay una que ha merecido por excelencia el nombre de "Católica": es España. Desde el comienzo del siglo VIII la Divina Providencia la sometió a una prueba terrible al permitir que los mahometanos se apoderasen de la mayor parte de ella, hecho que costó a sus hijos ocho siglos de lucha para recobrar finalmente su patria. Las vastas comarcas de Asia y Africa, que hacia la misma época sufrieron la invasión musulmana, han permanecido bajo el yugo del Islamismo. ¿A qué debe España el triunfo sobre sus opresores? ¿Por qué el sen-

timiento de la dignidad humana no se ha extinguido jamás en su pueblo? La respuesta es fácil: España, en el momento de la invasión, era católica, mientras que los pueblos que sucumbieron a la cimitarra del musulmán habían roto ya con el cristianismo por la herejía o por el cisma. Dios los dejó abandonados porque ellos habían rehusado la verdad de la Fe y la unidad de la Iglesia; por ello se dejaron avasallar sin ofrecer apenas resistencia a sus feroces conquistadores.

Una familia de santos. — Sin embargo de eso, España había corrido grave peligro. La raza goda, al someterla, había depositado en su seno la herejía. El arrianismo elevó también sus altares sacrílegos en la Península Ibérica, pero Dios no permitió, que esta tierra privilegiada, permaneciese mucho tiempo bajo el yugo del error. Antes de la llegada de los sarracenos, España se había reconciliado ya con la Iglesia; una familia tan ilustre como santa tuvo la gloria de consumar esta gran obra. El viajero que recorre en nuestros días Andalucía observa con extrañeza que, en cada uno de los cuatro ángulos de las plazas públicas, se levantan cuatro estatuas que representan a tres hermanos y una hermana: San Leandro, Obispo de Sevilla; San Isidoro, a quien festejamos hoy; San Fulgencio, Obispo de Cartagena y su hermana Santa Flo-

rentina, virgen consagrada a Dios. Por los esfuerzos del celo y de la elocuencia de S. Leandro, el rey Recaredo y todo el pueblo godo abrazaban la fe católica en el Concilio de Toledo de 589; la ciencia y el gran carácter de Isidoro consolidaron esta feliz revolución; Fulgencio la sostuvo por sus virtudes y su doctrina, mientras Florentina cooperaba a esta gran obra con el tributo de sus sacrificios y de sus oraciones.

VIDA. — San Isidoro nació en Cartagena en 560. Ya desde su juventud su vastísima ciencia le permitió combatir la herejía arriana. En 600 fué elevado a la sede de Sevilla y S. Gregorio Magno le nombró su Nuncio en toda España. Favoreció la vida monástica, levantó escuelas, reunió Concilios, escribió los libros de las Etimologías, de los Oficios Eclesiásticos y otras importantísimas obras para la disciplina cristiana, y sobre todo dió ejemplo de las más altas virtudes. Después de haber extirpado de España la herejía murió en Sevilla en 636.

ELOGIO Y PLEGARIA. — Pastor fiel, el pueblo cristiano honra tus virtudes y tus servicios y se regocija de la recompensa con que el Señor ha coronado tus méritos; séle propicio en estos días de salud. En la tierra tu vigilancia no abandonó nunca el rebaño que te fué confiado; míranos a nosotros como a tus ovejas; defiéndenos de los lobos que sin cesar nos amenazan. Que tus oraciones nos obtengan la plenitud de las gracias necesarias para acabar esta Cuaresma. Sostén nuestro valor, anima nuestro ardor; prepáranos a la celebración de los grandes misterios. Nos-

otros hemos lamentado nuestras ofensas y expiado, aunque imperfectamente, nuestros delitos; la obra de nuestra conversión ha dado un paso; ahora es necesario que se consume por la contemplación de los sufrimientos y de la muerte de nuestro Redentor.

Asístenos, oh Pontífice de Cristo; tú, cuya vida fué siempre tan íntegra, no abandones a los pecadores y escucha la oración de la Iglesia. Desde el seno de tus alegrías eternas, acuérdate también de tu patria terrena y bendice a España. Devuélvela el ardor primitivo de su fe, renueva su apego a la integridad de las costumbres cristianas. La Iglesia entera honra a este país por su fidelidad en guardar el depósito de las doctrinas de la salvación; haz que nunca decaiga y aparta de ella los males que la afligen; que sea siempre fiel y digna del nombre que tú la has ayudado a conquistar.

5 DE ABRIL

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR

EL APÓSTOL DEL JUICIO FINAL. — También hoy es España la que ofrece a la Iglesia uno de sus hijos para ser propuesto a la admiración del pueblo cristiano. Vicente Ferrer, el *Angel del juicio,* anuncia la próxima llegada del Juez soberano de vivos y muertos. Cuando, en sus días,

atravesó Europa entera en sus correrías evangélicas, los pueblos conmovidos por su elocuencia, se golpeaban el pecho, imploraban la misericordia del Señor y se convertían. Hoy el pensamiento del juicio que Jesucristo vendrá a ejercer sobre las nubes del cielo, no conmueve hasta este grado a los cristianos. Se cree en el juicio final porque es un artículo de fe, pero la espera de este día no nos infunde mucho miedo. Durante largos años continuamos nuestra vida de pecado, y, quizás alguno se convierte un día por una gracia especial de la bondad divina, pero la mayor parte de los bautizados llevan una existencia muelle sin pensar apenas en el infierno y en la reprobación y menos aún en el juicio por el cual Dios debe poner fin a este mundo.

VERDADERA Y FALSA SEGURIDAD. — No era así en los primeros siglos cristianos, como tampoco lo es en las almas verdaderamente convertidas. En ellas el amor supera al temor, pero de tal manera, que la espera del juicio de Dios está viva en el fondo de su pensamiento, y esta disposición las hace firmes en el bien que han recobrado. De seguro que estos cristianos, que todavía tienen tanto que expiar, se preocupan muy poco de cuál será su estado el día en que brille en los cielos la señal del Hijo del Hombre cuando Jesús, no ya como Redentor, sino como Juez separe las ovejas de los cabritos. Para ellos la Cuaresma es

cada año la ocasión en que dan muestras de su negligencia e indiferencia. Al ver su tranquilidad se diría que tienen el convencimiento de que aquel momento terrible no reserva para ellos ni una inquietud ni una decepción.

PRUDENTE PREPARACIÓN. — Seamos más prudentes, precavámonos contra las ilusiones del orgullo y del descuido; aseguremos con una penitencia sincera el derecho de mirar con confianza esta hora terrible, que hace temblar hasta los santos. ¡Qué alegría entonces oír esta palabra que sale de la boca de nuestro Juez: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo"![1].

Vicente de Ferrer abandona el reposo de la celda para recorrer naciones enteras que dormían en el olvido del gran día de las justicias. Nosotros no hemos oído su voz, es cierto, pero acaso ¿no tenemos el Santo Evangelio? ¿No tenemos la Iglesia que, desde el comienzo de Cuaresma, nos ha hecho leer los oráculos que Vicente de Ferrer pronunció ante los cristianos de su tiempo? Preparémonos, pues, a comparecer ante Aquel que vendrá a pedirnos cuenta de las gracias que nos ha prodigado. Si aprovechamos todos los recursos que la Santa Cuaresma nos ofrece podremos prepararnos un juicio favorable.

---

[1] *Lc.*, XI, 50.

VIDA. — Vicente nació en Valencia y a los 18 años entró en la Orden de los Hermanos Predicadores. Por su predicación y su celo convirtió a muchos herejes y musulmanes, consolidó la fe en muchas provincias y trabajó con éxito para poner fin al gran cisma de Occidente. Además de una austeridad extraordinaria dió ejemplo de todas las virtudes y obró numerosos milagros. Consumido por los trabajos y la vejez murió en Vannes en 1419, y fué canonizado por el Papa Calisto III.

EL TEMOR DEL JUICIO FINAL. — Tu voz Vicente fué verdaderamente elocuente cuando logró despertar a los hombres de su apatía y comenzaron a experimentar el saludable temor del juicio final. Nuestros padres oyeron esta voz; se convirtieron a Dios y Dios les perdonó. También nosotros estábamos dormidos cuando la Iglesia, al abrir la Cuaresma turbó nuestro sueño marcando con la ceniza nuestras frentes pecadoras y nos recordó la irrevocable sentencia de muerte que Dios pronunció sobre nosotros. A continuación de esta, el juicio particular decidirá nuestra suerte para toda la eternidad. Después, en el momento señalado en los decretos divinos, resucitaremos para asistir al más solemne de los juicios. Ante la totalidad del género humano, nuestras conciencias serán descubiertas y nuestras buenas y malas acciones manifestadas en público para tener lugar inmediatamente la nueva promulgación de la sentencia que hayamos merecido: Pecadores, ¿cómo soportaremos

entonces la mirada del Redentor, Juez incorruptible? ¿Cómo podremos sufrir la vista de nuestros semejantes, cuyos ojos penetrarán en todas las indignidades de nuestra vida? Y sobre todo, ¿cuál de las dos sentencias que los hombres oirán pronunciar sobre ellos habremos merecido? Si el que entonces ha de ser nuestro juez la pronunciase ahora mismo, ¿nos colocaría entre los *benditos de su Padre,* a la derecha, o entre los *malditos,* a la izquierda?

PLEGARIA. — Nuestros padres, oh Vicente, se sobrecogían de temor cuando oían dirigírseles estas preguntas. Hicieron sincera penitencia de sus pecados y después de haber recibido el perdón del Señor desaparecieron sus inquietudes para dar lugar a la confianza. ¡Angel del juicio de Dios!, ruega a fin de que este saludable temor se apodere también de nosotros. Dentro de pocos días nuestros ojos verán al Redentor subir al Calvario encorvado bajo el peso de la Cruz y le oiremos decir a las hijas de Jerusalén: "No lloréis sobre mí sino sobre vuestros hijos, porque si a la leña verde se la da este trato ¿qué se hará con la seca"? Ayúdanos a aprocharnos de esta advertencia. Nuestros pecados nos han reducido a la condición de este leño muerto que sólo es ya apto para el fuego de las venganzas divinas; por tu intercesión une de nuevo al tronco estas ramas desgarradas para que vuel-

van a la vida y la savia circule una vez más por ellas. Amigo de las almas, ponemos en tus manos la obra de nuestra reconciliación con Dios. Ruega también por España que te dió la vida y la fe, la profesión religiosa y el sacerdocio; mas acuérdate también de Francia, tu segunda patria, evangelizada con tantas fatigas, pero también con tanto éxito, y de Bretaña, que guarda religiosamente tus restos sagrados. Fuiste nuestro apóstol en tiempos de desgracia, pero los días que atravesamos son más tempestuosos todavía; dignaos desde lo alto del cielo mostrarte siempre nuestro fiel protector.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ACLARAN EL AÑO LITURGICO DE DON GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

FLORILEGIO

TEXTOS LITÚRGICOS Y PATRÍSTICOS QUE ACLARAN EL AÑO LITÚRGICO DE DON GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

PLAN DEL FLORILEGIO

(Las cifras se refieren a los números y no a las páginas)

gia romana (19); Liturgia mozárabe (20). *El socorro de los ángeles de Dios:* Liturgia romana (21).

Las armas de la penitencia. —Liturgia romana (22); Liturgia ambrosiana (23); Liturgia griega (24); Sermón de S. León (25). *La alegría de la penitencia:* Liturgia griega (26); Liturgia romana (27). *El temor de Dios y las lágrimas de la compunción:* Liturgia griega (28); Liturgia mozárabe (29). *El ayuno y la pureza de corazón:* Liturgia romana (30); Liturgia griega (31); Liturgia mozárabe (32). *La limosna:* Liturgia romana (33). *La palabra divina:* Liturgia romana (34); Liturgia ambrosiana (35). *La vela, la meditación, la oración del penitente:* Liturgia romana (36); Liturgia ambrosiana (37); Liturgia griega (38); Oración de Manasés (39).

Las primicias de la victoria. —*La paciencia, la esperanza, la victoria ya alcanzada:* Liturgia romana (40); Liturgia mozárabe (41); Liturgia griega (42). *Hacia la iluminación pascual: El don de la fe y el bautismo:* Homilía de S. Agustín (43); Liturgia ambrosiana (44); Liturgia mozárabe (45).

Conclusión. —*Homilía de S. Gregorio* (46).

El presente florilegio comprende los textos referentes al ciclo del tiempo, desde Septuagésima hasta el Sábado Santo, siguiendo el orden mismo del volumen. Los que en el tiempo de Pasión y Semana Santa se refieren al misterio pascual propiamente dicho, se han dejado para el volumen siguiente.

LA SANTA CUARESMA, DON DE DIOS

INTRODUCCIÓN

TIEMPO PROPICIO PARA BUSCAR A DIOS

He aquí el tiempo favorable, he aquí los días de salud. *(II Cor.*, 6, 2.)

Liturgia griega

1

Las puertas de la sagrada penitencia están abiertas; entremos con diligencia; purifiquemos nuestros cuerpos absteniéndonos del alimento y refrenando nuestras pasiones. Cristo ha llamado al mundo al reino celestial: nosotros, sus súbditos, presentemos al Rey de todas las cosas, el tributo anual para que, con amor intenso, podamos contemplar también su resurrección. *(Lunes de la Tyrophagia, Orthros, 2.ª sticología,* ed. rom., Triode, p. 45.)

Liturgia mozárabe

2

He aquí que ya están cerca estos días de salvación que una vez más nos trae el curso del año y durante los cuales nos esforzamos en buscar remedio a nuestras malas obras por el trabajo de una saludable abstinencia. Como dice el Apóstol: He aquí el tiempo favorable, he aquí el día de la salud. En estos días ofrecemos al alma ávida el remedio espiritual y el

mal, que por engañosa delectación produce la úlcera del pecado, es desarraigado del alma. La misericordia divina se dispone a levantarnos a nosotros, que por una funesta costumbre estábamos inclinados a caer sin cesar; por lo mismo será necesario que dirijamos nuestros esfuerzos hacia lo alto. Veamos, pues, con alegría llegar esos días y ello nos merecerá ser libertados de nuestros pecados y tener parte en la felicidad de los elegidos. (*Domingo ante carnes tolendas, illatio. P. L.* 85, 285.)

Los días de la sagrada Cuaresma están ya cerca; oremos a Dios, amados hermanos, prosternados con el cuerpo y con el espíritu. Ciertamente todo tiempo de nuestra vida debe el alma entregarse a las obras de Aquel cuya imagen hemos recibido y, por lo tanto, el ejemplo de los Padres nos demuestra la necesidad de una observancia particular durante estos días y ellos mismos nos han propuesto sus palabras y sus acciones para que las imitemos. El primero es Moisés, el legislador, quien en cuarenta días subió la elevada montaña. Su único alimento era la palabra de Dios que salía de su boca. El segundo es Elías, el profeta, que sostenido por un solo bocado, purificó durante cuarenta días las altas montañas donde mereció oír de la sagrada boca el anuncio de la salvación de Israel; el tercero es Nuestro Señor Jesucristo que sepultándose durante cuarenta días en el silencio del desierto, echó por tierra las artimañas del demonio. Instruídos por su ejemplo pongamos manos a la obra; arrojemos lejos de nosotros, durante estos cuarenta días, la levadura de la maldad, para merecer ser encontrados ázimos de pureza y de verdad. (*Misa de initio quadragesimae.* D. Férotin, *Le Liber mozarabicus sacramentorum,* París, 1912, 151, 318.)

EL MISTERIO DE LOS DOS ADANES

Como por el pecado de un solo hombre la condenación se ha extendido a todos los otros, así por la justicia de uno solo llegó a todos los hombres la justificación que engendra a la vida. *(Rom., 5, 1.)*

LA TENTACIÓN Y EL PECADO ORIGINAL

Liturgia romana 3

En el principio Dios creó el cielo y la tierra y sobre esta formó al hombre a su imagen y semejanza. Dios hizo al hombre del barro de la tierra e inspiró sobre ella un soplo de vida; a su imagen y semejanza. *(Brev. rom., domingo de Septuagésima, maitines, primer responsorio.)*

El Señor Dios dijo: No es bueno al hombre que esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. Pero Adán no encontraba una ayuda semejante a sí; dijo Dios entonces: Hagámosle una ayuda semejante a él. *(Ibíd., responsorio quinto)*.

Había plantado el Señor Dios al principio un jardín de delicias en el que puso al hombre que había creado. Y el Señor Dios hizo brotar al suelo toda clase de árboles hermosos a la vista y agradables al paladar; en medio del paraíso estaba también el árbol de la vida; donde puso al hombre que había creado. *(Ibíd., responsorio séptimo)*.

El Señor Dios dijo a Adán: No comas del árbol que está en medio del paraíso; si comes morirás. Dios le dió esta orden: Come de todos los árboles del paraíso, pero no comas del árbol de la ciencia del bien y del mal; si un día comes morirás. *(Ibíd., monástico responsorio octavo)*.

Comerás el pan con el sudor de tu frente, dijo el Señor a Adán; cuando trabajes la tierra no te dará sus frutos sino espinas y zarzas. Porque has escuchado la voz de tu esposa y comido del árbol del que te había mandado abstenerte, la tierra será ingrata a tu trabajo y sólo te dará espinas y zarzas. *(Ibíd., responsorio 12.)*

4 *Liturgia griega*

Por haber traspasado el precepto del Señor y gustado en su intemperancia un manjar amargo, Adán fué expulsado del jardín de delicias, condenado a cultivar la tierra de la que había sido formado y a comer el pan con el sudor de su frente. Así, pues, nosotros aspiremos a la templanza, por el temor de vernos reducidos como él a llorar y lamentarnos, expulsados del paraíso y merecemos ser admitidos en su seno. *(Domingo de la Tyrophagia, Orthros, Oda tercera,* ed., rom., Tr. p. 163.)

Dios, cuya mano me ha formado, me ha condenado a volver a la tierra; ¿quién no llorará mi suerte? arrojado lejos de Dios, en lugar del Edén, he recibido el Hades. *(Id., Oda quinta, Ibíd.,* p. 104.)

El enemigo de los hombres ha envidiado la felicidad de mi morada en el paraíso y en la forma de serpiente me ha hecho caer, arrebatándome la gloria eterna. *(Ibíd.)*

La serpiente mentirosa, envidiando mi gloria, ha dejado caer en los oídos de Eva su perfidia; heme aquí,

ay, desterrado de la morada de la vida. *(Id., Oda tercera, ibíd.,* p. 102).

En lugar de la gloria que me cubría sólo tengo ahora un ropaje de ignominia. Lloro mi caída, oh Salvador, y con fe alzo mi voz hacia Ti; Dios de bondad, no me desdeñes, recíbeme. *(Id., Oda séptima, ibíd.,* página 105).

He imitado la prevaricación del primer hombre, Adán, me he encontrado desnudo, despojado de Dios a causa de mis pecados, privado del reino eterno y de sus alegrías. *(Jueves de la 5.ª de Cuar., canon de Andrés de Creta, Oda primera, ibíd.,* p. 463.)

¡Ay de ti, alma miserable, que te has hecho semejante a la primera Eva! Tus ojos vieron mal y has sido herida cruelmente; pusiste la mano en el árbol y fuiste arrastrada a gustar el fruto peligroso. *(Ibíd.)*

Llora tus delitos, alma infortunada, acuérdate hoy de la desnudez que, en el Edén, te privó de las delicias de los goces eternos *(Dom. de la Tyroph., Orthros, Oda primera, ibíd.,* p. 102.)

Lloradme, coros angélicos y vosotros también árboles del Paraíso que sois su hermosura y su gloria, porque, miserable de mí, ando errante lejos de Dios. *(Id., Oda cuarta., ibíd.,* p. 103.)

Dios del universo, Señor misericordioso, dirige una mirada benévola a mi humillación, no me rechaces lejos del divino Edén. Séame permitido, en consideración a las bellezas que he perdido, percibir nuevamente un día, por mis lágrimas, los beneficios de que he sido privado. *(Id., Oda nona, ibíd.,* p. 106.)

Paraíso bendito, belleza incomparable, tabernáculo erigido por la mano del Altísimo, gozos y delicias sin fin, gloria de los justos, regocijo de los profetas, habitación de los santos, suplica con el ruido de tus hojas al Creador del universo que me abra las puertas que yo cerré con mi trasgresión; que me haga digno

de participar del árbol de la vida y del gozo que yo experimenté en ti en otro tiempo. *(Id., Visp. del Sábado, 3 er., stich., ibíd.,* p. 100.)

A mí desgraciado me ha sido quitado el vestido tejido por manos divinas, a mí que, por el engaño del enemigo, he violado tu mandato, Señor; y ahora héme aquí cubierto con hojas de higuera y con túnicas de pieles. He sido condenado a comer a costa de mis sudores pan de miseria; la tierra no produce ya sino abrojos y espinas. Pero Tú que, en los últimos tiempos te has encarnado en una Virgen, llévame al Paraíso. *(Id., 2 e. Stich., ibíd.)*

MARÍA, NUEVA EVA

5 *Liturgia griega*

Virgen, Madre de Dios, hija de Adán por la sangre, pero Madre de Dios por la gracia, llámame ahora al Edén de donde he sido alejado. *(Dom. de la Tyroph., Orthros, Oda primera, theotokion,* edic. rom., Tr. p. 102.)

Te cantamos oh María, tabernáculo luminoso del Dios encarnado, llena de la gracia de Dios. Soy presa de las tinieblas espantosas de mis pasiones; ilumíname, luz de misericordia, esperanza de los desesperados. *(Id. Oda octava, ibíd.,* p. 106.)

Te cantamos nosotros tus fieles, oh Madre de Dios inmaculada, morada mística de gloria; dígnate hacerme partícipe de las alegrías del Paraíso a mí que tuve parte en la caída. *(Id. Oda quinta, ibíd.,* p. 104.)

Virgen venerable mi esperanza y protección, sola tú, por tu alumbramiento, vestiste la desnudez del Adán caído; oh purísima, revísteme de un vestido de incorruptibilidad. *(Id., Oda tercera, ibíd.,* p. 103.)

Puerta de la vida, Virgen inaccesible y espiritual, Madre de Dios que no conoció varón, ábreme por tus oraciones las puertas antes cerradas de este paraíso y

te glorificaré a ti, que, después de Dios has sido mi socorro y me has asegurado un refugio. *(Id., Oda nona, ibíd.,* p. 107.)

EL COMBATE VICTORIOSO DE CRISTO

Liturgia griega 6

Por tus sufrimientos nos concedes la impasibilidad, oh amigo de los hombres, y por tu cruz dominas las pasiones de la carne; danos contemplar tu santa resurección, oh Señor, a nosotros, que, por el ayuno, damos gracias a tu gloria a fin de recibir tu gran misericordia. *(Viernes de la primera semana de cuaresma, Orthros, kathisme,* edic. rom., Tro., p. 196.)

Me abandono a tu gran misericordia, oh Cristo Salvador, y me refugio en la sangre de tu divino costado. por tu sangre santificaste la naturaleza humana y abriste de nuevo, oh Dios, bondadosísimo, a aquellos que te sirven, las puertas del Paraíso en otro tiempo cerradas a Adán. *(Domingo de Tyroph., Orthros, Oda nona, ibíd.,* p. 107.)

Liturgia mozárabe 7

Digno y justo es que te demos gracias, Dios omnipotente y eterno, por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor. Por el ayuno obtuvo del diablo un triunfo glorioso y con su ejemplo enseñó a sus soldados el arte de combatir. El, el Dios y Señor de todos, ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches, a fin de mostrar que, verdadero Dios, había tomado la verdadera naturaleza del hombre perdido por la gula.

Viene el diablo a atacar al Hijo de la Virgen, pero ignora que tiene que habérselas con el Hijo único de Dios. En su astucia consumada, espera reducir al segundo Adán sirviéndose de los mismos artificios que usó para derribar al primero; pero su plan sale frus-

trado; ninguna de sus tentaciones llega a engañar a tan terrible adversario. Jesús ayunó cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre, El que, durante cuarenta años había alimentado con pan celestial a una multitud innumerable. El fué quien por su propio poder combatió al diablo, príncipe de las tinieblas y, habiéndole derribado, llevó con honor hasta los cielos el trofeo de su victoria. *(Misal, quinta semana de cuaresma, viernes, illatio,* FEROTIN, 207, 477.)

Digno y justo es darte gracias Padre omnipotente, por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor, en quien el príncipe de la muerte nada encontró que fuese suyo y a quien siempre vió ayunar, con ayuno saludable, para hacerse prototipo de justicia de quienes quieren vivir en continencia y sobriedad. El nos enseñó a rechazar a los espíritus malignos por el ejercicio del ayuno y de las oraciones espirituales. Por eso tembló la tierra cuando fué crucificado; no vió la corrupción cuando murió; por eso el mundo creyó en El, en su resurrección; el ejército celestial le adoró en su ascensión y la voz de los ángeles anunció su venida. *(Id., primera semana de cuaresma, illatio del miércoles,* FEROTIN, 160, 340.)

Señor, sin ti no podemos ni vencer ni salvarnos; trabaja por nosotros y en nosotros a fin de que imitemos no al Adán que sucumbió en el Paraíso sino al que venció en el desierto, que es el mejor. Pues considerando más bien el beneficio que el tiempo, fué el segundo quien por el sacrificio se hizo el primero. *(Id., viernes, Missa, ibíd.,* 162, 345.)

Es verdaderamente santo y glorioso nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, restaurador de la vida eterna, redención de la fragilidad humana. Con el rigor de la abstinencia ha conducido a la salud de la vida eterna a nuestra carne mortal que por la gula del primer hombre había sido herida de muerte. *(Id., segunda semana de cuaresma, lunes, post sanctus, ibíd.,* 172, 368.)

Glorificado seas, Señor, por el deseo de tu Unigénito, pues su naturaleza humana ha salvado con la humildad y la obediencia lo que ADÁN había perdido con su orgullo. Practiquemos, pues, la penitencia para poder celebrar la solemnidad de tus fiestas. (*Breviario, tercera semana de cuaresma, miércoles, sexta;* or. I. P. L. 86, 411.)

EL ITINERARIO DEL PUEBLO DE DIOS, LA IGLESIA

La porción del Señor es su pueblo; Jacob el lote de su heredad. Le halló en la tierra desierta, en un lugar de horror y de inmensa soledad. Le rodeó y enseñó, le guardó como la niña de sus ojos. *(Deut.,* 32, 10.)

LOS TIEMPOS Y LAS EDADES DEL MUNDO, DIOS SE ESCOGIÓ UN PUEBLO

8 *Homilía de San Ambrosio.*

Dios dijo a Abrahán: Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre. Abrahán fué un hombre tan grande y tan ilustre por el brillo de sus numerosas virtudes que ni aún en deseos ha podido jamás igualarle la filosofía. Lo que ésta inventa está muy por debajo de lo que él hizo y la fe sencilla y verdadera aventaja a la hinchada ficción de la elocuencia. Consideremos, pues, lo que fué la devoción en este hombre; esta virtud ocupa el primer puesto en cuanto que es fundamento de las otras y con razón se la exigió Dios la primera diciendo: *Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre*[1]. Hubiera bastado con decir: Sal de tu país; era en efecto salir de su parentela y de su casa paterna; pero Dios añade esos detalles para

[1] *Gén.,* 12, 1.

probar el afecto de Abrahán para que no pareciese haberse obligado imprudentemente, ni pidiera sustraerse a las órdenes del cielo. Así como convenía acumular preceptos para que nada quedase oculto, así también convenía mostrarle los premios para que no desesperase.

Fué tentado como fuerte, invitado como fiel, llamado como justo. Y con razón salió como Dios le había dicho. Y Lot partió con él. Las sentencias de los siete sabios hacen un gran elogio de lo que cumplió Abrahán: Ἕπου Θεῷ, es decir: sigue a Dios. Con sus hechos se anticipa a los dichos de los sabios y siguiendo a Dios salió de su país. Pero antes había tenido otra tierra, la región de los Caldeos, de donde había salido Thare, su padre, para emigrar a Harán. Por otra parte, llevó consigo a su sobrino siendo así que le había dicho: sal de tu parentela. Veamos, si salir de su país, de esta tierra, no significa más bien salir de la tierra de nuestro cuerpo de esta residencia de la que salió S. Pablo que dijo: *Nuestra ciudadanía está en los cielos* [1]: salir de las concupiscencias y de los placeres de nuestro cuerpo que son para nuestra alma como su parentela, ya que se ve obligada a compartir con el cuerpo todo el tiempo que permanece unida a él. Debemos pues, salir de nuestro estado terrestre, de los placeres mundanos y también de los actos y costumbres de la vida pasada; de suerte que no cambiemos solamente de lugar sino que nos mudemos a nosotros mismos. Si queremos adherirnos a Cristo, huyamos de las cosas perecederas. Ahora bien, lo perecedero en nosotros es el cuerpo, el placer, la voz tentadora de la carne: esas voces son las mismas pasiones. Nuestra alma es en efecto διμερής, es decir: compuesta de dos partes, racional la una e irracional la otra, porque está dividida por la carne, el atractivo de los placeres y todas las demás pasiones de

[1] *Philipp.*, III, 20.

nuestro cuerpo. Por eso el hombre justo debe separar la parte racional de su alma y ponerla aparte.

He aquí lo que significa partir de Harán; es salir de una caverna, de un subterráneo, de una madriguera. Lo propio de una conciencia culpable es buscar donde ocultarse. Nosotros, pues, siguiendo a Abrahán salgamos de nuestros escondrijos. Si somos hijos de Abrahán, hagamos las obras de Abrahán, a fin de que nuestras acciones brillen delante de Dios y de los hombres. El justo manifiesta sus obras al rey, el pecador se oculta como Adán deseaba ocultarse sin conseguirlo. Así obedeció Abrahán la orden sin que interpusiera tardanza alguna. *(S. Ambrosio primer libro sobre Abrahán,* c. 2, 3, P. L. 14, 442 s.; *cf. también Brev. rom., domingo de Quincuagésima, segundo nocturno de Maitines.)*

Oh alma mía, sal de Harán, la tierra del pecado y entra en la tierra que heredó Abrahán donde fluye una eterna incorruptibilidad. *(Lit. griega, jueves de la quinta semana de Cuaresma, Orthros, Oda tercera,* ed. rom., Tr., p. 469.)

LA CAUTIVIDAD DE LOS SETENTA AÑOS, JERUSALÉN Y BABILONIA, EL RETORNO

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos acordándonos de Sión. *(Ps.,* 136, 1.)

¿Quién procurará de Sión la salvación de Israel? Cuando el Señor mudare la suerte de su pueblo, Jacob se alegrará y se regocijará Israel. *(Ps.,* 13, 7.)

9 *Liturgia galicana*

Después de haber sufrido el yugo de Faraón, después de haber arrastrado las cadenas de la cruel Ba-

bilonia, que el hombre libertado busque la Jerusalén celeste, su patria. Huyamos de este destierro y busquemos un asilo junto al Hijo de Dios; la mayor gloria para un siervo es llegar a ser coheredero de su amo. Señor, sé nuestro guía en esta vida; acuérdate que somos tus ovejas por las cuales, Tú, su pastor, diste la vida y afrontaste la muerte. *(Himno, Dies absoluti praetereant,* str. 3, 5; DANIEL, *Thesaurus hymnologicus,* 1841, I, 235, IV, 179.)

Liturgia mozárabe 10

Si te olvido, Jerusalén, que mi diestra se olvide de mí. Que mi lengua quede pegada a mi paladar, si no me acuerdo de ti, si no hago de Jerusalén la causa de mi alegría. Oh Señor que aseguraste la paz a Jerusalén, da al pueblo creyente la plenitud de tu paz. Ella nos conduzca a la inmortalidad y nos posea en la vida eterna. Señor, Tú quieres saciarnos con la flor de trigo; permítenos pues, gozarte en la plena luz de la verdad a Ti a quien ahora no vemos sino obscuramente. *(Brev., tercera semana de cuaresma, sexta, tercera aña.,* y or., P. L. 86, 437 s.)

Señor Redentor nuestro, pon fin a la cautividad a que nos ha reducido el enemigo contra nuestra voluntad. Líbranos a los que estamos sentados junto a los ríos de nuestra vergüenza llorando humildemente, y nos levantaremos de nuevo; que los deleites pasajeros no nos arrastren al abismo sino que la humildad de nuestras lágrimas nos conduzca a los cielos. *(Id., tercia, segunda* or., P. L. 86, 436.)

Sermón de Ivo de Chartres sobre la Septuagésima 11

Sepamos, carísimos, que mientras estamos en este mundo viajamos por tierra extraña lejos del Señor. *(II Cor.,* 5), y cada día debemos llorar los males de este destierro y suspirar con todo ardor por la patria eterna. Pero como la Iglesia, dada la abundancia de sus

misterios, no puede celebrar cotidianamente este de nuestro destierro, ha instituído especialmente estos setenta días como tipo del tiempo universal, para que reparemos en nuestro espíritu, por medio de cánticos y santas lecturas, el triste destino de la raza humana. Y así atraerá nuestra atención la tristeza de nuestro estado mortal y lo lloraremos todos los días. En el Introito de hoy la Iglesia deplora la muerte debida a la trasgresión de nuestro primer padre, y se lamenta en medio de los dolores de nuestra vida caída: *me rodearon gemidos de muerte, me pusieron cerco los dolores del abismo*. Para expresar esta misma idea, desde hoy hasta Pascua suprimimos la exclamación tan frecuente del *Alleluia* sustituyendo esa palabra hebrea por otra latina: Alabanza a Ti, Señor, Rey de la eterna gloria. Así como la Jerusalén terrestre es imagen de la patria celestial, así el *Alleluia* de la antigua ciudad santa representa el canto de los elegidos en la Jerusalén celeste, nuestra Madre: *Bienaventurados, Señor,* —dice el salmo—, *los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán*. La fórmula latina representa para nosotros el viaje de nuestro destino, puesto que con ella alabamos a Dios en nuestra peregrinación hacia la ciudad celeste.

Con este símbolo de los setenta días concuerda el de los setenta años durante los cuales los habitantes de la Jerusalén terrestre estuvieron cautivos del rey de los Asirios y guardados en la esclavitud.

No pudiendo celebrar las alabanzas de Dios según los usos de su patria, lloraban las desgracias del destierro. Es lo que había ya previsto el salmista cuando cantaba como de un suceso pasado: *Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión. De los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras* [1].

---

[1] *Ps.*, 136, 1.

Asiria significa "orgullo"; Babilonia "confusión"; Jerusalén "visión de paz". Por consiguiente el rey de los Asirios (es decir de los orgullosos), rey al mismo tiempo de los babilonios (es decir de aquellos que viven en el desorden) es el diablo. Oprime bajo el yugo tiránico de su esclavitud a los hijos de la paz, al pueblo que aspira a la visión de lo alto; y cuanto prevalece sobre ellos retarda su vuelta y entrada en la ciudad. De esta servidumbre dice la Escritura: *Un yugo pesado oprime a los hijos de Adán desde el día en que salen del seno de su madre hasta el día en que vuelvan al seno de la madre común* [1]. Detenidos, pues, por los lazos de esta esclavitud, y sentados junto a los ríos de Babilonia, si no nos dejamos sumergir por la concupiscencia pasajera de este mundo, lloremos al menos porque somos desgraciados y suspiramos sin cesar por la eterna visión de lo alto. Por eso dice el Apóstol: *Hasta ahora la creación entera gime y siente dolores de parto* [2]. Y nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos, esperando la adopción de hijos y la redención de nuestro cuerpo. Y esa creatura que gime es nuestra alma que, de la corrupción del pecado, ha sido nuevamente creada a imagen de Dios. Gime dentro de sí misma por la vanidad que la domina y, como la mujer que da a luz, se siente atormentada por la gran inquietud de permanecer por tanto tiempo alejada de la patria. Estos mismos dolores experimentaba el salmista cuando decía: *Ay de mí que se ha prolongado mi destierro* [3]. Y el mismo Apóstol que entre los miembros de la Iglesia fué uno de los primeros en recibir al Espíritu Santo, deseando poseer en la realidad lo que ya tenía por la esperanza, sentía también dolores de parto cuan-

---

[1] *Eccli.*, 40, 1.
[2] *Rom.*, 8, 22.
[3] *Ps.*, 119, 5.

do exclamaba: *Tengo prisa por abandonar este cuerpo y estar con Cristo*[1].

Así pues, cansados de los males de Babilonia y animados del deseo de la ciudad de arriba colguemos nuestras cítaras en los sauces. Y lo haremos absteniéndonos de predicar las alegrías del reino a aquellos que nos oprimen porque se hallan radicados en las pasiones del mundo, o a aquellos, sobre todo, que desprecian la gracia divina, para que no parezca que damos las perlas a los puercos y a los perros las cosas santas. Los cautivos responden pues a sus opresores: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extranjera?*[2]. La tierra extranjera es esa multitud de réprobos que no caminan hacia la ciudad celeste y que, como los puercos pisotean descuidadamente las perlas, es decir, la luminosa palabra divina, o que, como los perros, enemigos de las cosas santas, las discuten con mala fe.

Después de haber dicho algunas palabras acerca de nuestra cautividad y de los dos sentidos que es preciso atribuirla, veamos ahora brevemente, por qué el número de setenta ha sido escogido como figura del tiempo universal. Toda nuestra vida presente se desarrolla según ese ciclo de siete días que nos liga por los diez preceptos del decálogo. Y cuando durante toda nuestra vida observamos los diez mandamientos de la ley, es como si multiplicásemos diez por siete y como si cumpliésemos el número total de setenta. Apliquémonos pues, durante estos días, más especialmente y con mayor instancia, a lo que debemos hacer en todo tiempo; reanudar nuestros gemidos y lágrimas para volver por la compunción de nuestro corazón y por nuestras lágrimas a la patria de donde descendimos por una delectación mortal. Encontraremos entonces nuestro *Alle-*

---

[1] *Phil.*, I, 23.
[2] *Ps.*, 136, 5.

luia interrumpido, y alabaremos a Dios eternamente con los ciudadadanos del cielo. Es lo que significan para todos, los cincuenta días de la resurrección del Señor que celebramos en cada canto con el *Alleluia* repetido sin cesar. Lloremos mientras vamos caminando para alegrarnos en la patria. Que la dulzura de las cosas de Dios y la hermosura de su casa nos haga amargos los bienes de este mundo. Cuanto más amemos la patria celestial tanto más perteneceremos a ella. Echemos una mirada retrospectiva sobre el estado de nuestra vida para conquistar el premio de nuestra vocación celeste. Soportemos sin desfallecer el peso del día y del calor, cualquiera que sea la hora en que fuimos conducidos a la viña del Señor, a fin de que a la tarde no nos veamos privados del denario del día. Porque el Señor tiene dicho: *Quien persevere hasta el fin se salvará* [1]. No seamos viajeros insensatos que olvidando su patria, prefiriendo el destierro nos detengamos en el camino. No seamos de esos insensatos que, en medio de sus dolores y de su mortal fragilidad, ignoran su dolor y no buscan tampoco un remedio. Se desesperan generalmente de aquellos enfermos que no sienten ya su enfermedad. Corramos pues al médico de la salud eterna. Mostrémosle nuestras heridas por una humilde confesión y clamemos en nuestro corazón: *Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo. Sáname porque tiemblan todos mis huesos* [2]. Y así nuestro médico perdonará nuestras iniquidades, sanará nuestra enfermedad y colmará nuestros deseos. *(Sermón 12 de Septuag.* P. L. 162, 577 s.)

---

1 *Mat.,* 24, 13.
2 *Ps.,* 6, 3.

LLAMAMIENTO DEL PROFETA AL ARREPENTIMIENTO Y A LA PENITENCIA

12 *Liturgia romana*

Os he guiado a través del desierto durante cuarenta años, Yo, el Señor, y vuestros vestidos no se han gastado; hice llover sobre vosotros el maná del cielo, y vosotros me habéis olvidado, dice el Señor. Os saqué de la tierra de Egipto y os libré de la casa de servidumbre; hice llover sobre vosotros el maná del cielo y vosotros me habéis olvidado. (*Brev. monast., cuarto domingo de cuaresma,* responsorio 12 de maitines.)

13 *Liturgia ambrosiana*

Venid, convertíos a mí, dice el Señor. Venid, derramemos lágrimas delante de Dios porque hemos descuidado nuestras almas y por causa nuestra la tierra está en la iniquidad y se han conmovido sus bases. Anticipémonos a la cólera de Dios. Lloremos y digamos: Tú que quitas los pecados del mundo ten piedad de nosotros. (*Misa, Quinquag. Transitorium, ed,* típica, 1902.)

El Señor Dios dice: Habla a todo el pueblo de la tierra y a los sacerdotes diciendo: cuando hace setenta años ayunasteis el quinto y el séptimo mes, ¿ayunasteis por mí? Y cuando coméis y bebéis ¿no sois vosotros los que coméis y bebéis? ¿No son éstas las palabras que proclamó el Señor por mano de los profetas antiguos cuando Jerusalén estaba habitada y tranquila y habitadas las ciudades de su alrededor, el mediodía y el llano?

La palabra del Señor fué dirigida a Zacarías en estos términos: Así habla el Señor de los ejércitos; guardad justicia conforme a la verdad, practicad la misericordia y la beneficencia cada uno hacia su prójimo. No oprimáis a la viuda y al huérfano, al extranjero y

al pobre, y no meditéis el mal unos contra otros en vuestros corazones.

Mas ellos no quisieron escucharme, se hicieron hombres rebeldes y endurecieron sus oídos. Hicieron su corazón duro como el diamante para no escuchar la ley y las palabras que el Señor de los ejércitos les dirigía por medio de sus antiguos profetas, y estalló la gran indignación del Señor de los ejércitos. Así como El los llamaba y no quisieron escucharle, así llamaron luego ellos y El no les escuchó, dice el Señor de los ejércitos.

Yo les disperso entre todas las gentes que ellos no conocen y tras ellos la tierra ha quedado devastada. Ya no hay quien vaya y quien venga; y ha tornado en desierto una tierra de delicias. La palabra del Señor de los ejércitos fué dirigida a Zacarías diciendo: así habla el Señor de los ejércitos: siento por Sión un amor inmenso, un extremado celo. Así habla el Señor de los ejércitos: me he vuelto hacia Sión y habitaré en Jerusalén. Y Jerusalén será llamada la ciudad fiel y el monte del Señor de los ejércitos, monte santo dice el Señor omnipotente. *(Zach.*, 7, 4-8; id., lectura.)

Cántico de Moisés[1] 14

Alabanza y grandeza de Dios

Escuchad, cielos, y hablaré,
y oiga la tierra las palabras de mi boca.
Caiga a gotas como la lluvia mi doctrina.

[1] El uso litúrgico del cántico del Deuteronomio *(Deut,* 32, 1-43) ha sido reservado tanto en Oriente como en Occidente, para los tiempos de penitencia. En la Iglesia griega forma parte del Canon del Orthros constituyendo su segunda Oda: esta última se suprime en el trascurso del año y no se encuentra sino en Cuaresma. En la Iglesia latina era el cántico de los laudes del sábado; actualmente solo se dice en los sábados de Cuatro Témporas, en las vigilias y desde Septuagésima hasta el fin de Cuaresma. Los subtítulos que hemos puesto subrayan los elementos esenciales de la ascética cuaresmal. En la traducción hemos seguido la versión *Nácar-Colunga,* TT.).

Destile como el rocío mi discurso,
como la llovizna sobre la hierba,
como las gotas de la lluvia sobre el césped,
porque voy a celebrar el nombre de Yavé:
Dad gloria a nuestro Dios.
El es la roca. Sus obras son perfectas,
todos sus caminos son justísimos;

Anuncio de los pecados de los hombres

Es fidelísimo y no hay en El iniquidad;
es justo, es recto.
Indignamente se portaron con El sus hijos,
generación malvada y perversa.
¿Así pagas a Yavé,
pueblo loco y necio?
¿No es El el Padre que te crió,
El que por sí mismo te hizo y te formó?
Trae a la memoria los tiempos pasados,
atiende a los años de todas las generaciones;
pregunta a tu padre y te enseñará;
a tus ancianos, y te dirán:

Llamamiento de los beneficios de Dios

Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gen-
cuando dividió a los hijos de los hombres, [tes,
estableció los términos de los pueblos,
según el número de los hijos de Dios,
pues la porción propia de Yavé es su pueblo,
su lote hereditario es Jacob.
Le halló en tierra desierta,
en región inculta, entre aullidos de soledad;
le rodeó y le enseñó,
le guardó como a la niña de sus ojos.
Como el águila, que incita a su nidada,
revolotea sobre sus polluelos,
así El extendió sus alas y los cogió.
Y los llevó sobre sus plumas.

Solo Yavé le guiaba;
no estaba con El ningún dios ajeno.
Le subió a las alturas de la tierra;
le nutrió de los frutos de los campos,
le dió a chupar la miel de las rocas
y aceite de durísimo sílice.
La nata de las vacas y la leche de las ovejas
con la grosura de los corderos y de los carneros,
de los toros de Basán y de los machos cabríos,
con la flor de trigo;
bebiste la sangre de la uva, la espumosa bebida.

Infidelidad e ingratitud del pueblo

Comió Jacob y se hartó,
y engordó Jesurún, y tiró coces,
engordaste, te cebaste, te hinchaste.
Y volvió las espaldas a Dios, su Hacedor,
y despreció al Dios de su salvación.
Provocáronle con dioses ajenos,
irritáronle con abominaciones;
inmolaron a demonios, a no-dioses,
a dioses que no habían conocido,
nuevos, de ha poco advenedizos,
a los que no sirvieron sus padres.
De la Roca que te crió, te olvidaste,
diste al olvido a Dios, tu hacedor.

Anuncio del castigo

Y viólo Yavé y se irritó.
Hastiado por sus hijos y sus hijas.
Y dijo: "Esconderé de ellos mi rostro,
veré cual será su fin,
porque es una generación perversa,
hijos sin fidelidad alguna.
Ellos me han provocado con dioses,
me han irritado con vanidades;
yo los provocaré a ellos con no-pueblo

y los irritaré con gente insensata.
Ya se ha encendido el fuego de mi ira,
y arderá hasta lo profundo del infierno,
y devorará la tierra con sus frutos,
y abrasará los fundamentos de los montes.
Amontonaré sobre ellos males y más males,
lanzaré contra ellos todas mis saetas,
los consumirá el hambre, y los devorará la fiebre,
y la nauseabunda pestilencia.
Mandaré contra ellos los dientes de las fieras,
y el veneno de los reptiles que se arrastran por el polvo.
A los que fuera estén los matará la espada,
a los que dentro, el espanto,
lo mismo a mancebos que a doncellas,
lo mismo al que mama que al encanecido.
Ya hubiera yo dicho: voy a exterminarlos del todo,
voy a borrar de entre los hombres su memoria,

Paciencia del Altísimo

sino hubiera sido por la arrogancia de los enemigos,
porque se envanecerían sus perseguidores,
y dirán: ha vencido nuestra mano,
no es Yavé quien ha hecho todo esto.
Es gente sin consejo,
no tienen conocimiento;
si fueran sabios comprenderían esto.
Y atenderían a lo que les espera.
¿Cómo puede uno perseguir a mil,
y dos poner en fuga a diez mil,
sino porque su Roca los venció,
y Yavé los ha entregado?
Porque no es como nuestra Roca la Roca suya,
son jueces nuestros mismos enemigos.
De cierto su vid es la vid de Sodoma,
de los campos de Gomorra sus sarmientos,
sus uvas son ponzoñosas,
sus racimos son racimos amarguísimos,

veneno de dragones es su vino,
veneno mortal de áspides.
¿Acaso no tengo yo esto guardado,
encerrado en mis archivos,

Juicio de los enemigos del pueblo de Dios

para el día de la venganza y de la retribución,
para el tiempo en que resbalarán sus pies?
Pues cerca está el día de su perdición,
y ya lo que les espera se aproxima."
De cierto hará Yavé justicia a su pueblo,
y tendrá misericordia de sus siervos,
cuando vea que desapareció ya toda fuerza,
y que no hay ya ni esclavo ni libre.
Y dirá entonces: "¿Dónde están ahora sus dioses,
la Roca a que ellos se acogían?
¿Los que comían la grasa de sus víctimas,
y bebían el vino de sus libaciones?
Que se levanten ahora y os socorran,
y sean vuestros protectores.

Llamada al arrepentimiento

Ved, pues, que soy yo, yo solo,
y que no hay Dios alguno más que yo.
Yo doy la vida, yo doy la muerte,
yo hiero, y yo sano.
No hay nadie que se libre de mi mano.
Ciertamente yo alzo al cielo mi mano,
y juro por mi eterna vida:
Cuando yo afile el rayo de mi espada,
y tome en mis manos el juicio,
yo retribuiré con mi venganza a mis enemigos,
y daré su merecido a los que me aborrecen.
Emborracharé de sangre mis saetas,
y mi espada se hartará de carne,
de la sangre de los muertos y de los cautivos,
de las cabezas de los jefes enemigos.

Regocijaos, gentes, por su pueblo,
porque ha sido vengada la sangre de sus siervos,
le ha vengado de sus enemigos,
y hará la expiación de la tierra y de su pueblo."

INTERCESIÓN POR EL PUEBLO DE DIOS

15 *Liturgia romana*

Oró Moisés delante del Señor, su Dios, y dijo: ¿Por qué te enfadas, Señor, con tu pueblo? Mitiga la ira de tu alma, acuérdate de Abrahán, de Isaac y de Jacob, a quienes juraste dar una tierra que mana leche y miel. Y se aplacó el Señor, y se arrepintió del mal que dijo iba a hacer a su pueblo. *(Exod.* 32, 15, 53, 54; *Misal, ofertorio del jueves de la segunda semana de cuaresma.)*

Perdona, Señor, perdona a tu pueblo; para que castigado con dignas flagelaciones, respire por tu misericordia. *(Id. jueves después de ceniza,* or. Super populum.)

Mira, Señor, tu testamento: y no te olvides para siempre de las almas de tus pobres. Levántate, Señor, juzga tu causa; acuérdate del oprobio de tus siervos. *(Salmo* 73, 20 16, 25; *Gradual del jueves de la cuarta semana de cuaresma.)*

Oh Dios que te ofendes con la culpa y te aplacas con la penitencia: escucha propicio las preces de tu pueblo suplicante, y aleja de nosotros los castigos de tu ira, que merecemos por nuestros pecados. *(Id., oración del jueves después de ceniza.)*

Asciendan a ti, Señor, nuestras preces; y aleja de tu Iglesia todo mal. *(Or., Super populum del martes de la primera semana de cuaresma.)*

Alarga Señor, a tus fieles la diestra de tu celestial auxilio; para que te busquen de todo corazón, y merezcan alcanzar lo que justamente piden. *(Or., Super populum, sábad. de la tercera semana de cuaresma.)*

LA CARRERA DE LA MILICIA CRISTIANA

EL COMBATE CONTRA EL ENEMIGO

Caminarás sobre el áspid y el basilisco,
hollarás al león y al dragón. *(Ps.,* 90, 19.)

LOS ATAQUES DEL DEMONIO. EXORCISMOS

Liturgia mozárabe 16

Danos, Señor, el escudo de tu salud y fortifícanos con tu diestra que continuamente nos lleva hacia las cimas, a fin de que revestidos de fuerza para el combate, derribemos con el insigne trofeo de tu Cruz a nuestro adversario, el enemigo del género humano. *(Brev. cuarta semana de cuaresma, maitines del miércoles,* or., segunda, P. L. 86, 467.)

Sé el socorro y la ayuda de tu Iglesia, a la que nuestro adversario quiere devorar, como león presto a lanzarse sobre su presa. Levántate, Señor, y anticípate a nuestros enemigos, derrotándoles por la gloria de tu Pasión y el poder de tu Resurrección. Vencidos ellos, tu Pasión nos preparará a todos un título a tu victoria y tu Resurrección nos conferirá una recompensa eterna. *(Id. tercia del martes,* segunda or., P. L. 86, 463.)

Dios glorioso, potente y misericordioso, líbranos de las emboscadas del enemigo, y nuestra alma no sea devorada por el león rugiente y rapaz; envíanos como

sostén la protección de tu diestra. El enemigo cruel nos matará si no hay nadie que nos libre y nos derrotará si no hay nadie que nos salve. Mas Tú, el León de la tribu de Judá, levántate con tu cólera y el rigor de tu jucio, haz que sucumba el pérfido ejército del enemigo y permítenos creer y perseverar en el mandamiento que nos diste. *(Id. lunes, capítula de vísperas,* P. L. 86, 458.)

Pongamos todo nuestro cuidado, hermanos carísimos, en observar con devoción el ayuno, porque durante el día debemos sostener el ataque cotidiano de los enemigos, y por la noche la lucha con el demonio. A aquel a quien no pudo reducir en la acción le turba con malos pensamientos, y a quien no pudo tentar porque estaba velando, dormido le solicita con falsas ilusiones. Nadie viole, pues, el ayuno. Nadie le desprecie, para que Nuestro Señor Jesucristo a su llegada recompense a los que encontrare velando. *(Misal, viernes de la cuarta semana de Cuaresma,* FEROTIN, 205, 473.)

17 *Liturgia griega*

Como Josué, resiste y combate a Amalec—las pasiones de la carne—y a los gabaonitas—los pensamientos falaces; —y así saldrás siempre vencedor. *(Jueves de la cuarta semana de cuaresma, Orthros, Oda sexta,* ed. rom., Tr. P. 478.)

Cristo se hizo hombre, llamó a ladrones y libertinos a la penitencia; conviértete alma mía; ya la puerta del reino está abierta; fariseos, publicanos, adúlteros, se la disputan contigo. *(Id. Oda nona, ibíd.,* p. 483.)

El Señor ayunó cuarenta días en el desierto y tuvo hambre, mostrando así que era hombre. No te desanimes, alma mía; cuantas veces te ataque el enemigo, recházale lejos de ti con la oración y el ayuno. *(Id., ibíd.)*

Oh diablo, te increpa el Señor, que vino al mundo y habitó entre los hombres para quebrantar tu tiranía

y librarles; que triunfó sobre el madero de los poderes adversos cuando se oscureció el sol y tembló la tierra; cuando las tumbas se abrieron y se levantaron los cuerpos de los santos; que por su muerte destruyó la muerte y despojó a aquel que retenía el Imperio de la muerte, es decir, a Ti mismo, oh diablo. Exorcízote por el Dios que mostró el árbol de la vida y puso para guardarle a los Querubines y la espada de fuego fulgurante. Recibe tu castigo.

Exorcízote por aquel que caminó sobre la superficie del mar como por tierra firme e increpó a los vientos desencadenados; por aquel cuya mirada solidifica los abismos y cuya amenaza hace derretirse a las montañas. El es el que aun ahora te implora por nosotros. Teme, pues, sal y aléjate de esta creatura y no te atrevas ya a volver ni a ocultarte en ella, a ir en busca o a influir en ella durante el día o durante la noche, o mediodía o en cualquier otra hora; vete a tu lugar de tormentos hasta el día fijado para el juicio.

Teme al Dios que se sienta sobre los Querubines y contempla los abismos: delante de El tiemblan los ángeles, los arcángeles, los tronos, las dominaciones, los principados, las virtudes, las potestades, los querubines de múltiples ojos, y los serafines de seis alas. Delante de El tiemblan el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos. Sal, aléjate de este soldado de Cristo nuestro Dios nuevamente escogido y marcado con su sello. Porque te exorcizo en nombre del que camina sobre las alas de los vientos y hace de los ángeles un fuego consumidor. Sal y aléjate de esta creatura con tus poderes infernales y todos tus ángeles; porque el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es glorificado ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. (*Euchol. or., para hacer un catecúmeno, exorcismo quinto, ed. rom.,* 1872, p. 62.)

Dios santo, terrible y glorioso que en todas sus obras y en su poder es incomprensible e inaccesible, Dios, que destinó para ti, oh diablo, la venganza del eterno castigo, te manda por nosotros sus siervos inútiles, que te retires junto con todos tus cómplices de este que ha sido nuevamente marcado con el sello de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro verdadero Dios. Exorcízote, espíritu maligno, impuro, inmundo, repugnante y nocivo, por el poder de Jesucristo que posee todo poder en el cielo y en la tierra y que dijo al demonio sordo y mudo: Sal de ese hombre y no entres más en él. Aléjate y reconoce que tu poder es nulo, no imperando ni siquiera sobre los puercos; acuérdate que, a petición tuya, te dió la orden de entrar en la piara de puercos. Teme al Dios por cuyo mandato la tierra se estableció sobre las aguas; El creó los cielos, fijó los montes a cordel y los valles al fiel de la balanza. Puso la arena como los límites de los males, y abrió un camino seguro a través del agua impetuosa; toca las montañas y humean; se reviste de luz como de un manto; extiende los cielos como una tienda, y cubre las alturas bajo las aguas; fundó la tierra sobre su base y nunca jamás vacilará; hace volver a sí las aguas para derramarlas de nuevo sobre la faz de la tierra.

Sal y aléjate de aquel que se prepara en vista de la santa iluminación. Exorcízote por la Pasión saludable de Nuestro Señor Jesucristo, por su cuerpo precioso, por su sangre y por su venida terrible, porque vendrá sin tardanza para juzgar a la tierra y te castigará a ti y a todos tus cómplices, en la gehenna del fuego, lanzándote a las tinieblas exteriores donde el gusano no se duerme y el fuego no se apaga, porque el poder de Cristo nuestro Dios es el del Padre, el del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Id., segundo exorcismo, ibíd.,* p. 63.)

Liturgia romana 18

Escucha, maldito Satanás, yo te conjuro en nombre del Dios eterno y de Nuestro Salvador Jesucristo, su Hijo; aléjate tembloroso y gimiendo vencido en tu envidia. Nada haya común entre ti y el siervo de Dios N., que en adelante buscará las cosas del cielo y renunciará a ti y al mundo, que te pertenece, para ganar la victoria de la eternidad bienaventurada.

Por eso rinde homenaje a la venida del Espíritu Santo que desciende de lo alto de la ciudadela del cielo, y huyendo de tus asechanzas, acabará de purificar su cuerpo, en la fuente divina, santificándole como templo y residencia de Dios; para que enteramente libre de todos sus crímenes pasados, este siervo de Dios, le dé perpetuas acciones de gracia y bendiga su santo nombre por los siglos de los siglos. Amén. *(Ritual del bautismo de los adultos, tercer exorcismo.)*

Exorcízote, espíritu inmundo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para que salgas y te alejes de este siervo de Dios N... Te lo manda, maldito condenado, aquel que caminó sobre las aguas y tendió la mano a Pedro que se sumergía. Por eso, diablo maldito, reconoce tu condenación, y rinde homenaje al Dios vivo y verdadero; rinde homenaje a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo que se ha dignado llamarte a sí, a su santa gracia y a la fuente del bautismo. Y no te atrevas a violar jamás el signo de la santa Cruz que trazamos sobre su frente. Por el mismo Cristo Señor nuestro, que debe venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego. *(Id., cuarto exorcismo.)*

No olvides, Satanás, que se acerca tu castigo y los tormentos, el día de tu juicio y del eterno suplicio, el día que debe venir como horno ardiente en el que encontraréis ruina eterna tú y tus ángeles. En consecuencia tú condenado, que permanecerás condenado,

rinde homenaje al Dios vivo y verdadero, a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo Paráclito; en su nombre y por su poder te mando, cualquiera que seas, espíritu inmundo que te alejes de este siervo de Dios N., a quien hoy el mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo, se ha dignado llamar a su santa gracia y bendición y a la fuente del bautismo para que se haga templo suyo por el agua de la regeneración en remisión de todos los pecados. En el nombre de este mismo Jesucristo nuestro Señor, que debe venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego. Amén. *(Id., sexto exorcismo.)*

LOS CUARENTA DIAS [1]

19 *Liturgia romana*

Jesús fué conducido al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo; y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. (Mat., 4, 1-2, *Brev. rom., aña. del Benedictus del primer domingo de cuaresma.)*

Los cielos estuvieron abiertos durante cuarenta días y cuarenta noches y toda carne que tenía un hálito de vida entró en el arca y el Señor cerró desde fuera. Aquel mismo día entraron en el arca Noé y sus hijos, su esposa y las esposas de sus hijos, y tras él cerró el

[1] La cuarentena compuesta de cuatro décadas aparece en muchos lugares como tipo de la penitencia. El mismo Señor cuya primera predicción fué: Haced penitencia, el reino de los cielos está cerca. *(Mat.,* 4, 7) ayunó cuarenta días. Así como Moisés había inaugurado con un ayuno de cuarenta días la Ley y Elías la profecía, así también N. Señor inaugura la predicación de su Evangelio. (Tomado de una carta de Alcuino a Carlomagno, P. L. 100, 261.) El número cuarenta indica la tribulación. (Alcuino, preg. y resp. sobre el Génesis número 127. P. L. 100, 531.)

Señor la puerta. *(Id., tercer responsor. de los maitines del domingo de Sexagésima.)*

Moisés, el siervo de Dios, ayunó cuarenta días y cuarenta noches para hacerse digno de recibir la ley del Señor. Moisés habiendo subido al monte Sinaí al encuentro del Señor, permaneció allí durante cuarenta días y cuarenta noches para hacerse digno de recibir la ley del Señor. *(Id., responsor. sexto de los maitines del cuarto domingo de cuaresma.)*

Liturgia mozárabe 20

Oh Dios, a quien Elías consagró un ayuno de cuarenta días antes de que fuese trasportado al cielo, y por quien ayunó en espíritu hasta merecer ir allí; concede, te suplicamos, al pueblo cristiano, la gracia que otorgaste al profeta; porque así es como triunfamos de las delectaciones de la carne y de la sangre. Danos la continencia siempre y en todas las cosas. Haznos pacíficos y danos observar los preceptos celestiales; muéstrate también, en este sacrificio lleno de bondad para con nosotros y ven benévolo a nosotros que humildemente te invocamos. *(Misal mozárabe, Missa de initio quadrag., ad pacem,* FEROTIN, 153, 321.)

EL SOCORRO DE LOS ÁNGELES DE DIOS

Liturgia romana 21

Dios ha mandado a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras. (Ps. 90, 11, 12; *Brev., rom., verso del Benedictus y del Magnificat.)*

El ángel del Señor rodeará a aquellos que le temen y los librará del peligro; gustad y ved cuán suave es el Señor. *(Ps.* 33, 8-9; *Misal, ofert. del jueves de la primera semana de cuaresma.)*

Mientras dormía Jacob vió una escala que apoyada en la tierra tocaba el cielo con el otro extremo y los ángeles subían y bajaban. Despertándose de su sueño dijo: Verdaderamente el Señor está en este lugar y no lo sabía. Jacob tomando una piedra la puso por cabecera y se durmió, viendo en sueños una escala levantada. Despertando de su sueño dijo: Verdaderamente está en este lugar. *(Brev. rom., octavo responsor. de los maitines del segundo domingo de cuaresma.)*

El ángel dijo a Jacob: Déjame ir, que ya sale la aurora. El le respondió: No te dejaré ir si no me bendices. Levantóse Jacob y he aquí que un hombre luchó con él hasta la mañana y como no pudiese vencerle le dijo: Déjame ir, que ya sale la aurora. El le respondió: No te dejaré ir si no me bendices. Y le bendijo allí. *(Brev. rom., ibid., responsor. sexto.)*

He aquí que envío a mi ángel para que te preceda y te guarde siempre; guarda y escucha mi palabra y seré el enemigo de tus enemigos y heriré a los que te hieren; y mi ángel te precederá. *(Id., responsor. décimo de los maitines del cuarto domingo de cuaresma.)*

Oh Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios que te mostraste a tu siervo Moisés sobre el monte Sinaí y sacaste a los hijos de Israel de Egipto y les enviaste a tu ángel bueno para que los guardase noche y día; te rogamos, Señor, te dignes enviar del cielo a tu Santo Angel que guarde del mismo modo a tu siervo N. y le conduzca a la gracia de tu bautismo. *(Ritual, bautismo de los adultos, oración antes del segundo exorcismo.)*

LAS ARMAS SANTAS DE LA PENITENCIA

Revestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo. (Eph., 6, 11.)

Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas. (II Cor., 10, 4.)

Liturgia romana 22

Instruídos por una misteriosa tradición, observamos este ayuno que recorre un ciclo de cuarenta días.

La ley y los profetas la inauguraron en otro tiempo; Cristo, autor y rey de todos los tiempos la consagró con su ejemplo.

Mostrémonos, pues, más parcos en nuestras palabras, en la comida, en la bebida, en el sueño y en las diversiones y estemos más vigilantes sobre nosotros mismos.

Evitemos estos peligros en que sucumben las almas inconstantes; guardémonos de dejar entrada al pérfido tirano.

Aplaquemos la cólera vengadora; lloremos a los pies de nuestro juez; lancemos gritos suplicantes y prosternados ante El digamos: Con nuestros pecados, oh Dios, hemos ofendido tu clemencia; dígnate extender sobre nosotros tu perdón. Acuérdate que, no obs-

tante nuestra fragilidad somos obra de tus manos; no cedas a otro, te rogamos, el honor de tu nombre.

Perdona el mal que hemos hecho. Danos copiosa la gracia que imploramos; y podremos finalmente agradarte aquí abajo y en la eternidad.

Oh Trinidad bienaventurada y Unidad perfecta, haz provechoso para tus fieles el beneficio del ayuno. Así sea. *(Brev., himno de maitines del tiempo de cuaresma "Ex more docti mystico.")*

En el Señor está la misericordia y en Dios la Redención; El ayuda también a los hombres caídos, no sólo por la gracia del Bautismo y de la Confirmación, sino también por el remedio de la penitencia, a fin de que el alma humana sea restablecida en la vida eterna. *(Pontifical, miérc. de Ceniza. Expulsión de los penitentes.)*

Te rogamos, Señor, nos concedas el socorro de tu gracia para que dados como conviene al ayuno y a la oración, nos veamos libres de los enemigos del alma y del cuerpo. *(Brev. or., del jueves de la segunda semana de cuaresma.)*

23 *Liturgia ambrosiana*

Concédenos, Señor omnipotente, la gracia de comenzar con santos ayunos la carrera de la milicia cristiana, para que al luchar contra los espíritus malignos seamos protegidos con los auxilios de la continencia. *(Misal, domingo de Sexagésima, or. Sup. sindonem; cf. Misal rom., última or. de la bendición de la ceniza.)*

24 *Liturgia griega*

Recibamos hoy, oh pueblos, la gracia del ayuno, la ocasión que Dios nos da de practicar la penitencia y de suplicar al Salvador. *(Lunes de la primera semana de cuaresma, Orthros, segunda trioda, Oda primera,* ed., Tr. p. 115.)

La puerta de la penitencia está abierta; venid, amigos de Dios, apresurémonos a entrar antes que Cristo nos la cierre como a indignos. *(Lunes de la Tyroph., Orthros, 2.ª Tr. Oda primera, ibíd.,* 146.)

Hermanos, revistámonos de la abstinencia, de la modestia, de la fuerza de la prudencia, de la oración y de las lágrimas. Estas son las virtudes que nos abrirán el camino de la justicia. *(Id., ibíd.)*

Comencemos, oh pueblos, este ayuno irreprochable, que es la salud de las almas; sirvamos al Señor con temor; unjamos nuestras cabezas con el óleo de la continencia y lavemos nuestros rostros con el agua de la pureza. No seamos prolijos en nuestras oraciones, sino digamos como El nos enseñó: Padre nuestro que estás en los cielos, perdona benévolo nuestras trasgresiones. *(Martes de la primera semana de cuaresma, idiomele, ibíd.,* p. 151.)

El verdadero ayuno es la huída del pecado, la ruptura con las pasiones, el amor para con Dios, el celo de la oración, el llanto de la compunción y el cuidado de los pobres como Cristo nos enseña en las Escrituras. *(Lunes de la primera semana de cuaresma, Orthros, Oda primera, ibíd.,* p. 249.)

Observemos el ayuno, no sólo absteniéndonos de alimento sino también apartándonos de todas las pasiones carnales, a fin de que esclavizando la carne que nos tiraniza, nos hagamos dignos de participar de la inmolación voluntaria del Cordero, del Hijo de Dios; festejemos espiritualmente la Resurrección del Salvador de entre los muertos y crezcamos por el resplandor de nuestras virtudes, alegrando a Dios con el encanto de nuestras buenas obras. *(Martes de la primera semana de cuaresma, ibíd.,* p. 155.)

Venid, hagamos frutos de penitencia, trabajemos y no nos demos a la comida y a la bebida; hagamos obras virtuosas con la oración y el ayuno; esto agradará al Señor y por precio de nuestro trabajo, nos

dará el rédito que exime a las almas de la deuda del pecado, El, el único Dios; grande es su misericordia. *(Cuarto domingo de cuaresma, Orthros, Idiomele, ibíd.,* 431.)

Moisés, en otro tiempo resplandeciente con el brillo del ayuno, vió la gloria de Dios. Imítale con diligencia, alma mía, miserable; sirve en obras de continencia y oración a aquel que llevado de su bondad para contigo extendió los brazos sobre la Cruz para que tú pudieses llegar a la divina iluminación. *(Jueves de la quinta semana de cuaresma, Vísperas, lucernario, Ibíd.,* p. 494.)

El Precursor de la gracia habitaba en el desierto; y de toda Judea y Samaria acudían a oírle; confesaban sus pecados y pedían con ardor el bautismo; mas tú no les has imitado, oh alma mía. *(Id., Oda nona,* página 498.)

Recibamos con ardor, oh fieles, al mensajero divinamente inspirado que viene a anunciarnos el ayuno, como hicieron en otro tiempo los Ninivitas, como los pecadores y los publicanos acogieron a Juan que les predicaba la penitencia. Mediante la abstinencia preparémonos a participar del Sacrificio del Señor ofrecido en Sión. El debe obrar en nosotros una purificación divina; lavemos primero con lágrimas nuestras almas. Pidamos la gracia de contemplar entonces la consumación de la Pascua figurativa y la manifestación de la Pascua verdadera. Dispongámonos a adorar la Cruz y la Resurrección de Cristo Dios y pidamos a este Amigo de los hombres que no se vea frustrada nuestra esperanza. *(Martes de la Tyroph., Vísperas, Apostiche, ibíd.,* p. 53.)

25 *Sermón de San León sobre la Cuaresma*

Teniendo que hablar, amadísimos, del sagrado y gran ayuno, ¿por dónde podría comenzar mi discurso sino por las palabras del Apóstol por quien hablaba el mismo Cristo? Os repetiré lo que acabamos de leer en

su Epístola: "He aquí el tiempo aceptable, he aquí el día de la salvación"[1]. Aunque en todo tiempo nos veamos colmados de los beneficios de Dios y tengamos siempre por su gracia fácil acceso a su misericordia, debemos, sin embargo, acercarnos con mayor confianza y trabajar con más ardor en nuestro aprovechamiento espiritual en estos días en que somos estimulados a la práctica de todas las buenas obras por la proximidad de aquel en que celebramos el aniversario de nuestra Redención, y disponernos a honrar con mayor pureza de alma y cuerpo la memoria de la pasión de nuestro divino Salvador. Los grandes misterios que en este tiempo se realizan deberían ser de tal suerte el objeto de nuestras meditaciones y excitar nuestra devoción, que conservando siempre la presencia de Dios, estuviésemos constantemente tan bien preparados como debemos estarlo para solemnizar dignamente la Pascua. Pero como esta fortaleza es de pocos, como la flaqueza de la carne nos lleva fácilmente a aflojar en la práctica de tales austeridades, y como las múltiples ocupaciones de la vida ocasionan grandes distracciones, sucede que incluso las almas más virtuosas se manchan con el polvo del siglo. La sabiduría divina ha establecido los cuarenta días de ayuno que observamos para purificar nuestros corazones a fin de que las buenas obras practicadas en este tiempo expíen las faltas que hemos cometido en el curso del año.

Al entrar, pues, amadísimos, en estos días místicos santamente instituídos para bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos, procuremos obedecer los preceptos del Apóstol, limpiándonos de toda mancha en el alma y en el cuerpo[2]; a fin de que, refrenando las luchas existentes entre ambos elementos, el alma, que está bajo las órdenes de Dios, conserve la dignidad de

---

1 *II Cor.*, 6, 2.
2 *III Cor.*, 7, 1.

su imperio. De suerte que no dando a nadie motivos de ofensa, nos veamos libres de las críticas de los calumniadores. Nos reprenderían justamente los infieles y por nuestra culpa las lenguas impías se levantarían contra nuestra santa religión, si la conducta de los discípulos de Cristo estuviese en contradicción con la pureza de una perfecta continencia. El ayuno de los cristianos no consiste principalmente en la privación de algún manjar; y en vano se privaría el cuerpo de una parte de su alimento, si el alma no renuncia a toda iniquidad, si no sabemos poner un freno a nuestra lengua impidiendo que sea herida la caridad.

Del mismo modo que ponemos freno al apetito de la comida y de la bebida, hemos de reprimir las demás pasiones. Ahora es el tiempo a propósito para ejercitarnos en la mansedumbre y en la paciencia que nos procura la paz y la tranquilidad y en el que excluyendo todo contagio con los vicios adquiramos la perennidad de todas las virtudes. Acostúmbrese ahora la fortaleza de las almas piadosas a perdonar las culpas, despreciar las ofensas y olvidar las injurias. Ejercítese ahora el alma fiel en combatir a diestra y siniestra con las armas de la justicia en la gloria y en la deshonra, en la infamia o en la buena fama [1]; ni las alabanzas ensoberbezcan ni los oprobios depriman su conciencia tranquila y su honradez constante. La aptitud de las personas piadosas sea no triste sino santa y jamás una queja salga de su boca pues la fuente de los goces espirituales que en ellos gustan es inagotable.

No teman que su patrimonio disminuya por el ejercicio de las obras de misericordia, la pobreza cristiana es siempre rica y el bien de que ella goza vale más que todas las cosas de que carece. Quien tiene la dicha de poseer en sí mismo al Señor del cielo y de la tierra ¿puede temer la indegencia?

---

[1] *II Cor.*, 6, 7, 8.

Los que hacen buenas obras no deben temer la falta de medios para ejecutarlos. Una pobre viuda es alabada en el evangelio por haber depositado en el cepillo dos óbolos, y Dios no ha de dejar sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre. El mérito de una acción buena se mide por la intención, y cuando existe la buena voluntad de aliviar al prójimo siempre hay ocasión de hacerla con feliz éxito. La viuda de Sarepta hizo la experiencia, cuando, durante el hambre que reinaba en su tiempo, se privó, en favor del bienaventurado Elías, del alimento de un día, que era el único que le quedaba. Prefiriendo la satisfacción de aplacar el hambre del Profeta a su propia necesidad, le sirvió sin pérdida de tiempo el poco aceite y harina que aún poseía. Pero aquello que ella dió con tan buena voluntad, fué pronto devuelto con creces; una fuente de abundancia surgió de los vasos que su caridad había vaciado, y de este modo aquella, que no había temido la escasez para sí misma al hacer un uso tan piadoso de las cosas necesarias para su propia susistencia, fué provista abundantemente.

Estamos convencidos, hermanos míos, de que estáis dispuestos a estos santos ejercicios; y no dudamos que el demonio, enemigo de todas las virtudes, envidioso de vuestra felicidad, empleará todo el veneno de su maldad para hacer de vuestras obras de piedad ocasiones de caída, a fin de hacer sucumbir bajo la vana gloria a los que no haya podido abatir por el desaliento. La vanidad sigue de cerca a las acciones laudables que hacemos; y el orgullo, veneno de la virtud, busca siempre el modo de corromperla. Es difícil que el hombre que vive regularmente se deje deslumbrar por las alabanzas que se le tributan, a menos que se glorie en el Señor [1], como nos lo recomienda el gran Apóstol. ¿Hay acaso alguno, a quien el enemigo de nuestra salvación

[1] *II Cor.*, X, 17.

procure separar de las buenas resoluciones y a quien no trate de hacerle perder el fruto de su ayuno? ¿A quién temerá atacar, cuando ha tenido la insolencia, según vemos en el Evangelio, de tentar al mismo Salvador? Intrigado por el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches que había visto hacer al Señor, quiso probar astutamente, si una abstinencia tan prolongada era efecto de su propia virtud o de la virtud de arriba. Se creía seguro del feliz éxito de sus artificios, si Cristo, a quien reconocía como verdadero hombre, no estuviese por encima de los hombres ordinarios. Primero ensayó su astucia para saber si era el Creador de todas las cosas corpóreas, pues de este modo le sería fácil cambiar su sustancia. Enseguida para asegurarse si la divinidad estaba oculta bajo el velo de la humanidad, le propuso arrojarse de lo alto, ya que él podía sostenerse fácilmente en el aire. Mas el Señor, habiendo combatido mejor al demonio con las armas de la justicia del hombre, que con el poder de su divinidad, hizo que éste cambiase de táctica por tercera vez, y no viendo en él señales de divinidad le tentó con la ambición y el deseo de reinar, prometiéndole el dominio de todos los reinos del universo si le adoraba. Entonces la sabiduría de Dios convenció de locura la prudencia del demonio, a fin de que este enemigo orgulloso, deteniéndose ante la persona del hombre que quería vencer, y en otro tiempo había vencido ya, fuese vencido a su vez y no temiese perseguir a aquel que debía morir por la salvación del género humano. Ahora que estáis ya instruídos, entrad con fervor en el camino del ayuno cuadragesimal que vamos a comenzar y disponeos con obras de misericordia para atraer sobre vosotros los efectos de la misericordia del Señor. Reprimid todos los movimientos de cólera; apagad todos los movimientos de odio que pudieran suscitarse en vuestros corazones; amad la paz y la unión; preveníos mutuamente los unos a los otros con buenos servicios

por motivos de una humildad sincera; mandad a vuestros siervos[1] con dulzura y a todos los que os están sometidos; no los retengáis entre cadenas; que no se oiga hablar entre vosotros de venganzas; perdonad las injurias; que en lugar de la severidad reine la bondad; reemplazad la cólera con la mansedumbre y que el espíritu de la paz calme todas las discordias. Mostrémonos bienhechores, modestos, pacíficos, si queremos que nuestros ayunos nos hagan agradables a Dios. Cuando evitamos el pecado, le ofrecemos el sacrificio de una abstinencia verdadera y de una sincera piedad. No tengamos relación alguna con los enemigos de la Cruz de Cristo, por temor a que el tacto con los impíos destruya la pureza de los verdaderos fieles. ¿Qué alianza puede haber entre la luz y las tinieblas? Los hijos de la verdad deben huir de los hijos del demonio, porque nada manchado puede entrar en el templo de Dios que es la Iglesia de Jesucristo. Los profanos deben ser excluídos, a fin de que estando nuestros corazones purificados de toda impureza, nuestro ayuno sea santificado. Así podremos llegar a ser morada del Espíritu Santo. El habitará en nosotros, tomará posesión de nuestras almas, nos conducirá por todos los caminos que él halle puros y exentos de pecado. Nosotros llegaremos allí con el auxilio de la gracia de Dios, que con el Hijo y el Espíritu Santo es un sólo y único Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos, amén. *(Sermón 42, cuarto sobre la Cuaresma;* P. L., 54, 274-281, *cf. también Brev. Romano, primer domingo de Cuaresma, Maitines; segundo Nocturno.)*

---

[1] La esclavitud que hoy está casi completamente abolida, gracias al cristianismo, estaba en tiempo de S. León en todo su vigor. Las lecciones que da aquí a los amos cristianos muestran hasta dónde había llevado el paganismo el abuso de la fuerza. El señor de esclavos tenía derecho de vida y muerte sobre ellos, pero la doctrina de Jesucristo, suavizando las costumbres, mejoró la suerte de estos infortunados, esperando destruir la bárbara institución de la esclavitud.

LA ALEGRÍA DE LA PENITENCIA

26 *Liturgia griega*

Recibamos con gran alegría el anuncio del ayuno. Si nuestro primer padre lo hubiese guardado, no tendríamos que soportar el destierro del Edén. Delicia para los ojos y alimento agradable, así era el fruto que me ha matado. No seamos esclavos de nuestros ojos, no halaguemos nuestro paladar con alimentos suculentos que hemos de despreciar después de haberlos gustado. Huyamos la intemperancia para no ser presa de las pasiones que la saciedad excita. Seamos señalados con la sangre de aquel que ha sido vílmente conducido a la muerte por nosotros; que el ángel exterminador no nos incluya en ese número, y así podamos comer la Santa Pascua de Cristo para la salvación de nuestras almas. *(1.ª semana de Cuaresma, viernes, Vísperas, idiomela,* ed. rom., Tr., p. 200.)

27 *Liturgia romana*

Alégrense los corazones de los que buscan al Señor; buscad al Señor y seréis confirmados; buscad siempre su faz. *(Salmo 104, 3-4. Misal, 4.ª Sem. de Cuaresma, Jueves, introito.)*

EL TEMOR DE DIOS Y LAS LÁGRIMAS DE COMPUNCIÓN

28 *Liturgia griega*

Sé sobria, alma mía, vela, suspira y llora; mediante el ayuno desecha de ti el peso del pecado. Huye de la hoguera por una compunción ardiente; llorando sobre tus pasiones desgarra el hábito de duelo y toma el vestido divino. *(1.ª Sem. de Cuaresma, Orthros, 2.ª Oda,* ed. rom., Tr., p. 148.)

Como el publicano presentemos nuestros gemidos al Señor, y nosotros pecadores arrojémonos a sus pies como a los de nuestro Maestro, porque él quiere la salvación de los hombres, da la remisión a todos los que hacen penitencia ya que él, Dios coeterno al Padre, se ha encarnado por nosotros. *(Dom. del publicano, Orthros, 2.ª Kondak, ibíd.,* p. 6.)

No oremos como el fariseo, carísimos, porque todo el que se ensalza será humillado; humillémonos ante el Señor y al ayunar exclamemos como el publicano: Señor ten piedad de mí pecador. *(Id., Vísper. del Sábado, idiom., id.,* p. 1.)

Huyamos del orgullo farisaico y hablemos con humildad para ser ensalzados; hagamos penitencia y exclamemos: Salvador del mundo apiádate de tus siervos. *(Id., 1.ª Kondak, ib.,* p. 5.)

Como un insensato he despreciado tu bienaventuranza, Padre mío; he derrochado tus dones; ahora pues te pido perdón como el hijo pródigo: Pequé contra ti, Padre misericordioso; recíbeme arrepentido; trátame como a uno de tus esclavos. *(Dom. del Hijo Pródigo. Ib.,* página 24.)

Liturgia mozárabe 29

Fuerza y sostén de nuestra esperanza, Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Tú que resucitaste, que te acongojaste, que derramaste lágrimas y te turbaste, derrama sobre nosotros la dulzura de tu espíritu para superar con su ayuda las emboscadas de la tentación. Lloremos interiormente y obtendremos de ti el turbarnos en ti y por ti, y así unidos en la compunción y en la paz, por tu paz podamos verte en la gloria y llegar a poseer la recompensa prometida y a alabarte con Lázaro. Amén. *(4.ª Sem de Cuaresma, Ad Pacem,* FEROTIN, 210, 485.)

AYUNO Y PUREZA DEL CORAZÓN

30 *Liturgia romana*

Suplicámoste, Señor, hagas, que el sacrificio de la observancia cuaresmal, que te ofrecemos, torne aceptar a ti nuestras almas, y nos dé la gracia de una más diligente continencia. *(Viernes después de Ceniza, Secreta.)*

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que purificados con el santo ayuno, lleguemos a las futuras fiestas con corazones sinceros. *(Id., Or., 2.ª Sem., de Cuaresma, Viernes.)*

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que tu familia que, afligiendo su carne se abstiene de alimentos, siguiendo la justicia ayune también de pecado. *(Id., 2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Oración.)*

31 *Liturgia griega*

Ayunemos espiritualmente, rompamos todas las ligaduras del demonio; huyamos del mal ejemplo; perdonemos a nuestro prójimo el mal que nos ha hecho para que seamos perdonados; entonces podremos decir: Señor, elévese a ti nuestra oración como el incienso. *(2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Vísp., idiom.,* ed. rom., Tr., p. 256.)

¡Oh fuente de pureza!, que nuestro ayuno alcance de ti, la preservación de toda mancha; vénos postrados a tus pies; venos elevadas hacia ti nuestras manos; Tú que extendiste ¡oh Señor de los ángeles, las tuyas a los mortales al ser crucificado! *(1.ª Sem. de Cuaresma, Viernes, Orthros, Kathisme, Ib.,* p. 196.)

¡Oh Cristo Salvador, que clavado en una cruz semejas una viña! Tú bañaste toda la tierra con el vino de la inmortalidad. Yo exclamo: Tú derramaste sobre mí, embriagado por el pecado, el nectar de la compunción;

ahora dame fuerza para abstenerme de los placeres voluntarios, Salvador bueno y misericordioso. *(Ib., Jueves, Vísperas, Lucernaria, ib.*, p. 185.)

El ayuno acompañado de la oración es un arma admirable; hizo de Moisés un legislador, y consumó el sacrificio de Elías. Fieles, observémosle con fidelidad; digamos al Señor: Contra ti sólo hemos pecado, ten piedad de nosotros. *(2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Orthros, Idiom., ib.*, p. 252.)

Un carro de fuego arrebató a Elías, el hombre admirable que se había armado con el ayuno. Este mismo ayuno hizo que Moisés viese cosas admirables; a nosotros que lo practicamos nos hará ver a Cristo. *(2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Orthros, 2 Tr., 1.ª Oda, ibíd.*, página 117.)

Liturgia mozárabe 32

La observancia del ayuno, aumenta la grandeza de Elías, este sacerdote venerable, huésped del árido desierto; huyó del ruido de la ciudad y de la vista de tantos crímenes y se acogió al silencio tranquilo de la soledad.

Moisés, fiel intérprete del excelso trono, no pudo contemplar al Rey del cielo en las siete esferas, sino después de haberse privado cuarenta veces de la comida.

Rogaba; sus lágrimas eran su único alimento. Velaba, inclinada la frente sobre la tierra, regada con sus llantos, hasta que, advertido por la voz de Dios, dirigió su mirada temblorosa hacia este fuego, cuyo resplandor no podía soportar.

No fué menos riguroso en el ayuno, Juan, precursor del Hijo de Dios, que allanó los senderos escabrosos y enderezó los caminos torcidos, enseñando a los hombres el camino derecho que hay que seguir.

Este mensajero, disponía a la observancia del ayuno, abriendo el camino a Dios que iba a venir, ense-

ñando que las montañas debían allanarse, los caminos pedregosos debían suavizarse, para que al bajar la Verdad a la tierra, no encontrase ningún sendero difícil.

Se retiró a un vasto desierto, se vistió de pieles ásperas e hirsutas de lana grosera, huyendo con horror de las costumbres impuras de las ciudades.

Allá mientras se entregaba a la disciplina de la abstinencia, este hombre de costumbres severas, difería su comida y bebida hasta la tarde, no concediendo a su cuerpo más alimento que langostas y miel silvestre.

En primer lugar, predicó y enseñó la nueva salvación; en el río sagrado purificó las manchas que hacía tiempo empañaban las conciencias. Si lavó así los miembros de los pecadores, fué porque el espíritu muy pronto debía repartir sus dones desde lo alto de los cielos. *(Brev., himno de Prudencio: "O Nazarene, Lux Bethlehem"* str., 6, 8-11, 13, 15. P. L., 86, 270-271.)

LA LIMOSNA

33 *Liturgia romana*

Parte el pan con el hambriento; recoge en tu casa a los pobres y vagabundos; entonces tu luz brillará como la aurora y tu justicia irá ante ti. Cuando vieres un desnudo cúbrele, y no harás ignominia a tu propio cuerpo: entonces tu luz brillará como la aurora y tu justicia irá ante ti. *(Isaías, 58, 7-8, Brev., Miércoles de las Cuatro Témporas de Cuaresma,* t. 2 responso.)

Esconde tu limosna en el seno del pobre y ella rogará por ti ante el Señor; porque así como el agua apaga el fuego, así también la limosna borra el pecado. Da limosna y quedarás limpio, pues, así como el agua extingue el fuego de la misma manera la limosna borra el pecado. *(Id., 3 respons., cf. Ecli., 29, 15.)*

Te pedimos, Señor, te muestres propicio con la devoción de tu pueblo, para que los que extenúan sus cuerpos por la abstinencia, sean alimentados en su alma por el fruto de buenas obras. *(Misal, 1.ª Sem., Cuaresma, Jueves, Oración.)*

LA BÚSQUEDA DE LA PALABRA DIVINA

Liturgia romana 34

El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. *(Deut., 8, 3. Mt., 4, 4. Brev. Rom., 1.ª Dom. Cuaresm., Antíf. de Sexta.)*

Yo soy la salud del pueblo dice el Señor; si gritan a mí cualquiera que sea su tribulación, yo los escucharé y seré siempre su Señor. Escucha mi ley, pueblo mío, presta atención a las palabras de mi boca. *(Sal., 77, 1. Misal, 3.ª Sem. Cuaresm., Jueves, Introit.)*

Liturgia ambrosiana 35

Es digno y justo, equitativo y saludable darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor Santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, que ayunando cuarenta días y cuarenta noches, ha consagrado el ayuno. Tuvo pronto hambre pero no de alimento humano, sino de nuestra salvación; no deseó el alimento de los banquetes terrenos, sino la santidad de las almas. Porque su alimento es la redención de las naciones y el cumplimiento de toda santidad. Nos ha enseñado a ganar no el alimento de los banquetes terrenos, sino el que nos proporcionan las santas Escrituras. *(Misal, 1.ª Sem. Cuaresm., Martes, Prec.)*

Es justo y digno, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, el

cual, en este santo tiempo de ayuno, alimenta la fe de los fieles, alienta su esperanza y fortifica su caridad. El, que es el pan verdadero y vivo, alimento de la eternidad y nutrición de las virtudes. Tú Verbo, Señor, por el cual se han hecho todas las cosas, es no sólo alimento de las almas humanas, sino pan de los mismos Angeles. Fortificado por este pan Moisés, tu siervo, cuando recibió la ley, ayunó cuarenta días y cuarenta noches; se abstuvo de alimento carnal, con el fin de estar mejor preparado para saborear tu dulzura. No sentía hambre en su cuerpo y olvidaba los alimentos terrenos, porque le iluminaba la vista de tu gloria y le fortalecía la palabra de Dios, por el soplo del Espíritu Santo. Señor, no ceses, pues, de darnos también a nosotros este pan, por el cual tú engañas nuestra hambre continua. *(Misal. 1 Dom. Cuaresma, Pref., cf. Misal Mozarab., 2.ª Sem. Cuaresm, Viernes, Illatio,* FEROTIN, 176.)

LA VELA, MEDITACIÓN Y ORACIÓN DEL PENITENTE

36 *Liturgia romana*

No sea para nosotros cosa superflua levantarse antes de la alborada, porque el Señor ha prometido la corona a los que velan. *(Brev. Rom., Invitat. de Cuaresma.)*

Busquemos el rostro del Señor y aclamémosle con salmos. *(Sal., 94, 2, id., Invitat. de Septuag.)*

Señor es bueno alabarte, y celebrar tu nombre, Altísimo, para anunciar día y noche tu misericordia y tu fidelidad. *(Misal. Rom., 2.ª Sem. Cuaresma, Sábado, Gradual.)*

Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus amos, así nuestros ojos están fijos en el Señor, nuestro Dios, hasta que se apiade de nosotros; ten

piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros. Hacia ti levanto mis ojos, hacia ti que habitas en los cielos. *(Sal., 122, 2, 1. Id., 1.ª Seman. de Cuaresma, Lunes, Introit.)*

Oh Dios, protector nuestro, míranos; derrama tu mirada sobre tus siervos, Señor, Dios de los Ejércitos, escucha las oraciones de tus siervos. *(Sal., 83, 10 y 9, Id., Gradual.)*

El tiempo de ayuno nos ha abierto las puertas del Paraíso; unámosle a nuestras oraciones y a nuestras plegarias, para que en el día de la resurrección seamos glorificados con el Señor; mostrémonos en todo siervos de Dios con mucha paciencia, para que en el día de la resurrección seamos glorificados con el Señor. *(Brev. Rom., 1 Dom. Cuaresm., Mait. 6 responsorio.)*

37

Liturgia ambrosiana

El que medita la Ley del Señor, día y noche, dará fruto a su tiempo. *(Salm., 1. Misal, Sexages., confract.)*

Convertíos a Dios de todo corazón, con la oración, el ayuno y la vigilia. Unid las lágrimas a la oración para borrar vuestros pecados, antes de que os sobrevenga la muerte súbita, antes de que os trague el abismo de la muerte. Que el creador a su venida os encuentre prevenidos. *(Id., Sept., transitor.)*

La vida presente es alegre, pero pasa; tu juicio, Cristo, es terrible y permanece. Por esto dejamos todo amor incierto y meditamos en la eternidad y exclamamos: Cristo, ten piedad de nosotros. *(Id., Quincuagésima, Igressa.)*

Roguemos a Dios con un corazón puro y con un alma llena de deseos, hasta que él restablezca la paz, escuche nuestras oraciones, nos perdone y no nos deje en el tiempo de la tribulación. *(Sexag., Ant. después del Evang. sacada de II Macab., 1, 2-5.)*

38 *Liturgia griega*

Dame, oh Cristo, el pasar el tiempo del ayuno en completa calma; apacigua las olas de mi conciencia y guíame al puerto de la resurrección. *(2.ª. Sem. Cuaresm., Viernes, Orthros, 5.ª Oda,* ed rom., Tr., p. 282.)

Cristo fué tentado; el diablo le tentaba. Le señaló unas piedras para que las convirtiese en pan; le condujo a una montaña para que desde ella viese todos los reinos del mundo. Alma mía, teme la tormenta, está en vela, ruega a Dios sin cesar. *(5.ª Sem. Cuaresm., Jueves, Orthros, Oda 9.ª, ib.,* p. 489.)

Libra, Señor, mi alma de las tiranías de las pasiones para que, libre, cumpla tu soberana voluntad y ensalce tu poder por los siglos. *(2.ª Sem. Cuaresm., Lunes, Orthros, Oda 8.ª, ib.,* p. 250.)

Cordero de Dios, lleno de bondad, fuente de misericordia, que por tu divino poder borras los pecados del mundo, estoy agitado por las tempestades del pecado; sálvame, y condúceme al puerto de la penitencia. *(Id., 1.ª Oda,* p. 349.)

39 *Oración de Manasés*

Señor Todopoderoso, Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob y de su santa posteridad; tú que hiciste el cielo y la tierra con todo su ornato; Tú que encadenaste el mar con la palabra de tu mandato; Tú que cerraste el abismo y le sellaste con tu nombre terrible y glorioso; ante cuyo poder todas las cosas temen y tiemblan, porque la magnificencia de tu gloria es insoportable e insufrible la ira de tus amenazas contra los pecadores; inconmensurable e insondable es la misericordia de tus promesas, porque Tú eres Señor Altísimo, benigno, lleno de largueza y misericordioso y te apena la maldad de los hombres. Tú, Señor, que según la grandeza de tu ternura has prometido la penitencia y remisión para los que han pecado contra

ti y que en la abundancia de tu compasión has atraído a los pecadores a la penitencia para que se salven, Tú, Señor Dios todopoderoso, Tú no mandaste la penitencia para los justos, para Abrahán, Isaac y Jacob que no pecaron contra ti, sino para mí, pecador, porque mis pecados son más numerosos que las arenas del mar. Señor, mis iniquidades no tienen número, no me atrevo a levantar mis ojos al cielo a causa de mis pecados; encorbado estoy bajo el peso de las cadenas de modo que no puedo levantar la cabeza; no me queda ningún socorro por haber excitado tu ira y por haber hecho el mal ante ti; no hice tu santa voluntad y no guardé tus mandamientos; cometí abominaciones y multipliqué mis delitos. Ahora inclino mi corazón e imploro tu bondad. Pequé Señor, pequé, reconozco mis maldades. Perdóname, Señor, perdóname y nō me hagas perecer por mis pecados; no me reserves males eternos, no castigues en los últimos lugares de la tierra porque eres el Señor Dios de los arrepentidos, y en mí has de mostrar toda tu bondad, que aunque indigno me salvaste según tu misericordia en manera grande. Yo te alabaré todos los días de mi vida, porque te alaba toda virtud celeste y tuya es la gloria de los siglos. Amén. (*Horologio,* ed. Rom., 1937, p. 261.)

LAS PRIMICIAS DE LA VICTORIA

LA PACIENCIA, LA ESPERANZA, LA VICTORIA ADQUIRIDA

40 *Liturgia romana*

Señor, Dios mío, espero en ti; líbrame de los que me persiguen y sálvame. *(Sal., 7, 2; Misal, Sábado de las Cuatro Témporas de Cuaresma, Com.)*

Fortificados por el don de la vida celeste, te suplicamos, Señor, que, lo que es para nosotros en esta vida un misterio, sea una prenda de eternidad para la vida futura. *(Id., Sábado después del Miércoles de Ceniza, Poscom.)*

Compareceré en mi inocencia, ante ti, oh Señor; seré saciado cuando manifieste tu gloria; escucha mi justicia, y atiende mi oración. *(Sal., 16, 15 y 1; id., Viernes de la 2.ª Sem. Cuaresm., Introit.)*

Alma mía, bendice al Señor, y no olvides sus beneficios y tu juventud será renovada como la del águila. *(Salm., 102, 2 y 5; id., Viernes de las Cuatro Témporas de Cuaresm., Ofertor.)*

La diestra del Señor ha manifestado su poder, la diestra del Señor me ha exaltado; no moriré sino que viviré y publicaré las maravillas del Señor. *(Salm., 119, 16-17; id., Martes de la 3.ª Sem. Cuaresm., Ofer.)*

Liturgia mozárabe 41

Tened valor, hermanos míos, y esperad con paciencia la pasión y resurrección del Hijo de Dios y su gloriosa manifestación; no os asustéis por los laboriosos esfuerzos, vosotros que deseáis con ardor la Pascua del Señor. En medio de esta santa Cuaresma, tened ánimo y no desfallezcáis por las fatigas futuras, puesto que ya habéis soportado las penas del ayuno pasado. Jesús que se ha dignado hacerse débil por nosotros dará valor y ánimo a los vacilantes. El, que nos dió fuerzas para comenzar la carrera, nos la dará también para llevarla a término feliz. El nos ayudará puesto que desea que vivamos en espera de la gloria de su Pasión. Amén. *(Misal, 4.º Dom., de Cuaresm.,* FEROTIN 190, 426.)

Señor, toda la Iglesia se regocija al sentir ya cerca las alegrías pascuales. Te suplicamos humildemente que mires con benignidad nuestros ruegos y nuestros ayunos y que bendigas esta ofrenda; santifícanos por su recepción y dígnate hacernos llegar con el corazón puro a la gloria de tu Pasión. *(Id., Martes Santo, Post pridie, ib., 230, 561.)*

Liturgia griega 42

El Señor que ha plantado la viña y llamado a sus obreros, se acerca; venid, campeones del ayuno, a recibir la recompensa, porque nuestro dispensador es rico y lleno de bondad. Hemos trabajado poco, pero, con todo eso, nuestra alma recibirá recompensa abundante. *(Dom. de Cuaresma., Visper., idiom.,* ed. rom., Tr., página 434.)

HACIA LA ILUMINACIÓN PASCUAL. EL DON DE LA FE Y DEL BAUTISMO

Cuando me hubiere santificado entre vosotros, os reuniré de toda la tierra y derramaré sobre vosotros el

agua limpia, y seréis purificados de todas vuestras manchas y os daré un corazón nuevo. (Ezeq., 36, 22-26; Misal rom., 4.° Sem. Cuaresma., Miércoles del gran Escrutinio, Introit.)

43 HOMILÍA DE SAN AGUSTÍN SOBRE LA CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO

Los hechos sorprendentes y maravillosos de la vida de nuestro Señor Jesucristo son aún mismo tiempo obras y palabras; obras porque han sido hechas; palabras porque son señales. Si reflexionamos sobre lo que significa este milagro veremos que este ciego es el género humano, pues esta ceguera fué la porción del primer hombre, como consecuencia del pecado que fué para todos nosotros causa, no sólo de la muerte, sino también de la iniquidad; porque si la ceguera es la infidelidad, y la fe es la luz, ¿a quién encontró fiel Cristo en su venida, puesto que el Apóstol mismo, nacido de una nación de Profetas, dice: Nosotros fuímos en un tiempo hijos por naturaleza de ira, como todos los demás? *(Eph.*, 2, 3). Si nosotros éramos hijos de ira, lo éramos también de vengaza y de castigo, y por tanto, del infierno.

¿Cómo lo éramos por naturaleza, sino porque, por el pecado del primer hombre, el vicio se había arraigado en la naturaleza? Si el vicio se ha arraigado en la naturaleza, todo hombre es ciego en cuanto al alma. El Señor viene; y ¿qué es lo que hace? Nos confía un gran misterio. Arroja saliva al suelo y hace lodo, porque el Verbo se hizo carne, y con ese barro unge los ojos del ciego. Con esta unción el ciego no ve todavía; le envía a la Piscina de Siloé. Se le ocurrió al Evangelista llamar nuestra atención sobre el nombre de la Piscina, y por eso añade: que significa "enviado". Quién es el Enviado, ya lo sabéis, pues si El no hubiese sido enviado nadie de nosotros habría sido libertado de la iniqui-

dad. Se lavó los ojos en esta piscina cuyo nombre significa enviado, y fué así bautizado en Cristo. Si el Señor, pues, le bautizó en cierto modo al darle vista, es porque con la unción de los ojos le hizo, probablemente catecúmeno. Acabáis de oír un gran misterio. Si preguntáis a un hombre: "¿Eres cristiano?" Os responderá: "No lo soy." "¿Eres pagano o judío?" Si os respondiere "no lo soy" le preguntaréis aún más: "¿Eres catecúmeno o fiel?" Si él os contestare que es catecúmeno, sabed que ha sido ungido pero no lavado todavía. ¿Pero de dónde le viene esta unción? Preguntádselo y os responderá. Preguntadle en quién cree. Por el hecho de ser catecúmeno os responderá: "En Cristo." Pero ahora me dirijo a catecúmenos y fieles: ¿Qué es lo que he dicho de la saliva y del lodo? Los catecúmenos saben que, "el Verbo se hizo carne"; pero no les basta saber la razón de su unción. Que se apresuren pronto a ir a lavarse si es que buscan la luz. *(Trat., 44 sobre S. Juan, 1-2;* P. L. 35, 17, 13 ss., *cf. Brev. Rom., Miércoles de la 4.ª Sem. de Cuaresm., día del Gran Escrutinio.)*

Liturgia ambrosiana 44

Es justo, digno, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor que para hacernos conocer el misterio de nuestra humillación se sentó fatigado en el brocal del pozo y pidió de beber a la Samaritana. Había creado en ella el don de la fe y se dignó tener sed de su fe, con el fin de encender en ella el fuego del amor divino, cuando la pidió agua. Nosotros imploramos tu infinita clemencia, para que despreciando las profundidades tenebrosas de los vicios y alejándonos del lodo de los deseos pecaminosos, tengamos siempre sed de ti, fuente de Vida y de Bondad y te seamos agradables por medio de la observancia de los ayunos. *(Misal, 2.ª Dom. Cuaresm., Pref.)*

Es digno, justo, equitativo y saludable darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por medio de nuestro Señor Jesucristo que por la iluminación de su fe ha arrojado las tinieblas del mundo y por el misterio de su encarnación ha iluminado al género humano, nacido ciego del seno de su primera madre. El es, quien, a aquellos que estaban encadenados con cadenas de una justa condenación, ha hecho hijos de adopción. Te rogamos que por sus méritos nos hagamos dignos de ser hallados, en el juicio de tu justicia, tal cual hemos sido santificados en el baño saludable de la regeneración: que con el remedio de su Encarnación, lavados por una ablución santa, adornados con la piedad y el ayuno, lleguemos a los goces celestiales. *(Id., 5.ª Sem., Sábado, in traditione symboli, Or., super populum.)*

45 *Liturgia mozárabe*

Digno y justo es que te demos gracias, Señor santo, Padre eterno, Dios omnipotente, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que por la iluminación de la fe disipó las tinieblas de este mundo e hizo hijos de gracia a aquellos que estaban cautivos por la justa condenación de la ley. El vino a este mundo para juzgar, a fin de que vean los que no veían, y los que veían queden ciegos; de tal manera, que aquellos que confiesen las tinieblas de sus errores, reciban la luz eterna que disipe la obscuridad de sus pecados. En cuanto a aquellos que, orgullosos de sus méritos, piensan que se hallan en la posesión de la luz de justicia deben por una justa razón abismarse en sus propias tinieblas. Llenos de orgullo y confiando en su propia justicia, no fueron en busca del médico que los podía salvar. Libres eran para entrar por Jesús el cual decía: "Soy la puerta para ir al Padre." Pero puesto que, en su malicia, se hallaban engreídos de sus méritos quedaron abandonados a su ceguera. Nosotros, Padre san-

to, venimos humildemente y sin presumir de nuestros méritos, descubrimos nuestras llagas ante tu altar, y confesamos las tinieblas de nuestros errores y revelamos lo secreto de nuestras conciencias. Haz que hallemos el remedio a nuestras heridas, la luz eterna que disipe nuestras tinieblas, la inocencia que purifique nuestras conciencias. Con todas nuestras fuerzas deseamos contemplar tu cara, mas nuestras tinieblas habituales nos retienen ciegos. Queremos ver el cielo y no podemos, pues tenemos los ojos obscurecidos por nuestros pecados; en nada hemos imitado la vida santa de aquellos que a causa de sus virtudes han sido llamados a los cielos. Ven, pues, Jesús, a nosotros que oramos en tu templo y cúranos hoy a todos, Tú que no has querido sujetar al sábado a aquellos que obran tus maravillas. Descubrimos nuestras heridas ante la gloria de tu Nombre; aplica el remedio a nuestras enfermedades. Tú, que nos creaste de la nada, socórrenos como lo prometiste a quienes te lo suplicasen. Haz ungüento y toca con él los ojos de nuestro corazón y de nuestro cuerpo, no sea que nuestra ceguera nos haga recaer en las tinieblas de nuestros errores. Con nuestras lágrimas regamos tus plantas; no rechaces nuestra humillación. ¡Oh buen Jesús! que no abandonemos tus huellas, pues Tú has venido a la tierra en la humildad. Escucha nuestra oración y, disipando la obscuridad de nuestros pecados, haz que veamos la gloria de tu faz, en la bienaventuranza del descanso eterno. *(Misal, 2.º Dom. Cuaresma, Illatio,* FEROTIN, 180, 394.)

Justo y digno es darte gracias, Señor santo, Padre eterno, Dios todopoderoso por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. El es quien en medio de la fiesta sube al templo para enseñar. La multitud se admiraba de su doctrina ignorando el poder de su divinidad escondida. Admirábase al oír hablar a uno que no había estudiado las Escrituras, pues veía en El al hombre e ignoraba a

Dios. He aquí que todos estaban asombrados; con todo no se convirtieron. Admiraban todos las palabras del Señor, pero nadie creyó en sus obras enteramente. Así, puesto que no le reconocieron no fueron reconocidos ellos tampoco; y puesto que, cegados por su malicia, *no reconocieron* a Dios en la carne, permanecieron en sus tinieblas.

Nosotros, ciertamente, no vemos con nuestros ojos corporales al mismo Señor Jesucristo, vuestro Hijo según la carne; pero sabemos ciertamente y confesamos que es contigo y con el Espíritu Santo, Dios en la Trinidad, y que ha llevado consigo a los cielos, como prenda de nuestra salvación futura, nuestra carne mortal que había revestido.

Te suplicamos, pues, Dios santo y misericordiosísimo, que nuestra confesión nos conduzca a la gloria; que nuestra fe nos libre de la segunda muerte; que la esperanza nos sirva de consuelo en nuestras angustias y lágrimas, y que nos consiga para siempre las alegrías eternas. De este modo, cuando lleguemos después de esta vida a la recompensa del llamamiento de lo alto y veamos las primicias de nuestra carne en Jesús glorificado, nuestros cuerpos vistos en la gloria de su divinidad, serán glorificados por nuestro Jefe. Por eso nosotros, que somos los miembros de este Jefe, cantamos a Jesucristo nuestro Señor por los beneficios de su gracia, el himno de nuestra redención, aclamando y diciendo: Santo, Santo, Santo. *(Id., 4.° Dom. Cuar., Viernes, Missa, ib., 205, 473.)*

Oh Jesús, Redentor y Señor nuestro, que por salvar al género humano veniste en la sexta edad del mundo al abismo de nuestra bajeza, conserva y santifica tu Iglesia en la unidad de la santa fe. Tú le hiciste salir en otro tiempo de la profundidad tenebrosa del abismo y quisiste unirle a Ti por la gracia. Haz que todos los que en ella viven, gocen de un socorro eterno puesto que han ido a Ti por la fe; que por Ti sea-

mos introducidos en el reino de la vida eterna, pues por Ti hemos recibido la luz de la fe. Danos a nosotros que estamos sedientos una bebida de vida eterna para que nunca volvamos a tener sed. Arroja de nuestro corazón las profundas tinieblas del error, no sea que la fosa cierre su boca sobre nosotros. *(Sal., 68.)*

Que nosotros que habíamos caído por nuestra falta en el abismo, nos hallemos junto a Ti, para que nos levantes; que siempre que nuestra ceguera nos haga caer en pecado, nos reanime tu bondad. Aleja de nuestros corazones la malicia inveterada del pasado, Tú que por el nuevo don del Espíritu aumentaste la fe en la Samaritana.

Te suplicamos, oh buen Jesús, nos concedas pasar estos días de fervor en la plenitud de un santo deseo, como esta mujer que mereció por el don de la santa fe, conocerte verdaderamente. Que con tu ayuda, durante la celebración de estos días, no nos mancillemos por nuestra malvada inclinación, ni participemos de malicia alguna para que no seamos más separados por nuestros escándalos.

Que juntándonos en la unidad de la santa fe, protegidos e iluminados por la asistencia del Espíritu Santo, seamos purificados de nuestros pecados, para llegar al santo día de Pascua, y recibir con fervor el misterio de nuestra redención y para que podamos gozarnos de estar verdaderamente regenerados en luz eterna. Amén. *(Id., 1 Dom. de Cuaresm., Alia, ibid., 165, 355.)*

Jesús, nuestro Maestro, sal al camino a nuestro encuentro; deseamos llegar a la patria para que siguiendo tu resplandor vayamos por el camino recto y no nos perdamos en las espantosas tinieblas de esta noche, brilla en nosotros Tú que eres el Camino, la Verdad y la Vida.

Como aquel ciego obtuvo por la confesión de su fe el beneficio de la salud, haz que consigamos lo que nos has mandado pedir, cuando desde esta tierra clamamos

como nos enseñaste: Padre nuestro. *(Id., 2.ª Sem. Cuaresm., ad or., dom., ib., 182, 397.)*

Tú, pueblo santo de Dios has sido llamado a la vida; el Creador te invita; ama la obra de sus manos. El Redentor atrae bondadosamente a los hombres y les dice: "Venid. Yo soy vuestro Dios único. Habíais abandonado el resplandor de la luz; un grandísimo caos os rodeaba; ya no reinaba la felicidad, pues una muerte cruel se había introducido en la tierra. Lleno de dulzura me he acercado a Ti, Dios Creador y vivificador; vengo a participar de vuestra debilidad; yo os llevaré sin trabajo con mi poder; el aprisco de la alegría está presto a recibiros."

La frente será sellada con el sello de la Cruz; los oídos y la boca consagrados con la unción; aplicad el oído del corazón a las enseñanzas; cantad con entusiasmo el cántico vivificador de la alabanza. Regocijáos con vuestro nombre nuevo; estáis llamados a conquistar una nueva herencia; nadie de vosotros se verá en lo sucesivo sometido a su enemigo como esclavo; seréis reino permanente de solo Dios. *(Id., Dom. de Ramos, Himno,* str. i, 3-6, P. L., 86, 564.)

Que el Unigénito de Dios Padre os haga hoy hostia viva y afiance mañana en su amor vuestros corazones. Amén.

Santificaos hoy y os haga perfectos para que mañana permita que os acerquéis dignamente a su festín. Que por su misericordia os perdone vuestros pecados para que mañana os revele los ocultos misterios de su Pasión. Amén. *(Misal, Miércol. santo, bendición,* FEROTIN, 234, 572.)

CONCLUSION

HOMILÍA AL PUEBLO DE ROMA DE SAN GREGORIO MAGNO, 46

en la basílica de San Lorenzo, mártir, el Domingo de Septuagésima, sobre el Evangelio del mismo día; los obreros llamados a la viña del Padre de familias, en las diferentes horas del día.

1. Las edades del mundo

La explicación de esta lectura del Evangelio exigiría largos desarrollos. Quisiera resumíroslos, para no fatigaros con prolijos discursos, puesto que aún queda para después una larga procesión.

El reino de Dios es semejante a un padre de familias que contrata obreros para cultivar su viña. ¿Quién, mejor que nuestro creador, que gobierna a los que ha criado, que posee a sus elegidos en este mundo, como un señor sus servidores en su casa, puede más justamente ser representado por el padre de familias? El posee una viña, la Iglesia universal, que ha producido tantos sarmientos como santos tiene, desde el justo Abel hasta el último elegido que nazca al fin del mundo. Así este padre de familias ha contratado obreros para cultivar su viña al despuntar el día, a tercia, a sexta, a nona, en la hora undécima del día, porque

desde el comienzo del mundo hasta el fin del mismo, no ha cesado de enviar predicadores para la instrucción de su pueblo fiel. El despuntar del alba fué desde Adán hasta Noé; la hora de tercia, de Noé a Abrahán; la de sexta, desde Abrahán a Moisés; la de nona, desde Moisés hasta la venida del Señor; y la undécima desde la venida del Señor hasta el fin del mundo. Los Apóstoles han sido enviados a predicar en esta última hora y, sin embargo, han recibido el salario entero.

El Señor no cesa en ninguna ocasión de enviar obreros para cultivar su viña; esto es, para instruir a su pueblo. Primeramente los Patriarcas, después los Profetas y doctores de la ley y, finalmente, los Apóstoles; ha consagrado todos sus cuidados para santificar a su pueblo; ha trabajado, por decirlo así en cultivar su viña, por medio de los obreros que acabamos de señalar; pero esto no impide considerar como obreros de la viña del Señor, a cada cual en su grado y medida, a todos aquellos que, con fe ortodoxa se han esforzado en hacer el bien. Los de la primera hora, los de la tercera, sexta y nona, designan al pueblo hebreo que desde el principio del mundo, se esforzó en la persona de sus santos, en servir a Dios con fe recta y no cesó por decirlo así, de cultivar la viña. Pero a la hora undécima, son llamados los Gentiles, a los cuales se dirije esta palabra: ¿Por qué os estáis aquí todo el día mano sobre mano? El mundo, en efecto, había pasado ya un inmenso lapso de tiempo y estos aún no se habían preocupado de hacer nada por su propia vida; permanecieron durante todo el día ociosos. Pero fijaos, hermanos, en lo que responden ellos. Porque nadie, dicen, nos ha ajustado. Nadie ha venido a ellos, ningún Patriarca, ningún Profeta. Pues ¿qué quiere decir: nadie nos ha ajustado, sino que: nadie nos ha predicado los caminos de la vida?

Pero nosotros, hermanos, ¿qué excusa podemos alegar si nos hallamos vacíos de buenas obras, cuando,

apenas nacidos, hemos recibido la fe y, desde la cuna, hemos oído las palabras de vida, y hemos bebido de los pechos de la Iglesia la doctrina celestial juntamente con la leche materna?

2. *Las edades de la vida*

Podemos encontrar las diversas horas del día en las edades de la vida de cada hombre. El amanecer, en efecto, es la infancia de nuestra razón. La tercera hora, puede entenderse la adolescencia, porque así como el sol sube en el horizonte, así crece el calor de la edad: La sexta es la edad madura, cuando se concentra toda la plenitud de la fuerza, como cuando el sol se halla en su cenit. La hora nona se entiende la vejez, porque en esta edad disminuye el calor de la virilidad, como el sol desciende en su carrera. Por fin la hora undécima es la edad que llamamos la decrepitud y la ancianidad. (Por eso los griegos no llaman γέροντας a los de edad muy avanzada, sino πρεσβυτέρους, para indicar que no son más que viejos aquellos que llaman "personas de una edad muy avanzada.") Algunos son llamados a una vida santa en la infancia, otros en la adolescencia, otros en la edad madura, otros en la vejez y otros en fin cuando han llegado ya a la decrepitud; así como los obreros fueron llamados a la viña a horas diferentes.

Examinad, pues, vuestra vida, hermanos carísimos, y ved si sois ya obreros de Dios. Que cada uno reflexione sobre sus actos y vea si trabaja en la viña del Señor. El que busca los bienes de esta vida no ha ido aún. Porque trabajan para el Señor los que procuran el bien de su amo, no el suyo propio, los que se aplican con celo a la caridad y a la piedad, los que procuraron ganar almas, y son solícitos en conducirles a la vida eterna juntamente con ellos mismos. En verdad, todo el que vive para sí mismo, y se da a los placeres de

la carne con justicia se le puede considerar como ocioso, porque no se preocupa del fruto de la obra de Dios.

3. Recompensa de los primeros y de los últimos

Todo el que no ha procurado vivir para Dios hasta la vejez es como el que estuvo ocioso hasta la hora undécima y con razón se dice a los que esperan hasta la hora undécima. ¿Por qué estáis todo el día ociosos? Como si claramente dijese: Si no habéis querido vivir para Dios durante vuestra juventud y edad madura, arrepentíos, al menos en este último período, aunque sea tarde y aun cuando no tengáis en adelante que trabajar mucho, venid a los caminos de la viña. También a aquellos les llama el padre de familias y ordinariamente reciben más pronto la recompensa porque dejan sus cuerpos para ir al reino de los cielos, antes que aquellos que a primera vista, habían sido llamados desde su infancia.

¿No es a la undécima hora cuando vino el ladrón (venía tarde no a causa de su edad, sino por la muerte que sufrió) él, que confesó a su Dios sobre la Cruz y exhaló su espíritu inmediatamente después de la sentencia del juez? El Padre en la distribución del salario comenzó por el último, puesto que el ladrón precedió a Pedro en el descanso eterno. ¿Cuántos patriarcas antes de la Ley, cuántos otros bajo la Ley debieron esperar? En cambio, los que fueron llamados al reino de los cielos en el momento de la venida del Señor, llegaron sin dilación. De suerte, que los que fueron a trabajar a la hora undécima recibieron el mismo salario que habían esperado anhelantes, los que habían trabajado desde la hora primera. Tiene, pues, un salario idéntico, la vida eterna, tanto los que fueron llamados desde el origen del mundo, como los que lo fueron al fin. Por eso los que les precedieron en el trabajo murmuraban: Estos últimos no han trabajado más que una hora y tú le tratas igual que a nosotros

que hemos soportado el peso del calor del día. Soportaron el peso y el calor aquellos que molestados de vivir largo tiempo debieron sufrir más largamente los tormentos de la carne. De cada uno es el sobrellevar el peso del calor del día, más que el ser hostigado en el curso de una larga vida por los ardores de la concupiscencia.

4. *Los murmuradores*

Pero se podría preguntar, cómo se pudo murmurar de los que, aunque tarde, fueron lo mismo llamados al Reino de los cielos. ¿Cómo el murmurador puede entrar en el cielo y cómo el que entra puede murmurar? Pero los antiguos Padres hasta la venida del Señor, por recta que fuese su vida, no entraron en el reino. No había descendido el que por su muerte abriría las puertas del paraíso. Así los padres "murmuraron" porque habiendo obrado el bien para recibir este reino le vieron largamente diferido. Después de vivir en la justicia, fueron recibidos en los infiernos, y aunque hubiesen estàdo en paz, se puede decir, que después de trabajar en la vida "murmuraron". De suerte que después de su murmuración recibieron el denario aquellos, que después de una larga morada en los infiernos llegaron al reino de los cielos. Pero nosotros llegados a la hora undécima, después del trabajo no hemos murmurado y hemos recibido nuestro denario. Pues viniendo a este mundo después de la venida del Mediador hemos tenido acceso al reino inmediatamente después de haber dejado nuestro cuerpo y recibimos sin demora lo que los antiguos Padres merecieron mediante una larga espera. La cual hace decir al Padre de familias: quiero dar a este un denario lo mismo que a ti. Como el don de su reino depende de su libre voluntad, es justo que añada: ¿No me es permitido hacer lo que quiera? ¡Cuán necio es el hombre al quejarse de la misericordia de Dios! Si no diese lo justo,

pudiera lamentarse, pero no cuando da lo debido; es justo que añada: ¿Tu ojo es malo porque yo soy bueno?

Y para que nadie se ensoberbezca ni de sus obras ni de su hora, la Verdad añade esta sentencia: "Así los últimos serán los primeros y los primeros los últimos", pues cuanto más conociéremos la naturaleza y el número de nuestras buenas obras, no ignoraremos con qué rigor nos examinará de ellas el juez divino. Y ciertamente, no hay nadie que no deba alegrarse hasta el más alto punto de hallarse en el reino de Dios, aunque sea el último.

5. *Pequeño número de elegidos*

Pero lo que sigue a estas palabras es verdaderamente terrible: Hay, en efecto, muchos llamados pero pocos elegidos; muchos vienen a la Fe, pero pocos son introducidos al reino celestial. Ved cuántos hemos venido a celebrar hoy esta fiesta; la Iglesia está llena y con todo, ¡quién sabe cuántos de nosotros seremos contados en el número de los que integrarán el rebaño de los elegidos! Porque de boca todos aclaman a Cristo, pero no todos le aclaman con su vida. Gran número de los que le siguen con sus palabras, le abandonan con sus costumbres. De estos dice San Pablo: Hay algunos que hacen profesión de conocer a Dios, pero reniegan de él con sus actos [1]. Por esto, dice también Santiago: la fe sin obras está muerta [2]. Y el Señor, por boca del salmista: "Yo he anunciado y he hablado y ellos se han multiplicado sobre todo número."[3] Cuando Dios llama a sus fieles, se multiplican sobre todo número, porque muchos de los que vienen a la fe no pertenecen al número de los elegidos; se mezclan con los fieles en

---

[1] *Tito,* I, 16.
[2] *Santiago,* II, 20-26.
[3] *Salm.,* 3, 6.

una misma confesión, pero, por su vida reprochable, no merecen ser contados entre los elegidos. Este aprisco que es la Santa Iglesia recibe corderos y cabritos; pero, como dice el Evangelio, cuando venga nuestro Juez, separará los buenos de los malos, como el pastor separa los cabritos de los corderos[1]. Es cierto que los que ahora son esclavos de sus placeres carnales no podrán más tarde ser contados en el rebaño de los corderos. El Juez separará entonces los humildes de los que aquí abajo levantaron sus frentes con orgullo y no podrán recibir el reino de los cielos; los que, participando de la fe celestial, no ponen su deseo sino en buscar lo terreno.

6. *Presunción y juicio temerario*

En la Iglesia, queridos hermanos míos, véis a muchos de estos, pero no les debéis imitar, ni desesperar de su salvación. Nosotros vemos lo que ocurre hoy, pero nadie sabe lo que mañana puede ocurrir. Acontece con frecuencia, que el que parecía estar muy por debajo de nosotros nos aventaja, gracias a su celo por el bien; y, quizás mañana, apenas podamos seguir a aquel que hoy nos parecía que aventajábamos. Cuando Esteban murió por la fe, Saulo guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y así en cierto modo, él le apedreaba por las manos de todos, puesto que con esto, les permitía a todos apedrearle más a su gusto. Y con todo, en sus trabajos por la Iglesia, llegó a aventajar a aquel a quien había perseguido y hecho mártir.

Hay, pues, dos cosas a las que debemos aplicar sin cesar nuestra atención: la primera es que, puesto que hay más llamados que elegidos, nadie puede presumir de sí mismo. Hemos sido llamados a la fe, es cierto, pero ignoramos si seremos dignos del reino de los cie-

[1] *Mt.*, 25, 32.

los. La segunda es que nadie se permita desesperar de su prójimo, aunque le vea encenagado en el vicio, porque nadie conoce los tesoros de la misericordia divina.

7. *Arrepentimiento y misericordia de Dios*

Os voy a contar, hermanos míos, una historia que está relacionada con lo que os acabo de decir, para que, de todo corazón os reconozcáis pecadores y cobréis más amor hacia la misericordia de Dios. En un monasterio, sito cerca de la iglesia de los santos mártires Pedro y Pablo, había un hermano que llegó a él con el fin de convertirse. Fué recibido piadosamente y vivió en él santamente. Su hermano le siguió al monasterio, pero su corazón andaba muy lejos de allí. Tenía aversión a la vida y al hábito religioso, y vivía en el monasterio como huésped. Su modo de vivir le alejaba de los monjes, pero, sin embargo, no podía dejar de habitar con ellos, pues no tenía ni dónde ir, ni de qué vivir. A todos repugnaban sus perversas costumbres, pero lo soportaban con paciencia por amor para con su hermano. Este orgulloso, este deprabado, que no sabía ni siquiera si después de esta vida hay otra, se reía del que quería hablarle de esto. Así, pues, vivía en el monasterio en hábito de seglar, era inconsiderado en sus palabras, desordenado en sus modales, de espíritu presuntuoso, aseglarado en su vestido, desarreglado en su conducta. Siempre así, hasta que en el mes de julio fué atacado por la terrible peste que sabéis. Llegado a su término estuvo a punto de entregar su alma. Parecía que la vida se había apagado en su cuerpo, y solamente su pecho y lengua conservaban alguna vitalidad. Rodeado de sus hermanos, le sostenían con sus oraciones, tanto como les permitía la ayuda de Dios. De pronto, vió venir hacia él un dragón que quería devorarle y se puso a gritar con todas sus fuerzas: "Véome entregado al dragón, a quien vuestra presen-

cia impide devorarme; ¿por qué hacerme aguardar? Dejazle que me devore." Y como los hermanos le aconsejasen hiciera la señal de la cruz, respondió tanto como sus fuerzas le permitían: "Quiero signarme, pero el dragón me lo impide. La espuma de su boca se esparce por mi rostro, su aliento me sofoca la garganta. Véome que me aprieta entre los brazos y que ha engullecido mi cabeza con sus fauces." Al decir esto, pálido, tembloroso, a punto de morir, los hermanos comenzaron a rezar con tanta insistencia, que su intercesión comenzó a aliviar al que tenía sujeto este dragón. De pronto, se halló libre y exclamó en alta voz: "Bendito sea Dios; se marcha; vuestras oraciones han hecho huir al dragón que me tenía preso." Inmediatamente hizo voto de servir a Dios y hacerse monje. Desde entonces las fiebres continúan molestándole y sufre mucho. Ha sido librado varias veces de la muerte, pero no está aún completamente restablecido. El que vivió tanto tiempo en pecado, ha sido herido por una enfermedad larga, y este corazón endurecido es purificado por una prueba más dura aún. Así, la divina Providencia cauteriza con larga enfermedad los vicios que han durado tanto tiempo.

¿Quién creyó que Dios concedería la vida a este pecador hasta su conversión? ¿Quién podrá admirar suficientemente la misericordia de Dios? He aquí un hombre depravado que, al morir, ve al dragón a quien sirvió durante tantos años, y esta visión lejos de hacerle perder la vida le revela de quién era esclavo, y conociendo a este opresor, le resiste y le vence. El que había sido esclavo de un enemigo invisible, le ve al fin para librarse de él. ¿Qué lengua podrá publicar la misericordia de Dios? ¿Quién no se admirará ante tanta bondad? De ella habla el Salmista cuando dice: Tú, mi socorro; te cantaré porque, ¡oh Dios

mío! eres mi socorro, mi misericordia [1], considerando de cuántas pruebas está tejida la vida, el Salmista llama a Dios su socorro; y como al salir de la presente tribulación nos recoge en el descanso eterno, le llama su refugio. En fin, al considerar que ve nuestras faltas, que las soporta, que no pierde la paciencia, no le llama "misericordioso", sino, la misericordia misma, cuando dice: mi Dios y mi misericordia.

Consideremos el mal que hemos cometido; y con qué paciencia nos espera Dios; reflexionemos cuán grande es la bondad de su corazón, hasta tal punto que no solamente es indulgente con nuestras faltas, sino que promete el reino de los cielos a los penitentes. Desde lo más hondo de nuestro corazón, repitamos todos: Dios mío, mi misericordia, tres en la unidad y uno en la Trinidad, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén. (P. L., 76, 1153-1159. *Cf. Brev. Rom., dom., de Septuagésima, lecciones del tercer nocturno.*)

---

[1] *Salm.*, 58, 18.

INDICE

TIEMPO DE CUARESMA

Págs.

PASION Y SEMANA SANTA

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

FLORILEGIO